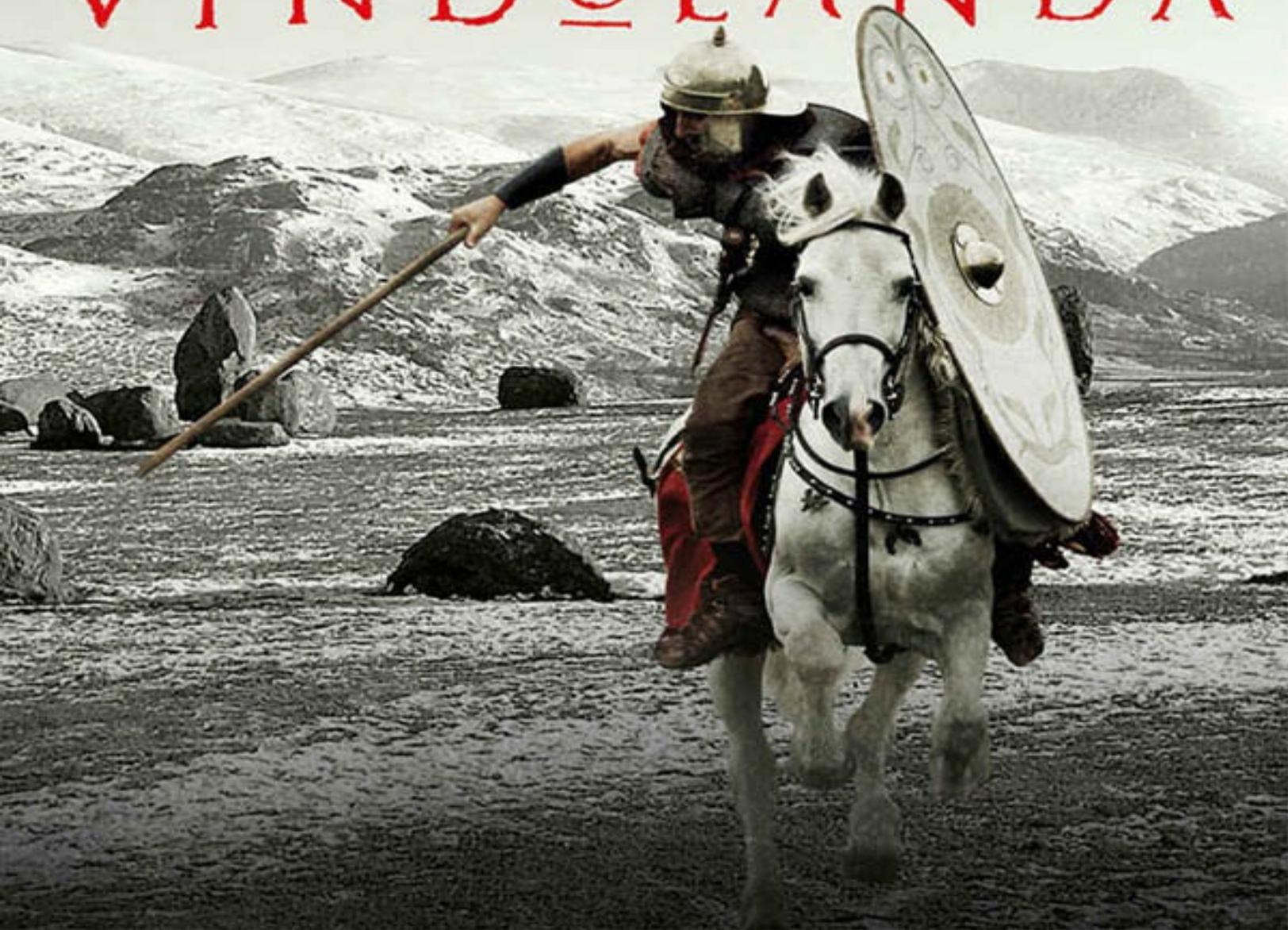


13

ADRIAN
GOLDSWORTHY
VINDOLANDA



Año 98 d. C.

El britano Flavio Ferox es un centurión regionarius a cargo de un pequeño territorio situado en la frontera más septentrional del Imperio romano. El poder de Roma empieza a debilitarse, y la resistencia de las tribus locales cada vez es más fuerte. Se habla incluso de la existencia de un gran rey en el Norte que está sublevando a las tribus, de poderosos druidas y de cruentos asesinatos rituales. Pero todo ello es ignorado por los superiores de Ferox, que piensan que son habladurías y que los informes del centurión no tienen sentido.

Mientras tanto, el emperador Trajano nombra a un nuevo gobernador para Britania, Neratio Marcelo, pero este se retrasa y no termina de llegar a la provincia. Y el tiempo apremia... Todo apunta a que se producirá una confrontación titánica, y el futuro de toda Britania y, por extensión, del Imperio, pende de un hilo.

Vindolanda es el primer título de una nueva serie de ficción histórica del reputado historiador británico Adrian Goldsworthy. La investigación minuciosa, los personajes brillantemente definidos, las escenas bélicas épicas, todo ello mezclado con traidores, druidas sedientos de sangre y una trama sólida y auténtica, crean una combinación letal y hacen que esta novela sea ficción histórica de primera calidad.

Adrian Goldsworthy

Vindolanda

La última frontera del Imperio Romano



Título original: *Vindolanda*
Adrian Goldsworthy, 2017

Traducción: Pedro Santamaría Fernández, 2018

Revisión: 1.0
08/06/2019

Para Siân.

BRITANIA

finales del siglo I d. C.



- | | | |
|-------------------------------|----------------------------|---------------------------------|
| I. Vindolanda | VII. Trimontium (Newstead) | XIII. Dalswinton* |
| II. Coria (Corbridge) | VIII. Magna (Carvoran) | XIV. Glenlochar* |
| III. Bremesio (Piercebridge) | IX. Luguvalium (Carlisle) | XV. Alauna (Maryport) |
| IV. Alauna | X. Kirkbride* | XVI. Aballava (Burgh-by-Sands) |
| V. Bremenium (High Rochester) | XI. Broomholm* | XVII. Maia (Browness-on-Solway) |
| VI. Cappuck* | XII. Milton* | |

*Fuertes romanos ocupados en la época cuyo nombre en latín es desconocido

PRÓLOGO

11 DE SEPTIEMBRE, AÑO 98 d. C.

Los jinetes llegaron del norte, siluetas negras en la oscuridad. Los pocos que los vieron se apartaron de su camino y no se atrevieron a increparlos siquiera. Un grupo de hombres en el exterior, y a esas horas, o eran guerreros, o ladrones o ambas cosas. Cabalgaban con decisión, lo que podía significar varias cosas. Descendieron de pronto a una hondonada dispersando a una docena de ovejas que pastaban en el lugar, y el pastor aulló iracundo antes de que el miedo le hiciera guardar silencio. Los jinetes siguieron adelante, ignorando tanto al pastor como a los animales. Media hora después llegaban a un valle poco profundo, y los hombres espolearon a sus monturas para llevarlas al trote. Estaba a punto de amanecer.

En el valle había un puesto fronterizo romano, aunque el centinela que ocupaba la torre que se alzaba sobre la única puerta de acceso no los vio hasta pasado un rato. Era un tracio, cansado después de una larga vigilia y que no esperaba que ocurriera nada, porque allí nunca pasaba gran cosa. De vez en cuando se daba alguna disputa, algún asesinato, los inevitables robos de ganado, pero nada realmente problemático. Con veintitrés años de servicio a las espaldas, esa era precisamente la razón por la que el tracio había solicitado ser destinado allí. Le quedaban dos años de servicio antes de ser licenciado. Aquello significaba convertirse en ciudadano romano, libertad respecto de las normas del ejército y... Después de tanto tiempo, era difícil hacerse una idea de lo que era la vida fuera del ejército. No estaba del todo

seguro de lo que eso significaría, pero quería vivir para comprobarlo, por lo que un destino tranquilo era lo adecuado. De hecho, a veces estaba todo tan tranquilo que daba la sensación de que el mundo en general se había olvidado de ellos por completo.

El puesto era tan diminuto e insignificante como el que más. Para un ejército cuyas unidades alardeaban de haber construido de todo, el letrero pintado que había sobre la puerta era inusual: tan solo informaba de que la Legio II Adiutrix había construido ese *burgus* —no se especificaba ni cuándo ni por qué—, y ningún oficial se atribuía el mérito de haber supervisado los trabajos. El letrero era sencillo y los caracteres, pequeños, lo que daba la impresión de que los legionarios no estaban orgullosos de su labor, y el tracio no los culpaba, tampoco se preguntaba por qué la legión había dejado Britania y había acabado apostada en el Danubio poco después. Aquel era un estercolero medio olvidado, en medio de ninguna parte, en la provincia más septentrional del Imperio, y la II Adiutrix ni siquiera se había molestado en hacer un buen trabajo.

Se suponía que medía ochenta y cinco pies cuadrados, pero los muros de los lados eran diferentes en longitud entre sí, y el delantero y el trasero tampoco eran del todo regulares. Las largas horas de guardia, día tras día, noche tras noche, significaban que el tracio conocía cada palmo del lugar, cada crujido de los listones, cada grieta en las estacas allá donde los legionarios habían usado madera aún verde porque querían acabar el trabajo cuando antes y no habían esperado a que les llegaran suministros de madera ya madura y tratada. Uno de los tabloncillos de la plataforma de la torre estaba hinchado y blando y, tarde o temprano, se rompería. Tenía la esperanza que el nuevo *curator* al mando, Crescens, lo estuviera pisando cuando cediese. El tracio sonrió al pensarlo, se giró para mirar al este, se llevó la mano a la frente y prometió ofrecer una libación al dios Jinete de su pueblo si se daba tan feliz acontecimiento.

Y, como si se tratara de una respuesta a su juramento, un destello de luz anaranjada apareció en lo alto de la colina que se alzaba a espaldas del fuerte. Parpadeó. Estaba amaneciendo, y el Jinete galopaba por los cielos en compañía de su perro haciendo que las estrellas se batieran en retirada y permitiendo que el sol trajera un nuevo día al mundo. Un instante después oyó

la voz airada de Crescens. Le estaba chillando a uno de los esclavos sin tener una razón para ello.

—Es ese, señor —farfulló el tracio—. Sé que tienes mucho que hacer, pero ese cabrón se lo merece.

La pequeña guarnición empezaba a despertar, salvo por el centurión, cuyas dependencias se encontraban junto al muro opuesto de la fortificación. Hacía tres días que nadie veía al oficial. Tampoco se le había oído, salvo por la última racha de cánticos de la segunda mañana. Ocurría, más o menos, una vez al mes, y a esas alturas el tracio ya conocía los tiempos. Supuso que el centurión, Flavio Ferox, volvería a estar medio sobrio cuando llegara la noche, o quizá a la mañana siguiente.

La mayor parte del tiempo Ferox no bebía mucho para ser legionario, y solía hacer bien su trabajo. Era centurión *regionarius*, el centurión a cargo de la región circundante. Su labor era mantener la paz y el imperio de la ley, para que el ejército supiera lo que estaba ocurriendo y los nativos estuvieran dispuestos a solventar sus disputas sin arrancarse la cabeza. Ferox era britano, aunque de una lejana tribu del sudoeste, y aunque los hombres dijeran que esa era la razón por la que los nativos confiaban en él, el tracio dudaba de que esa fuera la principal razón. El centurión era un tipo duro, de rostro severo, pero se le conocía por ser un hombre de palabra y por nunca darse por vencido. Contaban historias de cómo había perseguido a fugitivos durante semanas y a lo largo de cientos de millas y de cómo casi siempre daba con ellos. En una ocasión se había adentrado en el norte en pleno invierno y había vuelto con un joven guerrero acusado de violar y asesinar a la esposa de un mercader romano. Más aún, testificó durante el juicio en favor del cautivo y probó que era inocente y que el culpable era el romano. No todo el mundo le agradeció ese gesto, pero los familiares del guerrero sí lo hicieron, y se corrió la voz de que el centurión valoraba en mucho la verdad. No es que importara mucho, porque jamás capturaron al marido, que huyó a la Galia bajo la protección de amigos influyentes.

El tracio no sabía si todo aquello era cierto, ya que en el ejército siempre había más rumores que soldados. Había quien decía que Ferox había sido un gran héroe, y quizá eso fuera verdad, ya que el arnés que solía llevar sobre la cota de malla estaba repleto de *phalerae* con forma de disco, torques y otras

condecoraciones al valor. Otros susurraban que era un hombre con mala suerte, y que cuando estaba cerca se sucedían los desastres, como legiones destrozadas a manos de dacios y germanos.

Todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo. Ferox llevaba siete años en aquel puesto fronterizo y no había ocurrido nada malo. De hecho, no había pasado nada de nada. El tracio no sabía si la debilidad por la bebida era la razón por la que el centurión había sido destinado allí o si había sido la monótona humedad del lugar la que le había hecho refugiarse en ella. Fuera como fuese, Ferox era britano, y este era un pueblo extraño, así que quizá le gustara ese agujero y, sencillamente, fuera un tipo dado a la melancolía. Cuando llegó, había hecho que alguien pintara un letrero más grande con la palabra SYRACVSE en grandes y elegantes letras, y había ordenado que lo clavaran encima del mensaje dejado por la II Adiutrix. Nadie sabía por qué.

La luz se iba haciendo más intensa, y ya casi era de día, lo que significaba que las cuatro horas de guardia del tracio pronto llegarían a su fin. Levantado para una cincuentena de hombres y una docena de caballos y mulas, el puesto fronterizo de Siracusa albergaba ahora menos de la mitad, así que Crescens había decidido que todo el mundo hiciera guardias dobles desde que Ferox se había encerrado. El *curator* paseaba su exiguo poder como comandante del puesto atormentando a aquellos que no le caían bien. Por fortuna, eso quería decir casi todo el mundo, así que la carga era compartida. El sujeto tan solo llevaba sirviendo cinco años, pero era muy activo y sabía escribir bien, así que lo más seguro era que le ascendieran tarde o temprano. Aquel no era más que un puesto temporal que no le confería a nadie un rango permanente.

Dando pisotones para que sus pies volvieran a la vida, y con cuidado de no pisar el tablón blando, el tracio se dirigió al parapeto que había en el extremo exterior de la torre y miró hacia el valle. La pequeña aldea que se veía a lo lejos parecía tranquila, y no había duda de que las mujeres ya estaban devolviendo la vida a los fuegos de los hogares. Unos muchachos llevaban pequeños rebaños de animales hacia el arroyo.

—*Omnes ad stercus*—gruñó el tracio, demasiado cansado para enfadarse, aunque no por miedo—. Chico —le susurró al centinela que hacía guardia en el exterior del pequeño fuerte. Ambos habían compartido aquella larga guardia, y, dado que era veterano, había sido él quien había escogido las

almenas y la torre. La normativa para el ejército, establecida por el Divino Augusto y sancionada por todos los Césares desde entonces, decía que debía haber un piquete en el exterior de cada una de las puertas de un campamento. Los hombres de servicio estaban obligados, bajo juramento, a mantenerse firmes incluso si se enfrentaban a un contingente muy superior, y estaban ahí para alertar a la guarnición de cualquier peligro.

—¿Y si vienen los bárbaros? —preguntaba un nuevo recluta en uno de los chistes más viejos del ejército.

—Limítate a hacer todo el ruido que puedas mientras te matan —respondía el centurión.

El joven centinela no se movió, así que, al menos, era fiel a su juramento. También estaba en el lugar que le correspondía, a tres pasos del foso y a la derecha del sendero que llevaba a la puerta, pero estaba demasiado rígido.

—¡Chico! —repitió el tracio, un poco más alto.

El muchacho seguía sin moverse. Tenía el regatón de la lanza hundido firmemente en el suelo y el asta sobre el hombro para descansar el peso de su cuerpo. Envuelto en la capa oscura y con el escudo contra las piernas, su inmovilidad y la cabeza ladeada protegida por el casco le delataban. El tracio conocía todos los trucos de soldado, y aquel era uno muy viejo y muy peligroso. Una de las cosas más importantes que debía aprender un recluta era a dormir lo que pudiera y siempre que tuviera ocasión, porque al ejército no le importaba levantarte a una hora u otra. El sueño era algo precioso, casi tanto como la comida. Ser capaz de dormir de pie era raro y a veces útil, pero una peligrosa práctica para un hombre de servicio.

—¡Despierta, imbécil, o te arrancarán la piel de la espalda a tiras! —El tracio escupió las palabras y, nervioso, miró a su espalda, hacia el interior del fuerte, por si alguien le había oído.

El hecho de que la puerta estuviera cerrada significaba que nadie podía ver al muchacho desde dentro, pero en cuanto el sol superase la cima de la colina era labor del tracio tocar la campana de latón para dar por terminada la guardia nocturna y el principio del nuevo día. A medida que la guarnición se fuera desperezando y las puertas se abrieran, movería el pasador de madera que había en el calendario para marcar que era el tercer día antes de los idus de septiembre. Una pareja de centinelas vendría a relevarlos, formarían, se

darían las órdenes para la jornada y una nueva contraseña, y solo entonces podrían comer algo. Siempre era igual. Lo mismo daba que la guarnición estuviera compuesta por una legión al completo o por dos docenas de hombres. Incluso aquí la jornada militar comenzaba del mismo modo que en cualquier otro lugar.

Tenía que actuar con rapidez, ya que Crescens le culparía de no haber mantenido despierto al muchacho. Sabía que el *curator* estaba ansioso por presentar cargos oficiales contra quien fuera y ordenar un castigo físico o algo peor.

—¡Hijo! —El veterano volvió a intentarlo, alzando la voz tanto como llegaba a atreverse. Su pie le dio una patada a algo que había en el suelo. Era un corazón de manzana, dejado allí por alguno de los centinelas anteriores, probablemente el asqueroso de Victor.

Apoyó la lanza contra el parapeto de madera y se agachó para recogerlo.

Cuando el tracio volvió a incorporarse, percibió movimiento por el rabillo del ojo y, al fin, pudo ver a los jinetes a menos de media milla de distancia, acercándose a un trote brioso. Percibió puntitos blancos en los ojos al observar a las veloces siluetas que se acercaban: eran al menos diez, pero no más de veinte. El sol naciente brillaba en los cascos y en las puntas de las lanzas, lo que significaba que iban bien armados, aunque no cabalgaban en columna ordenada, sino como un enjambre, y eso significaba que lo más probable era que se tratara de britanos.

El tracio no había visto un solo enemigo desde que llegara, en invierno. Entrecerró los ojos para ver con más claridad por si lo anterior cambiaba al tiempo que rezaba para que no fuese así. Los britanos pasaron junto a los chicos y sus vacas, ignorándolos, y los muchachos no parecieron asustarse. Eso era buena señal.

El jinete que cabalgaba en cabeza era un hombre alto montado sobre un animal enorme, y, aunque no pudiera verle el rostro, el tracio le reconoció y suspiró aliviado. Era Vindex, jefe de los exploradores que servían en el ejército. Sus hombres y él pasaban por allí con frecuencia, y el centurión solía salir con ellos, aunque llevaban casi un mes sin aparecer por el fuerte.

—¡Eh, el de la torre! —gritó Crescens desde el patio interior interrumpiendo sus pensamientos—, ¿algo que informar?

—*Omnes ad stercus* —dijo, hastiado, el tracio.

Ya no había tiempo. Se tomó un instante para apuntar y el centinela lanzó el corazón de manzana. Se sintió bastante satisfecho cuando este golpeó el guardanucas plano del casco de hierro del muchacho. El joven se despertó de una sacudida y gruñó. Aún medio dormido, se volvió para mirar al parapeto; tenía la cara pálida.

—¡Haz tu trabajo, chico! —gritó el tracio señalando a los jinetes.

Hacer ruido ya era lo de menos. Volvió la cabeza para mirar por encima del hombro.

—¡Jinetes acercándose!

Abajo, el muchacho seguía aturdido mientras miraba en aquella dirección. Se quedó pasmado un momento, resolló y dejó caer la lanza. El tracio rio cuando el muchacho, con la boca abierta, alzó el brazo para señalar y el escudo cayó de plano sobre la hierba.

—Sí, lo sé —dijo el veterano en voz baja—. ¡Los veo! ¿Te has despertado ya, hijo?

Los jinetes estaban lo bastante cerca como contar catorce en total así como otros tres caballos con carga. El sol ya había superado la colina y proyectaba largas sombras alargadas tras ellos a medida que recorrían el sendero hacia la puerta. El tracio se acercó a la campana y la tocó seis veces para anunciar que había salido el sol. Luego esperó un instante antes de dar la alarma, aunque no creía que hubiera nada de qué preocuparse, pero eran las normas.

—¡Exploradores acercándose! —gritó hacia el patio interior—, ¡abrid la puerta!

Crescens le observó con rencor, porque la orden se había dado sin consultárselo, pero el tracio sabía perfectamente lo que decía la normativa. Vindex espoleó a su caballo, pasó a un trote rápido junto al aturdido centinela y accedió al fuerte en el momento mismo en que las puertas se abrían. El tracio sonrió mientras se metía los dedos por el hueco donde se unían las carrilleras de su casco y se rascó la barba. Algunos de esos britanos tenían clase, eso había que reconocerlo.

El resto de los jinetes se detuvieron fuera. Al igual que su jefe, los exploradores eran brigantes, guerreros de la tribu que dominaba gran parte del norte de la provincia de Britania y leales aliados de Roma desde hacía tiempo.

Eran de rostro enjuto, altos y patilargos, y se erguían como estatuas sobre sus monturas, observando impasibles al joven centinela. La mayoría lucían frondosos mostachos, aunque ninguno de ellos hacía gala de un bigote tan grande y marrón como el de su jefe. Todos llevaban cascos militares anticuados de bronce con el guardanucas recto y soporte coronado con una punta roma, del tipo que las legiones habían dejado de usar hacía ya medio siglo. Solo el jefe llevaba cota de malla, pero todos tenían espada junto a la cadera derecha, aunque estas eran de todo tipo y tamaño, desde las típicas largas hojas locales hasta las suministradas por el ejército tanto para la infantería como para la caballería. Los escudos eran aún más variopintos, y estaban decorados con vivos colores; algunos tenían animales dibujados.

El joven centinela parecía temblar mientras contemplaba a los silenciosos guerreros, y al fin uno de ellos sonrió. Entonces todos empezaron a reír y algunos desmontaron. Los brigantes hablaban mucho, al menos si se los comparaba con el resto de los britanos. El tracio se fijó en que dos de ellos habían compartido montura, algo incómodo, particularmente para el que iba detrás, y luego vio que otros dos se dirigían a pie al interior del fuerte, cada uno llevando a uno de los caballos de carga de las riendas.

El estruendo de unas botas con tachuelas anunció al tracio que su relevo había llegado.

—Longino se presenta en el puesto para labor de guardia —anunció el sujeto. Era un tungro robusto. Su nariz rota y su rostro con cicatrices escondían un carácter amable—. ¿Alguna novedad, hermano?

El tracio, en realidad, no le estaba escuchando. Cuando los caballos cargados cruzaron la puerta, vio que cada uno de ellos llevaba un cuerpo cubierto con una manta. Un costado de uno de los animales estaba tintado de sangre seca. Quizá las cosas no estuvieran tan calmadas como parecía.

—¿Qué? —dijo un instante después al percatarse de que Longino le estaba mirando—. ¡Ah! Ya sabes, lo de siempre: *omnes ad stercus*.

Su relevo parpadeó, pero el tracio no se molestó en dar explicaciones. Bajó la escala hasta el parapeto y se dirigió a los peldaños que llevaban al patio interior, donde Vindex se había acercado al *curator* con su caballo y le miraba desde lo alto.

—Necesito al centurión. —El latín del brigante era comprensible a pesar

de un acento que les confería a las palabras un tono gutural y brusco—. ¿Está aquí?

El rostro de Vindex era largo, casi equino; tenía la piel tan prieta que se adivinaba cada músculo en cada línea de su cráneo y mandíbula. Era un rostro diseñado para aterrar a los niños e inquietar a la mayoría de los hombres, el rostro de un fantasma o un demonio, suavizado ligeramente por un bigote exuberante y bien cuidado. Crescens se mostró vacilante, y el tracio no le culpó.

Los *stationarii* que no estaban en servicio de guardia formaron en línea a un lado del sendero. Dado que eran hombres destacados a ese puesto fronterizo desde media docena de unidades diferentes, vestían un elenco de uniformes y llevaban escudos de formas diversas, pero estaban listos para inspección, con la salvedad de que el britano se encontraba entre el *curator* y su revista matutina.

—Está enfermo —dijo Crescens al fin.

Vindex resopló y su caballo empezó a orinar. Crescens dio un paso atrás para evitar las salpicaduras del estruendoso chorro amarillo.

El tracio se unió a la formación y observó el careo con deleite. Ferox había dado orden de que cualquier explorador que trajese información fuera llevado ante él de inmediato, y el *curator* debía saber eso. Por supuesto, tenía que admitir el tracio, la orden no decía nada sobre qué hacer cuando el centurión estaba completamente borracho y ese resultaba ser un intrincado problema que resolver para el *curator*. Le fue difícil no sonreír.

—¿Enfermo? —La expresión de Vindex no mutó en lo más mínimo, hasta que una mínima sacudida de piernas hizo que el caballo reanudara el trote.

Crescens abrió la boca, incapaz de saber qué hacer.

El brigante detuvo a su enorme montura castaña ante el bebedero, se irguió y saltó en un ágil movimiento. Mientras se dirigía a grandes zancadas hacia las dependencias del centurión, el animal empezó a beber agua. Los britanos que guiaban a los caballos que llevaban la carga le siguieron, ignorando a los soldados romanos. Unas piernas desnudas, sin calzado y sucias, se bamboleaban lentamente, de lado a lado, al tiempo que el semental que avanzaba en cabeza pasaba por delante de los legionarios.

—Necesito ver al centurión. —La potente voz de Vindex retumbó en el

pequeño patio interior.

—Mi señor Ferox lamenta estar indispuesto. Le es imposible recibir visitas. —Era Filo, el esclavo del centurión, un elegante oriental que parecía demasiado civilizado para un lugar como aquel.

—Necesito ver al *regionarius* —repitió el brigante aún en voz alta—. Y necesito verle ahora.

—Lo lamento, mi señor Vindex, pero eso no es posible.

El tracio ocupaba el extremo derecho de la línea de soldados, y podía ver al gigante britano alzándose como una torre ante el pequeño esclavo con los pulgares hundidos en el cinturón que llevaba a la cintura y del que colgaba su espada. La piel de Filo era suave y oscura, sus ojos eran de un marrón oscuro, casi negro. No vestía capa, y su túnica era tan blanca que brillaba. No parecía haber ni una mota de polvo o suciedad en él, y eso a pesar de estar de pie, sobre el barro, delante de la puerta. No era más alto que un chiquillo, apenas cinco pies de altura, y, sin embargo, se mantenía firme ante aquel bárbaro al que parecía resultarle más sencillo matar a alguien que perder el tiempo hablando. El tracio estaba impresionado.

—Es importante. —Vindex, el jefe de los exploradores, bajó la voz, aunque aún se oía en todo el recinto.

—Lo lamento, mi señor, de verdad que lo lamento. —Filo se agarró la muñeca derecha con la mano izquierda y se la frotó, pero aquella fue la única muestra de nerviosismo.

—¿Cuánto lleva así? —Vindex habló esta vez con mesura, y sonrió, aunque la sonrisa, en su rostro cadavérico, más se antojó un gesto malicioso.

Filo dejó caer los hombros y entrelazó las manos.

—Hoy es el cuarto día —admitió.

Vindex gruñó. Dio un paso al frente y el esclavo volvió a erguirse para impedirle el acceso. Crescens intentó abrirse paso para unirse a ellos, pero se lo impidieron los dos caballos y el explorador que los tenía cogidos por las riendas.

—Mira, griego —dijo Vindex; su tono de voz había cambiado de conciliador a amenazante—. Los dos sabemos que voy a entrar y que no vas a poder detenerme. Tu señor no te culpará.

Le sacaba dos cabezas al esclavo. Al final Filo se rindió y dio un paso a

un lado. El brigante le hizo un gesto a uno de sus hombres para que le siguiera, empujó la puerta y entró.

Se oyó un estruendo en el interior de las dependencias del centurión, luego otro, y luego el sonido de cerámica haciéndose pedazos.

—¡Perros bastardos! —El tracio reconoció la voz de Ferox, aunque nunca le había oído tan enfadado.

Más gritos, más estruendo, y entonces un agudo grito: «¡Taranis!», indicando que alguien había sentido un intenso dolor. Crescens, una vez más, intentó abrirse paso, pero el britano y los dos caballos volvieron.

—¡Dos voluntarios, ahora! —gritó, pero su voz se quebró y se antojó débil.

El tracio y el hombre que tenía al lado se adelantaron para unirse al *curator*.

El escándalo dentro del edificio se volvió aún más violento, y hubo más estruendo de violencia y destrucción. Filo esbozó una mueca de dolor al oír lo que debía de ser una balda repleta de platos y vasijas siendo golpeada por algo pesado y rompiéndose en mil pedazos. La puerta se abrió de pronto y el explorador que había seguido a Vindex salió trastabillando, con la cara magullada y sangre manando de un labio partido.

Entonces apareció el centurión *regionarius*, Tito Flavio Ferox, agarrado e inmovilizado por Vindex. A los brigantes les encantaba la lucha libre, aunque, por lo que había visto el tracio, ese deporte tenía más de fuerza bruta y de juego sucio que de arte. En este caso era imposible dudar de su eficacia. Ferox tan solo era un poco más bajo que el enorme brigante, sí más ancho de pecho y hombros, pero estaba doblado, con el brazo retorcido, así que toda su fuerza era inútil, y tenía que avanzar si no quería que le rompiera los huesos. Vindex le llevó hasta el bebedero.

Con un gruñido de esfuerzo el brigante levantó al centurión sobre el costado de madera y le metió de cabeza en el agua gélida. Dijo algo en su propia lengua y el hombre del labio partido se unió a él, manteniendo al romano en el agua mientras este se resistía.

Sacaron al centurión del bebedero. Ferox empezó a toser agua y a sacudir la cabeza mientras se revolvía.

—¡Perros bastardos! —espetó—. ¡Hijos de...!

Vindex y el otro britano volvieron a echarle al agua. A Crescens le colgaba la mandíbula mientras observaba el desenlace, pero no hizo nada.

Los britanos volvieron a alzar al centurión. Esta vez Ferox parecía lánguido y exhausto, incapaz de seguir luchando. Su túnica era del típico blanco desgastado que entregaba el ejército, atada con un cinturón holgado para que le llegara a las espinillas. La costura sobre uno de los hombros estaba desgarrada por completo y la prenda colgaba informe. Los moratones empezaban a florecer en su piel desnuda, y se veían dos viejas cicatrices, una de ellas larga. Su pelo oscuro estaba empapado y sucio, lucía una barba de varios días en el mentón de su rostro afilado, y sus ojos, de un gris claro, parecían ausentes. Había un rastro de vómito seco en la túnica rasgada y en la piel del centurión, así como manchas de vino y suciedad en manos, piernas y pies.

—¿Te has calmado ya? —Vindex volvía a hablar en su áspero latín—. Te necesito, y te necesito ahora. —Vio a Filo de pie, junto a la puerta, observando boquiabierto a su dueño—. Griego, tráele algo de posca. —La posca era la bebida barata que tomaban soldados y esclavos; era más agua que vino, y tenía un sabor muy amargo—. Y prepárale: tiene un largo camino por delante, y puede que tenga que luchar.

Le hizo un gesto al otro explorador e intentaron ayudar a Ferox a alcanzar sus dependencias, hasta que este se los sacudió de encima. El centurión miró a su alrededor con ojos soñolientos y vio a Crescens con la boca abierta. Se le quedó mirando un buen rato.

—Ah, *curator* —dijo al fin. Su voz tenía una cadencia musical que hacía que todo lo que decía pareciera verso—. No dejes que entorpecamos tus quehaceres.

Vindex se encogió de hombros y siguió al centurión a su cuarto. El otro britano volvió al bebedero y empezó a echarse agua al labio partido.

Crescens, recuperado, pasó lista y dijo la nueva contraseña: «*Mercurius Sanctus*», pero no tenía la cabeza en la formación, y ordenó romper filas después de una corta inspección. Varios hombres, incluido el tracio, decidieron desayunar en el patio para ver qué pasaba. Al principio no hubo ni rastro de Ferox y Vindex: lo único que ocurrió fue que los exploradores bajaron los cadáveres y los tendieron, el uno al lado del otro, sobre la hierba.

Dos britanos más entraron en el fuerte y empezaron a llenar odres de cuero para los hombres y animales que se habían quedado fuera, pasando junto a los cuerpos sin mostrar un ápice de interés o preocupación.

Uno de los muertos era un hombre mayor, de cabello gris y barba enmarañada, vestido con una túnica andrajosa decorada con motivos cuadrados pero tan descolorida que tales motivos apenas se distinguían. Tenía algunos pequeños cortes en la cara, pero ninguna herida de gravedad. El otro cuerpo era más joven: más alto y fibroso, llevaba pantalones de lana, túnica a rayas y un par de botas que no mostraban mucho desgaste. Tenía la pierna derecha retorcida: era evidente que tenía rotos los huesos inferiores. Por lo demás, el joven no parecía haber sufrido daños, salvo por el hecho de que su cabeza y su mano izquierda habían sido cercenadas.

Pasado un rato aparecieron Ferox y Vindex, y los soldados se retiraron un poco, aunque permanecieron lo bastante cerca como para escuchar lo que se decían. El centurión no hizo ademán de prestarles atención. Ferox estaba pálido, y tenía los ojos hundidos e inyectados en sangre. Calzaba botas cerradas, pantalones y una túnica de un rojo intenso con un jubón acolchado encima. El centurión caminaba como un viejo, pero hubo un destello de su habitual mirada severa cuando se quedó mirando al cuerpo del anciano.

—¿Qué hay del chico? —le preguntó a Vindex. El *regionarius* tenía el ceño fruncido. Daba la impresión de que pensar era todo un esfuerzo para él, y que hablar suponía un reto para su fuerza y su voluntad.

Vindex negó con la cabeza.

Con un gruñido el centurión se acercó al otro cadáver y lo movió con el pie.

—A este creo que no le conozco —dijo sin entonación alguna.

—Yo tampoco —convino Vindex—. Pero apostaría a que era más alto.

Instantes después Ferox se inclinó para inspeccionar la pierna rota y el resto de las heridas. El centurión estudió el cuerpo en silencio. La piel de su rostro adquirió una tonalidad verde cuando una oleada de náuseas le recorrió las tripas. El tracio dudaba que se debiera al desagradable espectáculo. El centurión se bamboleó un poco, se restregó la barbilla y la boca con una mano y se puso en pie.

—Mmm —murmuró, y luego, sin dejar de frotarse el mentón, añadió algo

que no sonaba a latín.

Vindex no dijo nada. Esperaron.

—Mal asunto —dijo Ferox al fin—. ¿Pero de verdad me necesitas?

—Sí. —Vindex estaba muy tieso, observando directamente y sin pestañear al centurión. A este le costaba sostenerle la mirada—. Es tu territorio.

—Ya. —Ferox volvió a empujar el cuerpo con la punta de la bota.

—Sigue muerto —dijo Vindex.

—Ya.

Crescens apareció entonces. Venía del pequeño establo que había en el otro extremo del patio. Había cuatro caballos en el *burgus*, aunque una de las yeguas no estaba en condiciones de ser montada.

—Buenos días, *curator* —dijo Ferox como si fuera la primera vez en el día que veía a Crescens—. ¿Cómo está la gris?

—Se está recuperando de la pata, pero aún cojea. —La respuesta de Crescens fue firme; era jinete, y entendía de esas cosas—. No aguantaría más de una o dos millas.

Eso significaba que Siracusa tan solo contaba con tres caballos en condiciones de servicio para el centurión y los cuatro jinetes que había entre los *stationarii*, incluido el propio *curator*.

—¿Hoy son las nonas? —Había más que duda en el tono del centurión. Miró a Vindex, y este no dijo nada.

—No, señor. Es el tercer día antes de los idus —dijo Crescens, sorprendido de que el centurión se hubiera equivocado en seis días—. Es septiembre, señor —añadió con malicia.

—Ya. —Ferox seguía intentando mirar a Vindex a los ojos como si Crescens no estuviera allí. El britano le observaba impasible—. ¿Y estás seguro de que me necesitas?

—Sí, te necesito. Será más fácil si viene un romano con nosotros, y sabes seguir un rastro mejor que cualquier hombre al que haya conocido.

—¿Acaso es culpa mía que no conozcas a mucha gente? —dijo el centurión encogiéndose de hombros—. ¿Estás completamente convencido?

Por primera vez el brigante pareció hastiado al asentir.

—Juro por el dios por el que se jura en mi tribu, y por el sol y por la luna, que tienes que venir.

Ferox permaneció en silencio. No emitió ni un gruñido. Empezó a bambolearse de nuevo, y todos vieron que le costaba recuperar el equilibrio.

—También juro por nuestra amistad que eres tú quien debería encargarse de esto.

Ferox suspiró, y dio la sensación de que estaba a punto de desplomarse.

—*Curator* —dijo—, haz que ensillen a los caballos y que los preparen para salir. Os llevaré a Victor y a ti conmigo.

Mientras *Crescens* se alejaba, Ferox volvió a dirigirse al brigante.

—No somos amigos —dijo el centurión—. Lo que pasa es que aún no he tenido ocasión de matarte.

I

Era casi mediodía. Tan solo había un puñado de nubes blancas y gordas en un cielo por lo demás luminoso, y Ferox tiró del ala de su sombrero de fieltro para protegerse los ojos del resplandor. Hubiera preferido viento y lluvia, un tiempo que se adecuaba más a su estado de ánimo, pero hacía buen día, y eso le fastidiaba, como le fastidiaba todo lo demás. Al menos el caballo castrado que montaba se estaba portando, así que decidió aflojarle las riendas confiando en que buscara el mejor camino por aquel valle rocoso. Ferox necesitaba pensar, pero las ideas le llegaban de mala gana.

—Bebe antes de una batalla si es necesario —le había dicho su abuelo, el Señor de las Colinas, cuando era joven—, aunque no demasiado si quieres sobrevivir. Pero no bebas antes de una incursión de saqueo.

Su abuelo había olvidado más cosas sobre las incursiones de saqueo de lo que pudiera llegar a saber cualquier hombre.

Pero esa mañana no habían salido para llevar a cabo una incursión, aunque lo más probable era que estuvieran buscando a un grupo de salteadores que sí, y para eso hacía falta mantener la cabeza fría y el corazón más frío aún. Ferox había liderado expediciones de saqueo y había perseguido a salteadores más veces de las que podía recordar, y sabía que lo anterior era cierto, del mismo modo que sabía que hoy tanto su espíritu como su físico se encontraban en horas bajas. También su capacidad de raciocinio, inculcada por sus maestros hacía muchos años. No lograba pensar con claridad, lo que significaba que era probable que cometiera errores, y quizá acabara llevando a sus hombres a una emboscada en la que morirían. Al menos eso aliviaría su carga.

Casi podía oír la regañina de su abuelo. Intentó sacudirse de encima ese estado de ánimo sombrío e inútil.

Vindex ya había tomado algunas precauciones sin contar con él. Dos de los exploradores brigantes cabalgaban a cierta distancia por delante, y otros dos cubrían la retaguardia mientras el resto, incluidos los dos legionarios romanos, iban a unos pasos por detrás de él. Mantenían la distancia, y no podía culparlos. De vez en cuando Víctor tarareaba una melodía que Ferox no conocía. El resto estaba en silencio, observándole y esperando a ver qué ocurría. Sentía que dudaban de su juicio, y, de nuevo, no podía culparlos. Cabalgaron durante una hora, desmontaron y llevaron a los animales de las riendas durante otra hora antes de volver a montar y seguir adelante a un trote pausado. Quizá tuvieran que recorrer un buen trecho, y no podían permitirse agotar a sus monturas. Al menos los caballos pequeños que los brigantes preferían montar eran bestias fuertes, ya que llevaban un par de días recorriendo el territorio.

Ferox envidiaba la resistencia de los animales y su falta de preocupaciones ahora que lo único que quería era tumbarse y dormir cien años. La cabeza le palpitaba, las tripas le rugían y no podía deshacerse del sabor a vómito que tenía en la boca. Le preocupaba volver a vomitar, tal y como le había ocurrido con el primer trote del día. No había caído, pero cuando intentó volver a montar en Siracusa no había sido capaz de hacer que sus miembros le obedecieran. Ferox se había aferrado a los cuernos de su silla para montar de un salto, pero había sido incapaz. En vez de eso se había quedado ahí, mirando a su caballo como un imbécil al tiempo que el animal volvía la cabeza para mirarle a él. Le daba la sensación de que sus piernas eran de plomo, pesadas, que estaban a punto de doblarse o quebrarse bajo el peso de su cuerpo. Dio un saltito, incapaz de hacer más. Señal de lo mal que se encontraba era que no le había importado oír una queda carcajada de uno de sus hombres y los bufidos burlones de brigantes. Tuvieron que echarle una mano. Uno de los soldados entrelazó las manos y se las puso junto a las rodillas para que Ferox pudiera tener un punto de apoyo, mientras otro le levantaba y le empujaba por detrás.

Vindex ya estaba en su caballo, y le había mirado con lástima en los ojos, una lástima que dolió más que la carcajada y el desprecio. Entonces su rostro

huesudo se tornó severo.

—Ella se fue —había susurrado el brigante—, y no va a volver.

Fue como ser lanzado al agua sucia y gélida del bebedero una vez más, y, por un momento, la vieja herida ardió con vigor y fiereza. Ferox odiaba al explorador, se odiaba a sí mismo por haberse convertido en lo que era, odiaba al mundo entero y a los dioses que le habían castigado con ese vacío que tenía dentro y le habían llevado a aquel lugar. La rabia y el dolor le daban fuerzas.

—Vamos —había dicho antes de espolear al animal hacia la puerta.

Una vez fuera del fortín había hincado de nuevo los talones en el caballo, y este había empezado a trotar. Todo se había echado a perder cuando las náuseas se apoderaron de él y se vio obligado a vomitar. Hacerlo le dejó vacío y debilitado un vez más y, así, lideró a la dispersa columna hacia el sur. Vindex había dejado el rastro de los hombres que habían matado al viejo para ir a Siracusa, y en vez de volver a seguir la pista, confiaba en volver a dar con ella un poco más adelante. Era una apuesta arriesgada, pero el tiempo apremiaba. Los exploradores habían perdido media noche yendo a buscarle, y les había llevado más de media hora estar listos para salir del fortín.

Ahora que ya era tarde, Ferox deseaba haber dejado a Filo que le afeitara. Siempre era más fácil pensar con un mentón liso que frotarse, y, por alguna razón, le hacía sentir más vivo. El muchacho alejandrino se preocupaba por él «como una buena madre judía», solía decir, aunque Ferox dudaba que el esclavo hubiera pasado gran parte de su niñez con cualquiera de sus padres. Filo ponía el listón muy alto; estaba decidido a hacer que su señor tuviera un aspecto tan pulcro y cuidado como el suyo, y parecía decepcionarle la constante incapacidad del centurión de alcanzar su ideal. A Ferox le caía bien el muchacho, y solía cuidarle, aunque solo fuera porque le recordaba a tiempos mejores y a ella. Había comprado al muchacho como esclavo para ella, pero entonces se había desvanecido y él se había quedado con aquel sirviente tan quisquilloso. Y aquello siempre suponía un conflicto, porque no se veía capaz de ser demasiado severo con el chico.

El centurión había rechazado la cota de malla cuando el esclavo se la trajo, pues sabía que, de haberlo hecho, Filo habría querido que también hubiera llevado el arnés y las condecoraciones. También rechazó el casco, con su cimera transversal de plumas y, en su lugar, pidió su viejo sombrero de

fieltro. Esclavo y señor alcanzaron al fin un compromiso, y el centurión había salido con el sombrero pero con el casco atado a la manta enrollada que llevaba en la parte posterior de la silla de montar. Ferox también le permitió a su esclavo que le enganchara una capa azul marino a los hombros. Quizá resultara útil si cambiaba el tiempo o si pasaban fuera una noche o más. No cabía duda de que Filo estaba satisfecho de que la capa al menos le cubriera parte del jubón acolchado, una prenda que, según él, era una vergüenza para su ínclito señor.

—Deberías enviar a alguien a encender la almenara.

Ferox no se había dado cuenta de que Vindex había avanzado hasta ponerse a su lado, y se sobresaltó cuando interrumpió sus pensamientos. Era la segunda vez que el brigante le pedía que alguien encendiera la almenara. Había una torre de vigilancia a solo dos millas de distancia, levantada en la cima más alta de una línea de colinas desde la que se divisaban millas a la redonda, en particular hacia las tierras del sur. Allí no solía haber más que media docena de soldados, los suficientes como para vigilar desde lo alto de la torre y atender la almenara.

—Aún no hay ni rastro de tus ladrones.

—¿Ah, no? —Vindex miró a su alrededor—. Sea como sea, ¿no es esa razón suficiente para dar la alarma? Podrían estar en cualquier parte.

El humo negro de la almenara se veía a millas de distancia e informaba a tropas y civiles de que había peligro. En cuando fuera encendida, saldrían jinetes al galope de todas las guarniciones para ver qué estaba ocurriendo, patrullas fuertemente armadas recorrerían las rutas principales y el grueso de las tropas se prepararía para actuar en cuanto llegaran los primeros informes. Pero alertaba a los atacantes tanto como al resto, haciéndoles saber que los estaban buscando y que el peligro para ellos, si permanecían en la zona, iría en aumento a medida que pasaran las horas.

—Todavía no —repuso Ferox repitiendo su respuesta a la anterior petición. La primera vez Vindex había aflojado la marcha y se había unido al resto. Ahora no dijo más, pero siguió cabalgando junto al centurión.

Ferox tuvo la tentación de dar la alarma, porque estaba seguro de que algo no marchaba bien. Pasaron junto a varias granjas donde la gente se mostró cortés, asintiendo o saludándolos a su paso. Pero parecían estar alerta: no

sabían lo que pasaba, pero presentían peligro. Se toparon con unos vaqueros que azuzaban a un pequeño rebaño a toda prisa, pero los hombres dijeron que no habían visto ni oído nada extraño. A decir de Ferox, sus rostros parecían aún más recelosos de lo que era habitual cuando los lugareños se enfrentaban a las preguntas de los romanos; sospechaba que si su cabeza no hubiera estado tan embotada por la resaca, habría sido capaz de ver más allá.

Había pocas señales por el camino del tipo que usaban las tribus para dejar mensajes sencillos. Entre los textoverdi de esas tierras, una piedra sobre otra significaba que había guerreros o soldados en la zona, y había visto algunas de ellas por el camino que parecían recientes. A una milla de distancia había visto tres piedras planas apiladas, siendo la superior de un color más claro que las otras. Eso implicaba que había un importante contingente de guerreros, bien armados. La piedra clara indicaba que se trataba de enemigos, aunque, a decir verdad, algunos de los lugareños consideraban como tal al ejército romano. Lo que sí significaba era que el grupo no pertenecía a los textoverdi, y probablemente tampoco a ningún otro clan de los brigantes como los carvetos de Vindex. Ferox deseó haberse tomado el tiempo de leer el manojo de cartas que había llegado recientemente a Siracusa y, así, haber comprobado las últimas órdenes. Eso le hubiera servido para saber si había una nutrida patrulla del ejército o algún otro destacamento en la zona. Dudaba que lo hubiera, ya que las guarniciones cercanas estaban bastante justas de efectivos en los últimos tiempos, pero seguía siendo verano y era el momento de llevar a cabo entrenamientos y exhibiciones de fuerza.

Pero ni el propio Ferox se lo creía, y se preguntó si era cabezonería o miedo lo que le impedía enviar a un hombre a dar la alarma. No podía fingir que el miedo no era real. Hubo un tiempo en el que su carrera había sido prometedora: el primero de los jóvenes nobles siluros al que se le concediera la ciudadanía romana. Fue educado en Lugdunum, en la Galia, junto con los hijos de los aristócratas de las tres provincias, luego fue hecho centurión en una legión, y recibió una condecoración al valor del mismísimo emperador Domiciano. Todo se había torcido hacía mucho tiempo y, en parte, había sido culpa suya. Llevaba siete años allí, en el norte de Britania, sin permisos y sin promociones, sirviendo lejos de su legión, que jamás había sugerido siquiera que le quisiera de vuelta. Su importancia política se había desvanecido ahora

que los siluros se consideraban un pueblo pacífico, y le habían destinado a Siracusa porque tanto él como las labores que desempeñaba carecían de importancia, al menos para cualquier cargo principal de la provincia, y menos aún en Roma. Ferox era *regionarius* de un distrito irrelevante, y a nadie le importaba demasiado si quería pudrirse allí o si quería beber hasta acabar en la tumba. Y tampoco se fiaban mucho de su juicio, porque su enfermiza búsqueda de la verdad le había granjeado pocos amigos y muchos enemigos.

Pero la verdad importaba.

—Miente a los demás —le solía decir su abuelo—, pero no seas tan necio como para mentirte a ti mismo.

El pasado verano y, una vez más, a principios de año, había enviado informes avisando de que en el norte se estaba cocinando algo. Todo lo que había visto y oído le había convencido de que tan solo era una cuestión de tiempo que las tribus rompieran su alianza con Roma, pero sus superiores se habían mofado de sus advertencias, y, hasta el momento, no había ocurrido nada, así que ahora se le tachaba de alarmista y de poco fiable. Si alertaba a las guarniciones con historias de incursiones por parte de grandes grupos de bárbaros y al final todo terminaba en nada, estaría acabado. Crescens, para empezar, testificaría encantado sobre su estado de embriaguez al momento de dar la alarma, y lo más seguro era que hubiera otros que confirmaran su relato. Después de todo, era la verdad. Algo así acabaría por rematarle: sería licenciado con deshonor y su vida perdería los últimos y ya difusos vestigios de propósito y sentido. Ferox no hubiera sido capaz de enfrentarse a eso, ya que no tenía adónde ir.

—Es pronto para una incursión a gran escala —dijo Ferox intentando posponer la decisión.

Vindex parecía más adusto que de costumbre.

—Depende de quiénes sean —dijo—, y de lo que quieran.

La mayoría de las bandas venían en busca de ganado. Podían ser un puñado, en particular si resultaban ser ladrones de caballos, o varias docenas. Si la incursión era mayor, esto es, un jefe a la cabeza de varios guerreros vinculados a él mediante voto de lealtad, así como cualquiera que quisiera unirse a él, entonces lo que buscaban era llevarse algo más que un puñado de animales. El mejor momento para hacerlo hubiera sido en un mes más o

menos, cuando el otoño hubiera llegado de verdad. Era entonces cuando las ovejas y las vacas estaban gordas y fuertes después de un verano pastando; además, el suelo se congelaba, se endurecía, y la marcha era más sencilla; más aún: la oscuridad de las noches largas hacía más fácil la huida.

Ferox se preguntaba si había sido una incursión para llevar a cabo un asesinato. En aquellos tiempos era algo raro, ya que todas las tribus y clanes eran aliados de Roma y se les exhortaba a mostrarse cordiales entre ellos. Gran parte de la labor de Ferox era atender quejas y arbitrar en disputas para que los litigantes no tuvieran la tentación de quemarle la casa al vecino. Mucho dependía de los jefes, ya fuera porque le enviaran a él a los litigantes, solucionaran el asunto por su cuenta o se negaran a involucrarse. Aún había guerreros por ahí ansiosos por cortar cabezas y por hacerse un nombre como personajes peligrosos. Algunos de los jefes deseaban obtener la gloria y hacer valer su poder, y siempre había odios y venganzas.

—Alguien se llevó la cabeza de ese joven desgraciado —dijo Vindex.

Ferox quería pensar, y necesitaba silencio para hacerlo, pero había aprendido a fiarse del juicio del brigante.

—Pero no se llevaron la del Cabra.

Vindex no se inmutó.

—¿Acaso querías a ese feo vejestorio mirándote?

Ferox no conocía el verdadero nombre del anciano, y se preguntó si alguien realmente lo sabía. Le llamaban «el Hombre Cabra», o sencillamente «el Cabra», e incluso los abuelos le recordaban siendo ya anciano. No tenía casa, pero recorría el territorio con sus cabras y con el joven que le ayudaba a cuidar de ellas. A veces se quedaba en granjas y aldeas, a veces en cuevas o al abrigo de los árboles. Todo el mundo le conocía, y jamás era amable con nadie, pero parecía atraer a los animales. Los campesinos deseaban que apareciese en sus aldeas cuando sus vacas dejaban de dar leche o las ovejas se ponían enfermas, ya que el Hombre Cabra comprendía a las bestias y sabía cómo curarlas.

—Las cosas no serán lo mismo sin él —dijo Ferox.

—Sí, será todo mucho menos triste. Jamás le dijo nada agradable a nadie, o al menos que yo haya oído. A mí me maldijo varias veces.

El Hombre Cabra jamás estaba contento, y nunca había sido agradecido.

Llegaba a la casa de un hombre por la noche, en busca de cobijo y comida, y se acomodaba lo más cerca posible del fuego. Se quedaba todo el tiempo que quería y se iba sin decir palabra y sin siquiera dar las gracias. Sin embargo, siempre era bienvenido, así como bastante temido.

—He oído a gente decir que era un dios o un espíritu enmascarado.

Vindex inclinó la cabeza hacia atrás y rio, lo que provocó un murmullo entre los hombres que los seguían.

—¡Pues vaya un disfraz! —Pensó un instante—. Pero estaba muerto como una piedra, y no se puede matar a un dios.

—No creo que quisieran matarle —dijo Ferox mientras se frotaba el mentón y la espesa barba de varios días.

—Toda una gentileza por su parte.

—Es probable que quisieran algo de él —continuó, dándole vueltas a la idea mientras hablaba—. Quizá quisieran que les hiciera de guía, se negó, le golpearon y se les murió.

—Y seguramente, conociendo al cascarrabias, se murió para joderlos. —Vindex rio para sí—. ¿Y qué hay del otro? ¿Intentó ayudarlo?

—No, debía de ser uno de los integrantes de la banda. No creo que fuese de por aquí. Ocurrió algo y se rompió la pierna. Tan solo los hubiera retrasado, así que lo ejecutaron.

—Está bien eso de tener amigos —dijo Vindex—. Pero ¿por qué llevarse la cabeza? ¿Y la mano?

—Eso no lo sé, pero no se resistió.

El corte en el cuello había sido limpio y por la espalda. Era difícil arrancar una cabeza de un tajo, y hacerlo indicaba habilidad y práctica. Ferox imaginó al hombre esperando, sumiso, mientras, probablemente, otros dos le ayudaban a arrodillarse a pesar del agónico dolor de la pierna al tiempo que un cuarto alzaba la espada calculando con cuidado antes de descargar el tajo descendente.

—Luego le cortaron la mano. Puede que tengan al muchacho del Cabra y que sea él el guía. O puede que haya huido. Pero creo...

Ferox calló, detuvo su montura y levantó la mano para que el resto le imitara. Desmontó de un salto y caminó por la hierba crecida. Estaban en otro pequeño valle al fondo del cual corría un embarrado arroyo. En un extremo, y

en ambas orillas, la tierra estaba batida y pisoteada por uñas de caballo.

—Qué descuido —dijo Vindex, pero el centurión, airado, alzó la mano pidiendo silencio. Ferox se acuclilló y estudió el suelo a cierta distancia del arroyo.

El brigante se hizo con las riendas del caballo del centurión y avanzó al paso sobre su animal.

—Veinte, puede que dos docenas —dijo Ferox sin levantar la cabeza—. Dos de ellos con carga y otros dos sin jinete. Algunos de los caballos son grandes, y algunos llevan jinetes pesados.

—Como digo, estos no son los que hemos estado siguiendo.

Vindex y sus hombres habían dado con el rastro de una partida el día anterior y, siguiéndolo, habían encontrado los cuerpos. Justo antes de la puesta de sol habían visto a un grupo de tamaño similar uniéndose al primero. Ahora había un tercero cabalgando en la misma dirección, probablemente con intención de juntarse con los anteriores, lo que significaba una partida de, al menos, unos cincuenta o sesenta, y bien pertrechada. Los caballos grandes eran todo un misterio. El rastro se parecía más al de monturas del ejército que al de simples ponis.

—Tiene pinta de que pasaron por aquí hace siete u ocho horas —concluyó Ferox mientras volvía a su caballo y se agarraba a los cuernos de su silla de montar—. Cuando aún era de noche.

—¿Necesitas ayuda? —dijo Vindex con sorna ante la actitud dubitativa del centurión.

—Imbécil —farfulló Ferox, que luego gruñó por el esfuerzo mientras medio saltaba medio montaba a pulso.

El rastro subía por un lado del valle, y el centurión puso a su caballo al trote para seguirlo. El animal remontó la pendiente con entusiasmo. Vindex y el resto le siguieron. Las señales eran claras: huellas de pezuñas y hierba aplastada. Significaba que, fueran quienes fuesen, ya no temían que los siguieran. Debían de encontrarse cerca de lo que fuera que querían.

—Ordena que enciendan la almenara —dijo Vindex cuando alcanzó al centurión.

—Aún no. Necesito saber más.

Dejaron atrás el valle hasta llegar a la cima de la colina y siguieron el

rastro hacia el este. Era fácil de ver, y solo cambiaba de dirección para sortear zonas empantanadas y barrancos pronunciados. Recorrieron aquel paraje ondulado durante una milla, cabalgando cerca de las cimas para poder divisar las tierras que se extendían al sur. Cualquiera que estuviera alerta los hubiera visto, pero a Ferox le traía sin cuidado. Las gentes del entorno conocían su sombrero de fieltro. Era viejo y estaba bastante estropeado, del estilo del que llevaban granjeros y jornaleros en las tierras bañadas por el Mediterráneo, y extraño de ver en Britania, más aún en el norte. Los lugareños le conocían, y sabrían que era él mucho antes de verle la cara. Los saqueadores también podrían verlos, sobre todo si seguían estando cerca y alerta. Al igual que la almenara, ver a la partida de Ferox los pondría más nerviosos o los volvería más peligrosos. O ambas cosas. No obstante, si seguían adelante por campo abierto, podrían estar prevenidos ante cualquier amenaza.

Volvieron a descender hacia un valle antes de remontar la siguiente pendiente. Ferox decidió continuar al paso para no agotar a los animales, luego, al llegar a la cima, se detuvo al ver algo que le heló el corazón. Vindex, a su lado, palideció. El brigante se llevó la mano a la rueda de bronce de Taranis, que llevaba colgada de una cuerda y bajo la cota de malla.

—Que el dios de los truenos nos proteja —murmuró acercándose la rueda a los labios.

Había dos piedras grises erguidas en la pendiente que tenían enfrente. La gente las llamaba «la Madre y la Hija» o, a veces, «la Yegua y la Potra», y eran antiguas, más que la memoria, y habían sido levantadas por gentes que se habían desvanecido en el tiempo y cuyos únicos vestigios eran los túmulos y las puntas de sílex. O quizá las hubieran levantado los dioses antes de que naciera el tiempo. Los textoverdi rara vez se acercaban por allí, y solo pasaban entre ambas piedras cuando estaban desesperados por recibir auxilio mágico o para hacer un juramento inquebrantable.

La Madre era la piedra más alta y, sobre ella, alguien había colocado una piedra de color marrón rojizo. Era una señal terrible, una que Ferox jamás había visto, una advertencia de que el mal recorría la tierra. Lo peor era que alguien había venido después, había cogido la piedra rojiza y la había lanzado al suelo rompiéndola en dos. Luego habían cogido uno de los trozos y habían

hecho un dibujo en ambas piedras. Estos no eran más que simples círculos convertidos en caras mediante dos puntos para representar los ojos y una V al revés para representar la boca.

Ferox habló con voz plana cuando se dirigió al brigante.

—Parece que nuestros miedos estaban justificados.

—Sí.

Cuando advirtió del peligro, el centurión había intentado explicar a sus superiores que Roma era tenida por débil, ya que sus ejércitos estaban en retirada, y que se creía que su poder estaba a punto de convertirse en polvo. En particular, en el norte, líderes ambiciosos olfateaban la oportunidad de crear imperios propios. Había quien hablaba entre susurros sobre guerra y destrucción, sobre magos y druidas que incitaban al odio. Vindex y sus hombres habían visto las mismas señales y se las habían hecho saber, pero a Ferox se le ignoraba por considerársele alarmista y demasiado dado a suposiciones. Sin embargo, su instinto le decía que tenía razón, al igual que el cazador percibe la presencia de una bestia salvaje antes de verla.

—¿Un druida? —Vindex dijo la palabra con suspicacia, como si su sola mención tuviera poderes.

—Algo parecido. —Solo un hombre convencido de su poder y su magia se atrevería a profanar un lugar sagrado de ese modo.

—Entonces estamos jodidos —concluyó el brigante.

Ferox le ignoró y llamó con un gesto a los dos jinetes romanos.

—Crescens, ¿quién está al mando en Vindolanda? —Aquella era la guarnición más cercana, a un par de millas de distancia hacia el sudeste.

El *curator* se sintió halagado de que se le preguntara algo, aunque parecía sorprenderle que el centurión no lo supiera.

—El prefecto Flavio Cerialis, nuevo comandante de la novena de bátavos.

—¿Son una *equitata*, no es así?

Crescens asintió. La Cohors VIII Batavorum era una unidad mixta, dotada de su propio contingente de caballería para apoyar a la fuerza principal de infantería. Los bátavos eran germanos del Rin, hombres grandes de cabello rojizo y conocidos por su desprecio hacia el resto del ejército, no solo hacia los que, como ellos, eran auxiliares, sino también hacia los ciudadanos romanos de las legiones.

—Bien. Cabalgarás hasta Vindolanda e informarás a Cerialis, o al oficial al mando si él no está. Dile a Cerialis que hay un contingente de al menos sesenta bárbaros en la zona. Están bien armados y son peligrosos. Planean un ataque en la calzada de Coria. Le pediría también que avisara al resto de guarniciones y puestos a lo largo de la calzada. Pídele disculpas por no haber tenido tiempo de redactar un informe. —El ejército siempre prefería tenerlo todo por escrito.

Crescens fruncía el ceño concentrado mientras escuchaba.

—¿Te has enterado bien? —dijo Ferox—. Repítelo.

Puede que el *curator* fuera un hombre quisquilloso y molesto, pero su obsesión por los detalles a veces resultaba útil, y no cometía fallos.

—Bien. Si no recibes noticias mías, vuelve al *burgus* en cuanto hayas descansado. ¡Y ahora, galopa como el viento! —Ferox se dirigió al otro jinete—. Víctor, cabalga hasta la torre de vigilancia y haz que enciendan la almenara. Dile al hombre que esté al mando que hay sesenta bárbaros recorriendo la zona, y avisa a todo aquel que te encuentres por el camino.

El segundo jinete salió al galope. Vindex se acarició el grueso mostacho y sonrió.

—Me alegro de haberte traído.

Ferox gruñó.

—No tenemos mucho tiempo —dijo, espoleando al caballo para ponerlo al trote, aunque guiándolo para dar un amplio rodeo en torno a las grandes piedras.

—Si estamos en lo cierto, hay algún desgraciado que tiene menos tiempo que nosotros —dijo el brigante mientras avanzaban—. ¿Estás seguro de lo de la calzada?

En realidad no era una calzada. El ejército solo había construido dos calzadas dignas de ese nombre en el norte. La occidental pasaba por Luvallium de camino al norte y hacia los pocos puestos avanzados que había más allá, mientras que la oriental atravesaba Coria. Había un par de fuertes entre esas dos bases, y se había hecho una ruta para unirlos, con puentes allí donde eran necesarios. Ferox había oído que existía el proyecto de convertir ese camino en una calzada de verdad, pero hasta el momento no se había hecho nada.

—Es lo único que puede tener sentido —repuso Ferox frotándose el mentón de nuevo. El centurión sospechaba que lo había dicho más convencido de lo que en realidad estaba—. El rastro sigue recto hacia el este, no hacia el sur, aunque las rutas en esa dirección están abiertas. Creo que los diferentes grupos se dieron cita al final de la noche y que atacarán pronto. Esto es, si no lo han hecho ya. Harán lo que han venido a hacer, y volverán al norte, al lugar del que hayan salido. No son suficientes como para atacar a una guarnición, así que estarán buscando algo en campo abierto. Puede que una granja, pero nadie, ni importante ni rico, vive cerca de aquí, así que todo apunta a una emboscada en la calzada.

Siguieron recorriendo las cimas. Podían ver a sus pies la calzada que corría de este a oeste; a veces la tenían a menos de media milla de distancia, aunque la mayor parte del tiempo les quedaba más lejos. Muchos viajeros recorrían esa ruta, aunque la mayor parte del tráfico era militar. Vieron pasar un par de carretas que se dirigían al oeste al cansino paso de los bueyes de carga, así como unas sesenta mulas escoltadas por una docena de legionarios y guiadas por un número parecido de esclavos. Verlos hizo pensar a Ferox, porque el convoy hubiera sido un objetivo ideal para cualquier grupo de salteadores deseosos de obtener cabezas y botín.

Vindex debió de pensar lo mismo.

—Puede que hayan tenido suerte y que hayan pasado antes de que estuviera lista la emboscada.

—Puede.

Media hora después pasaron cerca de Vindolanda y vieron sus edificios de un blanco apagado en la distancia. Ferox confiaba en que el *curator* estuviera ya cerca del fuerte. Víctor ya debería haber llegado a la torre a esas alturas, pero no había ni rastro del humo de alerta de la almenara. Otro convoy de mulas pasó por el camino, más grande que el anterior, aunque seguía siendo vulnerable al asalto de un grupo decidido de unos cincuenta o sesenta hombres, eso suponiendo que no se les hubieran unido aún más guerreros.

Ferox azuzó a su caballo con fuerza para que fuera al trote, golpeándolo con la palma de la mano cuando el animal intentaba aminorar el paso. Siguieron adelante a toda prisa. Los hombros y los flancos de los caballos estaban blancos de sudor. Recorrieron millas hasta que dejaron de ver el

fuerte y tan solo divisaron las finas hebras de humo de sus hogueras. El caballo resoplaba con fuerza y empezaba a trastabillar, lo que siempre indicaba que la bestia daría ya poco de sí. Ferox aflojó para ir al paso.

—Allí es donde lo haría yo —dijo señalando al frente.

El camino giraba ligeramente al norte, recorriendo el extremo del valle y siguiendo un sendero mucho más antiguo que evitaba dehesas que se convertían en ciénagas cuando llovía dos días seguidos. A lo largo de una milla el sendero era menos recto, lo que permitía que las carretas sortearan una sucesión de pequeñas pendientes y cañadas. Había bosquecillos dispersos y un par de bosques algo más frondosos en los que los grandes árboles ofrecían un escondrijo perfecto al abrigo de ojos indiscretos. Parte del camino recorría el fondo del valle y estaba aún más aislado.

Vindex bufó una carcajada.

—Nada como un siluro para elegir el lugar idóneo para una emboscada. Sois todos una recua de bandidos.

—Pues dicen que soy romano.

—Eso dicen.

Hubo un murmullo entre los exploradores y Vindex se volvió sobre su silla de montar.

—Han encendido la almenara —dijo.

Ferox no le estaba escuchando. A poca distancia había un rebaño de vacas al que guiaban por un lado del sendero, así como puñado de viajeros que se dirigían al oeste. A estos los estaba adelantando un grupo de diez o doce soldados a caballo, seguidos por una carreta de viaje tirada por mulas. No era tan grande como otras carretas de ese estilo, pero esos vehículos eran raros en aquel rincón del mundo, y la escolta suponía que llevaba algo, o a alguien, de importancia.

El centurión se llevó la mano al gran pomo de madera de su espada y pasó los dedos por los surcos tallados en él. Llevaba la espada colgada a la izquierda como símbolo de su rango, aunque también porque era una espada anticuada, de hoja larga, y así resultaba más fácil desenvainarla.

—Necesito que te lleves a los exploradores a la cima. —Señaló al frente, a la colina que dominaba el accidentado terreno—. Puede que se preocupen si te ven allí, especialmente si están listos para atacar. Son demasiados como

para enfrentarnos a ellos, así que observa. Necesitamos saber quiénes son y de dónde han venido. Seguidlos cuando todo haya acabado. Captura a uno si puedes, pero no te arriesgues de modo innecesario. Lo que puedas averiguar tiene mucha más importancia que lo que puedas hacer. ¿Comprendido?

Vindex asintió.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Acercarme a echar un vistazo.

El brigante gruñó y se dirigió a sus hombres al paso. Ferox se quitó el sombrero de fieltro y lo lanzó a un lado, se giró en la silla y desató el casco. Como siempre, Filo había dejado dentro la capucha de lana. Se caló la capucha, luego el casco, y se ató la tira de cuero que mantenía unidos los extremos de las carrilleras. Llevaba semanas sin ponérselo, pero después de trece años en las legiones, el pesado yelmo seguía siendo para él algo tan natural como el pelo.

Ferox bajó la pendiente al paso, rumbo al sendero. Sentía la mente despejada y calma, porque la decisión había sido tomada y ya no había vuelta atrás. Había retrasado demasiado la orden de dar la señal de alarma, y esa era su región. Todas las advertencias que había hecho en el pasado no servirían de nada, porque el error ya lo había cometido. Era probable que hubiera alguien importante en la carreta, y no podía dejar que, fuera quien fuese, muriera sin hacer un intento de avisarle. Quizá no fuera suficiente, y eso era todo lo que sus superiores necesitaban para recomendar que fuera licenciado.

Ya no le dolía la cabeza. Bebió lo que le quedaba de posca en el odre y sintió el frescor y la humedad en la boca. Cuando le obligaron a despertar y a salir del fuerte a caballo se había sentido como si el mundo estuviera a punto de llegar a su fin. El mal humor de los últimos días volvía a apoderarse de él y ya no le importaba. Ferox descendió la colina.

—Te olvidas el sombrero —dijo Vindex alegremente mientras se acercaba a él con el viejo y maltrecho sombrero en la mano.

—Te he dado una orden.

—Nadie les da órdenes a los carvetos.

Los dos hombres avanzaban al paso.

—Es importante —dijo el centurión—. Tenemos que averiguar todo lo que podamos.

—Le he dicho a Breno que tome el mando. Hará lo que se le diga.

—Creía que nadie les daba órdenes a los carvetos.

Vindex sonrió. Su rostro parecía más cadavérico que nunca.

—La madre de Breno era de los parisios. Cualquiera puede darles órdenes a esos capullos.

Ferox no rio, pero el comentario le animó un poco.

Siguieron adelante. La carreta y su escolta habían desaparecido de su vista, ocultas en el bosque de grandes robles.

—¿Tienes un plan? —preguntó el brigante pasado un rato.

Ferox permaneció en silencio.

—Eso está muy bien. —Vindex se llevó la rueda de Taranis a los labios y murmuró una plegaria.

—Nadie te ha pedido que vinieras —le dijo Ferox.

—Lo sé. Hay gente muy desagradable por el mundo.

Por primera vez el centurión miró a su compañero a los ojos.

—Que no te avergüence dar media vuelta. Aún estás a tiempo.

Vindex rio.

—¡Eso mismo me dijo mi tío cuando me casé con mi primera esposa!

De pronto el brigante esbozó un gesto lúgubre, algo, por otro lado, habitual en él. Solo los hombres que le conocían bien, como Ferox, sabían de la tristeza que ocultaba. Vindex había perdido a sus dos esposas, la primera por unas fiebres, la segunda durante el parto de un niño que había nacido muerto. La angustia era profunda, aunque no había logrado empañar su entusiasmo por los placeres de la vida.

Delante de ellos apareció la escolta y la pequeña carreta de viaje, entre los árboles. Estaban lo bastante cerca como para que Ferox pudiera distinguir los escudos verdes y ovalados de los jinetes, lo que significaba que probablemente fueran bátavos venidos de Vindolanda. Sus cascos eran oscuros, y solo las carrilleras brillaban al sol de la tarde. Un hombre, a la cabeza de la pequeña columna, vestía una armadura de escamas bien pulida que centelleaba. Los soldados desprendían marcialidad. La mayoría de los hombres no se hubieran molestado en quitarles a los escudos las protecciones de cuero para un viaje ordinario.

—¿Y si estamos equivocados? —sugirió Vindex al ver que tanto la carreta

como los jinetes hacían camino en esa cálida tarde.

Alargó la mano para espantar a una mosca que se había posado en el cuello de su yegua. Ahora que estaban más abajo, los insectos empezaban a acosarlos atraídos por el intenso olor del sudor de los caballos.

Se oyó un cuerno, potente y estruendoso, y Ferox espoleó a su montura con fuerza para que emprendiera un trote rápido.

—¡Mierda! —dijo Vindex siguiendo al centurión.

II

Los bátavos estaban rígidos y acalorados, y sabían que aún les quedaba más de la mitad del viaje para llegar a Coria. Allí había un ala destacada, una de las unidades compuestas íntegramente por caballería cuyos integrantes cobraban más y tenían mejores monturas que los jinetes que servían en las cohortes de infantería. Los bátavos estaban decididos a mostrar a aquellos bastardos arrogantes de galos y tracios cuál era el aspecto de un guerrero a caballo de verdad. Cualquier cosa que fuera de metal, desde puntas de lanza hasta armaduras, hebillas de cinturón, cascos, los enganches de las *phalerae* en los arneses de sus caballos, había sido pulida hasta quedar resplandeciente, y luego pulida de nuevo. Había habido mucha rivalidad para ser seleccionado para esa misión, y los hombres que fueron elegidos intercambiaron equipo con los desafortunados si su propia indumentaria no era perfecta. Los pelajes de los caballos, bien cepillados, brillaban casi tanto como el hierro y el bronce, las crines estaban perfectamente acicaladas y las colas, peinadas. Los escudos habían sido reparados: la estrella roja del centro y los rosetones blancos parecían más luminosos sobre el fondo verde. Todos los integrantes de la escolta eran hombres grandes, incluso para una cohorte conocida por la altura y envergadura de sus soldados, y aunque los caballos fueran de los más grandes disponibles, parecían enanos en contraste con sus jinetes. El decurión al cargo llevaba una coraza de escamas que alternaba colores plateados y dorados y una capa amarilla con la que parecía un dios de la guerra que hubiera descendido de los cielos. Llevaba una cimera amarilla, a juego, sobre el casco plateado, decorado con siluetas de animales y cazadores. Los otros

once soldados llevaban piel de oso en las cazoletas de sus cascos de bronce. El pelo de oso estaba cepillado de modo que se mantenía rígido. Era el símbolo de los bátavos, una advertencia de que tanto amigos como enemigos debían tratarlos con respeto.

Avanzaban lentamente y solo trotaban de vez cuando porque, de lo contrario, las mulas que tiraban de la carreta no eran capaces de alcanzarlos. Eso significaba que no podían evitar que las moscas atormentaran a los caballos, y al sostener el escudo y las riendas con una mano y la lanza con la otra carecían de una mano libre con la que espantarlas. Así que los caballos sufrían y se acercaban mucho a los animales que tenían delante para que sus colas, en constante movimiento, los aliviaran. Pero merecía la pena. La labor era mucho más llevadera que los trabajos en Vindolanda. Era un honor ser seleccionado y custodiar al ocupante de la carreta, pero mejor aún era la posibilidad de pasar al menos una noche en Coria, una base mucho más grande, con tabernas y termas como debían ser. Beberían y se bañarían, comerían y luego beberían más, y si se veían envueltos en alguna trifulca, tanto mejor.

El decurión era un hombre apuesto, sin mácula, y no había sido elegido por sus luces precisamente. Al igual que el resto, dejó que el calor de la soleada tarde, el ritmo constante de los caballos y el tintineo de los arreos y las armas le adormecieran los sentidos. Apenas hablaba nadie. Avanzaban y las horas iban pasando. Eran conscientes de que una docena de bátavos seleccionados tenían poco que temer en un camino como aquel.

Fue el conductor de la carreta el primero en divisar la columna de humo negro que se alzaba hacia el oeste. Estaba lejos, a su espalda, lo que significaba que dar la vuelta probablemente supusiera dirigirse hacia la amenaza.

—Seguiremos adelante —dijo el decurión—. Mantened los ojos abiertos, muchachos.

Envío a un hombre para que cabalgara a cien pasos por delante y a otro a que siguiera a la columna a la misma distancia en retaguardia.

Las moscas seguían incordiándolos, y el continuo zumbido no hacía sino exacerbar la sensación de calor y somnolencia. La sombra de un puñado de robles proporcionó un bienvenido frescor, aunque no sirvió para alejar al

enjambre de insectos. El sendero salía a campo abierto antes de torcer hacia un trecho más practicable que descendía a una hondonada y después trepaba por la ladera. Más allá serpenteaba por un bosque amplio en el que las ramas de los árboles a veces se tocaban por encima del trazado. El decurión conocía bien el lugar, y quería atravesarlo tan rápido como fuera posible.

El carretero conocía su oficio, y descendió la ladera lentamente, tirando de las riendas para detener a las mulas cuando intentaron acelerar el paso para remontar la pendiente. La carreta de viaje era alta, no estaba diseñada para caminos como aquel, y no era difícil que volcara o que se le rompiera una rueda.

—Tenemos que pasar rápido —le dijo el decurión al carretero al tiempo que este aflojaba las riendas.

El oficial no podía ver al hombre al que había enviado en cabeza porque el sendero torcía bruscamente al penetrar en la arboleda.

Un chasquido de látigo hizo que las cuatro mulas empezaran a trotar. Había árboles a ambos lados. En ese punto quedaban a tiro de jabalina, aunque la fronda se espesaba más adelante, donde el camino volvía a girar a unos cuarenta pasos de distancia. No había ni rastro del jinete que iba en vanguardia.

—¡Bellico! —gritó el decurión. El soldado no servía de mucho si el oficial era incapaz de verle.

Sonó un cuerno, agudo e intenso, emitiendo una estridente llamada que no se parecía en nada a las señales del ejército. Algo silbó por los aires y le golpeó el muslo derecho hundiéndose entre el músculo y la carne y clavándose en la madera de la silla. Un instante después, una segunda flecha le golpeaba el pecho perforando una de las escamas de bronce. La sacudida hizo que impactara de espaldas con los cuernos traseros de su silla. Resolló cuando el aire le abandonó los pulmones como si hubiera sido golpeado por un martillo. Un asta delgada, de unos tres pies de longitud, coronada con plumas blancas, le sobresalía del pecho. Una gran mancha oscura empezaba a extenderse en torno a la flecha del muslo, y aún más sangre le manaba de la herida del pecho filtrándose entre las escamas. Cuando intentó respirar, escupió sangre. El decurión se desplomó hacia delante cuando dos flechas más cortaron el aire. Un caballo caracoleó, relinchando agónico mientras agitaba las pezuñas. El

jinete que cabalgaba al lado fue alcanzado en la base de la garganta, la larga punta de flecha hundida en el pequeño hueco que se abría entre las amplias carrilleras y el cuello de la cota de malla. El proyectil impactó con tal fuerza que impulsó al bátavo hacia arriba y le derribó de la silla. Se desplomó con los brazos en cruz, y lanza y escudo cayeron de sus manos sin vida. La sangre manó en chorro, como si de una fuente se tratara. Se oyó un repiqueteo de piedras lanzadas con hondas, cegando a uno de los caballos e impactando con un golpe seco en el casco de otro de los soldados.

Un veterano de barba gris, tuerto de un ojo y con un parche de cuero, tomó el mando.

—¡Atrás! —le gritó al carretero—. ¡Da media vuelta y vete! ¡Nosotros te cubriremos!

El conductor de la carreta asintió y tiró con fuerza de las riendas hacia un lado mientras, con el látigo, azuzaba a las mulas.

—¡Testudo! —gritó el veterano—. ¡Testudo! ¡Connmigo!

Otro de los caballos fue derribado, con una flecha alojada en las tripas y una pata rota por efecto de una piedra. El jinete cayó bajo el animal y aulló cuando este rodó sobre él aplastándole los miembros. Luego dejó de gritar. El hombre que había sido alcanzado en el casco recibió otro impacto, esta vez en la cara, que le rompió la nariz. Rodó por el suelo acompañado del tintineo de la armadura y las armas.

—¡Connmigo! —seguía aullando el veterano.

Tenía su caballo de cara al bosque, en un ángulo tal para que le sirviese de barrera, y los seis restantes cabalgaron a su encuentro para formar una línea. Los largos escudos ovalados cubrían al jinete desde el hombro hasta más abajo de la rodilla y, dada la inclinación del mismo, protegía en parte también al caballo. Era una maniobra que solían practicar, y los bátavos formaron sin tener que pensar en lo que estaban haciendo.

A su espalda, la carreta y las mulas ya habían dado media vuelta y se dirigían hacia la quebrada. Las piedras de las hondas impactaban con fuerza contra los escudos. Una flecha alcanzó el escudo del veterano perforando el cuero y las tres capas de madera de modo que la punta se quedó a una pulgada de su cuerpo. La punta era larga y delgada, afilada en extremo. No se parecía en nada a las puntas de flecha anchas que usaban los arqueros del ejército. Una

segunda flecha le silbó junto al rostro, tan cerca que pudo sentir la caricia de las plumas. Miró hacia atrás y vio que la carreta ya descendía por la pendiente.

—¡Manteneos juntos, muchachos! —gritó, no porque necesitaran la orden, sino porque siempre era bueno oír una voz segura de sí—. ¡Dentro de poco! ¡Esperad la orden y nos retiramos!

Uno de los bátavos adelantó el escudo para detener una flecha dirigida al cuello de su montura, y estuvo a punto de perder el equilibrio ante la salvaje fuerza del impacto. Otro bátavo recibió una pedrada en el pie y escupió juramentos en su lengua hasta que una flecha se le incrustó en la boca.

Se oyó el agudo son del cuerno, una llamada que se repetía una y otra vez. Uno de los caballos se separó de la línea, sacudiendo la cabeza después de haber recibido un brutal golpe. La primera flecha le alcanzó el cuello haciéndolo caer de frente, con las patas dobladas, la segunda hacía blanco en el jinete, mordiendo los aros de su cota de malla y hundiéndose hasta el fondo en sus tripas.

Una veintena o más de hombres salieron a la carrera de la fronda al otro lado del camino, a espaldas de los bátavos. Eran bárbaros altos, de cabellera enmarañada, y llevaban los pequeños escudos cuadrados que tanto apreciaban.

—¡Vamos! —gritó el veterano—. ¡Atrás! ¡Atrás!

Tiró de las riendas, y el caballo, con la boca dolorida merced al gran bocado militar, giró de inmediato y salió al galope. Los últimos cinco jinetes estaban con él, galopando en desorden hacia la quebrada. El veterano vio la carreta remontando la pendiente opuesta, luego el vehículo pareció bambolearse. Un puñado de flechas surcó los aires, y vio que el carretero se inclinaba hacia delante al recibir una punta en el centro de la espalda. El asta se hundió hasta tal punto que tan solo asomaban las plumas. La carreta tembló, empezó a inclinarse y cayó hacia la izquierda. Las mulas relincharon cuando el peso las arrastró primero hacia atrás y después hacia un lado.

A su alrededor todo eran gritos y siseo de jabalinas. Otro bátavo fue abatido. Una lanza propulsada a toda velocidad le derribó de la silla, aunque no le perforó la cota de malla. Los britanos rodearon al caído en un instante, golpeándole con sus largas espadas. El veterano giró e hizo volar su lanza, acertándole a uno de los guerreros en un costado justo en el instante en el que

este alzaba la espada para descargar un nuevo tajo. Su caballo estaba ya al borde de la quebrada cuando, de pronto, la bestia se desplomó y el veterano salió por los aires hasta que el suelo le detuvo con un impacto y solo hubo oscuridad.

El caballo de Ferox siempre había sido un animal bien dispuesto, y emprendió el galope. Sus pezuñas batieron la hierba esponjosa, resoplaba al respirar. Vindex estaba muy cerca. Vieron a un solo jinete a este lado de la quebrada, protegiendo la retaguardia. La carreta dio una frenética media vuelta y la confusión se apoderó de los bátavos cuando empezaron a ser abatidos. Alguien logró poner orden durante un instante y los jinetes formaron una línea para proteger la huida de la carreta. Ferox vio flechas volando entre los soldados, algo que le extrañó, porque el arco no era un arma habitual en Britania, menos aún en el norte, y aquellos arqueros parecían extremadamente diestros.

El jinete que cubría la retaguardia los vio en el momento en el que la carreta volcaba y la pequeña línea se descomponía. Abrió la boca, alzó la lanza y entonces vaciló cuando reconoció la cimera de centurión.

—¡Viene conmigo! —gritó Ferox por si aquel imbécil confundía a Vindex por un enemigo—. ¡Vamos!

El centurión azuzó su montura para recorrer los últimos pasos que le separaban del borde de la quebrada haciendo gestos con la mano para que el bátavo le siguiera. A lo lejos, el primero de los soldados llegaba al borde de la quebrada y su caballo resbalaba. Tras él venía un guerrero con la lanza lista para dar una estocada ascendente.

—¡Mátale! —le gritó Ferox al bátavo que había quedado en retaguardia mientras señalaba al britano. El jinete vio su objetivo, se volvió y lanzó su asta, todo en un único y fluido movimiento. La lanza era pesada, diseñada tanto para el combate cuerpo a cuerpo como para ser arrojada, y la distancia era de más de treinta pasos, pero el lanzamiento fue perfecto. La punta, con forma de hoja, se hundió en el muslo del guerrero y este gritó y cayó rodando por la pendiente.

Ferox espoleó a su agotado caballo pendiente abajo sin preocuparse por buscar un camino más adecuado. Desenvainó la espada; sintió el maravilloso peso equilibrado de esta y la dicha completa que producía sostener una buena

arma. La carreta volcada se encontraba cerca, tumbada sobre un costado; la pesada puerta se movía arriba y abajo, lo que significaba que alguien estaba intentando abrirla, pero eso no importaba, porque todo lo que le hacía falta eran enemigos a los que matar hasta que no le quedaran fuerzas y entonces le mataran a él. Pronto acabaría todo.

Un grito, largo y agudo, de pura agonía, le hizo vacilar, porque se trataba de un chillido femenino. Con un ruido de gran esfuerzo la puerta de la carreta se abrió de golpe, y emergió entonces una mujer impulsándose con ambas manos al tiempo que su túnica, de un azul pálido, se desgarraba al engancharse con el marco de la puerta. Era delgada, de cabellos dorados recogidos en un moño, sus pendientes largos tintineaban al moverse. Se oyó otro grito y la dama alargó la mano para tirar de algo. Entonces le vio y reconoció el casco.

—¡Ayudadme! —chilló—. ¡Está herida!

Vindex remontó la pendiente seguido del jinete y con la espada larga desenvainada. Había un soldado báltavo al fondo de la quebrada, en guardia, con la lanza preparada para apoyar al resto mientras otros dos aparecían por un extremo hasta que el caballo de uno de ellos fue abatido y el jinete derribado.

Ferox espoleó a su caballo hacia la carreta para ayudar a la mujer. El vehículo era más estrecho de lo que parecía y, volcado, no le llegaba ni siquiera al cuello. Envainó la espada y sintió que la ira perdía fuelle en su interior. Apoyó las manos en los cuernos frontales de su silla de montar y saltó a la carreta. La mujer del cabello dorado se esforzaba por sacar a otra, más joven y más menuda que ella, de cabello oscuro, sin recoger y que le caía a un lado.

—Déjame a mí. —Ferox se arrodilló ante la puerta abierta y cogió a la muchacha por las axilas. Sus facciones eran delicadas, pero su rostro parecía crispado, y, al levantarla, emitió un agónico siseo y se desmayó. Si su cuerpo no hubiera pesado tan poco, dudaba que hubiera sido capaz de sacarla de allí. Llevaba un pesado collar de oro en la garganta.

Había dos jinetes en la ladera opuesta que se dieron la vuelta y lograron mantener a raya a los britanos durante un momento. El tercero, aquel que hasta entonces había estado en retaguardia, protegía sus flancos desde el fondo plano de la quebrada.

—¡Dámela! —Vindex se había acercado al costado de la carreta y esperaba, con los brazos extendidos, a coger a la muchacha inconsciente. El centurión se la entregó.

—¡Mierda! —dijo el brigante mirando por encima del hombro del centurión hacia el lugar del que habían emergido los dos bátavos.

Ferox le siguió la mirada y vio a ocho jinetes aproximándose a ellos a toda velocidad. Varios vestían cota de malla, algunos llevaban casco, pero el líder tan solo se cubría con unos pantalones y tenía el pecho cubierto de intrincados tatuajes, y llevaba el pelo embadurnado en cal y erizado en forma de pinchos. Debían de haber estado ocultos entre los robles esperando el momento.

—¡Por allí! —Ferox señaló hacia el sur—. Quebrada abajo. ¡Vamos!

La pendiente era más pronunciada en esa dirección y se convertía en un pequeño barranco flanqueado por árboles. Quizá logran recorrer un trecho antes de que los britanos los alcanzaran, y, al menos, se lo podrían difícil. Aparte de eso, no había adónde ir.

—¡Vosotros dos! —les gritó a los bátavos de la quebrada—. ¡A vuestra espalda! —El hombre que estaba más cerca miró atrás, vio la amenaza y asintió—. ¡Dadnos todo el tiempo que podáis y luego seguidnos! —Señaló hacia el barranco. Uno de los hombres en el lado opuesto rodó por la pendiente seguido de su caballo moribundo.

La mujer del cabello dorado chilló cuando una jabalina se clavó en la madera a su lado haciendo saltar un montón de astillas. El caballo de Ferox estaba agotado, tenía su larga lengua fuera, y el centurión supo que sería difícil avanzar mucho por el barranco, ya que iba a dar a una zona pedregosa.

El bátavo que quedaba en la pendiente opuesta tiraba de las riendas para hacer retroceder a su montura, parecía bailar de un lado a otro mientras luchaba contra los guerreros. Ferox le oyó reír, provocador, y cuando uno de los britanos se acercó, vio que la larga lanza del soldado se hundía en la garganta de su atacante. La punta salió ensangrentada del cuerpo al tiempo que el bátavo se preparaba para dar otra estocada o lanzar el arma. Los otros dos soldados aullaron y cargaron pendiente arriba contra los jinetes que se acercaban.

Ferox saltó por el costado opuesto de la carreta, pisó al caer una estatuilla de bronce que representaba a una de las musas que ocupaba la esquina del

techo del vehículo y rodó por el suelo, embarrado por efecto de las pezuñas y las ruedas.

—¡Vamos, necia! —Volvió a ponerse en pie y le gritó a la mujer para que le siguiera—. ¡Vamos!

Alzó las manos para cogerla y ella le dedicó una mirada furiosa, había rabia en sus ojos azules. Entonces cogió impulso y saltó. La misma estatuilla de bronce se le enganchó en el dobladillo de su túnica azul, y esta volvió a rasgarse. Ferox vio por un instante sus sandalias blancas, calzas de un color verde pálido y delicadas pantorrillas antes de cogerla. El centurión resbaló ligeramente sobre el barro.

—¡Vete! —le ordenó haciéndola girar y empujándola pendiente abajo—. ¡Corre con tu señora, niña!

Supuso que ninguna romana de alta cuna hubiera esperado a ayudar a una sirvienta, así que aquella debía de ser la esclava de la muchacha que Vindex llevaba consigo, la del collar de oro. Y, por lo visto, debía de ser una sirvienta con ciertos aires de grandeza poco acordes a su condición, porque, en vez de correr, le miró por encima del hombro como si pretendiera discutir.

—¡Corre! —gritó tan fuerte como pudo, y le dio una poderosa palmada en las nalgas haciéndola trastabillar hacia delante y, al fin, obligándola a correr detrás de su señora.

La mujer se remangó las faldas desvelando unas piernas elegantes mientras se alejaba.

Ferox se volvió y desenvainó de nuevo. Ahora no sentía las mismas ansias, aunque todo aquello seguía antojándosele totalmente natural. La espada tenía al menos un centenar de años, una hoja bien probada cuando su abuelo se la había arrebatado a un romano para dársela a él. Era más larga que las que el ejército entregaba en aquellos días, pero su perfecta calibración demostraba que el herrero que la había hecho era un genio.

Empezó a caminar de espaldas, preparado para ordenar a los bátavos que se unieran a él. Ya no podía ver a los dos que habían cargado contra los jinetes britanos, pero, por el momento, ninguno de los bárbaros había asomado por la cima. Al otro extremo, el solitario jinete seguía manteniendo a la mayor parte de los bárbaros a raya. Estos se mostraban temerosos de su mortífera lanza y de las coces constantes de su caballo. Dos guerreros habían logrado

esquivarle, y ya no quedaba nadie protegiendo la hondonada. Se aproximaron ligeramente encorvados, cautelosos, hasta que uno de ellos le vio.

El centurión siguió caminando de espaldas, esperando el momento idóneo para detenerse. Los dos britanos caminaban descalzos y con el pecho descubierto, y también tenían los cabellos embadurnados de cal para mantenerlos rígidos, puntiagudos y blancos cual halo salvaje. Lucían algo oscuro en las frentes, pero ninguno de los símbolos pintados que identificaban a muchas de las tribus. Cada uno de ellos blandía un pequeño escudo cuadrado con umbo abovedado. El primero portaba un cuchillo en el cinto y llevaba una lanza. El otro, una espada de hoja larga, sin punta, pero muy pesada, para que la fuerza de los golpes se acumulase en el filo.

Los guerreros se separaron para poder acometerle desde ambos lados. Ferox siguió dando pasos de espaldas. Tenía al lancero a su izquierda y al guerrero de la espada a su derecha. Al principio avanzaron lentamente, observándole, hasta que, sin una señal aparente, ambos guerreros aullaron y corrieron hacia él.

Ferox cargó hacia la izquierda. Se agachó cuando el guerrero intentó darle un puñetazo con el pequeño escudo, aferró el asta de la lanza con la mano izquierda, la apartó a un lado y hundió la larga punta triangular de su gladio en las tripas de su adversario, dejando que la forma de la hoja se deslizara hacia dentro y hacia fuera con toda facilidad. A tan solo unos palmos, oyó el gruñido de rabia y miedo del hombre convertirse en uno de agonía, y se percató de que este tenía tatuados unos trazos en la frente que representaban a un caballo. El bárbaro se desplomó.

Le atacó el britano que blandía la espada, con la hoja en alto para descargar un tajo. Ferox no disponía de escudo con el que detener el golpe, así que esperó al último momento para lanzarse a un lado, rodó, y lanzó una estocada contra la entrepierna del britano, giró la hoja y la retiró. El guerrero chillaba, un agudo lamento. Se dobló de dolor sobre sí mismo al tiempo que Ferox se ponía en pie y aprovechaba el movimiento para volver a asestarle un espadazo, esta vez en la garganta. La sangre brotó en un chorro, los gritos cesaron y el bárbaro murió. Lucía el mismo tatuaje.

Ferox liberó la hoja y dejó que el cuerpo cayera. Volvió hacia el otro hombre que estaba sentado intentando mantener las tripas en su sitio mientras

estas se le salían por la brecha abierta en sus tripas. El guerrero también tenía un tatuaje en la mano, pero, dada la profusión de sangre, no pudo identificar el dibujo. El centurión apuntó con cuidado y hundió la espada en la nuca del desgraciado. Este se desplomó hacia delante acompañado de una especie de suspiro cuando el aire abandonó sus pulmones. Era poco probable que el enemigo no supiera adónde se habían dirigido, pero al menos aquel ya no diría nada.

Se oyó un sonoro grito, y vio que el solitario bátavo había recibido una flecha en el pecho. El caballo del soldado sangraba por varias heridas, y el mismo jinete tenía las piernas laceradas. Media docena de guerreros le acosaban, algunos eran hombres grandes con escudos largos, y, cuando el caballo cayó de rodillas, el bátavo fue derribado. Ferox no podía ver más allá de la quebrada, y le era imposible saber qué les había ocurrido a los otros dos.

Corrió. La esclava había ayudado a Vindex a bajar a la dama antes de que el auxiliar también desmontara. El brigante le propinó una palmada a su montura para que el animal se fuera, luego se cargó a la chiquilla, aún inconsciente, al hombro. Le hizo un gesto al centurión para que se apresurase antes de reanudar su marcha a grandes zancadas con su carga y por entre las zarzas. La pendiente debía de ser pronunciada, porque Ferox los perdió de vista antes de dar unos pasos.

Cuando alcanzó las zarzas se detuvo para mirar a su espalda. No había ni rastro de los bátavos, pero sí pudo ver guerreros a pie y a caballo abalanzándose sobre la carreta y aullando victoriosos. Uno de los hombres llevaba un alto *carnyx* que alzó con ambas manos sobre su cabeza. El jinete tatuado estaba encaramado a la carreta y blandía una cabeza cortada. Estaba arengando a sus guerreros, señalando hacia la quebrada; luego hizo un gesto brusco con la mano y soltó una nube de polvo tan densa que parecía humo. Debía de ser el druida, el hombre que había profanado las piedras sagradas dibujando en ellas.

Ferox siguió adelante entre zarzas y arbustos, se desabrochó la capa y la dejó caer, porque sabía que no haría más que engancharse.

El *carnyx* sonó de nuevo y los aullidos murieron. Estaban de camino.

III

Ferox no tardó en alcanzar al resto siguiendo el rastro de pisadas del enorme brigante.

—¿Solo estamos nosotros? —preguntó Vindex cuando llegó hasta ellos.

—Sí.

—Ah.

Siguió adelante, usando su espada para apartar la maleza y pisándola para abrir un sendero. La esclava rubia le seguía; su vestido estaba aún más rasgado debido a los espinos, y partes de la tela estaban teñidas de verde.

—Ya casi estamos —dijo Vindex—. A partir de ahí será más fácil.

El terreno era cada vez más empinado. Ferox miró a su espalda; la cima de la colina no estaba muy lejos, pero aún no podía ver a nadie acercándose. Los árboles crecían en las empinadas pendientes al tiempo que la quebrada se iba estrechando. La arboleda era densa, lo que significaba que, al menos, nadie podría atravesarla al galope para cortarles el paso ni correr a toda prisa por la fronda.

A Ferox se le engancho el pie en una raíz retorcida bajo las hojas y tropezó y se empotró contra la esclava, que trastabilló hacia delante y a punto estuvo de caer.

—¿Quiénes sois? —espetó esta con enfado.

—Calla —susurró él—. Sigue adelante.

—¿Qué sois? —repuso ella.

—¡Muévete!

Siguieron adelante, las zarzas seguían desgarrando el vestido azul pálido y

la túnica oscura que había debajo, y entonces salieron de la espesura a un terreno rocoso y pedregoso. Vindex descendía a cierta distancia, en cabeza, resbalando casi tanto como andando, las piedras caían a su paso. El viento llegaba en ráfagas, y había más nubes en el cielo, acercándose a toda velocidad por Occidente.

Ferox limpió su espada en la falda de su túnica. La mayor parte de la sangre se había desprendido a medida que se había abierto paso entre la maleza, pero decidió limpiar la hoja antes de envainarla. Tenía las manos repletas de arañazos, y sus pantalones de lana estaban agujereados y sucios.

—¿A qué estás esperando? —le susurró a la mujer, que le observaba con evidente desprecio.

Siguió adelante, y, como siempre, el paisaje le recordó a aquellas expediciones de su niñez por las costas rocosas de su tierra de origen. La clave estaba en no apoyar demasiado peso en un punto y en seguir adelante, dando pequeños saltos, casi bailando, de piedra en piedra. Estaba desentrenado, resbaló dando lugar a un pequeño desprendimiento antes de ganar confianza y bajar rápidamente por la pendiente. Tras él, la esclava descendía sin pericia, sosteniendo el dobladillo del vestido con una mano y con el otro brazo levantado para no perder el equilibrio. La pendiente era demasiado escarpada y no había árboles, pero los costados de la quebrada eran demasiado altos como para ver nada de lo que había más allá. Ante ellos la pendiente se aligeraba y el espacio se abría. Había un lago, bordeado probablemente por una ciénaga, y más allá una arboleda dispersa. Si podían alcanzar el abrigo de los árboles, quizá tuvieran una oportunidad. En cuestión de horas las primeras patrullas de Vindolanda llegarían hasta allí y empezarían a buscar. El rastro que habían dejado era fácil de seguir, algo que, en ese momento, no resultaba del todo alentador. No había granjas a la vista, y las que conocía estaban lejos, en el valle del Tyne, demasiado remotas como para alcanzarlas antes de que los bárbaros dieran con ellos.

—¡Vamos! —le gritó a la esclava, que ya estaba a una veintena de pasos detrás de él—. Ve más rápido, te será más fácil.

La mujer le ignoró; su mirada barría el suelo buscando dónde pisar con seguridad. Iba demasiado lenta. Los britanos no podían estar muy lejos, y había demasiados como para enfrentarse a ellos. Más aún: si los arqueros

alcanzaban la cima, entonces serían incapaces de alcanzar el amparo de los árboles.

—¿Quieres que te lleve? —le dijo airado, hablando más alto de lo que era recomendable.

Ferox dio media vuelta y dirigió a la mujer, pero las piedras resbalaron bajo su bota derecha y cayó, alargando los brazos justo a tiempo de evitar dar de bruces en el suelo.

La mujer rio, fueron carcajadas alegres y vivaces, y el centurión no pudo evitar desear que su señora la azotase con regularidad.

Se incorporó. La mujer estaba ahora más cerca, y la oyó resoplar con desprecio cuando le dijo que le observara con atención y copiara sus movimientos. A partir de entonces avanzaron con más rapidez, lo que significaba que, o bien le estaba imitando, o bien había aprendido ella sola cómo hacerlo.

Vindex esperaba a las faldas, acuclillado junto a la chiquilla, que se quejaba y movía la cabeza de un lado a otro mientras con una mano aferraba el pesado collar que llevaba encima.

—Me temo que se ha roto algo —les dijo—. Y si sigo cargando con ella se me va a romper algo a mí, así que puedes llevarla tú un trecho.

—Esperad.

La esclava se arrodilló junto a la chiquilla y le tocó el brazo. Al sentirlo, los ojos oscuros de la joven se abrieron y resolló de dolor.

—Tranquila —dijo la esclava con la ternura de una madre—. Sé que duele, pero tienes que ser valiente.

La chiquilla asintió, con los ojos abiertos al máximo y el rostro tenso mientras intentaba aguantar las lágrimas.

La esclava, a su lado, le puso ambas manos sobre el hombro. Esbozaba un gesto tranquilo mientras examinaba el daño. «Un bonito rostro», pensó Ferox, observándola con detenimiento por vez primera. Algunas arrugas en torno a los ojos delataban que estaba más cerca de los treinta que de los veinte, aunque la vida de una esclava solía acelerar los estragos de la edad, así que quizá estuviera equivocado. Algunos mechones de pelo claro se habían desprendido de las horquillas y le fueron cayendo sobre la cara hasta que se los apartó. Parecía amable y capaz, y Ferox empezó a desear que no la

azotaran tan a menudo.

—Tenemos que seguir adelante —dijo.

—No. —La rabia y la ferocidad volvieron a la voz de la esclava, y su gesto se tensó cuando alzó la cabeza—. Tengo que solucionar esto, y vosotros me tenéis que ayudar. Tiene el hombro dislocado.

Ferox negó con la cabeza.

—No hay tiempo.

—¡Haz que lo haya!

Vindex puso los ojos en blanco, pero sonreía.

—Sí, alteza —dijo.

—Poneos a mi lado. Preparaos para moverle el brazo como yo os diga y cuando yo os lo diga. —Se volvió hacia su ama—. Te va a doler, pero hará que te sientas mejor, así que tienes que ser valiente.

—Lo intentaré —dijo con voz débil.

—Tú —dijo mirando a Ferox—. Agárrala con fuerza. Tiene que estar quieta.

El centurión obedeció, posó una mano sobre el hombro bueno de la muchacha y otra sobre su cuerpo. Había miedo en los ojos de la joven cuando Ferox se inclinó sobre ella, y aquello le hizo pensar en Héctor y en cómo el hijo del troyano se asustó porque aún tenía calado el casco. Sonrió.

—No te muevas. Pasaré pronto —dijo con delicadeza al tiempo que la esclava le daba órdenes firmes y precisas a Vindex. La niña chilló y empezó a temblar, así que Ferox presionó con todas sus fuerzas.

—Buena chica, buena chica —susurró Ferox mirándola a los ojos e intentando sosegarla. El sonido de hueso contra hueso le hizo flaquear, y a punto estuvo de soltarla.

—Ahora —dijo la esclava—. ¡Empuja!

El grito fue terrible y pareció durar una eternidad; la chiquilla intentó arquear la espalda, así que Ferox tuvo que hacer uso de toda su fuerza para mantenerla recta e inmóvil.

Vindex dejó escapar un largo resuello y el grito fue muriendo hasta convertirse en sollozos.

—Bien hecho —dijo la esclava acariciando la mejilla de su ama—. Ahora podemos irnos.

Ferox la soltó poco a poco y empezó a levantar a la muchacha. Vindex le echó una mano para que se la colgase del hombro y reanudaron la marcha. Era pesada para su tamaño, y Ferox trastabilló y la hizo gritar.

—Tranquila —dijo con toda la delicadeza de la que fue capaz para que se calmara. El collar presionaba sobre la carrillera de su casco.

La chiquilla seguía chillando, muy alto, y justo junto a su oreja. Oyó una bofetada y la chiquilla calló.

—Bien hecho, Vindex —dijo mientras daba zancadas por el suelo musgoso.

—No he sido yo —dijo el brigante.

La esclava le adelantó con gesto inexpresivo.

—Problemas —avisó Vindex.

Con el hombro ya dolorido por el peso de la chiquilla, Ferox, a duras penas, miró hacia atrás, a las pequeñas siluetas que había sobre ellos. Una flecha voló en su dirección describiendo un arco, su trayectoria era recta hasta que el viento la desvió.

—¡Corred! —dijo, y se preguntó cuántas veces había dado la misma orden. La emboscada había empezado hacía menos de una hora, pero daba la sensación de que hubieran pasado días. Avanzó tan rápido como le fue posible, primero sobre la hierba mullida, pero sus pisadas no tardaron en hundirse en el barro.

—¡Mierda! —Vindex miró hacia el oeste. Cuatro jinetes galopaban hacia ellos, y no eran romanos.

Uno de ellos guiaba un caballo sin jinete, y el líder de la partida llevaba un gran escudo rojo. A la zaga de estos, a un cuarto de milla, venían más jinetes.

Una flecha se clavó en el barro a un paso de Ferox; el proyectil se hundió hasta tal punto que, por encima del lodo, tan solo asomaba la mitad del asta y las plumas. Estaban a la altura del lago; sus aguas oscuras estaban calmadas porque la brisa había cesado. Chapoteaban a cada paso y sus botas se hundían cada vez más.

—¡Hay más de esos cabrones! —dijo Vindex.

Otro grupo de jinetes venía del sudoeste, y no estaban lejos, aunque el valle los había mantenido ocultos hasta el momento. Había media docena,

puede que más, y Ferox no podía ver ni rastro de uniformes, nada con qué poder identificarlos. No cabalgaban como britanos, pero se dirigían hacia el contingente principal del enemigo.

—¡Por aquí! —La esclava señaló una piedra gris y plana, la primera de una línea de ellas que llevaba al bosque.

Tanto sus pies como sus otrora blancas sandalias estaban marrones por culpa del barro, y a Ferox le sorprendió que el fango no se las hubiera tragado.

Vindex resolló.

—¡Y otra vez mierda!

Una flecha le había rozado la pierna derecha, justo por encima de la rodilla, rasgándole los pantalones y abriendo una brecha roja en su piel. Debía de disponer de una punta más ancha que las que Ferox había visto antes.

—¿Estás bien? —preguntó, alargando la mano que tenía libre para ofrecer ayuda.

—¡Vete a la mierda! —dijo el brigante dándole un manotazo antes de seguir adelante.

La esclava saltaba de piedra en piedra, pero incluso en aquel lodazal Ferox podía oír el batir de los cascos de los caballos. Sus perseguidores habían llegado a la primera gran piedra.

—Si estás bien, hazte cargo de ella. Intentaré retrasarlos.

Vindex afeó el rostro cuando se hizo con la carga, y esta empezó a gritar de nuevo.

Una jabalina surcó el aire entre los dos hombres en el momento justo en el que se apartaban el uno del otro. El venablo no les acertó a ninguno de los dos, tampoco a las piernas de la muchacha, aunque solo por un dedo. El jinete que lo había lanzado llevaba una capa con capucha que parecía flotar tras él, pero tenía el pecho desnudo, como los dos bárbaros a los que Ferox había matado. Estaba cerca, a poco más de diez pasos de distancia, y cabalgaba como un demente, directo a ellos. Se llevó la mano derecha a la espada para desenvainar. Su caballo levantaba chorros de agua, entonces una de las patas delanteras del animal se hundió, y este tropezó descabalgando al jinete, que resbaló por el barro hacia ellos.

—Menudo imbécil —dijo Vindex, y saltó a la segunda piedra que se movió bajo su peso.

El centurión desenvainó la espada, chapoteó por el fango hacia el caído y le propinó una estocada descendente. Ferox vio el mismo tatuaje con forma de caballo en la frente del guerrero antes de hundirle el gladio en el cráneo. A pesar de su bravura, aquel tercer guerrero no había hecho gala de mayor destreza que los otros dos. Había dejado caer su escudo, pequeño como el resto, aunque redondo en vez de cuadrado. Ferox lo recogió.

El hombre del escudo rojo estaba a tiro de jabalina, pero, aunque llevara un venablo de asta fina en la mano, no hizo amago de lanzar. Era un hombre grande, y le estaba gritando algo al guerrero que le acompañaba. Este era otro de aquellos guerreros con el pecho descubierto y tatuajes, aunque en su caso tenía la cabeza completamente rapada. Un gesto confirmó que le estaba ordenando que se quedara atrás. El tercer jinete no era más que un muchacho imberbe, de pelo claro y mejillas rosadas que guiaba una yegua ensillada aunque sin jinete. No había ni rastro del resto de los jinetes.

Ferox se adelantó hacia las primeras piedras. Si tenía que luchar, al menos el lodo haría que acercarse a él por los flancos fuera más difícil.

—¡Romano! —gritó una voz grave.

Se volvió y comprobó que el guerrero del escudo rojo había desmontado. En pie era gigantesco, un palmo más alto que Vindex, y más ancho de torso y hombros que el propio Ferox. Tenía la cabeza descubierta y una espesa melena rubia que le caía sobre los hombros, así como una cuidada barba. Llevaba botas y pantalones de color claro, cota de malla y una túnica negra debajo de la armadura. Las mangas cortas dejaban al descubierto una poderosa musculatura. En la muñeca derecha lucía un pesado e incómodo brazalete de bronce. Su escudo era hexagonal, con una estrella blanca pintada en torno al umbo. Ferox jamás había visto a ningún guerrero de ninguna tribu de Britania que tuviera ese aspecto. Parecía germano, pero eso no tenía sentido.

—Quiero a la reina —dijo el hombre, dando un paso al frente.

Hablaba el idioma de las tribus célticas, que solo se diferenciaba en algunos detalles entre los pueblos de la Galia y de Britania, pero no lo hablaba con naturalidad. Le costaba pronunciar cada palabra, y Ferox se preguntó si no sabía la palabra «mujer». Tenía que ser germano, ¿quizá un desertor del ejército que se había puesto al servicio de algún caudillo?

—¿Por qué la quieres? —le preguntó en latín. El guerrero no dio muestras

de entender lo que le decía, así que recurrió a la lengua céltica.

—Un juramento —dijo el guerrero sin dejar de avanzar hacia él.

Por el rabillo del ojo Ferox comprobó que el muchacho se mantenía al margen, aunque el hombre de la cabeza rapada también había desmontado y se aproximaba por el barro. El fango le retrasaría, pero no era lo bastante profundo como para detenerle.

—No te preocupes por él —dijo la voz de Vindex no muy lejos, a su espalda—. Ya me encargo yo de ese. Tú despacha a ese cabrón.

—¿Y las mujeres?

—Ah, las he tirado a la ciénaga.

El gigantesco germano estaba más cerca, con la jabalina levantada.

—La reina —aulló—, u os mato a los dos.

—¿Qué?

Ferox miró hacia atrás, y vio el rostro cadavérico del brigante surcado por una sonrisa dentada y, más allá, a la esclava rubia ayudando a su ama a saltar por el puente de piedras. Casi habían alcanzado el bosque.

—¡Cuidado! —gritó Vindex.

Ferox se giró y vio la jabalina volando hacia él, con la punta brillante, y tuvo el tiempo justo para levantar el escudo para que impactase contra el umbo. El impacto abolló el hierro; el centurión sintió la sacudida y un dolor en el brazo. Se agachó para evitar el venablo desviado.

El germano desenvainó; blandía una de esas largas y delgadas *spathae* típicas de la caballería romana.

—¡Acércate, eunuco! ¡¿O tengo que volver a coserte las pelotas?! —le gritó Ferox en latín.

El guerrero no dio muestras de entender lo que le decía, y se acercó. Ferox pudo ver que aquel sí sabía lo que hacía y que, a pesar de su envergadura, era ágil de pies. El modo en el que se movía aquel hombre le recordó a los enormes felinos que había visto en la arena, aquellos leones y tigres que caminaban con absoluto aplomo.

—Última oportunidad —dijo el hombre sin dejar de mirar al centurión. Saltó de la primera a la segunda piedra, salpicando agua cuando cayó sobre ella con todo su peso.

El guerrero calvo avanzaba por el fango a duras penas, pero Ferox tendría

que confiar en Vindex para encargarse de él. El centurión alzó el extraño escudo y mantuvo la espada baja. Se preguntaba si debería haberse quitado el yelmo, ya que la velocidad quizá fuera la clave para ese combate. Pero, con el enorme guerrero a un par de pasos de distancia, ya no había tiempo. El hombre volvió a avanzar, y aprovechó el movimiento para lanzar una estocada con su *spatha*. La hoja media casi tres pies de largo, lo que se añadía a la longitud de su brazo. El ataque resultó ser más rápido de lo que hubiera esperado. Ferox aferró el escudo, y vio la punta de hierro de la espada del guerrero atravesar la única capa de madera de la defensa. Intentó mantenerla enganchada a la madera, girando el escudo en dirección opuesta confiando en provocar que el guerrero soltara el arma, pero el germano era demasiado rápido para él. La gran cara barbuda esbozó una sonrisa.

Ferox lanzó una estocada baja y vio que el escudo rojo se movía para bloquearla, retiró el arma y la alzó para lanzar un tajo contra el cuello de su contrincante. El germano se inclinó hacia atrás y dejó de sonreír, pero Ferox sabía que tenía problemas. Su oponente tenía mayor alcance y, debido al barro, al centurión le iba a ser difícil acercarse y superar su guardia. El gigantesco germano parecía estar fresco, en cambio él estaba cansado. Pero tenía una oportunidad, y confiaba en que sus recuerdos fueran acertados. Oyó gruñidos de esfuerzo a su izquierda: debían de ser Vindex y el guerrero calvo intentando hacer lo posible por derribar al contrario mientras pugnaban con el lodo.

El germano tenía su espada en alto, con el brazo doblado, listo para atacarle a la altura de ojos. Ferox le observó, vio un mínimo brillo delator en los ojos azul brillante del guerrero y dio un salto hacia atrás. Su pie izquierdo cayó sobre la siguiente piedra y la bota derecha chapoteó en el barro. La hoja del germano solo encontró aire. El centurión sacó el pie del lodo y sintió que las correas superiores de cuero se partían al tiempo que la bota quedaba succionada por el barro. Pisó la piedra con la calza empapada. Era una de las piedras más grandes y anchas, y lo bastante larga como para poder adoptar la posición de guardia, el pie izquierdo adelantado, el derecho retrasado, expectante. Mejor aún, estaba un poco más cerca de la piedra que acababa de dejar atrás que aquella sobre la que se alzaba el germano.

Con un aullido de furia el guerrero saltó, esta vez lanzando un poderoso tajo descendente con su hoja. Ferox alzó el escudo, sintió que la madera se

quebraba por el golpe, y lanzó, de nuevo, una estocada baja, golpeó el borde del escudo rojo, la hoja siguió adelante y el centurión sintió que alcanzaba los aros de la cota de malla. Al menos uno de estos se había roto, y la larga punta triangular atravesó tela y carne. Retiró el arma a toda velocidad al tiempo que el guerrero volvía a descargar un tajo descendente con intención de cortarle la mano derecha.

Ferox había logrado herir a su contrincante, pero dudaba que fuera a ser suficiente, ya que en su hoja no había mucha sangre, y sabía que la herida no era profunda. El germano volvió a atacar y el centurión detuvo el impacto con el umbo de su escudo; sintió que el hierro de la defensa se hundía y que el metal vibraba. Su siguiente estocada la dirigió más arriba que la anterior, solo para impactar de lleno contra el escudo de su oponente de forma limpia.

El centurión ya estaba cansado, su respiración se había convertido en jadeos, mientras que el germano parecía estar calentando. Otro tajo descendente, y la mitad del pequeño escudo se desprendió. El centurión lanzó otro ataque sobre el mismo punto y, una vez más, el germano lo bloqueó. La espada volvió a caer destrozando aún más la madera del escudo. De la defensa apenas le quedaba el umbo. Su propia arma había hecho blanco en el escudo rojo, pero no había logrado debilitar la defensa.

Tocaba morir, el inframundo le llamaba. Era poco lo que dejaba atrás, pero temía la travesía hasta el mundo de las sombras. Se preguntaba si su abuelo se dignaría a hablarle o si se apartaría de él indignado. ¿Estaría ella allí? Ella jamás había creído en esas cosas, pero ¿acaso importaba?

Alguien dio un alarido de dolor, lo que significaba que o bien Vindex o bien su contrincante habían caído. El joven imberbe empezó a llamar al gran guerrero en una lengua que no comprendía. Había urgencia en su voz.

El germano atacó de nuevo y Ferox saltó a un lado, lanzando un tajo bajo mientras se abalanzaba hacia el barro. Rodó. Eso sorprendió al guerrero, y el centurión sintió que, con el movimiento, su espada alcanzaba y rasgaba la espinilla del hombre.

El chico que llevaba la yegua a la zaga volvió a gritar. El guerrero miró abajo, decidió no saltar al barro pegajoso para acabar con su oponente y, en su lugar, dio media vuelta y corrió saltando de piedra en piedra. Ferox vio la pierna del pantalón del hombre manchada de sangre oscura, pero sabía que

habría muerto si el germano no hubiera echado a correr. El guerrero y el muchacho cabalgaron hacia el este. Había jinetes en la distancia, hacia el oeste, pero no pudo identificar quiénes eran.

—Estaría bien que me ayudaras —dijo Vindex.

El brigante estaba hundido en el barro hasta las rodillas, con la cota de malla abierta a la altura del hombro y la sangre manando por la apertura. Su contrincante yacía inmóvil, boca abajo, sobre el fango. Mientras Ferox se apresuraba hacia él chapoteando, vio que había unas siluetas en el bosque, con las mujeres. Vestían pantalones, túnicas y capas, y su cabello corto delataba que eran romanos.

—Parece que seguimos vivos —dijo mientras tiraba de Vindex.

—No lo he dudado ni un momento —dijo el brigante.

Caminaron hacia el bosque por las piedras, cubiertos de barro, con las ropas ajadas y desaliñadas. Para su sorpresa, un hombre pelirrojo extremadamente agraciado estaba abrazando a la esclava, mientras que la muchachita de pelo negro estaba a su lado, con ademán dócil y el collar desabrochado en la mano.

—Creo que te debo mi más sincero agradecimiento —dijo el pelirrojo. Estaba vestido con ropas de caza, manchadas ligeramente por el polvo del camino. Su rostro era franco, su cabello estaba immaculado y tenía los dientes rectos y muy blancos—. Has salvado a mi esposa y estoy en eterna deuda contigo.

—Te debemos toda nuestra gratitud —dijo la esclava—. Aunque no sepa quién eres... o qué eres. —Hubo un cierto deje travieso en sus palabras, y es probable que percibiera el desconcierto en el rostro del centurión.

—Tito Flavio Ferox, centurión *regionarius*, destacado por la Legio II Augusta —dijo, intentando no pensar demasiado en sus duras palabras, o en la palmada que le había dado en las nalgas—. Y este es Vindex, un noble guerrero de los carvetos, jefe de los exploradores que sirven con nosotros.

—En ese caso, es un honor conocerlos —dijo el hombre, y les estrechó las manos aunque estas estuvieran mugrientas—. Yo soy Cerialis, prefecto de la IX de bátavos, y ella es mi esposa, Sulpicia Lepidina. —La mujer le dedicó una elegante sonrisa.

Apareció otro hombre, bajo y de cara redonda, con el cabello espeso y

moteado de gris, aunque parecía rondar la veintena.

—Vaya, se diría que habéis vivido toda una aventura —dijo alegremente—. Soy Crispino, por cierto, y también me alegro de conoceros. He oído hablar mucho de vosotros, creo que conocéis a mi padre. Entre otras cosas, soy tribuno *laticlavius* en la Augusta, así que supongo que eso me convierte en vuestro superior. Bueno, al menos en esta esquina del mundo.

—*Omnes ad stercus* —dijo Ferox para sí.

IV

Eran una partida de caza, organizada por Cerialis como pasatiempo para su invitado, Crispino, y aunque solo estuvieran armados con lanzas para cazar jabalíes, cuchillos y unas cuantas espadas, el grupo, de veintiocho jinetes y una docena de perros, tenía un aspecto formidable y había ahuyentado a los salteadores.

—Vimos la almenara —explicó Cerialis—, así que, sin dudarlo, nos dirigimos a la calzada por si mi esposa corría peligro.

Había ordenado que una pareja de jinetes siguiera a los britanos, mientras que el resto aguardaba a saber qué hacer. Sulpicia Lepidina y su liberta, la muchachita de pelo negro, así como un par de esclavos cargados con bultos, se habían adentrado en la arboleda para refugiarse.

—Me alegro de que lo hicierais, señor —le dijo Ferox—. Nos habéis salvado.

Pasaban varias horas del mediodía y aún se veían destellos azules entre las nubes grises y lentas.

—Como he dicho antes —dijo Cerialis dándole una palmada en el hombro—, soy yo el que te debe estar agradecido por haber salvado a mi posesión más preciada.

Su sonrisa era amplia y diáfana, aunque Ferox no pudo evitar pensar que el hombre actuaba, adoptando el papel de hombre honesto, valiente y honorable, y que era muy consciente de cuál era su público. De todos modos, los romanos bien educados solían transmitirle esas sensaciones a Ferox: todos ellos habían mamado la retórica desde su juventud, por lo que rara vez sus palabras se le

antojaban naturales. Lo que les importaba era que les vieran adoptar el papel que se esperaba de ellos como miembros del orden ecuestre.

Parte de ese público no era tan entusiasta. Cayo Claudio Super era el *regionarius* destacado en Luguvallium, la gran base de la Calzada Oeste, y su labor consistía en supervisar a hombres como Ferox. Servía en la Legio VIII Hispana, y era un hombre del orden ecuestre destinado directamente al ejército, que, en lo que a Ferox respectaba, tenía la inteligencia de una boñiga.

—Si hubiéramos llegado un poco más tarde ese enorme bárbaro te habría abierto las tripas —dijo.

Ferox se preguntó si se sentía decepcionado de que no hubiera sido así. La mayoría de los ecuestres que servían en el ejército eran como Cerialis: empezaban como prefectos al mando de una cohorte auxiliar de infantería y luego iban pasando de puesto en puesto, a cada cual más importante. Solo aquellos que no disponían de riqueza e influencia como para seguir esa carrera se alistaban como centuriones legionarios, pero tenían por costumbre, recordarles continuamente a sus colegas que provenían de una clase social superior. Claudio Super era peor que la mayoría, aunque era evidente que su familia a duras penas había logrado juntar el patrimonio necesario para lograr ser inscritos como *equites* en el censo. Era de Etruria, y despreciaba abiertamente a cualquiera, y cualquier cosa, que no proviniera de Italia. No le gustaban los bárbaros, aborrecía a los *brittunculi* en general y a los «pequeños britanos» del norte en particular, y los tachaba de indisciplinados, traicioneros, vagos y borrachos. Ferox sabía que Claudio Super le tomaba por el típico nativo de Britania.

—Las cosas no me iban bien —admitió Ferox.

—Lo sé. —Claudio Super hablaba como el maestro que disfruta destrozando los argumentos de sus alumnos—. ¡Parecía un tipo alto, incluso más alto, o más germano, de lo que pudiera parecerle a ti! —Ferox había mencionado su sospecha, aunque había sido descartada—. Malditos bárbaros... Tendremos que dirigirnos al norte y darles una lección. Mano de hierro —cerró el puño ante él—, eso es lo único que entienden estos bandidos, si...

Sulpicia Lepidina salió de la espesura; su cabello dorado estaba suelto y le caía sobre los hombros. Vestía una túnica de hombre que le quedaba

demasiado grande y holgada, a pesar de habérsela recogido en torno a la cintura con un cinturón de soldado que se había abrochado al máximo. Era de color carmesí y le llegaba a las espinillas, por lo que solo se veía parte de los pantalones oscuros que llevaba debajo. Calzaba botas de hombre, con las correas bien ajustadas para mantenerlas en su sitio. Tras ella venía la liberta, arrebujada en una pesada capa de lana.

Claudio Super hizo una reverencia, Crispino sonrió y Cerialis inclinó la cabeza. Ferox se puso en pie y se la quedó mirando. Lepidina era delgada y esbelta, más que andar flotaba. También era bella, de piel clara e inmaculada, de delicadas facciones, y sus ojos grandes desprendían vida e inteligencia. Estaba vestida como un hombre y, sin embargo, seguía pareciendo una diosa que hubiera bajado a la tierra. Ferox no comprendía por qué no se había percatado de ello antes, y se preguntaba cómo podía haberla confundido con una esclava. Ahora se le encogía el alma al pensar lo que le había dicho y lo que había hecho.

—Señora, es un placer verte un poco recuperada —dijo Cerialis—, pero deberías ponerte mi capa, podría refrescar.

—Eres muy amable, te lo agradezco. —Tenía la voz grave para ser mujer, aunque no carecía de delicadeza. Le hizo un gesto a su sirvienta y luego llamó a Vindex—. Hemos preparado un emplasto. Átalo bien a la pierna y déjate puesto durante tres días. Mantenlo húmedo.

Claudio Super se mostró sorprendido ante tal deferencia, antes de farfullar:

—Qué amable.

Y sonrió indulgente mientras la liberta ayudaba al brigante a colocarse la cura en la pierna. La herida del hombro no era grave, ya que la mayor parte del impacto la había absorbido la cota de malla, pero también insistieron en tratársela.

—Asegúrate de mantener la venda limpia y prieta —le dijo la dama al explorador—. No hace falta que te preocupes demasiado. Se irá endureciendo si no la usas mucho.

—Gracias. —Vindex sonrió, una mueca que siempre parecía cargada de lascivia cuando el brigante desnudaba los dientes—. Tu amabilidad solo es comparable a tu belleza —añadió en su propio idioma.

Nadie había hablado mientras esperaban. Ferox evitó cruzar la mirada con los ojos gélidos de la dama.

Cuando todo estuvo listo, fue ella quien tomó la iniciativa.

—Estoy lista para cabalgar, si es que deseáis partir.

Uno de los cazadores trajo una yegua sin ensillar. La dama le dio una palmada en la cabeza, le habló con delicadeza y montó de un salto.

—Es más fácil así —les dijo Sulpicia Lepidina mientras le hacía un gesto a la liberta para que subiese a la yegua tras ella.

Necesitó ayuda. Se remangó el vestido para poder montar a horcajadas y se aferró a su señora tal y como se le pidió. Se ordenó a dos de los esclavos que desmontaran y que se quedaran con los hombres a cargo de la jauría de perros, para así proveer de monturas a Vindex y a Ferox.

Se pusieron en camino y no tardaron en toparse con uno de los jinetes que Cerialis había enviado en persecución de los britanos, que les dijo que los bárbaros habían huido, y que había caballería romana en la calzada aproximándose desde el este, con lo que no eran bátavos de Vindolanda.

—Si mis muchachos no fueran los primeros en llegar, tendría que ponerme serio con el decurión de guardia —dijo Cerialis de buen humor.

Cabalaron por campo abierto, remontaron una leve pendiente y poco después se encontraron con una patrulla de jinetes que llevaban escudos verdes y los cascos cubiertos de pieles: *bátavos* de Vindolanda. Cerialis saludó a su comandante por su nombre, escuchó su informe y les ordenó que se uniesen a ellos en calidad de escolta.

—Quizá desees volver a Vindolanda, mi señora —le dijo Cerialis a su esposa—. Yo debería echarle un vistazo al lugar en el que os han tendido la emboscada, pero no es necesario que tú veas ciertas cosas.

—Estuve allí, esposo. Ya he visto mucho. Agradezco tu interés, pero es más seguro que permanezcamos juntos.

—Los bárbaros se han ido.

—Y también nos aseguraron que el camino no era peligroso —le dijo al prefecto su esposa.

Ferox se preguntaba qué relación mantenían. Suponía que Cerialis era unos años más joven que ella, y quizá eso explicara su disposición a hacerle caso. Además, la mujer tenía razón en mostrarse cauta. Él confiaba en que los

bárbaros huyeran en cuanto los soldados comenzasen a perseguirlos, pero aquella banda ya había hecho muchas cosas que le habían sorprendido.

Por un lado, esperaba que no permitieran que la mujer se acercara demasiado. Quizá hubiera sido testigo del combate, pero eso no era lo mismo que ver a la gélida luz el resultado de la escaramuza. Los muertos rara vez eran agradables de contemplar.

Cuando llegaron al lugar ya se habían encontrado con más jinetes bátavos, así como con un destacamento de tropas del ala de Coria. Había otra partida de legionarios con un convoy de mulas en el lugar de la emboscada haciéndose cargo de los cuerpos, con lo que había poco que ver salvo hileras de cuerpos cuidadosamente alineados. Los bátavos muertos estaban cubiertos con mantas.

—Nuestra pobre *medula* —dijo Cerialis negando con la cabeza al ver la carreta, con una de las puertas colgando y con la madera marcada por las flechas y la caída.

Los legionarios la habían vuelto a enderezar. Dos de las mulas estaban muertas, y las otras dos se las habían llevado, pero los soldados descargaron algunas de sus bestias para proporcionar un nuevo tiro. A Ferox le resultó extraño oír a un hombre adulto utilizando un diminutivo. La carreta era un poco más pequeña que la típica *raeda* de cuatro ruedas, pero el tipo de expresión hubiera correspondido más bien a una mujer coqueta.

Uno de los bátavos había logrado escapar después de cargar contra los jinetes britanos. Tenía un corte en la cara y el casco abollado, y una de las carrilleras se le había desprendido, pero había logrado abrirse paso, y, por tanto, pudo informar a su prefecto de lo ocurrido. Para sorpresa de Ferox, el hombre dijo que otro de los bátavos había sobrevivido.

—Longino cayó y perdió el conocimiento. El caballo le pasó por encima y está maltrecho, pero no parece tener nada roto; debería recuperarse.

El jinete tuerto y de pelo gris estaba sentado, bebiendo de un odre. En el ejército la mitad se llamaban Longino, y eso le hizo preguntarse a Ferox si los padres de los bátavos les daban nombres militares porque sabían que muchos de ellos estaban destinados a servir.

El hombre que le estaba relatando a Cerialis lo ocurrido parecía muy aliviado: dos supervivientes de un total de doce no era mucho. Seis de los cuerpos habían sido decapitados, mientras que otro de ellos había recibido tal

castigo en cabeza, brazos y piernas que no merecía la pena como trofeo. Uno de los cuerpos tenía los pantalones bajados y una mancha de sangre negra en la entrepierna; había sido castrado. Se habían llevado espadas, armaduras, cascos y otras armas, pero nada más, lo que significaba que los atacantes no habían dispuesto de mucho tiempo. Una patrulla de Coria, con el convoy de mulas a la zaga, había llegado menos de media hora después del ataque, haciendo que los asaltantes se fueran a toda prisa. Dejaron tras de sí a cinco de los suyos, incluidos los dos a los que Ferox había despachado en la quebrada y otro con un caballo tatuado en la frente. Cada uno de los tres hombres tenía en la mano izquierda un símbolo: un cuervo con las alas plegadas. Ferox y Vindex se miraron, pero no dijeron nada. Claudio Super ya había hecho un gesto burlón cuando Ferox sugirió que el líder de la emboscada, completamente tatuado, era una especie de druida o sacerdote. A decir de su superior, Ferox veía sombras por todas partes para exculpar su fracaso.

—Si hubieras dado la alarma antes, nada de esto habría sucedido —le dijo Claudio Super a Ferox.

—Si mi esposa no hubiera salido más tarde de lo previsto —intervino Cerialis—, el asunto habría sido mucho peor. El centurión no solo no tiene ninguna culpa: lo que sí merece es alabanza por su rapidez de reacción y su valor.

Claudio Super no parecía muy convencido. Crispino no dijo nada, y se limitó a observar. Siendo hijo de senador y alguien que, en unos años, formaría parte de la curia, era un hombre mucho más importante que cualquiera de los presentes y podía hablar o callar a placer. A Ferox le daba la sensación de que observaba y pensaba. En ese momento el centurión estaba demasiado ocupado como para preocuparse, y demasiado cansado como para hacer memoria sobre dónde había conocido al padre del joven, porque era poco probable que el muchacho se estuviera inventando que se conocían. Claudio Super tenía razón en una cosa: la alarma había *llegado tarde*, y, debido a ello, había habido muertos. También podrían haber muerto mujeres, o haber sido violadas y secuestradas. Todo lo que podría haber ocurrido le roía las entrañas.

Ferox se culpaba de no haber escuchado antes a Vindex, pero, incluso así,

había algo que no encajaba. Había despachado a Victor a la torre, pues sabía que era de fiar, y además montaba un buen animal. El legionario debería de haber alcanzado la torre de vigilancia y ordenado el encendido de la almenara más de media hora antes, pero la señal había tardado en darse. Algo iba mal; algo más más que añadir a la lista de cosas que no comprendía.

—¡Hierro y fuego! —gritó Claudio Super, indignado, cuando alguien le contó lo del jinete castrado—. ¡Es lo único que comprenden esos animales, y eso es lo que les daremos!

Ferox dejó que despoticara; estaba demasiado centrado en buscar flechas, y solo había logrado hallar una, oculta entre la hierba y rota a seis pulgadas de la punta. Tocó el metal. No era hierro, tampoco bronce, sino hueso de algún tipo, estrecho y cuidadosamente afilado. Los arqueros debían de haber recogido las flechas que habían usado, incluso las dañadas, para llevárselas y repararlas. Un legionario, al verle examinándola, le entregó una segunda.

—Gracias.

Aquella era de hierro, de forma similar, una forma que hacía que la potencia de la flecha se acumulase en la punta. Ferox jamás había visto saetas como aquellas, y recordó la velocidad a la que habían surcado los aires y la fuerza con la que habían hecho blanco en la carreta.

Una *turma* de Coria ya estaba de camino al norte, en persecución de los bárbaros. Cerialis decidió llevarse a treinta de sus hombres para unirse a la caza, mientras Crispino y el resto escoltaban a su esposa hasta Vindolanda. El prefecto se llevó a Claudio Super con él. «Para beneficiarme de su experiencia», dijo. Ferox dudaba de que su aparente preocupación por el agotamiento de Vindex fuera la razón para dejar atrás al brigante. Que los persiguieran. No creía que fueran a dar con nadie. De hecho, lo que le preocupaba era llegar a la torre y averiguar por qué habían tardado tanto en encender la almenara.

Cabalgaron hacia el oeste; el sol ya descendía en el horizonte tiñendo las nubes de rosa y oro a lo lejos. Vindex se había hecho cargo del sombrero de Ferox durante todo el día, y este agradeció que se lo devolviera para protegerse los ojos de la luz cegadora. Una docena de enormes bátavos iba en vanguardia, delante del carruaje, y otros veinte en retaguardia. La dama cabalgaba a pelo después de haber cedido la carreta a los dos soldados

heridos y a su liberta, la cual mostró cierto recelo ante la idea de verse compartiendo el vehículo con dos soldados, por mucho que estuvieran heridos. Los legionarios habían retirado la puerta en vez de dejarla colgando, así que la dama le había asegurado que no tenía nada que temer. Siempre que Sulpicia Lepidina pasaba junto a uno de los bátavos, estos se llevaban una mano a la frente y luego al corazón. Ferox pudo comprobar que sentían devoción hacia ella, algo que, sin duda, se vio alimentado por su amabilidad hacia sus compañeros, en particular la que le había dispensado a Longino, el veterano tuerto.

Durante parte del camino, Lepidina cabalgó junto a la carreta mientras charlaba con su liberta y con los heridos. Crispino se mantenía a varios pasos a la zaga, sin siquiera dirigirles la palabra a Ferox y a Vindex, que iban tras él. Pasado un rato, la dama rio inclinando la cabeza hacia atrás y sacudiendo el cabello. La mayor parte de los soldados sonrieron aunque no supieran cuál era el origen de su júbilo. Poco después la mujer tiró de las riendas para girar su montura y cabalgó hacia la retaguardia dedicándole un asentimiento a Crispino al pasar junto a él. Para sorpresa de Ferox, la mujer volvió a girar con su yegua y se colocó a su lado.

—Mi señora... —dijo el centurión inclinando la cabeza e intentando evitar mirarla a los ojos. Se sentía mezquino y tosco ante tan áurea mujer, y muy incómodo al cabalgar en silencio a su lado.

—M-mi señora —balbució de nuevo—. Debo... quiero decir, deseo pedir disculpas por mi comportamiento.

Lepidina rio, una vez más inclinando la cabeza hacia atrás. El sol le arrancaba destellos rojizos a su cabello. Ferox la miró y vio en ella un rostro lleno de vida.

—¿Debo entender que te estás disculpando por haber salvado mi honor, mi vida o ambos? —Vio que tenía los dientes muy blancos cuando sus labios se curvaron hacia atrás al reírse—. ¿Tanto lo lamentas? Supongo que podrías rezar para que nos atacaran de nuevo para así poder apartarte un lado y no hacer nada.

Crispino se giró sobre su silla de montar y le guiñó un ojo al centurión.

—No era mi intención... —Ferox no acabó la frase. La alegría de la dama resultaba contagiosa—. Debes disculpar mi torpeza y el descaro con el que te

he tratado antes.

—Ah, eso —dijo ella—. Fue algo un tanto inusual, es cierto. No es exactamente lo que me esperaba de un respetable oficial del ejército. Porque eres un hombre respetable, ¿no es así?

—Mucho.

—Creí que tu atuendo era una especie de disfraz. —Le miró de arriba abajo—. Es un buen disfraz. No te preocupes. Aunque eso no significa que puedas ir por ahí ladrándome órdenes y dándome cachetes, pero la situación era extrema y ambos seguimos con vida, así que parece que tu actitud estaba justificada. Soy yo quien te está agradecida. Si no hubieras llegado, las cosas se habrían puesto desagradables.

A Ferox se le antojó que la mujer hablaba como si estuvieran comentando una falta de etiqueta en una cena.

—¿Cómo sabes esas cosas? —preguntó el centurión animado por su cercanía—. El modo en el que te ocupaste del hombro de la muchacha, el emplasto, todo.

—Los nobles romanos crían a sus hijas para que se hagan cargo de la casa. Eso significa que tenemos que saber de todo si no queremos que la casa sea un desastre o que nos engañen los esclavos.

—Tu marido es un hombre afortunado —dijo, y así lo pensaba. Había algo desbordante en aquella mujer.

Lepidina esbozó una leve sonrisa. Surgió un chillido de regocijo de la carreta.

—Será mejor que vaya a ver qué está haciendo esa bobalicona. Ya ha tenido bastantes emociones por hoy, entre ellas haber estado probándose mis joyas. Cualquiera diría que eso y sobrevivir a una brutal emboscada hubiera sido suficiente. ¿Y ahora se pone a coquetear? —dijo, y azuzó a su yegua.

Ferox la vio alejarse, con la capa al viento, montando con la naturalidad de un nómada. Incluso con esas ropas simples y poco favorecedoras, con la melena suelta y desaliñada, era bella y, de algún modo, parecía estar fuera de lugar, no solo allí, en la frontera, sino que también lo hubiera estado en cualquier lugar de ese mundo brutal e inhumano.

Vindex empezó a tararear una tonada tan antigua como las mismas colinas, cantada tanto por britanos como por galos, que contaba la historia del primer

encuentro entre un gran héroe y la mujer mágica y regia que habría de convertirse en su esposa. Los nombres cambiaban de un lugar a otro, pero algunas de las frases eran las mismas:

«Veo una tierra benigna. Será allí donde descanse mi espada».

Poco después Crispino aligeró el paso para unirse al centurión.

—Entiendo que no nos acompañarás hasta el final del camino.

—No, señor, quiero ir a la torre de vigilancia. Envié a uno de mis hombres a dar la alarma, pero tardó mucho más tiempo del que debiera.

El joven tribuno valoró sus palabras.

—Lo más seguro es que no sea nada, pero haces bien en comprobarlo. ¿Cuándo nos dejaréis?

—Dentro de otra milla.

—¿No habrá oscurecido para entonces?

—Sí, señor. —Saltaba a la vista que el tribuno esperaba algo más, así que, pasado un rato, Ferox continuó—. Preferiría echar un vistazo de día, pero si ha ocurrido algo es mejor saberlo cuanto antes. Y si no ha ocurrido nada, pues no importa.

—Eres tú quien sabe de esto. —Crispino sonrió; a pesar del gris prematuro de su cabello, seguía teniendo aspecto de muchacho—. No sabes quién soy, ¿verdad?

—Un noble oficial, de la más alta cuna y de indudable virtud.

—¡Eso significa que no tienes ni idea! —El repentino estallido de carcajadas del tribuno carecía de la delicadeza de la risa de Lepidina—. Me temo que a veces olvidamos que el mundo no sigue los hábitos de reproducción de las clases altas con tanto esmero como nosotros. No cabe duda de que hay gladiadores y actores que son más famosos que la mitad de la curia.

»Pues bien, mi padre era Marco Atilio Serrano, legado de la Legio VII Claudia Pia Fidelis, *comes* del felizmente fallecido César Domiciano. —Observó al centurión—. ¡Ah! Ya veo que empiezas a recordar. Añadiré, si me lo permites, que mi tío es Sexto Julio Frontino, antiguo legado de Britania y consejero cercano del deificado y muy llorado Nerva, y amigo de nuestro

princeps.

—Ah —dijo Ferox a modo de reconocimiento, y también porque no tenía mucho más que decir.

Su abuelo se había rendido a Frontino después de que el legado pasara cuatro años liderando una sangrienta campaña contra los siluros del sudoeste. Aquel había sido el culmen de décadas de conflicto. «Perdimos, pero al menos no se lo pusimos fácil a esos cabrones», solía decir el Señor de las Colinas. En virtud del tratado de capitulación, Ferox había sido uno de los muchachos que habían sido entregados como rehenes para cimentar la nueva realidad.

—Tito Flavio Ferox. —Crispino calló después de pronunciar su nombre.

No se parecía mucho a su padre, que era un hombre más corpulento, soso y carente de toda imaginación, aunque mejor comandante que muchos de los senadores que habían sido puestos al cargo de la legión. Serrano había salvado la vida de Ferox y de sus hombres en más de una ocasión.

—Veamos —continuó Crispino después de una dramática y estudiada pausa—. Ferox, deja que lo recuerde todo. Sí, el primer siluro en recibir la ciudadanía y en ostentar el centurionato en la Legio V Alaudae —dijo, satisfecho de airear sus conocimientos—. Conocido por su valor, elegido como comandante de los exploradores en la expedición allende el Danubio, el que alertó de una amenaza de emboscada en vano, pero que cuando la legión estaba siendo destrozada logró liderar un destacamento para abrirse paso en medio del desastre sufrido por las tropas de Fusco. Rescatado por un legado de la VII Claudia, condecorado por su valor, sirvió con honores contra dacios y catos, condecorado de nuevo y, debo añadir, salvado de nuevo por el mismo legado, ascendido a la XXI Rapax y destacado a la frontera del Rin, para acabar enredado en el feo asunto de la conspiración de Saturnino contra Domiciano.

Eso último era un eufemismo. Fueron semanas de investigación, rodeado de informadores y torturadores ejerciendo sus artes, todos ellos llevando a docenas de suicidios y ejecuciones. Tan solo un puñado de afortunados logró escapar, condenados todos ellos al exilio y al deshonor. A Ferox se le había encomendado averiguar la verdad, y eso es lo que había hecho. Vivir con las consecuencias no hacía que las cosas fueran más fáciles. Habían muerto demasiados, y la única mujer a la que había amado se había desvanecido. Él

aún no sabía por qué, ni adónde había ido, porque entonces le habían destacado a Britania y no se le había permitido buscarla.

— Toda una carrera —concluyó el tribuno.

— Lo sé, la he vivido —dijo Ferox.

— Sí, mi padre siempre dijo que no tenías modales. Pero también que eras un hombre excepcionalmente valiente, uno de los oficiales más competentes y, sin lugar a dudas, el luchador más avispado que jamás hubiera conocido. El tío Frontino tan solo dijo que todo eso resumía bastante bien lo que eran los siluros, siempre y cuando se añadiese su inclinación a la crueldad. Pero había algo que para él destacaba aún más: tu obsesión por la verdad. El tío decía que ese no era un rasgo que hubiera detectado en otros siluros que hubiese conocido.

— No nos conocía bien, señor.

— Pues bien que te jodió ese cabrón —dijo Vindex en voz baja—, así que sí debía de conocerte bastante bien.

La intrusión del brigante le resultó divertida a Crispino, que no dio muestras de molestarse.

— Menuda vida.

— Como digo, ya lo sé.

Ferox recordó algo más, y no logró convencerse de que el joven aristócrata no lo supiera. Estaba en deuda con Frontino como patrón, pero le había hecho voto de lealtad a Atilio Serrano, jurando servir a aquel hombre y a su familia y protegerlos con su vida. El susodicho le había obligado a hacerlo como parte del precio de enviar a un contingente para rescatar a un destacamento de los exploradores de Ferox que se había quedado atrás. Pero eso no importaba. Un juramento era un juramento.

— Tu primera legión destrozada, el águila y el honor perdidos, la segunda licenciada con deshonor y los supervivientes muertos en otro desastre. — Crispino hablaba como si aquellos fueran pequeños contratiempos—. Creo que los de la II Augusta no se lo tomaron muy bien cuando supieron que te destinaban con ellos.

Vindex soltó una carcajada tan estruendosa que varias cabezas se volvieron, incluida la de Lepidina, que parecía confundida. Al verla, el brigante empezó a tararear de nuevo sin dejar de mirar a Ferox.

El tribuno tuvo que darse cuenta.

—Es una mujer verdaderamente especial, ¿no crees? —suspiró.

—Hoy la confundí con una esclava —confesó Ferox—. Puede que la haya tratado con cierta brusquedad.

Crispino volvió a reír con ganas, los ojos se le llenaron de lágrimas, y no logró articular palabra hasta pasado un rato. Sulpicia Lepidina los observó con severidad durante un instante, una mirada que Ferox recordaba bien, aunque no tardó en volver a mirar al frente e ignorarlos.

—Bueno —dijo Crispino en cuanto recobró la compostura—, hay esclavas que se mueven con la delicadeza de una emperatriz y mujeres de la aristocracia que actúan como esclavas o como putas. Ella no es ni lo uno ni lo otro. Es la hija de un cónsul, con diez generaciones de senadores como ancestros, aunque, por la forma en que se desenvuelve, tal genealogía se antoja escasa en comparación con su propia dignidad.

—Vale, eso me hace sentir mucho mejor —dijo Ferox provocando una vez más la risa descontrolada del tribuno.

El sol se ponía cuando Ferox y Vindex se alejaron de la calzada. Sulpicia les dedicó una sonrisa y un asentimiento, Crispino agitó la mano con entusiasmo.

—¡Busca siempre la verdad! —le gritó desde la lejanía.

La verdad resultó ser desagradable cuando alcanzaron la torre, iluminada por el tenue brillo de los rescoldos moribundos de la almenara. Victor estaba en la balconada que recorría el exterior de la torre, cubierta por una techumbre de tejas. Había encendido antorchas y las había ubicado en las esquinas, aunque se mantuvo oculto entre las sombras hasta que los vio. Su caballo estaba atado a un poste en el foso circular que abrazaba la torre. El puesto no disponía de empalizada, ya que se creía poco probable que fuera atacado.

—¡Estáis aquí, centurión! ¡Loados sean los dioses! —gritó desde lo alto.

Podían intuir lo que había ocurrido por el cuerpo que había tendido a unos pies de la única puerta de la torre. A Victor le llevó un tiempo bajar, ya que había subido la escala hasta el piso superior para que nadie pudiera alcanzarle.

Había siete hombres sirviendo en la torre aquella semana, sus nombres estaban escritos en la tablilla de cera que colgaba de un clavo en la parte

interior de la puerta. Había un par de legionarios y cinco auxiliares de infantería de tres cohortes diferentes. Ahora tan solo había seis cadáveres y ni rastro del séptimo hombre. A la luz de una antorcha Ferox examinó el entorno mientras Victor contaba lo sucedido. El jinete había llegado a tiempo, pero cuando alcanzó la torre no había nadie de guardia, solo los cuerpos. La puerta no había sido forzada, y no vio nada que diera a entender que hubiera habido un combate. Había mucha sangre, ya seca, aunque seguía apestando. Tan solo uno de los hombres llevaba armadura, y alguien le había degollado por la espalda. Ferox pudo ver la sangre en el pañuelo que los legionarios llevaban al cuello y entre las escamas de la coraza. Los demás estaban a medio vestir, y habían sido abatidos antes de poder luchar. El centurión se agachó y vio que dos de los caídos tenían profundos cortes en los brazos. Otro de ellos tenía un brazo cercenado a la altura del codo. Pudo imaginar la desesperación de unos hombres aterrados y acucillados alzando los brazos para protegerse mientras recibían un tajo tras otro.

Por lo que decía Victor, debían de haber sido atacados muy temprano aquel día, al amanecer o quizá poco después. Aunque hubiera enviado el aviso en cuanto Vindex llegó a Siracusa, habría sido incapaz de salvarlos.

Victor había hecho lo correcto. La almenara estaba preparada, pero alguien se había llevado el pedernal y la yesca además de romper la vasija con aceite que se usaba para encenderla. Habían quedado restos y había encontrado un pequeño trozo de pedernal entre la basura acumulada en el foso trasero de la torre. De algún modo logró encender un fuego y así dar la alarma. Le había llevado casi una hora, pero lo había conseguido. Entonces trepó a lo alto de la torre, subió la escala y esperó todo el día, rodeado por el fétido olor a sangre y a carne muerta.

Ferox le preguntó si quería volver a Siracusa, pero el hombre dijo que prefería esperar hasta que ellos también se fueran y que se quedaría si el centurión consideraba que alguien debía permanecer en la torre. De hecho, Ferox tenía pensado abandonar el lugar enseguida. Tan solo quería echar otro vistazo. Una vez hecho, ayudó a sus compañeros a arrastrar el cuerpo del exterior hasta una de las estancias de la torre de madera.

Ferox encontró un candado que usó para cerrar la puerta desde fuera. Después de eso se fueron. Cabalgaron en la noche tranquila hasta Siracusa, en

silencio salvo por el resoplar de los caballos y el tintineo de los arreos. Ferox se preguntaba si le quedarían fuerzas para redactar los informes que, sabía, debía enviar. No dejaba de darles vueltas a los nombres de la lista de servicio de la torre, pues uno de ellos era britano. Puede que el hombre estuviera entre los cadáveres, aunque quizá no, y eso era preocupante. Crispino le había pedido que buscara la verdad. Como tantas veces en el pasado, Ferox temía adónde le llevaría.

V

Ferox volvió a levantar el escudo, aferrándolo por el asidero transversal, con la fuerza necesaria para mantenerlo en su sitio pero sin rigidez. Tenía la espada en alto, el brazo retrasado y el codo doblado y listo para descargar una estocada a la altura de los ojos, atacando a la cara o superando la parte superior del escudo de su adversario si veían un hueco. No era su gladio; aquel le parecía más pesado e incómodo.

Ambos contrincantes resollaban y esperaban su oportunidad. A Ferox le dolían los brazos y las piernas, y el hombro derecho le dolía por culpa de un tajo que no había visto venir a tiempo. Sospechaba que el golpe había provocado que algunos de los aros de su cota de malla atravesaran su jubón acolchado y le dañaran la piel. El centurión dio un pisotón al frente con el pie derecho y proyectó el umbo del escudo hacia delante utilizando el peso de su cuerpo para darle impulso al ataque. Su oponente alzó la defensa para detener el empujón al tiempo que daba un salto atrás, cayendo bien, y, acto seguido, lanzó un tajo con su espada larga y le acertó a Ferox en el yelmo. Pero fue un impacto leve, sin fuerza, nada preocupante.

Ferox jadeaba, y ambos contendientes se distanciaron para, una vez más, observarse y esperar. El tipo era bueno, avezado en la lucha e ingenioso, mientras que el centurión ya estaba cansado y con poco más que dar. Las grebas que le protegían las espinillas eran pesadas e incómodas. Estaba convencido de que la parte superior de la de la izquierda le había hecho un corte. Si no ganaba pronto estaría acabado. Bajó un poco el escudo antes de volver a levantarlo con evidente esfuerzo: quería hacer que su contrincante

pensara que estaba más cansado aún de lo que parecía.

El tracio gritó. Fue el primer aullido de lo que hasta entonces había sido un combate silencioso. Cargó contra él, golpeando en alto con su escudo, ovalado y más ligero, al tiempo que lanzaba una estocada. Ferox retrocedió, paso a paso, cediendo terreno, sin ver la oportunidad de responder a la lluvia de golpes a derecha e izquierda. Ahora estaba cerca del poste. No había ni dos pasos de distancia hasta el foso, a su espalda. Una de las estocadas atravesó el mimbre de la parte superior de su escudo curvado y rectangular, e intentó girarlo para atrapar la hoja, pero el tracio era demasiado rápido, y mientras Ferox descuidaba la guardia, aquel hizo un barrido descendente con su espada larga que cortó el aire e impactó contra el hombro izquierdo del centurión. Ferox trastabilló y siseó de dolor, perdió sujeción en la mano izquierda y el escudo cayó al suelo. El tracio sonrió con malicia cuando el centurión se agachó.

Entonces Ferox dio un salto y se lanzó contra el jinete, y ambos cayeron al suelo. Con la mano aferró la muñeca derecha del tracio y empujó para que la larga espada chocase con el poste de madera. Acto seguido Ferox lanzó un tajo contra el arma, sin mucha destreza pero con todas sus fuerzas, y se oyó un crujido cuando la larga espada de madera, que se usaba en los entrenamientos, se quebró. La mitad de la hoja colgaba, y el tracio estaba tan sorprendido que Ferox fue capaz de hacerle una zancadilla que le derribó.

Los soldados que observaban suspiraron decepcionados, hasta que uno de ellos empezó a reír, y el resto se unió a él. Los textoverdi que se habían acercado a ver el combate estaban arrebuajados en sus capas, con el rostro inexpresivo, tal y como era habitual en su clan.

—¡Tiempo! —dijo el hombre que estaba de centinela en la torre de las puertas de Siracusa.

—Casi, aunque no del todo —dijo Ferox mientras alargaba el brazo izquierdo para levantar al tracio.

Le había prometido a cualquier hombre que le tumbara cinco denarios y un ánfora de buen vino. Era el cuarto día, y, hasta el momento, no había tenido que pagarle a nadie, aunque Victor había estado cerca más de una vez, al igual que ese tracio. Eran los mejores de aquella recua, el resto eran bastante diestros y tercos, pero demasiado ceñidos a la ortodoxia militar como para ser

realmente buenos. Aquellos entrenamientos eran buenos para ellos, e incluso mejores para él. Ferox estaba preocupado, y se estaba esforzando al máximo para prepararse, por lo que pudiera venir. Pasaba una hora al día entrenando en el poste que había extramuros de Siracusa, usando las espadas de madera perceptivas así como los escudos de mimbre, para seguir los ejercicios de combate que el ejército había copiado de las escuelas gladiatorias. Tanto las espadas como los escudos eran más pesados que las armas reales, con el objeto de fortalecer los brazos y para que la tarea fuera más fácil cuando al soldado se le entregaba el equipo real. Por esa misma razón llevaba el casco y la cota de malla, y se había puesto las grebas de hierro en las piernas. Jamás le habían gustado las grebas, porque eran incómodas y entorpecían el combate, así que rara vez las usaba en batalla, pero el peso hacía que el ejercicio fuera más duro, y eso siempre venía bien. En cuanto acabó, dejó que tres de los *stationarii* le retaran. Ninguno de ellos duró la décima parte de una hora según el reloj de agua. No había nada comparable a un enfrentamiento con un oponente de verdad, y los hombres le habían propinado algunos buenos golpes y le habían sorprendido varias veces. Aquello le recordaba lo desentrenado que estaba, se había abandonado porque todo estaba tranquilo y nadie le creía cuando decía que se estaba gestando algo y que habría problemas.

Cuando tenía tiempo corría, al menos tres millas al día, eligiendo rutas que le obligaban a subir colinas con pendientes pronunciadas. No hacía falta buscar momentos para montar, porque recorría varias millas al día a caballo. Fue a Vindolanda en varias ocasiones, y a Magna, la siguiente guarnición que había en dirección oeste; volvió a la torre de vigilancia, y, durante un tiempo, siguió haciendo su trabajo, yendo a aldeas y granjas y asistiendo a las reuniones de los caudillos. Pasaba la mayor parte del tiempo escuchando las quejas habituales. Con la cosecha concluida, era el momento de recaudar impuestos, y los hombres del *procurator* estaban ya por ahí exigiendo la parte de trigo, reses y pieles que le correspondían al Imperio. A veces se cobraba en monedas, aunque era poco común que en aquella parte del mundo las obligaciones fiscales se atendieran en metálico.

Ferox se esforzaba, y, como siempre que ocurría cuando tenía asuntos que atender, no sentía la llamada de la bebida más de lo que era necesario para apagar la sed. Su rostro aún le visitaba, un tanto difuminado después de tantos

años, pero seguía viendo sus ojos oscuros, su piel olivácea y su cabello negro como un cuervo. Los recuerdos le entristecían, pero a veces se le manifestaba otra mujer, rubia, de piel clara y de ojos azules. No tenían nada que ver en aspecto, pero sí en esencia: vitalidad y júbilo. Sulpicia Lepidina le desconcertaba, entre otras cosas porque si todo lo que había dicho Crispino era cierto, resultaba extraño que una dama de tan alta cuna estuviera casada con un simple hombre del orden ecuestre.

Aquello era un misterio, aunque no el único que tenía en mente. Cerialis había perseguido a los bárbaros durante dos días antes de perderles la pista por completo. Para entonces a los bátavos se les estaban acabando las galletas y la panceta y la cebada para los caballos, así que volvieron a Vindolanda con las manos vacías después de tanto esfuerzo. El destacamento de Coria estaba mejor preparado para una larga marcha a campo abierto y había llegado más lejos, adentrándose en el norte, en las tierras de los selgovae y los votadinos. Aun así, no habían alcanzado a ninguno de los bárbaros y habían acabado volviendo por la calzada del este sin resultado después de una dura cabalgada. Aún no había noticias de los exploradores brigantes, aunque Vindex había salido en su busca a pesar de sus heridas.

—Pues ve y mátalos tú solo —le había dicho Ferox cuando partió—. Al menos así me ahorrarán el trabajo.

El brigante había mantenido el emplasto humedecido y bien prieto y decía sentirse bien.

Los bárbaros habían logrado huir evitando los caminos, y después de sacar ventaja. Iban bien montados, incluso tenían caballos de refresco, y estaban bien pertrechados. Además, no se habían llevado nada que pudiera entorpecerles el paso. Todo lo que se habían llevado habían sido algunas armas, algunos caballos y un puñado de cabezas como trofeo. No era mucho botín, así que Claudio Super cacareaba el rechazo de la incursión como una gran victoria, ignorando a los bátavos caídos y a los hombres de la torre.

Cuando Ferox volvió a la torre a plena luz del día, una partida había pasado ya en labor de limpieza, y el suelo estaba aún más castigado. Sea como fuera, estaba convencido de que el rastro que hubiera no se parecería en nada al que hubieran dejado los bárbaros el día de la emboscada. Estaban las pisadas de media docena de caballos del ejército cargados hasta los topes con

jinetes y equipo. Quienquiera que hubiese acabado con la pequeña guarnición no había tenido que forzar la entrada. Todo indicaba que los asesinos eran soldados, o que se habían hecho pasar por tales, y que cuando les abrieron las puertas la violencia había sido repentina. El séptimo hombre de la torre seguía desaparecido. Cuatro de los cuerpos habían sido reconocidos, y el britano no estaba entre ellos, tampoco se creía que estuviera entre el resto de los cuerpos, dado que eran de piel oscura y chaparros. Lo sabrían pronto, cuando pasaran por allí los hombres de su unidad a comprobar los restos mortales.

Ferox no había sido capaz de dar con el rastro de los jinetes cuando abandonaron la torre porque había demasiadas pisadas de las patrullas que frecuentaban la zona. A pesar de su cuidadosa búsqueda, no pudo ver nada que indicase que se hubieran dirigido al este para unirse con los bárbaros. Y, sin embargo, era difícil aceptar que fuera una mera coincidencia. Alguien había masacrado a los hombres al cargo de la almenara el mismo día en que los bandidos habían atacado. Tan solo la oportuna reacción de Víctor, y un poco de suerte, había servido para dar la alarma.

Todo parecía intencionado y bien planeado, ya que aquellos no eran unos bárbaros cualesquiera. Habían ocultado su número al dirigirse al sur, habían superado los puestos de guardia sin ser vistos, y nadie se habría percatado de su presencia de no haber sido porque Vindex y sus hombres dieron con su rastro cuando se toparon con los dos cadáveres. Desde un principio su objetivo tuvo que ser atacar la calzada en aquel punto, entre Vindolanda y Coria. Ferox dudaba que los asaltantes lo hubieran dejado todo a la suerte y que confiaran en que pasara un convoy que mereciera la pena atacar justo en el momento idóneo. Estaban esperando a Sulpicia Lepidina y a su escolta, esperándola solo a ella. Pensó en el gigantesco guerrero que le había exigido que entregara a la reina.

A los bárbaros les gustaba llevarse mujeres. Hacerse con una mujer del enemigo y forzarla le daba poder al guerrero, fortalecía su espíritu y era prueba de su poder, tanto o más que matar a un hombre y llevarse su cabeza como trofeo. Sin embargo, la violación de la esposa de un oficial y de su liberta no justificaba la escala del ataque. Podían venderse como esclavas, cierto, o se podía pedir un rescate por ellas, aunque aquello probablemente provocara una respuesta contundente por parte del ejército en vez de un pago.

Quizá, quienquiera que estuviera detrás todo aquello lo que quisiera fuera la guerra, pero, una vez más, todo aquello se antojaba demasiado complicado e innecesario si ese era el objetivo.

Ferox aún no había vuelto a hablar sobre el druida tatuado que había liderado a los bárbaros, ya que los romanos solían ponerse bastante histéricos cuando oían las palabras «druida» o «sacerdote», y Claudio Super descartaría de nuevo sus suposiciones como alarmistas y tampoco lo entendería. Había muchos hombres y mujeres haciéndose llamar druidas en aquellos días, pero la mayoría eran curanderos vagabundos y magos sin importancia, gente que se alimentaba de las supersticiones ajenas, pero carentes de reputación y de poderes reales. Aquel era osado. Se había atrevido a desfigurar el símbolo de la Madre y la Hija y de profanarlas dibujando imágenes en la piedra. Luego estaban los guerreros, tatuados en la frente y en la mano izquierda. Esos no eran símbolos que hubiera visto ni de los que hubiera escuchado nada antes entre las tribus, y Vindex tampoco. Y eso que el brigante conocía muy bien a las gentes del norte. A los guerreros les gustaba mostrarse diferentes, no iguales, y jamás había oído hablar de un pueblo que se tatuara símbolos tan prominentes e idénticos. Aquello quería decir que significaban algo, y se preguntó si tendrían que ver con promesas a los dioses o con juramentos a su enviado en la tierra. Sin embargo, junto a esos seguidores fieros pero sin experiencia había habido otros guerreros que no lucían los mismos símbolos, y luego estaba el gigante. El centurión seguía convencido de que el gigante era un germano, y también estaba seguro de que no era un desertor. Todo esto daba lugar a más preguntas que respuestas.

A la quinta mañana Ferox atacó el poste de entrenamiento con una ferocidad inusitada. Pesó que sería mejor trabajar, durante los ejercicios, las guardias, tajos y estocadas habituales así como alguna técnica propia. No le costó tanto como los primeros días, pero estaba mentalmente agotado. Antes del amanecer le había despertado un granjero diciendo que unos ladrones le habían robado las vacas. Se vistió a toda prisa y, acompañado de Víctor, salió en persecución de los malhechores. Fue fácil seguir la pista, de unas cinco millas, que llevaba a una granja en otro valle. El cabeza de familia estaba cubierto de barro y de la suciedad del camino y ni siquiera se molestó en negar la acusación, aunque insistió en que tan solo se había llevado lo que era

suyo. Hubo muchos gritos, juramentos y alguna que otra amenaza, y el jaleo fue aumentando a medida que los vecinos se acercaban a ver lo que ocurría. Ferox aún no estaba seguro de la verdad del asunto, pero sospechaba que ambas partes habían actuado de modo deshonesto. Ambos litigantes aceptaron ser juzgados por dos caudillos, y que cada uno hablara en favor de un querellante, con el centurión como árbitro y dotado de voto de calidad. Lo más probable era que llegara a eso, ya que sería extraño que los caudillos no apoyaran a su súbdito fuera cual fuese la realidad del caso.

De vuelta en Siracusa, Ferox leyó un nuevo informe larguísimo que no servía para disipar las dudas sobre el ataque. Despachó un buen número asuntos triviales con Crescens. El hombre parecía haber perdido gran parte de su fanfarronería y buscaba consejo cada vez con más frecuencia. Ferox seguía confiando en que aceptara el reto de enfrentarse a él, aunque sabía perfectamente que derrotar al *curator* quizá no fuera del todo bueno para la disciplina. Los *stationarii* formaban un contingente heterogéneo, nutrido de un puñado de voluntarios entusiastas entre hombres que habían sido enviados allí porque sus unidades no los querían.

Ferox lanzó una estocada contra el poste y dio un paso atrás antes de volver a adelantarse y dar un tajo a la altura de su cabeza. Durante todo el tiempo tuvo el escudo levantado sobre el cuerpo. El guerrero germano le inquietaba. Durante una de sus visitas a Vindolanda había pedido ver a los dos supervivientes de la escolta. El hombre que había recibido una herida en la cara estaba en el hospital, con la cabeza vendada.

—Pregúntale lo que quieras —le dijo un enfermero—. Pero el conocimiento le va y le viene. Anoche se despertó gritando y dijo que le estaban persiguiendo unos caballos y que iban a aplastarle con las pezuñas.

El soldado parecía estar bien, estaba sentado en el borde de un camastro y jugaba a los dados con otro convaleciente. Si algo parecía gustarle era contar su historia, con lo que Ferox no sacó nada nuevo.

Longino estaba en el edificio de las barracas que ocupaba su *turma*, y al centurión le dio la sensación de que los bátavos no se sentían cómodos con su visita. Eran un grupo extraño, hombres herméticos cuyos rostros huraños rozaban la insubordinación. Tuvo que insistir un buen rato antes de que uno de los soldados le llevase al extremo derecho del fuerte. Un grupo de hombres

que reparaban espadas y armaduras, al abrigo de la columnata que bordeaba el edificio, le observaron con ojos fríos.

A pesar de lo anterior, Longino se mostró cordial cuando Ferox llamó a la puerta abierta de la habitación que ocupaba el extremo del barracón. Era el único hombre que había allí, y no había mantas en ninguno de los dos catres bajos de la estancia. Al sentarse en uno de ellos, el centurión se preguntó si pertenecían a los hombres muertos durante la emboscada. El viejo bático estaba sentado en el otro catre y pasaba la piedra de afilar por la hoja de su larga *spatha*. Cuando intentó levantarse, con evidente malestar, Ferox le hizo un gesto para que permaneciera sentado.

—No hacen falta ceremonias —dijo—. Pero si no estás muy cansado me gustaría recurrir a tu experiencia.

—Señor. —Un viejo soldado podía hacer que esa palabra significara muchas cosas.

El suelo estaba cubierto de paja y juncos, con capas nuevas sobre las viejas, que desprendían un hedor rancio. Se oía el ruido que llegaba desde el otro lado de la pared trasera. Las barracas de la caballería estaban construidas en línea y albergaban diez habitaciones que a su vez daban a diez pequeñas estabulaciones mientras que, en el piso superior, había un ático que se usaba de almacén. El ejército consideraba que era conveniente que los soldados estuvieran cerca de sus monturas. También significaba que el intenso olor a boñiga, sudor de caballo y cuero viejo lo impregnaba todo, y siempre había moscas paseando por la pared o zumbando por el aire.

—Tengo entendido que llevas mucho tiempo con la cohorte.

—Señor.

A Ferox le sorprendió saber que el soldado llevaba sirviendo cuarenta *stipendia*, quince años más de lo requerido. No era asunto suyo preguntar por qué, y Longino no parecía interesado en hablar de ello. Debía de rondar los sesenta, y sin embargo seguía siendo un hombre robusto. En lugar de eso, el centurión le pidió que le hablara de la emboscada.

—Todo lo que puedas recordar, por trivial que pueda parecer té.

El único ojo del soldado brillaba en la estancia penumbrosa. El decurión estaba soñoliento, los había metido en aquel embrollo al perder al explorador de vista, con lo que este no les había servido de nada.

Entonces llegaron las flechas.

—¿Alguna vez te has enfrentado a arqueros como esos?

—No. —El ojo no dejaba de mirarle.

Se oía el rítmico sonido de la piedra y el metal mientras el viejo soldado afilaba la hoja de su espada.

Entonces les golpearon los proyectiles de las hondas, más flechas, y una carga acompañada de gritos. Longino le habló del testudo, del leve respiro, de la carreta a punto de huir hasta que el conductor fue alcanzado y el vehículo volcó.

—Entonces las cosas se pusieron feas —dijo.

Ferox sabía por experiencia lo difícil que era recordar un combate una vez que había concluido, y cómo resultaba aún más difícil relatarlo. Los hombres que contaban largas y detalladas historias de batallas y heroísmo solían estar inventándose.

—¿Llegaste a echarles un buen vistazo a los britanos? —preguntó.

Longino resopló.

—Y tanto que sí, eso cabrones nos estaban desbordando.

—¿Viste algo extraño en ellos?

El ojo seguía fijo en él. Longino dejó de afilar su espada y levantó la mano para rascarse el hueco vacío en el que había estado su otro ojo.

—¿Cómo te hiciste eso? —preguntó Ferox: no pudo evitar que la curiosidad se apoderase de él.

—Me corté afeitándome. ¿Qué me habías preguntado?

El latín del bátavo era bueno, a pesar de su jerga militar. Tenía acento del Rin, aunque no se comía el final de las palabras ni alargaba las vocales como la mayoría de ellos.

—Llevas bastante tiempo en Britania.

—Señor.

—¿Y bien? ¿Qué opinión te merecen los asaltantes? ¿Se parecían a algún britano que hayas visto antes?

Hubo un leve asentimiento.

—Algunos. A esos imbéciles con la cabeza pintada no los había visto nunca. No eran muy hábiles, pero atacaban con pasión. Un par de ellos llevaban túnicas, pero no pantalones. No se ve mucho de eso por aquí.

Ferox se había dado cuenta de ese pequeño detalle. Haciendo memoria, pensaba que los hombres a los que se había enfrentado sí llevaban pantalones, pero era difícil recordarlo todo. En ese momento su prioridad había sido que no le mataran.

—¿Y los otros?

—Te diste cuenta entonces.

—Hombres grandes, uno de ellos gigantesco, más corpulentos que los caledonios pero, al igual que estos, de piel clara.

—Germanos —dijo Longino—. O eso, o yo soy sirio.

—¿Germanos?

—Eso es. No me digas que no pensaste lo mismo.

—Me lo preguntaba, pero me han dicho que soy un necio —dijo Ferox como para sí.

—Eso yo no lo sé. Pero eran germanos. No les dio tiempo a decir mucho, pero hablaban el idioma de los germanos. Una vez conocí a alguien de la tribu de los gotones, y hablaba así. Al menos la gente decía que era uno de ellos, y te aseguro que no era de ninguna tribu que conozcamos bien. Esos hablaban igual. Venían de lejos, del este, o puede que del norte, pero lo bastante cercanos a otros pueblos reconocibles.

—Gracias, soldado, has sido de gran ayuda.

Un caballo relinchó en el establo contiguo, luego le empezó a dar coces a algo de madera.

—Con tu permiso, señor. —Longino alzó la cabeza y le gritó a la trampa que llevaba al ático—. ¿Estás ahí, Felix? —Se oyeron pisadas de pánico y luego silencio—. ¡Sé que estás ahí, chico! —Se oyó una leve afirmación—. ¡Haz tu trabajo, cabroncete! —gritó Longino—. ¡Tienen hambre, así que muévete! —El ojo bueno volvió a mirar al centurión—. Es un buen chaval, pero hay que estar detrás de él o se pasa el día en las nubes.

Ferox se puso en pie.

—Señor.

—¿Sí, soldado?

—Mal asunto el de la torre.

—Sí.

Longino guiñó el ojo, o, dado que solo tenía uno, quizá hubiera

parpadeado, aunque Ferox no creía que hubiera sido un gesto involuntario.

—Hay algo que huele mal, señor. Y hay algo en el aire que no es bueno. Lo he olido antes, o algo muy parecido, y aquello acabó provocando muchas muertes.

—Gracias de nuevo, soldado.

Ferox se preguntó qué había querido decir el viejo soldado, pero aquel rostro tuerto y castigado desprendía convicción y suspicacia. También se preguntó por qué aquel hombre no había sido ascendido después de tantos años. Puede que fuese la bebida, o algún asunto de insubordinación, o quizá, aunque fuera un hombre inteligente, Longino no supiese leer y escribir lo bastante bien.

Había otros que tenían un presentimiento similar. Este había ido creciendo poco a poco, pero, desde el ataque, el desánimo se había apoderado de los textoverdi.

—Son malos tiempos —le decían los hombres una y otra vez—. Se está fraguando una tormenta, y se aproxima un crudo invierno.

Las gentes estaban inquietas, pero se negaban a decirle por qué, o quizá no pudieran explicarlo, quizá fuera algo que olían en el aire, como el tuerto bátavo.

—Malos tiempos.

Ferox volvió a atacar el poste, dando tajos con más rabia que destreza hasta que estuvo completamente sudado. Había visto jinetes bajando por el valle, pero sabía que no podía azuzarlos, así que siguió con sus ejercicios.

—Cuatro o cinco golpes más y se acabó el poste —dijo Vindex al tiempo que tiraba de las riendas.

Ferox asintió, resollando.

—Es un buen poste.

—Buenas y malas noticias —continuó diciendo el brigante con su rostro cadavérico, esbozando un gesto más severo de lo habitual.

—Las malas primero.

—No, bebamos algo y te daré todas las nuevas juntas. —Vindex desmontó de un salto y caminó con él hacia el interior del fuerte.

—Hemos encontrado al chico del Hombre Cabra —dijo con la mirada perdida en su jarra de cerveza y sentado en la banqueta de tres patas que había

en la habitación del centurión.

En la estancia aún se veían los vestigios del enfrentamiento que había tenido lugar unos días atrás para despertarle de su letargo. Y eso a pesar de los esfuerzos de Filo. Ferox se conformó con beber posca muy aguada; estaba sediento después del entrenamiento y lo agradeció.

—¿Está muerto?

Vindex asintió, con lágrimas en los ojos.

—Esos cabrones le enterraron. —Pudo ver que el centurión no le comprendía del todo—. No estaba muerto. Le ataron y le enterraron vivo en un montículo, junto al río.

Bebió, taciturno y furioso, y Ferox consideró que era mejor dejarle estar. Sabía que su propia rabia iría ganando fuerza. Nadie se metía en su jurisdicción para hacer esas cosas.

—Cogimos a uno —dijo Vindex después de una larga pausa. El silencio solo se vio interrumpido por el crepitar del fuego—. Uno de esos dementes con un caballo tatuado en la frente. Era un hibernio, venía del otro lado del mar para seguir al Caballo, el vidente bendecido por Cocidio y Morrigan para liderar al pueblo en la guerra que supondrá el fin del mundo. Me parece que ese es el tipo al que vimos durante la emboscada, el que los animaba a avanzar. El chico juraba que el Caballo es poderoso, y que está bendecido por los dioses, que quieren que sea él quien purgue esta isla de la corrupción de Roma.

—Bonitos nombres y bonita aspiración —dijo Ferox—. Pero ¿has dicho «era»?

—No lo hicimos nosotros, aunque quisiéramos después de dar con el chico. Se había perdido del resto. Nos dijo que un sueño le había ordenado que buscara un roble sagrado y que cortara una rama. Dejó un rastro que hasta un ciego podría haber seguido y le capturamos por sorpresa. Tuvimos que darle algunos golpes para que hablara, aunque tampoco le costó mucho, parecía estar deseando soltarlo todo, así que lo de los golpes fue más bien para pasar el rato.

»Al día siguiente le teníamos con las manos atadas a la espalda, y un hombre tiraba de las riendas de su caballo, y entonces empezó a entonar un cántico. Y no dejaba de hacerlo, con una voz inquietante y aguda. Entonces, de

pronto, su caballo se puso a galopar, y se tiró de un salto. Se dio en la cabeza y las luces se le apagaron para siempre. Creo que fue premeditado, aunque no puedo asegurarlo.

—Es una lástima.

—Sí. No obstante, nos dijo mucho. El Caballo y sus hombres salieron del lejano nordeste, enviados por el gran rey de los vacomagi. Dijo que no sabía su nombre.

Ferox silbó entre dientes.

—No sabía que los vacomagi tuvieran un gran rey.

—Bueno, eso es lo que él dijo, y por el rastro que dejaron queda claro que se dirigían hacia allí. El muchacho aseguraba que el rey se había dado cuenta de la verdad del propósito de los dioses al enviar al Caballo, o el Jamelgo, como demonios se llame, y que le dio guerreros y caballos para ayudarle en su misión. Algunos de los guerreros venían de las profundidades del mar, convocados para ayudar al Gran Druida.

—¿Y ese no es el Jamelgo?

—No, ese es otro, mucho más poderoso. El muchacho dijo algo sobre que el Caballo era la tormenta que barrería la tierra mientras que el druida es la tierra misma. Es viejo y sabio. Y es capaz de cambiar de forma y de hacer sortilegios. Dicen que camina entre los romanos cuando quiere y que estos no le ven. Decía que era capaz de que los romanos lucharan entre ellos. No estaba con los bárbaros, pero le veían de vez en cuando, en forma de cuervo, volando sobre ellos.

Ferox escuchó mientras el brigante continuaba contándole todo lo que había averiguado sobre el Caballo y su ataque cuidadosamente planeado.

—¿Qué es lo que querían conseguir?

Cuando Vindex se lo dijo, la habitación se volvió fría, incluso siendo un día luminoso y a pesar del fuego que ardía con generosidad.

—Malos tiempos —farfulló.

—Sí.

VI

Era el sexto día después de los idus de septiembre y el cumpleaños del nuevo César, Marco Ulpio Trajano, hijo adoptivo del deificado César Nerva, quien había ascendido a la púrpura imperial el mismo día. También llovía con insistencia. Llevaba lloviendo desde antes del amanecer, y todo indicaba que seguiría lloviendo a lo largo de todo el día. Ferox esperaba que no fuera un presagio, aunque si todas las mañanas ventosas, oscuras y grises en aquel confín del orbe fueran un presagio, el mundo sería un lugar terrible.

«Malos tiempos. Se avecina una tormenta». Esas frases no hacían más que rondarle la cabeza.

Vindex no estaba contento, aunque no por esa razón.

—¿Tengo que ir?

—Sí.

Ambos hombres estaban arrebujados en sendas capas galas con capucha. La capucha del brigante proyectaba una sombra sobre su rostro que hacía que su expresión fuera aún más funesta y siniestra.

—No me gustan las multitudes —dijo, con el tono de quien sabe que se va a quemar los pies caminando sobre brasas pero que se resigna a ello.

Cabalgaban hacia Vindolanda para ser testigos de los sacrificios que marcaban la ocasión y las festividades que habrían de seguir. También habría una reunión de oficiales al día siguiente, y Ferox estaba convocado para dar explicaciones sobre lo que había averiguado de la emboscada e informar sobre el estado de ánimo reinante en su jurisdicción. Quería que el brigante estuviera con él si se le permitía, o que al menos que estuviera cerca por si le

hacía falta preguntarle algo. A pesar de todo, Ferox no sabía cuánto estaba dispuesto a desvelar. Temía la traición, puede que de alguien de alto rango, y no conocía a ninguno de los hombres con los que se entrevistaría lo suficiente como para confiar en ellos.

Detrás de los dos jinetes venía Filo, cabalgando taciturno en una mula prestada por el ejército. El alejandrino había insistido en acompañar a su dueño para asegurarse de que Ferox entraba presentable a su reunión. Era evidente que el muchacho llevaba tiempo lamentando su insistencia.

—Allí está.

Ferox no se molestó en señalar al fuerte que estaba a menos de un cuarto de milla de distancia. En un día claro lo hubieran visto hacía tiempo, en cuanto hubieran superado el cerro que había al norte, pero hoy la niebla y la lluvia habían mantenido la base oculta hasta el último momento.

—Es demasiado grande —murmuró Vindex—. Deben de vivir como ratas ahí abajo.

Había docenas de edificios ante el fuerte: casas, tiendas y tabernas. Allá donde se establecía el ejército surgían tales asentamientos, o *canabae*, repletos de gente que deseaban conseguir contratos con las legiones o venderles cosas a los soldados. Era un lugar más seguro para vivir que en campo abierto, gobernado por la ley, si bien es cierto que dicha ley solía favorecer al Estado y al ejército.

—Pero has estado en Eboracum.

—Sí —admitió Vindex—. Una vez. —Barruntó un momento—. Apeataba.

Eboracum era la base de suministros de la Legio IX Hispana, o la VIII, como les gustaba a los legionarios aunque solo fuera para dejar patente que eran diferentes. Los bátavos de Vindolanda habían hecho campaña con aquella legión cuando se formó su unidad, y aquella afectación se les había pegado.

Vindolanda estaba levantada para albergar a la cohorte doble de los bátavos, más de mil hombres. Un quinto de los efectivos de la unidad eran caballería cuando la dotación estaba al completo, algo que, por supuesto, al igual que ocurría en el resto del ejército, nunca ocurría. También había espacio para destacamentos, algunos de ellos bastante grandes, de otras unidades, y, al igual que ocurría en otras bases, individuos y pequeñas partidas solían pasar por allí. Eboracum era diez veces más grande que Vindolanda, y

Ferox era el primero que admitía que el lugar apestaba. La mente militar estaba obsesionada con la limpieza. Todas las bases disponían de letrinas dotadas de una corriente de agua y alcantarillado que se deshacía de las inmundicias. Sin embargo, una vez que los desperdicios salían fuera de las empalizadas, el ejército perdía todo interés. En Eboracum, los excrementos de miles de personas iban a dar al río, que apestaba hasta al mismísimo cielo, particularmente en verano, cuando el cauce corría menguado. Ocurría lo mismo en la mayoría de las bases. Aquí, en Vindolanda, las tuberías del alcantarillado iban a dar al bello vallecito que había al este del fuerte. Nadie protestaba, y tampoco hubieran llegado muy lejos de haberlo hecho. Las verduras crecían muy bien en aquella pendiente.

—Demasiado grande —dijo Vindex—. Es demasiado grande.

La mayoría de los brigantes vivían en granjas o pequeñas aldeas; tan solo un puñado de los caudillos más importantes habitaban en poblaciones mayores. En los viejos tiempos de los reyes y las reinas todo había sido diferente, aunque incluso entonces los núcleos no habían sido demasiado grandes en comparación con los de las tribus del sur. Ferox se preguntaba si algún día lograría convencer a Vindex de lo diminuto que era aquello comparado con las grandes ciudades de la Galia y cómo había mucha gente a la que le gustaba vivir en ellas, menos aún hablarle de aquel inmenso, atestado, bello e inmundo hormiguero que era Roma. Tan solo había pasado allí unos meses y, después de todos esos años, el recuerdo de la urbe se le antojaba irreal, onírico. En realidad no tenía ningún deseo de volver.

Siguieron la calzada que bordeaba el fuerte por el norte. El terreno descendía levemente. Había un par de edificios apartados del resto de las *canabae*. Había un enjambre de mendigos junto al camino. A estos solían echarlos de la zona residencial, así que allí solía haber un puñado, incluso cuando hacía malo. Algunos le resultaban familiares, como el jorobado que babeaba, el que era manco de ambos brazos y las dos viejas que iban juntas a todas partes, la una ciega y la otra sorda. Todos ellos empezaron a pedir dinero o comida, pero una voz se alzó sobre el resto.

—¡Caridad a cambio de una bendición!

Provenía de un hombre encorvado que estaba apoyado en una vara algo alejado del resto. Llevaba el cabello, largo, blanco, apelmazado sobre una

capa negra y andrajosa. Tanto el pelo como la prenda estaban mugrientos, al igual que el dedo gordo que asomaba por el agujero de una de sus botas. Tras la barba blanca había un rostro surcado por la edad, el sufrimiento y la mugre. Mantenía la mirada en el suelo, fija en las pezuñas de sus caballos. Un chucho casi tan sucio como su dueño y moteado de calvas estaba hecho un ovillo a los pies de este. Las dos viejas increpaban y escupían al viejo, pero este las ignoraba.

Vindex metió la mano en su bolsa y le lanzó una moneda de bronce que el mendigo recogió sin alzar la mirada.

—¿Te sientes generoso? —dijo Ferox mientras seguían adelante.

—Un poco de suerte no le viene mal a nadie —le dijo Vindex.

—Solo si es buena.

Parpadeó. Las grandes gotas de agua le resbalaban por la capucha y se le metían en los ojos. El brigante no le estaba escuchando.

—¿Te recuerda a algo? —dijo.

Había un edificio alto a su derecha, allá donde había un desvío y un camino que llevaba a la puerta principal del fuerte. Una torre central y cuadrada coronada por un techo piramidal de tejas rojas y rodeada por una columnata cubierta, aunque esta tenía grandes ventanas encaradas a todos los vientos. Era el templo de Silvano, o de Vinotono, pues así le conocían los brigantes, dios de la caza y de la fertilidad. A la entrada esperaba un carruaje de cuatro ruedas. Ferox lo sintió por el conductor, sentado en la parte delantera, con el pelo y la capa empapados. Fuera como fuera, el hombre parecía más afortunado que su predecesor.

Tomaron el camino que llevaba a Vindolanda, y, cuando pasaron junto al acceso del templo, vieron a una mujer menuda de pie y a resguardo de la lluvia, con el cabello negro cuidadosamente arreglado. Era la dama de compañía. Vindex le dedicó una sonrisa y un pronunciado guiño. Ella miró a un lado y a otro para ver si alguien la estaba observando, comprobó que no y le sacó la lengua. Se movió un poco, hizo un gesto con el brazo y se apartó un poco la capa dejando al descubierto parte de su luminosa túnica blanca, una prenda algo corta.

—¿Haciendo amigos? —dijo Ferox, preguntándose cuánto tiempo habrían pasado juntos el brigante y la liberta el día de la emboscada, dadas las heridas

de la muchacha. Había pasado una semana y la liberta parecía estar bastante bien; más aún, irradiaba alegría.

—Es una muchacha agradecida. O eso espero.

Aunque hubiera perdido a dos esposas, el entusiasmo que el brigante sentía por las mujeres no se había visto empañado en lo más mínimo.

Ferox estuvo tentado de quedarse por allí a pesar de una nueva ráfaga de lluvia que empezó a castigarles las espaldas, pero no tuvo que hacerlo, ya que un instante después apareció la dama. Volvía a vestir de azul claro, un color que le sentaba muy bien, así que el centurión lamentó que la liberta le entregara una pesada capa de lana gris, más oscura aún que los cielos.

Descabalgó y sintió los miembros entumecidos después de pasar dos horas en la silla y bajo la lluvia, y abrió la puerta del carruaje. El vehículo había sido reparado, y, salvo por un boquete hecho por una flecha, no había más rastro del daño sufrido.

Sulpicia Lepidina sonrió, y entonces tanto ella como su liberta corrieron desde la columnata cubierta hasta el vehículo, ambas aferrando con fuerza sus capas con una mano mientras con la otra se levantaban el dobladillo.

—Parece que, una vez más, estoy en deuda contigo —dijo la dama después de subir al carruaje seguida de su sirvienta. La cortina que cubría la ventanilla del vehículo estaba descorrida a un lado para que las viajeras pudieran ver el exterior.

Ferox inclinó la cabeza.

—Me alegra poder ser de utilidad, señora.

—¿Estás bien? —dijo mirando a Vindex por encima del hombro del centurión.

—Gracias, señora. Estoy bastante recuperado. Tus cuidados han hecho maravillas.

El centurión volvió a montar y los dos soldados cabalgaron junto al carruaje rumbo al fuerte.

—Es todo un lujo poder hacer así un trayecto tan corto —le dijo Lepidina —, pero en un día como este...

—¿Sueles ir al templo a menudo? —Ferox se sintió encantado de poder hablar con ella, de ver la vida en su rostro, aunque se preguntaba si debía sugerirle que corriese la cortina y que hiciera el resto del camino con más

comodidad.

—Voy casi todos los días. El silencio y el aislamiento tienen mucho de bueno. ¿He dicho algo gracioso?

—Lo lamento, solo es que alguien me ha dicho algo parecido hace un rato.
—Ferox oyó que Vindex soltaba una carcajada ahogada.

—Hoy tenía más razones que nunca. He hecho una ofrenda para que se recupere el joven Flavio. Le duele la tripa, tiene fiebre y no mejora. Me da la sensación de que el *seplasiarius* del campamento no es del todo ducho en pociones. A pesar de su espalda, Flavio es un muchacho fuerte, y puede que se recupere sin ayuda, pero no hace ningún daño pedirles ayuda a los cielos.

—Deberías visitar la fuente de Coventina, señora —dijo de forma automática, sin pensarlo siquiera, ya que la sagrada fuente y su arboleda quedaban al este, junto a la calzada en la que había sido la emboscada—. Las aguas son milagrosas, dicen, y curan de muchos males, aunque también es cierto que los hombres dicen muchas mentiras.

Sulpicia Lepidina rio con delicadeza.

—Sí, los hombres. —Sus ojos, de un azul intenso, centellearon. Llevaba el pelo recogido con sencillez, en un moño con un lazo azul—. Pero gracias por el consejo.

—Es un placer. Solo puedo imaginar la terrible aflicción que puede sentir una madre por su hijo enfermo.

—Flavio no es hijo mío —dijo, ya sin júbilo—. Tanto él como su hermana pequeña y su hermano son los hijos de mi esposo. Su primera mujer murió al dar a luz al segundo niño. Yo no tengo hijos, así que supongo que he fracasado en los deberes prescritos por el Divino Augusto y la mayoría de los Césares, pero mi marido es el padre de tres criaturas y goza de todos los beneficios y el respeto que eso conlleva.

—Lo lamento —dijo Ferox, nervioso, y entonces pensó que no estaba del todo claro lo que lamentaba—. Estoy convencido de que tienes tiempo suficiente por delante.

—Puede, pero lo dudo. Cumpliré los veintiocho el año que viene, así que el tiempo, y otras cosas, no están de mi lado. —Cuando Ferox no dijo nada, Lepidina asomó la cabeza por la apertura y le miró—. Era el momento idóneo para que un joven oficial con modales pusiera cara de asombro y me asegurara

que irradió la belleza de una novia virgen y que en ningún modo puedo tener esa edad.

—Si alguna vez te has mirado en un espejo, no tienes necesidad de tales alabanzas, porque no hay palabras adecuadas para describir tu perfección.

Vindex empezó a tararear la misma canción de antes.

—Bonita melodía, y bonitas palabras, aunque un tanto arriesgadas. Puede que demasiado.

Ferox no había ido allí a jugar a ningún juego.

—Soy un soldado, señora. El emperador me paga para que me arriesgue.

En ese momento pasaban junto al último edificio apartado del resto, una gran casa de dos plantas construida en piedra, con las paredes recubiertas de escayola y pintadas de un blanco que aún en ese día gris parecía luminoso. Era propiedad de Flora, un antigua bailarina, esclava y prostituta que regentaba el lupanar más caro al norte de Eboracum, aunque no había nada en el exterior del edificio que diera a entender lo que era. Ferox se preguntó si la esposa del oficial lo sabía.

—Te he ofendido —dijo ella—. Te pido disculpas.

—No me has ofendido —dijo él, volviéndose a sentir torpe y bruto.

—Cuando yo diga que te he ofendido te sentirás ofendido —dijo en tono mordaz, como si estuviera afeándole la conducta a un esclavo con el aplomo que solo dan generaciones de sangre aristocrática en las venas. Entonces volvió a meter la cabeza en el carruaje, reposó la cabeza y se echó a reír—. Eres un hombre extraño, Flavio Ferox, príncipe de los siluros y centurión de Roma —dijo pasado un rato. Ferox supuso que debía de haber hablado con Crispino—. Tu esposa es una mujer afortunada.

—No estoy casado.

—¿Hay alguna mujer en tu vida?

—La hubo una vez, pero ya no. —Se sorprendió a sí mismo al hacerla partícipe de ello.

—¿Murió la pobre?

—No lo sé. Desapareció hace años. —Surgieron las palabras, pero por vez primera y una vez más para su sorpresa, no le invadió la pena, y tampoco percibió la vergüenza que solía sentir al pensar que no había dedicado su vida a buscarla.

—Lo siento, no pretendía abrir viejas heridas, y mucho menos ser una cotilla. —Ferox no pudo ver ni rastro de remordimiento ni en su expresión ni en su voz, tampoco que sus palabras hubieran sido dichas a la ligera—. Todos tenemos nuestras penas y desengaños, y no siempre nos es fácil vivir la vida que nos ha tocado. Las cosas no siempre son como imaginábamos que iban a ser, pero el mundo sigue, sintamos lo que sintamos.

Miró hacia el otro lado y observó la casa de Flora por la ventana opuesta del carruaje.

—Corre la cortina —le dijo a su dama de compañía.

El tiempo se agotaba, pronto llegarían a las puertas. Una vez allí sería difícil cabalgar junto al vehículo sin dar alas al chismorreo.

—El día de la emboscada —dijo, decidiéndose a ser directo— tengo entendido que os dirigíais a Coria.

—Sí, señor, muy bien, señor, enseguida, señor —dijo ella fingiendo ser un acatador soldado e imitando sus maneras—. Sí, así es. Iba a la fiesta de cumpleaños de Claudia Severa, esposa de Aelio Broco. Su ala está destacada allí. Debería haber sido una excursión de placer y, sin embargo, acabé viéndome asaltada por unos bárbaros. Luego fue un amable bárbaro el que empezó a gritarme y darme palmadas en las nalgas.

—Una vez más, mis sinceras disculpas.

—Y mi más insincera aceptación de ellas.

—¿Hace cuánto recibiste la invitación?

—¿Quieres la hora y el día y una nota escrita por mi oficial al mando? Pues no lo sé, pero varias semanas antes. No es tan fácil como pasar por el domicilio de una amiga en la ciudad. Sí te puedo decir que la carta en la que me invitaba la tengo en algún lugar de casa. Puedo buscarla si te interesa. Quizá así pueda limpiar mi buen nombre.

Ferox intentó centrarse en lo que tenía en mente.

—¿Sufristeis un retraso al salir?

Esbozó un gesto de niña culpable.

—Sí, una de las mulas recibió una coz que a la pobre le rompió una pierna. Después de eso yo ya estaba lista, pero entonces una niña tonta —dijo señalando con el mentón a su dama de compañía, que lucía una amplia sonrisa — me derramó encima media botella de perfume. No podía irme apestando

como una puta, así que me cambié. Supongo que sabrás cómo huelen las putas.

—No sé mucho de esas cosas.

—Ya —dijo ella alzando la mirada al cielo—. Supongo que tendré que creerte. —Entonces le miró a los ojos, y rio con esa risa diáfana y musical—. Casi hemos llegado a casa —dijo un instante después—. Así que tendré que volver a convertirme en la gran dama.

Sulpicia Lepidina le dedicó una severa mirada y apretó los labios esbozando un gesto exagerado de desagrado al observar, de arriba abajo, su capa manchada de barro y entonces, de un tirón, volvió a correr la cortina del todo.

Habían dejado atrás las *canabae*, y se aproximaban a las puertas principales del fuerte. Comparado con el de Siracusa, el acceso era gigantesco, con puertas dobles, ambas lo bastante altas como para que un jinete no tuviera que bajar la lanza para pasar y lo bastante ancha como para que accediese una carreta grande, más aún la *raedula*, o una columna de hombres marchando en formación de a cuatro. El terraplén con su empalizada en lo alto medía quince pies y la amplia torre que se alzaba sobre la entrada medía el doble, aunque carecía de techumbre. Ferox pudo ver un par de centinelas apostados en las almenas sufriendo las inclemencias del tiempo. Vindolanda estaba siendo reconstruida por segunda vez en una década, en gran parte porque el fuerte anterior había sido levantado con demasiada celeridad como para durar.

Una fila de centinelas se cuadró y alzó las lanzas a modo de saludo hacia el carruaje que pasaba ante ellos. Uno de los guardias dio un paso al frente, con ademán menos cordial, cuando, a la altura del foso que había a ambos lados de la calzada, Ferox, Vindex y Filo avanzaron a pie tirando de las riendas de sus monturas.

—Flavio Ferox, centurión *regionarius*.

—Lo lamento, señor. No te había reconocido, señor. —El hombre se cuadró, aunque no con el mismo respeto mostrado a la esposa del oficial al mando—. ¿Y tus acompañantes, señor?

—Vindex, hijo del caudillo de los carvetos y comandante de los exploradores que sirven con nosotros. Y Filo, estudioso, filósofo, médico y maestro de la gran ciudad de Alejandría.

El veterano soldado sabía cuándo un oficial intentaba hacer una gracia.

—Sí, señor. Muy bien, señor. Estoy convencido de que es así, señor. ¡Oficial y dos acompañantes! —les gritó a los centinelas de la torre—. Utilizad el acceso de la derecha, señor, por favor —añadió.

Ferox también conocía las señales, y pudo ver el gran charco y el lodo en medio del camino, más allá de las puertas abiertas.

—Vayamos andando, y luego a la carrera —susurró.

Vindex le siguió y azuzó a su caballo para que acelerase el paso. Filo estaba confundido, y, cuando tiró de la mula, el animal corcoveó y el alejandrino acabó en el suelo. Los otros dos lograron pasar antes de que un chorro de agua cayera desde el terraplén. Ferox supuso que había un desagüe que canalizaba el agua de la lluvia desde las almenas de la torre y que los hombres habían abierto la pequeña esclusa.

—Lo siento, señor —dijo uno de los centinelas—. Un desafortunado accidente.

Filo, mugriento, tenía un aspecto aún más lamentable que antes, aunque no sufrió ningún daño. Siguió tirando de la mula mientras Ferox y Vindex caminaban con sus monturas por la *vía principalis*, la arteria que atravesaba el fuerte por el centro. A ambos lados había hileras de edificios largos, encalados y con la techumbre de zarzo. Más adelante, el camino se unía a la *vía praetoria*, el segundo sendero que recorría el fuerte, trazado en ángulo recto con respecto al anterior y que iba de una de las puertas laterales a la otra, ubicadas ambas en el centro de las largas murallas. Ninguna de las vías estaba pavimentada, y las dos se estaban convirtiendo en barro a medida que el agua de la lluvia recorría la ligera pendiente.

Allá donde ambos caminos se unían estaban los *principia*, un complejo levantado en un patio cuadrado con un edificio destinado a las asambleas, oficinas, almacenes y el santuario en el que se guardaban los estandartes de la cohorte. A la derecha se alzaba otro edificio, el pretorio, que era casi igual de grande, aunque, en este caso, constituía la residencia de Cerialis y su familia.

Vindex bufó.

—No parece que sea muy cómoda —dijo—. Seguro que es fría.

—Eso no nos incumbe —dijo Ferox antes de atravesar la arcada que llevaba a los *principia* para informar de su presencia.

No tardó en volver. Le acompañaban unos hombres que se harían cargo de los animales y que los llevarían a un par de habitaciones ubicadas al fondo de los barracones. El resto del barracón estaba vacío en aquel momento.

—Lo tiene asignado parte de la *vexillatio* que ahora está en Coria — explicó el soldado.

Pusieron a su disposición dos habitaciones, destinadas al centurión, y que contaba con un despacho para la administración de la centuria. Nadie había usado esa estancia desde hacía meses, y las capas de polvo se acumulaban. Hasta Filo tenía demasiado frío y estaba demasiado empapado y cansado como para asimilar tal horror. El soldado encendió un fuego, les entregó un par de lámparas y algo de aceite para ellas y los dejó solos.

Dos horas después, a mediodía, había un desfile en honor del emperador. La lluvia había amainado y se había convertido en poco más que una leve llovizna, lo que había animado a alguien, probablemente Cerialis, a llevar a cabo la ceremonia en el campo de entrenamiento, tal y como estaba previsto. Unos cuatrocientos hombres de la Cohors VIII Batavorum se dispusieron en tres filas, ocupando la base y un lado de una formación en U. El otro lado estaba compuesto por ciento setenta hombres de la Cohors I Tungrorum y una variopinta mezcla de hombres de otras unidades que, en aquel momento, estaban en el fuerte. Ninguno de los presentes portaba escudo o lanza, y formaban con los brazos rectos y en los costados. Les estaba permitido vestir capa. —Ferox se percató de que los bátavos llevaban prendas de un color uniforme: la infantería en verde oscuro y la caballería en azul oscuro—. Por su parte, los tungros, así como el resto de destacamentos, ofrecían un auténtico arcoíris de colores. Ferox sospechaba que alguien quería enviar un mensaje. Todos los hombres llevaban armadura y casco así como cinturones en torno a la cintura y colgados del hombro de los que pendían las vainas de sus espadas. Había poca diferencia en este sentido entre ambas unidades, su equipo estaba bien pulido y tan reluciente como era posible.

Cerialis estaba con los oficiales de su cohorte ante los estandartes. Ferox y el resto de los presentes, incluyendo los mandos de los tungros, formaban a un lado, observando al prefecto mientras este se cubría la cabeza con un pliegue de su capa blanca y derramaba una libación sobre una piedra del altar en la que había una inscripción: «Júpiter Óptimo Máximo». Le dedicó una oración

en voz alta al gran dios de Roma y al resto de los dioses de la ciudad por la salud y el éxito de su amado César. Un pastel redondo, hecho para la ocasión con la mejor de las harinas de trigo, le fue ofrecido al dios y, luego, se recitó otra larga plegaria. La lluvia empezaba a arreciar por momentos. Ferox casi podía oír cómo el equipo de los cerca de seis centenares de hombres se empañaba y oxidaba mientras formaban y observaban. Las horas que habían pasado preparándose para la ceremonia no eran nada comparadas con los días que tardarían en volver a dejar su equipo en condiciones.

Ferox dejó que las palabras se perdieran en el aire y no les prestó mucha atención. Trajano se había convertido en emperador cuando el anciano Nerva había enfermado y fallecido. Una imagen de latón de su rostro sobre un disco de plata reemplazó el de Nerva en la *imago*, la efigie del emperador que se llevaba junto al resto de los estandartes. Era la primera vez que Ferox veía una imagen de aquel hombre, aunque la experiencia le decía que no se parecía apenas al nuevo emperador. Trajano venía de la ciudad de Itálica, en la Bética, Hispania, y su familia había prosperado al apoyar a la familia del emperador Domiciano durante la guerra civil, hacía ya treinta años.

Un toro engalanado fue llevado hasta el altar. Aquella última parte de la ceremonia era, probablemente, la única buena razón para llevarla a cabo en el exterior y no en la parte cubierta de los *principia*. El toro era dócil, seguramente estuviera drogado, y permaneció allí, ante el altar, esperando. La mayoría de las legiones disponían de sacerdotes profesionales y asistentes, y algunas unidades auxiliares habían copiado esta práctica, pero los bátavos hacían las cosas a su manera, tanto en las ceremonias como en tantos otros asuntos. Un soldado inmenso, casi tan grande como el guerrero al que Ferox se había enfrentado, que vestía tan solo una túnica, la lana de la cual se le había pegado al cuerpo, blandía una *dolabra*, el zapapico del ejército, aunque aquella era especial: cuidadosamente forjada, afilada en extremo y dotada de un asta de madera mucho más larga. El hombre esperó, con su gran torso musculoso y sus brazos en tensión. Y entonces descargó un poderoso tajo sobre el punto en el que la cabeza del toro se unía a la columna vertebral del animal. La bestia gruñó y cayó de rodillas con la lengua fuera. La sangre empezó a manar de la herida y a formar amplios charcos de sangre alrededor del animal, que se desplomó a un lado.

—Buena suerte para la cohorte, lo ha hecho de un golpe —le oyó susurrar Ferox al portaestandarte, que, a su vez, se dirigía al hombre que tenía al lado.

Cerialis se descubrió la cabeza y pidió a los hombres que saludaran al emperador.

—¡Larga vida y buena fortuna a Trajano! —gritaron los hombres alzando los brazos derechos a modo de saludo y manteniéndolos rígidos mientras repetían la frase dos veces.

—¡Mañana formaréis para recibir el regalo que ha prometido tras su proclamación, un donativo de tres *aurei* por soldado! —La voz de Cerialis se oía firme y clara a pesar del viento y la lluvia—. ¡Será a mediodía en los *principia*! ¡Larga vida y buena fortuna a Trajano!

Esta vez los vítores fueron más entusiastas, ya fuera por el dinero, una cuarta parte de lo que cobraban al año, o por la idea de formar en un lugar seco.

Cerialis dejó que repitieran la frase tres veces.

—Mañana también marca el aniversario de nuestra gran victoria en el monte Graupius. —Hizo una pausa y observó a los soldados en formación—. ¡Lo conmemoraremos del modo habitual!

Los vítores y cánticos se tornaron eufóricos por el entusiasmo. Ferox había oído que el aniversario era una fecha en la que se comía y bebía en exceso.

Cuando las unidades empezaron a marchar de vuelta al fuerte para romper filas, Cerialis se acercó a él.

—Centurión, mi esposa, Sulpicia Lepidina, y yo vamos a cenar con amigos esta noche. Espero que puedas unirme a nosotros.

—Gracias, señor. Eres muy amable.

Una invitación por parte de un oficial constituía una orden, aunque aquella le sorprendió, ya que Ferox consideraba estar bastante por debajo del escalafón social de la pareja.

—Fabuloso. A la hora segunda de la noche. Nos encantará tenerte con nosotros. Me temo que no será nada especial, pero al menos estaremos calientes y secos.

Cerialis sonrió y le propinó al centurión una palmada en la espalda.

VII

A Ferox le estaba costando mantener el ritmo. Ya llevaban una hora de cena, estaba hinchado y le dolía el codo de tanto soportar su peso. La toga que le habían prestado era rígida e incómoda, y cada vez que se movía en el diván sentía un bulto de lana debajo. Confiaba en que Filo no le hubiese mentido cuando le aseguró que la prenda se la había prestado el esclavo de uno de los centuriones de la guarnición y esperaba que todo estuviera en su sitio. El joven alejandrino se había sentido entusiasmado cuando le informó de la invitación. En un instante el muchacho pasó de ser un ovillo en la cama a convertirse en un torbellino de actividad.

—Lástima que no sea un simposio —decía una y otra vez, pero aparte de esa pequeña decepción, el esclavo estaba feliz como no le había visto en años.

Para sorpresa de Ferox, Filo sacó la mejor túnica del centurión, limpia y blanca, casi deslumbrante, y su mejor calzado, sin una sola mancha de barro.

—Sabía que habría una invitación del estilo —confesó Filo, como si fuera él quien debía asistir a la cena. Le preocupaba que el resto de los oficiales no se percatase de la importancia de su amo.

No disponer de una toga hizo que sintiera pánico y desapareciera durante casi dos horas antes de volver triunfante, luego no hizo más que quejarse hasta que el centurión estuvo listo. Filo le examinó y dio vueltas a su alrededor con aspecto de estar menos decepcionado de lo que era habitual en él.

—Nada de perfumes —le dijo Ferox con firmeza cuando el muchacho sacó una pequeña botella de cristal azul verdoso.

—Muy bien, señor —repuso el alejandrino queriendo decir lo contrario—.

Pero ¿no crees, señor, que un pequeño toque de perfume sería adecuado después de los rigores de los últimos días?

—¿Quieres decir que pretendes camuflar el hedor que desprende este asqueroso centurión?

Filo no dijo más, se limitó a alzar la botella y se dispuso a retirar el tapón convencido de su buen juicio.

—¡No!

—Mi señor, por favor —dijo con voz suplicante y con un toque de amargura.

—No —suspiró Ferox—. Una vez el emperador Vespasiano le concedió un ascenso a un hombre que le habían recomendado pero, cuando el sujeto apareció, llegó envuelto en una nube de perfumes y ungüentos. El emperador, el muy sabio emperador, le negó entonces el ascenso y le dijo que se marchara. Dijo que habría preferido que hubiese olido a ajo, si es que tenía que oler a algo.

—Ya veo, señor. Pero el emperador Vespasiano murió hace mucho —«y bien muerto que está», pareció insinuar—, y el resto de los asistentes irán oliendo como deben. Y también habrá grandes damas...

El muchacho retiró el tapón.

—No.

Ferox se preguntaba dónde habría conseguido aquel mejunje, aunque consideró conveniente no preguntar. Resultaba evidente que era caro, y, a no ser que el muchacho le hubiera sisado el dinero, no habría podido comprarlo. En el pasado Ferox se había preguntado si el concepto de propiedad que tenía Filo era demasiado flexible; de ahí sus dudas sobre la toga prestada.

Se alegraba de que Vindex no estuviera allí, ya que el brigante no habría dejado de reír con todo aquello. Estaba por ahí, por el fuerte, probablemente en alguna de las pequeñas tabernas que había intramuros. Ferox le había advertido de que no debía salir a las *cabanae* por si los centinelas no volvían a dejarle entrar.

—Debe de ser la hora —dijo Ferox frotándose el mentón.

—Casi, mi señor. Aunque, si así lo deseas, hay tiempo para otro afeitado.

—Así está bien. —Ferox ignoró la mueca de duda de su esclavo. Le había afeitado esa mañana y, una vez más, hacía unas horas, así que la sombra de la

barba no aparecería tan pronto.

—Como deseas, señor —dijo Filo soportando con entereza esa nueva decepción que le brindaba la vida—. Ha escampado y la noche es clara —añadió satisfecho.

Ferox se preguntó si el chico había hecho algún tipo de trato con su dios judío. Al menos caminar hacia el pretorio no sería desagradable y podría ir por los tablones que bordeaban los edificios. Vindolanda era un lugar húmedo, y después de la lluvia los caminos se convertían en lodazales. Filo aulló aterrado cuando el centurión pisó un charco de agua sucia y se salpicó ligeramente el calzado y las piernas.

La casa del prefecto era enorme, más grande que algunas de las casas aristocráticas que había conocido en Lugdunum en sus años de estudiante. Tan solo un puñado de parches agrietados en el enfoscado de la pared exterior revelaba que el edificio estaba hecho de madera y no de piedra. Cuando fue guiado hasta el atrio, este resultó ser amplio, con tablones de madera pulida en el suelo en lugar de la tierra cubierta de paja de los barracones. Las paredes estaban enyesadas, y lucían pinturas que mostraban sencillas escenas bucólicas. Cerialis se acercó a Ferox para darle una calurosa bienvenida. El resto de los hombres invitados también estaban presentes. Filo le dedicó a su dueño una mirada reprobatoria, antes de ser llevado a donde fuera que se reunían los sirvientes de los invitados. Estos esperarían allí hasta que concluyera la noche.

Invitados y anfitriones recorrieron un pasillo que daba a un florido jardín cuadrado. Ferox disfrutó del aroma de las flores en una noche que, para esa época del año, resultó ser agradable y cálida. Le parecía curioso que los romanos se empeñaran en construir sus casas así, perfectas para dar sombra bajo el sol mediterráneo, algo poco práctico tan al norte. Flavio Cerialis y su familia vivían como la aristocracia de cualquier ciudad italiana, aunque estuvieran a miles de millas de distancia y aunque el prefecto no tuviera ni una gota de sangre italiana. Era báltavo, al igual que los soldados que tenía al mando, ya que un viejo tratado con la tribu establecía que sus unidades debían estar a las órdenes de sus propios aristócratas.

Crispino era el único romano de verdad en aquella casa de estilo itálico en la que estaba a punto de darse un banquete eminentemente romano. Aelio

Broco, prefecto del ala destacada en Coria, era un hombre delgado, de nariz aguileña, de pelo negro y denso y ojos oscuros y penetrantes, y estaba muy lejos de su hogar, en Gades, en la Bética. A Ferox no le habría sorprendido si le hubieran dicho que el sujeto contaba con ancestros cartagineses e íberos. Tampoco pudo evitar preguntarse si Cerialis y él habrían visitado Roma. Claudio Super ya había estado en la urbe, y le encantaba hablar de ella. También Ferox la había visitado, así como el otro invitado, Tito Flavio Vegetio, un bitinio bajo y muy gordo que había sido esclavo de la casa imperial hasta que se le concedió la libertad hacía unos años. Tanto entonces como ahora trabajaba para el *procurator*, y saltaba a la vista que le había ido bien porque lucía enormes anillos en todos y cada uno de sus rollizos dedos.

Los seis hombres eran ciudadanos romanos, incluido Ferox el siluro, y todos llevaban la toga bien sostenida con el brazo derecho, salvo Crispino, el más romano de todos, que vestía una ligera prenda griega. Tres de los seis se llamaban Flavio, lo que significaba que o bien ellos o bien alguien de su familia había recibido la ciudadanía de uno de los Flavios, dinastía fundada por Vespasiano, vencedor de las guerras civiles tras la muerte de Nerón treinta años antes. Ferox suponía que, al igual que él, Cerialis era romano en virtud de la concesión de la ciudadanía por el fundador de la dinastía. Durante la guerra civil, la frontera del Rin había estallado en revuelta, una rebelión liderada por aristócratas báltavos apoyados por cohortes báltavas y otras cohortes auxiliares. El más importante de estos había sido Julio Civilis, un prefecto ecuestre como Cerialis. Hasta entonces el rebelde había gozado de una distinguida hoja de servicio, había recibido varias heridas y había perdido un ojo luchando por Roma. Al principio Civilis aseguraba que luchaba por Vespasiano contra su rival romano, pero entonces todo se había complicado, y hubo quien habló de un imperio de los galos. Eso los convirtió en rebeldes, no en romanos, y Vespasiano se vio obligado a aplastar la revuelta. Algunos báltavos se mantuvieron leales y otros se rindieron. Al final, el resto acabó derrotado por un primo del nuevo emperador, un hombre llamado Petilio Cerialis. Resultaba evidente que el padre del prefecto se había mantenido leal o había cambiado de bando en el momento oportuno y había recibido la ciudadanía como recompensa adoptando el nombre del nuevo emperador y el del comandante victorioso.

Las damas los esperaban en la sala de banquetes, de pie ante tres divanes dispuestos en torno a una mesa baja. La estancia era grande, el techo tenía vigas talladas, y las paredes estaban bastante bien pintadas; por lo visto, habían traído a un artesano de Corinium, en el sur. Había escenas de caza y de mitos. En una de ellas Hades, en su carro, cargaba hacia una Perséfone ligeramente consternada y de cabellos rubios que no parecía estar haciendo gran cosa por huir. En otra se veía a Leda medio desnuda, arrodillada junto a un lago mientras el cisne se acercaba a ella, y a Europa cabalgando sobre un enorme toro negro.

—Hace que una se plantee lo que debía de ser la vida diaria de aquellas jóvenes aristócratas en tiempos tan lejanos —dijo en voz baja Sulpicia Lepidina cuando se percató de que el centurión observaba las pinturas—. Tengo un par de gatos, pero solo son mascotas.

—Seguro que saben cuál es su lugar —añadió Crispino—. Ni tu marido ni ninguno de nosotros querríamos que te raptasen.

Cerialis no estaba prestando atención; en su lugar escuchaba con gusto a Claudio Super y al liberto imperial, Vegetio, mientras estos alababan el esplendor de su casa y de aquella estancia en particular. Sus halagos eran excesivos, aunque justificados, y hasta Ferox se sorprendió al comprobar que el suelo estaba hecho de baldosas de piedra regulares.

—Julio César me dio la idea —explicó Cerialis—. Solía llevar baldosas consigo para el suelo de su tienda de campaña.

—Quizá sean un poco frías para el invierno —añadió Sulpicia Lepidina mientras estrechaba las manos de los invitados dándoles una bienvenida formal—. Aunque hacen que el lugar parezca un poco más nuestro.

Llevaba un vestido de color azul oscuro, abrochado en los hombros mediante prendedores de elegante factura; como siempre, tenía el cabello recogido en un moño, aunque esta vez con un lazo moteado de gemas blancas. Llevaba pendientes con perlas en forma de lágrima y un delicado collar de oro que destacaba sobre su piel clara. Sus sandalias eran de cuero pálido, con una única correa entre los dedos y las suelas alzadas hacia el talón para hacerla parecer un par de pulgadas más alta. El calzado de su marido era casi igual de caro; los empeines eran de lacería, y permitían ver sus calcetines de color rojo oscuro.

Se hicieron las presentaciones. Claudia Severa tenía el cabello y los ojos oscuros, igual que su marido Broco, aunque su piel era de un blanco muy a la moda y más clara aún debido al maquillaje que parecía abundante en comparación con el que llevaba Lepidina. También tenía el pelo recogido, aunque alguien de su servicio le había hecho una línea de rizos en el flequillo y le había peinado la parte superior de forma que pareciese más espeso. El peinado hacía que su cara, ya redonda, pareciera aún más redonda, pero también que destacaran sus grandes ojos, lo que le confería un aspecto agradable, como de corza. Vestía de color rosa oscuro, con brazaletes de oro, pendientes, collar, broches y calzado claro cuya parte superior estaba recubierta de piel blanqueada de becerro. Saludó a Crispino con un beso en la mejilla poniéndose de puntillas, ya que era muy bajita. Claudio recibió una bienvenida similar, aunque puede que algo menos sincera: saltaba a la vista que ambos hombres la conocían. Ferox y el liberto tuvieron que conformarse con una cálida sonrisa y un leve apretón de manos.

La esposa de Vegetio, Fortunata, era diferente; su vestido era de carísima seda roja que brillaba a la luz de las lámparas de aceite y que apenas disimulaba su sinuosa figura. Ferox pensaba que quizá fuera gala, de algún lugar del noroeste por la forma de su rostro y por sus ojos verdes. Era bastante alta y rolliza, aunque gran parte de su peso lo llevaba en el pecho y las caderas. Caminaba con elegancia. Su cabello era tan claro que casi parecía blanco, y lo llevaba peinado con una mezcla de rizos y crestas que culminaban en una especie de cúpula. Si no se trataba de una peluca, entonces había hecho falta un ejército de sirvientes trabajando durante horas para erigir tal monumento. Cada vez que se movía los pesados brazaletes de sus brazos tintineaban. Sus sandalias eran de un estilo parecido a las de Lepidina, salvo por las suelas, que eran aún más altas. Fortunata saludaba a todos los hombres con un beso; sus labios eran suaves y húmedos, y permanecieron un poco más de lo que se consideraba decoroso en la mejilla de Ferox. Tanto sus maneras como su nombre proclamaban que había sido esclava, como su marido, aunque probablemente sus labores no tuvieran nada que ver con la administración.

Crispino se unió al anfitrión y a la anfitriona en el diván principal. A su derecha se acomodaron Broco y Claudia, con Claudio Super a su lado. En ambos casos las mujeres se tumbaron entre los dos hombres. Los divanes eran

grandes y bien acolchados, así que había bastante sitio, salvo quizá por el tercero, que Ferox compartía con Vegetio y Fortunata. Ambos llevaban tanto perfume encima que hasta a Filo le hubiera resultado excesivo. El liberto se acomodó entre los cojines, con lo que ocupaba casi la mitad del espacio. Ferox tenía la incómoda sensación de que estaba a punto de caer, y tenía la espalda de la liberta tan cerca que sentía cómo la fina seda de su vestido le rozaba siempre que la mujer se movía. Los invitados estaban tumbados de lado para poder tener a la vista el diván principal.

Hacía años que Ferox no asistía a una cena formal, y se dio cuenta de que carecía del aguante de antaño. La comida no hacía más que llegar, plato tras plato, a cual más elaborado y mejor presentado. A Cerialis le gustaba comer ave. Trajeron varios pequeños pollos, uno por comensal, y dos grandes pavos trinchados por los esclavos. En todo momento había un supervisor en la estancia, y otro esclavo, de pelo cano, que cortaba y servía según las apetencias de cada uno. Otros esclavos entraban y salían, silenciosos, llevándose los platos usados, reemplazándolos por otros limpios y sirviendo vino.

—De Falerno —anunció Cerialis cuando se sirvieron los primeros cálices—. No me puedo resistir, aunque hay mejores añadas. Después de todo, «la copa se hizo para proporcionar felicidad» —dijo alegremente—. «Dejad vuestras impías disputas, amigos míos, y permaneced como estáis, apoyados en el codo, ¿acaso no queréis que beba lo que me toca del seco de Falerno?»

—Me encanta Horacio —declaró Claudio Super—. Es mi favorito de entre los grandes poetas.

La generosa condescendencia de su voz daba a entender que componer versos era algo que podía hacer incluso dormido.

—A mí me gusta más Virgilio —dijo Aelio Broco—. Y siempre le seré leal a Marcial, por supuesto, si es que hemos de incluir poetas más modernos.

Crispino sonrió, comprensivo.

—Eso es porque es de Iberia, como tú —dijo Claudio Super pasado un instante, claramente satisfecho con su deducción.

El hombre tenía las mejillas sonrosadas, lo que hizo que Ferox se preguntase si había empezado a beber antes de que llegara. Para él hacía tiempo que la añada importaba poco. La bebida servía para perder el

conocimiento de vez en cuando, y la fuerza del caldo había llegado a importar más que el sabor. Aquella noche bebió lentamente y se aseguró de que cada copa llevara bastante más agua que vino. Sus conocimientos de literatura eran modestos, no porque no le gustara leer, sino porque los libros eran caros y voluminosos, difíciles de conseguir en aquella esquina del mundo e incluso más difíciles de llevar de un lado a otro. Dejó que la conversación fluyera a su alrededor y no dijo nada. Hasta él pudo percibir que Claudio Super no era un hombre muy leído, aunque creyera serlo. Los conocimientos de Cerialis se centraban en pasajes famosos, incluso daba la sensación de que los había memorizado para pasar por un hombre educado.

Ferox casi se había olvidado de lo poco que le gustaba comer tumbado. A pesar de su educación en la Galia, la temporada en Roma y las cenas formales del ejército, no le parecía algo natural. Un hombre debía sentarse a la mesa, algo que los romanos solo hacían como negación explícita de la comodidad. Se sentía más cómodo cuando visitaba las casas de los caudillos locales, cuando se sentaba en una banqueta o con las piernas cruzadas ante el fuego, o cuando comía solo en su habitación de Siracusa, sin alardes, sin convertir el acto en una pantomima.

Una joven esclava con el cabello largo y castaño le ofreció sopa de pescado. Era guapa, como todas las esclavas que les servían, e iba bien aseada y vestida con una simple túnica parda y sandalias. Ferox sonrió a modo de agradecimiento, pero rechazó la comida.

—Está bueno —dijo Aelio Broco para animarle mientras alzaba su cuchara, claramente complacido.

El centurión vio que alguien entraba con una fuente repleta de ostras y sintió su habitual repulsión ante tal exquisitez.

—No me gusta la comida de los ríos ni de los mares —le dijo al servicial esclavo—. Mi gente cree que es mala para el alma.

Sulpicia Lepidina rio con delicadeza, confundiendo sus palabras con un chiste, pero su risa quedó sepultada bajo las estruendosas carcajadas de Claudio Super. Nadie se unió a su júbilo, ni siquiera Fortunata, que solía reír siempre que creía que alguien había contado un chiste. Super calló avergonzado.

—¿Crees en el alma? —preguntó Crispino.

El joven tribuno pasaba más tiempo escuchando que hablando, pero cuando hablaba solía ser directo. Todos se volvieron para mirar a Ferox, salvo Vegetio, que siguió comiendo. Fortunata frunció el ceño al mirarle con el rostro a tan solo un palmo de distancia.

—Sí. Cuando ves a un muerto lo único que se aprecia son carne y huesos. —Intentó encogerse de hombros, algo difícil en su postura, así que tuvo que contentarse con negar con la cabeza—. Debo disculparme ante las damas. —Miró a cada una de ellas—. No era mi intención hablar de cosas desagradables, pero explica lo que siento. Nuestros cuerpos no son más que carne. El espíritu, la chispa, la vida en sí, se escapa cuando morimos. Eso es el alma, y el alma es eterna.

Crispino estaba interesado.

—¿Pero puede ser vista?

—Es la vida, y la luz de todo hombre y mujer —dijo Ferox—. ¿Cómo no va a poder verse? Sin ella no seríamos más que estatuas. —No estaba cómodo hablando de esas cosas, así que esperaba que el interés de los comensales acabara pronto—. Preguntas si puede verse. Pues bien, mi pueblo cree que el sonido que hace la garganta cuando una hoja le arranca la vida a un hombre es el ruido que hace el alma al abandonarle. Al menos se puede oír.

Esta vez no se disculpó, en parte porque Fortunata esbozó una mueca de evidente desagrado. Otra de las esclavas, esta de pelo negro y piel bronceada, apareció para ofrecer pan blanco recién horneado. Ferox cogió un poco.

Cerialis empezó a hablar de filosofía y de las ideas de las diferentes escuelas de pensamiento en relación con la vida y de si los hombres tenían alma o no. Broco se unió a él, Crispino aportó un poco, Sulpicia hizo un chiste sobre los cínicos y la conversación tomó otros derroteros. Cuando la esclava le sirvió a Vegetio, la parte superior de su vestido se combó y el gordo la miró de soslayo. Fortunata se dio cuenta, y cuando se giró para ponerse de cara al diván principal, se movió de manera que su cuerpo se restregase contra Ferox. No parecía llevar gran cosa bajo el vestido de seda.

La filosofía atrajo el interés de todos durante un tiempo, y Ferox se limitó a escuchar y a intentar adivinar cuánto había que comer por cortesía y si esa cantidad haría que le estallaran las tripas. El resto de los comensales picaban aquí y allá, cogiendo un poco de cada plato. Él jamás había desarrollado la

habilidad de comer de forma ligera. Para él todo aquello era un despilfarro, y cuando había carne, buen pan o caldo, sentía que un hombre debía devorarlo todo. Como estrategia no resultaba del todo cómoda.

Tan solo en un momento dado de la conversación fue requerida su intervención, cuando Crispino le preguntó sobre los druidas y sus enseñanzas.

—Han desaparecido —explicó Ferox—. Al menos los de verdad. Hemos —aquel era un «hemos» romano, que todos comprendieron al instante— erradicado el culto. Solía estar organizado: los druidas veteranos vivían fuera de los núcleos de población, y eran necesarios veinte años de preparación para llegar a serlo. Todo eso se acabó hace mucho. Hoy en día hay quienes dicen ser druidas, pero son poco más que magos y curanderos que vagan por ahí. Tan solo unos cuantos son peligrosos.

—Ya empiezas otra vez. —Claudio Super alzó la voz más de lo que era necesario—. Nuestro amigo Ferox ve problemas y druidas hasta debajo de la cama. Ya no existen, según dices, y me alegro de que nos hayamos librado de esos cerdos asesinos.

Claudia Severa esbozó una mueca desaprobatoria con los labios, y Ferox vio que Lepidina miraba al hombre con desprecio.

—No es momento de tratar esos asuntos —les dijo Cerialis, antes de guiar la conversación hacia temas menos sensibles preguntando si existían los filósofos naturales y si la historia del conocimiento había comenzado en el este.

A Ferox le costaba mantener la atención, en parte porque no le importaba, pero también porque Fortunata no dejaba de moverse arriba y abajo en el diván, restregando las nalgas contra él. Era difícil ignorarla, e incluso siendo una mujer ramplona y vulgar, era atractiva. El cuerpo de Ferox empezó a responder a pesar de la aversión que le producía. Al principio Fortunata se movía lentamente, pero a medida que avanzaba la noche la cadencia de sus movimientos aumentaba. La mujer no dejaba de susurrarle cosas a su marido al oído, regañándole levemente cada vez que se quedaba mirando a alguna de las esclavas. Pero seguía moviéndose, las sedas convertidas en una segunda piel mientras su cuerpo se restregaba contra el del centurión.

—¿Y qué opinas tú, centurión? —preguntó Sulpicia Lepidina. La estancia se sumió en el silencio y todos se giraron para mirarle. Fortunata se quedó

quieta.

Ferox no sabía a lo que se refería.

—No soy un hombre de letras —dijo—, así que no me atrevo a dar una opinión.

—Por supuesto —dijo ella con suficiencia. A su lado Crispino parecía encontrar aquello divertido.

—Bueno, un hombre que sí es de letras es nuestro nuevo consular —intervino Vegetio, hablando con vehemencia por primera vez durante la cena, con el aplomo de quien posee información privilegiada y está a punto de desvelarla—. Nuestro *legatus Augusti*, Lucio Neratio Marcelo, debería llegar a la provincia antes de que concluya el año —dijo el liberto imperial con la satisfacción de quien saca Venus en una partida de dados.

Britania era uno de los mandos militares del Imperio más importantes: solo se les confiaba a senadores principales y a consulares que gobernaban en calidad de legados provinciales. El último gobernador había enfermado, y había muerto hacía casi un año. Nerva también había estado demasiado enfermo como para elegir a un sustituto, y pasaron meses hasta que su sucesor hizo el nombramiento. El nuevo legado provincial no parecía tener prisa alguna por llegar.

—¿Y bien, centurión? Seguro que tienes una opinión acerca del nuevo gobernador —dijo Sulpicia Lepidina—. ¿O no tienes las suficientes lecturas a tus espaldas tampoco para eso?

Fortunata volvió a restregarse contra él, y Ferox hizo lo posible por ignorarla.

—No me atrevería a juzgar a un consular que además es mi comandante. —El resto de oficiales asintieron para mostrar su acuerdo, incluido Claudio Super—. Pero sí diré lo siguiente: será bueno volver a tener un gobernador. Muchas tribus nos consideran débiles, y no las culpo. —El tema no tardó en animarle, y se giró sobre el diván de forma brusca propinándole un golpe a Fortunata—. Lo lamento, señora —mintió mientras la obligaba a alejarse un poco de él.

—¿Viven en cabañas de barro y nos ven débiles? —preguntó Crispino con la mirada fija en él y con aspecto de estar completamente alerta, como si no llevase horas comiendo y bebiendo.

—¿Y por qué no iba a ser así? Mañana las cohortes celebran la victoria del monte Graupius. Cuando Agrícola fue legado barrimos las tierras del norte. Años después las abandonamos y nos retiramos más de cien millas. En la última década una legión y un buen número de auxiliares han sido destinados a otros lugares del Imperio. La mayoría de las unidades que quedan están faltas de reclutas y están dispersas por aquí, por allá, por todas partes. Las tribus ya no ven un gran ejército, pero sí ven a los públicanos. El último gobernador murió y el anterior fue convocado a Roma por Domiciano, y ejecutado.

—En esta casa no se mienta su nombre —dijo Cerialis.

Ferox supuso que se refería al emperador Domiciano, cuyo nombre había sido formalmente declarado maldito por el Senado y borrado de todos los monumentos del Imperio. Por otro lado, quizá se estuviera refiriendo a Lúculo, el legado ejecutado por permitir que un nuevo tipo de lanza recibiera su nombre.

—Y aunque todo esto sea muy interesante, amigo mío —continuó—, vuelven a ser asuntos poco apropiados para esta reunión. Y, dado que creo que hemos concluido, les pediré a los esclavos que limpien. ¿Puedo rogarle a mi esposa que toque y cante para nosotros?

Se negó tímidamente, pero su marido insistió, apoyado por las súplicas cada vez más intensas de Crispino, Broco y Claudio Super, este último casi gritando y evidentemente medio borracho.

Los esclavos recogieron y trajeron una banqueta y una pequeña lira.

—No sé qué tal le habrá sentado el viaje —dijo la dama al coger el instrumento—, y organizar la casa no me dejado mucho tiempo para practicar. Eso sin contar pequeños contratiempos como emboscadas de bárbaros.

Todos rieron, Claudio Super de forma estruendosa y con la cara roja.

Después de afinar y de arrancar unas notas, Sulpicia Lepidina empezó a tocar. La estancia se quedó en silencio, no solo por cortesía, sino porque sabía lo que hacía y porque tenía un don. La melodía era delicada y lastimera. Las lágrimas no tardaron en apoderarse de los ojos de Claudia Severa, que refulgían a la luz de las lámparas de aceite.

Sulpicia Lepidina empezó a cantar, en griego. Hacía tiempo que Ferox no escuchaba esa lengua, y le llevó un tiempo comprender que la canción hablaba

de amor, de pasión y de pérdida. Era un poema de Safo, adaptado con música, y la voz de Sulpicia resultaba más profunda que la de muchas mujeres, potente, resonante, hasta el punto de anegar la habitación con la canción y la música. Claudia Severa se puso a llorar y su marido le acarició la mejilla con cariño. Fortunata volvió a acercarse al centurión, así que Ferox se puso en pie y dio unos pasos para poder escuchar con más atención. Instantes después el tribuno Crispino se unió a él.

Cuando la canción concluyó, el silencio se prolongó hasta que todos estallaron en aplausos, Claudio Super con violento ímpetu y Fortunata con sorprendente entusiasmo. Ferox se preguntó si la mujer se había dedicado a amenizar encuentros de ese tipo y si escuchaba con oído experto.

La siguiente canción que entonó Sulpicia Lepidina era una antigua pieza tradicional aquea. Ferox reconoció la tonada, aunque no las palabras: contaba la historia de un pastor y una ninfa. Después de eso la dama optó por el latín y cantó versos de Horacio y Ovidio. La última canción fue un tanto frívola. Su voz había ido ganando en belleza.

—Pocas veces he oído cantar tan bien —dijo Crispino en voz baja cuando Sulpicia Lepidina hizo una pausa para beber—. Realmente es una mujer asombrosa.

—«Muy favorecida por la fortuna —citó Ferox de memoria—, bien versada en literatura griega y latina, capaz de cantar y de tocar la lira con más maña de lo que se considera decoroso en una dama honesta...». Creo que era así, no pretendo ofender.

Crispino sonrió.

—Salustio siempre tan resentido, aunque nuestra anfitriona quizá le hubiera ablandado el corazón, y quizá hubiera recibido una verdadera loa. Aunque, si recuerdo correctamente, la muchacha a la que se refiere bailaba en vez de cantar. Como esa, supongo —dijo en voz baja al tiempo que señalaba con el mentón a Fortunata, cuyo elaborado peinado seguía perfecto.

—Que el público parlotee no supone ningún cumplido —les dijo Sulpicia Lepidina, con una ceja alzada a modo de burlón gesto desaprobatorio—. Ahora toca algo más acorde a este lugar y a esta tierra.

La tonada se le antojó muy familiar, pero Ferox no estaba prestando atención, sino que se fijó en sus dedos y en cómo estos se movían y tocaban

las cuerdas de la lira. Alguien resolló sorprendido cuando la dama empezó a cantar, pero estaba absorto con la música. Aquel era uno de los grandes pesares de Ferox: no haber aprendido a tocar un instrumento.

Para su sorpresa se dio cuenta de que no estaba cantando en latín o en griego, sino en la lengua céltica de galos y britanos. Aquella melodía era una de las favoritas de Vindex.

—Y el perro vio los pechos generosos de la muchacha sobresaliendo de su vestido —cantó la dama, y Ferox se percató de que le estaba mirando a él.

—Veo una tierra benigna —dijo él—; aquí podría descansar mi espada.

Ferox miró a su alrededor, pero no le dio la sensación de que nadie entendiera las palabras. Se preguntó si Lepidina sabía lo que significaban. Sin duda cantaba como si así fuera. La heroína de la historia no hacía más que decirle al héroe que nadie se asentaría en «aquella tierra» hasta que hubiesen llevado a cabo una serie de proezas imposibles. Y a cada verso él respondía «En esa tierra benigna podría descansar mi espada», y la historia relataba cómo el héroe cumplía todos sus trabajos y ganaba la mano de la muchacha. La dama cantó la canción entera sin quitarle la mirada de encima.

El aplauso fue largo y sincero.

—Casi podrías civilizar a los bárbaros —le dijo Claudio Super.

Vegetio anunció que la próxima vez sería su esposa la que los deleitaría con sus bailes, y que quizá la dama se dignaría a tocar para ella.

—Quizá —dijo Sulpicia Lepidina, y su marido lamentó que fuera el momento de despedir a sus invitados, ya que el día siguiente también sería ajetreado.

—Aquí tienes a un amigo —le susurró Crispino a Ferox, sorprendiéndole mientras miraba a la anfitriona.

VIII

La jornada militar comenzaba en Vindolanda de modo casi idéntico a como comenzaba en Siracusa, Eboracum o en cualquier otro lugar, y esa mañana Ferox agradeció la familiar rutina después de la extrañeza que había sentido la noche anterior. El amanecer le sorprendió en los *principia* del fuerte, formando junto a los oficiales de la Cohors VIII Batavorum *miliaria equitata* ante la *aedes*, el lugar en el que se alzaban los estandartes hincados en los orificios creados para ellos en el suelo de tablones. Había diez *signa*, uno por cada centuria que componía la infantería de la cohorte, todos con su número repujado en grandes discos plateados que estaban enganchados al asta, y coronados por una punta de lanza ornamental laureada. Las ocho *turmae* de caballería disponían de sus propios estandartes, más pequeños, con un único símbolo y una barra cruzada de la que colgaban tiras de tela con pesos bajo elaboradas cabezas. Casi la mitad de la cohorte estaba ausente y de servicio en aquellos momentos, pero los importantísimos estandartes solían quedarse allí a no ser que la unidad al completo saliera del fuerte. Cualquier destacamento de importancia llevaba un *vexillum*, una banderola cuadrada y roja que colgaba de un travesaño unido a una simple asta. El estandarte llevaba el nombre de la cohorte en letras doradas. Unos huecos en el suelo delataban que dos importantes *vexillationes* estaban fuera del fuerte. En el centro de la masa de astas decoradas estaba la *imago* de Trajano. A pesar de la húmeda ceremonia del día anterior, incluso el menor aplique de metal de los estandartes brillaba, y las astas habían sido pulidas y engrasadas. Ferox había oído a algunos hombres decir que los soldados veneraban sus estandartes. Era

mentira, aunque en cualquier unidad medianamente decente lo que se veneraba era la idea que representaba el estandarte.

Flavio Cerialis vestía armadura aquella mañana, aunque estuviera sentado en un taburete detrás de una mesa. Revisaba una serie de tablillas de cera que le presentaba su secretario personal, el *cornicularius* del prefecto. En ellas se informaba sobre la fuerza actual de la cohorte, reclutas recientes o pérdidas, y se detallaba a cada hombre y a cada contingente que no se encontraba en la base en ese momento. Ferox se preguntó si en ese mismo instante el legado de la II Augusta, o cualquier oficial superior de ella, estaba mirando una tablilla parecida sin prestarle demasiada atención al hecho de que un centurión estaba ausente sirviendo como *regionarius*. La legión tenía su principal centro de suministros en Isca Silurum, junto al río de su tierra. Se preguntaba si algún día volvería a ver a su gente o a la legión. Y era poco probable que ni los unos ni la otra le dieran una calurosa bienvenida.

Unas botas con tachuelas castigaron los tablones de madera cuando el *optio* de servicio entró en la estancia. Se detuvo dando un pisotón en el suelo ante el prefecto e hizo su saludo.

—¡Buenos días, señor!

El saludo más se antojó un grito de guerra, y resonó en la amplia sala. Un *optio* era el segundo al mando de un centurión, responsable de la mayor parte de la administración diaria de la centuria y comandante de esta cuando el oficial se encontraba ausente. Aquel era bajo para ser un bátavo, pero vestía sin mácula. Tenía el acento de su gente, al igual que el típico bigote rubio y una barba que asomaba entre las anchas carrilleras de bronce de su casco. A ambos lados del yelmo, cubierto de pieles, llevaba una gran pluma teñida de amarillo que proclamaba su rango. Su armadura de escamas brillaba, al igual que los apliques de su cinturón y su vaina y la vistosa esfera que coronaba el bastón de mando que llevaba en la mano izquierda.

—Buenos días, Arcutio —repuso Cerialis con voz calmada y clara.

El casco de hierro del prefecto, con su pluma alta y sus esmaltados, descansaba en la mesa, a su lado. El resto de los oficiales, los cuatro centuriones y cinco decuriones que estaban en la base, formaban en fila, ataviados con sus armaduras y con sus cascos sostenidos por sus brazos izquierdos. Tal era la tradición de los bátavos, y Ferox había hecho que Filo lo

averiguara para poder asistir al encuentro debidamente uniformado. Al alejandrino le gustaban esos detalles, y disfrutó preparando a su amo para otro evento formal. También parecía estar muy contento, porque había averiguado muchos chismes del resto de los esclavos y sirvientes en casa del prefecto.

—¡Gracias, señor! —El *optio* gritó las palabras y bajó el brazo con el que había saludado. Se metió la mano en la bolsa que llevaba colgada del cinturón y sacó una de las delgadas tablillas de madera que se usaban como documentos rutinarios—. Séptimo día después de los idus de septiembre. Informe de la Novena Cohorte de Bátavos. Quienes deben estar en sus puestos lo están, así como el bagaje. *Options* y *curatores* han redactado el informe. Arcutio, *optio* de la centuria de Crescens, lo ha entregado —dijo el *optio* de memoria. Salvo por los nombres y las fechas, era lo que se decía todas las mañanas.

—Gracias, Arcutio. —Cerialis se puso en pie—. La contraseña de hoy es «Fortuna». Se formará a la hora segunda para recibir el donativo.

—¡Señor!

El *optio* volvió a saludar, dio media vuelta y se alejó ruidosamente a paso de marcha. Ferox supuso que la contraseña era mera coincidencia o un chistecillo del prefecto. Filo juraba que el personal de la cocina y el resto de los esclavos del pretorio le había dicho que su amo y su ama no compartían cama desde su llegada a Vindolanda, hacía seis semanas. Y que antes de eso tampoco era muy común que lo hicieran. Aunque no tenía que ver con la falta de hombría del amo. Este solía acostarse con muchas de las esclavas siempre que tenía ocasión, y había visitado el establecimiento de Flora. Sencillamente, no parecía interesarle su esposa, algo que a los esclavos les extrañaba, porque la apreciaban y porque cualquiera podía ver que era bella, aunque a sus veintisiete fuera ya mayor.

—Creen que lo que no quiere es el gasto que suponen más niños —dijo Filo completamente convencido—. Es un hombre con futuro.

El tono de voz del alejandrino reflejaba el obvio orgullo que los domésticos de Cerialis sentían por su joven amo. Ferox no dudaba que el hombre fuese ambicioso. Casarse con una mujer de arraigada familia senatorial era raro en un miembro del orden ecuestre, y probablemente no hubiera un precedente entre la aristocracia báltava, siendo como era hijo del

primer hombre de su familia en adquirir la ciudadanía romana. Quedaba claro que la unión no tenía mucho que ver con el amor, lo que significaba que algo había llevado a un ex cónsul a dar a su hija en matrimonio a un advenedizo de la frontera del Rin.

Saltaba a la vista que Cerialis era un hombre «con futuro» y que estaba esforzándose para medrar cuidando su relación con Crispino, con el resto de ecuestres e incluso con el liberto imperial. Los antiguos esclavos de un emperador podían llegar muy lejos, alcanzar la cima de la Administración imperial e incluso ejercer más influencia entre bambalinas que muchos de los senadores. Los días del emperador Claudio quedaban lejos, y Domiciano, de maldita memoria pero de prudente gobierno, había reemplazado a algunos libertos de la Administración por ecuestres. Aun así, era imposible saber lo importante que podría volverse Vegetio un día a pesar de sus humildes orígenes. Ferox le había preguntado a Filo acerca del liberto y de su esposa.

—El ilustre Vegetio y su esposa. —Filo dijo «ilustre» a regañadientes— se quedaron en el pretorio en vez de volver a la *mansio*. —Había una posta en las *canabae* para quienes viajaban en labor oficial—. No les dieron la mejor de las habitaciones de invitados, pero se acomodaron en estancias separadas. El ilustre Vegetio no se encontraba bien —añadió el alejandrino con una mueca de complicidad—, y dicen que duerme profundamente y que ronca mucho.

Con los informes matinales despachados, Flavio Cerialis cogió su casco y salió en cabeza de sus oficiales. Estaba de muy buen humor, puede que aún recordase su buena fortuna después de una noche de enérgica entrega. Los esclavos sabían muchas cosas sobre sus amos, más de lo que a estos les gustaba admitir, aunque les encantaba adornar e inventar como a nadie.

En el patio central del edificio que servía de cuartel general vieron a un jinete cubierto de la suciedad del camino que se aproximaba a ellos. Llevaba un escudo con un Capricornio dibujado, símbolo de la II Augusta, lo que significaba que formaba parte de algún pequeño contingente de caballería de esa legión que hacía las veces de escolta y de mensajero. En su derecha llevaba una lanza con una pluma atada en la base de la punta, dando a entender que se trataba de uno de estos últimos. Lo de la pluma era una tradición más antigua de lo que nadie podía recordar; nadie sabía por qué se identificaba así

a los mensajeros, aunque resultaba un tanto excesivo llevar ese símbolo si no se estaba en el campo de batalla o en campaña. El *cornicularius* tomó la tablilla de madera que le entregó el sujeto. Estaba atada y sellada.

—Parece que todo va a empezar antes de lo que esperábamos —dijo Cerialis cogiendo la tablilla de manos del *cornicularius* antes de que este hubiera tenido tiempo de romper el sello.

A Ferox debía de habersele pasado algo, porque no sabía que se estuviera preparando una operación a gran escala.

—Es probable que sea mejor así. Continúad con vuestros quehaceres. Querido Ferox, si no te importa, me gustaría que me acompañaras.

Poco después se encontraban en una de las habitaciones secundarias del cuartel. Crispino, Broco y Claudio Super estaban allí, así como un oficial de aspecto cansado que lucía la banda roja oscura de un tribuno *angusticlavius*, uno de los cinco jóvenes tribunos de rango ecuestre de la legión, y otro oficial que, a juzgar por su atuendo, también parecía ser un ecuestre. También había un centurión de rostro cuarteado al que reconoció, Tito Anio, comandante al mando de la Cohors I Tungrorum.

Se dieron las órdenes de forma rápida y concisa. El joven tribuno era un tal Julio Flaco, de la VIII Hispana, que había acompañado al mensajero. El otro era Rufino, comandante de la cohorte auxiliar acantonada en Magna, al oeste, una unidad de vándulos, hispanos. Crispino era el superior de todos tanto por *rango* como por estatus social, también por sus años de experiencia, pero dejó que fuera Cerialis el que diera comienzo a la reunión y el que relatase todo lo que se sabía de la incursión que había tenido lugar a principios de mes y que había resultado en el asesinato de los hombres de la torre. Ahora ya se sabía a ciencia cierta que el soldado que faltaba era britano.

—¿Puedo preguntar de qué tribu, señor? —dijo Ferox.

—¿Acaso importa? Son todas lo mismo —farfulló Claudio Super. Ferox sospechaba que el hombre sufría de una terrible resaca, y disfrutó de su malestar.

Cerialis le dedicó un asentimiento a su *cornicularius*, que sacó una tablilla de cera de los archivos.

—Trinovante, del sur, aunque alistado con los tungros.

—Buena hoja de servicios —les dijo Anio—: siete años en la cohorte. —

Hizo una pausa y miró a los presentes uno a uno—. Quiero dejar claro que el hombre ha desaparecido y que no hay pruebas de que fuera cómplice del ataque. Es perfectamente posible que haya sido hecho prisionero, pobre desgraciado.

Anio era de rango inferior a los ecuestres, pero hablaba con vehemencia, y el orgullo que sentía por sus soldados quedó patente.

—No se puede confiar en los britanos —les dijo Claudio Super, poco impresionado por aquel alarde de lealtad—. Las mentiras y la traición son cosas naturales en ellos.

Ferox ignoró el insulto. Sospechaba que Super se había olvidado de que él estaba allí, pero le preocupaba que ese sentimiento fuera algo común. Cuando había vuelto la noche anterior a su cuarto después de la cena, se había topado con Vindex surcado de moratones.

—Algunos de los muchachos bátavos culpan a los britanos de los hombres muertos en la torre y en la emboscada —explicó—. Les dije que yo era de los carvetos, un brigante, no un britano, pero eso no pareció importarles. Querían hacer gala de su indignación y yo estaba allí, bebiendo tranquilamente y hablando con algunas de sus mujeres. Todo muy inofensivo —le aseguró a Ferox—. Solo quería ser amable, pero entonces las cosas se pusieron feas, y podrían haberse puesto peor si ese vejestorio tuerto no hubiera aparecido para derribar a algunos de ellos. Fue él quien puso fin al asunto: les dijo que había salvado a su señora y entonces todos empezaron a comprarme rondas. Están locos. Todos ellos.

—Pero los trinovantes... —dijo Rufino pensando en alto, y la mente de Ferox volvió al presente. El prefecto tenía la piel oscura y el cabello negro y rizado, un acento del *Africa Proconsularis* y cierto aire de ser competente—. Esos estuvieron con Boudica.

Cerialis no parecía muy convencido.

—Eso es historia antigua. Está todo olvidado después de cuatro décadas.

—La gente recuerda, más aún en el sur —aseguró Rufino—. Mi padre estaba en la provincia entonces y vio lo que hicieron esos cabrones. Mujeres empaladas, mutiladas...

Los trinovantes se habían unido a los Ícenos y a otros rebeldes, habían saqueado tres ciudades y habían masacrado a todo aquel que se cruzó en su

camino, fuera romano o de otra tribu.

—Bueno, la rebelión de un solo hombre no parece algo muy probable —concluyó Cerialis—. Confiemos en dar con él o, al menos, en averiguar qué ocurrió. De todos modos, hay indicios de que los magos y los sacerdotes del norte están provocando agitación entre las tribus.

Ferox contó lo que había visto y oído, habló del enigmático druida, de que sospechaba que el sacerdote conocido como el Caballo, había liderado la emboscada. Hizo lo posible para que comprendieran la diferencia entre ambos y cómo las tribus temían a los hombres que hacían gala de poderes mágicos incluso cuando no eran de su agrado. Claudio Super no hacía más que interrumpir, burlándose de sus advertencias, y Ferox sospechaba que ni siquiera los más empáticos de entre los presentes comprendían lo que estaba diciendo. Siguió adelante, aunque no dijo que temía que hubiera traidores entre los altos mandos. Si por ahora querían creer que habían sido los bárbaros los que habían acabado con los hombres de la torre, que así fuera. Aunque sí tenía guardada una sorpresa que esperó a desvelar al final con la intención de causar cierta conmoción y, para que al menos, actuaran con cautela.

—La emboscada que sufrió Sulpicia Lepidina no fue un accidente, sino parte de un plan bien orquestado, de eso estoy seguro.

Claudio Super bufó con desprecio y algunos de los presentes le observaron dubitativos. Aquellos habían sido bárbaros en busca de botín, cualquier tipo de botín, pero en ningún modo un contingente organizado capaz de hacer planes.

—No tengo duda alguna —continuó Ferox—. El hombre al que capturaron los brigantes les dijo que querían coger a la noble dama con vida, llevársela al norte y quemarla.

La estancia se sumió en el silencio, hasta el punto de que Ferox pudo oír el murmullo de la lección que estaba teniendo lugar en la habitación contigua aunque no hubiera una puerta. Un grupo de soldados estaban recibiendo clases de lectura y escritura y recitaban frases de *La Eneida* con la cadencia lenta y privada de vida de cualquier escolar. Flavio Cerialis se había puesto pálido. El resto, incluido el veterano *regionarius*, resollaron horrorizados.

—Cabrones —farfulló Anio.

—Animales —dijo Rufino—. Solo son animales.

Cerialis se recuperó enseguida.

—Bien, eso hace que mi agradecimiento al centurión por su llegada en el momento clave sea doble. Haré otro sacrificio para agradecer a los dioses que mi esposa esté a salvo. Pero todo este asunto de los druidas, los magos y los reyes del norte debe posponerse. Tenemos cuestiones más urgentes que atender y órdenes nuevas.

Crispino tomó el relevo y les dijo que el legado provincial estaba de camino y que pronto se haría cargo del gobierno de la provincia, aunque quizá no llegara hasta bien entrado el invierno. Mientras tanto el gobernador había enviado un mensaje autorizando al gobernador en funciones, el legado Julio Quadrato, comandante de la II Augusta, a que llevase a cabo operaciones en el norte antes de que el mal tiempo las hiciera imposibles. Quadrato estaba en Luguvallium, listo para emprender la campaña en persona con una columna compuesta por las tropas allí concentradas durante el verano, incluyendo destacamentos de su legión, y por otras, así como por auxiliares. Avanzarían por la calzada occidental hasta donde los llevara. Mientras tanto, una segunda columna saldría de Coria y recorrería la calzada oriental.

—Nosotros formaremos parte de una tercera columna. Marcharemos entre ambas para asegurar las comunicaciones y actuaremos con decisión si se da la oportunidad. Seré yo quien esté al mando de este contingente, aunque estoy dispuesto a escuchar a los hombres más experimentados. No es necesario que os recuerde que el emperador será amable y generoso con aquellos que le sirvan bien en el campo de batalla, y que una victoria, por pequeña que sea, repercutirá en nuestra reputación.

Escucharon atentos y ansiosos. En Britania los oficiales no habían tenido ocasión de hacerse un nombre en los últimos años. Sin embargo, a Ferox le extrañó que nadie hiciera la pregunta obvia:

—¿Adónde nos dirigimos, señor?

Crispino sonrió.

—Por supuesto, qué descuido. Algunos de los caudillos de los selgovae necesitan un recordatorio del poder de Roma. Claudio Super puede darte más detalles.

El veterano centurión *regionarius* luchó contra su dolor de cabeza para

explicar la situación. Mencionó varios líderes y clanes que no habían entregado el ganado y el trigo que le debían al Imperio. A Ferox le daba la sensación de que Claudio Super era uno de los principales partidarios de una respuesta agresiva.

—Dadles tiempo —argumentó Ferox—. Estoy convencido de que tarde o temprano pagarán. —Ninguno de los caudillos mencionados se le antojaban particularmente beligerantes—. Si nos lo entregan a finales de este mes, será suficiente.

—Se han retrasado —dijo Claudio Super, dando a entender que solo por eso era necesario tomar represalias.

—Al menos así tendremos la excusa para hacer una exhibición de poder —les dijo Crispino—. Y, efectivamente, puede que no estén tramando nada y que entreguen lo que se adeuda sin que sea necesario recurrir a nada desagradable. Si es así, fantástico. Se pretende que la campaña sea corta, y el objetivo es demostrar que golpearemos con fuerza si se nos provoca. Ahora, pasemos a los detalles.

Ferox dijo poco mientras se exponía el plan. Se pusieron de acuerdo sobre los contingentes que formarían la columna: equipamiento, bagajes y suministros quedaron estipulados, y todo estaría listo para que partieran dentro de tres días. Los preparativos fueron todo lo minuciosos posible teniendo en cuenta el tiempo disponible, lo que le recordó algo que le había dicho un centurión veterano de la Legio V Alaudae, uno de esos chusqueros que habían ido escalando rangos gracias a su talento:

—No importa que sea una buena idea o que no lo sea —había dicho el veterano—. Nuestra labor es asegurarnos de que se haga bien.

Ferox dudaba que el plan fuera sensato, pero cuando intentó decírselo a Claudio Super, este le ordenó que callara. Hubo una extraña pausa. Crispino le miró fijamente un instante, pero no dijo nada. Claudio era el superior de Ferox, y se suponía que sabía más que los hombres sobre los que ejercía el mando.

Sin embargo, cuando la reunión tocó a su fin y empezaron a despedirse, Crispino cogió a Ferox del brazo.

—Te quiero a mi lado —le dijo el joven aristócrata—. Y, por supuesto, tus exploradores brigantes serán imprescindibles.

IX

El jinete permanecía inmóvil sobre su montura. Los observaba. Un viento frío barría el valle siseando y agitando la hierba. Debía de ser mucho más fuerte y frío en la cima de la colina y, sin embargo, el jinete estaba desnudo de cintura para arriba. Su torso estaba decorado con una maraña de tatuajes azules; su rostro pintado de rojo de nariz para abajo y de negro de nariz para arriba. Su cabello castaño y sucio estaba recogido en una coleta que le caía hasta media espalda. Blandía una lanza de asta gruesa y un pequeño escudo rectangular recubierto de cuero negro y tachuelas en torno al umbo de hierro.

—Así que saben que estamos de camino —dijo Crispino entrecerrando los ojos mientras miraba al jinete.

Era la primera vez que veían a un britano desde que partieran, o al menos uno que pudiera ser enemigo. El espectáculo era a la vez inquietante y emocionante.

—Saben que venimos desde que salimos —dijo Ferox—. Puede que incluso antes.

Confiaba en que sus palabras no dieran a entender que había espías y traidores entre sus filas, pero consideraba al tribuno un hombre decente, y necesitaba saber lo rápido que corrían las noticias y lo difícil que era actuar por sorpresa. El ejército romano no estaba diseñado para ser discreto, y, dado que era imposible ocultar el movimiento de cualquier contingente de entidad, lo mejor que se podía esperar era que el enemigo no dispusiera de tiempo suficiente para prepararse. Ferox no quería pensar que los clanes de los selgovae eran enemigos, al menos no hasta que fuera patente, pero en campaña

siempre era sensato esperar lo peor y estar alerta ante cualquier señal de peligro.

Habían salido hacía cuatro días y estaban a cincuenta millas, a vuelo de pájaro, de Vindolanda. Avanzaban a buen ritmo a pesar del terreno y habían recorrido alguna milla más a lo largo de la marcha. Los contingentes pequeños siempre se movían a mayor velocidad que los grandes ejércitos, y el primer mando independiente de Crispino contaba con apenas mil soldados marchando *expedite*, con lo esencial en cuestión de bagajes y pertrechos, lo que significaba ciento treinta animales de carga, unos ochenta esclavos y algunas personas más. Tenían comida para ocho días más, aunque en forraje para los caballos, los ponis y las mulas tan solo contaban con la mitad. En caso de necesidad los caballos podían pastar, algo que no les afectaría demasiado si la situación se prolongaba unos días. Si era necesario, exigirían más suministros a los clanes como prueba de lealtad o como muestra de sumisión, todo dependía de cómo salieran las cosas.

Ferox estaba convencido de que, si les daban algo más de tiempo a los caudillos, acabarían entregando lo que adeudaban sin necesidad de amenazas. Tal y como él lo veía, los hombres del *procurator* habían cambiado las reglas exigiendo el pago antes de lo habitual. Los caudillos no se lo tomarían bien, porque tenían un profundo sentido de la justicia, en particular cuando se trataba de sus obligaciones para con los demás. Pagarían en tiempo y forma, pero solo después de demostrar que no estaban dispuestos a ser el juguete de nadie. Todo podría haber sido llevado a cabo con más tacto salvando así las apariencias por ambas partes, pero eso hubiera requerido cierta diplomacia, algo de lo que Claudio Super carecía. Nada de aquello era necesario, pero Quadrato, como gobernador en funciones, quería hacer un despliegue de poder militar romano, y el legado provincial le había dado permiso, así que el ejército estaba en marcha. A nadie parecía importarle que se estuviera haciendo una demostración de fuerza ante unas gentes que nada tenían que ver con la emboscada.

Sea como fuera, era emocionante marchar con una columna, en particular después de tantos años sin haber tomado parte en una campaña. La inactividad no iba con Ferox, le daba demasiado tiempo para darles vueltas a las cosas y para sumirse en el mal humor. Era entonces cuando la bebida se convertía en

su único refugio. Siempre era mejor estar ocupado y sentir que cada momento y cada decisión que tomaba importaban, aunque solo fuera porque un error de cálculo podía resultar en su muerte y en la de muchos otros. Su vida volvía a tener un propósito, o al menos lo tendría durante unos días.

La campaña empezó con pompa cuando salieron de Vindolanda al romper el alba, después de una ceremonia que para el ejército era irresistible. A la cabeza de la columna marchaban los estandartes de los bátavos y los tungros, escoltados por una inmaculada guardia de honor compuesta por las tropas que habrían de quedarse en la fortaleza y que llevaban los escudos de vivos colores descubiertos. La guardia marchaba por la *vía principalis*, atravesaba las puertas, pasaba por el camino que salvaba el foso y luego formaba a ambos lados de la calzada.

Crispino y Cerialis esperaron a montar hasta que los estandartes estuvieron en posición. Cabalgaban en la cabeza de la columna, y, después de que las trompetas sonaran tres veces, Cerialis alzó la voz y dijo unas palabras que Ferox no comprendió, aunque sabía lo que significaban. El prefecto les estaba preguntando a sus soldados en su propio idioma si estaban dispuestos a luchar.

—¡Huh! —aullaron los bátavos.

Fue un rugido entre la rabia y lo animal. Detrás de estos el centurión Anio gritó en la lengua de los celtas preguntando a sus tungros si estaban listos y arrancándoles una respuesta:

—¡Sí!

Anio gritó su pregunta tres veces, y tres veces se oyó el aullido como respuesta. Aquella era la forma habitual de hacer, pero los bátavos alardeaban de que a ellos solo hacía falta formularles la pregunta de si estaban listos para la guerra una vez. Tras estos, y dado que salían de la base de otra unidad, Aelio Broco se dirigió en latín a sus jinetes y recibió la entusiasta respuesta de sus hombres.

—Supongo que tarde o temprano nos pondremos en marcha —les dijo Vindex a sus hombres mientras esperaban en retaguardia, detrás del bagaje. Algunos brigantes sonrieron. Otros, que jamás habían visto reunido un contingente romano de esa magnitud, observaban asombrados.

En cabeza, Crispino desenvainó la espada y señaló hacia las puertas.

—¡Adelante! ¡En marcha! —gritó Cerialis, y empezaron a moverse.

Los hombres iban ataviados para la campaña, llevaban capas oscuras, los escudos protegidos por sus fundas de cuero apagado y las armaduras y otros elementos de metal bien engrasados para evitar que se oxidaran. Tres *turmae* de bátavos seguían a los oficiales, cada decurión cabalgaba a la cabeza de dos docenas de hombres dispuestos en tres filas para que pudieran cruzar las puertas sin tener que aminorar el paso. Avanzaron en silencio, salvo por el tintineo de los arreos y el sordo golpeteo de los escudos contra los hombros izquierdos de los caballos. Los decuriones llevaban altas plumas amarillas que decoraban el centro de sus cascos, así como pieles de animales, que también lucían sus hombros. Detrás marchaba la infantería, de cuyos cascos sobresalían los guardanucas, más anchos y más largos que los de los jinetes y dotados de aperturas para las orejas de modo que los soldados pudieran oír mejor las órdenes. Aparte de los oficiales y de uno o dos hombres que tenían a gala vestir bien para la ocasión, los yelmos estaban cubiertos de musgo que más parecía piel en la distancia. Había setenta y cinco jinetes bátavos y doscientos infantes divididos en tres centurias, una de ellas liderada por el *optio* Arcutio como oficial, dado que solo había un par de centuriones disponibles. El último *vexillum* lo llevaba uno de los portaestandartes a la cabeza de la infantería.

Ferox, de pie junto a su caballo, los vio pasar. La calzada estaba repleta de gente deseándoles suerte, soldados de permiso, cientos de mujeres y niños del campamento que veían salir marchando a sus hombres y padres, algunos de los cuales quizá no volvieran. La ley establecía que los soldados no podían casarse, pero muchos hacían caso omiso de aquella regla, y el ejército miraba hacia otro lado con tal de que no esperaran raciones suplementarias y un aumento de paga. Las mujeres eran duras; algunas eran oriundas, otras seguían a la unidad allá donde sirviera. Si su hombre sobrevivía los veinticinco años de servicio y era licenciado con honor, entonces, como auxiliar, les sería concedida la ciudadanía a él, a ella y a sus hijos, algo que siempre merecía la pena. Mientras tanto, vivían en los barracones, haciendo el amor y dando a luz en las mismas pequeñas estancias que compartían con los compañeros de sus maridos. Los niños crecían en un mundo en el que solo existía el ejército; solían alistarse cuando llegaban a la mayoría de edad, mientras que las chicas

solían casarse con soldados. Había un muchacho bastante alto no muy lejos de Ferox; debía de tener once o doce años, estaba firme y parecía dotado de una feroz determinación. Saltaba a la vista que ardía en deseos de marchar con aquellos hombres. A su lado estaba su madre, una mujer delgada y pálida de cabello largo y castaño con mechones grises y ojos llorosos. Era evidente que deseaba que su marido no estuviera entre los hombres que partían y que habría preferido que hubieran elegido a otro.

Los familiares no les vitoreaban; observaban en silencio a medida que los hombres iban pasando ante ellos mirando al frente, y, sin embargo, la escena emocionó a Ferox, como siempre le ocurría cuando veía salir a un ejército. Sulpicia Lepidina estaba a su lado, envuelta en una pesada capa de color azul marino que la protegía del frío de la mañana.

—Debes quedarte conmigo para explicarme lo que está ocurriendo —le había dicho ella, y él había obedecido, aunque había poco que explicar, y no llegó a hablar mucho.

La dama permaneció en silencio, observando a su marido cabalgar a la cabeza de la columna ataviado con sus mejores galas militares. Su dama de compañía estaba con ella, junto con dos esclavos y los dos centuriones que habrían de quedarse al mando del resto de los bátavos.

Los tungros seguían a los bátavos, con dos de sus centurias dobles, sumando un total de ciento ochenta hombres. Sus cascos eran de bronce desnudo, pulidos hasta quedar lustroso. Tito Anio cabalgaba a su cabeza, luciendo su cimera transversal: un amplio abanico de plumas blancas tintadas de rojo en la parte superior. Le dedicó un respetuoso asentimiento a Sulpicia Lepidina, ya que a él, como oficial, se le permitían más licencias que a los soldados. Ferox comprobó que, a la cabeza de la segunda centuria, también marchaba un *optio*.

Aelio Broco era el siguiente, con siete *turmae* que sumaban unos doscientos hombres, así que todas ellas estaban casi al completo. El Ala Gallorum Petriana, hasta hacía unos años portadora del nombre «Domiciana», ahora olvidado de forma silenciosa, se consideraban los mejores jinetes del ejército de Britania y no perdían oportunidad de dejarlo patente. Otra sección del ala servía en la columna que marcharía por la calzada oriental desde Coria, y Ferox se preguntó si aquellos iban tan espléndidamente equipados y

montados como estos. Los caballos era excelentes, más grandes que los suministrados a los bátavos, estaban bien cuidados y habían sido agrupados por el color del pelaje, con lo que había dos *turmae* sobre caballos grises, dos más sobre animales castaños y el resto sobre zainos. Tal afectación solo era posible cuando las campañas eran algo poco común. Cada hombre portaba una lanza larga y tres jabalinas ligeras en un carcaj que colgaba del cuerno posterior izquierdo de la silla de montar. Llevaban largas *spathae* sobre la cadera derecha a la manera de los galos que pendían bajas para que fuera más fácil desenvainar cuando estaban montados. Sus cascos eran de hierro, con decoraciones de latón, la mayoría de estas repujadas de modo que las cazoletas parecieran cubiertas de gruesos rizos de pelo. Todos los hombres llevaban cota de malla abierta a los lados, a la altura de las caderas, para mayor comodidad. Un tercio de cada *turma*, los hombres que marchaban en las filas frontales, también se protegían los brazos derechos con *manicae* de láminas de hierro que los protegían desde el hombro hasta la muñeca.

Tras la gloriosa caballería *llegaba el bagaje*: mulas y ponis avanzaban bajo la supervisión de un puñado de soldados y unos ochenta sirvientes personales y *galearii*, esclavos propiedad del ejército a los que se les entregaban botas, túnica y capa, cuchillo y yelmos viejos. Tras ellos, en la retaguardia de la columna, llevando a sus caballos de las riendas y sorteando montones de boñiga reciente, venían Vindex y sus exploradores, su número incrementado a casi treinta después de que su caudillo le enviara hombres de refresco. Avanzaban como si fueran de paseo, charlando y coqueteando con las mujeres de la muchedumbre. Vindex le guiñó un ojo a la liberta cuando pasó por delante, provocando un estallido de risillas y fingida modestia hasta que su señora le lanzó una severa mirada.

—Señora, será mejor que me vaya —dijo Ferox—. Espero que la salud del muchacho continúe mejorando. Después de todo, los Flavios tenemos que mantenernos unidos.

Le había traído agua de la fuente de Coventina para que hicieran con ella la sopa del chiquillo, y, ya fuera gracias a eso o gracias a otra cosa, la fiebre del hijo de Cerialis ya había pasado.

—Gracias. Has sido muy amable. —Sulpicia Lepidina se acercó un poco a él, y, oculta por el pesado manto de lana, su mano cogió la del centurión un

instante—. Buena suerte —añadió, mirándole a los ojos con sus gemas azules.

—Estoy convencido de que tu marido volverá cubierto de gloria —dijo.

—Seguro que sí. —Por primera vez vio en ella un destello de fragilidad—. Buena suerte —volvió a decir antes de hablar en un susurro—. Vuelve.

—Lo haré. —Al farfullar estas palabras, se preguntó qué estaba haciendo.

Su canción durante el banquete seguía incrustada en su cabeza, al igual que su buen humor y el placer que parecía sentir cuando estaba con él. Le atraía, aunque también era cierto que cualquier hombre con sangre en las venas se hubiera sentido atraído por una mujer como aquella. Lo que no llegaba a comprender era que ella pareciera estar interesada en él, y no lograba aclararse sobre si se mostraba especial con él o si era un dechado de encanto con todo el mundo. Aunque había intentado detenerlos, en los últimos días unos sueños absurdos, peligrosos y salvajes se le habían ido acumulando en la mente, alimentando tanto su buen humor como su deseo de actividad.

Filo esperaba con su caballo.

—Deberías quedarte aquí —le dijo al muchacho por décima vez.

—Mi lugar está contigo.

—No va a ser un viaje de placer —dijo Ferox.

—Tal es el destino de un esclavo.

Cabalgaron siguiendo a la columna, y Ferox tuvo que obligarse a no mirar atrás. Era absurdo y peligroso para ambos, y quizá todo fueran imaginaciones suyas, quizá estuviera confundiendo encanto natural y una comprensible gratitud con un interés real. Hizo lo posible por mantener la mirada fija en los edificios del fuerte mientras recorrían el camino que llevaba a las puertas. Las filas aserradas de estandartes estaban en su lugar, aunque ahora que los que pasaban eran los exploradores nativos, la escolta pasó de posición de firmes a posición de descanso. Más gente se había reunido para contemplar la columna, arremolinados ante las tiendas y las tabernas o en los callejones que daban al camino principal que cruzaba las *canabae*. Vivían allí porque el ejército estaba allí, y formaban parte de él aunque no fueran soldados. Bátavos y tungros eran sus clientes, amigos, compañeros de borrachera y amantes, y algunos hacían gestos para atraer la buena suerte a medida que los soldados pasaban ante ellos. En el extremo de la multitud estaban los mendigos, todos aquellos que Ferox había visto el día anterior, y algunos más. El viejo al que

Vindex había dado una moneda estaba un poco más alejado de lo normal, apoyado en su cayado, con la barba y la melena que le llegaban a la cintura sucias y su miserable chucho a su lado. El hombre parecía estar fijándose en las botas de los soldados, sin mirar a nadie a los ojos, y no dejaba de murmurar palabras sin sentido.

—Esa cabeza arriba, padre —le dijo Vindex, pero el mendigo no reaccionó.

Ferox no pudo evitar pensar que su aspecto constituía un mal presagio. Intentó alejar ese pensamiento, pero no lo logró. Para entonces ya se encontraban junto al cementerio, con sus hileras de pilares de madera. Aquello no le afectó: en su lugar pensó en una mujer de cabello dorado y grandes ojos azules. Y empezó a pensar.

Dos horas después se toparon con la *vexillatio* que traía el prefecto Rufino y que completaba la columna. La Cohors I Fida Vardullorum Equitata era una unidad mixta, como la de los bátavos, que había enviado cincuenta jinetes en dos *turmae* y doscientos cincuenta infantes en cuatro centurias. En general eran hombres de baja estatura, de cabello oscuro y bien afeitados, reclutados en las montañas de Iberia. Marchaban con ufana confianza en sí mismos. Estaban recién llegados a la frontera norte de Britania, pero parecían ser buenos soldados, seguros de sí y de sus oficiales. Vestían túnicas negras, algo raro en el ejército, y Ferox sospechó que habría quien considerase esas prendas portadoras de mala fortuna. Los vándulos se limitaban a decir que lo que suponían era mala suerte para quienes se enfrentaban a ellos.

Un tercio de la columna de Crispino estaba compuesto por jinetes, pero si querían mantenerse juntos, no podían ir más rápido de lo que iba una mula o un hombre a pie. Por el día la caballería de las cohortes hacía labores de exploración tanto en vanguardia como en retaguardia como a derecha e izquierda de la fuerza principal. Los hombres de Broco se dividieron en dos, vanguardia y retaguardia, marchaban en formación y listos para luchar. La infantería bátava iba en cabeza, los tungros protegían el bagaje y la infantería hispana ocupaba el último lugar de la columna. Vindex y sus hombres cabalgaban a bastante distancia, en cabeza, y, muchas veces, Ferox se unía a ellos llevando su viejo sombrero en la cabeza para que los miembros de las diferentes tribus le reconociesen a lo lejos. Por la noche la caballería

proporcionaba piquetes mientras la infantería cavaba y hacía un foso cuya tierra servía para levantar un terraplén que se suplementaba con piedras cuando el suelo estaba demasiado duro. La altura de la defensa rara vez llegaba más allá de la cintura, pero servía para retrasar cualquier ataque fortuito. Dentro del recinto se levantaban las tiendas, aunque habían llevado consigo las menos posibles así que estaban todas atestadas. Los hombres que hacían guardia por la noche, cuando volvían a la tienda, se cubrían con mantas que los relevos habían dejado calientes.

El foso y el terraplén se cavaban todas las noches, porque así era más seguro y porque ese era el modo de hacer las cosas en el ejército, aunque, dado que siempre se les exigía el máximo en la marcha, nunca había tiempo de hacer el trabajo en condiciones. Los jinetes odiaban cavar, la infantería hacía lo que podía y hombres de ambos contingentes establecían puestos de guardia más allá del foso y el terraplén cuyo objeto era morir haciendo todo el ruido posible si había un ataque.

Durante tres días no hubo ni rastro del enemigo. De hecho, apenas vieron gente.

—Nos tienen miedo, señor —le explicó Ferox a Crispino cuando este se sorprendió al encontrar otra granja abandonada por hombres y animales.

Había cuatro chozas, un almacén de trigo y cercados de piedra para los animales. En algunos lugares había boñiga que no tenía más de cinco o seis horas.

—¿Por qué? —preguntó el tribuno—. Estas gentes no son de los clanes a los que hemos venido a castigar.

—Eso no lo saben, o al menos no están seguros de ello. ¿Te arriesgarías tú?

Ferox sintió cierta satisfacción cuando un jinete báltico preguntó si incendiaban las casas y Crispino se mostró espantado ante la mera sugerencia.

—Por supuesto que no.

El soldado esbozó un gesto de decepción y de resignación ante los caprichos de los oficiales.

El tribuno aparecía con una docena de soldados siempre que se unía a Ferox y a los exploradores, algo que hacía cada vez con más frecuencia a medida que pasaban los días. Ahora, al fin, durante la cuarta mañana, cuando

llegaron a las tierras de uno de los caudillos que aún no habían pagado sus impuestos, Crispino vio al primer guerrero. El britano con el rostro pintado montado en un poni, observándolos mientras ellos le observaban a él.

—¿Siempre se pintan la cara? —preguntó.

Crispino hablaba mucho y hacía muchas preguntas; sus largos silencios no eran más que el maravilloso recuerdo de un mundo mejor.

—Significa que ese cabrón ha hecho un juramento —explicó Vindex viendo que el centurión permanecía en silencio—. Matará a un enemigo y se llevará un trofeo antes de volver a casa o morirá en el intento. Gente extraña, estos selgovae. Aunque son buenos anfitriones, y bastante honestos si no te fías del todo de ellos.

Crispino estaba confundido.

—¿De verdad no volverá a casa hasta que haya matado a un enemigo?

—Es una lástima que no tengamos arqueros, podríamos solucionarle ahora mismo el problema —sugirió Ferox, lo que atrajo la mirada del tribuno.

—Creía que querías hablar con él.

—Bueno, lo intentaré.

Ferox espoleó a su caballo para llevarlo al trote y remontó la pendiente hacia el solitario guerrero. Alzó al máximo la mano derecha para demostrar que se acercaba en son de paz. El hombre le observó y dejó que se aproximara hasta que el centurión se encontró a veinte pasos de distancia. El britano levantó su lanza y Ferox tiró de las riendas. Le gritó que no querían luchar si no se veían obligados a ello y que quería hablar con sus caudillos. El guerrero dio media vuelta y se fue.

—¿Has conseguido algo? —le preguntó Crispino a Ferox cuando volvió.

—Lo sabremos pronto, señor.

Siguieron adelante. Descendieron a un valle que daba a otro, aún más profundo y con colinas altas a ambos lados. A Ferox no le gustaba ese entorno. Si hubieran dispuesto de un contingente mayor y de mucho tiempo habría querido avanzar bajo la cobertura de piquetes en las cumbres. Tal y como estaban las cosas, la fuerza principal no tenía suficientes hombres como para poder permitirse eso, así que tenían que confiar en las patrullas montadas para avisar de cualquier peligro que hubiese en el camino antes de darse con él de bruces. Confiaba en estar en lo cierto en cuanto a que los selgovae no querían

luchar. Crispino no hacía más que hablar. Parte de su charla era achacable a los nervios, pero también había en él una curiosidad genuina por aprender para poder desempeñar mejor su labor. Con tan solo unos meses de servicio militar, el joven aristócrata estaba ahora al mando de más de un millar de hombres, y sus vidas corrían peligro si cometía un error. Estaba nervioso pero ansioso, y parloteaba casi tanto como Vindex y sus brigantes.

—¿Tú no te pintas la cara? —le preguntó Crispino al jefe de los exploradores.

—No, señor, ya estoy bastante guapo así. —Vindex le miró de soslayo para demostrárselo; sus dientes parecían aún más equinos que nunca—. No lo hace mucha gente, salvo estos.

—Pero estás emparentado con ellos.

—¿Yo? ¡Con estos no! —Vindex negó con la cabeza ante tal alarde de ignorancia. Era educado con el tribuno, aunque no más de lo que lo hubiera sido de tratarse de uno de los caudillos de su pueblo, y entre los brigantes solía apreciarse a quienes hablaban sin tapujos—. Algunos *textoverdi* se casan con *selgovae* del sur. Pero no muchos de los míos, los *carvetos*, lo hacen. Solo cuando tomamos a sus mujeres cautivas, pero eso no cuenta. Y eso era en los viejos tiempos, claro.

—Parece que lo añoras.

—Yo no. ¡Viva Roma y viva el emperador! Por cierto, ¿cómo se llamaba el emperador?

Crispino rio en ese momento. Más tarde, cuando se alejó del resto con Ferox, se mostró algo más preocupado.

—Son tiempos peligrosos —dijo—. Trajano no es bien conocido, no puede alardear de victorias de verdad, y le era vergonzosamente leal a Domiciano hace tan solo unos años. Hay demasiada gente, como nuestro amigo, que no tiene ni idea del tipo de persona que es el emperador y a la que incluso le cuesta recordar su nombre.

—Es el *princeps* —dijo Ferox como si así se zanjara el asunto.

Crispino esperó un momento antes de percatarse de que el centurión no tenía más que decir.

—Trajano es el *princeps*, primer ciudadano, y cabeza del Senado, y goza de muchos otros títulos. Al menos por el momento. Sería positivo para la

república que siga siendo así.

Una vez más el tribuno calló y miró al centurión.

—Yo no tengo nada que objetar —dijo Ferox al fin.

—Es un buen gobernante. —La voz de Crispino surgió con un toque de molestia—. Pero hay quienes no valoran esas cosas y solo buscan poder personal. Estoy seguro de que habrás oído los rumores del ejército de Siria.

Ferox asintió. Hacía un año el legado provincial al mando del ejército del este quiso ganarse a sus hombres para intentar acceder al trono.

—Pero al final se quedó en nada.

—Se gestionó con delicadeza —le dijo Crispino—. Retiro de la vida pública por razones de salud, destinos en fronteras lejanas... Esas cosas.

—¿Por eso estás aquí, señor? —preguntó Ferox antes de poder evitarlo.

El tribuno le miró con severidad, con rabia en los ojos, hasta que su mesura aristocrática hizo que se calmara.

—¿Por qué me cuentas esto, señor? —preguntó Ferox.

—Porque esta campaña importa, aunque sea una pequeña expedición local. Trajano es nuevo en el poder y, por si fuera poco, es hispano. No tiene buenos contactos en Roma. Hay muchos senadores que consideran estar más preparados para ejercer el mando supremo. Hay que demostrarles que están equivocados, que Trajano es sabio y que bajo su mando el Imperio florecerá y los ejércitos obtendrán victoria tras victoria para que reine la Pax Augusta. Estando así las cosas, no puede haber derrotas, por pequeñas que sean, incluso en fronteras distantes como esta.

—¿A quién le importa?

Crispino se llevó el índice y el pulgar al puente de la nariz.

—Me temo que me he resfriado. ¿Alguna vez hace calor en este recóndito lugar? —Sorbió para despejarse la nariz. Era un hábito romano que a Ferox se le antojaba extraño—. A la gente le importa —dijo—. No por las razones correctas, sino porque huelen a debilidad. Trajano está en el Rin, y las legiones de las dos Germanias se mantendrán, probablemente, leales. Pero las tropas de otras provincias no le conocen, y puede que estén dispuestas a seguir a quienquiera que les ofrezca riquezas si consigue hacerse con la púrpura. Ocurrió cuando murió Nerón, y eso fue hace solo treinta años, y murieron decenas de miles en ese caos. Y podría ocurrir de nuevo. No es nada difícil.

—¿Es esa la razón de que Trajano permanezca en Germania en vez de viajar a Roma para recibir la calurosa bienvenida de su pueblo? ¿O se trata de una pregunta de mal gusto? —El rostro de Ferox no mostraba señal alguna de arrepentimiento.

Crispino se quedó mirando al centurión, que, impasible, le devolvió el gesto hasta que el tribuno desistió y miró a otro lado fingiendo seguir el vuelo de un pájaro.

—Mi padre tenía razón —dijo—. Tienes una mente imaginativa y desconfiada. Decía que no confiabas en nadie, pero que seguías el olor de la verdad como un sabueso huele un rastro. Aunque también creía que eras un hombre de confianza por el juramento que hiciste de servirles a él y a su familia, ¿me equivoco?

Ferox asintió. Llevaba tiempo esperando que Crispino le recordase aquel juramento, hecho años atrás en el Danubio como contrapartida exigida por el padre del tribuno por marchar en auxilio de los hombres de Ferox.

—Prometí que le ayudaría siempre y cuando hacerlo no entrara en conflicto con mi *sacramentum*, mi juramento para con Roma y el *princeps* —dijo Ferox con la voz plana—. Le he prestado juramento a Trajano, y mientras sea *princeps* mantendré mi palabra, pase lo que pase.

—Hay quienes no tienen tantos escrúpulos a la hora de honrar su palabra de soldado. Hay quienes estarían encantados de causar problemas y de permitir que nuestras tropas sufran derrotas y que nuestros soldados mueran con tal de desacreditar a Trajano. Son hombres principales, o amigos y dependientes de hombres principales, y puede que ocupen puestos de autoridad. No podemos permitir que traicionen al Imperio y que nos traicionen a nosotros maquinando una derrota.

Alcanzaron la cima de la pequeña colina y Ferox se detuvo para contemplar el valle que se extendía ante ellos. Pudo ver parejas de los hombres de Vindex a lo lejos, y comprobó que dos de los brigantes se detenían. Crispino miró por encima de su hombro cuando Vindex llegó hasta ellos al trote.

—Estate alerta y no confíes en nadie —le susurró Ferox—. Si averiguamos la verdad a tiempo, podremos detenerlos.

Desde el mediodía en adelante vieron que los seguían más jinetes. Ferox

intentó una vez más hacer contacto con ellos, pero resultaron ser más escurridizos que el primero, y cabalgaban en dirección opuesta antes de que pudiera acercarse lo suficiente para decirles algo. No se alejaban demasiado, y seguían observándolos. Desde las alturas vio al contingente de exploradores, compuesto por una docena de soldados y el mismo número de brigantes. Vindex y sus hombres se turnaban en las labores de exploración, y Ferox pudo ver a algunos de ellos, solitarios o en parejas, en las pendientes del valle que tenían delante. En el valle mismo había patrullas báltavas. Estaban a una milla de distancia. Desde allí podía ver también la columna principal, una mancha negra sobre verde media milla más allá. A esa distancia la columna *parecía* minúscula. Permaneció en la cima un rato, recorriéndola al paso, mientras el resto trotaba por el valle. Media hora después divisaron otra mancha negra en la loma que tenían enfrente, allá donde la pendiente subía dando a otra cañada. Parecía que alguien los estaba esperando, aunque era difícil saber si para parlamentar o para luchar. El contingente era considerable, con lo que ambas opciones eran posibles.

Crispino seguía hablando cuando volvió.

—Suponía que los britanos erais todos muy parecidos —declaró el tribuno—, pero, por lo visto, sois bastante diferentes entre vosotros, mucho más que las tribus de la Galia.

—Eso quiere decir que has estudiado mucho —dijo Vindex con sarcasmo, como si el joven aristócrata acabara de anunciar que la lluvia cae del cielo.

Crispino le fulminó con una fiera mirada y Vindex le ignoró. Sonrió.

—Sí recuerdo que mi tío me dijo que los siluros eran diferentes de todos los demás, puede que incluso de todas las tribus de la tierra.

—Ah, bueno, todo el mundo sabe eso —convino Vindex—. Es gente extraña. Tienen tradiciones raras. No hablan mucho. Tampoco juran, y eso no es natural.

—¿Es eso cierto? —preguntó Crispino—. Ahora que lo dices, no te he oído jurar.

—Se desperdicia rabia —dijo Ferox sin mirarle. Era algo que su abuelo le había dicho muchas veces: «No desperdicies tu ira, aliméntala, cuídala y haz uso de su fuerza. La ira ardiente puede matar a un hombre. La ira gélida te hará derribar a tu contrincante».

—Los siluros gozan matando. —Vindex estaba disfrutando de echar leña al asunto—. Les gusta más que la comida y la bebida, incluso más que las mujeres.

Ferox no dijo nada. Por primera vez en años deseaba estar de vuelta con su gente, hombres de sentido común que disfrutaban del silencio por el silencio mismo. Estuvo tentado de decir que lo que más le gustaba a su pueblo era ganar, pero no vio que aquello pudiera aportar nada a la conversación. Las cosas eran como eran y el tribuno marchaba hacia las tierras de los selgovae, no de los siluros.

—Mi tío Frontino —continuó Crispino—, el hombre que conquistó a tu gente, sí dijo que los siluros eran crueles y astutos, que mataban sin remordimiento y torturaban sin piedad. Decía que despreciaban a todo el mundo y que no tenían honor. Según él, la mitad de lo que contaba un siluro era mentira y la otra mitad no era verdad.

Vindex estalló en carcajadas, y entonces les contó el chascarrillo a sus guerreros en su propio idioma y estos lo encontraron igual de gracioso. Ferox se encogió de hombros, pensando en lo que el tribuno había dicho antes. Parte de lo que decía Crispino era insustancial.

—Pero mi tío también decía que si uno de ellos te daba su palabra, la honraría hasta el fin de los tiempos.

Ferox mantendría la palabra dada a Crispino y a su padre siempre y cuando no interfiriera con su juramento de lealtad al emperador. La pregunta era de qué lado estaba el tribuno en realidad, aparte del suyo propio, al igual que cualquier aristócrata ambicioso. Ferox no dijo nada, pero oyó la profunda voz de su abuelo diciéndole que una palabra solemne no podía ser quebrantada, que un hombre sin palabra valía menos que el polvo y que estaba condenado al peor de los castigos en el inframundo. También recordaba haber estado en el salón de unos *principia*, trece años antes, jurándoles lealtad a Roma y al emperador. En aquel tiempo había sido lo bastante joven como para sentirse emocionado por la grandeza del gran desfile que tuvo lugar cuando prestó juramento. Hoy en día, era casi una cuestión de hábito. Sencillamente formaba parte de él, pero aquella palabra dada le mantenía cautivo, y no podría verse libre de ella salvo si el Imperio se desmoronaba y dejaba de existir.

—Hay alguien esperándonos más adelante —le dijo a Crispino cuando este al final dejó de hablar, un silencio interrumpido solo por las carcajadas ocasionales de Vindex y de sus hombres—. Los veremos pronto, cuando superemos esa cima.

Apareció uno de los exploradores brigantes que portaba esas mismas noticias.

—¿Deberíamos esperar a la columna? —preguntó Crispino.

—Vayamos a echar un vistazo, señor. Llevaremos a los caballos al paso por si hace falta volver al galope. Sabrán que el contingente principal está de camino, así daremos la sensación de que estamos seguros de que harán lo que pedimos y no nos causarán problemas.

El tribuno se puso pálido, pero asintió.

Había varios centenares de selgovae, algunos de pie y otros sentados, en la loma. Vestían pantalones oscuros con descoloridos diseños en cuadrícula; algunos llevaban túnicas decoradas con rayas o cuadrados y largas capas. Uno o dos de ellos, al frente de todos, llevaban casco y armadura y portaban espada. El resto, por lo general, estaban armados con lanzas o jabalinas y pequeños escudos redondos o cuadrados. Delante de ellos había unos cuarenta guerreros montados en ponis y un carro cuya cesta estaba pintada en vivos tonos de rojo y azul. El tiro del vehículo lo formaban un poni negro y otro gris, y a las riendas estaba un hombre desnudo de cintura para arriba y cubierto de tatuajes. Junto a él, había un guerrero de baja estatura con cota de malla, un viejo casco de legionario aferrado bajo el brazo y una larga melena pelirroja que le caía por la espalda. Cuando se acercaron, el conductor sacudió las riendas y el carro se dirigió hacia ellos. El guerrero alzó ambos brazos y agitó el casco. Aparte de la espada larga que le colgaba de la cadera derecha, no llevaba más armas.

—Quiere parlamentar, señor —le dijo Ferox al tribuno—. Sería recomendable conocerle para que pueda verte la cara y decidir si puede confiar en ti o no. Y, por cierto, apuesto a que solo nos está mostrando a la mitad de sus guerreros. El resto están ocultos entre los árboles, a ambos lados.

—¿Estás seguro? —Crispino miró a derecha e izquierda—. Yo no veo nada.

—Por eso sé que están ahí —le aseguró el centurión, y entonces el carro

describió un amplio arco y se detuvo ante ellos.

El caudillo se llamaba Ego, y no quería luchar a no ser que los romanos no le dejaran otra opción. Ferox ya le conocía, aunque no lo suficiente, ya que no hacía ni un año que el hombre había sucedido a su hermano como caudillo. Tenía reputación de ser un buen señor para su gente, y su clan siempre le pagaba al Imperio lo que debía en tiempo y forma, o casi. Ego estaba dispuesto a ello, aunque estaba molesto con que la exigencia hubiera llegado tan pronto.

—Lleva tiempo recolectar y organizar el trigo, y aún más matar a los animales y preparar las pieles —le dijo a Ferox, que tradujo. En tan solo diez días lo tendrían todo listo para entregar.

—Deberías aceptar, señor —le dijo Ferox al tribuno—. Ofrece a su hijo como rehén hasta que se haga la entrega.

Crispino no sabía qué hacer.

—¿Confías en él?

—No me mires a mí —dijo Ferox en voz baja—. Sostenle la mirada y no sonrías. Necesita saber que eres un hombre de palabra en el que se puede confiar.

Volvió a hablar en el idioma de las tribus y se dirigió al caudillo con frases cortas y directas, recibiendo a su vez respuestas parecidas. Al final Ego alargó la mano derecha hacia el tribuno.

—Hemos llegado a un acuerdo —le dijo Ferox al joven oficial.

—Te tomas demasiadas libertades, centurión —susurró Crispino, pero estrechó la mano que se le ofrecía y la sacudió con firmeza—. Tenemos un acuerdo —le dijo al caudillo, confiando en que el hombre supiera algo de latín o que, al menos, comprendiese el significado en virtud del tono de su voz.

Trajeron al muchacho y, poco a poco, fueron emergiendo guerreros de entre los árboles. El hijo de Ego parecía tener nueve o diez años, era delgado y de labio caído. El guerrero que iba con él era el hombre de la cara pintada que habían visto esa mañana. Cuando volvieron para unirse al resto de la partida, había cientos de guerreros observándolos desde las colinas.

—Tenías razón —concedió Crispino—. Había muchos más de los que hemos visto. Un combate hubiera sido más duro de lo que creía. Sin embargo, creo que soy yo el que está al mando. Como digo, das mucho por sentado si

crees que puedes tomar una decisión sin consultarme.

—Es mi trabajo —dijo Ferox—. Generalmente no hay tiempo de pedir instrucciones. Estoy aquí para mantener la paz de Roma, si puedo. Con el grueso de la columna hubiéramos derrotado a esta gente... probablemente. Pero habríamos perdido hombres, ellos habrán perdido muchos más, y el resto nos odiaría. De este modo todos estamos vivos y tenemos un leal aliado.

Empezó a llover, lo que hizo que esperar a la columna se antojase eterno. Levantaron el campamento en terreno relativamente llano ante la colina en la que Ego y sus hombres les habían estado aguardando. Ahora debía de haber poco más de un millar de britanos observando a los soldados mientras se dedicaban a levantar las tiendas de campaña y al rutinario atrincheramiento.

—Aquí no tienen mucho con qué distraerse —dijo Vindex.

El rehén, con el pelo lacio y pegado a la cara por efecto de la lluvia, estaba arrebujado en su capa. Crispino le envió a su tienda en cuanto esta estuvo lista, en la intersección de los dos senderos que cruzaban el campamento, como si fuera un fuerte en toda regla.

—Es una lástima que no hayamos llegado al siguiente valle —dijo Ferox pensando en alto.

Crispino barrió las colinas con la mirada a la luz mortecina del día y comprobó que los selgovae seguían observándolos.

—Son aliados, al menos eso dices. Y tenemos al hijo del caudillo a nuestra merced.

—Si es que se trata de él, y, si es así, suponiendo que su padre le tenga aprecio.

Por primera vez Crispino esbozó un gesto de alarma.

—Es probable que todo salga bien —dijo Ferox—. Es probable.

X

Fue una noche de frío y nervios en el campamento. La lluvia se convirtió en un torrente que apagó las hogueras y que hizo difícil ver muy lejos u oír cualquier movimiento hasta que no fuera cercano. Crispino y el resto de los oficiales durmieron muy poco. Todos ellos recorrieron los puestos de guardia durante los cuatro relevos. Al principio del tercer relevo un piquete dio la alarma en la entrada norte del campamento.

—Hay algo ahí, señor —dijo, convencido, el tungro a cargo del piquete de seis—. Algo que se mueve hacia nosotros.

Crispino y el resto de los oficiales habían oído la llamada y habían corrido hacia allí para ver qué sucedía. Aguzaron la vista e intentaron ver algo a pesar de la intensa lluvia.

—Son muchos. —Cerialis se vio obligado a gritarle al tribuno a la oreja para dejarse oír en medio del vendaval—. ¡Mira! ¡Allí arriba! —dijo señalando con el dedo—. Deberíamos dar la alarma.

Crispino dudó, y entonces dio un respingo cuando una silueta envuelta en una capa surgió de la oscuridad y se acercó a él. Se llevó la mano al pomo de la espada e intentó aferrar el arma.

—Soy de los vuestros —dijo Ferox al tiempo que se quitaba la capucha y sonreía.

—¿Has estado ahí fuera? —Crispino respiraba sobresaltado. El rostro, castigado por la lluvia, lo tenía entumecido.

—Solo he ido a dar un paseo.

—¡Se están acercando! —volvió a gritar Cerialis, pero por casualidad el

viento amainó y su voz sonó demasiado estruendosa.

—Son vacas —dijo Ferox—. Los guerreros han ido a refugiarse, y no los culpo. No es más que un grupo de vacas.

Estaba contento después de haber comprobado que aún podía moverse con sigilo en la oscuridad. A los muchachos siluros se les enseñaba desde la infancia a ocultarse y a ser silenciosos, para que aprendieran a cazar tanto ciervos como enemigos, aunque sabía que había perdido práctica. En realidad el principal peligro que podía haber en una noche como esa no era que te vieran en la distancia, sino que chocaras con alguien.

Dejó de llover avanzada la noche, y bajo un amanecer gris y privado de sol la columna se dispuso a reanudar la marcha. No había ni rastro de los selgovae, salvo por una fina columna de humo que surgía del hogar de una granja que estaba a media milla de distancia. De lo que no se sabía nada era de un caballo y una mula que habían desaparecido del campamento. Ambos animales se habían desvanecido, y nadie pareció quedar muy convencido cuando Ferox les aseguró que las bestias habían sido robadas.

—¿Pero cómo lo han hecho? —exigió saber Crispino, ya que todos los centinelas juraban que no habían visto nada.

—La pregunta es por qué —dijo Broco—. ¿Acaso quieren romper el acuerdo?

—Lo han hecho porque pueden —dijo Ferox—, para demostrarnos que pueden hacerlo y que son hombres que deben ser tratados con respeto. Y han podido hacerlo porque los hombres de guardia siempre se cansan y se adormecen, y si te tomas tu tiempo y sabes lo que haces, puedes colarte. —Tuvo que recordarse a sí mismo que ninguno de los presentes llevaba mucho tiempo en esa esquina del mundo, salvo Tito Anio, pero Tito no hacía preguntas estúpidas—. No están rompiendo ningún trato. Si lo hubieran hecho, ahora estaríamos contando hombres degollados, no estaríamos hablando de un par de animales desaparecidos.

—Se supone que los aliados no deben robarse entre ellos —dijo Cerialis, ofendido.

—Consideran que es cosa nuestra cuidar de nuestra propiedad. Si somos lo bastante necios como para dejar que nos roben, no es culpa suya.

Crispino frunció el ceño.

—Qué lugar más extraño —dijo.

La columna reanudó la marcha en su orden habitual, salvo por el hecho de que la escolta del tribuno, cuando se unió a Ferox y a los exploradores, había aumentado en una veintena. Se dirigieron hacia el oeste, hasta donde el terreno les permitió, que en un principio no fue mucho. Luego viraron al norte y sintieron el mordisco del viento gélido. El objetivo era acercarse al gran contingente que había tomado la calzada occidental al mando del legado de la II Augusta, y al mediodía descendieron por otro valle que los llevaba en esa dirección. Allí se encontraron al abrigo del viento, pero el cielo seguía siendo un firme e inquebrantable manto gris.

A pesar del acuerdo con Ego y sus gentes, había pocas señales de vida. Las granjas estaban vacías cuando llegaban, aunque de vez en cuando sí veían rebaños de ovejas y grupos de vacas castañas en la distancia. Los guerreros, montados en ponis, los observaban. A veces dejaban que los hombres se acercaran lo suficiente como para intercambiar saludos e insultos bienintencionados.

Justo después del mediodía dejaron atrás el territorio de Ego y se adentraron en las tierras de otro caudillo, un hombre llamado Venutio, que nunca miraba a nadie a los ojos y que tenía fama de ser un gran ladrón de ganado.

—Haces que parezca todo un cumplido —dijo Crispino cuando Ferox describió al sujeto.

—Lo es por aquí.

—Bueno, al menos tendrá cuero suficiente para pagar sus impuestos.

El valle estaba igual de vacío, aunque sus laderas estaban moteadas de bosquecillos de pinos, alisos y densos brezales.

Crispino empezaba a aprender.

—Supongo que nos están observando.

Ferox se limitó a asentir.

Una hora más tarde vieron a una docena de jinetes en la distancia. Media hora después de eso divisaron a otros en lo alto de las colinas, a su espalda, observando el progreso de la fuerza principal que avanzaba por el fondo del valle. Uno de los exploradores de Vindex volvió con la mano cubriéndose un costado. En la túnica tenía una mancha de sangre oscura que se iba haciendo

cada vez más grande y que le estaba empapando los dedos al presionarse en la herida. Era uno de los dos hombres enviados a recorrer el extremo izquierdo del valle. El otro guerrero no volvió.

Ferox y Crispino llegaron hasta el herido cuando Vindex y dos de sus hombres le estaban bajando al suelo.

—Uno cabrones con caballos tatuados en la frente —les dijo Vindex con una mueca más lúgubre de lo habitual—. Pero no debería haber ocurrido. El hombre con el que iba salió detrás del primero. Es uno de los nuevos. —Negó con la cabeza—. Brigo, este de aquí, fue tras él, y le sorprendieron tres de ellos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Crispino.

Ferox observaba los árboles a un lado y a otro con atención.

—Que tenemos que ir con más cuidado. Y que es probable que nos veamos obligados a luchar.

Vindex ordenó entonces a sus exploradores que no se alejaran tanto, y dejó que los jinetes bátavos que iban a la cabeza de la columna principal se acercaran antes de seguir adelante. Cada vez con más frecuencia se divisaban pequeños grupos de guerreros a caballo y a pie en las cimas. Uno de los jinetes de Broco se aproximó para informar de que aún había más siguiéndolos.

No se detuvieron, pero tuvieron que enfrentarse a la sensación de que el valle se les venía encima. El terreno descendía hacia un pequeño meandro que zigzagueaba buscando el camino más fácil colina abajo. Tuvieron que cruzar el agua varias veces siguiendo senderos que antes había abierto el ganado. Se toparon con el tronco chamuscado de un roble que, hacía tiempo, había sido alcanzado por un rayo y que, aunque hueco, seguía en pie.

—Lo veo —dijo Ferox cuando Vindex se dio la vuelta.

Crispino aguzó la vista y se cubrió los ojos del pálido brillo de las nubes, pero negó con la cabeza al ser incapaz de distinguir nada extraño. Hasta que se acercaron. Entonces se puso pálido.

La cabeza cortada del explorador perdido estaba clavada a la madera. Quienquiera que lo hubiera hecho había usado un clavo del ejército, una de las puntas largas y pesadas que solían utilizarse para asegurar vigas de madera pesadas. También le habían cortado los genitales al desgraciado y se los

habían metido en la boca. Sobre su cabeza, empalada con otra larga punta, estaba la figura de paja de un hombre vestido con una túnica y con un pegote de lana roja que hacía las veces de cabello y otros dos de color gris que pretendían ser una coraza y un casco. También tenía algo atado a uno de los brazos.

—¡No lo toques! —le gritó uno de los brigantes a Ferox cuando el centurión desmontó y se acercó a la macabra advertencia. Vindex no dijo nada, pero su expresión daba a entender que estaba preocupado.

—No es para mí —les dijo el centurión—. Así que no puede hacerme ningún daño. —Confiaba en que fuera cierto—. Traedme un saco.

El muñeco de pelo rojo debía de ser Cerialis, y eso encajaba con el ataque a su esposa, aunque Ferox no entendía por qué los bárbaros habían elegido a esa pareja como objetivo. Tiró del pequeño muñeco y lo desgarró al liberarlo de la ancha cabeza del clavo. En el brazo tenía un pequeño rollo de papiro cubierto, en ambos lados, por caracteres griegos, aunque muchas de las palabras no tenían sentido.

—«*Barbaso, Barbasoch, Barbasoch*» —empezaba el texto.

Parecía magia, un sortilegio o una maldición aparentemente diseñada para perjudicar al prefecto de los bátavos.

—Creía que en estas latitudes no sabían ni leer ni escribir —dijo Crispino con el rostro casi tan gris como su pelo.

—Y no saben. —Ferox hizo añicos el muñeco y lanzó los restos al aire, luego se volvió con los brazos en alto—. ¡El sortilegio está roto! —gritó.

Vindex se llevó la rueda de Taranis a los labios. El centurión usó su puñal para soltar el segundo clavo. Vindex le ayudó y juntos liberaron la cabeza y la metieron en el saco para poder dedicarles los honores debidos a los restos cuando la columna se detuviera para hacer noche.

La columna principal no habría visto aquel desagradable mensaje, pero Ferox no tenía duda de que el rumor correría como el fuego y acabaría preocupando a los hombres. Tenía fama de ser un hombre extraño, y era britano, así que aquella pantomima de romper el sortilegio quizá fuese útil.

Al acabar la tarde, las nubes se fueron dispersando y pudieron ver el sol, por primera vez aquel día, ocultándose con majestuoso esplendor. Aquí y allá varios selgovae iban de un lado a otro a caballo manteniendo la distancia

mientras la columna se acercaba y preparaba el campamento. Se habían detenido una hora antes de lo habitual, e hicieron lo posible por cavar un foso en un suelo pedregoso; aunque al final tuvieron que darse por satisfechos con un foso de poco más de dos pies de profundidad. El terraplén era algo mejor: sobre una base herbosa apilaron tierra sobre la que pusieron las piedras que habían sacado mientras cavaban, que habían recogido del suelo y que habían arrancado de unos cercados para el ganado levantados en torno a un puñado de chozas redondas. Solo abrieron tres accesos, ya que el cuarto hubiera dado al arroyo, y en cada uno de los accesos el muro izquierdo se curvaba hacia fuera desde la entrada. Eso significaba que cualquier atacante tendría que girarse para entrar y que, en todo momento, su lado derecho, al no poder protegerlo con el escudo, quedaría expuesto.

No se levantaron tiendas de campaña para que el perímetro fuera todo lo reducido posible aun permitiendo albergar a todos los hombres y animales del contingente. Crispino ordenó que se doblaran las guardias y que el resto de los hombres durmieran arrebujados en sus capas con las armas a mano. Al menos no llovía, con lo que pudieron encender hogueras y preparar algo caliente para comer. Por extraño que pudiera parecer, a pesar de los rumores de cabezas cortadas y de sortilegios, los hombres parecían estar más animados que la noche anterior. Ferox comió a toda prisa y durmió durante las últimas horas de luz. Le había entregado el rollo de papiro a Filo para que lo descifrara, y la tarea le levantó la moral al joven esclavo, pues le hizo sentir útil e importante. Después de echarle un vistazo al documento, le dijo a su amo que el texto era una mezcla de griego, arameo, hebreo antiguo y egipcio, pero que la mayoría no eran sino incoherencias o palabras secretas de poder. Aunque había algo que se repetía una y otra vez en todos los idiomas: «Sangre de rey, sangre de reina, sangre de poder, sangre de infortunio».

—Me llevará más tiempo averiguar qué significa —dijo el esclavo—. Seguiré con ello.

—Buen chico —le dijo Ferox—. Puede que sea importante.

Mediado el primer turno de guardia, Ferox saltó por el muro que corría junto al arroyo. Se había embadurnado la cara de ceniza para que su piel no brillara. Llevaba botas y pantalones, pero se había dejado la túnica, así que agradeció llevar la capa con capucha encima porque el aire llegaba gélido. La

única arma que llevaba encima era su daga reglamentaria, desenvainada y colgada de un simple cinturón hecho con una cuerda. Vindex quiso unirse a él, pero el brigante no estaba acostumbrado a ese tipo de labor, y además prefería ir solo. No le informó a nadie más de su plan, ni siquiera a Crispino o al resto de los oficiales. Si no ocurría nada, no sabrían nada.

Al principio resultó más fácil de lo que hubiera esperado. Un semental de los del Ala Petriana olisqueó a una yegua en celo y empezó a relinchar y a tirar del poste al que estaba atado. Los hombres se arremolinaron en torno al animal, se oyeron gritos, y los centinelas que vigilaban el muro del arroyo se dieron la vuelta para mirar, dándole todo el tiempo del mundo para saltar el terraplén, saltar al otro lado del arroyo, correr diez pasos y tirarse de bruces para permanecer inmóvil. Quedarse quieto era parte del juego, y por eso los ancianos entre los siluros les enseñaban a los niños a amar el silencio y la quietud. Cubierto por la larga capa sería difícil que le vieran. Esperó hasta asegurarse de que nadie le había descubierto, entonces esperó algo más antes de empezar a arrastrarse lentamente hacia delante. Se preguntó por qué siempre que alguien hacia eso acababa pasando por encima de una boñiga. Entonces se detuvo, observó y escuchó.

Pasó una hora, o más —era difícil calcular el tiempo porque las nubes cubrían las estrellas y no había luna—, antes de que presintiera, y luego viera, a un grupo de siluetas ante él. Para entonces se encontraba a unos quinientos o seiscientos pasos de los piquetes exteriores. Había bordeado el campamento describiendo un amplio arco, ayudado en ocasiones por las depresiones del terreno, de las que se había servido para correr siempre y cuando tuviera cuidado y se agachara.

Había britanos en la pendiente, y los muy necios estaban hablando. Eso podía esperárselo de los soldados romanos, hombres que hacían tantas guardias que, incluso en campaña, la sensación de rutina creaba a su vez sensación de seguridad. Más de una vez había oído la charla y las risas que llegaban del campamento, pues se oían con claridad en la noche tranquila. Oyó entonces a dos hombres que cuchicheaban acuclillados tras unos pedruscos a cierta distancia de él. Eran de alguna tribu, pero sus acentos no parecían ser de la zona, y no era fácil comprender lo que decían.

Ferox se tumbó en el suelo y se dispuso a observarlos. Identificó a otros

dos a unos cien pasos a la derecha de aquellos, y siguió mirando hasta que vio a dos más un poco más lejos, hacia la izquierda, solo que se habían ocultado algo mejor. Después de un rato volvió arrastrándose a la pequeña depresión y se arrastró por ella, deteniéndose de vez en cuando, para, como siempre, esperar y escuchar antes de seguir trepando por la pendiente.

Presintió la presencia de un hombre antes de verle u oírle, y no podría haberle explicado a nadie cómo lo sabía. El centurión permaneció en el suelo, levantó la cabeza e intentó ver algo en la oscuridad. Al fin dio con él. Era un hombre de una altura monstruosa, estaba de pie y era muy alto. Miraba hacia el valle. Ni se movía ni hablaba, y Ferox no tuvo la sensación de que supiera que se encontraba allí. Se dijo a sí mismo que se estaba haciendo viejo y torpe. Se había acercado demasiado antes de ver al bárbaro.

Entonces se oyeron gritos del campamento. Era probable que se tratase de otra falsa alarma, porque no tardó en hacerse de nuevo el silencio. Durante todo ese tiempo el gigante permaneció quieto como una estatua. Parecía medir siete u ocho pies de altura, pero entonces las nubes se abrieron un instante y a la luz de las estrellas Ferox comprobó que el hombre llevaba encima una cabeza de ciervo, con cornamenta y todo. Era bastante alto, su pecho era fibroso y musculoso, pero ni era un gigante ni un ser del inframundo, tan solo un mortal. Las nubes volvieron a espesarse y el centurión esperó a que sus ojos volvieran a adaptarse a la oscuridad.

Ferox empezó a avanzar otra vez, poco a poco.

Más siluetas surgieron de entre las sombras y se dirigieron al hombre que llevaba la cornamenta de ciervo.

—¿Estáis listos? —dijo una voz potente, propia de un hombre acostumbrado al mando, y Ferox supuso que era la del gigante. Otros dos aparecieron a su lado.

—Pronto. Han tardado más de lo que creía, pero los elegidos ya han bebido.

—Bien. Atacad a los del costado. Hay diez o doce. Diles que no les presten atención ni a los gritos ni a las hojas de los enemigos. Cada uno de ellos tendrá la fuerza de ciento. Deben matar e incendiar hasta que no quede nadie a quien matar ni nada que incendiar o hasta que caigan y reciban su recompensa.

—Sí, mi señor.

Ninguno de los hombres hablaba como los selgovae, pero aquel tenía acento del sur. Quizá fuera un trinovante. Ferox pensó en el soldado que había desaparecido de la torre. ¿De verdad había asesinado a sus compañeros y había desertado para unirse a aquellos fanáticos?

—Bien, en ese caso id y decidles que invocaré a Cernunnos para que guíe sus manos y levante sus corazones. Yo estaré aquí para ser testigo de su gloria.

«Eso está muy bien», pensó Ferox, y era una excelente excusa para quienquiera que se la tragase.

—¡Seguid al cuervo! ¡Seguid al ciervo! ¡Seguid al caballo! —gritó el bárbaro alzando los brazos y sin preocuparse ya de no hacer ruido.

El grito pareció retumbar en el valle, y Ferox estaba convencido de que los romanos lo oirían. Quizá fuera eso lo que quería aquel hombre.

—¡Id, amigos míos, id!

Los otros dos hombres corrieron hacia un extremo aún más oscuro de la noche, una amplia arboleda. Ferox estuvo pensando en seguir e intentar capturar al sureño, pero no creía que le fuera a ser posible. Al final decidió dejarle ir para seguir reptando a velocidad de caracol.

Resultó ser fácil. El gigante empezó a cantar y bailar describiendo un círculo una y otra vez.

—¡Oh, Morrigan! ¡Oh, Cernunnos! ¡Oh, Vinotono! —gritó; desenvainó una espada larga y empezó a girarla en el aire—. ¡Oh, Isis! ¡Oh, Hades! ¡Oh, dioses sin nombre y demonios de la oscuridad!

Ferox se encontraba muy cerca. Alargó la mano para empuñar su *pugio*. El bárbaro seguía cantándoles a los dioses de muchas tierras, y, cuando giró de nuevo y miró en dirección opuesta, el centurión se incorporó.

—¡*Barbaso, Barbasoch, Barbasoch!* —El sujeto se volvió.

Ferox recibió una lluvia de saliva en la cara cuando su mano izquierda aferró al sujeto por el cuello, agarrando la pesada torques mientras con la mano derecha le hundía el puñal al hechicero en las costillas. El sacerdote resolló y resopló cuando el centurión le hundió la daga aún más y giró la hoja. Ferox sintió la sangre cálida en la mano.

La noche estalló en gritos en el valle, y mientras el centurión sostenía al moribundo pudo ver a un grupo de guerreros cargando contra el piquete

exterior del campamento. Los vio porque blandían antorchas. A la luz roja y titilante de estas corrían cuarenta o cincuenta hombres; sus torsos desnudos brillaban y las armas que portaban producían destellos. Las trompetas dieron la alarma, aunque el resplandor de las armaduras a lo largo del terraplén significaba que este ya estaba repleto de hombres dispuestos.

El gigante se revolvió con violencia, luego le abandonaron las fuerzas y Ferox estuvo a punto de caer cuando el pesado cuerpo se desplomó sobre él. Dejó el cadáver en el suelo y se acuclilló junto a él. Nadie parecía estar moviéndose en la cercanía, ni haberse percatado de lo que acababa de hacer. En el valle se dio un confuso torbellino de combates en torno al piquete, y aún más guerreros con antorchas corrieron como una avalancha hacia el acceso del campamento. Algunos cayeron, alcanzados por jabalinas que Ferox no pudo distinguir en la oscuridad. El resto siguió adelante y torció a la derecha para cruzar la entrada. Más aún cayeron a merced de los proyectiles, y aquellos que sobrevivieron se toparon con una línea de soldados que los estaban esperando con los escudos en alto. Las hojas brillaron a la luz de las últimas antorchas.

Ferox ya no podía ver ni rastro de los atacantes, y no había nada que pudiera hacer para ayudar. Todo aquello parecía una maniobra de distracción, algo preparado para que los hombres abandonaran el terraplén antes de que una gran oleada de guerreros surgiera de la noche para barrerlos por completo. Sin embargo, no había señal alguna de que hubiera nadie acercándose desde otra dirección, y, por lo que les había oído decir al hechicero muerto y a los otros guerreros, parecía significar que eso era todo, y que los guerreros habían sido sacrificados en un ataque suicida cuyo único propósito era matar a tantos enemigos como les fuera posible. Ferox observó el cuerpo que yacía a sus pies e incluso en la oscuridad pudo distinguir su pecho cubierto de tatuajes, como hiedra en un viejo muro de piedra. Le quitó la cabeza de ciervo y vio la marca del caballo. Apretó la torques con fuerza para abrirla y levantó la cabeza del caído para poder quitársela.

En el valle, el rumor del combate moría a la misma velocidad que los atacantes. Algunas de las antorchas ardían en el suelo, y la única que había sido lanzada por encima del terraplén no había llegado a incendiar nada, ya que tampoco había mucho en el campamento que pudiera incendiarse, en parte porque no se habían levantado tiendas. Las antorchas caídas emitían la luz

suficiente para ver un montón de cuerpos desnudos apilados en la entrada. Aún se estaba dando un feroz combate en torno al piquete, con un puñado de romanos luchando espalda con espalda.

Ferox cogió la espada del hechicero y pasó el dedo por el filo. Para su sorpresa, estaba romo. Sin duda, eso no suponía un problema para un hombre al que le gustaba mantener cierta distancia mientras enviaba a sus guerreros al combate. Utilizaría el arma, porque el puñal no servía para lo que quería hacer. El centurión alzó la espada y descargó un tajo con todas sus fuerzas. La hoja se hundió en el cuello del hombre sin cercenar el hueso. Le hicieron falta tres tajos más, toda la potencia de sus brazos, gruñidos y esfuerzo antes de que la cabeza se separara del cuerpo. Hundió la espada roma en la tierra todo lo que pudo y colocó la cabeza de ciervo sobre ella. Esta se inclinó a un lado, pero serviría para marcar el lugar donde yacía el cuerpo de su mago, o druida, o lo que fuera que aquel hombre dijera ser. Ferox cogió la cabeza. Era una suerte que el hombre tuviera pelo, porque era difícil acarrear la cabeza de un calvo. Enganchó la torques en el cinturón y corrió agachado hacia la depresión del terreno más cercana.

Sonaron las trompetas, y supuso que los jinetes estaban saliendo del fuerte a la carga por los accesos que no habían sido atacados, para apoyar al piquete. Mirando por el borde de la pequeña quebrada vio parejas de guerreros, aún ocultos en la pendiente, mientras contemplaban cómo iban cayendo sus últimos compañeros.

Se cubrió la cabeza con la capucha, bajó el *pugio*, que empuñaba con la mano izquierda, y se dirigió a ellos caminando pendiente abajo, confiando en que, al ver su pecho descubierto, le confundieran con uno de los suyos.

Oyó un chillido de auténtico terror a su espalda. Parecía de mujer, y supuso que habría descubierto el cuerpo decapitado de su líder. Varias caras pálidas se volvieron y empezaron a sisear preguntas.

—No lo sé —dijo Ferox—. ¿Qué ocurre?

Se detuvo. Los guerreros se estaban poniendo en pie y subían la ladera.

—Algo no va bien —le dijo a la pareja más cercana cuando los vio acercarse. Ferox dejó caer la torques, que rodó por el suelo—. ¿Qué es eso? —le preguntó al que estaba más próximo.

El britano siguió la torques y se agachó para recogerla. Su compañero se

quedó mirando al centurión.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

Y Ferox alzó el puñal y le rebanó la garganta. Un chorro de sangre oscura empapó su piel pálida. Luego, usando la cabeza cercenada como si fuera un arma, golpeó al guerrero que se había agachado y le derribó.

Flavio Ferox corrió. Ya no era momento ni de esconderse ni de caminar con cautela, así que corrió, colina abajo, hacia el campamento. Los britanos gritaban, pero estaban demasiado confundidos aún. La mujer volvió a aullar y una voz de hombre rugió iracunda cuando reconoció la torques.

El centurión ni se volvió a mirar, ni aminoró su carrera; tenía que huir, con la cabeza en una mano y el *pugio* en la otra. Entonces aparecieron unos jinetes.

—¡Soy romano! —gritó en latín—. ¡Soy romano!

Uno de los jinetes se abalanzó sobre él, alzó su jabalina y lanzó. Ferox se tiró a un lado y golpeó el suelo con fuerza.

—¡Soy un centurión, maldito estúpido!

Otro jinete aferró al primero de la muñeca cuando este se disponía a desenvainar la espada.

—Le conozco —dijo—. Es de los nuestros. —Era Crispino: pudo ver sus dientes blancos cuando sonrió—. ¡Aunque solo los dioses saben lo que habrá estado haciendo! ¿Desertando?

—Con el debido respeto, señor —dijo Ferox poniéndose en pie—, no deberías abandonar el fuerte durante un ataque. Eres el comandante de toda la columna.

—Sí, eres es la voz misma de la sabiduría —dijo—. O la voz de algo, sea lo que sea. ¿Te importaría decirle al comandante de la columna qué demonios has estado haciendo?

XI

—Debo suponer que esta vez sí quieren luchar —dijo el tribuno al ver a una masa de guerreros congregándose en lo alto. Sus escudos estaban alineados sobre el terraplén de un antiguo fuerte.

Apenas había nadie viviendo allí aquellos días. El terraplén estaba cubierto de hierba y el foso, medio lleno de desperdicios. No obstante, varios centenares de guerreros se habían reunido allí, y no sería fácil tomar la posición al asalto. Muchos más selgovae formaban una línea irregular sobre una loma que quedaba al norte del fuerte; los guerreros, algunos sentados y otros de pie, formaban masas informes. Tenían estandartes coronados por estatuas de bronce que representaban dioses o animales, y hombres que hacían sonar los estruendosos *carnyxes*, cuyas bocas tenían forma de cabeza de jabalí. El sonido le recordó a Ferox la emboscada de la calzada. La imagen de Sulpicia Lepidina le vino a la mente, y tembló al pensar en lo que los bárbaros le habían tenido reservado.

El terreno subía en pronunciada pendiente hacia la loma tras la cual otra pendiente descendía hacia una cañada aún más grande y amplia. Si la campaña marchaba como estaba planeado, entonces la columna occidental debería estar avanzando por ese valle hacia ellos. Sin embargo, si querían unirse a ese contingente, los hombres de Crispino tendrían que abrirse camino por aquel paso. La columna estaba ahora concentrada, formando al pie de la pendiente, salvo por la mitad de la infantería hispana de los vándulos y toda su caballería, cuyo cometido era proteger a los animales del bagaje y defender la retaguardia.

—Mensajeros. —Tito Anio señaló hacia la cumbre que tenían a su espalda.

Media docena de jinetes descendían al trote la delicada ladera encabezados por un hombre que llevaba un lujosísimo casco con plumas y por un soldado que portaba la lanza en alto bajo la punta de la cual había algo que aleteaba. A medida que se iban acercando, Ferox vio que se trataba de una pluma, tal y como había adivinado el comandante de los tungros, y supo que el hombre del casco emplumado era Flaco, el tribuno de la VIII Hispana. Uno de los jinetes de la escolta tenía un vendaje reciente en el muslo. Debía de haberles enviado el legado Quadrato desde la columna principal.

—Ha sido todo una proeza llegar hasta aquí —le dijo el tribuno a Crispino antes de que los dos hombres se apartaran para hablar.

Era la mañana después del ataque contra el campamento, y faltaba una hora para el mediodía. Había siete heridos con el bagaje, a los que había que añadir, como bajas, a otros ocho que habían sido enterrados a toda velocidad antes de partir. Salvo uno de ellos, todos los muertos habían formado parte del piquete, ya que los atacantes habían cosido a espadazos a todo aquel que había caído. Los cuatro supervivientes estaban todos heridos, pero habían logrado mantenerse en pie y luchar espalda con espalda. Los atacantes dejaron cuarenta y siete cuerpos en el suelo, y muy pocos habían logrado huir, si es que lo había conseguido alguno. No había prisioneros.

Todos los caídos lucían tatuajes en la frente y la mano y habían luchado con una agresividad demencial, como si no les importase vivir o morir. Ninguno de ellos era muy diestro con las armas. Algunos habían luchado con hachas de leñador o de carpintero, o simplemente con garrotes, y no con armas de verdad. Uno de los romanos había sido acuchillado con saña cuando fue a comprobar lo que creía ser un cadáver dadas las terribles heridas que surcaban el rostro, los brazos y el pecho del britano.

Por lo que pudo deducir Ferox, entre los muertos no había muchos selgovae, sino que la mayoría eran de tribus muy diferentes y lejanas. Muchos de ellos parecían malnutridos, y no mostraban los músculos en brazos y piernas habituales en guerreros acostumbrados al combate. Había hecho partícipes a Crispino y al resto de los oficiales de aquello, pero no estaba seguro de que lo hubieran entendido. Los romanos solían considerar que todos

los bárbaros eran iguales.

El hombre al que había matado sí constituía un misterio. La marca que lucía en la frente era la de un ciervo, no tanto la de un caballo, y, debajo, había rastros de un tatuaje anterior: «*ten e q a ugi*». Era una marca romana y estaba en latín, no era algo que las tribus acostumbraran a hacer, y Ferox supuso que significaba algo así como «*tene me quia fugi*»: «Prendedme, me he fugado». El hechicero de la cornamenta que azuzaba a las tribus a enfrentarse a Roma era un antiguo esclavo, un hombre que había huido de su amo, que había sido capturado y que había vuelto a escapar. Era un huido, un fugitivo del Imperio, puede que de Britania, aunque el hombre del acento sureño le hizo a Ferox preguntarse si habría más fugitivos, y de lugares aún más lejanos, en toda esa extraña banda. Eso explicaría por qué el hombre usaba palabras mágicas de poder que invocaban a Isis y a Hades y a otros dioses desconocidos entre las tribus.

Crispino leyó el mensaje, habló un rato con Flaco y, acto seguido, convocó a sus oficiales a un *consilium* para explicar lo que iban a hacer.

—El legado Quadrato atacará por el sur y avanzará valle arriba hacia nosotros. Tiene un importante contingente al que enfrentarse, pero el enemigo ha desplegado a estos grupos aquí para evitar que atacemos a su fuerza principal por la espalda. —Vio la expresión inquisitiva de Ferox—. Los caudillos enemigos son dos: Venutio, tal y como nos temíamos, y su vecino Tagax.

Aquello fue toda una sorpresa, dado que el segundo tenía fama de ser un hombre dócil y víctima habitual de robos de ganado por parte de su vecino.

—El legado ha avanzado y ha incendiado granjas y poblados allá donde la población se ha negado a colaborar.

Eso explicaba la resistencia de los caudillos: si empujas a un hombre demasiado lejos, este empujará de vuelta, en particular si se trata de un hombre orgulloso, como lo eran los líderes de los selgovae. Ferox sospechaba que la torpe mano de Claudio Super estaba detrás de aquel planteamiento agresivo e innecesario de la campaña.

—Nuestra labor es abrirnos paso por esa posición para luego impedir que el enemigo se retire valle arriba —dijo Crispino con calma y confianza, aunque Ferox se percató de que no dejaba de tamborilearse en el muslo con

los dedos de la mano derecha. El plan era sencillo, aunque también lo era el problema al que se enfrentaban, y no había margen para sutilezas.

—Flavio Cerialis y sus bátavos irán en cabeza. —El tribuno le sonrió al prefecto—. Será mejor que ordenes a tus hombres que desmonten y formen con la infantería. Sé que no les va a gustar, pero el terreno no es el adecuado para la caballería. —Ahora estaba mirando Broco, que asintió casi de forma imperceptible.

—¿Tito Anio?

—Señor.

—Tus tungros se colocarán a la izquierda de los bátavos, aunque un poco retrasados. Ocuparás posiciones frente al fuerte, pero tu labor, en un principio, será la de proteger el flanco de los hombres de Cerialis contra cualquier carga. Una vez que ellos hayan desplazado a los guerreros del paso, efectuaréis un asalto combinado contra los terraplenes. Yo daré la orden cuando sea el momento.

—Señor.

—El resto de la infantería de los vándulos, junto con Aelio Broco y el Ala Petriana, quedará en reserva y seguirá a la línea principal a una distancia de doscientos pasos. Si podemos barrerlos del paso, la caballería podrá darles caza con facilidad. No obstante, a no ser que el enemigo descienda de su posición, no cargaréis sin orden expresa. ¿Sabe todo el mundo lo que tiene que hacer? —El tribuno seguía dándose golpecitos en el muslo con los dedos cuando los oficiales le aseguraron que sabían cuál era su cometido—. Ferox, tú te quedarás a mi lado, puede que te necesite.

—Sí, señor.

—Bien. El tribuno Flaco me informa de que la columna principal avanzará valle arriba para empujar al enemigo hacia nosotros. Eso puede suponer que durante un breve espacio de tiempo nos veamos enfrentados a un gran número de enemigos, pero no tardarán en llegar refuerzos.

—También tengo que instar a la premura —intervino Flaco provocando un destello de enfado en Crispino—. Me temo que llegar hasta vosotros me ha llevado más tiempo del que esperaba. Confío en que llevéis a cabo el ataque lo más rápido posible.

—Acataremos las órdenes y haremos las cosas como corresponde —dijo

Crispino, cortante y displicente—. Si todo ha salido como debiera, la columna oriental de Coria ya se encuentra más al norte, y debería aproximarse al enemigo por esa dirección.

Ferox estaba dubitativo, y pensaba que las probabilidades de que las tres columnas convergiesen al tiempo como estaba planeado eran mínimas. Era mejor olvidarse de la columna oriental. Aquel contingente, más grande que los otros dos, se habría movido a una velocidad razonable por la calzada a lo largo de cierta distancia, pero en cuanto la abandonaran tendrían que marchar campo a través, y sospechaba que el avance habría sido lento, incluso si no encontraban oposición alguna. Si hubieran tenido uno o dos días más quizá habrían aparecido por la retaguardia del enemigo, pero no creía que pudieran llegar antes. De hecho, podían sentirse afortunados de que la pequeña fuerza de Crispino estuviera convergiendo con la columna principal de Quadrato. Ahora todo lo que tenían que hacer era luchar para poder unirse.

La infantería báltava formó en cuatro filas, dejando las tres centurias de vanguardia un pequeño hueco entre sí. Eso les confería un frente de cincuenta hombres, con el *vexillum* ondeando orgulloso en el centro de la formación y los escudos verdes descubiertos, porque se preparaban para luchar. Cerialis dispuso a la caballería a la derecha formando un bloque de ocho jinetes de fondo por ocho de ancho. Para cubrirles el flanco Tito Anio desplegó a sus tungros, con sus escudos amarillos, una centuria detrás de otra, cada una con seis filas de fondo, salvo por una veintena de hombres que llevaban hondas de cuero así como sus armas habituales y que formaron una dispersa línea de escaramuzadores.

A tiro de arco de la línea frontal se dispusieron los várdulos en una densa columna, con las *turmae* del Ala Petriana a su espalda.

—Unos cuantos arqueros vendrían bien —le dijo Crispino a Aelio Broco cuando el prefecto llegó para informar de que todo el mundo estaba en su puesto—. Para ablandarlos un poco antes de avanzar.

—Sí, y unos escorpiones también.

Los *scorpiones* eran piezas de artillería ligeras que la legión solía llevar en campaña y que eran capaces de alcanzar objetivos concretos a una distancia superior que cualquier honda o arco, pero era raro que a los auxiliares se les entregaran esos artilugios en campaña.

—Bueno, tampoco sirve de nada lamentarse por lo que no tenemos. Habrá que recurrir al cuerpo a cuerpo.

Crispino estaba ignorando a Flaco de forma deliberada mientras este no hacía más que gestos indicando que el tiempo apremiaba. Había llevado más de media hora desplegar a las unidades para que tomaran posición. Los hombres habían pegado los últimos tragos de posca, o de algo más fuerte si lo tenían. Las nubes empezaron a dispersarse, y un sol radiante brilló sobre ellos. Ahora portaban tan solo su equipo de combate, con lo que no llevaban encima sus cantimploras, aunque algunos de los *galearii* estuvieran apostados detrás de la formación con odres repletos de agua.

—Con permiso, señor —dijo Ferox. Al ver un asentimiento, le hizo un gesto a Vindex, que alzó una larga lanza en cuya punta estaba clavada la cabeza del mago.

Los dos cabalgaron hasta los bátavos y luego, a pie y tirando de las riendas de sus monturas, se colocaron ante las líneas romanas para que los bárbaros pudieran ver bien su trofeo.

Se oyó un rugido en lo alto que se tornó en gritos de ira y promesas de venganza. Los guerreros lanzaban abucheos y provocaciones, aunque Ferox no estaba seguro de si reconocían al sujeto o si simplemente suponían que era uno de los suyos. Cuando llegaron cerca del fuerte, Vindex bajó la lanza y Ferox cogió la cabeza, la giró en el aire y luego la lanzó hacia delante. Los guerreros le aullaban desde el terraplén, y les oyó asegurar que pronto sería su cabeza la que estaría rodando por la hierba y que sus mujeres se mearían encima.

—Es hora de irse —le dijo a Vindex—. Será mejor que te unas a los exploradores en retaguardia.

—¿Y perderme la diversión?

Los bátavos golpearon los escudos con las astas de sus lanzas tres veces; el eco del sordo repiqueteo se extendió por el valle. Ante ellos los britanos tocaban sus instrumentos y gritaban, desafiantes. Los enormes auxiliares alzaron los escudos sobre sus caras y empezaron a entonar un leve murmullo.

El caballo de Vindex se revolvió al oír aquel sonido que parecía surgido del inframundo, tiró de las riendas y describió un círculo completo en torno al britano.

—Creo que quiere cambiar de bando.

El murmullo se fue haciendo cada vez más audible, los bátavos dejaron que el sonido reverberase contra la madera de sus escudos verdes. Fue creciendo como la marea en una playa cuyas olas fueran cada vez más grandes.

—¿Qué es eso? —preguntó Vindex.

—Lo llaman *barritus* —le dijo Ferox—. Cosas de germanos. Se dice que puede saberse quién va a ganar la batalla según el sonido.

El canto, cada vez más sonoro, empezó a quedar ahogado por los aullidos desafiantes de los selgovae. Los guerreros parecieron titubear, confundidos por el grito de guerra sin palabras que se hacía más audible por momentos.

—Si esos tipos tuvieran un poco de sentido común, cargarían —dijo Ferox mirando hacia la cima mientras Vindex y él se refugiaban detrás de la línea de bátavos.

Los selgovae no cargaron cuando el grito de los bátavos alcanzó su punto culminante, sino que se sumieron en un silencio sombrío e intimidante. Cuando los auxiliares callaron, el silencio se volvió asfixiante. A Ferox le dio la sensación de que las líneas de guerreros en lo alto de la pendiente temblaban. Pudo ver a un puñado de hombres dar media vuelta y desaparecer tras la loma. Estaba a punto de recomendarle a Cerialis que era el momento de avanzar cuando el prefecto alzó su espada.

—¡Novena cohorte! ¡Adelante!

Los bátavos iniciaron el ascenso avanzando primero la pierna izquierda para mantener el escudo lo más próximo posible al enemigo. Marchaban sin apenas hacer ruido, era inquietante. Tan solo los acompañaba el tintineo de las armaduras y el equipo. Cerialis cabalgaba detrás del estandarte, en medio de la línea, mientras un par de veteranos avanzaban a pie a ambos lados de su caballo.

Los selgovae empezaron a gritar de nuevo, provocando a sus enemigos, aunque, por alguna razón, no daba la sensación de que lo estuvieran haciendo con el corazón. Unos cuantos dejaron atrás la masa de guerreros. Blandían jabalinas. Aún más empezaron a desaparecer detrás de la loma.

Ferox se unió a Crispino mientras este seguía a los bátavos a una veintena de pasos de distancia. Los britanos continuaban gritando mientras los romanos avanzaban en silencio. Lanzaron las primeras jabalinas. Una de ellas impactó contra el escudo de un bátavo y rebotó ya sin fuerza. Las otras ni siquiera se

aproximaron a sus objetivos. Unos cuantos britanos, de los que habían dejado atrás a sus compañeros, hicieron acopio de valor y se acercaron aún más. La siguiente oleada de proyectiles fue mucho más certera. Un bátavo recibió un impacto en la espinilla y la ancha punta de la jabalina se le hundió en la carne. El soldado trastabilló y cayó de bruces siseando de dolor.

—¡Dejadle! —gritó el *optio* desde su lugar en la formación, detrás de la última fila.

Otro soldado lanzó un juramento cuando la cabeza de otra jabalina se le incrustó en la madera del escudo.

—¡Cabrones! —gritó hacia lo alto de la pendiente mientras agitaba su lanza hacia ellos.

—¡Silencio! —aulló el *optio*—. ¡Guardad silencio y mantened la formación!

Los tungros también se estaban moviendo, sus honderos lanzaban piedras sobre el terraplén del fuerte. Era difícil para esos auxiliares, que llevaban grandes escudos planos y ovalados, meter una piedra en la honda y hacerla girar correctamente, así que los tungros actuaban en parejas. Uno de los hombres cubría a su compañero con el escudo mientras el *otro dejaba su* defensa en el suelo y lanzaba proyectiles contra el enemigo. Había unos cuantos honderos entre los selgovae, y las piedras silbaron por el aire como respuesta. Eran más difíciles de ver que una flecha y, por supuesto, mucho más difíciles de ver que una jabalina, y eso hacía que fuera más complicado esquivarlas. Cayó un tungro con la rodilla destrozada por el impacto de una piedra.

—Parece que la legión está atareada —dijo Vindex señalando más allá del enemigo hacia una columna negra que surgía del valle que había al otro lado—. Y allí hay otra —añadió un instante después. El legado Quadrato y sus tropas debían de haber avanzado más de lo que creían y ya estaban incendiando chozas.

—Empiezan a flaquear —dijo Crispino casi a modo de pregunta, porque no podía creer lo que estaba viendo.

Los bátavos aún estaban a cincuenta pasos de la línea frontal de selgovae, pero el frente empezaba a disolverse a medida que más y más bárbaros daban media vuelta y desaparecían al otro lado de la loma.

El tribuno picó espuelas en los flancos de su caballo hasta el punto de hacer sangrar al animal, y este emprendió el galope.

—¡A la carga, Cerialis! ¡A la carga!

Era evidente que Flavio Cerialis había pensado lo mismo.

—¡A la carga! —gritó mientras se abría camino entre sus propios hombres—. ¡A la carga!

Los bátavos empezaron a aullar, para luego emitir un bramido rabioso al romper filas y correr ladera arriba, con las lanzas en alto, listas para ser disparadas. Solo que sus blancos empezaban a huir ante ellos. Los hombres que tocaban los curvados *cornua* hacían lo posible por mantener el ritmo, pero las notas surgían entrecortadas y débiles mientras corrían.

—Espera —le dijo Ferox a Vindex—. Si tienen los hombres y un ápice de sentido común, tendrán a miles de guerreros esperando agazapados más allá de la loma, listos para atacar.

Aelio Broco no había seguido al tribuno, y observó boquiabierto al centurión ante tal sugerencia.

—Así piensan los siluros —dijo Vindex.

—No son más que bárbaros —dijo Flaco, pero había duda en sus ojos, mezclada con la exaltación del momento.

Observaron mientras los bátavos recorrían el último trecho hacia la cima guiados por Cerialis y con Crispino entre ellos. No se detuvieron: siguieron adelante y desaparecieron de la vista.

Aelio Broco dejó escapar una profunda bocanada de aire y sonrió.

—Pues menos mal que no seguimos luchando contra los siluros. Avanzaré con los míos.

Se aproximó a sus hombres. Hubo un vítor entre los tungros mientras cargaban contra el viejo fuerte. Sus honderos siguieron a la columna principal. Los defensores empezaron a correr como el resto de los guerreros, solo que salieron por el acceso opuesto y huyeron por las cumbres.

Crispino apareció de nuevo en la cima de la colina y les hizo un gesto para que se unieran a él.

Cuando se acercó, Ferox comprobó que el joven aristócrata estaba rojo de entusiasmo y que le costaba estarse quieto. No hacía más que girar su espada y tirar de las riendas con la otra mano. Su caballo estaba casi tan exaltado como

el jinete. Al fondo del valle había granjas en llamas y compactas formaciones romanas avanzando. Ante ellos, se retiraban miles de guerreros, la mayoría buscando la seguridad de las alturas mientras intentaban mantener la distancia con sus perseguidores. Había un puñado de guerreros muertos, tendidos sobre la hierba, a su alrededor, hombres que habían caído mientras intentaban huir.

—¡Necesitamos a Broco y a su caballería! —gritó Crispino con entusiasmo—. ¡Si se mueve con presteza, los tenemos!

La pendiente era pronunciada y rocosa y estaba surcada por arroyos y hondonadas. Aquel era el territorio de los selgovae, y los guerreros, armados a la ligera, ganaban terreno a gran velocidad. Los bátavos ya flaqueaban bajo el peso de armadura y equipo, además de ser presa de aquella extraña sensación de vacío que asaltaba a todo el mundo cuando se había preparado para el combate solo para encontrarse con que no habría batalla. Algunos de los más ansiosos seguían corriendo tan rápido como les era posible persiguiendo al enemigo en desbandada. Muchos más aminoraban la marcha y se daban por vencidos. Ya no había ni rastro de formación, tan solo varios centenares de hombres jadeando y dispersos por la colina.

Ferox estaba a punto de sugerir que se llamara a repliegue cuando Cerialis se dirigió a un *cornicen* y le ordenó que diera la orden con su instrumento. Crispino, sorprendido, dio un respingo y asustó a su caballo, que corcoveó y dio una violenta coz. El tribuno esbozó un gesto de rabia hasta que logró calmarse.

—Sí, por supuesto. El orden es esencial —dijo, más para sí que para quienes había alrededor.

Ese mismo desencanto, mezclado con una sensación de alivio, empezó a apoderarse de él, y el tribuno dejó caer los hombros. Respiró profundamente.

—Ferox, cabalga hacia Broco y dile que persiga al enemigo todo lo que le sea posible, pero que se asegure de mantener la formación y de no tomar riesgos innecesarios.

El Ala Petriana ya estaba camino de la cima, *turma* tras *turma*, en columna, la una detrás de la otra, así que no le llevó demasiado tiempo transmitir la orden.

—Haremos lo que podamos —dijo Broco antes de azuzar a sus hombres.

Cuando Ferox volvió a unirse al tribuno, Tito Anio estaba allí. Crispino

ordenó a los tungros que ocuparan el fuerte y custodiaran el paso. Confiaba en que toda la columna lo atravesara y se uniese a la fuerza principal en el valle, pero quería cerciorarse de las intenciones del legado. No se dijo nada, pero era evidente que todo el mundo esperaba que la fuerza combinada volviera a sus bases antes de que se les agotaran los suministros.

—Ferox, ven conmigo.

Crispino fue a ver a Cerialis y le ordenó que formara a su infantería en la ladera y que sus jinetes volvieran a montar. Esperarían a que el resto de la columna los alcanzara, y estarían preparados para moverse en cuanto se les dijera. Mientras tanto, enviaría un mensaje a Rufino para que también ascendiesen el bagaje y la retaguardia.

Una vez más le dijo a Ferox que le siguiera, algo que Vindex hizo sin que se le pidiese, y Crispino se dirigió al gran valle en busca del legado Quadrato para pedir instrucciones.

—Me siento decepcionado por la falta de coraje de nuestros oponentes —dijo el aristócrata—. Tenían la ventaja del terreno, y podrían haber resistido bien.

—¿Y ser masacrados cuando quedaran atrapados por la columna del legado? —preguntó Ferox de forma abrupta—. Han hecho lo que hubiera hecho cualquiera. No es cuestión de coraje, sino de sensatez.

Crispino no parecía estar escuchando.

—Sea como sea, ha sido una victoria, por poco sangrienta y gloriosa que haya resultado.

—Es una lástima que no atacáramos antes —dijo Flaco.

Cuando dieron con él, el legado Julio Quadrato daba la sensación de sentirse igual.

—Habéis avanzado tarde —dijo. Era un hombre chaparro, con la frente arrugada y la expresión beligerante de un oso enjaulado—. Deberíais haberos abierto camino por el paso hace tres o cuatro horas.

—Así es —dijo Crispino, que, como hijo de senador que era, podía hablarle libremente a un hombre de tan alto rango—. Así es, pero para eso tendríamos que haber recibido las órdenes a tiempo.

Quadrato se volvió hacia el tribuno de la VIII Hispana y le miró con desprecio, con los ojos enrojecidos y desprendiendo rabia.

—¿Tienes algo que decir, Flaco? ¿Ha sido culpa tuya?

—Llevé el mensaje tan rápido como me fue posible. Perdimos a un soldado, y otro resultó herido cuando atravesamos las líneas de los *brittunculi*. No me puedo hacer responsable del resto de los retrasos.

El legado miró a todos y cada uno de los hombres como si se preguntara quién tenía más culpa.

—Bien, de acuerdo. No importa. Lo hecho hecho está, y el mundo sigue. Les hemos enseñado a los clanes a no despreciar nuestro poder. —Hizo un gesto con el brazo hacia el valle para señalar hacia las chozas en llamas—. Avanzaremos otro par de millas, mataremos o capturaremos a todos los que podamos encontrar y levantaremos el campamento para pasar la noche. Tú, Crispino, traerás a tus hombres para que se unan a nosotros. Mañana podremos volver a casa satisfechos con lo que hemos logrado.

Ferox se preguntó si el senador ya estaba componiendo en su mente un relato heroico, puede que incluso poético, de la campaña. La verdad era mucho menos grandiosa. Habían incendiado granjas, pero no habían luchado en ningún combate de entidad, así que, a fin de cuentas, lo único que habían logrado había sido darles a los selgovae más motivos para odiar a los romanos y menos razones para temerlos. Pocos guerreros habían sido prendidos o muertos, y sus familias estaban tan seguras como lo estaba su ganado. Las casas podían ser construidas de nuevo antes de que llegara el invierno. Serían tiempos difíciles para los clanes, lo que solo serviría para ahondar el odio y abonar el terreno para que los druidas instigaran a la venganza.

Claudio Super estaba encantado con toda la operación, y eso, precisamente, era una razón más para dudar que hubieran logrado nada bueno.

—¡No volverán a menospreciarnos! —declaró con tal entusiasmo que incluso se dirigió a Ferox como si fuera un amigo—. Querido compañero, me alegro mucho de verte. Tendremos que beber juntos cuando estemos en el campamento para celebrar la victoria. ¡Hoy es un día glorioso! —Por lo que dijo quedaba patente que la columna del legado llevaba días arrasando granjas—. No pagaron sus impuestos, así que lo que les ha ocurrido es culpa suya. ¡Esto es justicia!

Ferox se sintió aliviado de dejarle cuando Crispino le pidió que llevara a

Vindex y a sus hombres a patrullar las tierras que quedaban en la retaguardia de la columna, para asegurarse de que nadie intentaba hostigarlos mientras cruzaban el paso. Durante las siguientes horas cubrieron bastante terreno y vieron a muchos guerreros: todos ellos mantenían la distancia e intentaban reagruparse en las cimas. Mientras tanto los vándulos escoltaban el bagaje, superaban el paso y descendían al valle. El sol ya estaba bajo en el cielo cuando le siguieron, así que les sorprendió ver a los tungros apostados aún en los terraplenes del viejo fuerte. Al mirar desde lo alto del paso, no pudo distinguir a ningún contingente romano que estuviera a menos de milla y media de distancia. El campamento había sido establecido aún más lejos, un rectángulo oscuro de tiendas iluminadas por hileras de hogueras.

—Algo no va bien —dijo Ferox al avanzar al trote hacia el viejo terraplén.

Tito Anio le saludó desde la entrada.

—¿Tienes órdenes nuevas para mí, centurión?

A cada lado de la entrada había dos viejos postes, pero las puertas hacía tiempo que habían desaparecido. En el interior se veían corrales, y el trasiego constante y diario del ganado en busca de agua y comida había convertido el acceso en un lodazal.

—Me temo que no, señor. Si te digo la verdad, no esperaba encontrarme a nadie aquí arriba. —Ferox estaba ante la entrada del fuerte, así que pudo bajar la voz.

Tito Anio llevaba sirviendo muchos años, aunque la mayor parte del tiempo había actuado bajo las órdenes de otros. Ferox pudo ver la duda en sus ojos.

—Nos han ordenado que esperemos aquí hasta que nos releven o se nos ordene reunimos con la columna.

—Pues me temo que se han olvidado de vosotros. Nuestras tropas se han unido con el ejército principal un poco más al norte y han levantado el campamento. Sospecho que la orden de haceros llamar se habrá perdido o se habrá olvidado.

Era obvio que a Anio el instinto le decía lo mismo. Disponía de una centuria de sus hombres, ya que la otra había sido enviada con el bagaje para guiarlo por el paso. También había una treintena de legionarios con mulas de

carga que habían subido para prenderles fuego a las casas del fuerte. Tan solo quedaba media docena con brezo en la techumbre y la paja estaba húmeda, así que les había llevado un tiempo incendiar la primera. Una vez hecho eso, el resto resultó más fácil. Tan solo había que encender antorchas con las llamas de la primera casa y acercarlas a la parte baja de las techumbres de las otras. Mientras hablaban, las últimas chozas empezaron a arder y el viento, cada vez más recio, empujó densas nubes de humo hacia ellos.

Ferox parpadeó y tosió; el calor era intenso incluso a esa distancia. Pequeñas partículas de paja incandescente flotaban en el aire.

—¿Hace cuánto que recibiste la última orden, señor?

—Debe de hacer unas tres o cuatro horas. El tribuno Flaco vino en persona con órdenes del legado. —El hábito de la obediencia pugnaba con el instinto de Tito Anio hasta que encontró un feliz equilibrio entre ambos—. ¿Te importaría cabalgar hasta el valle y recordarles que estamos aquí?

—Si es eso lo que quieres, pero creo que sería mejor que abandonarais la posición ahora, antes de que oscurezca.

Tito Anio se desató la cinta de cuero de las carrilleras del casco y se frotó el mentón. Había un joven centurión con los legionarios que se aproximó para informar.

—Edificios destruidos, señor —dijo, y, acto seguido, rompió a toser al tragar un poco de ceniza.

El hombre vio el casco emplumado de Ferox colgando de la silla de montar y le dedicó un afable gesto de asentimiento. Probablemente estuviera intentando adivinar su unidad y veteranía. Muchos de los oficiales de las legiones despreciaban a los centuriones de los *auxilia*. Tito Anio era todo un veterano, pero si no hubiera sido con anterioridad centurión en una legión, habría sido improbable que el joven se hubiera dirigido a él con tanto respeto.

—¿Tenemos nuevas órdenes, señor?

Tito Anio negó con la cabeza.

—Aún no.

Ferox descabalgó y sus botas se hundieron en el lodo.

—Señor —dijo—, es seguro que se trata de un error y que no hay razón para que os quedéis aquí. Nadie os culpará. —Una vez que dijo aquellas palabras y después de pensarlo, supo que había errado.

Los ojos de Tito Anio se abrieron al máximo, y, por un instante, este apretó los dientes.

—¿Culpa? —farfulló—. Tengo órdenes, *regionarius*, y hasta que no tenga otras nuevas las cumpliré. Nadie pondrá en duda la disciplina de la primera cohorte mientras yo esté al mando.

Unos cuantos auxiliares asintieron, mostrando su aprobación.

—¡Allí vienen! —dijo Vindex acercándose al galope y gritando su advertencia.

XII

Había ochenta y nueve hombres de la centuria de la Cohors Tungrorum, junto con el *optio* al mando, apoyado por un *signifer* y un *tesserarius*. Aquello suponía poco más de la mitad de la dotación ya que, en teoría, la cohorte estaba organizada de forma poco convencional, con seis centurias de ciento cuarenta hombres cada una. Una década atrás quizá hubieran estado cerca de esa cifra, antes de que las prioridades del ejército cambiaran y tan solo llegaran a Britania un puñado de reclutas. El joven centurión legionario disponía de treinta hombres de la Legio II Augusta, con escorpiones bellamente pintados a ambos lados de los umbos de sus escudos rojos y rectangulares. Dispuestos a lo largo del terraplén, y sin nadie en reserva, eso significaba que no había más de un hombre cada tres o cuatro pasos.

Ferox cogió a Tito Anio del brazo.

—Deberíamos irnos, señor.

El comandante de la cohorte se sacudió la mano de Ferox de encima.

—No puedo —dijo. Parecía cansado; las arrugas de la piel se antojaban rudas a la luz de las casas en llamas—. Si me traes órdenes nuevas, entonces será diferente.

—Haré lo que pueda. —Ferox se alejó unos pasos y se detuvo al pensárselo por segunda vez—. ¡Ve al campamento! —le gritó a Vindex—. ¡Diles lo que está pasando y que vamos a necesitar ayuda!

El brigante agitó la mano y galopó al encuentro de sus exploradores.

Ferox observaba, deseando haberse ido con él y no del todo seguro de por qué había decidido quedarse.

—Coge esto, muchacho —le dijo a uno de los auxiliares al tiempo que le entregaba las riendas.

Ferox metió su sombrero en un saco y se caló el yelmo. Al menos la silueta le identificaría como romano y como centurión. Comprobó que su gladio y su *pugio* salían con facilidad de las vainas y corrió a unirse a Tito Anio. Quizá se quedaba porque le caía bien el comandante de los tungros.

Había montones de piedra apiñados en el recinto, los restos de viejas casas, lo que haría difícil moverse con rapidez; además, el humo negro flotaba lentamente por el fuerte y era imposible ver gran cosa. Dos de las chozas que ardían estaban en el extremo opuesto, encaradas al viento en medio de una potente brisa que avivaba las llamas aunque sin ser lo bastante fuerte como para dispersar las nubes de humo con cierta velocidad. Ferox dejó de intentar sortear los restos de las chozas en ruinas y decidió subir al terraplén. Había una masa de cincuenta o sesenta guerreros en la ladera que tenía a sus pies. Y más en la loma siguiente. Mucho más cerca había un grupo de hombres con hondas y jabalinas que avanzaban lentamente hacia el fuerte.

Ferox corrió por lo alto del herboso terraplén. Aquí y allá se veían los tocones de los postes que, en su día, habían sido una empalizada destinada a proteger a los hombres apostados en el muro. Mientras corría, la piedra de una honda barrió la hierba que tenía delante. Otra pasó a un palmo de su cara. Ya no había lugar donde protegerse en lo alto del terraplén, y los tungros, sensatos, esperaban detrás de las defensas en vez de convertirse en blancos sobre ellas. Por el momento los selgovae se limitaban a hacer tientos, dado que ignoraban cuántos romanos había entre las ruinas cubiertas de humo, aunque no tardarían en percatarse de la debilidad de los defensores.

Siguió corriendo. Había dos viejos accesos a la fortificación. Aquel por el que él había accedido daba al paso; el segundo estaba en el otro extremo, mirando al resto de la cima. El viento cambió y arreció dejándole ver las altas plumas de Anio y del centurión legionario que ocupaba su posición en el acceso opuesto. Ferox fue a su encuentro a toda prisa bajando por un lado del terraplén y saltando por encima del muro de piedra de uno de los corrales.

Tito Anio, al verle, esbozó un gesto de disgusto.

—Creía que habías ido a por órdenes.

—He enviado a mis hombres. Suponía que os vendría bien otro oficial.

El comandante de la cohorte se encogió de hombros, y siguió diciéndole al centurión legionario que debía formar a sus hombres para bloquear la entrada. Al iniciarse la jornada, los selgovae habían colocado un carro en el hueco, pero cuando abandonaron el fuerte lo lanzaron pendiente abajo. Ahí estaba, con ambas ruedas destrozadas, así que no podrían utilizarlo.

—Tú aguanta aquí, Rufo —le dijo Tito Anio al centurión de la II Augusta—. Ubicaré un destacamento en el otro acceso y mantendremos al resto formado en grupos de veinte para enfrentarse a quienquiera que decida superar el terraplén.

Rufo asintió. Tenía la cara negra de hollín.

—¿Qué hay del otro acceso?

Tito Anio, irritado, se golpeó en la pierna con la mano.

—Me había olvidado. Pondré hombres allí.

—No sabía que hubiera otro acceso —dijo Ferox.

—No es una entrada de verdad —le dijo Rufo—. Es un hueco, al fondo, por donde metían y sacaban a las ovejas. Lo hemos atravesado con las mulas.

El humo se hacía cada vez más denso y Ferox se dio cuenta de que las pavesas habían empezado a prender en la maleza, principalmente en la ladera que llevaba al gran valle, pero el viento había empezado a soplar del oeste y empujaba los bancos de humo hacia el fuerte.

—¡Escudos arriba!

Los hombres de Rufo alzaron los grandes escudos curvos justo antes de que las jabalinas empezaran a volar hacia ellos. Hubo un sordo repiqueteo cuando las puntas impactaron con fuerza contra el cuero que protegía la madera y rebotaron, y un sonido metálico cuando una de ellas fue desviada por el umbo de hierro de una de las defensas. Los legionarios mantuvieron la formación en el acceso: tres hombres de frente por tres de fondo. Cada uno llevaba un *pilum*, la jabalina pesada que tan solo usaban las legiones dotada de una punta piramidal en el extremo de una delgada vara de hierro de dos pies de largo unida a un asta de cuatro. El mismo peso del *pilum* hacía de él un arma para las distancias cortas, pero toda la fuerza se concentraba en la pequeña punta, diseñada para atravesar escudos y armaduras como si fueran mantequilla caliente.

—¡Esperad la orden! —Rufo volvió a sufrir un ataque de tos, pero el

joven centurión hablaba con calma y confianza.

Los *carnyxes* sonaban en el exterior, convocando a los guerreros y animándolos a la lucha. Con un repentino alarido, docenas de guerreros cargaron contra los hombres de la entrada. Los lideraba un britano alto que llevaba un casco de bronce con penacho de pelo de caballo ondeando a su espalda. Llevaba espada larga y un gran escudo redondo decorado con la imagen de un jabalí en blanco. Los hombres que venían detrás de él vestían túnicas y pantalones, y portaban pequeños escudos y jabalinas o espadas de punta roma diseñadas exclusivamente para dar tajos.

—¡Esperad!

Rufo se mantenía a la derecha de los nueve legionarios que protegían el acceso. Dado que llevaba el escudo con la mano izquierda, tenía el costado derecho expuesto, aunque cubierto por el terraplén. Cinco soldados más esperaban detrás de él y el resto formaba en filas, dispuestos a apoyar a cualquiera de los dos grupos. Las piedras apiladas de una casa en ruinas yacían al otro lado del acceso, lo que suponía que llegar al terraplén por ese sector sería difícil. Aun así, Ferox desenvainó la espada y se dispuso a luchar. Tito Anio estaba a su lado, con un escudo en una mano y una espada en la otra, en compañía de dos auxiliares de su escolta personal, uno a cada lado. Ferox no había visto a nadie traerle el escudo al oficial.

—¡Lanzad! —les gritó Rufo a sus hombres, y los tres legionarios de la fila central dieron dos pasos al frente y movieron los brazos hacia atrás antes de propulsar y dejar volar sus pesados *pila*.

En cuanto dispararon, los siguió la segunda fila, que imitó a la primera. Los tres hombres de la fila trasera hicieron la misma leve pausa que los de la segunda antes de seguirlos. Los *pila* eran grandes y voluminosos, así que la ligera espera reducía las probabilidades de que estos proyectiles se golpearan entre ellos y perdieran efectividad.

—¡A la carga! —gritó Rufo, ya que a los legionarios se les inculcaba que debían ser agresivos.

Los hombres, aullando, salieron del acceso a la carrera mientras se llevaban la mano derecha a las espadas para desenvainar. Ferox, Anio y los demás los siguieron. Una vez que dejó atrás la entrada, vio que el líder enemigo había caído; un *pilum* había atravesado su escudo y se le había

incrustado en el cuerpo. Otro hombre chillaba agónico, con una larga jabalina alojada en la entrepierna. Estaba sentado en la hierba y le salía sangre en burbujas por la boca. A su lado había otro guerrero muerto, con el *pilum* incrustado en la cabeza, y un cuarto al que la vara de hierro le había atravesado el muslo y le sobresalía tres palmos.

El resto de los guerreros se detuvieron, confundidos y consternados, y los legionarios cargaron diez pasos hacia ellos. Los romanos empujaron con sus pesados escudos. Ferox vio a uno de los selgovae despegar los pies del suelo al recibir el impacto; luego, los soldados empezaron a dar estocadas con sus gladios. Todo acabó antes incluso de haber empezado. Cayeron otros tres guerreros. Los heridos fueron rematados con eficiente precisión mientras el resto huía.

Ni Ferox ni Anio se habían acercado lo suficiente como para cruzar hojas con el enemigo. Rufo tenía sangre en su espada y un chorro de sangre britana en la cara. Los legionarios farfullaron entusiasmados; algunos intentaron recuperar sus *pila*, aunque con escaso éxito. Uno de ellos, al chocar contra una piedra, se había quebrado. Dos más estaban intactos y podían volver a usarse, pero aquellos que habían hecho blanco estaban incrustados, ya que estaban diseñados para clavarse y no para ser retirados con facilidad.

—Al menos hemos ganado algo de tiempo —dijo Tito Anio.

Un legionario gruñó cuando una jabalina surcó el aire, directa a su costado derecho, donde no contaba con la protección del escudo. El proyectil impactó contra una de las placas de su armadura segmentada. La fuerza del golpe hizo caer al legionario al suelo, aunque la punta no llegó a atravesar el hierro.

—¡Atrás! —gritó Tito Anio—. ¡Reagrupaos en la puerta!

Los guerreros volvían a avanzar. Otra jabalina describió un arco en el aire. No se clavó al chocar contra el suelo, sino que se deslizó hacia delante por la hierba y se detuvo justo ante Ferox. Uno de los legionarios ayudó a su compañero caído a ponerse en pie mientras los legionarios caminaban de espaldas haciendo uso de sus defensas para detener los proyectiles. Las piedras de las hondas impactaban contra ellos; una de estas, lanzada a un palmo del suelo, golpeó a uno de los hombres en la espinilla y le partió el hueso. El legionario cayó, y, mientras el hombre que tenía al lado se agachaba para ayudarle, una jabalina le atravesó el brazo derecho. El soldado aulló de

dolor y dejó caer la espada.

—¡Corred! —gritó Ferox.

La puerta estaba cerca, y era mejor correr para refugiarse tras el terraplén que intentar detener unos proyectiles que llegaban de todas partes. Corrió hacia el caído, le cogió del brazo y le arrastró por la hierba. Otro hombre aferró al legionario del otro brazo, y, para su sorpresa, Ferox comprobó que era Tito Anio, con la espada envainada y blandiendo el escudo para proteger a los tres. El comandante de la cohorte sonrió.

—Ya casi estamos —dijo Anio.

Entonces una piedra le rozó el puente de la nariz y le golpeó en el ojo derecho convirtiéndolo en un pegote ensangrentado. Trastabilló, soltó al hombre y se llevó la mano a la cara.

Ferox tiró del legionario otro paso, al lugar en el que esperaba otro de sus compañeros. Los dos tungros que escoltaban al comandante de la cohorte estaban con él, el uno abriendo camino y el otro haciendo lo posible por cubrir su retirada. Salieron más legionarios por la puerta para asistirlos.

Se oyó un largo alarido ululante y un guerrero desnudo salió corriendo hacia ellos, con una lanza en una mano y una pequeña hacha en la otra. Estaba cubierto de tatuajes, y, por primera vez aquel día, Ferox vio la marca del caballo en su frente. El guerrero lanzó su jabalina hacia el auxiliar tungro, que la detuvo con su escudo. La punta se incrustó hasta sobresalir dos pulgadas por el interior de la madera, no lo suficiente como para alcanzarle. Un *pilum* habría perforado la madera y habría penetrado hasta hundirse en el hombre que portaba la defensa. El auxiliar se tambaleó hacia atrás por el impacto y el guerrero pasó junto a él, se agachó para evitar el asta de la lanza incrustada y alzó el hacha para atacar a Ferox, que cogió al britano de la muñeca y le hundió la espada en la garganta. Ningún otro guerrero siguió a aquel; en vez de eso, se mantuvieron alejados, satisfechos, por el momento, con seguir lanzando proyectiles.

—¡Vamos! —le dijo al tungro a la vez que emprendía la carrera.

Una piedra le rozó la cota de malla a la altura del hombro; sintió el toque, pero ningún daño. Llegaron a la puerta. Eran los últimos en retirarse, y Rufo les gritó a sus hombres que volvieran a taponar la entrada. Tito Anio se sentó contra el muro de una choza derruida junto a la puerta. Se había quitado el

yelmo, y su escolta, junto con otro tungro, le estaban limpiando y vendando la herida como podían. Tenía mala pinta, al menos el ojo lo había perdido, y el joven centurión no estaba en condiciones de tomar el mando.

Ferox se acercó a Rufo de dos zancadas.

—Soy Flavio Ferox, centurión *regionarius*, y soy el más veterano de los que estamos aquí. —Era probable que aquello fuera cierto, y confiaba en que el joven lo aceptara sin rechistar—. También soy de la II, aunque esté destinado aquí.

—¡Ah! —dijo Rufo, sorprendido—. Ese Ferox.

Ferox creyó oír un susurrado «*omnes ad stercus*» de uno de los soldados cercanos. Supuso que habían oído hablar del desastre del Danubio, y quizá creyeran que les traería mala suerte tenerle cerca.

El joven centurión se recompuso y adoptó la posición de firme.

—Por supuesto, señor. Puedes confiar en los Capricornios. —Ferox no había oído ese apodo antes, aunque, teniendo en cuenta que llevaba mucho tiempo alejado de la II, no le sorprendió—. Señor.

—Sí.

—¿Por qué se mantienen alejados? Podrían desbordarnos trepando por el terraplén y no podríamos hacer nada para detenerlos.

—Supongo que están esperando a que oscurezca. Si atacaran ahora, nos llevaríamos a unos cuantos con nosotros. —Habló más alto para que los hombres también pudieran oírle—. Y conozco a los de la II Augusta: puedo asegurar que no serían pocos. —A los legionarios les gustó oír aquello—. Y estos muchachos tungros se las arreglan bastante bien. No entrarán fácilmente, puede incluso que no lleguen a entrar. Así que esperarán a que caiga la noche e intentarán desbordarnos entonces. Lo que no saben es que no estaremos aquí cuando eso ocurra.

—¿Señor?

—Nos retiramos, de vuelta a la columna, pero tenemos que ser listos. Aguanta aquí con tus muchachos mientras yo organizo al resto. Retrocederemos del terraplén hasta el centro del fuerte antes de retirar a los hombres de las puertas. También necesitaremos sacar de aquí a los heridos. A tus mulas también. No quiero que nadie tenga que pagar de su peculio la pérdida de propiedad militar. —Unos cuantos hombres sonrieron.

Antes de irse hizo que los tungros prepararan una camilla con dos lanzas y algunas capas para que se llevaran al ahora inconsciente Tito Anio. Hizo también que los legionarios imitaran a los tungros para acarrear al hombre que había recibido una herida en la pierna. La maleza ardía ya por la ladera que tenían a sus espaldas. Miró hacia el pequeño hueco en el terraplén que había mencionado Rufo, pero vio que aquel extremo estaba en llamas, así que no podrían usarlo. Eso significaba que tendrían que salir por la puerta principal, la que daba a la cumbre y la que estaba a la vista de los selgovae. El *optio* de los tungros se había hecho cargo de esa entrada y tenía a un grupo de hombres custodiándola. Hasta el momento ningún guerrero había intentado atacar, pero unos pocos hostigaban a los romanos con jabalinas y hondas, así que el tungro había enviado a sus propios honderos para mantenerlos a raya e incluso hacerles retroceder. Uno de los auxiliares había sido herido en una rodilla y otro de los hombres tenía la nariz rota y la cara hinchada y ensangrentada. En la ladera también había varios bultos que parecían montones de ropa dispersos: guerreros que no habían logrado esquivar los glandes de plomo que usaban los auxiliares. Eran más difíciles de ver que las piedras y volaban con más precisión gracias a su diseño uniforme. Aunque para entonces los tungros estaban agotando la munición y usando cualquier piedra que pudieran recoger del suelo. Los selgovae aún no se habían percatado de que los romanos mantenían la distancia.

Oscurecía por momentos, y no solo por el fuego que hacía irrespirable un ambiente plagado de cenizas y caluroso en extremo. Ferox buscó al *tesserarius* con la mirada, un veterano adusto con el rostro y los brazos del color de la madera.

—Selecciona a una docena de hombres y ven conmigo.

Mientras el *tesserarius* reunía a su contingente, Ferox le dijo al *optio* que mantuviera a sus hombres en el acceso pero que ordenara al resto que formaran en una densa columna en el interior del fuerte. Llegó entonces el comandante herido, acarreado por cuatro soldados.

—Destina a diez hombres para que estén con él en todo momento.

Ferox corrió hacia el extremo opuesto del fuerte con el *tesserarius* a su lado.

—¿Cómo te llamas?

—Gambax, señor.

—Tú y tus hombres quedaos aquí, pero manteneos a un lado del sendero. —Había un camino que recorría el viejo asentamiento por el centro. A su derecha se vino abajo la techumbre de una casa en llamas, lo que provocó un torbellino de pavesas—. Volveré para ponerme al mando, pero vuestra labor es cubrir la retirada de los legionarios, así que una vez que pasen por aquí, formaréis una línea que corte el sendero y aguantaréis. Habrá alguien esperando para cubriros a vosotros. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Muy bien. Volveré.

Los legionarios tenían a dos heridos más, uno en el pie y otro en la espinilla, allá donde los proyectiles habían pasado por debajo de sus escudos. Había cuatro cuerpos más ante la puerta, lo que significaba que los legionarios habían rechazado otro pequeño ataque. Tres legionarios demasiado heridos como para caminar, cuatro para llevarlos y otro hombre con un brazo inservible: eso dejaba a catorce hombres en condiciones de resistir junto al centurión. Ferox envió a los heridos y a aquellos que los asistían a retaguardia e hizo que Rufo dividiera al resto en dos grupos. Siete de ellos volvieron por el sendero hacia el punto donde giraba formando una primera esquina.

—Cuenta hasta cincuenta y repliégate. Si no os sigue nadie, haz que se retiren todos. Tengo a un grupo dispuesto para cubriros.

Cogió el escudo abandonado de uno de los heridos, calibró el peso y se sintió satisfecho de haber pasado horas practicando con el pesado escudo que usaba en los entrenamientos.

Ferox contó en su cabeza y, pasado el cincuenta, llegó hasta los tungros. Al volverse, vio aparecer a los primeros legionarios, tosiendo por culpa del humo. Rufo y el resto aparecieron un instante después. Les hizo un gesto para que se apresuraran y ordenó a los auxiliares que abrieran la formación para dejarles pasar. Tenía la cara empapada en sudor por efecto del calor y surcada de franjas de suciedad a causa del humo.

Volvió a contar hasta cincuenta.

—Vamos. Formad detrás de la columna. Yo os seguiré.

Los tungros se fueron a paso ligero y Ferox se quedó mirando al sendero. Oyó un grito a su izquierda y vio a un guerrero acuclillado en lo alto del

terraplén que informaba al resto de que los romanos estaban huyendo. Ferox siguió a los auxiliares.

—¡Toca carga! —le gritó al *cornicen*—. ¡Ahora!

El hombre se encontraba junto a la densa columna de tungros, al lado del *signifer* que portaba el *vexillum*. Ambos llevaban pieles de oso en los cascos, con la garras entrelazadas y engarzadas sobre sus pechos. El *cornicen* se lamió los labios y tocó las tres notas ascendentes que llamaban a la carga, la última más sostenida.

—¡Vamos! —gritó Ferox.

—¡A la carga! —dijo el *optio* que comandaba la centuria.

Los tungros que custodiaban la puerta corrieron pendiente abajo hacia los selgovae. Los escaramuzadores britanos se retiraron a toda prisa, sin saber hasta dónde tenían pensado llegar los romanos. Detrás del *optio* y de sus hombres la columna principal rebasó el acceso acompañada del ruido de escudos y equipo. Luego viraron para dirigirse a la loma. Ferox jadeaba en su carrera por unirse a ellos: necesitaba estar allí para que todo saliera bien. Detrás de los tungros venían los heridos y las mulas de los legionarios, con Rufo y sus catorce hombres, así como la partida de Gambax, en retaguardia.

Los selgovae entonaron sus gritos de guerra, tocaron los *carnyxes*, el ruido se fue haciendo cada vez más intenso, aunque aún parecían estar confundidos por lo que estaba ocurriendo. No duraría. El *optio* les dio el alto a sus hombres. Ferox estaba ya en lo alto del paso y les gritó a los tungros que se dividieran en dos. La columna frontal siguió avanzando, desapareciendo tras la loma, mientras que el resto daba media vuelta al tiempo que los heridos y renqueantes pasaban entre ellos.

Ferox se detuvo en la cima junto con los auxiliares en formación. Miró hacia el valle y comprobó que la vanguardia de la columna avanzaba a buen ritmo colina abajo. Por un instante le preocupó que, presas del pánico, olvidaran sus órdenes, pero entonces se detuvieron y dieron media vuelta en el sitio. Más preocupante aún era ver que no había tropas de la columna principal desplegándose para ir en su auxilio. A lo largo de más de media milla el valle estaba vacío. En el fuerte y sus alrededores tan solo había nubes de humo denso. Eso al menos serviría para entorpecer la persecución de los selgovae. Un gran alarido de rabia y entusiasmo se dejó oír cuando los

britanos se percataron de que sus enemigos no solo estaban en campo abierto, sino que corrían.

Rufo y la retaguardia ascendieron la loma a duras penas, ya que los legionarios corrían cargados con sus pesados y voluminosos escudos. Por el contrario, los tungros ascendían con mayor facilidad.

—Deteneos a cincuenta pasos pendiente abajo —le dijo Ferox señalando hasta el valle.

El *optio* y sus hombres se dieron la vuelta y cumplieron la orden, pero los guerreros más cercanos cargaron a toda velocidad. Las jabalinas desprendieron destellos al surcar el aire. Cayó un auxiliar con la punta de un proyectil hundida en el muslo, y a su lado otro de los hombres se resbaló o tropezó. Dos britanos se abalanzaron sobre él antes de que pudiera volver a ponerse en pie. Atacaron con las lanzas perforando su armadura; el hombre se retorció y se inclinó hacia atrás del dolor. Otro guerrero se dirigió al soldado que había sido alcanzado en la pierna y le propinó un tajo descendente con su espada larga desplazando con facilidad el brazo del herido y su inútil intento de detener los golpes. Una masa de selgovae empezó a materializarse en la loma. Cientos más emergían por los flancos de esta, al otro extremo del viejo fuerte, ansiosos por unirse a la caza.

Ferox vio al *optio* en medio de sus hombres: las dos plumas que llevaba a ambos lados del casco le hacían parecer más alto que los demás. Pero entonces el oficial cayó, probablemente alcanzado por una piedra. Dos de los tungros volvieron a por él solo para verse desbordados por una marea de guerreros. Ferox oyó un alarido largo y agudo y vio los destellos de las espadas descargando tajos. Y entonces desaparecieron los tres auxiliares. El resto de los hombres del *optio* corrió en dirección opuesta soltando escudos y lanzas, un acto desesperado para ganar velocidad.

—Vamos a avanzar —anunció Ferox a la treintena de tungros formados en tres filas en lo alto del paso—. Cuando dé la orden, quiero que gritéis como no lo habéis hecho nunca. Entonces recorreremos diez pasos. Seguid golpeando los escudos con las lanzas. La primera línea lanzará sus jabalinas. El resto, mantenedlas listas. Pero nos detendremos.

Se volvió para examinar sus rostros: la típica mezcla de viejos y jóvenes. Todos estaban nerviosos, pero algunos lo ocultaban mejor que otros.

—En cuanto hayamos concluido, esperaréis la orden. Entonces volveremos a paso ligero por donde hemos venido. ¿Comprendido?

Los hombres asintieron.

—¡No os oigo!

—¡Señor! —gritaron.

—Bien —respiró profundamente—. ¡Adelante! ¡En marcha!

Ferox empezó a golpear el marco de latón de su escudo prestado con la hoja del gladio. Los auxiliares emitieron un vítor e imitaron al *regionarius* haciendo sonar los escudos con las lanzas mientras descendían la colina.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Que os oiga esa basura!

Los selgovae miraron hacia arriba, sorprendidos de ver a los romanos aproximándose. Muchos vacilaron, dejaron de correr o sencillamente se detuvieron. Unos pocos persiguieron a lo que quedaba de los hombres del *optio*.

—¡A un lado! —les gritó Ferox con rabia a los fugitivos mientras señalaba con su espada. Estaba contando pasos en la cabeza.

—¡Alto! ¡Fila frontal! ¡Lanzad!

Moverse le daba fuerza al lanzamiento, pero a aquellos hombres también se les había adiestrado para efectuar lanzamientos sin necesidad de emprender una carrera; además, la pendiente les beneficiaba. Once jabalinas de asta gruesa volaron por el aire; las puntas, con forma de hoja, emitieron destellos. Una de ellas impactó por casualidad contra el pecho de un guerrero que ascendía a la carga; le atravesó el cuerpo y lo derribó. Dos britanos más fueron alcanzados y el resto retrocedió un trecho.

—¡Atrás! ¡Atrás! —aulló Ferox.

A los tungros no les hizo falta la orden para dar media vuelta y huir acompañados del tintineo de su equipo mientras remontaban la pendiente, chocando los unos contra los otros. Ferox los siguió. Hubo nuevos alaridos de victoria de los selgovae y los *carnyxes* volvieron a sonar.

—¡No os detengáis!

Los tungros superaron la cima, y Ferox vio que la otra media centuria esperaba allí, con los legionarios en formación, junto a ellos. Rufo estaba al frente con la espada levantada, su penacho blanco sobresalía. Aquella no era la orden que había dado, pero quizá el oficial tuviera razón y fuera

conveniente reforzar aquella primera sorpresa contra el enemigo. Ferox volvió la cabeza para mirar por encima del hombro y vio una marea de britanos corriendo colina arriba, el más cercano a poco más de veinte pasos de distancia. Sintió que se movía el aire cuando una jabalina pasó a su lado; fue entonces cuando superó la loma y empezó a descender. Estaría a salvo durante un instante.

—¡Formad aquí! ¡Formad en la pendiente! —les gritó a los tungros en un intento de cerciorarse de que recordaban sus órdenes.

Cada uno de los grupos tenía que recorrer cien pasos y luego dar media vuelta para colocarse de cara al enemigo con el objeto de proteger al resto de unidades mientras se retiraban. Estaba a punto de unirse a la partida de Rufo cuando este sonrió y señaló con su espada colina abajo.

—¡Aguantaremos! —dijo—. Te necesitan allí.

Ferox sonrió y siguió corriendo. Tenía la espalda empapada en sudor por el peso de la armadura y el continuo ir y venir a la carrera.

—¡Alto! —les gritó a los tungros—. ¡Media vuelta!

Los auxiliares obedecieron, aunque no le conocieran. Por el momento todo estaba funcionando, pero no faltaba mucho para que el pánico se apoderase de ellos, y, entonces, se convertirían en una oleada de fugitivos huyendo hacia el valle. Cuando eso ocurriese, los lentos, los débiles, los torpes y los desafortunados morirían. Puede que ninguno lograra zafarse de sus perseguidores, ya que aún no había ni rastro de movimiento en el campamento que indicara que venían a ayudarlos. Se preguntó si Vindex habría dado ya con algún oficial, y si tendrían el sentido común de escuchar a un britano, aunque fuera uno de sus exploradores.

Apareció un guerrero en la cima, y, en un instante, emergieron docenas a su lado. Los hombres de Rufo soltaron un alarido de entusiasmo y los tungros, así como el pequeño destacamento de legionarios, cargaron hacia ellos. Aquello siempre era agotador, incluso en las distancias cortas, pero los hombres corrieron colina arriba. Ferox no pudo oír la orden, y un cambio en el viento empujó una nube de humo hacia los romanos, lo que hizo que les fuera difícil ver algo. Lo que sí observó Ferox fue la ondulación de la formación cuando la primera fila lanzó sus jabalinas; luego la segunda, y luego la tercera. Cayeron guerreros a lo largo de la cima y, entonces, legionarios y tungros corrieron

hacia ellos. A pesar de cargar jadeantes, lo hicieron con ánimo.

—No esperéis demasiado —dijo Ferox para sí, preocupado por si el joven centurión se dejaba llevar por su éxito—. Volved. Atrás.

Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, así que espiró. Vio entonces que la desigual formación romana daba media vuelta y volvía a descender. La cima del paso estaba cubierta de cuerpos, y los hombres de Rufo habían causado importantes bajas a los britanos más temerarios. También sufrieron heridas dos tungros y un legionario, que tuvieron que ser asistidos durante la retirada, lo que suponía menos hombres disponibles para luchar.

—Preparaos, muchachos. Ahora nos toca a nosotros —les dijo Ferox a los auxiliares.

En cuanto superaron la loma y estuvieron a cubierto, Rufo ordenó a sus hombres que se retiraran a paso ligero. Era difícil mantener el ritmo corriendo colina abajo, en particular con el peso de los escudos, la armadura y los cascos, y, cuando rebasaron a Ferox y a sus hombres, legionarios y auxiliares medio corrían medio trastabillaban. La formación estaba prácticamente deshecha.

Un guerrero solitario hizo su aparición en la cima. Era alto y delgado, y llevaba cota de malla, una capa de rayas rojas y blancas y un casco de bronce. Parecía resplandecer, salvo por su escudo, que era sencillo y pardo.

—Cinco pasos atrás, lentamente. —Los tungros obedecieron la orden queda de Ferox—. Cuando llegue el momento, la segunda fila lanzará sus jabalinas. Si digo «carga», avanzamos diez pasos y nos detenemos. Si digo «aguantad», aguantamos, y si digo que corráis, seguidme y corred como si os persiguieran todos los demonios del Hades.

Vio sorpresa en los rostros de los auxiliares y se sintió satisfecho al comprobar entre ellos unas cuantas sonrisas.

Los britanos volvieron a aparecer a lo largo de la loma, organizándose en torno al solitario guerrero. Los esbeltos *carnyxes* empezaron a tronar su desafío.

—Un paso atrás —ordenó Ferox—. Y otro.

Miró a su espalda y vio que Rufo había dado media vuelta y estaba reagrupando a sus hombres, pero habían llegado mucho más lejos de lo que hubiera querido y estaban a ciento cincuenta pasos de distancia. Ese era

siempre el problema de las retiradas. Los hombres se apresuraban e iban más lejos y más rápido de lo que debían hasta que los oficiales lograban detenerlos.

Los selgovae empezaron a descender la pendiente lentamente, la mayoría formando filas, codo con codo, golpeando sus pequeños escudos con las armas y cantando algo que bien podía ser una palabra o un simple gruñido una y otra vez. El guerrero de la capa a rayas estaba en el centro y a su lado había otro hombre con el pecho descubierto, más alto y más ancho de hombros, con mechones grises en la melena castaña. Llevaba un gran escudo rectangular, la superficie del cual estaba maltrecha y repleta de marcas de combate. La defensa aún lucía los relámpagos de la Legio XX, aunque, sobre estos, había dibujado un jabalí embistiendo. Justo detrás de ellos alguien portaba un estandarte coronado por un gallo de bronce.

—Poco a poco, muchachos, otro paso atrás.

Un par de britanos se desgajaron de la formación y corrieron dispuestos a arrojar sus jabalinas.

—Tranquilos, muchachos. Asid los escudos con firmeza. Otro paso atrás.

Uno de los auxiliares en la fila trasera resbaló, cayó y aulló un juramento. Las jabalinas impactaron contra los escudos de la primera fila; una de aquellas se hundió en la madera de una de las defensas y una astilla rozó la cara de uno de los tungros.

Ferox miró a su espalda. El terreno que daba al valle era más escabroso de lo que pensaba y se inclinaba un poco hacia arriba, con lo que ya no podía divisar el campamento romano. Ahora no tenía forma de saber si llegaban refuerzos o no. Los heridos estaban siendo llevados por la quebrada que había frente al pequeño montículo. Los selgovae seguían entonando su canto; el sonido era cada vez más audible, hasta que pareció golpearles. Ferox estaba a punto de darse la vuelta para valorar si merecía la pena correr algo más antes de reagruparse cuando, por el rabillo del ojo, percibió movimiento en el montículo. Emergió un hombre en lo alto del montículo, acuclillado e inclinado hacia delante, sosteniendo una lanza con una mano y un escudo con la otra. Estaba demasiado lejos como para verlo con claridad, pero a Ferox le daba la sensación de que el hombre sonreía al incorporarse. Salvo por la capa, el guerrero estaba desnudo. Tenía el cuerpo repleto de líneas y círculos

de color azul, y, cuando agitó la lanza en el aire, docenas y luego grupos enteros de hombres, atendiendo a su llamada, desbordaron el montículo.

—¡Orbe! —gritó Ferox—. ¡Formación en orbe, dos filas de fondo! ¡Rápido!

No era la orden que estaban esperando, pero ya fuera gracias a la práctica o al instinto, los tungros de la fila trasera dieron media vuelta sobre sus talones y un paso al frente, y los hombres apostados en el centro se movieron con más brío. La fila delantera se dobló por los extremos y, en un instante, formaron un círculo irregular. Ferox estaba en el centro, dirigiendo a los hombres de la fila central para que reforzaran flancos y retaguardia. El centurión gritaba y los empujaba hacia donde eran necesarios. Uno de los auxiliares gruñó cuando una jabalina rebasó su escudo por arriba y se le clavó en la malla reforzada del hombro. Ferox tiró del hombre para meterle en el centro de la formación.

Los selgovae estaban más cerca. Cada vez con más intensidad los proyectiles impactaban contra los escudos de los tungros. Uno de los soldados recibió un impacto en el rostro tan fuerte que su cabeza, incluido el casco, se desprendió de sus hombros y rodó por el suelo. Ferox miró hacia la pendiente y vio a Rufo y a sus hombres corriendo colina abajo: cargaban para proteger a los heridos de la nueva amenaza, pero cada vez más guerreros superaban el montículo. Debían de haberse congregado allí sin que los vieran, y había esperado el momento oportuno. Los romanos cargaron dispersos, sin guardar formación. Ferox vio al joven centurión en cabeza, aunque dudaba que pudieran abrirse camino a través de tal cantidad de enemigos. No podía hacer nada para ayudarlos, así que cada grupo tendría que luchar su pequeña batalla y ver quién duraba más.

Ferox se dirigió al centro de la fila frontal. Sintió reverberar su defensa prestada ante el impacto de una jabalina.

—Muy bien, muchachos. Vamos a demostrarles cómo luchan los mejores soldados del mundo. ¡Esos desgraciados aún no saben a lo que se enfrentan!

—Pobres idiotas —dijo alguien.

—No os lamentéis por ellos, limitaos a matarlos —les dijo a los auxiliares.

Los selgovae cargaron. Primero lanzaron más jabalinas, y Ferox sintió

vibrar su defensa de nuevo. El hombre que tenía al lado se desplomó cuando una lanza pesada atravesó su escudo y se le incrustó a la altura del cinturón. El caído fue arrastrado al centro y otro soldado ocupó su lugar justo a tiempo de enfrentarse a los guerreros.

El mundo de Ferox se volvió pequeño, ya que cualquier orden ahora carecía de sentido, y todo lo que importaba eran aquellos que formaban a su lado y los dementes que corrían hacia él. El primero era joven, poco más que un niño, y se mostraba deseoso de probar su valía en batalla. Cargaba contra el enemigo con el miedo convertido en rabia. Se abalanzó sobre Ferox, su escudo crujió contra el escudo de Ferox cuando el *regionarius* alzó el umbo de su enorme *scutum* legionario y cargó todo su peso tras la defensa. Un hombre más corpulento podría haberle derribado, pero Ferox era un hombre sólido y vestía una pesada armadura, aunque, aun así, el golpe le hizo retroceder. Sus botas resbalaron dos palmos, pendiente abajo. Vio que el muchacho levantaba la espada para descargar un tajo y decidió lanzar una estocada con el gladio. La larga punta triangular se hundió en la axila de su atacante. El muchacho abrió la boca al máximo, aunque Ferox no le oyó gritar en medio del estruendo de voces y el choque de las armas. Giró el arma y tiró de ella para liberarla del cuerpo, y luego lanzó otra estocada, directa a la garganta. Un chorro de sangre describió un arco sobre su escudo y le manchó la cara. Tuvo que parpadear para ver, pero ya tenía el gladio retirado y listo para atacar de nuevo.

Cuando Ferox abrió los ojos, el muchacho se había desplomado, y un hombre de más edad saltó hacia él, proyectando su lanza contra el rostro del centurión. Agachó la cabeza para apartarla de la trayectoria del arma, sintió un fuerte impacto contra la carrillera del casco y lanzó una estocada al frente que chocó contra el escudo cuadrado del britano. El soldado de su derecha recibió un tajo por debajo del escudo que le abrió la pierna justo por debajo de la rodilla. Se tambaleó, descuidó su guardia, y el guerrero que había detrás de aquel con el que se enfrentaba le hundió al tungro su lanza en el ojo. El auxiliar moribundo fue arrastrado hacia la masa de enemigos y su adversario le pisó. Ferox se giró ligeramente a la izquierda, empujó con fuerza con el umbo de su escudo y logró desestabilizar al guerrero, aunque sintió un poderoso golpe a la derecha del torso cuando el guerrero al que se enfrentaba

le propinó otra estocada con la lanza. La punta se enganchó con los anclajes del hombro de la armadura y se quebró. De no haber tenido tanta suerte, sospechaba que estaría en el suelo.

Un auxiliar de la segunda fila ocupó el hueco junto a Ferox, y este pudo centrarse en su oponente. El guerrero tenía el rostro arrugado y parecía haber luchado en muchas ocasiones. Tenía la mirada fija en los ojos del romano, y proyectó la lanza hacia el rostro del centurión sin amagar un aviso. Ferox alzó el escudo, vio la punta atravesar el cuero y la madera y sus movimientos se volvieron torpes al tener la pesada lanza incrustada en la defensa. Descargó un tajo contra el asta de madera y logró liberar el escudo. Para entonces, el guerrero había logrado desenvainar su larga y delgada espada, cuya hoja estaba mellada en varios puntos.

Ferox alzó el gladio con el codo doblado y la punta encarada a los ojos de su contrincante, lista para atacar. Esperó a que el guerrero descargara un tajo. Era vagamente consciente del combate que estaba teniendo lugar a su alrededor. El guerrero hizo una finta, destinada, en apariencia, al lado izquierdo de su cabeza. Una, dos veces, y luego hizo un barrido descendente. Ferox se agachó, levantó el escudo y vio la hoja de hierro barrer el marco de latón. Su propio gladio se proyectó hacia delante, hacia el rostro del sujeto, pero resultó desviado por el escudo de este y no logró más que rozarle la mejilla. Le dolían el hombro y el pecho. Jadeaba por el esfuerzo.

El guerrero golpeó con su escudo, pero este era mucho más pequeño que el *scutum* y no logró hacer que Ferox perdiera el equilibrio. Volvió a lanzar una estocada con su gladio una vez más cuando el guerrero inclinó ligeramente la cabeza mientras su brazo derecho describía un arco descendente, y la punta del arma romana le atravesó la boca con tal fuerza que Ferox sintió que le crujían los dientes y los huesos al britano.

Los tungros aullaron; fue un vítor débil y exhausto, pero de triunfo, dado que los selgovae empezaban a replegarse. No fueron muy lejos, tan solo lo suficiente para no ser vulnerables a las puntas de las lanzas de los defensores. Ferox dejó caer al guerrero muerto al suelo, y tuvo que pisarle el cuello con la bota para retirar su espada. Dos auxiliares habían caído, cuatro más estaban demasiado malheridos como para mantenerse en pie. La mayoría tenía alguna herida, pero podían seguir luchando. Todos ellos tenían la cara roja y

jadeaban. Cascos y armaduras estaban empapados en sudor y se antojaban pesados como el plomo.

—Bien hecho, muchachos —dijo Ferox resollando. Tuvo que hacer un esfuerzo por alzar la voz—. Les estamos dando una lección. Ahora están preocupados.

—Sí, seguro que están aterrados —dijo uno de los tungros—. Se deben de estar meando en las botas.

Los hombres rieron. Fue un sonido maravilloso que hizo que el centurión se sintiera aún más cerca de aquellos hombres a los que tan solo había conocido hacía una o dos horas. Miró a su espalda. Había muertos y heridos dispersos por la hierba de la ladera. Eran dos grupos de romanos rodeados por cientos de selgovae. Vio que el otro grupo intentaba abrirse paso hacia ellos.

—¡Escudos arriba! —gritó ahora que empezaban a llover lanzas y jabalinas de nuevo.

Pronto tendrían que acabárseles los proyectiles. Uno de los auxiliares dejó volar su lanza colina arriba y aulló triunfal cuando le acertó a un guerrero. Un instante después recibió un impacto en el pie y empezó a chillar como un cerdo hasta que uno de sus compañeros le ordenó a gritos que parara.

—Mierda —dijo alguien.

Los guerreros volvían a avanzar, más lentamente esta vez, pero resueltos y sin acompañar su avance con cánticos.

—Tranquilos, muchachos. ¡Vamos a darles una lección!

El combate se desarrolló igual que el anterior, hombres gruñendo como agotados jornaleros a medida que se propinaban golpes y estocadas a uno o dos palmos de distancia. Ferox recibió un corte por debajo de la rodilla, y tuvo suerte de que la herida no fuera profunda. El penacho de su casco fue el blanco de otro tajo que se llevó casi la mitad del distintivo; le golpearon dos veces en los hombros, y supo que le habían causado heridas aunque las hojas no hubieran penetrado. Le abrió la cabeza al primero de sus oponentes, y, cuando el hombre cayó de espaldas y otro ocupó su lugar, logró derribar al segundo con un empujón del escudo y una estocada dirigida al vientre.

Los tungros no lanzaron vítores la segunda vez que el enemigo se retiró, sino que retrocedieron hacia el montículo para descansar y recomponerse

antes de la siguiente embestida. Los auxiliares jadeaban como hombres que ganaran la superficie después de haber estado sumergidos en el agua. Tan solo una docena lograban mantenerse en pie, y formaron una única fila, algo más dispersa de lo que resultaba recomendable y con el espacio justo para proteger a los trece heridos. El resto había sido sacado a rastras de la formación por los britanos y despedazados, si no habían muerto ya. Muchos de los selgovae blandían en alto las cabezas cortadas de los cadáveres. Había más guerreros muertos o malheridos que romanos, pero no importaba. Ferox dudaba que fueran a resistir otro ataque. En la pendiente, uno de los grupos de romanos parecía haberse desvanecido, el otro estaba muy menguado y acosado por todos los flancos. Se preguntaba qué le habría pasado a Vindex y al mensaje y por qué no había llegado ayuda, pero en realidad ya no importaba, porque, a no ser que llegaran muy pronto, tan solo encontrarían cadáveres.

Ferox suspiró, respiró profundamente y abandonó el círculo de soldados. Había una última apuesta que hacer, y no había razón para no tirar los dados, porque si no funcionaba estaban todos muertos igualmente. Alzó su pesado escudo y el gladio.

—¿Alguien se atreve a enfrentarse a mí? —Observó a la masa de guerreros que tenía a tiro de lanza—. Soy Flavio Ferox, centurión de Roma y señor de los siluros. —Esto no era cierto, pero ¿qué importaba si eran sus últimos momentos?—. Soy un guerrero y escupo sobre vosotros, cobardes, que sois incapaces de enfrentaros hombre a hombre.

Habló con lentitud porque el acento local era muy fuerte, y quería que le comprendiesen. De haber estado en su lugar, habría hecho que derribaran a un idiota como él con un par de jabalinas, pero no eran siluros, y Ferox confiaba en el orgullo de aquellas gentes y en su amor por un gesto que bien merecía ser cantado.

El hombre que llevaba el escudo romano dio un paso al frente y luego se volvió para encarar a sus guerreros. Levantó la lanza y rugió hacia ellos. Los selgovae le vitorearon, mientras Ferox hacía lo posible por luchar contra la tentación de correr hacia él y apuñalarle por la espalda. Necesitaba tiempo, y eso significaba jugar según las reglas.

—Vamos... ¿O acaso necesitas los gritos de los demás para hacer acopio de valentía? —dijo Ferox.

El guerrero le ignoró y siguió dándole la espalda, desnuda, al romano, antes de girarse muy lentamente.

—Pareces un gorrión con tus chillidos —dijo.

Parecía rondar los cuarenta y era algo más bajo que Ferox, pero igual de ancho de hombros y con unos brazos que parecían aún más robustos. Llevaba una gruesa torques de plata en el cuello, finos brazaletes en la muñeca y una espada larga al cinto. Vestía botas sencillas y pantalones de lana teñidos con cuadrados de color azul, verde y gris. Tenía el pecho repleto de cicatrices y libre de pinturas o tatuajes. Allá donde la superficie de cuero de su escudo estaba rasgada, podía verse la madera pintada de rojo. El hombre debía de haberlo mantenido así a sabiendas, probablemente para mostrar que así era como se lo había arrebatado al dueño después de un cruento combate.

—Tú eres el siluro que es esclavo de los romanos.

El hombre tenía los ojos más claros que Ferox hubiese visto en la vida, su mirada era brillante y fría como el sol de invierno, y aquello azuzó su memoria. Era el mismísimo Venutio, quien, además de ser un conocido ladrón de ganado, tenía fama de ser un mortífero guerrero.

—Les daré tu cabeza a mis perros —dijo.

Cerca de él estaba el guerrero de la capa roja y blanca, y ahora que estaba más cerca de Ferox, el centurión pudo comprobar que no tenía más de quince o dieciséis años. Los pocos y dispersos pelos que lucía en el labio superior delataban el lamentable intento de dejarse bigote. A su lado estaba el estandarte.

—Si son como tú, seguro que ladran más que muerden.

Venutio, señor de aquellos valles, rio, divertido, y luego propulsó su lanza con todas sus fuerzas. A esa distancia hubiera perforado la madera de cualquier escudo. Ferox la golpeó con el umbo y sintió que el hierro de este se hundía tanto que llegó a apretarle los nudillos. Trastabilló de espaldas, sobre la hierba, intentando no perder el equilibrio. El caudillo había desenvainado; la delgada hoja medía tres pies de largo, tenía punta y estaba afilada por los lados. El britano se aproximó al romano y su gente le vitoreó.

La mano izquierda de Ferox le dolía, y tenía el brazo entumecido. Volvió a levantar el escudo cuando el britano empujó su propia defensa contra él, y, una vez más, Ferox retrocedió. La espada larga cayó y el centurión sintió el

impacto en la parte superior del escudo. La hoja quebró el marco y atravesó las tres capas de madera. El centurión lanzó una estocada, pero el caudillo, sorprendentemente ágil para ser tan corpulento, saltó de espaldas, y la punta de hierro solo encontró aire.

A Ferox le era difícil respirar, sentía que las fuerzas le abandonaban. No había visto combatir ni a Venutio ni al joven guerrero, quienes parecían estar frescos y llenos de energía mientras que él estaba cerca del agotamiento absoluto. Estaba demasiado cansado como para tener miedo.

Venutio avanzó, bailando casi tanto como caminando, con las piernas flexionadas. Lanzó una estocada que Ferox detuvo, y la rápida estocada del *regionarius* pasó por encima del escudo del britano y le rasgó la piel a la altura del hombro. Venutio dio un empujón con su escudo, pero estaba demasiado cerca como para poder hacerlo con fuerza. Ferox se apartó, lo que obligó al hombre a girarse de modo que ambos quedaron a la misma altura. El caudillo volvió a dar un salto atrás.

Ferox se aseguró de respirar aún con más dificultad de la necesaria. Le ponía nervioso tener el costado derecho expuesto a filas y filas de enemigos que observaban a unos pasos de distancia, pero tenía que ignorarlos y concentrar mente y espíritu en su oponente.

El caudillo se acercó de nuevo, con la espada en alto, dispuesta para descargar un potente tajo descendente. Era el modo de lucha de los britanos, una técnica muy arriesgada, pues siempre dejaba al descubierto gran parte del cuerpo que quedaba sin la protección del escudo. Ferox también tenía el gladio en alto, preparado, en apariencia, para lanzar una estocada a la altura de los ojos, aunque supuso que la guardia de Venutio era una finta, como lo era la suya. El britano quería que mantuviese la mirada fija en su hoja.

Venutio hizo amago, con la mano derecha, de atacar, pero se detuvo cuando el centurión alzó su arma para bloquear el tajo y, en su lugar, cargó todo el peso de su cuerpo tras el escudo y golpeó con la defensa. Ferox avanzó para responder al ataque poniendo todo su peso tras el *scutum*. El terrible impacto dejó sin respiración a ambos contendientes, pero sirvió para que Ferox pudiera acercarse al caudillo con el gladio en alto, y el *regionarius* golpeó en el rostro de su oponente con el pomo de madera tallada. Tenía una forma casi esférica y un pequeño aplique de bronce en el extremo.

El caudillo retrocedió ante el inesperado impacto, y Ferox le siguió para propinarle un segundo golpe, aún más fuerte. Sintió que la nariz del britano se quebraba. Atacó una y otra vez, apuntando a la frente, y Venutio se tambaleó, con el rostro ensangrentado y esos ojos fríos que, de pronto, miraron al vacío. Entonces cayó de rodillas. Ferox retrocedió de un salto y dejó que el hombre se desplomara.

El joven guerrero de la capa a rayas gritó, un sonido sin palabras. Corrió hacia Ferox, con la espada en alto. Ferox apenas tuvo tiempo de levantar su escudo antes de que la hoja cortara el aire. Golpeó en la parte superior del *scutum*, agrandando aún más la brecha abierta por Venutio, y Ferox dejó caer la defensa al suelo porque la espada del muchacho se había quedado enganchada a la madera. Lanzó una rápida estocada hacia el chico. Dirigió la punta al hueco que había entre la parte superior de su cota de malla y las carrilleras del escudo de bronce. El penacho del yelmo era un cuervo, las alas del cual se agitaban.

—Tienes mucho que aprender, chico, aunque puede que no llegues a tener ocasión.

Ferox mantuvo la espada amenazante, apretando lo suficiente para que el muchacho sintiera la presión y supiera que con un leve movimiento le podía abrir la garganta. El joven guerrero tragó saliva, y aunque sus ojos verdes observaban aterrorizados, hizo lo posible por parecer valiente.

Se oyó el sonido de las trompetas. No era la llamada vibrante de los *carnyxes*, sino el ruido rasposo del latón de los *cornua* y del hierro de las tubas. Los *selgovae* parloteaban y señalaban más allá del centurión, pero Ferox no le quitó al muchacho la mirada de encima.

—Tienes coraje —dijo—, y no es ningún deshonor perder contra un combatiente más experimentado.

—Acaba con esto. —El muchacho no tenía el acento de los *selgovae*, sino la cadencia cantarina de los caledonios del extremo norte. Los guerreros empezaron a retirarse pendiente arriba, muchos de ellos se dieron la vuelta para huir.

Ferox presionó un poco más. El chico cerró los ojos pero no esbozó ni una mueca. El centurión mantuvo así la espada un instante más antes de retirarla.

El chico abrió primero un ojo y luego el otro.

—¡Vete! —le dijo Ferox—. Y llévatelo contigo —dijo señalando con la espada al derrotado Venutio, que gruñía de dolor en el suelo—. Escapad si podéis e id con honor, como hombres valientes que se han enfrentado a hombres valientes. Confiemos en que la próxima vez que nos encontremos sea como amigos. —El muchacho le observaba con la boca abierta, así que Ferox pensó que una de las expresiones favoritas de Vindex quizá le fuera útil—: ¡Piérdete! —le dijo.

El joven guerrero rio y se agachó para levantar al caudillo. Venutio estaba malherido, tenía la nariz rota, pero logró mirar al centurión y dedicarle un leve gesto de asentimiento.

Ferox les dio la espalda y observó lo que quedaba de los tungros, de pie, apoyados en sus escudos, jadeantes, incapaces de comprender que hubieran sobrevivido. Subiendo por la colina vio a Cerialis y a Broco encabezando un grupo de *turmae* que ya superaban el montículo. Derribaron a algunos britanos, pero el resto huía, y la mayoría lograría ponerse a salvo, porque, en aquel terreno, los caballos no podían ir muy rápido. Venían legionarios tras ellos, pero dudaba que los soldados, con tanto equipo y tan pesado, pudieran dar caza a los escurridizos guerreros.

—Bien hecho, muchachos —les dijo a los tungros, pero no logró dar ni con las palabras ni con la energía para decir nada más.

XIII

—El legado está satisfecho, verdaderamente satisfecho. —Crispino se inclinó para rascarle las orejas a su caballo—. Y en particular lo está con tu conducta. Claudio Super le ha dicho que eres uno de sus mejores hombres, al menos cuando estás sobrio.

Ferox no compartía el entusiasmo del tribuno, y no respondió. Veintiún tungros y catorce legionarios habían muerto durante la retirada del viejo fuerte, y casi la misma cantidad estaban malheridos. Los pocos supervivientes que, al final, quedaron en pie estaban magullados y agotados. A Ferox le dolía el hombro derecho y se sentía agarrotado, aunque sabía que, en realidad, había salido de aquella bastante bien parado. Rufo estaba muerto, el enemigo se había llevado su cabeza, y Tito Anio había recibido una puñalada tumbado en su camilla. Los médicos temían por su vida. Los cuatro auxiliares que habían cargado con él habían muerto defendiendo a su comandante. Tanto ellos como muchos otros caídos habían sido mutilados después de ser abatidos. Los hombres hablaban de los guerreros con tatuajes de animales en la frente como enemigos salvajes, y habían visto a muchos de estos últimos, así como a selgovae, en la masa que había desbordado al destacamento encargado de los heridos.

—He hablado con Vindex, el brigante, y él te alaba aún más.

Ferox le miró con escepticismo.

—Bueno, en realidad lo que dijo fue: «Es un cabrón muy duro, y muy listo, el típico hombre al que es mejor tener de tu lado». Creo que esas fueron sus palabras exactas, aunque su acento a veces me confunde, lo mismo que su

franqueza. Es como si careciera de modales, aunque puede que esa sea la forma habitual de actuar entre su gente.

El centurión se encogió de hombros y no dijo nada.

—También me ha contado muchas cosas sobre ti. Por todo lo que he oído, no creo que seas el borracho estúpido del que habla Claudio Super. Estás sobrio la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando te da por divagar y por sentir lástima de ti mismo y por beber hasta perder el sentido. Vindex dice que te gusta estar triste porque eso te hace sentir importante. Y me temo que tiene razón.

—No puedo evitar que pienses lo que quieras, señor.

—Bien, pero al menos créete lo siguiente: ha sido una victoria —le aseguró Crispino al tiempo que soltaba las riendas y extendía los brazos al máximo.

No se movió de la silla, y el caballo ni se inmutó, sencillamente siguió adelante, al paso. El centurión tenía que admitir que el aristócrata sabía montar.

—Hay quien no le daría ese nombre —repuso Ferox.

—Puede —dijo Crispino mientras se olía los dedos y arrugaba la nariz al percibir el penetrante olor a caballo—. Pero lo único que importa es el informe que está redactando Quadrato. En él dirá que hemos obtenido una gran victoria y que hemos castigado a las tribus que se negaban a pagar tributo y que se atrevían a oponerse al poder de Roma.

Ferox no dijo nada. Si los refuerzos no hubieran llegado cuando lo hicieron, dudaba que ninguno de ellos hubiera sobrevivido. Vindex había llegado con premura hasta el contingente principal, pero le había costado dar con un oficial de rango o con alguien que supiera dónde estaban Crispino o el legado. Al final se topó con Flaco, el joven tribuno, que le dijo que esperara mientras informaba a Quadrato. El brigante esperó mucho, hasta que Crispino apareció y mostró su sorpresa al verle allí. Para entonces Ferox había empezado su retirada, y solo las urgentes exigencias del tribuno habían servido para reunir a los hombres suficientes para salir a tiempo y rescatar a los supervivientes.

—Entenderé que tu silencio significa que estás de acuerdo con mi elaborado razonamiento —dijo el tribuno—. Se contará una historia de éxito y

todos compartiremos las recompensas de la victoria. No creo que esté revelando ningún secreto si te digo que tu nombre está en la lista de aquellos que han sido recomendados para los *dona*.

—Ya tengo muchas condecoraciones.

El día después del combate los caudillos habían enviado mensajeros para informar de su disposición hacia la paz. Quedaba muy poca comida en las columnas para permanecer en campaña, y, además, el legado Quadrato quería declarar la victoria de la pequeña campaña que tan ansioso había estado por luchar. Por la tarde se entrevistó con Tagax y Venutio. Este último estaba malherido y tenía una venda en la cabeza, pero saludó a Ferox con cálida cordialidad.

—Ayer nos enfrentamos como enemigos, hablemos ahora como amigos — le dijo el ladrón de caballos—. Vengo ahora porque luchaste como un hombre, y puedo confiar en ti como corresponde a dos valientes guerreros.

La voz del caudillo tronaba cuando hablaba, y Ferox sospechaba que no solo se dirigía a él, sino que sus palabras eran también para sus propios hombres. Eso estaba bien, un modo honorable de poner fin a la lucha.

Ambos caudillos prometieron pagar su tributo en el plazo de diez días, así como una entrega adicional de trigo y ganado, exigida como parte del precio para la paz. También se comprometieron a entregar rehenes de entre sus familiares como parte de su juramento de alianza con Roma.

—Será un invierno duro para esas gentes —había murmurado Vindex cuando ambas partes alcanzaron un acuerdo en cuanto a los términos.

—Será peor aún para los vecinos de Venutio. Ese canalla les robará todo con tal de hacerse con las cabezas que tiene que entregarnos. Apuesto a que el pueblo de Tagax perderá unas cuantas en las próximas noches.

Todo había acabado. Ferox se preguntaba si Crispino, y mucho menos el legado, se daban cuenta de que los *selgovae* no se sentirían derrotados. Se habían enfrentado al Imperio como hombres, habían tenido bajas y habían dejado patente su valor. Las tribus recordarían el incendio de las granjas, y también recordarían haber destrozado a tungros y legionarios mientras retrocedían, así como las quirúrgicas escaramuzas en las que se habían hecho con cabezas. Su valor quedaba probado con el simple hecho de la retirada de los romanos de sus tierras, y también porque estos se habían visto obligados a

parlamentar para poner fin a la lucha. Los soldados del emperador se habían ido y ellos seguían siendo selgovae, «los bravos», tal y como se llamaban a sí mismos. Guerreros temibles y respetados por todos sus vecinos, incluidos los romanos.

Ferox seguía pensando que la campaña había sido un estúpido despilfarro de tiempo y vidas. Recordaba haber leído que el emperador Augusto describía las guerras innecesarias como un pescador que pescara con un anzuelo de oro, dando a entender que ningún rédito justificaba el riesgo asumido.

—Podemos considerarnos afortunados —dijo Crispino—. Ha estado ajustado, pero ha salido bien. Si hubiesen caído más de un centenar de hombres, el relato habría ido creciendo para solaz de los enemigos del emperador. Pero eso no ha ocurrido, y Trajano ha obtenido una victoria. Algunos sobrevivisteis, lo que significa que los caídos son héroes que resultaron imprescindibles para el éxito.

Ferox no se molestó en hacer comentario alguno, pero le tranquilizó ver que el joven aristócrata sabía de algún modo que todo aquello había sido un absurdo. Y ajustado, muy ajustado. La suerte importaba, pero los oficiales al mando habían cometido demasiados errores. La columna de Crispino debería haberse movido antes para acceder al valle principal y cortar así la retirada a los selgovae, y Tito Anio debería haberse retirado antes. Flaco decía que las órdenes le dejaban al centurión margen para tomar sus propias decisiones sobre si retirarse hacia la columna principal, y le culpaba de haber vacilado. Anio, por su parte, no estaba en condiciones de dar su opinión.

Flaco siempre parecía estar cerca cuando se cometían errores. Quizá el joven no fuera más que un imbécil. Siempre había muchos de esos en los puestos de responsabilidad, y la mayoría parecía tener un don para estar en el lugar donde más daño podían causar. Sin embargo, el tribuno quizá también fuera amigo o pariente de alguien importante, del tipo de persona que, como afirmaba Crispino, quería que el emperador fracasase.

—Deberías confiar en mí, Flavio Ferox —dijo Crispino, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Deberías, de verdad.

Cabalgaban en cabeza de la columna principal y se dirigían al sur. Estaban lo bastante alejados de su escolta como para poder hablar con libertad.

Ferox dudó, valoró los riesgos y decidió que, como mucho, estaría

pescando con un anzuelo de latón. Además, Crispino quizá fuera de fiar y pudiera echar una mano. Si nadie hacía nada, entonces existía el peligro de una guerra ruinoso en el norte que podía propagarse más allá. Aquella era su circunscripción, y su labor era mantener la paz. Le comentó al joven aristócrata sus sospechas sobre Flaco y sobre otros que quizá estuvieran instigando una guerra confiando en una debacle y una derrota. El tribuno escuchó; de vez en cuando hacía preguntas directas y certeras. Ferox habló durante bastante tiempo, de los sacerdotes y de los guerreros tatuados, muchos de los cuales venían de muy lejos, y de otros incluso de dentro del Imperio, y del gran druida que era capaz de cambiar de forma y de hacer que los romanos lucharan entre sí, y de los hombres asesinados en la torre el día de la emboscada.

—Las tribus siempre saben mucho de nosotros, aunque últimamente saben demasiado —dijo—. Todo indica que alguien los está ayudando, alguien de rango suficiente como para saber sobre cosas grandes y pequeñas.

Crispino suspiró profundamente.

—Me has dado mucho que pensar. —Miró al centurión—. No me parece que seas el tipo de hombre que se asusta de las sombras. Aun así, dudo que Flaco trabajara solo. Fue recomendado para su primer puesto por el legado de Siria, cuya renuncia fue toda una sorpresa para nosotros —añadió secamente.

—¿Entonces? ¿Por qué sigue aquí? ¿Y ascendido a tribuno legionario?

—Cualquier senador de importancia, y más aún un antiguo cónsul y gobernador provincial, recomienda a muchos hombres todos los años, puede que a cientos. Sería difícil descartarlos a todos, y el esfuerzo no merecería la pena. Flaco no es un hombre muy avisado, ni muy importante, y es poco probable que llegue a serlo. Puede que tan solo esté intentando cubrir sus propios errores, o que sea el tipo de persona convencida de que cada error que comete debe ser fruto de la mala suerte o culpa de alguien.

—Típico de los oficiales de rango.

Crispino ignoró el sarcasmo de Ferox.

—Pero me temo que tienes razón, y que actúa a sabiendas. Sin embargo, lo que importa es quién le da las órdenes. Tiene que tratarse de alguien mucho más imaginativo. ¿Sospechas de alguien?

—De muchos, señor, pero he aprendido que lo prudente es tratar a todo el

mundo como si fuera un necio o un enemigo hasta que sus actos demuestren que son otra cosa.

Crispino sonrió.

—Si tu amigo Vindex estuviera aquí, haría algún comentario sobre los siluros. Confío en que este que te acompaña no se encuentre entre tus sospechosos. ¿O he demostrado ser de fiar?

—Al principio, señor. Al principio. Y me he estado preguntando qué hacíais el prefecto y tú el día que su esposa sufrió la emboscada.

El tribuno frunció el ceño un instante, luego se dio una fuerte palmada en la pierna, echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada.

—La verdad te importa, ¿no es así? Bien, pues en este caso es bastante mundana. Como bien sabes, estábamos cazando.

—Aquel era un lugar un tanto extraño para hacerlo, en particular si, como dices, vuestra intención era cazar jabalíes. —Ferox hizo una pausa antes de añadir—: Señor.

—Esa respuesta te la puede dar el prefecto Cerialis. Yo no era más que un invitado. Hasta donde yo sé, fue una coincidencia, afortunada para ti y más aún para Sulpicia.

—Como digas.

Ferox no creía en las coincidencias, y, en ese momento, un jinete llegó con órdenes exigiendo la presencia del tribuno en una reunión con el legado.

—Lo que digo de que puedes confiar en mí lo digo en serio —dijo al irse.

—Sí, señor, sé que lo dices en serio.

Era demasiado pronto para ello, pero sería interesante ver lo que hacía el joven aristócrata.

Crispino resopló y espoleó a su caballo para llevarlo al trote.

Ese fue el último día de buen tiempo. De ahí en adelante los vientos trajeron tormenta tras tormenta. El camino estaba convertido en lodo batido merced a las botas de los soldados y las ruedas de los carros. La calzada que conectaba los fuertes no estaba en mejor estado. Les llevó una semana volver a Luguvallium, y desde allí una larga jornada para que bátavos y tungros alcanzaran Vindolanda. Tito Anio se aferraba a la vida, y Ferox solo podía imaginar la agonía que supondría para el centurión ir metido en una bamboleante carreta del ejército.

—Es un tipo duro —dijo Vindex cuando acompañó a Ferox a presentar sus respetos.

El centurión pareció reconocerlos y les dedicó una leve sonrisa. Tenía la cara pálida y amarillenta y una venda sobre el ojo que había perdido. El *medicus* les dijo que la mayor parte del tiempo estaba inconsciente, y que solo bebía un poco de caldo suave del que preparaba el *seplasiarius*.

El centurión empezó a tener fiebre cuando llegaron a Vindolanda; desvariaba y, de vez en cuando, gritaba órdenes y daba instrucciones a una formación que solo él veía. Le llevaron a su casa en vez de alojarle en el hospital, y los soldados que no estaban de servicio se amontonaban junto a la entrada lateral de aquella esperando tener noticias de su comandante, ya que era respetado y amado por la mayoría. Puede que el hecho de que supiera que se encontraba en su casa le ayudara a revivir un poco, lo bastante como para hacer varias comidas al día. Durante un tiempo su médico albergó esperanzas.

Crispino trajo noticias cuando paró en Siracusa acompañado por una patrulla de veinte jinetes de la II Augusta. El objeto de estas patrullas era ejercitar a los caballos y mantener a los hombres alerta más que obtener información de utilidad. Era extraño ver a un oficial de rango uniéndose a una actividad rutinaria como esa, y Ferox podía ver que el decurión al mando estaba muy nervioso. Al tribuno no parecía importarle.

—Quiero aprender todo lo que pueda sobre el modo que tiene el ejército de hacer las cosas —dijo—. Y no puedo estar metido en los *principia* leyendo informes y listas interminables.

—Los informes y las listas interminables son lo que mejor hace el ejército —dijo Ferox.

—¿Por qué Siracusa? —El tribuno hizo un gesto con el brazo que pretendía abarcar el pequeño patio de la fortificación de madera—. No puedo decir que vea el parecido.

El caballo del tribuno estaba bebiendo en el abrevadero mientras él tomaba posca de un cuenco oscuro, hecho en la zona. Hizo una mueca de asco al saborear el caldo, pero se lo bebió todo y alargó el brazo pidiendo más. Filo, inmaculado como siempre, disfrutó atendiendo a tan distinguido visitante.

—¿Y por qué no Siracusa? —repuso Ferox con amabilidad.

Crispino negó con la cabeza, pero no insistió.

—Nos dijeron que se ha visto a desertores por esta zona. Estaría bien dar con el britano, el de la torre.

—Siempre y cuando esté en condiciones de hablar.

—¿Has oído algo estos días? —El tribuno bajó la voz.

—No mucho —dijo Ferox—. Los hombres de Venutio están robando ganado por todas partes, así que pagarán su tributo. Salvo por eso, la gente sigue hablando del Caballo y de su gran poder. Por lo visto, estaba en lo alto de una montaña, en trance, recibiendo mensajes de los dioses, mientras nosotros luchábamos.

—Seguro que se ha llevado una desilusión con las noticias.

—Seguro que sí. Pero dicen que uno de sus potros fue en su lugar. Deben de referirse al que llevaba la cabeza de ciervo, el que maté. Aunque no es así como lo cuentan. Dicen que murió con todos sus hombres después de atacar a los romanos y después de haberse llevado por delante a diez romanos por cada uno de los britanos. Afirman que su espada se rompió de tanto cercenar cuellos romanos. Al último que mató fue al oficial al mando. Después de haber perdido su espada, el aprendiz de brujo despedazó al romano con las manos desnudas.

Crispino se miró a sí mismo y luego se palpó con una mano el brazo y el pecho.

—Parece que me he recuperado. ¿Así que ese era el tipo que estaba oculto entre las sombras y que tuvo la mala fortuna de toparse contigo?

—El mismo, pero la gente está dispuesta a creerse cualquier cosa antes que la verdad. —Cuando Crispino levantó una ceja, Ferox se explicó—. Es algo que se dice entre los míos.

—¿Quieres decir de los siluros? Porque, al fin y al cabo, eres romano.

Ferox dejó pasar aquella observación.

—Me ha llevado un tiempo averiguarlo, solo nos llegan susurros y vaguedades, pero parece que el Gran Caballo tiene seis potros; bueno, ahora son cinco: seguidores que aprenden de él y que son poderosos por sí mismos.

—¿Esa gente con la que hablas aprecia a ese hombre y a los suyos?

El centurión se había olvidado por un momento de que el tribuno sabía muy poco sobre aquellas tierras y sobre las gentes que las habitaban.

—Eso no importa. Los temen. Los hombres que hacen magia y que tienen

un pie en el inframundo son peligrosos. Siempre que tengan poderes, la gente hará lo que les digan quieran o no. Tenemos que hacer algo al respecto.

—Sí, probablemente tengas razón, veré lo que puedo hacer. Por el momento mantén los ojos y los oídos alerta. —Crispino le lanzó el cuenco a Filo. El alejandrino estuvo a punto de no cogerlo—. ¡Casi te pilló! —le dijo el aristócrata al esclavo—. Tengo que irme. Creo que sería buena idea que fueras a Vindolanda. Si le encontráis en condiciones, preguntadle a Tito Anio sobre las órdenes que le dio Flaco. No podremos probar nada, pero al menos nos servirá para seguir averiguando cosas.

El tribuno montó de un salto y chascó la lengua para que el caballo comenzase a andar. Casi había llegado a la puerta cuando dio media vuelta y volvió. Chasqueó los dedos y señaló al centurión.

—Augusto —dijo—. Tengo razón, ¿verdad? El Divino Augusto solía irse a una habitación especial de su palacio en la que disfrutaba de paz y silencio y en la que se aislaba de todo. La llamaba Siracusa, y me atrevo a decir que te sería imposible encontrar un lugar mejor que este para huir de todo.

El caballo intentó acercarse al bebedero, pero el tribuno tiró con firmeza de las riendas.

Ferox asintió.

—Eres un hombre sabio, señor.

—Y tú estás lleno de sorpresas. Adiós por el momento, Flavio Ferox, centurión *regionarius*.

El viento arreció por la noche. Llegaba del este como amargo presagio del invierno en ciernes. Arrancó media docena de tejas de la torre de la puerta y algunas más de los edificios interiores del fuerte.

Ferox cabalgó hasta Vindolanda a la mañana siguiente, bien abrigado para intentar hacer el trayecto todo lo seco y caliente posible, pero no pasó mucho tiempo hasta que el viento rabioso le hizo sentir la cara entumecida. Pasó junto a un pequeño abedul partido por la mitad y a un árbol más viejo arrancado de raíz. Cuando llegó al fuerte no le sorprendió saber que Tito Anio había muerto. Era el tipo de día en el que el alma de un hombre bueno abandonaría el cuerpo. El centurión parecía haber vivido tranquilo sus últimos días, pero, por lo visto, la última noche había estado gritando, y cuando los esclavos corrieron a su habitación, le encontraron muerto. A Ferox le resultó extraño

que no hubiera tenido a un esclavo con él en todo momento, aunque si por algo se conocía al centurión era por su modo de vida frugal y por sus ideas fijas sobre cómo debían hacerse las cosas.

Su testamento era algo que tener en cuenta. No tenía ni esposa ni hijos, y ningún miembro de su familia a quien quisiera dejar su patrimonio. En Vindolanda nadie sabía mucho del pasado de Tito Anio. Cada detalle de su funeral estaba escrito. El centurión no quería plañideras alquiladas, y tan solo deseaba una sencilla procesión hasta un punto del camino, más allá de la *porta praetoria*, la puerta principal del fuerte.

—Que venga quien quiera venir, y que una docena de mis muchachos me den el último adiós. Quemadme, bebed a la salud de la Cohors I Tungrorum y del emperador, y decidles a mis muchachos que los estaré observando y que más les vale no deshonrarme o volveré para atormentarlos.

Se clavó una copia de su testamento en el exterior del pequeño pretorio en el que había vivido, un edificio mucho más modesto que el de Cerialis. Hubo tungros amontonados allí todo el día, hombres que medio reían y medio lloraban, mientras los que sabían leían el documento al resto. El patrimonio de Tito Anio era considerable, y dejó la mayor parte como fondo para que les fuera entregada a las viudas o hijos un año de paga cuando uno de sus auxiliares muriera estando de servicio o por alguna enfermedad. Las recientes pérdidas significaban que no tardaría en haber quien reclamara el legado. Mil denarios fueron apartados como pago a Flora, quien, durante tres días después de la muerte del centurión, tendría que ofrecer servicios sin cargo a cualquier tungro que llamara a su puerta.

—Dales a los chicos lo que quieran. Quiero oírles follar mientras me dirijo a los Campos Elíseos.

Mientras Ferox veía arder el cuerpo amortajado, se preguntó si Tito Anio había logrado lo que deseaba. Cerialis estaba allí, al igual que Crispino, Aelio Broco y Rufino, el prefecto de los hispanos. Los doce tungros seleccionados estaban impecables incluso en aquella mañana triste y lluviosa, con cada uno de los elementos de su equipo pulidos hasta parecer espejos. Dos hombres llevaban vendas en las heridas sufridas el día que cayó el centurión, y uno de ellos cojeaba al llevar el diván sobre el que se había dejado el cuerpo. A su alrededor observaban cuarenta o cincuenta hombres más de la cohorte. Nadie

dio órdenes, pero todos formaron en varias filas, e hicieron lo posible por acudir con sus mejores galas. También acudieron unos cuantos bátavos, así como civiles de las *canabae*. El centurión había pedido que no acudieran mujeres, y su deseo fue tenido en cuenta, aunque varias siluetas encapuchadas observaban desde la distancia.

Nadie lloró abiertamente, ya que esa era otra petición, pero había muchos ojos acuosos, en parte por el rabioso viento que atizaba el fuego y hacía que se arremolinara. Los tungros habían hecho bien su trabajo, y Ferox podía sentir el calor desde veinte pasos de distancia, aunque la única madera disponible estaba húmeda por lo que el humo era denso y negro. De vez en cuando el viento traía el hedor a carne chamuscada. Ese olor se quedó suspendido en el aire incluso después de que la piel y las grasas hubieran ardido. Era el olor de la muerte, y lo cierto es que jamás le había atraído aquella costumbre romana de ver cómo ardía un hombre. El humo le recordó a la paja en llamas del viejo fuerte y no era la primera vez que se preguntaba si había hecho lo correcto ordenando la retirada. ¿Había matado él a Anio y a todos esos hombres o había salvado a los supervivientes de ser envueltos y destrozados en el interior de los terraplenes? Tanto el instinto como la razón le decían que habían hecho bien en irse y que los refuerzos tendrían que haber llegado mucho antes. Pensó en Flaco, y en Crispino. Este último estaba de pie y envuelto en una capa negra a unos pasos de él.

Hubo un gran estallido de pavesas y la madera apilada se desplomó, dejando que los restos del cuerpo cayeran dentro. Pronto lo que quedaba de Tito Anio, centurión de la Legio XX Valeria Victrix y más tarde comandante de la Cohors I Tungrorum, se mezclarían con el resto de las cenizas. Cuando estas se enfriaran, alguien metería parte de ellas en una urna, y la enterrarían dejando que el resto quedara a merced de los cuatro vientos. La lápida ya estaba siendo tallada, y se levantaría dentro de nueve días.

Casi había llegado el momento del banquete funerario, aunque por suerte Tito Anio había dejado escrito que quería que fuera sencillo: un rancho militar, no una gran fiesta. Tenían pan moreno y un estofado de panceta salada y galletas duras, y posca para pasarlo todo, y no solo sus hombres, cualquier soldado era bienvenido. Una vez que hicieran las libaciones, el asunto no llevaría mucho tiempo, pensó Ferox, satisfecho. Jamás había comprendido el

modo en que los romanos reían y hacían chistes poco después de haberles prendido fuego a los restos de un amigo. Tito Anio había empezado su viaje al inframundo, o a donde fuera que iban los romanos. ¿De verdad creía el fallecido en los Campos Elíseos? Ferox se había topado con gran cantidad de romanos que no parecían creer en el alma y que pensaban que la esencia de la persona desaparecía con la muerte, o que se iba difuminando poco a poco hasta que no quedaba nada.

El sol salió mientras comían y bebían provocando cierta sensación de alegría en los hombres. Ferox se quedó el tiempo que la cortesía y el respeto al fallecido merecían, pero poco a poco se fue alejando de la muchedumbre. Nadie le vio recorrer la pendiente del campo de entrenamiento. Quería espacio y silencio, y tenía oportunidad de encontrar ambas cosas si se dirigía al oeste.

Había un puñado de jinetes ejercitando a sus monturas en un extremo, más allá del *rostra* desde el que el oficial al mando se dirigía a las tropas. Salvo por eso, estaba vacío. Siguió caminando hasta el final y miró al oeste. La nubes se habían cerrado de nuevo, y Ferox buscó en vano una apertura en el cielo esperando ver la puesta de sol. Se sorprendió de lo mucho que le había emocionado la muerte del centurión, ya que apenas había conocido a aquel hombre.

Después de un rato oyó voces a su espalda, pero el viento era fuerte y no logró entender ni una de las palabras. Se arrebujó aún más en su capa y no se volvió: quería dejar claro que no estaba buscando compañía. Oyó pasos en la hierba y cascos de caballo, pero decidió ignorarlos.

—Me gustan estas vistas —dijo Sulpicia Lepidina a su lado—. Parece que no tenga fin, las montañas perdiéndose en la distancia...

—Señora. —Se retiró el casco, se volvió hacia ella y el viento le revolvió el cabello negro—. Lo lamento, no sabía que eras tú.

Con ella venían dos esclavos, así como su dama de compañía y otro soldado que llevaba un par de caballos. En uno cabalgaba un muchacho; tenía el pelo rojo, y el rostro se parecía tanto al de Cerialis que saltaba a la vista que se trataba de su hijo. Ferox supuso que tendría unos seis años, pero era alto para su edad. El chico montaba de forma extraña, inclinado hacia delante y con las piernas colgando mientras las movía hacia delante y hacia atrás.

Entonces recordó que el muchacho había nacido con la espalda torcida; no era una deformidad grave, pero se le antojó obvia en cuanto lo recordó.

—Su padre se empeña en que Flavio monte todos los días. Me preguntó si no será todavía demasiado pequeño, pero el prefecto insiste en que si aprende ahora montará con más naturalidad.

—Cerialis tiene razón —dijo Ferox—. Yo era aún más joven que él cuando mi abuelo me sentó en un poni. Confieso que estaba aterrado.

Lepidina sonrió, una mueca cálida que le iluminó el rostro incluso ahora que el viento soplabla con fuerza y que su piel estaba pálida y fría.

—Me cuesta creer que algo pueda aterrarte, centurión. Tu abuelo parece interesante. Cuéntame algo de él.

Ferox se sorprendió a sí mismo por la presteza de su respuesta, habló del Señor de las Colinas y de su juventud entre su gente. Ella escuchó y le hizo preguntas, una tras otra, sin rastro de desdén fuera cual fuera la respuesta, y cuando recurría a la burla lo hacía con delicadeza. Mientras tanto los jinetes empezaron a entrenar al muchacho con algunos ejercicios básicos.

—Nadie de mi familia ha servido en Britania —dijo un rato después—. En realidad yo soy la primera invasora.

—Y la única a la seríamos incapaces de resistir.

El chico trotaba en círculo y, a pesar de su espalda, lo hacía bastante bien, con más equilibrio, aunque resultara poco elegante a simple vista.

—No comprendo por qué —dijo ella—, pero desgasta el calzado con mayor velocidad que cualquier crío que jamás haya conocido. —Hablabla con orgullo—. Su padre le empuja, quiere que crezca como un verdadero aristócrata, y el chico quiere complacerle. A veces me gustaría... —Calló y se volvió para mirar a las colinas.

—¿Te gusta Vindolanda? —preguntó Ferox por decir algo, ya que percibía que se sentía incómoda. Luego se dio cuenta de que se le había olvidado dirigirse a ella con propiedad—. No era mi intención cotillear, señora. Ruego que me perdones.

Lepidina le miró a los ojos. El viento le llevó unos mechones de pelo dorado a la cara.

—¿Perdonarte? —Sonrió, intentando retirarse el cabello de los ojos pero viéndose incapaz de hacerlo. Vestía la misma capa anodina que había llevado

cuando visitó el templo. Sus ojos parecían celestes cuando se quedó mirando a Ferox durante lo que se le antojó una eternidad—. Bueno —dijo al fin—, hay muchas formas de responder a eso. La casa es adecuada, el servicio se está acostumbrando a mi forma de hacer las cosas, me refiero a los que no vinieron con nosotros, para empezar. Claudia Severa es un encanto, su marido un hombre decente, y hay otros cuya compañía no es del todo desagradable. Resulta un poco aburrido que todo el mundo me mire con admiración, pero supongo que no hay otra mujer de mi rango de aquí a Eboracum. ¿Te asombraría saber que no echo de menos la compañía de los de mi clase?

Ferox no estaba seguro de cómo responder a eso. Se preguntaba si era una oportunidad para decirle un cumplido, pero no pudo pensar en ninguno.

—No creo que nada de lo que puedas decirme vaya a sorprenderme, señora —dijo al fin, sintiendo que una respuesta honesta era la más sencilla.

—¿De verdad? En ese caso, me temo que me he vuelto anodina en muy poco tiempo.

—Se—señora —balbució—. No quería decir..., eso no era lo que yo...

—Para ser un fiero guerrero resulta fácil burlarse de ti. —Sulpicia Lepidina rio con delicadeza. Ahora estaban más cerca, y, después de volverse para echar un vistazo a los soldados y a su hijastro, que estaban a cierta distancia, le cogió de la mano—. Esta vez tendrás que disculparme por haber sido cruel. Eres un soldado sujeto a disciplina, y no eres libre de actuar ni de decirme lo que quieras.

—Deber y disciplina, señora. —Pensó que debía soltarle la mano, pero no lo hizo. De hecho, se la apretó aún más—. Me queda poco más en esta vida.

—La vida del soldado... —dijo ella con tristeza—. La de una mujer noble no es muy diferente. Nos casamos como debemos, vivimos como debemos y procuramos no caer en desgracia. Deber y disciplina de otro tipo, también nosotras estamos atrapadas.

La dama retiró la mano y volvió a ocultarla bajo la capa. Miró en dirección opuesta, hacia las colinas.

—Me gusta esto. El deber me obliga a venir aquí y a asistir a mi marido. La disciplina hace que lleve bien la casa y que intente hacerlo lo mejor posible para criar a sus hijos. A nuestros hijos, debería decir. Sirvo a mi marido y a mi familia como mejor puedo. Aunque quizá no sea lo que

esperaba. Los niños son muy soñadores. ¿Cuándo tu abuelo te subió a aquel poni pensaste alguna vez que tu camino te llevaría hasta aquí?

—No. Es difícil recordar lo que esperaba de la vida, pero no se parecía a esto.

—La pérdida es una cosa terrible, y, sin embargo, los dioses parecen haberla colocado en el centro de nuestras vidas. Pocas cosas salen como esperas que salgan. Perder sueños y perder la esperanza es casi tan triste como perder a tus seres queridos. Me caía bien Tito Anio, aunque no nos dedicara mucho tiempo, ni a mí ni a mi marido.

—Era un buen hombre —dijo Ferox, confiando en que sus palabras no supusieran un insulto hacia ella o hacia el prefecto.

—Deber y disciplina. —Volvió a mirarle a los ojos—. No es tan malo. Al menos me ha llevado a lugares de los que solo habría leído. La vida en casa puede llegar a ser tediosa. Y, por volver a la pregunta que sin duda has olvidado, sí, me gusta Vindolanda. Me gusta porque está cerca del fin del mundo. Eso no me libera del deber y la disciplina, pero al menos ahora puedo saborear un poco la libertad. Será mejor que me vaya. Flavio hace todo lo que puede pero me temo que su padre no se lo reconoce lo suficiente, así que yo procuro suplir ese vacío.

Sulpicia Lepidina se alejó y Ferox hizo un esfuerzo por mirar a las colinas y no verla marchar.

XIV

Tres horas después pasó junto a una pareja de tungros borrachos que salían del local de Flora zigzagueando.

—Hoy solo estamos nosotros, centurión —dijo uno de ellos con una sonrisa quebrada y llena de dientes amarillentos y rotos—. ¡Tendrás que esperar, a no ser que quieras tirarte a la vieja!

El tungro debió de encontrar su propia chanza extremadamente graciosa, porque empezó a reír a carcajadas.

—Lo lamento, señor. No pretendíamos ofender —dijo su compañero mirándole con afecto—. Estuviste con nosotros, ¿verdad? —Ferox asintió—. En ese caso, dudo que el Viejo de Hierro te escatimase el turno.

Ferox no había oído aquel mote antes, y asintió con cordialidad cuando los muchachos siguieron su camino. Iba al local de Flora, pero no para lo que se solía ir allí.

—Quiero ver a la señora —le dijo al robusto esclavo que hacía guardia en la puerta de atrás—. Me espera.

Había enviado una nota al comenzar el día y Flora le había respondido que pasara a esa hora.

—Por supuesto, centurión, siempre eres bienvenido —ronroneó la aceitosa voz del secretario de Flora, sentado en su escritorio del atrio.

Esa era la entrada que usaban los clientes importantes y que llevaba a las habitaciones más lujosas, así como al despacho y a los aposentos de Flora. El resto accedía por unas escaleras de madera que había en la fachada principal y que llevaban al segundo piso, donde las cosas se hacían de forma más

eficiente aunque con menos estilo.

—Conoces el camino, ¿no es así, señor? —El hombre era pequeño y tenía unos ojos que solo se fijaban en la hoja que tenía delante.

Cuando Ferox caminaba por el pasillo, el jinete báltico tuerto emergió de la oficina principal.

—Centurión —dijo Longino, asintiendo con respeto y apartándose para dejar paso al oficial.

Las paredes estaban enyesadas y pintadas, aunque con colores menos estridentes que las del piso superior, y, por su aspecto, el mismo artista que había decorado las habitaciones principales del pretorio también se había encargado de aquellas.

—Las condiciones son las de siempre —dijo Flora cuando el centurión entró en su despacho, una sencilla habitación dotada de varios armarios, una mesa con la superficie de mármol y tres sillas bien tapizadas. Los paneles de las paredes mostraban escenas bucólicas repletas de ninfas; cada una de ellas tenía el rostro de una muchacha que trabajaba o había trabajado allí.

Flora era una mujer bajita, menuda hasta el punto de parecer una niña, pero delgada y fibrosa, aunque ya pasara de los cincuenta. Tenía profundas arrugas en la cara, al menos en ocasiones como aquella, cuando no se maquillaba en exceso. A Ferox también le sorprendió ver que vestía con sencillez, y había un ligero desgarrón a la altura del cuello de su túnica de color marrón. A su lado había un joven esclavo vestido con una túnica nívea y brillante. Flora escribió algo más en una tablilla de madera y luego alzó la mirada, que se topó con la de Ferox.

—Apreciaba mucho a Tito Anio —dijo, y con una mano se acarició el desgarrón.

Ferox supuso que aquel era el modo en que su gente lloraba a los muertos. Nunca había sabido de dónde provenía Flora. Tenía la piel olivácea, los ojos oscuros y el pelo largo y abundante, el cual, en aquellos días, se teñía con *henna* roja y brillante. Sin duda, había muchas historias que hablaban de su ascenso de esclava a próspera mujer de negocios, pero ella apenas hablaba de su pasado, y a Ferox no le gustaba husmear. Crispino hablaba mucho de confianza, algo que Ferox no daba así como así. No obstante, confiaba en aquella proxeneta menuda, y ella siempre se había mostrado justa con él.

—Aquí está el contrato —dijo, al tiempo que le entregaba una fina lámina de madera con la superficie cubierta de cera de abeja para que la tinta no se corriese—. ¿Traes el dinero?

En ese momento la mujer era todo negocio. Ferox cogió una bolsa de su zurrón y vació el contenido sobre la mesa.

—Sesenta denarios, impuestos incluidos.

Las monedas constituían la colecta de los hombres destacados en Siracusa. Cada año reunían dinero para alquilar una muchacha durante un mes. Desde su retorno, el portavoz de los soldados, el tracio, había insistido para que lo organizara con Flora.

—Verás que cada uno tiene asignado un tiempo, por orden. Os voy a enviar a Procla. Será ella, y solo ella, la que lleve el recuento y la que cobre lo que sea necesario.

El alquiler inicial tan solo cubría una parte del contrato, pero en cuanto el fondo se hubiera agotado, cada uno de los soldados tendría que pagar por servicio como cualquier otro cliente.

—Puede venir la semana que viene, con la carreta que nos lleva los suministros.

—Muy bien. —Flora se volvió hacia el esclavo—. Vino.

Miró a Ferox con ademán inquisitivo.

—Gracias, pero con mucha agua.

Flora asintió y el esclavo fue a hacer su recado.

—Bien. Me alegra ver que te controlas. A veces me preocupas.

—Me las arreglaré.

La mujer sonrió y las arrugas en torno a los labios y a los ojos se acentuaron.

—Hasta ahora sí. ¿Vienes unos días o solo estás aquí por negocios?

Oyeron cánticos en el piso superior. El techo estaba hecho de robustas vigas y, por lo general, estas ahogaban el ruido, pero un grupo de alegres tungros estaba berreando una obscena canción sobre un centurión y una mula del ejército.

—Es una canción vieja —dijo la mujer—. No va a ser una noche tranquila, he decidido dejar descansar a las gemelas, y a la joven Cytheris.

Las gemelas eran dos mujeres que no compartían parentesco y que,

además, eran físicamente muy diferentes, pero desplegaban pareja habilidad en su trabajo y eran las chicas más caras del local. Cytheris era nueva, y todavía no estaba preparada para una noche tan exigente.

—Gracias por la oferta, pero debo rehusar.

—No te cobraré, ya lo sabes. No después de todo lo que te debo.

Ferox negó con la cabeza.

—Hace mucho que me pagaste esa deuda.

—No se puede pagar la amistad, aunque ese caradura de Vindex cree que debería seguir intentándolo.

La risa de Flora fue profunda e intensa, la típica risa que hubiera correspondido a alguien gordo y borracho.

—Me temo que la amistad de Vindex le cuesta mucho a todo el mundo. — Flora volvió a reír, esta vez fue una especie de gorgoteo. Bebía mucho, aunque Ferox jamás la había visto afectada por el vino—. Sea como sea, hoy no me apetece, a no ser que tú hayas cambiado de opinión.

Sonrió, un gesto que siempre la hacía parecer más joven.

—¡Eres peor que él! —dijo Flora complacida—. Ya sabes que estoy retirada. Además, podría ser tu madre.

—¿Me dedicarías un rato? —preguntó él.

—Negocios, ¿no? Bueno, sabes que no tienes que pedir permiso.

—¿Era Tito Anio cliente tuyo?

La pregunta le sorprendió, y alzó sus cejas finas y bien perfiladas. El esclavo apareció y colocó dos copas de color azul verdoso sobre la mesa. Una muchacha delgada de unos doce años y de cabello castaño claro apareció con una jarra de vino y otra de agua. Flora se sirvió el vino sin mezclar, y esperó a que los esclavos se fueran.

—Buena muchacha. Pronto tendrá que decidir qué camino toma. Su madre ha ganado lo suficiente como para comprarle la libertad, pero ¿adónde iría si no trabaja aquí? La vida no es fácil para una chiquilla sola, y hay mucho bastardo por ahí. —Se bebió el vino de un trago y se sirvió más—. Bueno, que sea lo que haya de ser —dijo un instante después—. Si fueras otro hombre, hablaríamos de eso y de los retos de la vida y seguiríamos nuestro camino. Pero tú no eres así, y jamás te das por vencido. Supongo que no es asunto mío por qué lo quieres saber, y tampoco hace falta que me lo digas.

»Sí, el centurión venía por aquí, como un reloj, cada tres meses. No tenía preferencias con las chicas, y no hablaba mucho, pero dicen que era bastante amable. Nunca causó problemas; se limitaba a hacer lo que había venido a hacer. No como tú, que te pasas horas cantándoles antes de ponerte a ello. — Volvió a reír. Era otro viejo chascarrillo. Hacía años que Ferox no pasaba por allí si no era para hablar con Flora, aunque ella juraba que cuando solía visitarla, tiempo atrás, siempre se emborrachaba y se ponía a cantar—. A decir verdad, a ellas les gustaba. Tienes una bonita voz.

Ferox no podía recordar aquellos días, y seguía preguntándose si se trataba de un chiste de Flora.

—¿Y qué hay de Flavio Cerialis?

—¿Te estás intentando pasar de listo? —dijo agitando el vaso hacia él; ya debía de estar casi vacío, porque no se derramó ni una gota—. Bueno, por mí no te preocupes, porque he visto de todo y nada me sorprende. Y ya sabes que a ti te contaría cosas que no comparto con la mayoría.

»Sí, vino aquí días después de llegar, y luego dos veces a la semana después de eso. Solo deja de venir cuando sabe que está por aquí el pretencioso liberto ese con su esposa.

—¿Fortunata?

—Sí, esa. La conocí en Londinium cuando trabajaba para una amiga. Era bailarina y no lo hacía nada mal, aunque juraría que ahora no está en forma. — Flora frunció el ceño—. Pobre chica, no creo que aprenda nunca, pero es de esas mujeres que intenta complacer a todos los hombres con los que se topa. Es probable que crea que así está segura. Cuanto más importante es un hombre, antes se abalanza sobre él.

Ferox recordaba a la liberta y su modo de restregarse contra él, así como los chismes que el servicio le había contado a Filo.

—¿Y qué proporciona seguridad? —dijo el centurión pensativo.

—Nada —dijo Flora con tono brutal—. Nada de nada. El dinero ayuda, la influencia, la suerte, ser listo, tener amigos de verdad, pero todo eso puede desvanecerse en un instante. No importa si eres esclavo o emperador, todo puede acabar así. —Intentó chasquear los dedos, pero no logró emitir sonido alguno hasta que lo intentó por cuarta vez—. ¿Ves? Ni siquiera en esto se puede confiar. Así es el mundo. Al mundo le da igual, y no siempre es amable

y complaciente.

—Siempre consigues animarme.

La sucia risa de Flora surgió de nuevo.

—Y tú siempre consigues hacerme hablar y predicar.

—¿Cerialis?

—Husmeando, ¿eh? Pues verás, siempre quiere lo mismo. Quiere a las gemelas, a las dos juntas. Dicen que es muy entregado y enérgico, puedo darte más detalles si quieres, pero no creo que seas del tipo de persona que disfruta con esas cosas. Habla mucho, y le gusta contarles cosas..., citas de poetas y de libros. Juran que es el hombre más sabio que hayan conocido nunca. —Flora hizo un gesto desdeñoso—. Pero ¿qué saben esas dos necias salvo lo que hacer en la cama o fuera de ella? Yo creo que si fuera tan listo estaría hablando de esas cosas con su esposa, y no con una par de putas. Así que yo diría que le gusta sentirse importante en general, no del mismo modo que el resto de los hombres.

—¿Qué sabes de su esposa?

—Mmm... Metiendo las narices aquí y allá, ¿eh? —dijo, y rio de nuevo.

Le volvió a ofrecer vino, pero Ferox negó con la cabeza. El centurión miró su vaso. Siempre le había llamado la atención lo delicado del cristal, tan bello y a la vez tan frágil. Era una de las maravillas del Imperio, era más pequeño e insignificante que otros logros, pero nunca dejaba de asombrarse ante la habilidad de los artesanos.

—Me cae bien —dijo Flora pasado un instante—. Vino por aquí una vez... No, para eso no. Deberías avergonzarte, mala bestia. —Apuró el contenido del vaso y lo agitó en su dirección a modo de regañina—. Y no es que las haya que no lo hagan, pero esa no. No, envió a una esclava pidiendo cita, luego vino para saludarme y me cogió de la mano con absoluta cortesía. —La dueña del burdel, antigua esclava y prostituta, se pavoneó al recordarlo—. Estaban haciendo una pequeña piscina en el pretorio y los trabajadores le decían que no podía hacerse como ella quería, así que vino a ver la mía y a preguntarme si estaba satisfecha.

»Solo Venus sabe cómo había oído hablar de ella —continuó Flora—. El marido la ha visitado varias veces, pero dudo que se lo haya contado. —Soltó una risita antes de volver a adoptar una postura más digna, alargó la mano y

separó los dedos como si fuera una estatua—. La llevé a verla y ni siquiera movió una ceja al ver los dibujos.

Ferox no visitaba la piscina del local desde hacía tiempo, pero recordaba vagamente las paredes repletas de pinturas con desnudos y parejas: una amplia gama de posturas sexuales que a veces se antojaban desconcertantes. Las había realistas, míticas y algunas completamente imposibles.

—Hizo preguntas muy concretas, así que llamé a mi secretario para que se las respondiera. Parecía gelatina cuando le miraba, pero habló. Por lo que tengo entendido, instruyó a los trabajadores sobre cómo hacerlo, y ahora el prefecto y su esposa dicen disfrutar de una piscina que es casi tan buena como la mía.

—Puede que sin los dibujos.

Flora rio.

—Puede que sin los dibujos —dijo pensativa—. Al menos servirá para darle calor a la pobre. Me temo que en su vida no hay muchas alegrías. Como digo, emperador o esclavo, no importa.

—¿Sabes mucho sobre ella?

—No te das por vencido, ¿eh? —Flora le miró, observó la jarra de vino y cambió de opinión—. Si no fueras mi amigo, dejaría que siguieras barruntando sobre ella. Aunque lo cierto es que no sé mucho, solo cosillas que les oigo a las chicas o de las que me entero cuando pongo la oreja. Hasta un ciego podría ver que ese matrimonio no está cimentado en el amor, pero ¿cuántos lo están? Especialmente entre los ricos.

—Eso viene bien para el negocio.

—Eres un descarado. —Flora le miró con cara de pocos amigos y luego inclinó la cabeza a un lado y a otro—. Sabes lo bastante de este mundo como para deducir que la gente como yo siempre tendrá trabajo. Los hay, ya sabes, que son felices, muy felices. Por ejemplo, Aelio Broco y su esposa. No son muy listos, ninguno de los dos, pero hacen buena pareja y están satisfechos.

Su admiración por la pareja parecía estar mezclada con asombro por tan buena fortuna.

—¿Conoces a todo el mundo, Flora?

—Ya sabes el viejo chiste sobre la más famosa prostituta de Antioquía. Le preguntaron si conocía a todos los hombres de la ciudad y ella dijo que no,

pero sí había una parte de todos ellos que conocía bien.

—No suelen contarlos así.

—Solo porque naciera en una cloaca no significa que tenga que vivir en una me guste o no. ¿Quieres que te diga lo que sé o no? A mí me da igual, eres tú el que ha preguntado. Bien, entonces cállate un poco y deja que hable. Sulpicia tuvo que casarse con él. Tiene un hermano en el exilio y un padre que está hasta el cuello de deudas. Cerialis tiene dinero, mucho, aunque nadie sabe muy bien cómo lo ha conseguido. También goza del favor del emperador, del nuevo emperador, así que tiene influencia, y es un hombre amable aunque solo se haya casado con ella por su nombre y su ascendencia. Si quieres que te diga lo que pienso, es un imbécil. Y te lo digo como profesional, porque ella es una mujer bella. Si yo fuera él, no perdería tanto el tiempo con unas putas a las que no les importa nada.

—¿Su hermano está en el exilio?

—Ya me imaginaba que irías por ahí. Por lo visto, es la segunda vez. Era un joven oficial de frontera cuando capturaron a Saturnino. ¿Será una de tus víctimas?

Cuando el legado Saturnino se levantó contra el emperador Domiciano la revuelta no duró mucho, sus planes se hicieron añicos y todo el mundo le abandonó. Las investigaciones llevadas a cabo por el vengativo gobernante duraron mucho tiempo, y Ferox pasó meses examinando cargos. Había hecho lo posible por borrar los recuerdos de aquellos días oscuros, pero algunos de los rostros le visitaban en sus pesadillas.

Ferox sacudió la cabeza. Esperaba no haber tenido nada que ver con su hermano. No recordaba a nadie llamado Sulpicio, pero la mayoría de los hombres a los que se le había encomendado buscar habían acabado muertos. Quería decir que se había limitado a dar con la verdad, pero sabía muy bien que incluso aquellos que había demostrado que eran inocentes habían sido ejecutados.

—Bueno, puede, y puede que no. Le volvió a llamar Nerva y un par de meses después fue destinado a Siria. Allí se vio envuelto en una nueva conspiración encabezada por el legado provincial. No parece ser un chico muy listo, por lo que se ve, pero su padre tampoco debe de serlo. Supongo que Sulpicia habrá heredado la inteligencia de la madre.

Ferox se puso en pie, se acercó a la menuda mujer y le posó la mano en el hombro con afecto. Era lo más que intimaban, un extraño privilegio. El centurión la sintió temblar. Demasiados hombres la habían tocado demasiadas veces.

—Nunca dejas de sorprenderme, Flora. Creía que decías que no sabías mucho. —Apartó la mano y ella se relajó—. Lo siento, ya no me queda mucha familia y, de algún modo, me haces sentir que la tengo.

La mujer le miró. Puede que fuera un efecto de la luz, pero Ferox creyó ver lágrimas en sus ojos.

—¡Vete a la mierda! —dijo ella, y suspiró—. ¿Por qué me haces volver siempre a las cloacas? Si no te apreciara, pagaría a alguien para que te partiera los dientes. Aunque puede que ni siquiera tuviera que pagar si pregunto en los lugares adecuados. No eres muy bueno haciendo amigos ¿verdad?

—Entonces soy más afortunado aún de contarte entre ellos.

—¡Pues más te vale cuidar de Procla si quieres que siga siendo así! Si alguno de tus chicos le hace daño o no le pagan, me aseguraré de echarles de comer tus pelotas a los cerdos.

Se abrió la puerta, y al chirrido de los goznes le siguió el grito de un hombre. Dos mujeres fueron empujadas a la habitación. Una de ellas tenía el cabello castaño, la otra era de piel y pelo oscuros. Tenían el cabello revuelto y llevaban unas ricas sandalias de cuero blanqueado, y nada más. Eran las gemelas, y estaban peleándose como siempre hacían, así que un hombre grande y de pecho ancho, uno de los esclavos de Flora, tuvo que separarlas. Hacía tiempo que Ferox no veía a ninguna de ellas, y menos aún así.

—¡Callaos! —gritó Flora. El ruido reverberó en las paredes de la estancia y probablemente se oyera arriba, incluso a pesar del jaleo. Las dos mujeres se quedaron heladas y dejaron de gritar—. ¿Todavía estás aquí? —le preguntó a Ferox—. Creía que habías venido a hablar de negocios.

Ferox hizo lo posible por fijar la mirada en Flora, aunque no lo logró. Su mirada se desplazó hacia las esclavas desnudas.

—Una última pregunta. He visto que ha venido Longino. ¿Le conoces?

—Yo conozco a todo el mundo, al menos por una cosa. —Inclinó la cabeza y le miró de reojo—. Será mejor que no revuelvas nada. Sí, le conozco. Es mi

amigo, y lo lleva siendo años, muchos más que tú. Hemos pasado muchas cosas juntos, y a veces nos gusta sentarnos y charlar sobre los viejos tiempos y sobre lo felices que somos de no estar viviéndolos.

—¿Confías en él?

—Le confiaría mi vida. Y la tuya también, aunque no sirva de nada. Ahora vete de aquí y deja que siga trabajando, soldado holgazán, antes de que empieces a disfrutar del espectáculo y nos avergüences a todos.

—Gracias.

—¡Vete!

XV

En las nonas de octubre Ferox volvió a Vindolanda. Hacía mejor tiempo que a lo largo de las últimas semanas, pero había algo en el aire que anunciaba la llegada de días más fríos y más cortos. Las hojas de los árboles se teñían de marrón y empezaban a caer, y, durante días, los centinelas de guardia, en la torre de Siracusa, habían estado viendo a las golondrinas volar y hacer quiebros en el aire sobre el valle que se encontraba delante del *burgus*. Se irían pronto, antes de que las heladas empezaran a morder y los árboles se quedaran desnudos.

Eso era lo que pasaba todos los años, la demostración de que el mundo seguía adelante con independencia de lo que uno pudiera hacer o sentir. Cuando Ferox salía de ronda, se topaba con gente nerviosa y reservada. El estado de ánimo de los lugareños parecía aún más lúgubre que al final del verano. La cantidad de gente que venía a él en calidad de peticionaria era menor de lo habitual, y se había reducido bastante el número de robos e incursiones con respecto a años anteriores por esas fechas. Quizá se debiera a que la expedición romana había servido para recordarle a todo el mundo que el Imperio estaba dispuesto a castigarlos, aunque lo dudaba. Vindex se mostraba aún más desdeñoso.

—No creo que eso asustara a nadie. Lo que les asusta es lo que viene, no lo que han dejado atrás.

Ferox no los culpaba. No había habido muchas noticias sobre el Caballo y sus seguidores tatuados, aunque se rumoreaba que eran muchos los que se estaban uniendo a él, viajando desde lejanas tierras para poner sus vidas a

disposición de la causa del fuego y la purga. Esto hacía que fuera difícil no mirar con suspicacia a cualquier viajero. Filo había descifrado algo más del sortilegio que encontraron enrollado en el muñeco. Se trataba, en su mayoría, de encantamientos sin sentido, pero había frases que sí lo tenían, y se las mostró a Crispino y Cerialis cuando se vieron en el fuerte.

—«Tres veces nueve años y tres, y la casa de Júpiter arderá y con ella toda Roma. Los cachorros de la loba pelearán a dentelladas hasta la muerte, y morirán y arderán. El fuego purgará al mundo, y dejará tras de sí una tierra mejor para aquellos que sean dignos de heredarla». Muy alegre todo —dijo Crispino cuando leyó la traducción del muchacho—. Si no recuerdo mal, el templo de Júpiter Óptimo Máximo, en el Capitolio, fue alcanzado por un rayo y ardió. Fue cuando la guerra civil, hace treinta años.

—Sí, y hubo revueltas en la Galia, y hombres que aseguraban ser druidas que presagiaban el fin del Imperio.

Ferox recordaba haber estado estudiando en la Galia y cómo nadie hablaba abiertamente de los druidas, aunque todos sabían que estaban allí y que había muchos que los escuchaban. Si había un grupo de esclavos huidos del Imperio en el corazón de ese movimiento, quizá algunos provinieran de las provincias galas. Lo que decía Filo era un batiburrillo de creencias de todo el mundo conocido que se entrelazaban para dar lugar a un mensaje de odio y destrucción.

—«Con la fuerza de los dioses —leyó Crispino en alto—, no habrá hoja que perfora el cuerpo de los puros y los valientes». Parece un buen truco. Por lo visto, aquellos a los que matamos cuando atacaron el campamento no eran lo bastante puros. ¿Qué significa esto? «Cuando los muertos caminen entre los vivos y ambos mundos se unan durante la noche, y cuando empieza la nueva vida, ese es el momento indicado. Sangre de rey, sangre de reina, todo ello arderá como ofrenda para apaciguar a los dioses y alimentar el fuego purificador».

—Las almas de los muertos recorren la tierra durante el Samhain, al igual que las criaturas del inframundo —dijo Ferox, y así lo creía, porque aquella era una noche extraña. Sin embargo, decir algo así allí, en un despacho de los *principia*, lo hacía parecer una tontería—. Es la noche antes de las calendas de noviembre. Creo que con «nueva vida» se refiere a Imbolc, las festividades

cuando paren las ovejas. Aunque es solo una suposición, y es difícil saber de dónde han sacado todas estas ideas de tantos lugares distintos. Me da la sensación de que es una promesa de sacrificio de cautivos importantes durante una de las festividades lo que aumentaría los poderes y la magia del Caballo y les daría la victoria a él y a los suyos.

—Pero se me hace extraño creer que alguien pueda tomarse en serio todas estas sandeces.

Fue Aelio Broco quien expresó su opinión, pero Rufino asintió, y Ferox presintió que ninguno de los romanos, quizá ni siquiera Crispino, veían el peligro real.

—Si disculpáis mi franqueza, lo que nosotros creamos es lo de menos. Mucha gente ahí fuera lo creerá, o al menos tendrá miedo, y les seguirá la corriente por si acaso resulta ser verdad. Si le apoyan los suficientes caudillos, entonces dispondrán de tropas como para suponer una amenaza real. Ya hemos oído que hay un gran rey entre los vacomagi que protege y ayuda a ese Caballo y a sus aliados, y que tiene el apoyo del gran druida. Puede que otros caudillos decidan imitarle.

Los presentes se tomaron en serio su advertencia, algo era algo. Todos eran conscientes de que la guarnición de la provincia no era lo bastante grande como para luchar en un conflicto a gran escala, mucho menos para garantizar la victoria.

—El centurión plantea cuestiones de vital importancia —dijo Crispino después de una larga pausa—. Y hay una que resulta esencial hoy. Ha llegado un embajador de Tincommio, gran rey de los venicones y los vacomagi. Busca la amistad de Roma. ¿Ha oído alguien hablar de él? —La pregunta estaba dirigida a todos, pero el tribuno miró a Ferox.

—No, señor. Y jamás había oído que las dos tribus estuvieran bajo un solo rey.

—Entonces puede que sea todo una farsa, aunque, en cualquier caso, el legado Quadrato cree que sería aconsejable enviar una legación para entrevistarse con ese hombre. El objetivo es hablar, no luchar, así que la escolta estará compuesta por una treintena de hombres.

Rufino dejó escapar un leve silbido, lo que hizo que el resto se volviera.

—Lo siento —dijo—, pero eso está muy lejos para garantizar un rescate.

Si ese rey nos es hostil, o cualquiera los ataca, ese Caballo o como se llame, no habrá esperanza. ¿Ha decidido el legado quién será el desgraciado encargado de la misión?

—Yo voy —dijo Crispino, impasible.

—Ah, bueno, verás... —Rufino miró a su alrededor en busca de ayuda, pero se dio por vencido—. No, no puedo pensar un modo de hacer que lo que he dicho suene diferente, así que tendré que mantenerlo. Es muy arriesgado. ¿Acaso no acabamos de estar hablando de que hay un sacerdote lunático que quiere sacrificar a un cautivo importante? Llegarás allí y aún quedará bastante tiempo para el festival ese, como se llame.

—Samhain —dijo Ferox, que ya presentía en qué iba a desembocar la reunión.

Crispino se volvió a él y le dedicó una sonrisa.

—Tu conocimiento del entorno será de un valor incalculable, como siempre, Flavio Ferox.

—Ah. Por supuesto, señor.

Las órdenes eran las órdenes, y, además, estaba la palabra que le unía a la familia del tribuno. Rufino rio sin alegría.

—Te has metido en ello tú solo, chico —dijo. Tenía, como mucho, un año más que Ferox, pero era de rango ecuestre, así que esos aires de superioridad le venían de forma natural.

—Me llevaré a un decurión y a veinticuatro de tus bátavos, prefecto, si parece bien. —Cerialis asintió—. De acuerdo. También necesitaremos a Vindex y a cuatro o cinco de sus exploradores. Nuestra labor es parlamentar, comprobar si se puede llegar a un acuerdo con este hombre, y, lo más importante, averiguar todo lo posible sobre él y esos druidas. Si todo sale bien, estaremos de vuelta para celebrar aquí el Samhain.

—Prepararé un banquete con la mejor comida que pueda encontrar —dijo Cerialis—, aunque los bátavos tienen su propia festividad, y esta comienza al amanecer.

—Espero la ocasión con ansia y con interés. Ya tengo experiencia en tu mesa, así que no me cabe duda de que será un banquete memorable.

—Si te gustan los huevos —dijo Rufino en voz baja—, reza para que Cerialis no se los coma todos él solo.

Todos ellos fueron invitados a cenar en el pretorio esa noche y, con Claudia Severa y su marido de visita, todos hicieron un esfuerzo por evitar temas serios de conversación. Sulpicia Lepidina llevaba un vestido oscuro, y Ferox confió en que no se tratara de un mal presagio para su viaje. Sea como fuera, verla le llenó de ánimo, al igual que lo hizo la facilidad con la que lograba guiar las conversaciones para incluirle dentro de lo decoroso, atendiendo a su rango social, aunque sin hacerle sentir incómodo en ningún momento. Ella parecía brillar a la luz de las lámparas de aceite, enriqueciendo la velada con su mera presencia. Ferox pensó que, completamente vestida, Lepidina era mucho más excitante que las dos gemelas desnudas, a pesar de la delicada belleza de ambas. Lamentó que Cerialis no le pidiera a su esposa que cantara y tocara para ellos. En lugar de eso, el prefecto invitó a los hombres a darse un baño, aunque pidió disculpas por el estado de las instalaciones.

—Mi antecesor no consideraba que una piscina fuera una prioridad, y hay un límite a las cosas que pueden hacerse en esta casa.

La madera del pretorio no permitía hacer un hipocausto como en las casas de piedra, así que el prefecto había ordenado a sus soldados que cavaran una piscina circular reforzada con piedra y cemento. Una repisa alrededor de ella permitía que los bañistas se sentaran y se pusieran a remojo. Una ancha tubería traía el agua caliente de unos tubos de cobre dispuestos sobre unas hogueras abiertas, mientras que por otra tubería se procedía al desagüe. Se podían meter hasta diez personas en el agua, aunque apretadas, pero con cinco resultaba cómoda. Había vapor en el aire, aunque eso no servía para atenuar el golpe de calor que se sentía al entrar en el agua. Ferox siseó y resopló. El resto de los invitados le miraron con cierta sorna: típico de un centurión bárbaro.

En cuanto se acostumbró, Ferox se sentó y extendió los brazos sobre la repisa de la piscina, y dejó que el calor se apoderase de él. La última vez que había estado en un baño así había sido en casa de Flora. Comprobó que aquel era muy similar, salvo por las inofensivas pinturas de delfines y otras criaturas marinas en las paredes enyesadas y en el techo. Había tres esclavos, y Cerialis insistió en que esperaran para que los masajearan con aceite y luego les exfoliaran la piel en vez de hacerlo ellos mismos.

—Hay una ducha fría en la habitación contigua, para después —les dijo,

pero Ferox no tenía intención de usarla.

Se sentía un poco atontado y feliz y se había olvidado de lo refrescante que podía llegar a ser algo tan simple.

Dos noches después estaban en Coria, y dispusieron de varias horas para disfrutar de los baños que había extramuros y que fueron puestos a su exclusiva disposición.

—Estaré muy contento cuando acabemos de construir los nuestros en Vindolanda —dijo Cerialis cuando se adentraron en el calor infernal del *caldarium*.

Se estaban construyendo muchas edificaciones en la guarnición, pero Ferox sabía que se estaban reservando un entusiasmo y un esfuerzo mayores para los grandes baños de piedra que se estaban levantando extramuros, en la ladera.

—Tener que esperar turno es un inconveniente —dijo Aelio Broco—. Ojalá la piscina de mi casa fuera tan estupenda como la tuya.

Aquella era la experiencia al completo: lanzarse pelotas de cuero los unos a los otros, para ejercitarse, en una gran sala de techos altos y con eco antes de pasar de cálido a abrasador, para luego zambullirse en una piscina fría y repetir el circuito varias veces. Era revitalizante, aunque para Ferox no tenía ni punto de comparación con la facilidad y la comodidad de estar a remojo en una bañera no demasiado caliente.

Salieron al día siguiente y recorrieron la calzada oriental durante una hora. Había veinticuatro jinetes bátavos a las órdenes de un decurión llamado Masclo, un hombre callado y firme. Cada jinete llevaba una capa y una manta enrollada y atada a la parte trasera de la silla de montar, así como un par de sacos llenos de cebada colgados a lomos de los caballos. Dos *galearii* montaban mulas, y cada uno de ellos llevaba a otras cuatro de una cuerda con más provisiones y con las tiendas de campaña. Vindex se trajo consigo a cuatro de sus mejores hombres, incluido el imperturbable y fiable Breno. Los exploradores observaban a los soldados, cargados de equipo hasta los topes, con curiosidad y un toque de desdén.

—¿Para qué quieren todo eso? —le preguntó a Ferox el cadavérico brigante—. Creía que solo íbamos a parlamentar con ese hombre.

—Un embajador de Roma tiene que parecerlo. Y estos bátavos saben lo

que hacen, así que serán útiles si nos vemos obligados a luchar.

—Si nos vemos obligados a luchar, estamos jodidos, y estos no van a servir de nada.

Hablaban en el idioma de las tribus mientras esperaban a que la escolta comprobara arreos y equipo. Cerialis y otros cuarenta jinetes los observaban. Este no avanzaría más y volvería a Vindolanda al atardecer.

—Así que vamos a parlamentar con ese tal Tincommio, lo que significa que el que va a hablar eres tú. ¿Para qué viene ese estirado? —Le dedicó una sonrisa a Crispino y este, a modo de respuesta, asintió afablemente.

Ferox no sabía por qué. Los *regionarii* como él solían llevar a cabo negociaciones de ese estilo, incluso con los reyes de las grandes tribus, y era extraño que se enviara a un joven aristócrata. Era un riesgo innecesario, y no estaba seguro de si Crispino había hecho lo posible por ir o si le habían seleccionado para la misión. El joven podía convertirse en un valioso rehén, puede que incluso en carne de sacrificio, y solo pensar que había hombres en las altas esferas intentando provocar un desastre en la frontera le hacía temer que se estuvieran dirigiendo a una trampa.

—Supongo que le hacía ilusión un poco de aventura —dijo.

—Ah, bien. —Vindex le olisqueó y arrugó su larga nariz—. Hueles raro.

—Se llama estar limpio.

Sonó una trompeta, potente y grosera en el aire calmo. Masclo dio la orden y sus hombres montaron.

—Seguro que no cagan a no ser que se les ordene —dijo Vindex.

Ferox le ignoró y llevó a su caballo al paso hasta llegar junto a Crispino. El decurión saludó al tribuno, luego se acercó a su prefecto y saludó de nuevo.

—Tercer día después de las nonas de octubre. Informe del destacamento de la VIII Cohorte de bátavos. Todos están en sus puestos, al igual que el bagaje. Masclo y sus hombres están listos para partir y le piden permiso a su rey y señor para hacerlo.

—Permiso concedido. —Cerialis llevaba su casco con penacho—. Cabalgad con buena fortuna. Os deseo un exitoso retorno.

—¡Mi señor! —volvió a saludar Masclo, y volvió a ponerse a la cabeza de la columna—. ¡Preparados para iniciar la marcha! —gritó—. ¡Adelante! ¡Al paso!

Crispino espoleó a su yegua para que avanzara. Ferox se quedó atrás con Vindex, listo para enviar a los exploradores en cabeza cuando hubieran dejado atrás el fuerte y las *canabae*. El asentamiento civil de Coria, incluidos un buen número de edificios oficiales, se extendía por una superficie mayor que Vindolanda, así que pronto se ganaría el estatus de *vicus*. Era pronto, y la poca gente que había deambulando por allí no parecía estar muy interesada en ellos. Llegados al límite del asentamiento, oyeron gritos y vieron a tres chiquillos que le tiraban piedras al mendigo de pelo cano mientras caminaba por la calzada. No tenían buena puntería, pero verlo enfureció a Vindex.

—¡Perdeos, mocosos! —les gritó, y su rostro salvaje bastó para que huyeran y se refugiaran tras una esquina. El más valiente asomó la cabeza y le miró, pero volvió a huir cuando el brigante le gruñó.

—Unas monedas a cambio de una bendición.

El sujeto parecía aún más jorobado que nunca, y miraba al suelo con la mano extendida. Su perro les gruñó.

—Aquí tienes, padre —dijo Vindex lanzándole un par de monedas—. No necesitamos dinero a donde vamos —explicó—. Pero sí que necesitaremos todas las bendiciones que nos puedan dar.

—Es extraño. Cualquiera diría que nos sigue —dijo Ferox—. Bueno, lo sería si no hicieses más que darle dinero. Me pregunto qué hace aquí.

Vindex frunció el ceño.

—Todos tenemos que estar en algún sitio. A mí lo que me gustaría es no tener que ir a donde vamos.

—Un hombre no puede esquivar el destino. Vamos a donde se supone que tenemos que ir.

—¿Quieres decir que todo esto es culpa nuestra? —Vindex esbozó su sonrisa burlona.

—Culpa mía no es. Seguro que es culpa tuya, como siempre.

Crispino se volvió y se los quedó mirando cuando oyó un estallido de carcajadas.

Se dirigieron al norte por la calzada y avanzaron a buen ritmo en un día claro y de sol. A Ferox le rondaba algo en la cabeza mientras cabalgaban; lo tenía en algún lugar de la mente, pero era demasiado difuso como para atraparlo. Alguien había hecho o dicho algo extraño cuando partieron, pero no

había estado prestando demasiada atención, y no recordaba qué era. Cuando los caballos calentaron, los pusieron al trote durante un trecho. Tampoco el bamboleo sirvió para refrescarle la memoria. Después de una hora descabalgaron y marcharon. Se detuvieron dos veces para descansar, para que bebieran los caballos y para comer un almuerzo a base de galletas y panceta salada. Masclo era un hombre callado que nunca parecía necesitar alzar la voz, y aunque no tuviera más de veinticinco años, desprendía la autoridad de un oficial mucho más veterano. Ferox pensó que el decurión era una buena elección para poner al mando de la escolta.

Hasta Vindex expresó su aprobación a regañadientes. Sus hombres y él pasaron la mayor parte del día cabalgando en vanguardia y en retaguardia de la columna. En realidad no tenía por qué haber peligro a esas alturas del camino, pero Masclo había sugerido, sin que nadie se lo pidiera, que era bueno hacerse a los buenos hábitos desde el principio. Cuando Vindex volvió para informar de que el camino estaba expedito y de que alcanzarían Bremenium antes de la puesta de sol, el decurión hizo llamar a uno de los esclavos que custodiaban la comida para que le diese al explorador carne y galletas y para decirle a Vindex que habría más para sus hombres cuando volvieran.

Llegaron al fuerte de Bremenium cuando el sol empezaba a ponerse y los cielos, en el oeste, parecían arder con color. Vindex y sus hombres se habían acercado a la columna, y el brigante informó de sus operaciones a los tres oficiales. El progreso había sido bueno, el día agradable, y, aunque estuvieran cansados, todos ellos estaban unidos en un propósito: no demostrarlo ante la guarnición de esa base.

—Un buen chico —dijo Vindex mientras observaba a Masclo y a Crispino acercarse a la imponente *porta praetoria* para informar de su presencia al comandante de la guardia—. Aunque un poco empalagoso.

—A ti te cae bien cualquiera que te dé de comer. ¿Por qué empalagoso?

—Bueno, pues adulator. Un trepa. ¿Recuerdas cómo llamó «rey» al prefecto?

—*Omnes ad stercus*. —Ferox escupió las palabras con tal violencia que su caballo dio un brinco.

Los soldados le miraron sorprendidos. Eso era. Eso era lo que había

estado intentando recordar. Se apoderó de él un miedo oscuro cuando recordó al enorme germano exigiendo que le entregara a la «reina». Recordaba vagamente algo que había oído acerca de los bátavos, pero necesitaba encontrar el modo de sacar el asunto con diplomacia, y se preguntaba cómo hacerlo.

—Entonces ¿es el prefecto Cerialis vuestro rey? —le preguntó Vindex al decurión cuando recorrían la calle principal del campamento.

Ferox suspiró.

—Podría serlo —repuso Masclo sin un atisbo de incomodidad—. El prefecto es parte de la realeza de nuestro pueblo. Somos soldados de la VIII, hemos jurado lealtad a Roma y al emperador, y mantendremos nuestra palabra. Él está al mando porque es el prefecto, pero también goza de nuestra lealtad porque somos bátavos y él es nuestro señor. ¿Vosotros no tenéis rey?

—Sí, varios.

—¿Y los obedecéis además de servir al emperador?

—A mí me manda mi caudillo, y él lo hace porque se lo dice su rey.

No fue hasta entrada la noche que Ferox tuvo oportunidad de hablar con Crispino en privado.

—Sangre de rey, sangre de reina —dijo—. He estado ciego. Cerialis es el rey al que buscan y Sulpicia, su reina. Lo que quieren es su sangre para hacer el sortilegio del druida.

Expuso todo lo que había averiguado sobre la emboscada, y le volvió a decir al tribuno que, durante el ataque, los asaltantes habían obviado objetivos más suculentos porque tan solo querían a la dama.

Crispino vaciló.

—No es un rey de verdad. Tan solo un aristócrata de una tribu.

—Estás pensando como un romano, no como un ambicioso hechicero que quiere hacerse con poderes derramando sangre real. ¿Cuántos reyes se pueden encontrar entre los romanos en esta parte del mundo? Ningún emperador ha venido a Britania desde Claudio.

Entonces el tribuno se decidió.

—Escribiré una carta y enviaré a uno de los soldados de vuelta a Vindolanda. No podemos hacer mucho, pero al menos le podremos recordar a Flavio Cerialis que tome precauciones, por su seguridad y por la de su esposa.

No creo que puedan hacer más de lo que están haciendo, pero al menos no causaremos ningún daño.

—El mayor peligro será cuando se acerque el Samhain.

—Con suerte estaremos de vuelta para entonces. —Crispino le dio una palmada en la espalda—. Buen trabajo. A mí jamás se me habría ocurrido. Cuanto más conocemos a estos malditos asesinos, más probabilidades tenemos de detenerlos. Descansa. Mañana tenemos una larga cabalgada por delante. Y no te preocupes, enviaré la carta.

XVI

Trimontium se llamaba así por los tres picos que había en la cordillera que se veía desde el fuerte. Era el doble de grande que Vindolanda y, en aquellos días, el puesto más septentrional de la guarnición de Britania. Se había levantado tras el meandro de un río, las aguas marrones fluían crecidas después del último mes de lluvias. Parecía una ciudad, con calles rectas flanqueadas por edificios encalados y tejados de teja roja o negra. Aparte del fuerte rectangular de esquinas curvadas, había también terraplenes en tres de sus lados protegiendo las *canabae*, donde se veían tanto chozas circulares con techumbres de paja como edificios de tipo romano. Existía una aldea a tiro de flecha del foso, y algunas más en la llanura que se extendía hacia el oeste, así como un pequeño fuerte en lo alto de una colina. Aquel era el extremo mismo del Imperio y el lugar donde moría la calzada oriental. Aunque, a grandes rasgos, podía decirse que los romanos y sus aliados de la tribu de los votadinos se llevaban bastante bien.

Fue una larga cabalgada desde Bremenium; el día era gris y sobre sus cabezas flotaba un amenazante mar de nubes grises. No obstante, Crispino estaba decidido a hacer el trayecto en una jornada y no quería detenerse en el pequeño fuerte que se alzaba a medio camino. Los veinticuatro bátavos cabalgaban con ellos, y el tribuno le explicó a Ferox que había enviado la carta mediante el correo regular que había salido al amanecer.

—Lleva buena montura, y le darán caballos de refresco cada vez que pare en una posta. Hará el viaje más rápido. Además, puede que necesitemos a todos los hombres disponibles.

—Señor.

El tribuno percibió su escepticismo.

—¡Por las pelotas de Hércules, confía en mí, hombre! —dijo con enfado.

—Por supuesto, señor —dijo Ferox, y recordó algo que a su abuelo le gustaba decir: «Un hombre que no hace más que decirte que confíes en él esconde algo».

A medida que se aproximaban a Trimontium vieron que el sol se ponía bajo las nubes iluminando el fuerte con una luz rojiza y proyectando alargadas sombras. A todos les levantó el ánimo tal espectáculo.

—Me pregunto si aquí se podrá echar un trago —dijo Vindex dispuesto, por una vez, a dejar de lado la aversión que le producían los lugares poblados en exceso.

El alojamiento en los barracones y los establos para los caballos y las mulas ya estaban preparados y supervisados por un alegre tribuno de la Legio XX Valeria Victrix, que era el hombre al mando de la guarnición variopinta de legionarios y auxiliares acantonados en la base. Se llamaba Atio Segundo, e invitó a Crispino y a Ferox a una abundante cena antes de llevarlos, acompañado de unos esclavos, a sus baños privados.

—Los muchachos disponen de uno más grande al otro lado del fuerte —les dijo—, pero alguien tuvo la magnífica idea de hacer estos para los mandos y para cualquier oficial que pasara por aquí. Es probable que nos encontremos con alguno.

Los baños estaban intramuros, en una de las zonas civiles, aislados del resto mediante otra serie de terraplenes sobre los que unos centinelas hacían guardia.

—Siempre se agradece un poco de privacidad —dijo Segundo alegremente después de hacerle un gesto con la mano a un legionario que se puso firme—. Buenas noches, Longo.

Un camino pavimentado llevaba a la entrada de un largo edificio de piedra. Los muros estaban desnudos y sin enlucir, quizá para demostrar que era de piedra y no de barro y paja. Encontraron a tres hombres siendo masajeados por esclavos después de haber completado su baño. Uno de ellos era el orondo liberto imperial Vegetio, junto con un colega que era algo más alto y también más gordo. Este último también trabajaba para el *procurator* de

la provincia y supervisaba la recaudación de impuestos así como a los contratistas que servían al Estado. Con ellos había un *negotiator*, un hombre de negocios que suscribía contratos para suministrar ropa y animales al ejército, además de comerciar por su cuenta. Era un trévero, con acento del Rin, pero llevaba años en aquella parte del mundo y pasaba largas temporadas en el norte. Ferox pensó que el hombre le sonaba, pero no recordaba dónde se habían conocido. Sus manos finas y sus largos dedos, aún sucios a pesar del baño, tenían algo muy particular, y eso le produjo un destello en la memoria.

—Similis es un tipo estupendo —les aseguró Vegetio mientras le propinaba al mercader una palmada con su mano regordeta—. Nos conocimos hace unos diez años, y no me arrepiento de un solo día desde entonces. —La esposa del liberto no le había acompañado a aquel viaje—. Aquí hace bastante malo, y se ha resfriado. Y Sulpicia Lepidina —dijo el hombre, pavoneándose al mencionar a una conocida de tal renombre— ha sido muy amable y le ha ofrecido a mi querida esposa una habitación en su casa hasta que yo vuelva.

No cabía duda de que Cerialis estaba a favor de tales gestos de generosidad.

Ferox le preguntó a Similis si sabía algo de Tincommio, y pudo percibir que el sujeto estaba valorando si ganaría o perdería respondiendo la pregunta. El comerciante dio cada fragmento de información de un modo que parecía causarle dolor físico. Sí, había conocido al gran rey, pero no podía decir que le conociera bien. Su ascenso era reciente, una mezcla de fuerza bruta y mucho esfuerzo a la hora de hacer amigos y aliados.

—Tiene tres esposas, ha casado a sus hijas con otros caudillos tanto de su tribu como de otras y ya tiene hijos adultos. También acoge a exiliados y a sus seguidores, así que tiene más guerreros a su disposición que cualquier jefe que se recuerde.

—¿Y qué hay de los magos? —intervino Crispino.

Ferox vio que los ojos del hombre se cerraban como cortinas en una ventana y deseó que el aristócrata le hubiera dejado el asunto a él.

—No sabría nada de eso. Solo le he visitado una vez, para comprarle perros y algunos osos que vender para los circos del sur. De hecho, traté con uno de sus hombres. Era duro, pero justo, y ambos nos beneficiamos del

negocio.

—Es que he oído historias de druidas —insistió el tribuno.

—Siempre hay historias, pero cuando haces lo que hago yo no metes las narices en nada —dijo el comerciante.

—Una lástima. Nos habría sido muy útil saber más. —Un esclavo acababa de afeitarse al aristócrata, y este se frotaba el mentón con evidente deleite—. Los hombres bien informados son muy útiles, lo que, por supuesto, nos obliga a nosotros a serles de utilidad.

—Lo lamento, señor, pero no puedo decir lo que no sé.

«Mentiroso», pensó Ferox. Sospechaba que el hombre juzgaba la amistad con los dos funcionarios mucho más útil a largo plazo que las fugaces ganancias que pudiera obtener ayudando a un joven oficial que tan solo permanecería en la provincia poco menos que un año. Y lo más probable era que los hombres del *procurator* quisieran que su amistad fuera exclusiva.

—Lo lamento de veras, mi señor. Si puede haber algún otro modo en que pueda ser de utilidad, solo tienes que pedirlo, ya que la gratitud de un hombre de tu rango es una bendición que supera las demás. Quizá haya alguna cosa que no seas capaz de conseguir aquí, tan alejado de la civilización. Hay pocas cosas que yo no pueda obtener, y estaría encantado de entregártelas a modo de regalo.

—¿Qué querían a cambio? —preguntó Ferox en voz baja.

Se vio un leve resquicio de luz detrás de las cortinas que al instante desapareció.

—Me refiero a Tincommio —continuó el centurión—. Dudo que le pagaras en monedas.

—Bueno, cosillas, ya sabes... las baratijas habituales, recipientes de plata y mucho vino. A los britanos les gusta el vino, aunque la cantidad les importa más que la calidad. No son más que bárbaros.

—Flavio Ferox es britano, del sur —dijo Crispino con delicada y cordial malicia.

—No quería ofender —repuso el trévero.

Ferox pudo sentir el alivio del hombre al cambiar de tema, y estaba seguro de que aquel tipo había estado vendiendo cosas que no debía al ambicioso líder tribal. Puede que armas, o quizá hierro para forjar espadas, o

simplemente información.

—Un hombre escurridizo —dijo Segundo cuando el comerciante y los dos funcionarios se fueron poco después—. Tampoco me fio mucho de los otros dos.

—¿Cobran más impuestos de lo que corresponde? —preguntó Crispino.

—Claro, eso es obvio. Quiero decir que todos lo hacen, ¿no? Solo temo que estén cobrando mucho más que la mayoría y lo bastante como para hundir a estos pobres diablos en la miseria. No tiene sentido llevar a los nativos a una situación aún más desesperada. —Atio Segundo les pudo contar algo más sobre las tribus del norte y sobre el gran rey—. Las patrullas no se adentran mucho últimamente si no hay una razón de peso para ello —explicó—. No disponemos de hombres suficientes, así que nos mantenemos al margen, salvo cuando alguien nos pide ayuda. En realidad, creo que esa es parte de la razón por la que el resto de tribus y clanes se están acercando a ese tal Tincommio. He oído rumores sobre esos druidas que mencionas más de una vez, pero nada concreto. Por aquí no hemos visto a ninguno de esos locos tatuados sedientos de sangre de los que me hablabais. No, me temo que vais a tener que ser vosotros los que me contéis qué está ocurriendo.

Los esperaba un guía en Trimontium, tal y como había sido organizado.

—Tiene aspecto de rufián, pero no puedo ofreceros otra cosa —dijo Segundo al despedirse—. Buena suerte. Espero veros de vuelta antes de que acabe el mes y, por supuesto, ¡espero no verme obligado a tener que vengar vuestras atroces muertes! ¡Sería todo un inconveniente! —dijo sonriendo con alegría.

Salieron una hora antes del amanecer, sin trompetas ni ceremonias.

—Estad alerta, muchachos —les dijo Masclo a sus hombres cuando dejaron atrás el fuerte.

El guía era un hombre delgado con la piel cuarteada que parecía un anciano. Sin embargo, era un hombre vigoroso e incansable. Vestía con sencillez: botas, túnica de manga larga, pantalones y una pesada capa abrochada con una simple fibula. Montaba un poni pequeño y lanudo, y le colgaban las piernas hasta el punto de ir rozando la hierba, ya que no seguía los restos cada vez más difuminados de la vieja calzada romana, sino que se mantenía a un lado de esta. El hombre no dijo su nombre, y solo hablaba

cuando no tenía más remedio. Pero Vindex sabía quién era.

—He oído hablar de él, y creo que su presencia es todo un honor. Se le conoce como el Viajero, y eso es lo que hace. Dicen que proviene de una de las islas del noroeste, Thule, o puede que más allá, y dicen que jamás se queda mucho tiempo en un sitio. En cuanto despierta, echa a andar o a cabalgar. Conoce los caminos, incluso aquellos que no se ven, y todos los lugares; conoce a los espíritus y a los dioses de cada valle y cada lago. He oído decir que navega a tierras lejanas, siguiendo a las ballenas y a los demonios de las profundidades. —Vindex se llevó la rueda de Taranis a los labios—. Quién sabe; lo que sí sé es que los caudillos le usan para enviarse mensajes entre ellos. No pueden obligarle, nadie puede, y solo se presta si él lo desea y si cree que es importante. Lo dicho, es un honor.

El Viajero llevaba una vara coronada con hojas y bayas.

—Es el símbolo de un mensajero —le dijo Ferox al tribuno.

—¿No es el muérdago el distintivo de los druidas?

—Puede. Pero también puede que solo sea muérdago.

La calzada del norte había sido construida por el ejército hacía veinte años como ruta temporal, pero la obra no se había acabado, ya que las bases a las que llevaba fueron abandonadas. Desde entonces los lugareños se habían llevado muchas piedras como material para sus corrales y sus casas, y la hierba y la maleza crecían en los huecos que habían dejado los ladrones. La mayor parte del tiempo seguían al guía, y cabalgaban junto a la calzada, no por ella, pero el trazado de la vieja calzada era fácil de ver.

—No creo que le necesitemos aún —observó Crispino—. Supongo que será diferente más adelante, pero podría habernos esperado allí.

—Le necesitamos para todo aquello que no podemos ver —dijo Ferox—. Y, si me lo permites, me gustaría ir a ver qué tal lo llevan Vindex y sus exploradores.

Espoleó a su caballo antes de que el tribuno pudiera responder. Desde el principio del viaje Crispino había reanudado sus preguntas y su charla, y al centurión tanta cháchara le resultaba agobiante.

Había cosas que no le importaba explicar:

—Siempre que se pasa por una aldea o por un conglomerado de casas, más aún cuando entramos en un recinto amurallado, tenemos que girar a la

izquierda —le había dicho al tribuno el primer día.

Crispino esperó a que dijera más, pero al final acabó por claudicar.

—¿Por qué?

—Porque significa que estarán a nuestra derecha —dijo Ferox con un tono de voz que insinuaba que se trataba de una obviedad. Hubo otra larga pausa antes de darse cuenta de que necesitaba explicarse—. Llevamos los escudos a la izquierda, con lo que la derecha la tenemos desprotegida. Así demostramos que venimos en son de paz y que estamos dispuestos a mostrarles nuestro lado expuesto. Los enemigos no corren esos riesgos.

—Salvo si es una treta —dijo Crispino—. Pero estos son votadinos, son aliados nuestros.

—Entonces no pasa nada por recordárselo, señor. Los selgovae son aliados y los atacamos hace unas semanas.

Cada noche levantaban el campamento, pero eran muy pocos como para atrincherarse, aunque los jinetes se mostraran dispuestos a hacerlo. Había tres grandes tiendas hechas de lienzo de piel de cordero cosida para los bátavos y los esclavos del ejército, y una más pequeña que compartían los tres oficiales. A los caballos y a las mulas los ataban en fila, junto a los escudos y las lanzas de los soldados. Cinco hombres estaban siempre de guardia, cuatro de ellos a quince pasos del campamento, uno por cada lado, y el quinto vigilando a los caballos.

—Estamos bajo la protección del rey —dijo Crispino—. Seguro que nadie se atrevería a enfadarle hostigándonos.

Ferox insistió.

—En todas partes hay bandidos, hombres a los que les importa poco la palabra de un rey, de un caudillo o incluso de un emperador. Y hay bastantes que sentirían la tentación si el riesgo no parece excesivo. Es mejor no tentarlos, para empezar —dijo, y Masclo se mostró conforme.

El tribuno dejó que hablara la voz de la experiencia, pero Ferox seguía preocupado. Un ladrón experimentado podía llevarse a los animales ante las narices del centinela, así que le ordenó a Vindex que uno de los suyos patrullara en la oscuridad todas las noches, y hasta él mismo hizo un turno de guardia para no abrumar a los exploradores.

Sin embargo, si había bandidos por las inmediaciones, se contuvieron. El

campamento no sufrió perturbación alguna por las noches, salvo por los maullidos insistentes de un gato montés. A la segunda mañana despertaron con escarcha en las tiendas de cuero. La hierba estaba blanca y crujía bajo sus pies. Se desvaneció rápidamente en cuanto salió el sol, y solo quedaron algunos parches allá donde las laderas de los valles proyectaban sus sombras sobre la tierra.

A la noche siguiente levantaron las tiendas junto a un arroyo desde donde se veía, en lo alto de una colina, un grupo de casas redondas. El patriarca del poblado invitó a los oficiales a su mesa. Masclo se quedó con las tropas y el tribuno y el centurión se llevaron a un par de bátavos consigo. Crispino se acuclilló, incómodo, junto al fuego. Parpadeaba y tosía continuamente, dado que el ambiente estaba cargado de humo, pues, al igual que la mayoría de las casas indígenas, carecía de chimenea y el humo se filtraba entre la paja del techo. Sea como fuera, Ferox quedó gratamente sorprendido con el modo en el que el joven aristócrata se comportó, bebiendo y comiendo todo lo que se le ofrecía y dirigiéndose a su anfitrión con el mayor de los respetos.

—Los buenos modales son importantes —fue todo lo que dijo después, aunque quizá sus palabras se debieran a que no se encontraba del todo bien después de haber bebido varios cuencos de cerveza.

Los bátavos se bebieron el caldo como si fueran esponjas una vez superada su suspicacia inicial y se sintieron afortunados de haber sido elegidos.

Al día siguiente el tribuno tenía un tono de piel entre pálido y verdoso, y eso le ahorró a Ferox un par de horas de charla. Pero el descanso fue temporal.

—¿Por qué miran las puertas de las casas al sudeste? ¿Por qué no tienen chimeneas? ¿Esas gentes eran de un clan en concreto? ¿Cómo se puede saber a cuál pertenecen?

Una pregunta tras otra hasta que el centurión se fue a ver a los exploradores. Solo evitó que le siguiera el hecho de que Masclo insistiera en que, como comandante de la escolta, su labor era asegurar la integridad física del tribuno, y que eso sería difícil si se desgajaba continuamente de la columna yendo de aquí para allá.

A dos noches frías les siguieron dos días soleados de viento leve, y el

tribuno dijo que todo el mundo parecía exagerar los rigores del clima del norte. Pasaron por un importante puesto comercial de los votadinos, una plaza fuerte amurallada con mercado en lo alto de una colina desde la que se divisaban millas y más millas de apacibles pastos ondulantes. Ferox había estado allí un par de veces y había divisado el lugar desde lejos en innumerables ocasiones. Siempre le recordaba a una pintura que había visto de las pirámides de Egipto. No se acercaron porque no estaba en su ruta, pero pudo ver que hasta Crispino se había sentido impresionado.

—Nunca me hubiera imaginado que viviera tanta gente aquí —dijo negando con la cabeza—. Hay granjas por todas partes, aldeas, campos cuidados, vacas gordas y ovejas.

—¿Qué esperabas, señor?

—Algo más salvaje. Marismas, bosques espesos...

—Bueno, de eso también hay, eso está claro, pero, con suerte, no nos hará falta atravesarlos.

Siguieron adelante hasta que, al llegar a una loma, pudieron ver el estuario del gran río que desembocaba en el mar. El agua titilaba a la luz del sol matinal, y estaba moteada de espuma blanca, ya que el viento soplaba con fuerza y llegaba frío del este.

—¡Thalassa! ¡Thalassa! —proclamó Crispino al ver el mar.

Ferox sintió que el corazón se le alegraba, aunque debido a que el paisaje le recordaba a su tierra, no a Jenofonte y a sus diez mil mercenarios cuando vieron el mar que los llevaría a casa, a Grecia. El agua allí era de un azul claro como el cristal, nada que ver con el marrón lodoso del canal que bordeaba su tierra y, sin embargo, la sensación era la misma. Pudo oler el aroma de la sal en el aire, y añoró la sencillez de su niñez, cuando no estaba encadenado a ninguna palabra dada. Allí estaba, a varios días de camino del último enclave del Imperio y, aun así, se sentía atrapado. En los últimos días el tribuno le había preguntado varias veces por qué seguía en aquel puesto fronterizo en medio de ninguna parte.

—Nadie más me quiere —había dicho las primeras veces, pero Crispino insistió.

—Siempre hacen falta hombres competentes.

—Me gusta Siracusa —confesó Ferox al fin—. No tengo a nadie

respirándome en la nuca, al menos hasta el momento. Estoy en un extremo del Imperio, casi del mundo, por decirlo de algún modo. Casi puedo ver dónde acaba.

Aquello pareció satisfacer la curiosidad del tribuno. Ferox no estaba seguro de si había dicho la verdad. Después de tantos años sirviendo a Roma y a los emperadores, en realidad no podía imaginar otra vida. Le gustara o no, ese parecía ser su destino.

Tuvieron que dirigirse al oeste durante un trecho antes de poder cruzar el río, lo que hicieron en una barcaza y de cuatro en cuatro, hombres y caballos. No se les exigió pago alguno: tan solo ver a su guía parecía bastar para que los lugareños los ayudaran.

En cuestión de horas, después de cruzar las aguas, los cielos se oscurecieron y la lluvia empezó a caer. Llovió toda la noche. El agua desbarató sus intentos de encender un fuego. Y siguió lloviendo al día siguiente. Hacía más calor, pero la humedad se les colaba entre las ropas y les calaba el alma. A la noche siguiente agradecieron la hospitalidad de un caudillo cuya gente vivía en un pequeño recinto amurallado cerca de un lago. Se les sirvió un caldo caliente y mucha cerveza y volvieron a sus tiendas satisfechos. El caudillo pertenecía a los venicones, y les dijo que ya sabía que se les esperaba ese día.

Crispino se sintió complacido con aquella muestra de poder y buena voluntad por parte del gran rey. Al día siguiente avanzaron a buen ritmo, a pesar del intenso viento y de los fuertes chubascos. La ruta seguía el trazado de otra calzada construida por el ejército. Se veían restos de zanjas y terraplenes en la hierba, pequeños cuadrados del tamaño de Siracusa, así como pequeños círculos y rectángulos donde en su día se alzó alguna torre de vigilancia. No fue hasta que pasaron junto a un trazado rectangular mucho más grande que Crispino se percató de lo que eran.

—¿Esto era una fortificación? Parece tan vieja como la tierra misma.

—Hace diez años, puede que doce desde que la abandonaran —dijo Ferox—. Al ejército le gusta hacer las cosas bien, así que derriban los edificios y arrancan los postes, amontonan el zarzo y lo queman. —Señaló hacia una sección de hierba que tenía un color diferente al resto debido al calor del fuego—. Habrá miles y miles de clavos enterrados en agujeros por aquí, y

muchas otras cosas que o bien resultaban inútiles o bien demasiado pesadas para llevar.

—¿Y por qué no las desentierran los lugareños? El hierro podría serles útil, aunque solo fuera eso.

—Es probable que lo hicieran si supieran dónde buscar.

Se dirigían al nordeste, y siempre que escampaba y que el cielo se despejaba un poco, podían ver una cadena montañosa a su izquierda. Al día siguiente recorrieron las cumbres y pasaron junto a una serie de viejos puestos avanzados.

—Es increíble lo rápido que la hierba lo cubre todo —dijo Crispino.

Ferox se encogió de hombros.

—Diez años es mucho tiempo.

Algunos granjeros usaban los viejos terraplenes de corral. La gente se mostraba temerosa de ellos, aunque en ningún modo hostil. Cuando se detuvieron durante el día para que descansaran los caballos, hubo hombres que se acercaron a contemplarlos. Los niños eran más atrevidos y merodeaban por el campamento. Se mantenían alejados de Vindex, al menos hasta que empezó a repartir galletas. Quien más parecía fascinarles era Crispino, y, de hecho, intentaban tocarle cuando pasaban junto a él.

Ferox les oyó parlotear, y no pudo evitar soltar unas carcajadas.

—Creen que eres el emperador de Roma y que trae buena suerte tocarte porque en vez de sangre te fluye oro por las venas.

—De eso mismo llevo años intentando convencer a las mujeres —bromeó el tribuno, aunque tanta atención parecía complacerle.

La lluvia cesó a la jornada siguiente, pero el día fue gris y frío. Su respiración se convertía en pequeñas nubecillas, y al final de cada cabalgada Ferox sentía los pies entumecidos y dolidos cuando desmontaba. Siguieron pasando junto a puestos abandonados por Roma y, al fin, llegaron a un enorme recinto mucho más grande que cualquiera de los que hubieran visto hasta el momento.

—La Legio XX construyó esto, aunque nunca llegaron a acabarlo —dijo Ferox. Pudo ver al tribuno observando los gigantescos restos de la base con asombro—. ¿Lo comprendes ahora?

—Creo que sí —dijo el joven aristócrata y, por primera vez, le faltaron

aplomo y confianza en sí mismo—. Fuimos poderosos, todos lo vieron, y luego nos marchamos. ¿Por qué iban a temernos? ¿Por qué iban a tratar con nosotros?

—Nosotros, o sea, tú, tienes que explicarles por qué —dijo el centurión aferrando al tribuno del brazo.

XVII

Tincommio vivía entre los muros de una vieja base militar del tamaño de Vindolanda y, desde la distancia, no parecía ser tan diferente. En lugar del foso y del terraplén herboso, los hombres habían hecho lo posible por reforzar las defensas. Había torres de madera sobre las puertas, más torres en las esquinas y un parapeto de madera que protegía una pasarela. Los centinelas recorrían los terraplenes o vigilaban desde las torres y, si eran pocos los que llevaban casco, menos aún eran los que lucían armadura. Sus ropas y escudos eran de todos los colores imaginables. Se mantenían alerta.

Se oyó el sonido de unos cuernos cuando la columna se acercó y las puertas se abrieron. En eso el poblado britano era diferente, ya que, durante el día, las puertas de un campamento permanecían abiertas a no ser que hubiera una amenaza de ataque enemigo. Cuando pasaron por debajo de la torre y se adentraron en el fuerte, la sensación de estar en una base militar se desvaneció por completo. No había calles, ni filas ordenadas de barracones y graneros, sino docenas de casas redondas con techumbres cónicas de paja sin orden alguno. Algunas estaban apiñadas y otras dispersas. Había espacios abiertos y algunos árboles jóvenes y gente y animales yendo de un lado a otro. Cuando accedieron al interior, Crispino arrugó la nariz al ver y oler a un par de hombres acucillados y haciendo sus necesidades delante de todo el mundo. Las ciudades y las bases romanas apestaban, pero aquello era diferente, daba la sensación de estar en una enorme granja.

El gran rey vivía en una de las grandes casas que se alzaban en un extremo del viejo fuerte. Los edificios estaban rodeados por un vallado y separados

del resto. Eran custodiados por corpulentos guerreros con cota de malla y cascos de bronce que llevaban escudos ovalados pintados mitad en rojo y mitad en negro, así como lanzas con el asta brillante bien engrasada. Cada uno de ellos portaba una espada al cinto, sobre la cadera derecha, y casi todas eran armas reglamentarias romanas. Había grandes perros encadenados a unos postes junto a la entrada, y se oían ladridos del corral anejo a la casa.

Crispino, Ferox y uno de los bátavos, este último cargado con un cofre de madera, fueron guiados hacia la más alta de las dos viviendas. Su guía se había esfumado, y, en su lugar, siguieron a un hombre menudo con la pierna retorcida que se apoyaba en un cayado. Llevaba un fino collar de oro al cuello, túnica blanca con los dobladillos verdes y pantalones de cuadros azules, grises y verdes. Era calvo desde la coronilla hasta la frente y tenía la piel moteada de pecas y arrugada. El pelo que le quedaba era áspero y grueso como el de un caballo y parecía apuntar en todas direcciones. Una de sus pupilas era de un blanco lechoso, y la otra los miraba como si le costara verlos. Tenía dos guerreros al lado. No eran tan altos como los de la entrada, pero iban igual de bien equipados. Uno de ellos tenía el pelo negro como el plumaje de un cuervo y llevaba el rostro afeitado; el otro era pelirrojo y lucía un largo mostacho.

—Esta es la morada de Tincommio, gran rey de los vacomagi y los venicones, señor de los caledonios. —El hombrecillo tenía una voz sorprendentemente grave, y, lo que era aún más asombroso, hablaba un latín casi perfecto—. Él es la rama roja del árbol grande, el gran toro de Camulos, la montaña que permanece solitaria en medio de la tormenta, la espada ensangrentada y el escudo intacto, la capa negra.

Uno de los perros estaba mirando a Ferox fijamente mientras gruñía. A Ferox nunca le habían gustado los perros, salvo para comer cuando no había otra cosa. De algún modo aquellas criaturas siempre parecían saber que no eran de su agrado y le devolvían el gesto.

—Es el señor de los valles y las montañas —siguió diciendo el hombrecillo cuando creían que había acabado—. Es el cuerno que retumba en la colina, la hoja que brilla al amanecer, la lanza que vuela certera y con fuerza, el cielo que cubre la tierra y trae la lluvia, el carnero de la abundancia, y el juez sabio en materias profundas.

Crispino soltó un largo suspiro cuando supo que la lista había concluido. El hombrecillo cojeó hacia la entrada de la casa. La puerta era baja, y hasta él tuvo que agacharse para entrar. Ferox casi tuvo que inclinarse al máximo, al igual que el soldado y los dos guerreros que los siguieron.

El interior era más luminoso de lo que hubieran esperado, ya que una gran hoguera ardía en una larga zanja en medio del ancho suelo y había antorchas ancladas en soportes de hierro y en el círculo de postes cercano al extremo del gran salón. Crispino resolló sorprendido ante el asombroso tamaño del lugar, los techos altos y oscuros debido a la penumbra y al humo, y el círculo, casi vacío, en el suelo, en torno al fuego. Había una única silla, de respaldo alto y ricamente tallada, y en ella, sentado, un muchacho de ocho o nueve años, con el cabello de color oro pálido con tintes rojizos a la luz del fuego.

La profunda voz volvió a hablar:

—Bienvenidos al gran salón de Tincommio, gran rey de los vacomagi y los venicones, señor de los caledonios, la rama roja del árbol grande, el gran toro de Camulos, la montaña que permanece solitaria en medio de la tormenta, la espada ensangrentada y el escudo intacto...

—Creo que es suficiente por ahora.

El guerrero bien afeitado dio un paso y se acercó a ellos. También hablaba latín, aunque con un acento cantarín que hacía que sus frases parecieran versos. Le había entregado el escudo y la lanza al otro hombre, y ahora se retiraba el casco y se pasaba la mano por el pelo, negro y aceitoso.

—Yo soy Tincommio, y no puedo recordar lo que sigue en toda esa verborrea. Tampoco me apetece oírlo de nuevo. Solo los dioses saben cómo puede recordarlo él. Y eso si de verdad lo recuerda. Muchas veces me pregunto si se inventa la mitad. Ni siquiera sé de donde vienen algunos de esos títulos. ¿Acaso me parezco a un camero?

No esperó a que respondieran. Sin su casco no era mucho más alto que Crispino. Su rostro era joven, aunque tenía unas leves arrugas en los ojos que irradiaban la dureza de la experiencia que acompaña a la edad y al sufrimiento.

—Bienvenido, tribuno Marco Atilio Crispino, hijo de Marco, viejo cónsul de Roma. Bienvenido, Flavio Ferox, centurión, descendiente del Señor de las Colinas y príncipe de su pueblo.

Apareció una mujer que se acercó a su lado. Llevaba una bandeja de madera con una hogaza redonda de pan y una copa de *terra sigillata*. Ella era más alta que el hombre, de piel más pálida, pero con el pelo largo y casi tan negro como el de él, aunque le llegaba hasta la cintura. Su vestido era de un blanco intenso, de lino, ajustado a su generosa silueta y atado a la cintura mediante un cinturón compuesto de aros de plata.

—Venid, compartid mi mesa.

El rey rompió un trozo de pan y se lo entregó a Crispino. Luego le dio otro a Ferox. Se llevó la copa a los labios, dio un sorbo y le pasó el recipiente primero al uno y luego al otro, esta vez también al bátavo que permanecía en posición de firmes, como una estatua de madera.

—Sois huéspedes del rey y estáis bajo su protección.

El tribuno le hizo un gesto al soldado. Este abrió el cofre para mostrar las bandejas y los cálices de plata que contenía, se agachó para dejarlo en el suelo y dio un paso atrás para volver a adoptar su pose de parada militar.

—Gracias. Traigo saludos y esta muestra de amistad del legado... — empezó a decir Crispino, pero fue interrumpido.

—Hablaemos después, y trataremos asuntos importantes mañana. Pero estaréis cansados. Os llevarán a vuestras dependencias. Descansad, comed, aseoos. Esta noche comeremos y beberemos, y mañana hablaemos. Tendréis que disculpar mi pequeño subterfugio... ¿Es esa la palabra? Bien. Procuero hacer las cosas tan bien como puedo, y es mejor ser corregido que vivir en la ignorancia, ¿no creéis? Luego nos vemos. Hablaemos de nuevo.

El gran rey dejó su copa y abrazó a la mujer por la cintura. La acercó a él, haciendo que soltara la bandeja, y se alzó para besarla. Ella respondió con entusiasmo. Ferox le dio al tribuno un ligero toque con el pie y se marcharon. Se agacharon para pasar por la puerta baja. Había hombres esperándolos para escoltarlos, pero unos pasos más allá vieron a otros tres que estaban arrodillados y con las manos atadas a la espalda. Un guerrero inmenso con una espada larga paseaba ante ellos. Los ojos de Ferox tardaron en acostumbrarse a la luz del día, y entonces el centurión reconoció al hombre al que se había enfrentado el día de la emboscada. Hoy el guerrero se le antojaba aún más corpulento.

La espada cayó y rodó la primera cabeza. Surgió una fuente de sangre que,

por poco, no llegó a manchar las piernas del guerrero.

—¿Quiénes son? —preguntó Crispino.

Su escolta no parecía hablar latín, así que Ferox les habló en su idioma.

—Ladrones que le robaron al rey —le dijo al tribuno—. Y me atrevo a decir que este espectáculo es para nosotros, como todo.

La hoja cayó por segunda vez. Rodó otra cabeza y el cuerpo del desgraciado se desplomó hacia delante. Tincommio estaba haciendo ostentación de su papel en la emboscada de Sulpicia Lepidina: no cabía duda de que el objetivo era recordarles que se trataba de un peligroso enemigo y que, por lo tanto, a los romanos les convenía convencer al rey de que merecía la pena ser amigos.

—Es mejor ser corregido que vivir en la ignorancia —dijo Crispino—. ¿Qué mensaje está intentando lanzar? ¿Qué es un bárbaro poderoso y despiadado?

—Que es fuerte e inteligente, más bien. Quiere hacernos vacilar.

—Huele a estratagema. El tío Frontino está obsesionado con ellas. De hecho, está escribiendo un libro que se llama así. Pero todas las que describe tenían una razón de ser. ¿Qué pretende con esto?

—¿Acaso no es esa la respuesta que hemos venido a buscar?

Los llevaron a una zona del fuerte alejada del resto de los edificios. Había un corral para los caballos. A los animales les habían dado de comer y los habían limpiado. Los soldados fueron alojados en una gran choza junto con los esclavos y los exploradores. Dos viviendas más pequeñas fueron puestas a disposición de los oficiales. A Ferox no le importó compartir techo con Masclo, y dejó que el tribuno descansara tranquilo: al menos así se ahorraría la incesante charla. En cada una de las casas había sirvientes esperando, y oyó que el decurión juraba y amenazaba con la castración a cualquiera que los maltratara.

—Estamos muy lejos de casa, muchachos. Si queréis volver, no hagáis tonterías.

Con muchas otras unidades Ferox habría temido que hubiera desertiones, ahora que estaban tan lejos de la guarnición más cercana, pero dudaba que hubiera peligro con los bátavos, un grupo sectario muy unido a sus compañeros.

Ya había oscurecido cuando fueron convocados. Un grupo de hombres los guio, con antorchas, hasta el gran salón. Masclo también fue invitado, aunque decidieron que la excusa de la fatiga y una indisposición resultaba prudente en su caso. Así que acudieron tres: Crispino, Ferox y Vindex. El tribuno se había quitado la panoplia y vestía una túnica y una toga blancas y resplandecientes. Ferox jamás había logrado usar esta última con soltura, ya que solía gesticular al hablar, y eso siempre echaba a perder los pliegues.

El tribuno caminaba por elegancia, pero parecía perplejo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ferox.

—Sí, sí. De hecho, quizá debiera decir que mejor que bien. ¿A ti...? Quiero decir: ¿a ti también...? —El joven aristócrata no acabó su pregunta—. No sé cómo decirlo... ¿Habéis sido visitados por mujeres mientras esperabais?

—No —dijo el centurión. Vindex sonreía—. Pero tú eres nuestro cabecilla y el invitado de honor. La hospitalidad por aquí implica ciertas muestras de cortesía.

—Simplemente entró —dijo con cierto aire travieso—. Como si fuera una vieja conocida, se quitó las fíbulas de los hombros y su vestido cayó al suelo. Muy guapa, y sin esa falsedad de las putas, pero muy directa. Se me acercó y empezó a... —Una vez más se sintió falto de palabras.

—Una muestra de cortesía. Y no será una puta, sino alguien de la casa del rey. Puede que una esposa, o una hija.

—¿Su hija? —Al aristócrata le conmocionó pensarlo—. No puedes querer decir que... Quién enviaría a su propia hija a...

—¿... a tirarse a un extraño para darle la bienvenida? —completó Vindex—. Pido disculpas, señor, pero eres un tipo con suerte.

Siguieron caminando en silencio, y pronto llegaron ante el salón.

—Me hubiera gustado saberlo —dijo Crispino, anhelante—. Lo habría disfrutado mucho más.

Entraron y se vieron envueltos por un intenso ruido. Ferox se alegró de ser el primero en entrar, porque el griterío de bienvenida hizo que el tribuno, sorprendido, reculara. Confiaba en que nadie se hubiera dado cuenta. Alzó los brazos y rugió a modo de respuesta.

Había mesas bajas formando un círculo en torno al fuego del centro. Había

un hueco en el círculo para permitir que los sirvientes entraran y salieran, y, en el extremo opuesto, en su silla tallada, estaba sentado Tincommio. Había hombres junto a la mesa, con los brazos alzados en señal de bienvenida. Todos vestían prendas espléndidas y de vivos colores. La mayoría lucía torques y brazaletes de oro y plata y fíbulas con joyas que mantenían sus capas abrochadas y en su sitio. Ferox supuso que se trataba de caudillos y de reyes, ya que detrás de ellos, de pie, había guerreros vestidos con ropas sencillas cuyos escudos descansaban en el suelo. Aquellos eran hombres que le habían prestado juramento al rey o bien hombres a los que el rey quería ganarse, y no podía ser coincidencia que todos hubieran sido invitados a ese banquete. Tincommio estaba demostrando su influencia.

Había dos huecos. El ayudante calvo del rey los llevó al más amplio de los dos. Crispino se sentó con Ferox a la derecha y Vindex a la izquierda. El enorme guerrero que había decapitado a los ladrones miró fijamente al centurión antes de moverse a un lado para hacerle un sitio.

—Deberíais tener asistentes —gruñó el germano en su tono gutural y con fuerte acento.

—No nos hacen falta —repuso Ferox, y confiaba en estar en lo cierto.

Los bátavos eran buenos soldados, pero con tendencia a la agresividad, en particular si había mucho que beber, así que no lamentó haberlos dejado en la choza.

El guerrero espetó algo que el centurión no logró comprender. Apareció entonces la mujer del pelo negro, con su vestido blanco, casi luminoso de lo claro que era. Le susurró algo al gran rey, que dio inmediatas instrucciones a los tres guerreros que permanecían en la penumbra detrás de su silla. Estos vestían cotas de malla que emitían levemente destellos rojizos y llevaban gruesas capas de piel que debían de resultar asfixiantes en aquel salón dotado de tan intensa hoguera. En silencio, se colocaron detrás de los tres enviados romanos y allí permanecieron, en silencio, con pose de estatua.

Crispino miró atrás y hacia arriba. Todos ellos le sacaban al menos un palmo de altura.

—¿Están aquí para protegernos? —susurró—. ¿O para algo peor?

—Están aquí para llevarnos a casa cuando no podamos tenernos en pie —repuso Vindex antes de que Ferox tuviera oportunidad de hacerlo.

El tribuno rio, y entonces se dio cuenta de que Vindex no hablaba en broma. Este miró a Ferox, que asintió, confirmando las palabras del brigante.

—Mejor —dijo el germano.

Esperaron un momento, hasta que el gran rey miró al último espacio libre que había a la mesa. Su expresión calma no mudó en lo más mínimo. Entonces hizo un gesto para que sus invitados se sentaran. Ferox y Vindex lo hicieron al instante con las piernas cruzadas, como el resto. Al tribuno le llevó algo más de tiempo: para un hombre con toga era difícil adoptar esa postura. Al extender las piernas, la túnica se le amontonó sobre los muslos.

—Es un alivio tener la mesa delante; de lo contrario, esto carecería de elegancia para un enviado de Roma —susurró.

Al lado de Vindex había un guerrero larguirucho que debía de superar los cincuenta años; su largo cabello le caía sobre los hombros, y lucía un hirsuto mostacho. Por la forma de hablar, debía de ser de la zona. Era bastante afable, aunque con quien hablaba, principalmente, era con el hombre que tenía al otro lado. La mayoría de los invitados llevaban túnicas y pantalones cuya lana estaba decorada con intrincados motivos de tartán. También los había que llevaban las piernas desnudas y largas túnicas, al estilo de los hibernios. Ferox se preguntaba si habrían venido de aquella isla situada al oeste.

Empezaron bebiendo vino, galo, a juzgar por el sabor, sin mezclar, fuerte, y servido en los cálices que tenían delante.

Vindex miró a Ferox y Crispino esbozó un gesto de preocupación.

—¿Podrás con esto? —preguntó.

—Lo veremos. —Ferox señaló con el mentón al otro extremo del círculo de mesas, no muy lejos de la silla del rey—. Me sorprende verlo a él.

Venutio, con el rostro aún moteado de heridas, vio que le estaban mirando y alzó su copa con ademán amable. Tras él, de pie, estaba el joven guerrero al que Ferox había derrotado y dejado marchar.

—No nos está ocultando nada, ¿verdad? —susurró Crispino—. Nos está haciendo ver su poder, sus conexiones y el hecho de que entre estas se cuentan algunos de nuestros aliados.

—No des por sentado que son todos.

Ferox dudaba que quienes estaban sentados lo bastante cerca de ellos como para oírlos supieran latín, pero no podía estar seguro, y hubiera

preferido que el tribuno dejara su cháchara. Presentía el nerviosismo de Crispino, y sabía que debía de ser difícil para él estar sentado allí y ser incapaz de hablar el idioma y seguir lo que estaba ocurriendo. Recordó la primera cena romana a la que había sido invitado y lo extraño que le había resultado todo.

—Solo estamos viendo lo que él quiere que veamos —añadió un instante después.

Comenzó a llegar la comida, empezando por un espeso caldo de ternera y verduras. Trajeron cerveza con todo ello, y más vino, y el jaleo murió un poco cuando los hombres se lanzaron a comer con entusiasmo. Luego el murmullo de las conversaciones se hizo más intenso. El enorme guerrero que Ferox tenía al lado cogía cucharadas como si no hubiera visto comida en un mes, derramando líquido cada vez que se metía el cubierto en la boca. Pidió un segundo cuenco cuando pasó una sirvienta, y lo devoró con la misma velocidad. Su mostacho y barba goteaban, así que se secó con la manga.

—Está bueno —le gruñó a Ferox, aunque no parecía ser un hombre muy dado a la charla.

Acto seguido llegó el venado asado, un trozo generoso para cada comensal. Ferox se percató de que el gran rey comía poco y pasaba la mayor parte del tiempo observando y escuchando. De vez en cuando reía con ganas cuando alguien decía algo. Crispino hizo lo que pudo con lo que para él era un extraño banquete.

—Tendría que haberme traído un tenedor para sujetar esto mientras lo corto. —Ferox le había recomendado al tribuno que se trajese un cuchillo y una cuchara para comer mejor.

—Hazlo con las manos.

Crispino hizo un gesto de asco, pero siguió su consejo. El gigantesco germano sencillamente arrancaba la carne con los dedos y se lamía la grasa cuando acababa.

Un bardo entró en el círculo alrededor del fuego y empezó a cantar sin acompañamiento. Era un joven delgado, pero tenía el cabello prematuramente blanco y una marca oscura de nacimiento en la mejilla. Ese tipo de marca habría sido considerada una especie de maldición si no hubiera poseído el raro talento del verso y la canción. Cantó lentamente, con ese lamento nasal

tan del gusto de las gentes del norte. La mayoría de los siluros tenían voces más agudas y más dulces, y Ferox hubiera deseado que quien cantara fuera uno de sus bardos, porque los mejores tenían la habilidad de llevar las almas de los hombres a los cielos. Sin embargo, tenía que admitir que aquel era bueno. Las charlas fueron bajando de intensidad hasta que todo el mundo estuvo escuchando. Era como si el bardo pudiera convocar imágenes a la luz de la hoguera.

Crispino no lograba entender una palabra, y se cansó rápidamente de la monótona melodía.

—¿Cuánto tiempo vamos a tener que soportar esto?

—Aún queda bastante. —Ferox no quiso preocuparle diciendo que lo más probable era que durara horas—. Canta las alabanzas del gran rey, del hombre nacido para liderar a su pueblo y unir a las tribus. De su ojo certero y de su brazo fuerte... —Se detuvo porque al tribuno no le interesaba y también porque quería escuchar.

El bardo contaba una historia la mayor parte de la cual era prácticamente nueva para Ferox y le ayudaría a entender mejor a Tincommio y cómo quería que los hombres le vieran. Era la asombrosa historia de un muchacho que sobrevivía al asesinato de su padre y de sus hermanos mayores a manos de un caudillo vecino. Fueron quemados vivos al quedar atrapados dentro de una choza incendiada por un enemigo que había fingido recibirlos como amigos. El joven Tincommio, de algún modo, había logrado trepar el muro de barro de la casa antes de que el humo y las llamas le alcanzaran, ayudado por uno de sus enemigos, que reprobaba la traición de su caudillo. El bardo cantaba de los cazadores que persiguieron al niño, del guerrero que dio la vida por salvarle y de cómo aquel huyó a una isla del lejano norte y allí aprendió a luchar. Alcanzada la madurez, volvió para vengarse. Hubo una sucesión de versos sobre enemigos muertos en batalla, sobre la sangre de estos tiñendo de rojo las ruedas del carro de Tincommio y sobre otros sorprendidos y masacrados como cerdos.

—Por las pelotas de Hércules, ¿cuándo va a parar esto? —farfulló Crispino, hasta que apareció una joven mujer y le ofreció más vino.

El aristócrata bajó la cabeza, y puede que hasta se sonrojase, aunque era difícil decirlo a la luz roja del lugar y con el salón envuelto en humo. La

muchacha parecía tener dieciséis o diecisiete años; tenía el cabello espeso y de color caoba, recogido de tal modo que formaba una especie de torre en lo alto de su cabeza. Era bella, y su vestido a cuadros estaba sostenido sobre los hombros por dos fibulas de bronce.

Vindex rio y le propinó un codazo al tribuno.

—Eres un cabrón con suerte.

Ferox no prestó mucha atención, aunque sintió un leve destello de envidia. El bardo caminaba lentamente por el círculo de mesas mientras cantaba, y, salvo para respirar, no dejó de contar su historia en ningún momento. El pueblo de Tincommio recibió al exiliado con júbilo y le mostró su apoyo incondicional. El clan no era numeroso, pero sus guerreros eran valientes y orgullosos. Los dioses le llevaron a descubrir un lugar con armas y espadas magníficas, creadas con habilidad y magia para morder huesos y armaduras como si fueran mantequilla. Sus hombres, dotados de espadas, lanzas y armaduras, con Tincommio, el más valiente de todos, a la cabeza, lucharon y derrotaron a los clanes vecinos uno tras otro, incluso cuando tres de ellos se unieron para hacerle frente. Pero era sabio y misericordioso. Solo quienes le habían agraviado fueron ejecutados, y sus familias vendidas como esclavas o masacradas a su lado. El resto tan solo tuvo que jurarle lealtad y servirle para luego compartir su gloria y futuro botín. Su poder creció; caudillo tras caudillo, clan tras clan, juraron servirle. El gran druida —la atención de Ferox se redobló cuando oyó nombrar al personaje— había observado esa lucha por el poder y no se había decantado por ningún bando hasta que los dioses le hablaron. Entonces se acercó a Tincommio para guiar sus pasos. Fue el gran druida quien le proclamó gran rey ante todos los líderes de su pueblo. El resto de los clanes de las demás tribus no tardaron en jurarle también lealtad: venicones, caledonios, selgovae, incluso los extraños epidios del extremo oeste. Vinieron a servirle guerreros de allende los mares. Grandes jefes le rogaban el honor de acoger a sus hijos y le ofrecían la mano de sus hijas.

Entonces el bardo pasó a cantar las alabanzas de los hombres que había reunidos en torno a las mesas. Hacía un gesto hacia un hombre, cantaba sobre su fama y linaje, sobre sus grandes hechos y firme lealtad. Algunos hombres se ponían en pie o lanzaban el puño al aire cuando oían su nombre, otros permanecían impasibles. Hubo chanzas con cada alabanza, porque aquel era el

salón del gran rey y nadie podía recibir más halagos que él. Cuando el bardo llegó hasta Venutio, empezó a hacer versos sobre su bello rostro y sobre lo mucho que había mejorado después de la paliza recibida. El caudillo de los selgovae rio y señaló a Ferox. Entonces el bardo cantó que al joven Venutio, paseando una vez por unos brezales, se le había aparecido una bella mujer, de ojos grandes y marrones, cuyos pechos enormes y desnudos eran blancos como la leche. Ella le había dicho que era la diosa de las vacas y que le amaba con pasión. Desde entonces todas las vacas del mundo corrían para estar a su lado y ardían de deseo por estar con él. Todos los presentes rieron, y Venutio se lo tomó con humor y rio con ellos.

No todo el mundo se tomó las cosas tan bien. Crispino resolló sorprendido cuando empezó la primera pendencia. Dos de los caudillos se pusieron en pie y se dirigieron el uno contra el otro a grandes zancadas. Se insultaron a gritos, se dieron de puñetazos, y solo cuando uno de ellos tuvo un labio partido y el otro un ojo morado, fueron separados. El siguiente enfrentamiento se quedó en gritos, pero el tercero sí acabó con hojas desnudas que desprendieron chispas al chocar. Uno de los caudillos era hibernio, y recibió una herida en la mejilla y otra en el muslo descubierto, pero logró hacerle perder el equilibrio a su oponente, que cayó al fuego provocando un estallido de pavesas. El hombre rodó y rodó de nuevo para apagar las llamas que le devoraban la túnica. Mientras esto ocurría, el hibernio mantenía su espada en alto y gritaba victorioso.

Entonces se abrió la puerta del salón y entró una ráfaga de viento tan fuerte que el gran fuego bailó como un campo de trigo. Las cabezas se volvieron para ver lo que ocurría. El hibernio cayó y volvió a su sitio.

Un hombre alto cruzó el salón hacia el hueco que quedaba en el círculo de mesas. Estaba cubierto por una capa hecha de piel de oso. Su rostro permanecía en la penumbra bajo la cabeza del animal. Ferox se dio cuenta de que iba descalzo y de que tenía los pies sucios.

El hombre se detuvo, echó la capa al suelo y alzó los brazos en el aire. La piel de cada uno de los brazos era un laberinto de cicatrices hecho por un cuchillo muy afilado, cortes que, seguramente, se había practicado él mismo. Estaba desnudo salvo por una pesada torques de oro y un taparrabos mugriento, del tipo que llevaban los esclavos que se ocupaban de alimentar el

fuego en los hipocaustos de los baños. Su cuerpo entero estaba cubierto de tatuajes azules, imágenes de animales y dioses astados mezclados con motivos curvos y otras figuras. Tanto su pelo como su bigote estaban embadurnados de cal para mantenerlos fijos y puntiagudos.

Ferox vio que Vindex movía los labios, y pudo adivinar lo que le decía:

—Estamos jodidos.

Era el hechicero que había liderado la emboscada de hacía tantas semanas. Aquel al que llamaban el Caballo.

XVIII

—Llegas tarde —dijo el gran rey con una pierna colgando de forma casual de uno de los brazos de la silla. Su voz surgió carente de emoción, tan solo con un ligero toque de reprimenda antes de añadir—: Pero eres bienvenido, como siempre. Siéntate, come y bebe con nosotros.

El hechicero no dijo nada, ni hizo gesto alguno como respuesta. Miró a su alrededor, a los rostros que había detrás de las mesas, hasta centrar la mirada en los romanos. Se los quedó observando un instante. Ferox le sostuvo la mirada y confió en que sus dos acompañantes no hicieran ninguna necesidad. El hechicero se frotó las manos y luego escupió al suelo. Después dio media vuelta y se dirigió a su lugar en la mesa.

Ferox oyó susurrar a Crispino:

—¿Estamos en peligro?

—Lo estamos desde que llegamos aquí —le respondió Ferox en voz baja—. Pero somos invitados del gran rey y este es su salón. Aquí deberíamos estar a salvo.

El bardo retomó su cántico, pero el ambiente se había vuelto tenso. Pasó un rato antes de que las charlas se reanudaran. La mayoría de los invitados bebían mucho y decían poco, y, durante un buen rato, no hubo disputas.

—No me gusta ese hechicero—gruñó el germano—. Es... —Le costó dar con la palabra adecuada y, primero, dijo algo en su idioma—. Es un mal hombre. Disfruta matando.

Ferox pensó en las decapitaciones de la mañana, y en la calma con la que el enorme germano las había llevado a cabo.

—A veces es necesario. Somos guerreros.

—Matar al enemigo, sí. Matar cuando nuestro señor nos dice que matemos a sus enemigos, sí. Matar por placer, no. —El hombretón le sonrió con la barba aún manchada de comida—. Si no hubieran llegado tus amigos, te habría matado ese día.

—Sí. —Ferox no vio razón para fingir que el combate habría salido de otra manera.

—Ahora somos amigos, hasta que el rey diga otra cosa. —Dio la sensación de que aquella frase era la más larga que hubiera dicho en todo el año—. Eres valiente y sabes luchar. Comparte bebida conmigo.

El germano le ofreció su cáliz. Ferox lo cogió, bebió lo que, a ojo, le pareció la mitad y se lo devolvió.

—Me caes bien —gruñó el germano, y le propinó una fuerte palmada en el hombro, un golpe amistoso que a punto estuvo de hacerle golpear el suelo.

—Tú también me caes bien a mí —repuso Ferox, un poco sorprendido de sí mismo, precisamente porque era verdad.

El germano pidió más bebida a gritos.

Siempre era difícil calcular el tiempo en banquetes como aquellos. La cerveza y el vino no hacían más que llegar, igual que la comida. Crispino lo estaba pasando mal, pero Ferox admiraba el modo en que el hombre seguía adelante, y no pudo evitar sentirse impresionado por la capacidad del joven para aguantar la bebida. Vindex ya se había desplomado sobre la mesa, tenía la cabeza apoyada en los brazos cruzados y roncaba satisfecho y feliz. El brigante no era un gran bebedor, pero no era el único. Un cuarto de los jefes también se habían dejado caer hacia delante o hacia atrás y ya no se movían.

El germano no daba señales de estar ahído ni de comida ni de bebida, y era probable que siempre pensara y hablara con lentitud. En el extremo opuesto, el hechicero bebía poco y pasaba la mayor parte del tiempo observándolos; su pelo puntiagudo y las sombras que proyectaba el fuego le hacían parecer una criatura del inframundo. El bardo seguía cantando, solo que ahora entonaba viejas canciones de amor y odio, de incursiones y batallas, y la mayoría de los presentes estaban demasiado borrachos o demasiado concentrados en sus conversaciones como para prestar atención.

Ferox estaba mirando al gran rey mientras Tincommio les daba órdenes a

algunos de sus sirvientes. Estos volvieron con un jabalí asado que llevaron al círculo de mesas antes de colocarlo ante la silla real. Volvió a hacerse el silencio, quebrado únicamente por el crepitar de los nuevos troncos con que se había alimentado el fuego.

—¿Quién es digno del primer trozo? —Tincommio no alzó la voz, no gritó, y, sin embargo, su voz llegó hasta la última de las mesas.

El hibernio que había lanzado a su enemigo al fuego fue el primero en ponerse en pie. Su vecino y un hombre de su misma procedencia se unieron a él un instante después. Otros tres se pusieron en pie.

Tincommio señaló al primer hibernio y a uno de los demás y la pareja sorteó las mesas y se dirigió al amplio espacio que había junto al fuego. Los sirvientes se apartaron a toda velocidad para dejarles espacio.

—¿Van a luchar? —dijo Crispino con el ceño fruncido y la lengua un tanto trabada.

—Sí. Por el derecho a recibir el primer trozo, el trozo del campeón.

Los caudillos desenvainaron las espadas y esperaron a que sus asistentes entraran en el círculo por los huecos entre las mesas y les entregaran sus escudos. Luego los asistentes inclinaron la cabeza y dejaron el espacio.

—Por la dulce madre Isis —farfulló el tribuno—. Es como una escena salida de un poema de Homero. ¿El combate es a muerte?

—A veces.

Los dos hombres se embistieron y se oyó el sordo impacto de la hoja contra el escudo de madera. El hibernio era bueno y rápido, golpeaba sin parar el escudo de su oponente a pesar de tener una herida en la pierna.

—¡Basta! —Una vez más el rey no gritó, pero los dos hombres se apartaron el uno del otro.

Tincommio señaló al hibernio para mostrar que era el vencedor. El otro caudillo inclinó la cabeza hacia el hibernio y luego hacia el rey. Los presentes rugieron su aprobación y golpearon en las mesas con las palmas de las manos.

El otro hibernio se enfrentó a uno de los jefes del lugar, un hombre delgado y pelirrojo. Perdió el hibernio, con la mejilla derecha abierta, aleteando. Escupía sangre mezclada con la saliva cada vez que intentaba hablar. El pelirrojo victorioso se enfrentó entonces a un último rival y el combate fue largo y amargo. Los escudos de ambos acabaron destrozados, y no tardaron en

darse golpes en brazos, hombros y cabeza. Ferox se preguntó si lo que estaban dirimiendo no era una vieja disputa, dado que el rey dejó que lucharan más de lo habitual; los dos combatientes jadeaban faltos de aire mientras se lanzaban tajos y estocadas. El hechicero mostraba poco interés, entonces Ferox logró apartar la vista del combate y vio que el bardo había ocupado su lugar al lado del Caballo. Ambos mantenían una intensa conversación.

Crispino empezó a dar arcadas y, acto seguido, vomitó con estruendo sobre la mesa. Cuando Ferox se volvió para ver qué tal estaba, se oyó un grito y un fuerte tintineo metálico cuando el pelirrojo le abrió a su contrincante el pecho de un terrible tajo que le abrió la cota de malla y la carne y penetró hasta el hueso.

—Estoy bien—dijo el tribuno, y sonrió débilmente.

El pelirrojo debía de estar cansado, porque había luchado en dos combates, y ambos habían sido muy duros. Sin embargo, cuando el victorioso hibernio se enfrentó a él, no dio muestras de fatiga. El hombre era rápido y fuerte; de hecho, el que más cansado parecía era su oponente. Ferox lo había presenciado antes y alguna vez lo había sentido: esa extraña sensación en batalla cuando un hombre y su espada se convertían en uno, cuando sabía que podía hacer cualquier cosa, derrotar a cualquiera porque a su alrededor eran todos lentos y débiles. Quizá eso fuera lo que cantaban los bardos en sus versos sobre los grandes héroes, hombres que ya no conocían ni el miedo ni la duda y que solo querían matar, que no sentían las heridas que recibían. Si el pelirrojo sobrevivía, caería desplomado cuando el combate concluyera; en cuanto el amor por la lucha le abandonara.

No se molestó en pedir otro escudo, sino que blandía la espada con ambas manos. Era un modo de luchar extraño, pero les confería a los tajos una fuerza prodigiosa. Logró partir el escudo del hibernio en dos y le rompió el brazo, y no pareció notar la salvaje estocada que le había arrancado parte de la cabellera y que le había cortado la parte superior de la oreja.

—¡Basta! —gritó el rey esta vez, presintiendo que el guerrero pelirrojo estaba tan absorto en el fragor del combate que no le oiría—. ¡Basta!

El hibernio cedió terreno cuando el hombre se abalanzó sobre él con la cara ensangrentada. Volvió a descargar un tajo con la larga espada, y el hibernio saltó hacia atrás justo a tiempo.

—¡Basta!

Ferox se puso en pie y saltó por encima de la mesa derramando una jarra de cerveza y tirando un plato, que cayó al suelo con estrépito. El hibernio esquivó otro tajo, pero perdió el equilibrio y cayó. Logró rodar y alejarse del fuego, pero perdió la espada al hacerlo. El pelirrojo levantó la espada por encima de su cabeza.

—¡Detenedle! —gritó Tincommio.

Ferox no supo si el gran rey se refería a él o al guerrero enloquecido. Corrió agachado hacia el hombre. El pelirrojo se volvió hacia él gruñendo al tiempo que de un lado de su cabeza manaba sangre. El guerrero evitó el impacto y le lanzó un tajo al centurión sosteniendo la espada con una sola mano.

Ferox se tiró hacia él con los brazos extendidos. Sintió la espada golpeándole la espalda, pero el ángulo no era el adecuado, y el romano se había movido con tal velocidad que la hoja no llegó a atravesarle la cota de malla. Se aferró al hombre por las rodillas y depositó todo el peso de su cuerpo sobre él. El guerrero trastabilló y cayó. Ferox sintió el rabioso calor del fuego al desplomarse ambos. La cabeza y los hombros del pelirrojo impactaron contra las llamas. El fuego prendió en el cabello del guerrero y este empezó a gritar. El centurión se retiró y tiró del sujeto con todas sus fuerzas; entonces alguien más, a su lado, envolvió al pelirrojo en una capa. Era el enorme germano.

—¡Esto es un ultraje! —dijo una voz chillona, casi como la de una mujer, cuando el Caballo se puso en pie y empezó a gritarles—. ¡Ved cómo los romanos se burlan de nuestras costumbres! ¡Cómo nos humillan en el mismísimo salón del rey! ¡Son basura, y deben ser echados de esta tierra!

Ferox se incorporó. El hechicero no le estaba mirando, sino que barría el lugar con la mirada dirigiéndose a los caudillos. Parecía estar aún más enajenado que el pelirrojo en lo más álgido de su furia guerrera, pero era una locura fría, casi privada de vida, y, fuese o no una actuación teatralizada, Ferox sabía que los presentes consideraban que un dios hablaba por boca del sujeto.

Tincommio no dijo nada, pero el germano le dio al centurión una palmada en la espalda y sonrió. El gesto enfureció al Caballo.

—¡No son de los nuestros! —aulló el mago—. Ninguno de los dos. Uno se ha olvidado y el otro no nació en estas islas bendecidas por el amor de los dioses. Nos contaminan con su presencia. Pero pronto desaparecerán. —El hechicero saltó sobre la mesa, y Ferox pudo comprobar que no era tan alto como había creído en un principio—. ¡Roma es débil! —gritó—. Cada día que pasa es más débil, y si golpeamos con la fuerza suficiente morirá. Huyeron de estas tierras, y huirán de las demás si tenemos el valor de enfrentarnos a ellos. Ahora es el momento, ya que, si les dejamos, volverán a crecer como las malas hierbas en los campos, y acabarán por asfixiarnos. ¡Matadlos! ¡Matadlos a todos! ¡Matadlos ahora!

Un puñado de caudillos lanzaron vítores, pero solo un puñado, y Ferox se preguntó si gritaban porque estaban borrachos y porque habrían vitoreado por cualquier cosa. El resto dijo poco, pero en sus rostros podía leerse el miedo. El hechicero tenía fuerza, una fuerza de otro mundo que acobardaba a los hombres valientes.

—¡Matadlos!

El Caballo sacó un cuchillo largo, la única arma que llevaba, y saltó al círculo. Corrió hacia el fuego, saltó por encima de las llamas y los hombres resollaron al ver que no parecía sufrir ningún daño.

Ferox empuñó su espada, pero el germano se puso delante de él y cogió con fuerza al hechicero de los delgados brazos.

—¡Basta! —gritó Tincommio al tiempo que alzaba una mano—. ¡Basta! —repitió otra vez, más calmado—. Este es mi salón, y todos sois invitados. Ganasco, déjale.

El germano obedeció a regañadientes. El cuerpo del mago, quieto, temblaba.

—No desenvaines, centurión —dijo el gran rey—. Tu acto ha sido honorable, y se diría que tienes derecho al primer trozo —dijo señalando al jabalí—. Coge la parte del campeón y cómetela con orgullo.

El Caballo tenía los ojos en blanco. Seguía temblando y le salía espuma por la boca.

—Morirán —dijo, en bajo esta vez, pero con la voz aún más grave que la del germano—. Todo arderá y todos morirán.

El Caballo se encorvó, dejó caer los hombros y se desplomó en el suelo

entre espasmos y sacudidas. Algunos hombres se llevaron las manos a las ruedas de Taranis que, al igual que Vindex, llevaban al cuello. Otros hicieron diferentes gestos para alejar el mal. El germano miró al hechicero con desprecio.

—Vamos —dijo el gran rey—. Esto es un banquete, no un funeral, y queda mucho por comer y beber en mi mesa.

Cuando Ferox volvió a su sitio vio que Crispino había caído de espaldas y que estaba profundamente dormido. Se preguntó cuánto habría visto el tribuno y si había perdido su mejor oportunidad de matar al hechicero y acabar con todo ese asunto. El Caballo seguía ahí, donde había caído. Sus miembros daban una sacudida de vez en cuando.

—Bien —dijo el germano cuando se sentó a su lado y empezó a devorar más carne.

El rey le había dado el segundo trozo del jabalí, aunque este no le duró mucho, y no tardó en pedir un gran codillo de cordero.

—Bien —repitió, aunque esta vez seguro que se trataba de una exclamación de placer por la comida.

Media hora después Ferox abandonó el salón para aliviarse. Un guardia señaló hacia una valla de mimbre que había a la derecha y cuyo propósito era precisamente ese. Allí había un hombre delgado con una capa larga y anodina. Ferox oyó un chapoteo al aproximarse. Después de un rato intentando desatarse el cordón de los pantalones y el de la ropa interior, logró unir su propio chorro humeante al inmundo cauce.

El hombre al que se había unido dejó escapar un suspiro de alivio, aunque no daba la sensación de que fuera a acabar nunca.

—Hay muchos placeres en esta vida —dijo—, muchísimos, pero ¿cuántos pueden compararse a este de aliviar una vejiga llena?

Ferox le sonrió. Era un hombre mayor con el cabello, largo, y la barba blancos, salvo allí donde el pelo estaba embadurnado de grasa o sucio. Ferox intentó ponerse recto e hizo lo posible por mirarle a los ojos, pero a su mente perezosa le llevó un tiempo reconocer al vagabundo que vieran en Vindolanda, y solo por el hecho de que su chucho se le estaba restregando contra las piernas.

—Es toda una bendición —dijo.

—Te llaman Flavio Ferox —dijo el viejo—. Pero ¿cómo te llamas en realidad, príncipe de los siluros?

—Si conocieras algo a mi gente, sabrías que nunca te lo diré.

Todos los siluros recibían un nombre a las tres semanas de nacer, un nombre secreto que solo sabían los miembros más cercanos de la familia y que no se usaba, salvo en las plegarias silenciosas, para mantenerse protegidos.

—Conozco a los tuyos, y conocía a tu abuelo. Yo estaba allí cuando los romanos mataron a tu padre y dejaron su cuerpo destrozado en la playa, cuando su sangre se fue filtrando entre los guijarros. Yo estaba allí, muchacho, y sé que sigues siendo de los tuyos y no de Roma.

Ferox no respondió y se quedó mirando al charco que acababa de crear. Había acabado, así que empezó a abrocharse los cordones. No quería pensar en lo que estaba diciendo el viejo, ni en cómo sabía tales cosas.

—Te recuerdo cuando eras niño —dijo el viejo—, sentado con los demás, escuchando las diatribas de Diviciaco. —Hizo un ruido, una carcajada ahogada más que una risa: debía de ser su forma de expresar júbilo—. Era un viejo necio, incluso cuando yo era joven, pero un druida, y muy competente a la hora de enseñar a los chicos.

Los recuerdos llegaron como un torrente. Diviciaco era galo y había viajado a Britania para estudiar. No estuvo presente en la masacre de los druidas en Mona y no había completado su entrenamiento como druida. Al abuelo de Ferox le caía bien, y le encomendó la educación de los niños de su familia. Por razones que Ferox jamás llegó a entender, el druida había recibido instrucciones de enseñarle, solo a él, a hablar, a leer y a escribir latín.

—Fue hace mucho tiempo, y en un mundo diferente —dijo Ferox al fin.

El viejo se le quedó observando como si le estuviera leyendo el pensamiento. Diviciaco era un hombre amable, preocupado, y los niños le habían gastado muchas bromas, aunque de vez en cuando aparecía otro druida, joven, pero con una voz cargada de poder y horror. Los dos hombres se conocían, y siempre que aparecía el joven druida, el tutor le dejaba dirigirse a sus alumnos. Emergió entonces un nombre desde lo más profundo de la memoria, un nombre que los niños habían usado para atemorizarse entre ellos.

—¿Acco?

—Así que me recuerdas —dijo el anciano—. En ese caso, debes de recordar quién eres. Eres de las tribus, muchacho, no el lacayo del emperador. Únete a nosotros.

—¿Nosotros? —Ferox no alzó la mirada.

—Las tribus libres de Britania. Los romanos han intentado aplastar nuestro espíritu y robarnos las tierras, pero aquí, en el norte, han fracasado. Han fracasado por vez primera y la corriente ha cambiado. Los barreremos de la isla y volveremos a ser lo que fuimos.

»Roma está acabada, sus dioses se desvanecen. Hace treinta años ardió el Templo de Júpiter en el capitolio. En nueve veces tres años volverá a ser pasto, una vez más, del fuego de los dioses, y esta vez arderá hasta convertirse en cenizas y no quedará nada en pie. El momento se acerca a toda velocidad. Hace treinta años los videntes de la Galia profetizaron el fin de Roma. Se adelantaron, no leyeron bien las señales porque ya no gozaban de la verdadera sabiduría. Yo sí la poseo. Vi los bosques de Mona antes de que cayera, y se me enseñaron secretos que ya nadie más conoce. El fuego llegará. Y el fin llegará si tenemos el valor de escuchar y obedecer a los dioses.

Ferox se bajó la cota de malla hasta las caderas.

—Hablas como el imbécil de ahí dentro.

—Es un chiquillo, un chiquillo con talento, pero poco más que eso. Solo quiere matar. Yo también quiero barrer Roma, pero debemos crear algo mejor. ¿Me ayudarás?

Era difícil recordar a ese viejo mendigo encorvado que murmuraba para sí mismo. Aquel hombre era sano de cuerpo y vivo de mente. También parecía ansioso por convencerle.

—Les he jurado lealtad al emperador y a Roma.

—¿A qué emperador? Nadie había oído hablar de Trajano hasta hace unos años.

El anciano hablaba con sensatez, y era evidente que sabía lo que decía. Mencionaba la Colina Capitolina de Roma y a los emperadores con conocimiento de causa. No hacía falta que nadie le dijera a Ferox que aquel era el gran druida, aunque no lograba entender cómo aquel hombre sabía tanto.

—Se acerca otra guerra civil, y esta vez el Imperio no sobrevivirá. Se volverán los unos contra los otros, como ratas, y correrán por el camino de su

propia perdición. Deja que lo hagan, chico. Abandona a aquellos que te desprecian y hacen que te pudras y que ahogues las penas con la bebida. ¿Qué han hecho para ganarse tu lealtad?

Acco sabía demasiado, y, en ese momento, si hubiese dicho el nombre de ella y le hubiera prometido llevarle a donde estaba, quizá se habría unido al viejo.

—He dado mi palabra. Si de verdad conocías a mi abuelo, no esperarás que rompa un juramento.

—¿Un juramento a ellos? ¿Qué importa eso? ¿Sabías que, incluso ahora, hay, entre ellos, quienes nos facilitan armas e información? ¿Sabías que hasta se matan entre ellos si así se lo pedimos? Son basura, no valen nada. Roma es el veneno que está acabando con el mundo, y el mundo morirá si no se la detiene ahora. —El anciano empezaba a hablar con más vehemencia, en voz alta, rompiendo así la magia—. Libérate de ellos, muchacho. Déjalos y líbrate de unos juramentos prestados a gente que no es digna.

Ferox no amaba a Roma, pero tampoco les daba mucho crédito a las profecías y a las predicciones catastrofistas. Había muchas cosas podridas en el Imperio que le ponían enfermo. Debía ser honesto consigo mismo y aceptar que había muchas cosas que odiaba del modo en que las tribus vivían y se saqueaban entre ellas, y había conocido a muchos caudillos sin escrúpulos, crueles y traicioneros, tanto o más que los peores emperadores. Sospechaba que Tincommio era uno de ellos: de lo contrario, era imposible que un hombre hubiese tenido tanto éxito. Y eso mismo era probablemente cierto del druida.

—Había un viejo y un muchacho —dijo Ferox; no quería hablar de los males de Roma—. Al viejo la gente le llamaba «el Hombre Cabra». Nunca supe el nombre del chico. Seguro que los llegaste a conocer o, al menos, habrás oído hablar de ellos.

—Sí, ¿y qué? —Acco frunció el ceño—. Ya no están. Ya no importan.

—Sí, murieron. Los hombres del Caballo enterraron vivo al chico.

—Yo no estaba allí —dijo el druida—. Pero viví con los tuyos, y permanecí con ellos cuando lucharon contra Roma. Tu abuelo luchó haciendo gala de la crueldad de tu pueblo. En la guerra se hacen cosas terribles.

Ferox suspiró. No tenía sentido explicarle nada a un hombre así. El odio del druida no brillaba con tanta intensidad como el del Caballo, pero guardaba

el profundo ardor del hierro en la forja.

El viejo no podía ver nada más allá de su camino, y este estaba pavimentado de sangre y ruina.

—Soy un centurión de Roma, he jurado servir a la urbe y al emperador — dijo Ferox.

—En ese caso, no podré salvarte. —El mendigo, o gran druida, o quienquiera que fuera, parecía desilusionado y triste—. Podrías habernos servido bien. Sin duda eres Flavio Ferox. Ya no eres nadie más. Y lo lamento. Pronto habrá sangre y fuego y perecerás. Le he fallado a tu abuelo.

El viejo se perdió en la noche. Por un instante Ferox pensó en seguirle. No recordaba a su padre, ya que había sido un bebé en sus brazos cuando murió. En parte quería saber más sobre el tipo de hombre que había sido, pero sabía que eso no cambiaría nada.

Volvió al banquete y bebió con el germano. Al final ambos acabaron perdiendo el conocimiento.

XIX

Ferox despertó con pelo en la boca. Permaneció tumbado un instante y sintió los cabellos en los labios. Tenía algo pesado descansando contra él y algo más sobre él, pero estaba cómodo, así que no le importó. Vio el techo de paja y una tenue luz que indicaba que la mañana estaba avanzada. El fuego se había extinguido a lo largo de la noche y sus ojos se sentían perezosos, así que los cerró solo para abrirlos de vez en cuando y mirar al techo. Había movimiento ahí arriba; probablemente fueran las típicas cucarachas u otras alimañas de la paja, aunque, cuanto más miraba, más se convencía de que aquella no era la choza que compartía con Vindex y Masclo. Era más pequeña, eso para empezar, y la delicada respiración de quien tenía al lado no se parecía en nada a la de los dos hombres.

El centurión sopló para quitarse el pelo de la boca. Era largo y del color de los cuervos. Se lamió los labios, entrecerró los ojos y vio un brazo largo y delicado que le abrazaba el pecho, por encima de la calidez de las pieles que los cubrían. Giró la cabeza con toda la delicadeza de la que fue capaz para ver una espesa masa de cabello negro extendido como un gran abanico. La mayor parte del rostro de su propietaria estaba tapado. La mujer descansaba. Pero pudo ver una mejilla pálida y unos labios carnosos que se antojaban demasiado rojos en comparación. Era la mujer que se había abrazado al gran rey el primer día. Un día. Parecía que hiciera meses. Estaba desnuda, ya que Ferox podía sentir su piel bajo las mantas. La mujer se movió un poco, murmuró algo y le puso una pierna encima.

Había peores formas de despertar, mucho peores, pero no podía recordar

nada después del banquete. Aquella era, seguramente, la choza que le había sido asignada a Crispino, y la mujer que había servido como muestra de hospitalidad de la casa del rey hacia su ínclito invitado. ¿Había sido un error? ¿Le habían llevado a él hasta allí en vez de al joven tribuno? Era poco probable. El gran rey parecía ser un hombre concienzudo, lo que significaba que había una razón para que estuviera allí, tumbado con esa mujer. No creía que hubiera pasado nada, ya que había bebido mucho más que aquel día antes de la emboscada, hacía ya un mes. Pero alguien le había desvestido y, allí tendido, podía sentir el calor de su acompañante. Era la favorita real, y el modo en que Tincommio la había abrazado dejó patente que se trataba de su amante, ya fuera su concubina o una de sus esposas.

La mujer del pelo negro volvió a moverse e inclinó el cuerpo para descansar el peso sobre el costado y no tanto sobre el centurión. Ferox sintió los pechos de ella rozándole la piel. Desprendía un leve aroma a flores, un toque de perfume que solo podía venir de las tierras de Oriente. Fortunata había olido a algo similar, pero la antigua esclava se embadurnaba de ello, regodeándose, probablemente, en lo costoso del producto. La mujer que tenía al lado tan solo llevaba encima una o dos gotas. ¿Cómo habría llegado hasta el lejano norte una botella de perfume indio? Era un misterio.

Ferox sintió la tentación de permanecer tumbado y de disfrutar del cómodo lecho y de la bella compañía. Pero debía de existir una razón para que ella estuviera allí. Lo más obvio se le antojaba poco probable, pero su mente nublada y el dolor de cabeza no le brindaban ninguna otra explicación. Moviendo su mano con delicadeza, la metió bajo las mantas y empezó a acariciar la piel de su acompañante. Era suave, delicada, dócil.

La mujer gimió y se movió un poco. Ferox la besó en la frente mientras seguía acariciándola. Ella se giró para tumbarse de espaldas. La besó en los labios y luchó contra la tentación de ponerse encima de ella. Le tomó un pecho con la mano. La muchacha abrió los ojos, de un gris pálido moteado de verde. Hubo un destello de sorpresa, luego pareció recordar, y le devolvió el beso. Al centurión ya no le resultaba fácil pensar en otra cosa que en la cercanía de ambos cuerpos.

Entonces la mujer apartó la boca y el brazo que había posado en su espalda y le empujó levemente. Ferox se tumbó de lado y descansó la cabeza

en la mano izquierda mientras con los dedos de la derecha seguía acariciándola. Ella ni le detuvo ni se apartó.

—Buenos días, centurión —dijo la mujer despejando así cualquier duda de que no estaban allí por casualidad.

—Buenos días —repuso.

¿Qué más podía decir? La mujer hablaba el idioma de las tribus, aunque con cierta brusquedad. Quizá el hecho de que no hablara latín fuera la razón por la que compartía lecho con él y no con Crispino.

—Me llamo Gala. —No era un nombre que Ferox hubiera oído antes, y no parecía ser de la zona. Sus ojos eran grandes y desprendían inteligencia, y tenía las pestañas largas y tan negras como el cabello—. Pertenezco al rey, y es él quien me envía.

—Me siento honrado —dijo—. Tampoco yo soy quien encabeza nuestra embajada, como seguramente sabes.

Aún tenía la mano sobre ella, explorándola, acariciándola. Ferox no estaba seguro de si aquello suponía una distracción mayor para él o para Gala.

—El tribuno es joven y carece de experiencia. Tincommio considera que es inteligente y que, si es así, escuchará a alguien mayor y más sabio, como tú.

Resolló cuando el dedo del centurión describió un círculo en torno a su pecho, y por un instante no dijo nada. Gala metió la mano bajo las pieles y le empezó a acariciar el torso.

—Tincommio no quiere luchar contra Roma a no ser que no le dejen elección —dijo al fin—. Es fuerte, y ha hecho mucho en los diez últimos años para convertirse en un gran líder, pero aún queda mucho por hacer. Tiene poco que ganar y mucho que perder si os hace la guerra.

—Al tribuno le alegrará oír eso. Solo queremos la paz con el gran rey.

—Hay quienes piensan de modo diferente. —Sus ojos le miraron fijamente, sin emoción, incluso ahora que la acariciaba con más intensidad y que ella respondía de modo análogo, pasándole los dedos por la piel—. Odian a los romanos y creen que están podridos, que son débiles, como un árbol carcomido por dentro. Se mueren de ganas de ver cómo un hacha echa abajo ese árbol.

Ferox pensó en la diatriba del Caballo y la calmada elocuencia persuasiva del druida. Era extraño que tanta gente quisiera hablar con él y, de algún

modo, le quisiera de su lado.

—Los hombres de Tincommio no pueden pensar que tiene miedo de Roma. Los grandes reyes nunca tienen miedo, nunca se les obliga a hacer nada. Hay muchos de entre los suyos que ansían alzar las armas contra los romanos porque sueñan con matanzas y con un botín. Hay caudillos que soportan su poder solo porque le temen. Es como un oso luchando contra unos perros. Le tienen miedo, pero solo hace falta que le ataquen uno o dos para que se debilite. —Gimió complacida y dejó de mirarle.

—No te he dicho que pares —le dijo ella cuando Ferox pensó que había ido demasiado lejos.

El centurión continuó. Ella jadeó un instante y le retiró la mano de encima.

—¿El Caballo habla de guerra pero es un invitado del rey? —preguntó Ferox.

—Ha sido útil, una herramienta para ganarse a aquellos que se habrían mostrado más reticentes de no tener una promesa de los cielos. Él quiere la guerra, pero Tincommio no. El rey no recibirá órdenes de nadie, al menos no de gente como él.

»Todo lo que desea el rey es gobernar aquí, lejos de tu provincia. No quiere un enfrentamiento, pero tampoco puede permitirse que le vean suplicando. —Gala, o Tincommio, si es que las palabras eran tuyas, comprendía bien lo que era la diplomacia romana—. No puede haber ni rendición ni obediencia. Lo que quiere... —Perdió el hilo un momento, y Ferox volvió a besarla en la frente, en el cuello y en los labios. Sus bocas se juntaron, y se acariciaron las lenguas hasta que Gala volvió a apartarlo.

—Esto es importante —dijo ella jadeando—. Debe parecer que existe amistad entre dos grandes jefes. Unos regalos serían bienvenidos.

—¿Qué tipo de regalos?

—Regalos dignos de un gran rey. La plata está bien, las armas aún mejor. Debe ser fuerte si os ha de servir como amigo. Tendréis mucho que ganar.

—¿Qué hay de tus amables muslos? —bromeó citando un viejo poema sobre una reina que le prometía todo a un guerrero si este le juraba lealtad, incluidas su virtud y la mano de su hija.

Gala negó con la cabeza.

—Soy del rey.

—¿Su reina?

—No somos marido y mujer, pero él me ama, y yo a él. No puedo ser reina, pero él dispone de varias de esas que no le importan, más allá de la alianza que suponen con sus padres y hermanos. Él me necesita y yo le guío.

—¿No eres de estas costas? —Ferox sentía curiosidad por esa mujer alta y delgada.

—Mi gente viene de lejos, del otro lado del mar gris. Hubo una guerra, y mi padre la perdió contra otro hombre que le arrebató el trono. Mis hermanos me salvaron, y sacaron de allí al resto de los leales. Nos persiguieron, pero logramos hacernos a la mar. Salimos de allí en doce embarcaciones. Solo cinco alcanzaron estas costas. Vi hundirse a tres, sus mascarones desaparecieron bajo las olas. Murió uno de mis hermanos y solo quedó Ganasco para guíarnos. —Ferox se dio cuenta entonces de que su modo de hablar le resultaba familiar, ya que era un tono más delicado y fluido que el del germano, pero un eco de este—. Aunque yo era joven, él necesitaba mi ayuda; no es de los que piensan, pero es valiente y es un buen hombre.

»Apenas quedábamos un centenar, y no sabíamos dónde nos encontrábamos. Setenta eran guerreros, hombres temerarios y fuertes, así que no teníamos miedo, pero las tejedoras del destino estaban con nosotros. El caudillo local se mostró suspicaz, y, cuando no le atacamos, sino que nos limitamos a acampar de forma pacífica en sus costas y a vivir de lo que pescábamos, este le comunicó nuestra presencia a Tincommio. Vino a nosotros, solo él, el rey. Cuando le vi, me enamoré, y vi mi futuro con él. Desde entonces hemos sido uno, y yo le he guiado en su camino hacia la grandeza. Estaba escrito, y en los últimos años ha acogido a muchos venidos de otras tierras. Todos le sirven porque es un hombre fiel y generoso, como debería serlo todo señor.

Ferox recordó a los hibernios del banquete. Señores y caudillos derrotados en sus tierras de origen: también ellos había encontrado el éxito, la seguridad y cierto nivel de riqueza luchando para Tincommio. Aunque fueran pocos, aquellos hombres y sus séquitos eran mejores soldados que la mayoría, y no les quedaba mucho que perder. Intentó imaginar el terrible viaje en pequeñas embarcaciones, en mar abierto, y sintió un escalofrío. Ella le miró sorprendida. Ferox se inclinó para besarla de nuevo.

—No.

—Soy un invitado, no estamos haciendo nada malo—dijo, aunque no creyera una palabra, pero se negaba a dejar que se moviera.

—Soy del rey. Te he dado nuestro mensaje y te he demostrado que hablo en serio. No habrá más. —Debió de leer enfado en lugar de mera decepción en el rostro de Ferox—. Si me fuerzas, Tincommio te la cortará antes de rebanarte el cuello. —Una mirada hacia abajo bastó para que Ferox supiera a qué se refería.

El centurión se tumbó y enlazó las manos tras la nuca. Gala se incorporó, las pieles y el resto de las mantas se deslizaron al suelo y allí quedó, en pie y completamente desnuda. Él la observó, y a ella no pareció molestarle. Su vestido blanco estaba doblado sobre una banqueta. Ferox no dejó de mirarla mientras se vestía. Ninguno de los dos dijo una palabra. Al final la mujer se puso una pesada capa marrón y la tenue luz de la choza se tornó aún más tenue.

—Tincommio tiene una elevada opinión de ti, y cree que eres un hombre en el que se puede confiar —dijo, quebrando el largo silencio—. Quiere mucho al hijo al que le perdonaste la vida, mucho, aunque el muchacho sea de una esposa menor y sea poco probable que vaya a convertirse en rey.

—¿Qué hijo?

Ferox no sabía a quién se refería. Ninguno de los hombres a los que se había enfrentado por el trozo del campeón eran lo bastante jóvenes como para ser hijos del rey, y decir que había salvado a alguno de ellos era darle un sentido muy amplio a tal alabanza, incluso si se trataba del hombre al que había derribado.

—Epático —dijo ella—. No te dice nada, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Epático es el hijo que ha acogido Venutio de los selgovae. Ambos están aquí. El muchacho estaba detrás del caudillo durante el banquete. Aquella fue su primera batalla, y todos dicen que luchó con valor. También dicen que estuvo a tu merced, pero que le dejaste marchar y que le dijiste que se fuera con honor. Dado que ha demostrado valor, ahora es digno de estar en presencia de su padre. Tincommio le envió allí hace siete años.

Ferox intentó recordar el combate en el fuerte, la difícil retirada colina abajo, pero, como en la mayoría de las batallas, su recuerdo se había

difuminado hasta convertirse en una amalgama de miedo y tensión.

—Pues yo creo que le mandé a la mierda. —Rio al pensarlo—. Pero luchó bien y por eso preferí no matarlo. Debo ser honesto, no sabía quién era, así que difícilmente puede considerarse un favor.

—Eso creíamos, lo que hace que nuestra deuda contigo sea aún mayor. Tincommio está agradecido y considera que se puede confiar en ti. Y yo creo que tiene razón. Me alegro de que nos hayamos conocido y de que hayamos podido hablar.

—Y yo me alegro de que duermas tan profundamente —repuso.

Su traviesa observación fue recompensada con un instante de incertidumbre y duda en el rostro de la joven mujer. No duró mucho.

—Adiós, centurión. Jamás volveremos a estar juntos.

—Adiós, Gala.

Se agachó para pasar por la puerta baja y salió antes de cerrar la puerta tras ella. Ferox espiró y se quedó tumbado, observando la techumbre. Para su sorpresa, sintió la cabeza despejada y tranquila, y no le apetecía nada de beber, salvo agua de la fuente o un poco de posca.

Un rato después se abrió la puerta y apareció un hombre que tuvo que inclinarse al máximo. Era Vindex. Tenía que ser Vindex.

—¿Una buena noche? —dijo el brigante con una amplia sonrisa.

XX

El gran rey fue a cazar ese día, y los romanos no fueron invitados.

—¿Es un desaire? —preguntó Crispino mientras daban cuenta de la comida que les habían llevado los sirvientes.

Era poco después del mediodía, el viento soplaba con fuerza, y todos estaban satisfechos de estar al abrigo de una casa que el tribuno había hecho suya.

—En otras palabras, nada de caza —murmuró Vindex cuando Ferox se lo dijo.

Mientras comían, Ferox les contó a los demás lo ocurrido desde el momento en el que el brigante había perdido el conocimiento durante el banquete. Habló del estallido de furia del mago, y del gran druida disfrazado de mendigo.

—¡Joder! —exclamó Vindex en ese momento—. Supongo al menos que la bendición valdrá de algo después de todo el dinero que le he dado al viejo embustero. Debería ser el hombre más afortunado del mundo.

Ferox no ocultó el intento del druida por ganarle para su causa, y entonces llegó a Gala y hablaron durante un buen rato sobre su mensaje, mientras pasaba por alto todo lo demás. La imaginación de Vindex rellenó el resto, sin duda del modo más morboso posible. Hasta Crispino pareció sentir envidia.

—Por lo que me dices, y por derecho, debería haber sido yo el destinatario de tan bella e importante visita.

Ferox se encogió de hombros.

—Ella no habla tu idioma y tú no hablas el suyo.

—Maldigo a mis padres por haber descuidado mi educación de forma tan infame. Pero, bueno, ya no se puede hacer nada..., al menos por el momento. Lo que importa es que dice que Tincommio quiere la paz. ¿Tú lo crees?

Ferox valoró su respuesta.

—Así es, porque se juega demasiado si se arriesga a enfrentarse a Roma. Quiere reconocimiento, amistad y ayuda.

Crispino estaba satisfecho.

—No es un precio demasiado alto para quitarnos de encima a nuestros enemigos más poderosos, ya que, por lo que dices, el Caballo y sus seguidores están ansiosos de que haya guerra.

—Lo están, y hay muchos que le apoyarían. Si ganase, aunque fueran un par de insignificantes victorias, su número aumentaría a toda velocidad.

—En ese caso, razón de más para ser amigos de Tincommio e inclinar la balanza a nuestro favor. —El tribuno frunció el ceño—. No comprendo tu cautela.

—Si fomentamos que Tincommio se haga más fuerte, en unos años podría no ser tan amigo.

—Unos años es mucho tiempo, no será problema nuestro —declaró Crispino—. Puede que sienta envidia por la buena suerte que tuviste anoche, pero no dudes ni por un momento que estoy muy satisfecho con tu trabajo, centurión.

Avanzado el día, el viento amainó y los romanos salieron a dar un paseo por la fortaleza del rey. La gente se los quedaba mirando, pero se mostraba cordial y servicial. Los niños, demasiado pequeños como para recordar los días de ocupación romana, los seguían por todas partes, sentían curiosidad por aquellas extrañas criaturas del sur. Ferox oyó a una niña que le explicaba a su hermano pequeño que los romanos estaban hechos de piedra, solo que parecían humanos, que esa era la razón de que vivieran felices en casas de piedra que llegaban hasta el cielo. Le susurró la explicación al tribuno. El chiquillo no parecía convencido, pero era un niño osado y se acercó a Crispino con sigilo. Vindex le propinó un leve codazo a Ferox, y vieron cómo el niño cogía carrerilla y le daba una fuerte patada al tribuno en el tobillo. El aristócrata no reaccionó, salvo para volverse muy lentamente, como si su cuerpo fuera rígido. El niño echó a correr, aullando aterrado.

Ganasco y varias docenas de guerreros entrenaban en un espacio abierto, donde lanzaban jabalinas y luchaban con espadas. Todos eran hombres grandes, aunque tan solo uno o dos alcanzaban la estatura de su líder, y eran mucho más robustos que los lugareños. Muchos de ellos eran rubios o pelirrojos, pero eso no era raro por aquellas latitudes; lo raro era lucir barbas tan pobladas y esas melenas. Cada uno de los hombres llevaba al cinto una espada reglamentaria romana.

—Creía que estaba prohibido por ley vender armas al otro lado de la frontera —observó Crispino. Lo dijo en latín para no ofender a nadie.

—Lo está, pero siempre hay formas de hacerlo. —Ferox pensó en el mercader trévero que habían conocido en Trimontium, y en cómo el hombre no había querido desvelar lo que le había vendido a Tincommio—. Se perdió mucho material cuando nos retiramos de las bases de la zona. Siempre ocurre. La gente comete errores, o intenta cubrirlos, y siempre hay alguien dispuesto a ganar dinero mediante el contrabando con los nativos.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué cosas! —dijo Vindex con sarcasmo—. Un romano deshonesto... ¿Qué le está ocurriendo al mundo?

—O hay alguien que le está suministrando armas al rey —sugirió Crispino ignorando al brigante.

—Puede —dijo Ferox—. También hay hombres que desertan. Un hombre que huye con todo su equipo sería bien recibido aquí. ¿Has visto los postes?

Poco antes habían pasado por otro espacio abierto donde se habían topado con dos postes iguales que el que tenían en Siracusa. El hecho de que utilizaran métodos de entrenamiento militares significaba que había soldados sirviendo al rey, hombres que preferían ocultarse mientras los enviados romanos estuvieran allí.

Mientras observaban, apareció otro grupo de germanos cargando con un muñeco de paja con la forma de un hombre, atado a un poste. Hundieron el poste a las faldas del terraplén. La efigie estaba ataviada con un viejo casco romano y una armadura segmentada como la que llevaban los legionarios. Un par de guerreros, con unos arcos tan altos como ellos mismos, se colocaron al lado de los romanos mientras que el resto se apartaron a los lados para observar.

Cada uno de los germanos hundió cinco flechas en tierra, a sus pies, antes

de tensar los arcos. Eran armas sencillas, hechas de una única vara de madera, pero Ferox pudo comprobar que les costaba poner las cuerdas en su sitio. El ejército usaba arcos más pequeños, hechos de diferentes tipos de madera encolados y reforzados con asta de animal. Los de los germanos parecían toscos en comparación.

Uno de los guerreros arrancó una flecha del suelo, tensó el arco y soltó la flecha. El proyectil voló directo al objetivo y se oyó un sordo golpe metálico cuando perforó el hierro de la armadura. El otro arquero disparó un instante después con la misma precisión. Ferox pensó en la emboscada y en los bátavos abatidos por arqueros ocultos. Jamás había visto flechas volando con tal fuerza, salvo cuando eran lanzadas por una *ballista*. Las demás flechas fueron más altas; la primera fue desviada por el casco, y el arquero recibió una burlona ovación de la muchedumbre. Luego hubo un vítor cuando la siguiente perforó el bronce y se quedó incrustada en el muñeco.

—No me parece un gesto muy amistoso —dijo Vindex.

Ganasco estuvo fingiendo no haberse percatado de su presencia hasta entonces.

—¡Romano! —le dijo a Ferox—. ¿Quieres intentarlo?

Los siluros no eran arqueros. Cuando era niño, Ferox había aprendido a usar la honda, pero no fue hasta que llegó a Roma y le entrenaron los pretorianos que aprendió a usar el arco. Había practicado un poco desde entonces, especialmente en el Danubio, pero llevaba años sin sostener un arco.

Uno de los germanos sonrió al entregarle el arma. El guerrero era más alto que él, y su arco también, pero Ferox se quedó sorprendido al comprobar lo ligero y bien equilibrado que parecía. Había dos flechas en el suelo, a su lado, y después de palpar la cuerda en tensión, alargó la mano y arrancó una. Colocó la flecha, empezó a tirar de la cuerda y sintió la increíble tensión ejercida por esta. Gruñó e hizo uso de todas sus fuerzas para preparar el tiro. Su brazo izquierdo pugnaba por mantenerse recto, su mano derecha vibraba por el esfuerzo. Intentó fijar el tiro y espiró antes de soltar la cuerda. Sentía que lo había hecho todo mal, y no le sorprendió que la flecha fuera demasiado alta, que superara el terraplén y se perdiera extramuros.

—¡Algún pobre pastor va a pasar un mal día! —comentó Vindex.

Los germanos rugieron de risa. Ferox cogió la segunda flecha, la preparó y

tiró, todo en un solo movimiento. Hizo lo posible por no pensar, por dejar que fueran sus músculos los que tomaran el mando. Algo que había aprendido hacía mucho tiempo era que si sentía que el tiro era bueno, la flecha volaba directa al objetivo. En cuanto acercó la cuerda al pecho soltó, y, aunque el disparo no fuera perfecto, al menos fue mejor que el anterior. No le acertó al muñeco, pero se incrustó en el poste en el que estaba atada la figura de paja justo donde se separaba para representar las piernas.

—¡Vaya! ¡Qué mala idea! —dijo Vindex, y los germanos volvieron a reír, pero esta vez divertidos en vez de burlones.

Empezaron a emitir chillidos, como si el muñeco fuera un hombre de verdad alcanzado en la entrepierna. Ganasco se acercó y, complacido, le golpeó al centurión en el hombro. El impacto se sumó al dolor de brazos y a la sensación de que sus costillas estaban a punto de resquebrajarse.

—Y ahora, enséñanos lo que sabes hacer con una espada —dijo el germano, y, para sorpresa de Ferox, alguien trajo espadas de madera y pesados escudos de mimbre.

Mientras se hacían con el equipo de entrenamiento, pudo comprobar que no era del tipo reglamentario, sino copias. Los guerreros de Ganasco estaban habituados a utilizarlas en versiones simplificadas de los entrenamientos estandarizados romanos. Supuso que los desertores reclutados por el rey habían llevado hasta allí tanto sus ideas como sus propias armas.

Los germanos eran buenos, aunque no estaban a la altura de una unidad bien entrenada. No obstante, lo hacían mejor de lo que hubiera cabido esperar, al menos cuando luchaban uno a uno. Derribó a su primer oponente con cierta rapidez sorprendiéndole con un rápido ataque que le hizo perder el equilibrio. El segundo luchó mejor, pero levantaba demasiado el escudo para protegerse la cara y, después de hacer una finta alta, Ferox pudo dar un tajo descendente y acertarle con fuerza detrás de la rodilla para provocar un efecto de barrido. Ganasco vitoreó al centurión, pero luego le propinó una palmada al guerrero en la espalda por haberlo hecho bien. Acto seguido, le dedicó una sonrisa a Ferox.

Crispino perdió el interés al rato; se llevó a Vindex con él por si necesitaba un intérprete y dejaron que Ferox siguiera luchando. Los germanos estaban entusiasmados: sabía que todos y cada uno de ellos quería ser el que

derrotara al oficial romano. Sintió alivio al ver que Ganasco se mantenía al margen y observaba, ya que no le apetecía enfrentarse a su velocidad y a su fuerza, al menos ahora que estaba tan cansado.

El tercer hombre era mayor, con mechones grises en el cabello castaño; miraba y esperaba mucho entre ataque y ataque. Sus acometidas eran veloces. Ferox creía que podía vencerle, pero decidió que prefería declarar un empate y hacerle ese honor. Los germanos aplaudieron el gesto, más aún cuando el centurión dejó la espada y le estrechó la mano. Después de eso se tomó un descanso y pidió agua.

Fueron apareciendo más guerreros, algunos de ellos germanos, pero también lugareños, así como otros con túnicas y las piernas desnudas que, muy probablemente, fueran hibernios. Hablando con los hombres, averiguó que el rey disponía de más de mil guerreros a su servicio, aunque cerca de la mitad vivía en otros asentamientos. Ese millar eran los mejores, los que no tenían otra ocupación que la guerra, e incluían a los exiliados. Durante el mes anterior a las grandes festividades estivales de Lughnasadh, cada clan unido en juramento al rey le enviaba cincuenta hombres, así como todos aquellos muchachos que acababan de cumplir los quince años. Durante cuatro semanas entrenaban para la guerra, trabajaban en las defensas de la fortificación o atendían a su ganado, y luego disfrutaban de un gran banquete antes de volver a casa, listos para ser llamados en tiempos de guerra. Uno de los germanos alardeó de los almacenes llenos de escudos y buenas lanzas que serían distribuidos entre los hombres que atendieran la llamada a las armas del rey. Tincommio estaba creando un ejército como jamás se había visto entre las tribus del norte, y eso hizo que Ferox se planteara aún más preguntas sobre sus intenciones a largo plazo.

Pronto, demasiado pronto, el centurión se vio obligado a batirse de nuevo en duelo, y no pudo evitar preguntarse si Ganasco había dejado a sus mejores guerreros para cuando el romano estuviera cansado. No tardó en tener que recurrir a todos los trucos sucios que podía recordar. Derrotó al quinto propinándole un empujón a la parte superior de la defensa de su contrincante con el umbo del escudo, para luego moverlo hacia arriba y acertarle al germano con el borde en el mentón. El guerrero se mordió el labio y quedó aturrido y ensangrentado.

El sexto no era germano, aunque era evidente que pertenecía al grupo de Ganasco. Por lo visto, había aumentado el número de sus tropas con hombres del entorno, de modo que, a esas alturas, lideraba un grupo de casi un centenar de hombres, once de los cuales eran arqueros. Los nuevos reclutas eran menos corpulentos que los germanos, y varios lucían barbas en lugar de mostachos. El que se enfrentaba a Ferox había ido un paso más allá, atándose el pelo con un nudo en lo alto de la cabeza en imitación de los mejores hombres de Ganasco. Era rápido de movimientos y entregado, así que Ferox dejó que lanzara tientos contra su defensa mientras buscaba un punto débil. Se percató de que el hombre llevaba un cuervo tatuado en la muñeca derecha, símbolo de uno de los clanes de los venicones.

Se oyeron unas trompetas; era un sonido entre la penetrante cadencia de los *carnyxes* y los más delicados cuernos. El britano miró un instante hacia las puertas. Ferox le golpeó con el escudo obligándole a retroceder, el guerrero bajó la guardia un instante y eso le permitió al centurión lanzar una estocada con su espada de práctica. Detuvo el golpe justo antes de alcanzarle al hombre en el cuello.

Ganasco le dio una palmada al hombre en la espalda.

—Mira al hombre al que te estás enfrentado. Olvida todo lo demás — rugió.

Parecía satisfecho, dado que sus guerreros estaban luchando mejor ahora que se enfrentaban al romano.

Los cuernos anunciaban el retorno del gran rey, que entró con estrépito por las puertas guiando las riendas de su carro. El vehículo estaba pintado de rojo intenso, y los arcos de los dos pequeños caballos grises que tiraban de él eran de cuero rojo. Al ver al romano, giró bruscamente y galopó hacia el campo de entrenamiento. Detuvo el carro en el último momento.

—Así que estás enseñando a mis guerreros... —dijo alegremente.

—Y aprendiendo de ellos.

Era raro recibir cumplidos, y ese hizo que los hombres de Ganasco vitorearan al centurión. Ferox tenía que admitir que le habían caído bien. Siempre se sentía más a gusto entre hombres de armas, era más fácil comprenderlos a ellos que a los romanos como Crispino, para quien el ejército no era más que un peldaño que trepar en la escalera política.

—Hablemos —dijo el gran rey, y empezó a alejarse. Ferox le siguió.

—¿Ha ido bien la caza? —preguntó.

—Bastante bien, aunque he perdido un buen caballo.

—¿Un jabalí?

Ferox había visto muchas monturas derribadas y destripadas por los colmillos de jabalíes acorralados.

—Una lanza —dijo el rey—. Cazábamos hombres que se habían atrevido a robarnos el ganado. Creía que las ejecuciones de ayer bastarían como advertencia, pero esos malnacidos han debido de pensar que estaba demasiado ocupado con los banquetes como para ocuparme de lo que es mío. Estaban equivocados, seguro que se dieron cuenta cuando mis perros dieron con ellos.

Estaban cerca del gran salón y, con ladridos desbocados, media docena de cachorros corrieron a recibir a Tincommio. Meneaban las colas con pasión.

—Ah, mis niños. —El gran rey cogió a dos de ellos, uno en cada mano. No tenían más que unos meses de vida, y sus patas parecían demasiado largas en relación a sus cuerpos—. Debéis iros mañana. —El abrupto cambio de tema cogió a Ferox por sorpresa—. Habla con tu tribuno; nos reuniremos esta noche y nos pondremos de acuerdo.

El rey estaba dejando claro que esperaba que los romanos aceptaran su propuesta.

—Hablaré con Crispino.

—Bien. Debéis iros deprisa. Haré que os acompañen algunos de mis hombres como escolta. —El tono de voz de Tincommio daba a entender que se trataba de algo más que de un acto de cortesía—. Podría haber peligro.

—¿El Caballo? —preguntó Ferox, y el gran rey pareció sorprendido por su franqueza.

—No te gustan los perros, ¿verdad? —Le entregó uno de los cachorros al centurión. El animal dejó de ladrar y se lo quedó mirando con escepticismo—. Ya me imaginaba que no. Llamen a los siluros «el Pueblo Lobo»; puede que lo que no te gusten sean las criaturas domesticadas y entrenadas. He oído decir que los siluros son gente extraña. Y, sin embargo, hay un viejo dicho que afirma que no se puede confiar en los hombres a los que no les gustan los perros, pero yo confío en ti. Así que, o bien el dicho está equivocado, o bien lo estoy yo. A mí me gustan los perros porque son sencillos, y los mejores son

más leales que cualquier hombre. Mis perros para mí son parte de mi familia, y me da pena cuando pierdo a uno.

Dejó al otro perro en el suelo y cogió el que le había entregado a Ferox para acercárselo a la cara. La diminuta lengua rosada lamió al rey con energía y entusiasmo.

Ferox no dijo nada; suponía que toda esa cháchara tenía un sentido.

—Hoy hemos tenido que matar a una de mis perras. Era fuerte, tenía buen olfato y era temeraria. Hace dos años me salvó cuando quedé atrapado bajo un caballo caído y un jabalí cargó contra mí. La perra luchó contra el animal hasta que mis hombres vinieron en mi ayuda, y recibió muchas heridas. Hice que la cuidaran y recuperó la salud. Jamás perdió el valor que la caracterizaba, y siguió sirviéndome bien hasta que fue presa de la furia. Mordió a un sirviente, y hoy no atendió a mi orden y siguió atacando a uno de los ladrones hasta que le destrozó el cuello. Ese hombre no me importa, pero un perro así no puede permanecer contigo. La locura y la furia crecerían y un buen día atacaría a un sirviente, o a un niño, y lo mataría. Así que acabé con su vida antes de que algo parecido pudiera ocurrir. Fue —le costó buscar la palabra en latín— necesario.

»Hay hombres que me han servido bien en el pasado, hombres que alardean de disfrutar del amor de los dioses y que dicen hablar por ellos. — Tincommio acarició con la nariz al cachorro.

—El Caballo y el gran druida.

Tincommio asintió y habló con tristeza.

—Uno es libre, no responde ante ningún caudillo ni ningún rey. Hará lo que haga, pero no le temo. El Caballo es diferente, y les ha hecho promesas a quienes le siguen. —El rey suspiró—. Es una lástima, ya que ha convencido a muchos para que se unan a mí. Fue él quien obtuvo para mí las bendiciones del druida.

El rey puso al cachorro boca arriba y, con una mano, le cogió del cuello. El animal se resistió, pero fue incapaz de liberarse.

—Puedes encariñarte mucho de algo simple, o de alguien que ve el mundo de modo simple —continuó—. No sé de dónde proviene el Caballo, o quién es en realidad, pero tiene fuego en el alma. Cree con pasión, así que cuando es cruel, o despiadado, no comprende nada. Es su naturaleza, y eso no puede

cambiarse. Esta criatura que tengo en las manos nació para cazar. No podrías evitar que cazara aunque lo intentaras. Y si lo atas, cazará hasta donde se lo permita su cadena. El único modo de detenerlo es quebrándolo.

El rey se quedó mirando al animal mientras el resto ladraba a su alrededor. Esbozó un gesto de amargura, apartó la mano del cuello del cachorro y le rascó la tripa. Sonrió y dejó al animal en el suelo.

—El Caballo solo quiere fuego, destrucción y sacrificios.

—El Samhain se acerca —dijo Ferox.

—Así que lo has oído. El Caballo promete un gran y terrible sacrificio y aún promete más, pues dice que las almas de los guerreros muertos vendrán al mundo a luchar junto a quien le siga, que los hombres que juren hacer su voluntad no podrán ser heridos por arma alguna. Promete sangre y fuego. Promete la guerra, y creo que está dispuesto a empezarla y que confía en que yo me una a él.

—¿Y no lo harás?

Tincommio se giró y posó las manos sobre los hombros del centurión. Aquello le recordó a Ferox lo bajo que era el hombre, y también la firmeza que desprendían sus ojos.

—No quiero una guerra —dijo el gran rey haciendo hincapié en cada palabra—. De ti depende que no tenga que verme involucrado en una. Ve a casa, haz que el nuevo legado de tu provincia acepte mi amistad. —Tincommio sonrió al hacer gala de sus conocimientos—. Creo que descubrirás que el nuevo gobernador ha llegado. Sella nuestra amistad con él y todos saldremos ganando. Por eso necesito asegurarme de que llegas a casa, y es por eso que os proporcionaré una escolta.

XXI

Ganasco y veinte de sus hombres cabalgaron hacia el sur con ellos. Los germanos parecían enormes montados sobre los pequeños ponis, pero los animales eran fuertes y resistentes y avanzaban a buen paso. Con ellos venía también Venutio, en compañía de una docena de guerreros y de Epático, el hijo del gran rey. Llovió los primeros días sin apenas descanso, y, de algún modo, eso hizo que las bases abandonadas del ejército se antojaran aún más desoladoras.

Durante el último encuentro, Crispino le había hecho al rey un regalo de trescientos denarios, recién acuñados y brillantes, con la efigie de Trajano. El regalo era una muestra de estima y amistad, y el centurión ni siquiera sabía que el tribuno lo llevaba consigo. Sí había sabido lo de la espada, una *spatha* nueva y perfectamente equilibrada, y se sintió satisfecho al comprobar la alegría con la que Tincommio la aceptaba. Acto seguido, el rey se la entregó a Epático a modo de presente. A cambio, Ferox y el tribuno recibieron caballos, dos animales grises tan parecidos que bien podían haber sido gemelos y que, por azar, habían nacido el mismo día. Sus nombres eran Helada y Nieve. Eran un generosísimo obsequio.

El rey les habló con franqueza en el gran salón, vacío salvo por un puñado de sirvientes. Gala estaba allí, de pie tras la silla real, aunque no hizo amago de saludar a Ferox en ningún momento. Tincommio les dijo que temía que el Caballo quisiera empezar una guerra. Un año atrás le servían un millar de hombres que llevaban su símbolo en la frente y en las manos, pero ahora estaba seguro de que había muchos más, porque no dejaban de llegar del norte

en su busca. La mayoría eran forasteros, vagabundos, soñadores y fugitivos; no eran guerreros, pero creían firmemente en sus dotes mágicas. El hechicero los había reunido a todos en un fuerte abandonado mucho tiempo atrás, entre las tierras de los venicones y los selgovae. Había miles de ellos allí hacía tan solo unas semanas, y ahora debía de haber muchos más, todos ellos haciéndose la marca del caballo en la frente.

—Es un lugar escabroso, de difícil acceso. Ya no le enviaré comida, y no sé de qué reservas dispone. Dudo que vaya a quedarse allí, ya que tiene que atacar para demostrar su poder. —El rey sospechaba que muchos guerreros de verdad, hombres de las tribus, atenderían su llamada a la guerra, y que también lo harían algunos caudillos—. Y habrá muchos más si sus victorias demuestran que es un hechicero poderoso. Debéis detenerle cuanto antes —dijo, pero el Caballo se había ido la noche del banquete y les sacaba un día de ventaja—. Viaja rápido.

Con más pesar aún el rey les dijo que el druida también se había ido, y que nadie sabía adónde.

Viajaban a buen ritmo, pero ver a más de sesenta jinetes fuertemente armados no pareció intimidar a los lugareños, dado que la presencia de los germanos y del hijo del rey en la partida demostraba que viajaban con su bendición. Las gentes les ofrecían comida y techo por las noches y charlaban con libertad. Hablaron del Caballo, que iba de aldea en aldea, que aparecía cuando menos se le esperaba y que les hablaba a los hombres del fin de Roma y del fuego purificador que pronto barrería la tierra. Incluso aquellos leales a Tincommio parecían reverenciar los poderes del mago. Ferox habló con los pastores y luego les contó a Crispino y a Vindex lo que había averiguado.

—Dicen que durante el banquete el Caballo se enfrentó a los enviados de Roma —explicó.

—En eso hay algo de verdad —concedió el tribuno.

—También dicen que alzó las manos al cielo, que convocó a los dioses y que los tres romanos cayeron fulminados.

Vindex se cogió la mano izquierda con la derecha y la agitó arriba y abajo.

—¿Deberíamos seguir moviéndonos por ahí? —preguntó.

Crispino no supo si reír o tomárselo en serio.

—¿Cómo podemos hacer que se sepa que es mentira? Diles que nosotros

somos los enviados de Roma y que estamos tan vivos como él.

—Ya se lo he dicho —dijo Ferox—. Pero no parecía sorprenderse. Por lo visto, el gran druida le dijo al Caballo que aún no era el momento, que debía respetar la casa y la hospitalidad del rey, así que el hechicero alzó de nuevo los brazos, dijo cuatro plegarias y nos devolvió a la vida.

Vindex se sopló la palma de la mano y asintió fingiendo un exagerado alivio.

—Es muy amable por su parte, todo hay que decirlo —dijo el tribuno—. Pero seguro que no creen esas sandeces.

—Puede que sí y puede que no —explicó Ferox—. Pero alguien se lo ha contado a ellos y ellos nos lo cuentan a nosotros. Así la voz se extiende.

Al día siguiente dieron con media docena de hombres que caminaban arrebujados en sus espesas capas de lana. Llevaban escudos redondos, un par de jabalinas al hombro y acudían a la llamada del mago, aunque no parecían saber muy bien por qué. Epático les dijo que se fueran a casa, y, cuando el enorme Ganasco se acercó a ellos, decidieron volver por donde habían venido.

—Puede que regresen a paso ligero en cuanto nos hayamos ido —dijo Vindex, y Ferox temió que tuviera razón.

Vieron a más hombres al día siguiente recorriendo las colinas y dirigiéndose al sur, en pequeños grupos o de uno en uno. Todos iban en la misma dirección.

Al cuarto día los cielos se despejaron durante unas horas, y un sol pálido y frío cayó sobre ellos. Una hora después del amanecer, al día siguiente, empezó a llover, y no cesó en todo el día, tornándose la lluvia de vez en cuando en granizo. Tenían frío y estaban empapados, pero al final de la jornada alcanzaron la barca que los llevaría al otro lado del río.

Granizaba mientras cruzaban, las aguas lentas recibían el castigo de los cielos. Ferox sintió el picor de los pequeños impactos en la cara. Las gentes que habitaban la margen derecha del río estaban nerviosas y se mostraban reacias a hablar; descubrieron la razón una hora después. Al principio solo vieron la silueta del gran tejo, solitaria en lo alto de una loma sobre el sendero que llevaba al sur. Cuando se acercaron, vieron la carreta volcada, negra y humeante, los restos de un fuego bajo las ramas del árbol y dos cuerpos

colgados de estas. Uno de los hombres vestía una túnica romana cuya lana, de un blanco apagado, estaba raída y manchada de sangre allí donde el cuerpo había recibido cuchilladas mientras se ahogaba lentamente con la soga al cuello. El otro cuerpo estaba desnudo y colgaba boca abajo, con la soga en los tobillos y la cabeza justo encima de la hoguera que habían encendido a los pies del árbol. No le habrían alcanzado las llamas, pero sí habría sentido el calor, y Ferox podía imaginar a los hombres que habían hecho eso, sentados, escuchando sus gritos.

—Espero que el desgraciado estuviera muerto ya cuando le hicieron eso —dijo Crispino mientras observaba el cuerpo horrorizado, con la cabeza abierta y los sesos en el fuego.

Ferox no se molestó en responder a tan absurda pregunta, sino que desmontó de un salto para examinar el entorno.

—Si hubiera estado muerto no se habrían molestado —repuso Vindex cuando vio que el centurión no decía nada.

—Es el trévero —dijo Ferox al fin cuando reconoció las manos del fallecido—. El que conocimos en Trimontium. —No había modo de reconocerle por el rostro.

Crispino le miró; saltaba a la vista que se preguntaba cómo había podido deducir eso, pero decidió no preguntar.

Había más cuerpos sobre la hierba, todos ellos cosidos a espadaos, lo que significaba que habían seguido propinándoles tajos una vez muertos. Además de la carreta calcinada, se veían las huellas de una docena de mulas, que los atacantes se habían llevado.

—Sea lo que sea que transportaran, ahora está en manos de los hombres del Caballo —dijo Ferox—. Vamos, será mejor que los bajemos y los enterremos.

Llamó a Masclo y a sus hombres para que le ayudaran.

—No les servirá de mucho —dijo Crispino, incapaz de apartar la vista de los cadáveres—, y nos llevará mucho tiempo. ¿Para qué molestarse? —Luego se le ocurrió algo—. ¿Cómo sabes que han sido los hombres del mago?

—¿Quiénes si no? Los mataron porque eran romanos, y, quienquiera que lo hiciera, alberga mucho odio. Querían lo que transportaban, ya fuera comida, armas u objetos de valor. Y es un tejo. Eso seguro que les ha servido de

inspiración.

—¿Armas?

Ferox desenvainó el *pugio* y empezó a cortar la cuerda que sostenía el cuerpo del trévero sobre la hoguera.

—Alguien le ha estado vendiendo armas y material a Tincommio. — Observó a la escolta, y se preguntó si alguno de ellos hablaba latín, aunque ahora ya no importaba—. Me temo que los hombres del hechicero han decidido que ellos pueden darles mejor uso. Y han empezado a matar a todos los romanos que se encuentran. Estos dos y sus esclavos estaban en el lugar incorrecto y en el momento equivocado, y esto es lo que les ha ocurrido. No podemos permitirnos dejarlos ahí colgando como prueba de que los romanos pueden ser asesinados sin consecuencias.

—Comprendo. —Crispino desmontó—. Deja que eche una mano.

Cavaron una fosa larga y poco profunda y depositaron los cinco cuerpos en ella, antes de cubrirlos con la tierra y con todas las piedras que pudieron encontrar. Ganasco, Venutio y el resto observaron con relativo interés durante un tiempo, antes de ocuparse de sus caballos y de comer algo. Tan solo el joven Epático ayudó, siguiendo a Ferox con entusiasmo e imitándole en todo.

Nadie habló mucho durante el resto del día, y hasta los germanos parecían tristes, hasta que las nubes se abrieron y vieron el sol. El astro los acompañó lo que quedaba de la tarde. Un cielo despejado significaba una noche fría, pero encontraron suficiente leña como para encender un buen par de hogueras. Mejor aún, el patriarca de un grupo de granjas cercano les entregó dos ovejas. Estas fueron degolladas y troceadas con rapidez: uno de los hombres de Venutio parecía ser un experto en la materia. Ferox disfrutó de la comida, aunque una parte de él habría deseado que hubieran sido cocinadas al estilo de su tribu: se lanzaba el animal entero al fuego y se troceaba una vez cocinado. Hacía mucho tiempo que no comía oveja así, y lo echaba de menos.

El patriarca también los hizo partícipes de unas noticias que no eran buenas. Los dos mercaderes y sus esclavos no eran las únicas víctimas de la furia del Caballo. Había oído hablar de otros comerciantes apresados y torturados hasta la muerte, algunos de ellos lugareños cuyo pecado había sido hacer negocios con los romanos.

—Dicen que debemos elegir —les dijo el patriarca—, unirnos a los dioses

y limpiar la tierra o ser masacrados con los corrompidos romanos. —Era viejo, tenía la piel cuarteada y muy poco pelo en la cabeza arrugada. Le faltaban dos dedos en la mano derecha debido a una vieja herida, y tenía la pierna izquierda rígida—. Yo les digo que es una locura, pero los jóvenes no atienden, y escuchan la promesa de la magia. La sangre de un rey y de una reina atraerá la fuerza de los dioses y a un ejército del inframundo que habrá de luchar junto a ellos. Ocurrirá durante el Samhain, o eso dice él, y muchos le creen.

Ferox sintió un escalofrío al oír las firmes palabras del anciano. La festividad comenzaba con la puesta de sol, en tres días. Mientras comían, se llevó a Vindex a un lado.

—Si me lo permite el tribuno, quiero llevar a cabo una insensatez.

El brigante sonrió; las arrugas de su cara parecieron más pronunciadas que de costumbre a la luz de las hogueras.

—Y, como es lógico, has pensado mí —dijo—. Fantástico.

—No te ordenaré que vengas conmigo.

—Bueno, yo no acepto órdenes. Soy de los carvetos. Pero obedeceré como amigo, si me necesitas.

—No somos amigos —dijo Ferox, pero se dio cuenta de que se estaba riendo.

Crispino no se lo tomó bien cuando oyó que el centurión quería dejarlos y cabalgar a toda prisa hacia Vindolanda.

—Puedo viajar mucho más rápido si no sigo los senderos habituales y voy en línea recta. Tienen que recibir aviso —insistió Ferox—. Tu carta podría no ser suficiente.

—¿Carta? —dijo el tribuno confundido, si bien luego pareció recordar—. Por supuesto, se me había olvidado. Ya debería haber llegado..., aunque... —empezó a vacilar.

—No me necesitáis, señor, y puede que llegar antes sea esencial. —Bajó la voz hasta hablar en un susurro—. ¿Quieres verla colgando de un tejo como esos mercaderes, o chamuscada como esa oveja?

Crispino observó la carne con repentino asco.

—Muy bien, centurión.

Salieron una hora después, cuando el campamento empezaba a prepararse

para la noche. Se llevaron a Helada y a Nieve como monturas de refresco. Estaban lo bastante cerca de una tierra que conocían bien, así que darían con el camino sin mucha dificultad. Cuando la luna menguante hizo su aparición, fue más fácil ver el terreno a la luz plateada del astro. Cabalgaron durante tres horas, cambiaron de caballo y cabalgaron otras tres antes de parar a descansar y a comer algo. Cuando el sol rojizo empezó a salir, reemprendieron la marcha.

Al principio recorrían un territorio moteado de granjas y, en todas partes, olía a sangre y fuego ahora que se sacrificaba a rebaños enteros para disponer de carne durante el invierno. Era el olor del Samhain, el principio de los meses fríos y las noches largas, y, por primera vez, a Ferox se le antojó siniestro. Las gentes estaban nerviosas. Allá donde se detenían se hablaba de los muchachos mayores y de los adultos más jóvenes y de cómo estos se habían ido para tomar parte en la gran guerra. Vieron a muchos alejándose en dirección a Trimontium.

—Espero que el tribuno pueda atravesar el territorio —dijo Ferox.

Vindex bufó.

—Sí, solo son cincuenta o sesenta.

—No tenías por qué venir.

—No tenías ni que pedirlo.

Al avanzar el día se dieron cuenta de que los estaban siguiendo. Era un jinete, solitario, montado en un poni melencudo que se mantenía a media milla de distancia. Iba con la cabeza descubierta y llevaba una capa de color apagado, pero en ningún momento se acercó lo suficiente como para que pudieran verle bien. Cambiaron de caballos y los llevaron a trote largo. Volaron sobre la tierra esponjosa y aumentaron su ventaja.

—Quizá estuviera yendo en nuestra misma dirección —sugirió Vindex cuando aminoraron el paso.

Helada y Nieve jadeaban; la espuma del sudor hacía parecer a los animales más blancos que de costumbre.

—Puede.

Una hora antes de la puesta de sol vieron a lo lejos y a la derecha a cinco jinetes en la cima de una colina.

—Debía de tener amigos —dijo Vindex.

Sus monturas estaban demasiado cansadas como para intentar despistarlos, así que giraron a la izquierda y forzaron la marcha. Los jinetes mantenían la distancia. Los observaban.

—Están esperando a que oscurezca —dijo el brigante.

—Eso es lo que yo haría.

Fue otra noche clara. La helada se sumó al fulgor plateado de la luna y las estrellas. Encendieron una hoguera y ataron a los caballos a unos abedules. Hablaron un rato. Sabían que el murmullo de sus palabras llegaría lejos. No había ni granjas ni aldeas a la vista, ya que aquella era una zona de pastos que solía usarse en verano y no un lugar donde nadie quisiera asentarse.

Mientras Vindex caminaba alrededor de la hoguera calentándose las manos, Ferox se escabulló en la noche. Dejó su cota de malla junto al fuego, pero llevaba encima la espada y el *pugio* porque sabía que esa noche habría sangre. Con el rostro embadurnado de barro y arrebujado en su capa, no sería fácil verlo, incluso en esa noche clara. Se alejó un buen trecho de la hoguera antes de dar un rodeo. Habían elegido un emplazamiento a las faldas de una colina escabrosa porque suponían que ningún atacante pasaría por alto un acceso tan propicio para ocultarse. Lenta y cuidadosamente, deteniéndose una y otra vez para ver y oír, se fue acercando a la empinada quebrada del otro lado de la colina. Al fondo había un arroyo que bajaba medrado por efecto de las lluvias y que corría estruendoso. Durante todo el trayecto pudo oír canturrear a Vindex.

—Veo una tierra benigna; aquí podría descansar mi espada. —Aquella canción se había convertido en la favorita del brigante.

Ferox esperó. La canción le hizo pensar en Sulpicia Lepidina, y en Gala tumbada a su lado. Tales pensamientos le ayudaron a combatir el frío, pero no podía permitir que le distrajeran o que le hicieran bajar la guardia. La luna subió en el firmamento y giraron las estrellas a medida que fueron transcurriendo las horas, y no fue hasta pasado un tiempo, lo que debía de ser la tercera guardia, que oyó un leve ruido. Esperó, con los ojos centrados en el borde la quebrada y la cabeza cubierta por la oscura capucha. Vio unas siluetas reptando por la pendiente de la colina. Tres de ellas avanzaban lentamente, con cautela. El sujeto que marchaba en cabeza les dijo algo en voz baja a los hombres que iban detrás. Uno de ellos se incorporó, y Ferox supuso

que se estaba ajustando la vaina, porque esta hizo ruido al rozar el suelo.

Tres hombres. Eso significaba que había otros dos en algún lugar, pero no podía verlos, y tendría que confiar en que Vindex pudiera arreglárselas si le atacaban desde otra dirección. Ferox volvió a ocultarse en la quebrada y avanzó dando un rodeo, sabiendo que el torrente de agua camuflaría cualquier ruido que pudiera hacer. Se detuvo poco después, pero no fue capaz de oír nada que no fuera el agua del arroyo, así que asomó la cabeza. Desde su posición podía ver a Vindex sentado junto al fuego, tarareando para sí. Los animales se movían del modo que siempre hacen los caballos cuando descansan. Pudo distinguir las sillas de montar envueltas en mantas, dando forma a lo que se suponía que era Ferox durmiendo.

Uno de los hombres estaba tumbado en lo alto de la loma; los otros dos le rodearon. Aquellos sujetos eran más hábiles que los que Ferox se había encontrado fuera del campamento semanas atrás. Pero no eran siluros. Los dos hombres reptaron juntos dando lugar a una silueta más grande y más oscura sobre la hierba que si hubieran avanzado separados. El metal tintineaba en sus manos, lo que significaba que portaban armas, probablemente puñales. Vindex permanecía muy quieto, aunque de vez en cuando azuzaba el fuego. Hacía falta una fuerza de voluntad extraordinaria para no volverse hacia los hombres que se acercaban a él.

Ferox percibió movimiento a lo lejos, en el extremo opuesto, y pudo ver la silueta de unos jinetes que avanzaban lentamente, al paso. Llevaban dos largas lanzas en la mano cuyas puntas brillaban. Vindex fingió no darse cuenta de nada y empezó a cantar en voz baja. No tenía buena voz, y la tonada emergía tosca y cacofónica. Ferox oyó la risilla de uno de los hombres que reptaban. Ya estaban a su altura, a poco más de veinte pasos de la hoguera, así que, poco a poco, fue dejando atrás el abrigo de la quebrada.

El ataque se desencadenó antes de lo esperado. En lo alto de la loma, el guerrero se incorporó, se acuclilló e hizo un gesto con la mano por encima de su cabeza. Algo estalló al impactar contra el fuego lanzando pavesas en todas direcciones. Los jinetes cargaron, chillando mientras galopaban. Vindex se puso en pie de un salto y alzó la lanza que yacía a su lado. Por el flanco, los dos hombres que se habían acercado reptando se pusieron en pie como un resorte y corrieron hacia él.

Ferox los imitó, se retiró la capa y la dejó caer. No hizo ruido. Y, mientras corría, empuñó el *pugio* con la mano izquierda y el gladio con la derecha. Solo cuando el guerrero que había más cerca le vio, aulló el centurión. El hombre se giró, con el puñal levantado. Ferox le permitió bloquear un tajo de su gladio con la hoja del cuchillo, para poder lanzar una estocada con la zurda directa a la garganta del guerrero. La gruesa hoja del *pugio* reglamentario le atravesó la tráquea y la columna. Ferox recibió un chorro de sangre cálida que le empapó la mano. Soltó el *pugio* y cargó contra el siguiente.

Vindex, a la luz de la hoguera, estaba listo para arrojar su lanza. Esperó y esperó, hasta el punto de que Ferox temió que fuera demasiado tarde. Entonces lanzó el arma contra el jinete más cercano. Se oyó un gruñido cuando la punta le acertó al britano en el pecho y le derribó de la silla. Entonces algo surcó el aire por encima de las llamas, el brigante gritó y se llevó las manos a la pierna. No pudo prepararse para la embestida del segundo jinete, que ya proyectaba una estocada descendente con su lanza. Vindex cayó y el caballo pasó de largo.

El hombre que se enfrentaba a Ferox arrojó su cuchillo hacia el rostro del centurión, y este apenas tuvo tiempo de desviarlo con el gladio. El guerrero desenvainó su propia espada, de hoja larga y delgada, y avanzó hacia él al tiempo que daba una estocada. Ferox dio un salto atrás porque no habría tenido tiempo de bloquear el ataque; luego tuvo que retroceder de nuevo porque el guerrero no se detuvo y se abalanzó sobre él.

Vindex estaba intentando ponerse en pie y desenvainar; mientras tanto, el jinete tiraba con fuerza de las riendas para detener su montura y volvía a tirar para dar media vuelta y encararse de nuevo al brigante. Apareció otro jinete. Venía de la misma dirección que los otros dos, al galope, directo hacia el campamento. Todo estaba saliendo mal.

Ferox hizo una finta, amagando un golpe a la cabeza de su contrincante, pero dándole una patada en la espinilla. El guerrero resolló, tanto por la sorpresa como por el dolor, y entonces el centurión le hundió el pomo abovedado de su arma en la cara, del mismo modo que había golpeado a Venutio, en la frente, en el lugar donde tenía una marca oscura que probablemente fuera un tatuaje. El britano se tambaleó y Ferox le lanzó una estocada al cuello. Sintió que el acero mordía a su contrincante, tiró del gladio

y tajó con todas sus fuerzas. Más sangre le salpicó la cara.

El brigante se enfrentaba ahora a dos jinetes y no sabía qué hacer. Ferox le vio dudar, y entonces Vindex levantó la espada y se dirigió al recién llegado que ya se encontraba próximo.

—¡Agáchate, idiota! —gritó alguien en latín, y el brigante se tiró al suelo.

El jinete pasó junto él, ignorándole, y entonces derribó limpiamente al guerrero britano. La inercia hizo que siguiera un trecho hasta que dio la vuelta y se dirigió a la loma. El hombre en lo alto lanzó una piedra con su honda, pero falló, y entonces cometió el error de echar a correr. Ferox oyó el golpeteo de los cascos sobre la tierra y vio al animal superando la loma y desapareciendo al otro lado en persecución del hombre que huía.

El centurión corrió hacia Vindex, que intentaba incorporarse mientras se palpaba la pierna.

—Creo que no está rota —dijo.

Ferox pudo ver un corte en el brazo del explorador, cerca del hombro, aunque la cota de malla había absorbido gran parte del impacto.

—No es nada. —Vindex respiró profundamente—. Al menos estamos vivos.

—Por ahora —repuso Ferox.

Oyeron un largo y agónico grito.

—Sea como sea, nos ha ido mejor que a ese.

El centurión empezó a vendarle el brazo a Vindex.

—Eh, los de la hoguera. —Era la misma voz en latín, con un fuerte acento—. Me voy a acercar.

XXII

Se aproximó a ellos llevando a su caballo de las riendas al tiempo que alzaba la otra mano para mostrar que no iba armado.

—Quiero hablar —dijo después de detenerse a cinco pasos del fuego.

Llevaba la capa a la espalda para mostrar su armadura de escamas, el gladio en la cadera izquierda, cinturón reglamentario, túnica, pantalones y botas. Tenía la cabeza descubierta, el cabello frondoso y la barba espesa.

—Soy un soldado de la primera cohorte de tungros, y quiero hablar con el *regionarius*. ¿Me escucharás?

—Soy Ferox. Ven, hablemos. No creo que haya muchos más por ahí.

—He matado al último —dijo el soldado, seguro de sí—. Pero me quedaré aquí hasta estar seguro. Me llamo Ganalio. Hay quien dice que soy un desertor, y hay quien dice cosas peores. Pero no soy ni lo uno ni lo otro.

Era el hombre que había desaparecido de la torre, el trinovante. Tito Anio había dicho que era un hombre de fiar y que no daba crédito a las acusaciones.

—Dime lo que ocurrió. Quédate si quieres, pero te prometo que si vienes junto al fuego serás libre de marcharte si ese es tu deseo.

Ganalio ató a su caballo junto a los otros y se sentó ante la hoguera. Vindex le ofreció algo de comida.

—Nunca pensé que llegaría a echar de menos las galletas del ejército —dijo Ganalio después de romper un trozo y tragárselo—. Hace días que apenas como.

Estando cerca pudieron comprobar que estaba mugriento, y su rostro, o lo poco que se veía de este bajo la mata de pelo, parecía macilento y demacrado.

—Mantengo mi juramento —les dijo con ojos sinceros y mirando primero a uno y luego a otro, en particular al centurión.

—Dime lo que ocurrió.

Ganalio dudó.

—No estabas allí cuando atacaron, ¿verdad? —aventuró Ferox.

Las huellas que había visto estaban embarradas y poco claras, pero cuanto más pensaba en ello más probable se le antojaba esa explicación.

El auxiliar se le quedó mirando sorprendido, pero entonces dejó caer los hombros y negó con la cabeza.

—Hay una muchacha, en una de las granjas que hay a un par de millas de distancia.

—Una gorda, sí —dijo Vindex—. Muy peluda, como un león. La conozco.

—Éramos amigos —dijo Ganalio.

Ferox ignoró la carcajada obscena del brigante. Si el soldado había abandonado su puesto sin permiso, entonces había quebrantado el reglamento y merecía ser castigado.

—Nunca iba cuando estaba de servicio —dijo Ganalio a toda prisa, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Jamás me perdí una guardia ni un entrenamiento. A los demás no les importaba. —Se quedó mirando al fuego, y Ferox supuso que estaba pensando en sus compañeros muertos—. Volví esa mañana, con tiempo de sobra para hacer la guardia.

—Pero seguro que llegabas bostezando y que no habías dormido mucho —dijo Vindex.

Ferox hizo un gesto con la mano para que el brigante callara.

—Sigue, muchacho.

—Vi llegar a la patrulla —continuó Ganalio—. Ellos no me vieron a mí, pero me oculté porque no quería ser visto fuera de mi puesto. No quería dar explicaciones.

—¿Era la patrulla habitual?

—No. Llegaban pronto, y no habíamos visto antes a ninguno de ellos. Lo más extraño es que había un oficial con ellos. Tan solo había siete soldados y, en cabeza, un tipo con un casco y un enorme penacho. Esas cosas no se esperan.

—¿Le habías visto antes?

—No, nunca, pero llevo en guarniciones y puestos fronterizos unos cuantos años. En ese tiempo nunca he visto a nadie de alto rango. Otra cosa rara es que eran legionarios. Y eso es algo que tampoco te esperas. Es más, los muy chulos cabalgaban con los escudos descubiertos.

—¿Viste el símbolo?

—Claro como la luz del día. Eran de la II Augusta, los Capricornios. Se aproximaron al paso, con calma, como si nada. Desmontaron y saludaron mientras los chicos intentaban vestirse a toda prisa para dar buena imagen. No esperábamos inspección hasta dentro de una semana, al menos eso dijo el destacamento al que relevamos. Entonces entran en la torre y empiezan los gritos. Uno de los nuestros que se llamaba Juliano, un bruto de Panonia, aunque buen compañero, sale corriendo por la puerta y el mismísimo oficial le abate por la espalda. Todo ocurrió muy rápido. Yo no habría podido hacer nada. —Ganadio imploró para que el centurión le creyera—. Nada. Si hubiera aparecido, habría muerto con ellos, aunque, si he de ser honesto, estaba paralizado; no habría podido moverme aunque hubiese querido. No parecía real. Eran de los nuestros; legionarios, es cierto, pero soldados como nosotros. No lograba comprenderlo. Todavía no lo entiendo.

El auxiliar se quedó mirando el fuego un buen rato y Ferox esperó.

—Todo acabó muy rápido. Entonces les oí hacer el recuento de los hombres de la torre. Sabían que les faltaba uno, y entonces uno de ellos empieza a acercarse a mí. No podía haberme visto, pero los matorrales eran el lugar obvio donde buscar. Esto es, si es que me estaba buscando. Puede que simplemente quisiera mear. Sea como sea, remonta el montículo, y cuando estoy a punto de ponerme en pie y desenvainar, el oficial le llama. «Sí, tribuno», dice, y da media vuelta. Salieron a caballo poco después, pero no se dirigieron a la calzada. Eso también me pareció extraño.

»Ahora sé que no debería haberme ausentado de mi puesto. Soy culpable, lo admito. Pero eran mis *conmilitones*, mis amigos, y no los hubiera traicionado ni por todo el oro del mundo. Y jamás rompería mi juramento.

—Entonces ¿por qué desapareciste? —preguntó Ferox.

—Tenía miedo. Miedo de que volvieran a acabar el trabajo, miedo de que nadie me creyera y de que me condenaran antes de poder decir una palabra. Corrí, corrí y seguí corriendo. Me escondí en la granja una semana. Mi chica

dijo que debía hablar contigo, que eras un hombre bueno y justo, que habías ayudado a su padre una vez que alguien le robó un par de cerdos.

Ferox asintió. Recordaba vagamente el incidente, pero se encargaba de tantos casos parecidos que la mayoría se le olvidaban.

—Tenía demasiado miedo, y las cosas empeoraron cuando se corrió el rumor de los druidas y de la guerra sagrada. Pensé que me tacharían de fanático, que dirían que me había convertido en un bárbaro y que me había vuelto contra mis compañeros como una bestia rabiosa. A decir verdad, pensé que todo había acabado y que, ya que no había sido por elección propia, me quedaría allí. Si mi chica hubiese venido conmigo, me habría ido al norte, tan lejos como me hubiese sido posible, pero ella se negó, así que decidí ir al *burgus* a buscarte, pero para entonces ya te habías ido a las tierras de los vacomagi, y te seguí. Me hice con un poni, pero no di contigo hasta que emprendisteis el camino de vuelta, pero no me seducía la idea de acercarme a una *turma* de bátavos para entregarme. Oí que había un oficial al mando, un aristócrata, y temí que se tratara del que asaltó la torre. Y aunque no lo hubiera sido, sé que no me creería si mi palabra iba en contra de la palabra de uno de su clase social. Así que os seguí, y os desgajasteis de la partida. Me despistasteis antes, pero di con esos cinco. Creo que eran selgovae que venían de sus tierras.

Ferox intentó calcular si Venutio habría podido separarse de la columna y llegar hasta los suyos a tiempo de ordenar que los siguieran, pero eso era poco probable.

—Hay pequeños grupos de hombres vagando por todas partes ahora mismo. Muchos —dijo Ganalio—. Hombres que se pintan el símbolo del caballo en la frente y que se dirigen a la guerra.

—¿Puedes describir al tribuno de la torre? —preguntó Ferox.

—No muy bien, señor. Lo lamento. No me encontraba cerca.

—¿Qué puedes decirme? Es importante.

—No era un hombre corpulento. De tez oscura. —El soldado pensó un instante—. Cabalgaba como si el mundo le perteneciese —añadió—. Aunque, bueno, muchos van así, aunque había algo diferente en ese. Incluso cuando mató al bueno de Juliano, pareció que no le costaba nada.

—¿Le reconocerías si volvieras a verle?

—Eso creo, señor. Sí, estoy seguro, aunque, con el debido respeto, no tengo prisa por ver a ese cabrón de nuevo. Me crees, ¿verdad, señor? Cada palabra que he dicho es verdad. No he ocultado nada.

—Lo sé. —Ferox confiaba en que su sonrisa le tranquilizase—. Te creo.

El alivio de Ganalio fue evidente.

—Mi chica me dijo que me creerías. Debería haberla escuchado antes.

—Te creo —le dijo el centurión—, pero sabes tan bien como yo que habrá muchos que no te creerán.

El soldado dejó caer los hombros y se quedó mirando al fuego, con los ojos vidriosos. Quizá estuviera imaginando el castigo al que se enfrentaba: desnudo y ejecutado a palos por sus compañeros, y su nombre por siempre vinculado al deshonor en los libros de la cohorte.

—Yo te avalaré; diré que nos salvaste esta noche. Eso debería servir de algo.

—Volveré contigo, señor, si así lo deseas —dijo el hombre, abatido—. Hice mi juramento hace siete años. Ya no conozco otra cosa.

—Quizá haya una forma mejor de hacerlo —dijo Ferox, y pudo ver esperanza en el rostro del soldado—. ¿Te ocultarían tu chica y su familia?

El joven asintió.

—Eso creo. Suelo echar una mano.

Por primera vez Vindex no soltó una risilla traviesa.

—Por ahora acompáñanos al sur, y luego te ocultarás con ellos. Ven a buscarme al *burgus* dentro de diez días. Para entonces puede que haya logrado solucionar las cosas. Haré todo lo que pueda.

—Gracias, señor. Estoy muy agradecido.

—¿Lo bastante como para hacer guardia un par de horas?

Los ojos de Vindex se abrieron al máximo ante tal muestra de confianza, pero el brigante no dijo nada.

—Por supuesto, señor. Estaré encantado.

—Bien.

No vieron a casi nadie a lo largo de la mañana siguiente, tan solo un puñado de grupos en la distancia. Quizá fueran rebaños de ovejas, pero parecían moverse con determinación, y Ferox estaba seguro de que se trataba de un grupo de guerreros. Poco después vieron cuervos y a otros carroñeros

describiendo círculos en el cielo. Se estaban aproximando a un sendero que no merecía el apelativo de calzada, pero la ruta era relativamente sencilla, corría de este a oeste y era transitada por muchos viajeros, incluso por el ejército.

El primer cuerpo estaba desnudo; tenía la piel muy pálida salvo en las pantorrillas, los brazos y el cuello por efecto del sol. Se habían llevado la cabeza, pero el sujeto tenía tatuadas en el pecho el águila de Roma y las letras SPQR. Ganalio suspiró: era evidente que el cadáver era el de un soldado. Tenía una gran herida en la espalda, así que al menos había muerto de forma rápida. Vieron otro par de legionarios muertos algo más allá; sus cabezas cercenadas coronaban unas estacas plantadas junto a sus cuerpos. Tenían las manos atadas detrás de la espalda, heridas en brazos y piernas, trozos de carne cortados como si lo hubiera hecho un carnicero. Saltaba a la vista que habían sufrido mucho antes de morir.

—Cabrones —espetó Ganalio, y azuzó a su caballo para remontar la loma detrás de la cual estaba el sendero.

Allí vio otra docena de cuerpos en torno a un par de carretas. Dos hombres habían sido atados a las ruedas, con las piernas abiertas, y desollados por sus captores. Estos habían trabajado con paciencia, arrancándoles la piel y la carne poco a poco. Otro hombre estaba tirado en la cesta de la otra carreta; los hombres del hechicero le habían prendido fuego y habían dejado que ardiera. El fuego había sido importante, ya que había mucha madera recién cortada alrededor de la zona de la masacre.

—Una partida para hacer acopio de leña —dijo Ferox—. Es esa época del año.

Las guarniciones siempre necesitaban madera, para labores de construcción y, sobre todo, para las hogueras, ya fuera para cocinar o para calentarse.

Un grito rompió el silencio, interrumpiendo el banquete de los pájaros carroñeros. Tres guerreros cargaron a la carrera por una pendiente a lo lejos.

Ganalio fue el primero en reaccionar hundiendo los talones en los flancos de su agotado poni y cargando directamente contra ellos.

—¡Cabrones! —gritó.

Uno de los guerreros blandía un zapapico reglamentario del ejército a modo de arma y cabalgaba adelantado del resto. Ganalio le alcanzó, tajó hacia

abajo y hacia un lado con la fuerza que da la ira y el hombre cayó; su cabeza, cortada a la altura del cuello, voló por los aires e impactó contra el poni del auxiliar. El animal retrocedió aterrado, intentando zafarse, y los otros dos guerreros avanzaron hasta colocarse a ambos lados del soldado mientras este intentaba recuperar el equilibrio. Uno de ellos le hundió la lanza en las tripas; la punta atravesó el hueco en el que se unían cuatro de las escamas de la armadura. Ganalio aulló de dolor, pero lanzó otro tajo y su gladio se incrustó en la cabeza de su atacante.

Ferox los alcanzó en el momento en que el último guerrero atacaba al soldado que a punto había estado de cercenarle el brazo izquierdo. El poni mordió al bárbaro y le arrancó la nariz y parte del rostro. El animal trastabilló y el jinete, herido, cayó al suelo. El poni huyó al galope empujando al bárbaro a un lado, con lo que la estocada de Ferox no encontró más que aire, y el centurión pasó de largo. Fue Vindex quién remató la faena lanzando dos tajos contra el cuello del bárbaro.

Ganalio tosía sangre y boqueaba intentando respirar, tendido en la hierba. La punta de la lanza se había roto y estaba alojada en el interior de sus tripas. El soldado intentó hablar, pero Ferox no entendió sus palabras. Entonces empezó a escupir más sangre por la boca y sus ojos se pusieron en blanco cuando su alma abandonó el cuerpo.

—Pobre desgraciado —dijo Vindex. Parecía afectado—. Me caía bien, aunque fuera un sureño. ¿Y ahora qué? Se supone que debía contarle la verdad a todo el mundo.

—Pues lo mismo de antes. Nos vamos a Vindolanda y confiamos en llegar a tiempo. —Ferox suspiró—. Dudo que le hubiesen creído, al menos al principio. Si yo no puedo convencerlos, entonces... —No completó la frase—. Lo único que podemos hacer es volver al fuerte.

—¿Y luego qué?

—¿Cómo voy a saberlo? —Ferox intentó ocultar su amargura—. Si logramos mantener la cabeza encima del agua, quizá logremos ganar la costa, o durar un poco más antes de ahogarnos.

—Me he perdido.

—Es un dicho de los siluros.

—Sois un pueblo muy alegre.

Ferox montó de un salto.

—¿Acaso hay razón para la alegría? —dijo, y azuzó a Helada para ponerlo al trote.

XXIII

Los bátavos no conocían el Samhain, pero tenían su propia festividad que anunciaba la proximidad del invierno. Empezaba antes, al amanecer, y no con la puesta del sol, y los ritos continuaban después de que anocheciera, así que, durante una noche, ambas festividades se solapaban. Ferox y Vindex vieron el reflejo del fulgor de las hogueras en las nubes bajas mucho antes de que pudieran ver el fuerte. En el asentamiento extramuros, varios lugareños se reunían para sacrificar a un toro a la manera tradicional. El centurión vio que un hombre hasta había encontrado un cuchillo de sílex y observó mientras lo hundía en el cuello del animal. Otros estaban mirando: romanos, hispanos, panonios, y solo los dioses sabían cuántas razas más, tenían la curiosidad suficiente como para salir de las defensas y presenciar los rituales, y la sensibilidad bastante para sentir que ser testigo de ellos quizá diera buena suerte.

En el fuerte los bátavos tomaron el relevo. Ferox vio a uno de los tungros con el que había luchado hombro con hombro a cargo de los centinelas de la *porta praetoria*. El hombre hizo un saludo militar y asintió a modo de reconocimiento.

—¿Ha habido algún problema? —le preguntó Ferox, alzando la voz para que le oyera por encima de los cánticos y los gritos—. ¿Algo raro?

El auxiliar negó con la cabeza.

—Solo estos, intentando dejar sordos a los dioses —dijo el tun— gro señalando con el pulgar a un bátavo que tenía el casco, cubierto de pieles, inclinado sobre la frente mientras se apoyaba contra el poste de la esquina de

la plataforma baja de la torre.

El centinela no se movía y, aunque tuviera los ojos abiertos, era evidente que estaba viendo y oyendo muy poco. En cualquier otra jornada se habría ganado unos latigazos por hacer guardia completamente borracho, pero ese no era cualquier día, o noche.

—Si viene el enemigo, tendrá que vomitarles encima —dijo el tungro.

Vindex rio y luego siguió al centurión cuando este espoleó a su agotado caballo para que atravesara las puertas.

Se encendieron dos filas de hogueras tras el terraplén oeste del fuerte, separadas entre sí por unos seis pies, la altura de un hombre, y con espacio suficiente como para que alguien pudiera correr entre ellas, con cuidado. Si un hombre lograba correr desde un extremo del trazado hasta el otro con los pies desnudos, tendría buena suerte, y se consideraba un buen presagio para el resto. Si alguien se quemaba intentándolo, no era el fin del mundo, porque entonces los observadores tenían razón más que suficiente para reír a carcajadas. Al igual que la mayoría de celebraciones llevadas a cabo por la Cohors VIII Batavorum, crecía en intensidad con cada jarra de cerveza. Cualquier hombre que no estuviera de servicio, corría, miraba o gritaba, y la tradición, tanto en esta como en cualquier otra unidad de bátavos, significaba que a pocos les eran encomendadas tareas y que, de entre aquellos que sí estaban de servicio, hubiera pocos en condiciones de llevar a cabo su cometido.

Helada se asustó y retrocedió, enseñó los dientes y ensanchó los orificios del hocico cuando uno de los corredores trastabilló y cayó sobre una de las hogueras. Una fuente de pavesas salió despedida, e hizo falta mucha fuerza para calmar al animal cuando el soldado salió rodando de las llamas. Los compañeros del soldado corrieron hacia él para cubrirle con una manta y ahogar las llamas de su túnica, pero reían demasiado como para hacerlo como debían. El hombre siguió rodando hasta que se extinguió el fuego. Su túnica quedó hecha trizas. Mientras sus compañeros reían a carcajadas, incapaces de hablar, el hombre chamuscado empezó a entonar un cántico cacofónico tirado en el suelo.

—Es increíble que no haya ardido como un barril de aceite con todo lo que ha bebido —dijo Vindex.

El centurión no le escuchó; se dirigió hacia las hogueras con su poni gris e hizo que las saltara. Las llamas bailaron y se mecieron a su paso.

—Mierda —farfulló el brigante, que soltó las riendas de los otros dos caballos que llevaba a la zaga para poder coger las de su montura con ambas manos para seguir el ejemplo de Ferox—. ¡Mierda, mierda, mierda! —gritó mientras su poni se resistía. Al fin la bestia cedió y saltó de forma desmañada.

Vindex estuvo a punto de caer de la silla antes de que las pezuñas del animal tocaran el suelo con fuerza, momento en el que recuperó el equilibrio.

Ferox estaba buscando a un oficial, o a cualquiera que pudiera estar sobrio y tuviera aspecto de responsable. No pudo ver a nadie, salvo a un centurión al que llevaban cuatro soldados en una manta. La pequeña procesión zigzagueaba de un lado a otro, pero si los hombres estaban borrachos, era evidente que no podría esperar nada del centurión en las próximas horas.

Algunos chiquillos, la mayor una niña de unos siete u ocho años, se acercaron para mirar a los jinetes.

—¿Has visto al prefecto, jovencita? —preguntó Vindex en latín y luego en su idioma.

Los niños se lo quedaron mirando hasta que el brigante sacó la lengua y un niño rio. El chiquillo ahuecó las manos ante la boca y le devolvió el gesto al alto explorador de aspecto fiero. Entonces la niña le dio un codazo al chiquillo y empezó a azuzarlos para que se marcharan. Vindex rio, pero se dio cuenta de que el centurión había emprendido el galope. A lo largo del camino había grupos de soldados preparando grandes efigies que llevarían en procesión extramuros. Estaban hechas de madera, paja, mimbre, tela y todo aquello que la imaginación pudiera concebir. La mayoría tenían forma de vaca o de ciervo, y también había algunas con forma de persona de dos o tres veces su tamaño real, incluida una con armadura, con un casco con penacho y el pelo rojo, montada en una mula hecha de modo que pareciera pequeña y fea. Todo ello estaba montado sobre una carreta, y había una docena de soldados esperando a tirar de ella. Vindex sonrió, porque saltaba a la vista que representaba a Cerialis, y vio que el centurión les gritaba algo antes de salir otra vez al galope cuando estos señalaron a la efigie.

Ferox recorrió la *vía principalis*. Los cascos de su montura despedían agua y barro, porque eso era Vindolanda, y el suelo siempre estaba enlodado.

Giró a la derecha cuando llegó al cruce con el otro camino, ignorando los *principia* y dirigiéndose a toda prisa a la casa del comandante. Desmontó de un salto y corrió hacia la puerta principal. Estaba atrancada, así que aporreó el pesado roble.

—¡Abrid! —gritó—. ¡Es urgente! ¡Necesito ver de inmediato al señor y a la señora!

No hubo respuesta, aunque debido al jaleo de las festividades a su espalda, no podía estar seguro de que alguien hubiese respondido. Era casi la tercera guardia de la noche, era tarde, aunque no demasiado, y podía ver luz tras las contraventanas de las habitaciones del piso superior. Era difícil creer que la casa durmiera. ¿Quién podía dormir con tal barullo alrededor?

Ferox volvió a aporrear la puerta, usando sus puños como si fueran martillos.

—¡Abrid!

Vindex pasó a su lado, hacia el extremo de la casa y en dirección al callejón donde estaba la entrada del servicio que daba a los cuartos de los esclavos y la zona de trabajo del pretorio. La puerta estaba abierta, y un poco torcida porque el gozne superior se había salido del quicio.

—¡Aquí! —le gritó al centurión—. ¡Por aquí!

El brigante saltó de la silla, y esbozó un gesto de dolor cuando sus pies fríos y entumecidos después de horas cabalgando tocaron el suelo. Este se le antojó más duro de lo normal. Se aproximó a la puerta, se llevó una mano al pomo de la espada, esperó y escuchó. No oía nada salvo los gritos, y dio un respingo cuando, de pronto, oyó un estruendo parecido al de tambores hechos de troncos de árbol. Era un ruido profundo e incesante. Antes de que el brigante pudiera asomarse al interior, Ferox le apartó a un lado, con la espada desenvainada y el rostro tan pleno de furor frío que el explorador titubeó antes de seguirle.

Los tambores retumbaban en sus oídos. El pasillo era largo, había puertas a derecha e izquierda. Una de ellas estaba ligeramente abierta, y había luz. Ferox se quitó la capa y se la enrolló al brazo izquierdo a modo de primitivo escudo. Tenía la espada alzada, lista para lanzar una estocada, mientras luchaba contra una desesperación que le decía que había fracasado, y eso le hizo sentir el impulso de cargar y destrozar a espadas a quienquiera que se

encontrara. Intentó respirar profundamente y pensar, pero era difícil. Habían fracasado, los tambores seguían tronando con su cadencia incesante. Entonces olió a sangre y la ira se apoderó de él. Le dio una patada a la puerta y gritó al irrumpir en la estancia. El olor a sangre y a carne despiezada era abrumador.

Había sangre por todas partes, charcos negros que teñían el suelo de tierra. Había tal cantidad de sangre y había fluido con tal rapidez que el suelo había sido incapaz de absorberla. Vio a un hombre tendido de espaldas, pero poca de aquella sangre era suya, porque había muerto de una herida limpia que había recibido bajo las costillas y directa al corazón. Quienquiera que se la hubiera hecho tenía experiencia, pero en el resto de los cuerpos no había ni rastro de habilidad. Ferox supuso que allí había habido tres perros, de esos que el prefecto tanto apreciaba, pero era difícil estar seguro, porque quien fuera que hubiera entrado allí los había hecho pedazos. Había cabezas, patas, miembros, trozos de hueso y de carne. Parecía el puesto de un carnicero con todo el género desperdigado. Entre aquel amasijo había fragmentos de ropas, no cabía duda de que los perros habían luchado con furia, pero se habían enfrentado a hombres crueles y desquiciados que blandían hojas afiladas. Era como si un grupo de niños hubiese hecho trizas sus juguetes.

Ferox se calmó, y el hecho de que los tambores callaran entre toques de tubas le ayudó a hacerlo. Dedujo que el cuerpo era el de un esclavo al que habían sorprendido, pero la masacre de los perros enloquecidos tuvo que producir tal estruendo que era seguro que hubieran alertado al resto de la casa.

Vindex entró en la estancia y silbó consternado. Amaba a los perros. Ferox pasó junto a él, calmado, y le hizo un gesto al explorador para que le siguiera. La mayoría de las puertas a ambos lados del pasillo estaban atrancadas, y las que no lo estaban llevaban a habitaciones de almacenaje de trigo, ánforas y barriles, todo ello cuidadosamente ordenado. Cuando doblaron la esquina llegaron a las dependencias en las que vivían esclavos y libertos. Los suelos estaban cubiertos con esteras de paja y juncos, al igual que los barracones de los soldados. Vieron otro cadáver, con las tripas abiertas y varios tajos en la cabeza. Había marcas de espada en la pared enyesada, detrás del cuerpo del esclavo.

Más adelante estaba la parte inferior de las escaleras de madera que llevaban a la segunda planta. Ferox tenía la sensación de que los atacantes

habían subido por allí, y eso le hizo preguntarse si debía seguir sus pasos o si el brigante y él debían separarse. Entonces recordó a Sulpicia Lepidina cuando le dijo que prefería las estancias del piso superior porque eran más espaciosas. Ella habría estado allí, con los niños, y fuera lo que fuese que hubiese ocurrido, debía verlo porque era culpa suya, porque les había fallado al no volver a tiempo.

El centurión se dirigió a toda velocidad a los pies de la escalera, se volvió y miró hacia arriba, con el brazo listo para detener cualquier ataque, pero no había nadie esperando en lo alto. Empezó a subir. Cada uno de los peldaños crujía bajo su peso cuando daba un paso, un ruido que a Ferox se le antojaba tan estruendoso como un portazo. Se preguntó si habría alguien esperándolo, alguien con el brazo preparado para arrojar una lanza en cuanto apareciese en lo alto de las escaleras. Deseó haber llevado puesto el casco en vez del sombrero de ala ancha, que hacía que fuera difícil mirar hacia arriba, hacia el lugar en el que el techo se abría y daba al piso superior.

Ferox subió otro peldaño. Los tambores volvieron a tronar, o quizá fueran los latidos de su corazón. Por primera vez uno de sus pasos no hizo ruido, así que apoyó todo su peso en el peldaño. No pudo ver los pies de nadie al borde del hueco de las escaleras, pero, a decir verdad, el mejor lugar para esperarle sería a su espalda. Allí era donde él se colocaría, y sería fácil matar a cualquiera que subiera las escaleras sin darle oportunidad a reaccionar.

El centurión estaba casi en lo alto. Giró la cabeza a toda velocidad y vio *dos ojos* brillando en la oscuridad. Oyó un maullido y algo saltó a su lado, un pelaje suave que le rozó la cara. El gato bajó las escaleras como un rayo, seguido de un segundo felino. Espiró. El pasillo estaba vacío. Había luz a la vuelta de la esquina, frente a él, así que fue en esa dirección después de hacerle un gesto a Vindex para que le siguiera. Los tambores seguían sonando con estruendo, y de vez en cuando, se oían las tubas, y los hombres gritaban y lanzaban vítores. Se acercó con cautela a la esquina. El suelo chirriaba solo un poco menos que las escaleras.

Ferox dobló la esquina a toda prisa con el brazo izquierdo por delante, y vio el destello de una hoja. Apartó la estocada con el brazo y sintió un desgarró en la capa. El bárbaro aulló como un demente; era un hombre alto, con la cara surcada de arrugas, barbas grises y restos de sangre en las

mejillas. El centurión logró recuperar el equilibrio, y estaba a punto de lanzar una estocada contra el rostro del hombre cuando este le vio y sonrió.

—Tú —dijo.

—Centurión —dijo Longino al tiempo que alzaba la mano izquierda para saludar.

El bátavo esbozó una mueca de dolor y volvió a llevarse la mano al costado. Ferox comprobó que tenía un amplio desgarró en la cota de malla y los dedos manchados de sangre.

—Me hago viejo —dijo el veterano tuerto, y se apoyó contra la pared, pintada con bellas escenas porque era allí donde vivía la familia.

—Esos dos ya no se harán más viejos —dijo Vindex, que acababa de doblar la esquina, mientras señalaba a los dos cuerpos tendidos en el suelo.

Ambos vestían atuendo militar: uno llevaba armadura de escamas y el otro, cota de malla, aunque no portaban casco.

—Creo que son legionarios —dijo Longino—, o al menos iban vestidos como tales. Aquel lleva un Capricornio en la fíbula.

—¿Dónde están Sulpicia y su familia?

Longino sonrió, y tuvo que lamentarlo al instante, porque ello le produjo un espasmo de dolor.

—A salvo —dijo—. Al menos hasta donde yo sé. Tengo al resto de la gente de la casa aquí, encerrados por dentro. Los más pequeños están en los *principia*, jugando al escondite con un buen par de muchachos que los protegen. El prefecto está fuera, es su labor esta noche, y hay un puñado de hombres de confianza con él todo el tiempo. Es difícil hacer gran cosa ahí fuera con tanta gente yendo y viniendo. Puede que los chicos estén borrachos, pero aún pueden luchar.

—¿Y ella?

Longino le dedicó una extraña mirada.

—A salvo. En el lugar más seguro que podía pensar.

—¿Hay más de ellos por ahí? —preguntó Vindex.

—Algunos debe de haber. Oí a los perros, vi la puerta forzada y vine aquí. Por suerte, di con esta estancia antes que ellos. Privato reconoció mi nombre. Buen chico ese: hizo lo que le dije y se los llevó a todos, salvo a uno o a dos, a un lugar seguro. Entonces apareció esta pareja, y me llevó un rato

despacharlos. Había un tercero, pero entonces alguien dio un grito en el piso de abajo y salió corriendo. Oí un chillido, así que supongo que uno de los esclavos tuvo la mala suerte de toparse con ellos, pero se fueron. Pensé que sería mejor esperar aquí por si acaso. A decir verdad, no me apetecía mucho correr. —El viejo soldado se dejó caer de nalgas con la espalda contra la pared.

Vindex se inclinó para ayudarlo.

—He sufrido heridas peores —dijo Longino—. Y sigo aquí, aunque no sé si se trata de una bendición o de una maldición. —Rio hasta que empezó a toser, lo que debió de causarle más dolor, porque siseó y se quedó muy quieto—. *Omnes ad stercus*.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Ferox.

—La carta de Crispino. Cerialis no le prestó mucha atención, pero ella me lo dijo y yo hice lo posible por protegerlos. Se lo debo, por mucho que su padre fuera un cabrón. —Con mucho esfuerzo ahogó una risa—. Somos bátavos. Si no nos cuidamos entre nosotros, ¿quién lo hará? Y ella es especial; conocí a su abuelo, y también estoy en deuda con él, así que... Quisieran a quien quisieran, iban a acabar dando conmigo.

—Eres él, ¿verdad? —dijo Ferox, preguntándose por qué le había llevado tanto tiempo darse cuenta—. Siempre se dijo que había sobrevivido, que se escondía en el ejército, en algún lugar.

—Todos somos alguien. —El único ojo le observó fijamente—. Tú también. ¿Acaso importa lo que fuimos?

Alguien gritó desde el interior de la habitación pidiendo saber qué ocurría, pero Ferox los ignoró. ¿Qué importaba? Si Julio Civilis, antiguo prefecto, antiguo ecuestre y líder de la revuelta báltava, era ahora Longino, un simple jinete de la cohorte en Vindolanda, ¿qué importaba?

—No, no importa nada —dijo, y entonces le asaltó un pensamiento—. Tengo entendido que Civilis era de sangre real.

—Así que lo has deducido, ¿eh? —Señaló a uno de los cadáveres—. Primero vinieron dos a por mí. Casi me sentí ofendido por que solo fueran dos, pero soy un viejo. Ya no molestarán más, pero lograron entretenerme y recibí este arañazo.

—Si esto es un arañazo, padre —intervino Vindex—, no me gustaría saber

a qué le llamas un tajo de verdad.

—¿Por qué no has venido con alguno de tus hombres?

—No puedo confiar en que se mantengan sobrios esta noche y en que cumplan su deber. Todos hacían falta en algún sitio.

—¿Dónde está ella?

—En casa de Flora. Allí estará más segura que en cualquier otro sitio.

Ferox se echó a reír, y se vio incapaz de parar; no tardó en apoyarse contra la pared para mantenerse en pie.

—Me alegra ver cómo te diviertes —le dijo Vindex.

Al fin el centurión se recuperó.

—Cuida de él —le dijo al brigante—. Y haz que den la alarma por si aún podemos capturar a alguno.

El viejo miró a Ferox con desdén, y el centurión supo que tenía razón, pero había que intentarlo.

—Voy a asegurarme de que el prefecto y su esposa están a salvo.

—Sí, ambos, por supuesto —dijo Longino.

Helada seguía fuera, y Ferox montó a lomos de la yegua gris y no fue delicado al espolearla. El animal se resistió un instante, pero entonces emprendió un trote desgarbado que pronto se volvió menos brusco. Siguió el camino, y no tardó en alcanzar la cola de la procesión de efigies. Los hombres gruñeron cuando se abrió paso entre ellos para llegar a las puertas. No se detuvo. El aire estaba repleto de humo y del olor a carne asada. Ignoró lo uno y lo otro y azuzó a su montura hacia el extremo de las *canabae*, obligando a la gente a apartarse de su camino. Oyó gritos y maldiciones a su espalda.

Solo aminoró la marcha en una ocasión, cuando vio a un anciano encorvado, con el cabello largo y blanco, que apareció por uno de los callejones que había entre las casas. Tiró de las riendas para hacer girar a su montura, pero el mendigo alzó la cabeza. Era menos flaco, más menudo y tenía parte de la cara desfigurada por alguna quemadura. No era Acco, o el gran druida, o como quiera que se hiciese llamar ese hombre. No le prestó mayor atención. El mendigo se quedó mirando una de las figuras de paja con forma de vaca, volcada y abandonada en un lado del camino.

Se dirigió a la gran casa de piedra que quedaba más allá del asentamiento. Había más centinelas de lo habitual en la puerta, y, para su sorpresa, oyó a

Flora alzar la voz cuando se acercó.

—Dejad que pase.

Parecía preocupada, pero le guio por los pasillos.

—No hay mucha faena esta noche —dijo la mujer—. Para los bátavos hacerlo esta noche del año trae mala suerte. Se arriesgan a que los demonios o los espíritus malignos se les metan en el cuerpo. —La propietaria del burdel lo explicó como si fuera evidente, algo que necesitaba saber en su línea de negocio, y para lo que no hacía falta mayor explicación—. Hay un par de esos otros arriba, tungros, pero abajo no hay nadie.

Ferox supuso que Flora estaba intentando explicar que los centinelas estaban ahí por otra razón. Quería que supiera que lo entendía todo. La experiencia le decía que a esa mujer se le escapaban pocas cosas, así que recorrió el pasillo hacia el lugar que le indicaba: sus baños.

—A ti también te vendrá bien algo de aseo —dijo al tiempo que le cogía de la manga y esbozaba una mueca de asco—. Vamos. No pasa nada.

Flora sonrió. Parecía más envejecida de lo habitual, y casi desprendía cariño maternal.

Ferox empezó a sudar en cuanto entró en la estancia, ya que, aunque no hiciera un calor extremo en los baños, había tal cantidad de vapor en el aire que, por un momento, no logró identificar las pinturas eróticas en paredes y techos. Ferox parpadeó, oyó el leve rumor del agua y una voz aún más tenue.

—Qué noche más extraña.

Sulpicia Lepidina, *clarissima femina*, hija de un cónsul y esposa del comandante de la guarnición, flotaba boca arriba y movía los brazos de vez en cuando para desplazarse por el agua. La superficie titilaba a la luz de las lámparas ubicadas en pedestales o en braseros de bronce enganchados a la pared. Tenía la piel pálida y los miembros largos y delgados. Tan solo una banda de paño rojo le cubría los pechos y otra, de color idéntico, las nalgas y el sexo, esta última, de forma triangular, la tenía atada a los lados con unas correas. Una vez, durante los meses que pasó en Roma, Ferox había ido con un grupo de compañeros a Neápolis y al mar, y había visto a mujeres vestidas así en la playa. Le sorprendía el modo en que los romanos habían desarrollado un modo de cubrir la modestia de las mujeres de manera que parecían estar aún más desnudas que cuando estaban desnudas.

—Tienes pinta de que te vendría bien un baño —dijo ella.

En su voz no había ni rastro de reprobación u hostilidad. Ferox ya se había llevado la mano al hombro izquierdo para desabrocharse la correa de la cota de malla.

—¿Te he dicho ya que mi familia tiene tierras en Bergomum? Las gentes de ese lugar llevan siglos siendo romanos, pero, en gran medida, su corazón sigue siendo cenómano. Celebran el Samhain, y cuando éramos pequeños solíamos escaparnos para verlo. Una de mis cuidadoras me contó que en esa noche los muertos caminan entre nosotros y que no hay magia en el mundo que pueda evitarlo, o que pueda ejercer influencia sobre las leyes de la naturaleza.

Sulpicia Lepidina se dio la vuelta y nadó hasta el extremo opuesto de la piscina. Su piel era delicada, perfecta y muy pálida.

—Una noche sin reglas ni leyes —dijo sentada en la repisa que servía de escalón al tiempo que estiraba sus largos brazos para reposarlos en el borde de la piscina—. Una noche como ninguna otra.

Ferox sabía que una de las pinturas representaba a Pan saliendo a la carrera de una arboleda para perseguir a unas ninfas desnudas. Ante tal belleza se sentía tan torpe y feo como el dios con cornamenta y patas de macho cabrío. Su armadura se le antojó aún más incómoda que de costumbre; manoseó las correas, pero, al final, optó por quitársela por la cabeza y empezar a desabrocharse el jubón acolchado que llevaba debajo.

—Señor —dijo, ya que Sulpicia había callado, y eso le hizo pensar que debía decir algo, aunque no encontró palabras, y tardó un rato en hablar de nuevo—. Señora, me alegro de encontrarte a salvo.

—Parece que, una vez más, te debo mi agradecimiento.

Lepidina no sonrió, y a Ferox le costó juzgar su estado de ánimo. No había huido, como las ninfas ante Pan, y tampoco se había encolerizado ni le había perseguido como hubiera hecho Diana, pero seguía pareciendo una lejana visión, como un sueño en una mente que apenas se hubiera despertado. Ferox ya se había quitado el jubón, y le costó mucho menos deshacerse de la túnica. Se sentó en uno de los bancos de madera, junto a la pared, para quitarse las botas y los calcetines. Sulpicia Lepidina le observaba sin pestañear.

—Estoy muy agradecida.

—Longino ha hecho más —dijo él haciendo hincapié en el nombre.

—Ah, Longino. —Le dio peso a la palabra y sonrió, dando a entender que conocía su secreto—. Es un hombre admirable. Todos los bátavos están dispuestos a dar la vida por él, incluso mi marido, creo, y él no es alguien que se sacrifique por los demás. Me dice que es todo un honor que me hayan hecho partícipe de ello. Es la señal más clara de que la cohorte me acepta —dijo como si estuviera un tanto confundida en aquel mundo extraño—. Pero lo cierto es que conocía a mi familia, y que hay favores y amistades que se remontan en el tiempo.

Ferox pensó una vez más lo cierto que resultaba aquello. La gente prominente solía conocerse entre ellos y tenían amigos mutuos incluso en los puntos más apartados del Imperio. También pensó que sus pies eran la cosa más horrenda que hubiera visto nunca, y se sintió aún más avergonzado e insignificante. Ella era como una estatua que hubiera cobrado una vida áurea, incluso ahora que su cabello estaba oscuro y apelmazado por efecto del agua.

El centurión se incorporó. Aún tenía puestos los pantalones.

—Si te crees que vas a entrar aquí con esas cosas asquerosas, estás muy equivocado, Flavio Ferox. —El tono burlón fue leve, aunque firme—. Este es el mejor baño que me he dado desde que llegué, y dado que la decencia impide que visite un lupanar, pretendo aprovecharlo al máximo.

—¿Quieres que me vaya?

Sulpicia inclinó la cabeza ligeramente a un lado.

—¿De verdad eres tan necio?

Sus miradas se cruzaron y él empezó a desabrocharse el cinturón.

—Me da la sensación de estar teniendo un sueño inalcanzable —dijo—, y temo que un mal paso me pueda hacer despertar.

—Ya te lo he dicho: esta es una noche en la que las leyes y las reglas no existen.

Lepidina se impulsó para volver a la piscina y nadó hacia él. Le brillaban los ojos, aunque Ferox no hubiera podido decir si era debido al temor o a lo intenso del momento.

Ya sin ropa, Ferox corrió hacia la piscina y se zambulló. El agua salió despedida en todas direcciones y ella chilló.

—Eres un bárbaro, ¿no es así? —dijo, mientras con los dedos se retiraba el agua de los ojos—. Pero al menos así sabrás que estás despierto. El sueño

no tiene por qué echarse a perder.

Se acercó a ella. Era difícil nadar porque la piscina no era lo bastante profunda para él, pero hizo lo que pudo; los dedos de sus pies rozaban el fondo. Flotaron, ligeramente separados.

—Me hubiera gustado tener la oportunidad de afeitarme —dijo él.

Lepidina frunció el ceño.

—Y a mí me gustaría que esta noche durara, me gustaría no ser quien soy y poder hacer lo que me plazca. —Alargó la mano, le acarició la mejilla e hizo una mueca—. Raspa, y yo no soy de esas mujeres que se complacen con lo burdo y lo vulgar, pero ahora no importa. Creo que me amas.

El cambio de tema sorprendió a Ferox, tanto como la franqueza de sus palabras, así que se refugió en una vieja chanza.

—No puedo hacer nada para evitar lo que piensas.

—También creo que eres un hombre mejor de lo que finges ser —dijo—, y yo...

—No creo que sea momento de hablar —dijo él interrumpiéndola.

Se aproximó a ella, deslizó el brazo por su cintura y la acercó a él. Se hundieron y sus cabezas casi se sumergieron por completo en el agua, entonces volvieron a emerger y él la besó. Las piernas de la mujer se enredaron en él y le abrazaron con fuerza. Volvieron a perder el equilibrio, pero no importaba, porque se tenían el uno al otro y todo lo que necesitaban era abrazarse.

Más tarde Flora le llevó a su habitación más opulenta. Era el Samhain, la dama estaba a salvo y las leyes y las reglas no tenían vigencia esa noche.

XXIV

Sulpicia Lepidina estaba acostada de lado, con la cabeza sobre un cojín, observándole.

—Ha salido el sol —dijo con tristeza—. Supongo que ya no es Samhain, y que el mundo pronto volverá a ser lo que era.

Para ser exactos, la festividad duraba hasta el anochecer, así que aún era Samhain, pero las horas de luz se dedicaban a aplacar a los espíritus que habían recorrido la tierra la noche anterior, y a convencerlos de volver al inframundo para que no atormentasen el mundo de los vivos. Se encendían más hogueras y se hacían más sacrificios y más bailes, pero las celebraciones no eran tan frenéticas y el ambiente era siempre diferente, poco mejor que el estado de ánimo de los cientos de bátavos resacosos que tenían que empezar a limpiar los escombros de una noche de excesos.

Ferox alargó la mano para tocarle el cabello. Por un instante Lepidina esbozó una cálida sonrisa, aunque había algo quebradizo en ella a la luz pálida que penetraba en la estancia por las grietas de la contraventana.

—Me alegra tener buena memoria —dijo—. Este recuerdo me ayudará en los días que vienen.

La dama le tomó la mano y le besó los dedos.

—Me alegra que estés a salvo —dijo él—. Anoche yo estaba... —No acabó la frase: ella se inclinó hacia delante y él la atrajo hacia sí. Se besaron un instante, y habría ocurrido más si ella no se hubiese apartado.

—Eres un buen amigo —dijo—. Alguien en quien puedo confiar.

—Lo he sido desde el principio —dijo Ferox. Quería creerla, a pesar de

que su instinto le dijera que ninguna dama se fijaría en un simple centurión si no le necesitara para algún oscuro propósito—. Si lo único que querías era un amigo, no hacía falta todo lo de anoche.

Lepidina se incorporó. Las sábanas se deslizaron y se quedó desnuda hasta la cintura. Su rostro se convirtió en una máscara, salvo por la ira que desprendían sus ojos.

—¿Qué quieres de mí en realidad, señora? No soy nada, y te has abalanzado sobre mí desde el principio.

—¡Bastardo! —dijo ella entre dientes—. Debo de ser muy necia para preocuparme por esto.

—Pues sí, lo eres. Yo no merezco la pena.

La bofetada le cogió por sorpresa. La dama lanzó su derecha y le cruzó la cara con la fuerza suficiente como para que le escociera.

—¡Bastardo! —dijo de nuevo, pero sus ojos se tornaron vidriosos, y Ferox seguía sin saber qué pensar.

Alguien llamó a la puerta antes de que esta se abriera. Y apareció Flora para informar de que el carruaje y la escolta estaban de camino para recoger a Sulpicia. Azuzó a Ferox para que saliera de allí, y el centurión supo que no había nada que decir, aunque deseara que lo hubiera. Dejaron que Sulpicia Lepidina se vistiera —su sirvienta apareció: debía de haber pasado la noche en el lugar—. Desde la estancia contigua Ferox oyó a Flora decirles a los soldados que la esposa del prefecto estaría con ellos en breve e informó al decurión al cargo que Flavio Ferox había hecho guardia a la puerta de la dama toda la noche, por lo que hacía un instante que le había dicho que se acostara. La mentira sirvió para ahondar la sensación de irrealidad, y, efectivamente, todo empezaba ya a parecer un sueño salvo por el persistente sabor de sus labios y el olor de su pelo.

Se quedó en casa de Flora una hora, por bien de las formas y para darle credibilidad a la historia que había contado la dueña del burdel. Una de sus chicas era buena barbera y le afeitó; fue extraño tener a una bella mujercita, vestida con lo justo, manoseándole y no sentir más que una ligera excitación. Hacía años que no se sentía así, y aunque cualquier amor fuera inútil, incluso peligroso, sintió que un nuevo soplo de vida se había alojado en él, y a pesar de sus dudas y sospechas, fue incapaz de mantenerlo a raya. Había felicidad en

el mundo, incluso para él, incluso cerca del fin del mundo. Quizá fuera fugaz, quizá ya solo formara parte del pasado, y puede que estuviera recorriendo un camino peligroso, pero tenía el recuerdo, y eso le daría calor. Más aún, una ligera esperanza de felicidad estaba creciendo en su interior, y cuando se miró en los espejos de cobre que cubrían una de las paredes, comprobó que estaba sonriendo.

Flora le hizo entrega de una túnica limpia, de pantalones y calcetines, para que estuviera más presentable cuando volviese al fuerte y se presentara en los *principia*. Hizo un esfuerzo por recuperar su habitual expresión impassible, pero sospechaba que caminaba con una vivacidad que reflejaba su estado de ánimo. Ver a los bátavos, pálidos y al borde de la náusea, haciendo guardia ante la puerta principal, le levantó aún más el ánimo. Podía imaginar cómo se sentían, pero la empatía combatió contra el regocijo y perdió. Otros reaccionaban de forma parecida. Una partida de tungros abandonó el fuerte en tarea de patrulla, marchando con más estruendo del necesario, mientras su comandante gritó con todas sus fuerzas su petición de permiso de abandonar la base.

—Así que te has levantado.

Vindex apareció cuando se aproximaba a la gran arcada que llevaba a los *principia*. Miró al centurión de arriba abajo y se echó a reír.

—¿Qué pasa?

—Nada. —El brigante calló, aunque, de vez en cuando, soltaba una risilla. Entonces se detuvo y cogió al centurión de los hombros—. Me alegro de verte de nuevo.

—Ya.

A Ferox no le apetecía hablar, pero el explorador hizo caso omiso de su aparente deseo y le empezó a contar lo ocurrido. Tres esclavos y un liberto habían sido hallados muertos en el pretorio, así como un centinela en la puerta oeste. Otro soldado había sido herido, como Longino, que se encontraba mejor.

—El viejo es un tipo duro —dijo Vindex, y entonces le dijo que todo el mundo estaba a salvo—. El prefecto tiene un moratón en la mejilla del tamaño de una manzana, de cuando se cayó. Los hombres de Longino le llevaron a los barracones y estuvieron haciendo guardia toda la noche.

—¿Le atacaron?

—No, la cerveza.

—Han desaparecido un par de esclavas, pero el muchacho ese, Privato, cree que han pasado la noche con unos soldados, así que ahora deben de estar borrachas o incapaces de tenerse en pie.

Estuvo intentando recordar un asunto que le preocupaba, y solo cuando pasaron por el patio recordó que Flora le había dicho que los bátavos solían abstenerse de estar con mujeres durante las festividades. Puede que las esclavas estuvieran demasiado borrachas como para volver a casa.

Los informes matinales resultaron ser bastante más apagados que de costumbre, con menos pisotones y menos griterío. Flavio Cerialis estaba sentado a la mesa, con la barbilla descansando sobre las manos, y salvo por el moratón de la mejilla, su rostro lucía un color verdoso. Tenía los ojos vidriosos e inyectados en sangre. Sus sirvientes habían hecho lo posible por adecentarle, pero tenía las botas y los pantalones manchados. Ferox se preguntaba si habían traído directamente al comandante de los barracones al pretorio. De todos los hombres reunidos, era él quien más cercano parecía estar de la muerte. Varios soldados corrientes acudieron immaculados, como cualquier otro día, aunque Ferox estaba convencido de que tenían una resaca pareja a la de cualquiera. Había conocido a muchos soldados así, hombres que podían pasar toda la noche bebiendo y sin dormir y que, sin embargo, parecían dispuestos para desfilar ante el mismísimo *princeps*. ¿Cómo era el viejo dicho? «Tripas de hierro, cabeza de hierro, corazón de hierro». Ferox quiso sonreír al pensarlo. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la cara impassible.

Las malas noticias fueron llegando de forma paulatina, y fue como si el enemigo socavara el terraplén de su buen humor. Un *optio* de los tungros fue el primero en aparecer: entró marchando con estruendo en la estancia y solicitando a gritos entregar un importante mensaje. Cerialis puso mala cara, como si el cielo se hubiera desplomado sobre su cabeza. Hizo amago de hablar, pero se contentó con hacer un gesto de la mano para dar permiso.

—El centurión Pudens lamenta informar de que uno de los integrantes de la Cohors I Tungrorum está desaparecido.

Cerialis esbozó una leve sonrisa y tosió para aclararse la garganta.

—Me atrevo a decir que cincuenta o sesenta de mis hombres están desaparecidos en este momento.

El *optio* no sonrió. Habían encontrado a dos soldados muertos, y sus cuerpos habían sido dejados en un taller. Tres soldados estaban desaparecidos.

—Nos tememos que hayan podido trepar por la muralla.

—¿Desertores? —Fue la brusca respuesta de Cerialis, que no reparó en la vergüenza del joven oficial—. Supongo que sabréis quiénes son.

—Sí, señor. Todos son del nuevo reemplazo que llegó en primavera. —El *optio* se percató del gesto inquisitivo de Cerialis—. Sí, señor, eran todos britanos.

Cerialis asintió.

—Como viene siendo habitual.

—Eso me temo, señor. Y el centinela herido en las puertas dice que fueron atacados por la espalda por hombres con atuendo militar. No eran hombres que conociera, pero sí dice que uno de ellos pertenecía a la cohorte. Entonces media docena de hombres con pantalones y túnicas emergieron de las sombras. Al oírles hablar, pensó que eran brigantes. —Hubo un murmullo al oír esto último—. Britanos, de eso no cabe duda.

—¡Señor! ¡Señor!

El grito llegó desde el patio. Otras voces respondían airadas, pero el hombre no dejaba de insistir.

—¡Señor! ¡Debo hablar contigo!

Cerialis le hizo un gesto a uno de los soldados.

—Traedle.

Era Privato, el encargado de su casa. Por vez primera el hombre no hizo gala de su habitual calma impasible. Pasó corriendo ante los soldados y se inclinó ante su señor para susurrarle algo al oído.

—No tiene costumbre de levantarse pronto —dijo Cerialis con el ceño fruncido. Privato volvió a susurrar, y, aunque hablase algo más alto y con más vehemencia, Ferox no pudo entender lo que decía.

—No la vi anoche —dijo el prefecto. Su rostro recorrió las caras de los presentes como si estos pudieran darle una explicación—. No soporta bien la bebida, es probable que esté durmiendo la resaca.

—Se ha ido, señor. Fortunata no aparece por ningún lado. —Privato debió de decidir que necesitaba hablar en alto si quería hacerse oír—. Deberías ver sus dependencias. Su esclava está muerta.

—Estamos jodidos —murmuró Vindex en voz baja, pero lo que a Ferox le preocupó fue que el prefecto se dirigiera a él.

—Apreciaría tu compañía, centurión.

Cerialis dijo poco de camino a su casa, y solo en una ocasión habló con cierta congoja en la voz.

—¿Sabías que han masacrado a tres de mis perros? Esos cabrones les hicieron pedazos.

Privato los llevó por el acceso del ala izquierda de la casa, donde las habitaciones estaban mejor decoradas y amuebladas. A la esposa de Vegetio se le había entregado una habitación en el piso de abajo, lejos de la familia. Sulpicia Lepidina esperaba a la puerta, ataviada con el immaculado vestido de color azul pálido que tanto le gustaba. Había sombra en el pasillo porque el sol aún no había ascendido lo suficiente como para alcanzar el patio interior al que corría paralelo, y, sin embargo, la mujer resplandecía. Tiempo atrás Ferox había servido con otro centurión devoto de Isis, y este le había contado que la diosa se le aparecía en visiones, que era una estatua perfecta de oro y marfil, y, por primera vez, comprendió algo de la extática descripción de aquel hombre. Contemplar tal esplendor era tan fascinante como aterrador. Mezclarse con dioses rara vez beneficiaba a los meros mortales.

—Señor —le dijo ella a su marido.

—Señora —repuso él inclinando la cabeza—. Me alegro de verte a salvo.

Le hizo una carantoña en la mejilla, aunque sin rastro de calidez. Y, sin embargo, hubo aún menos afecto en el saludo brusco y formal que Lepidina le dedicó al centurión.

—Buenos días, querido Ferox. Espero que estés bien.

—Señora —repuso él—. Eres muy amable.

Ferox buscó alguna señal que le dijera que o bien le odiaba o bien confiaba en él, pero no hubo ninguna, tan solo estaba la noble dama romana, y abnegada esposa, caminando junto a su marido.

Cerialis vaciló ante la puerta, respiró profundamente y luego entró. Antes de que Ferox pudiera seguirle, Lepidina fue tras él.

—Mi señora —dijo—, probablemente sea mejor que te quedes fuera.

Lepidina se volvió, desprendiendo pompa y dignidad aristocráticas.

—Centurión, agradezco tu interés por mi bienestar, pero esta es mi casa y no soy uno de tus soldados. No puedes darme órdenes cuando te viene en gana.

Privato estaba tras ella, y Ferox le vio asentir de modo aprobatorio. Lo que el liberto no pudo ver fue el guiño de su señora. Confiaba en que fuera una señal de perdón. El guiño volvió a traerle una marea de recuerdos de la noche anterior. Ferox sabía que su suspicacia y escepticismo habituales no eran suficientes cuando estaba cerca de esa mujer, porque había algo en ella que le abrumaba. Cuando entró tras ella en la estancia, le miró los hombros, la piel blanca y suave apenas cubierta por el delicado atuendo. Quería desabrocharle las fíbulas que lo mantenían en su sitio y verlo caer al suelo. Como si pudiera leerle la mente, la dama se volvió y le dedicó una gélida mirada.

El hedor de la habitación le devolvió al instante a la cruda realidad. Percibió el típico olor matutino a dormitorio justo antes de que los esclavos entraran a retirar la bacinilla en la que el ocupante hacía sus necesidades por la noche. Olía a cuerpo humano, a sudor, aunque al tratarse de una mujer no era tan intenso. El olor a humedad y moho, tan típico de Vindolanda, más aún en los pisos a ras de suelo del pretorio, persistió en el ambiente incluso cuando Privato cogió una pértiga y abrió las contraventanas altas para que entrara la luz del día en la estancia.

Por encima del resto destacaba el olor a muerte. No se trataba de la violenta peste a carnicería de perros desmembrados, sino una especie de nube sutil e insidiosa que se colaba por los orificios nasales y se pegaba a la garganta. La muchacha estaba en la cama, y ahora que las contraventanas estaban abiertas y había más luz, Ferox pudo comprobar que lo que en un principio había creído que era un collar era en realidad un corte en torno al cuello. Alguien la había cubierto de mantas, de modo que parecía que seguía durmiendo.

—Es la criada —les dijo Privato—. Se llamaba Artemis, y era un poco tonta, pero era trabajadora y leal.

Cerialis suspiró.

—Organizaré una partida de búsqueda. Ferox, ¿te importaría echar un vistazo e intentar dilucidar lo que ha ocurrido?

—Por supuesto, señor.

Algo que Ferox sabía que había ocurrido era que había fracasado. Había salvado a la áurea mujer que ahora estaba con ellos, pero el precio había sido la muerte de aquella desgraciada y probablemente la de su ama.

—Me quedaré a ayudar. —Cerialis se mostró sorprendido ante la propuesta de su esposa—. Por si el centurión necesita hacer preguntas sobre la casa —explicó.

El prefecto se quedó mirándola un instante, y Ferox fue incapaz de saber lo que estaba pensando. Entonces Cerialis asintió levemente.

—Me parece apropiado.

Cuando se hubo ido, Ferox se acercó a la enorme cama de madera con dosel.

—Es un mueble horrible —le dijo Lepidina—. Lo dejaron aquí el comandante anterior y su familia, y, sin duda, todos los sucesores del idiota que la compró.

La muchacha era joven, debía de rondar los catorce o los quince años, y tenía un rostro corriente. Su cabello era de color castaño oscuro y fino, sus ojos, abiertos, eran pequeños y grises. Privada de sangre, tenía la piel blanca, pero los labios oscuros y moteados. Unas manchas en la cama daban a entender que había babeado. Ferox se inclinó y olfateó el cuerpo y, al hacerlo, su bota pisó algo haciéndolo crujir. Era una rama de muérdago, que también olisqueó. Percibió el rastro de algunas sustancias. Supuso que una de ellas era belladona, y eso significaba que alguien había obligado a la pobre chiquilla a tragárselo.

El centurión retiró las mantas y afeó la cara ante el olor a excrementos. El cuerpo estaba desnudo, salvo por un brazalete de piedras baratas. No había ni rastro de otras heridas. Alguien la había drogado, la había metido en la cama y luego le había rebanado el cuello. No había estado muerta cuando lo hicieron, así que había sangrado por el corte y se lo había hecho todo encima.

Sulpicia Lepidina se cubrió los ojos y murmuró algo que bien podía ser una oración.

—No deberías estar aquí, señora —dijo Ferox.

Lepidina le miró fijamente, firme y orgullosa.

—Esta es mi casa. Debo saber todo lo que ocurre en ella. Todo. Privato.

—Señora.

—Ve a averiguar quién vio a la niña y a nuestra invitada anoche. Tendremos que hablar con ellos.

—Sí, señora.

El liberto se fue y Lepidina empezó a mirar las ropas y las cajas que había en una mesa, en una de las esquinas de la habitación. Ferox se preguntaba si debía hablar con ella de lo ocurrido, pero no lograba dar con las palabras adecuadas, así que continuó con lo que tenía entre manos.

Volvió a colocar las mantas sobre la chiquilla muerta y le cerró los ojos. Era lo menos que podía hacer, aunque no le hizo sentir mejor. Intentó buscar pistas por la habitación. Había rayones en el suelo, en los tablones, y parecían recientes, lo que daba a entender que los habían provocado las botas con tachuelas de algún soldado, aunque también podían deberse a alguna visita reciente a su amante por parte del prefecto. Más cerca de la ventana los tablones estaban húmedos por la humedad que se filtraba a través del suelo, y pudo ver una o dos huellas, difusas, pero que mostraban la presencia de al menos dos botas, una más pequeña que la otra.

—Mira esto —dijo Sulpicia Lepidina al tiempo que le entregaba una tablilla de cera.

Ferox la cogió, y vio que los ojos de Lepidina se llenaban de lágrimas. Debía de haberla aferrado con fuerza, porque sus pulgares habían dejado su impronta en la cera que cubría la delgada lámina de madera, decorada con polvo de plata, a juzgar por el color y el tacto.

«Vegetio, esclavo y asistente de Montano, esclavo del augusto emperador y antiguo esclavo de Iucundo, ha comprado y recibido por mancipium a la mujer Fortunata, o cualquier otro nombre por la que se la conozca, de la tribu de los diablintes, de Albicano, por seiscientos denarios. Y que la mujer en cuestión se transmite en buen estado de salud, que se garantiza que no es dada a la fuga, pero que si alguien reclamase su propiedad o cualquier participación en ella...».

No se molestó en seguir leyendo. Había visto centenares de documentos

similares formalizando la compraventa de esclavos. En algún lugar debía de haber otro documento que certificara su manumisión. Hasta ese momento no había pensado en Vegetio, que también había dado el salto de esclavo a liberto.

—¿Crees que está muerta? —La pregunta era directa, y Ferox sabía que no se refería al cadáver de la cama.

—No hay forma de saberlo. Quizá demos con ella.

—Puedes olvidarte de mi confianza si me mientes de un modo así de burdo —dijo ella.

—No hay muchas esperanzas —admitió—. Puede que tengamos que darles caza.

—Y puede que algún día yo olvide que eres un cerdo además de ser un buen hombre. —Lepidina hizo un gesto con la mano cuando intentó hablar—. No me caía bien esa mujer. ¿Cómo me iba a caer bien? Los maridos tienen tendencia a ciertos desvíos, así es el mundo. No me lo tomo como algo personal. ¿Cómo iba a hacerlo después de lo de anoche? —Sonrió ligeramente—. Tampoco es que Fortunata hiciera nada para ganarme. No era más que una necia, una zorra que se insinuaba a todos los hombres..., a ti también si no recuerdo mal, durante la cena del mes pasado.

Aquello sí que fue una sorpresa, no creía que nadie se hubiese dado cuenta.

—No importa —dijo Lepidina con tristeza—. Era huésped de esta casa y eso es lo que importa. Unos asesinos han entrado en mi casa, han matado a esta chiquilla y han secuestrado a su ama. Puede que incluso la hayan matado.

Lepidina empezó a sollozar. Le temblaban los hombros. Ferox miró rápidamente a la puerta y sintió alivio al comprobar que Privato la había cerrado al irse, así que se acercó a ella y la abrazó. Ella apoyó la cabeza en su hombro, y él sintió que su cuerpo tiritaba. La apretó con una mano mientras con la otra le acariciaba el cabello.

—No es culpa tuya —dijo él—. No lo es.

Sulpicia alzó la cabeza y el centurión la besó en la mejilla para calmarla.

—No pasa nada, no es culpa tuya —repitió una y otra vez.

Ferox era incapaz de saber lo que aquella inteligente aristócrata quería, o lo que pensaba de él realmente, pero estaba en sus brazos en ese momento y

todo lo que quería era reconfortarla y hacerla reír de nuevo.

—No es culpa tuya, la culpa la tengo yo.

Lepidina le miró, perpleja y sin convicción.

—Debería haber pensado con más claridad. Te buscaban a ti, y todo lo que yo quería era salvarte. A tu marido también, porque ese es mi deber, pero no podía soportar la idea de que se te llevaran, de que...

—Mi marido me dijo lo que opinabas sobre el ataque a mi carreta —dijo ella—. Yo creía que solo querían mis joyas, pero puede que también quisieran este cuerpo envejecido.

Las lágrimas cesaron, y Lepidina intentó reírse de su propio y poco gracioso chiste.

—Entonces eres consciente de lo horrible que es todo —dijo Ferox—. Yo solo pensaba en detenerlos, y cuando llegué anoche y vi que habían asaltado el pretorio, todo lo que me importaba era que estuvieras a salvo. Era lo único que ocupaba mi mente.

Esta vez su sonrisa era algo más cálida.

—Diría que cuando me encontraste se te pasaron otras cosas por la cabeza.

—Sí, y mientras estuvimos... —Dejó la frase en suspenso cuando el sentimiento de culpa se apoderó de él—. Tendría que haber vuelto. Tendría que haber comprobado que todo estaba bien. No lo hice, y se han escapado.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Lepidina alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Mi labor es saberlo, y pensar. Mi misión es mantener la paz en esta región, y he fracasado. ¿No lo entiendes?

Ferox se sorprendió de lo mucho que le dolía todo aquello, de cómo le golpeaba en un orgullo que creía desvanecido hace tiempo.

Ella negó con la cabeza.

—Pensaron que te habían capturado. Es la única explicación. Esta es una habitación grande, y en ella encontraron a una mujer rica. Fueron enviados a secuestrar a la esposa del prefecto y se encontraron con una dama en una cama grande en esta casa. «Sangre de reina, sangre de rey». El hecho de que estuvieras a salvo no significaba que hubiera pasado el peligro.

Lepidina se separó de él, como si necesitara pensar con mayor claridad.

—A mi marido no le atacaron.

—A Longino sí. —Todo parecía muy sencillo—. Si sabían quién es, y esa es la sangre de rey que necesitaban, aunque el bátavo resultó ser demasiado peligroso para ellos. —Un pensamiento llevó a otro—. ¡Claro! ¡Qué cabrón!

—No te sigo.

—Flaco, o Civilis, o quien sea ese canalla. Sabía lo que estaba ocurriendo, te llevó a un lugar seguro, protegió a los niños y a tu marido y sacrificó al resto.

—Es un buen hombre, y le debemos mucho.

¿Y si ella también sabía lo que estaba ocurriendo? Lo que Ferox acababa de decir no pareció afectarla lo más mínimo. Ferox la miró a los ojos, pero no pudo leer nada en ellos.

—Ese buen hombre también hizo de Fortunata un señuelo —dijo—. Se aseguró de que Privato se olvidaba de ponerla a salvo, sabía que tu marido sería demasiado descuidado y que luego estaría demasiado borracho como para preocuparse. La usó a ella para salvarte a ti.

—Todo ha sido por mi culpa. —Volvió a llorar.

—No, por tu culpa no. Puede que yo hubiese hecho lo mismo si hubiese tenido la oportunidad —dijo con reticente admiración—. No fue culpa tuya, ni suya, sino mía: estaba tan obcecado contigo que anoche le fallé a todo el mundo.

Unos golpes a la puerta pusieron fin a la conversación. Hablaron con los esclavos, pero averiguaron poco más, y Ferox siguió convencido de que tenía razón. La búsqueda se alargó, y la otra sirvienta fue encontrada durmiendo profundamente y roncando en un cubículo vacío de uno de los establos. No había ni rastro de Fortunata.

—¿Cómo han podido sacarla de aquí sin que la guardia se diera cuenta? —preguntó Cerialis sin dirigirse a nadie en particular.

—Anoche era más fácil hacerlo que en cualquier otra noche —dijo Ferox—. Nadie vio una carreta, ni a nadie cargando con algo voluminoso en un saco, así que me inclino a pensar que la sacaron en una de las figuras de paja.

El prefecto se puso aún más pálido y envió a hombres a buscar entre los restos. Antes del amanecer todas las efigies eran quemadas como parte del ritual. Fue todo un alivio que los hombres volvieran diciendo que no había

indicios de que alguien hubiera muerto oculto dentro de las figuras de paja, pero entonces otra partida llegó diciendo que habían encontrado la gran efigie de una vaca volcada cerca de los lindes de las *canabae*. Ferox lo recordaba, y eso le hizo pensar que se habían escabullido mucho antes de lo que creía.

—Tengo que comprobar si han dejado algún rastro —les dijo, pero hubo muchos retrasos antes de que pudiera salir con Vindex y media docena de bátavos, los que parecían estar más sobrios.

Tuvieron que esperar para salir por la puerta principal a que un oficial y su escolta penetraran en el fuerte. Era Flaco, quien les dedicó un amistoso saludo al pasar.

El rastro era fácil de seguir. Llevaba hacia el oeste.

Vindex no estaba contento.

—Diez de mis muchachos estaban en el fuerte esperando a que volviésemos, tal y como ordenaste —dijo—. Ahora se les dice que no se vayan de Vindolanda hasta que sepamos algo más sobre el ataque. ¿Qué ocurre? ¿Acaso son prisioneros?

Ferox se había temido eso. Aún no le había hablado a nadie sobre la poción de muérdago y belladona o sobre la doble muerte infligida a la joven esclava. Se preguntaba por qué no habían añadido una tercera muerte por estrangulamiento para convertirlo en un sacrificio en toda regla, pero, claro, esa gente eran druidas y otras cosas, que invocaban a Isis y usaban la magia del este, así que no todo lo que hacían era según las viejas reglas.

—Estamos jodidos de verdad, ¿no es así? —le dijo Vindex cuando se lo contó.

Media hora antes llegaron al lugar al que, Ferox lo sabía, se dirigía el rastro. Al fin vieron las piedras erguidas, y entre la Madre y la Elija había una mujer.

—Cabrones —resolló Vindex cuando la vieron; su rabia fue creciendo a medida que se acercaban—. Cabrones, cabrones, cabrones.

Dos de los bátavos vomitaron entonces, y otro lo hizo poco después. Los soldados maldijeron, juraron y gritaron prometiendo una terrible venganza.

—Cabrones —volvió a decir Vindex.

Ferox no dijo nada. Había fracasado, era culpa suya. Pensar en que eso mismo era lo que le habrían hecho a Sulpicia Lepidina era coquetear con una

pesadilla que tampoco servía de consuelo. Él era quien había permitido que ocurriera aquello. El Samhain no había acabado aún, pero sentía que toda esperanza huía hacia el inframundo junto con el resto de los espíritus. Había fracasado. Esos cerdos estaban masacrando a gente en su territorio y él era incapaz de detenerlos. Se llevó la mano al pomo de la espada. Ardía en deseos de darle uso.

XXV

Por una vez los jinetes no se opusieron a cavar. Ferox cabalgó hasta la granja que había a media milla de distancia y pidió prestadas dos palas y un pico porque no habían traído utensilios consigo. La familia que vivía allí estaba nerviosa, y encantada de entregarle lo que fuera con tal de hacer que se marchase. Cuando volvió, todos los hombres se quitaron sus capas y envolvieron el cuerpo mutilado. Luego enterraron a Fortunata en una fosa profunda. Nadie debía ver esos restos. Recogieron piedras grises por la zona y las amontonaron sobre la tumba. Mientras tanto, un soldado encontró un tronco caído y talló el nombre de la fallecida en la madera. Cavaron otro hoyo y levantaron el monumento de madera a la cabeza de la fosa. Vegetio encontraría con facilidad el lugar de descanso de su esposa. Ferox confiaba en poder convencerle de que no desenterrara el cuerpo para su cremación. Era mejor que no supiera lo que le habían hecho.

Tardaron varias horas en llevarlo todo a cabo, y apenas se dijo una palabra. Se estaba poniendo el sol cuando volvieron a Vindolanda, y seguían sin hablar. Ferox intentó no imaginar los gritos de la liberta; estaba claro que habría estado inconsciente gran parte del tiempo.

En el fuerte había más ajeteo que cuando se fueron. Había partidas de trabajo por todas partes y ya quedaba poco rastro de las festividades nocturnas. Una larga caravana de carretas de bueyes y mulas estaba atravesando la puerta principal, así que buscaron un acceso alternativo yendo por las *canabae*. Los centinelas de la puerta oeste, la *porta principalis sinistra*, les dieron el alto, aceptaron la contraseña y les hicieron el saludo

reglamentario. Ferox tuvo la sensación de haber pillado a unos chiquillos haciendo alguna trastada, y ahora parecían querer compensarlo. Empezó a comprenderlo cuando vio a los centinelas que hacían guardia ante los *principia*. Veinte de ellos eran jinetes con armaduras de escamas bien pulidas y cascos con penacho. Sus escudos eran variopintos: ovalados, hexagonales y rectangulares, y lucían los emblemas de media docena de unidades. Todos llevaban capas de color azul oscuro, lo que significaba que se trataban de los *singulares* del gobernador, una guardia personal de jinetes escogidos, seleccionados de entre los mejores de las tropas de la provincia. Junto a ellos había un número similar de bátavos, quienes, a pesar de su estatura, no podían compararse en esplendor a los hombres del gobernador.

—Debes entrar de inmediato, señor —le dijo a Ferox el *optio* a cargo de los bátavos en cuanto se aproximó—. Órdenes del legado provincial —añadió; saltaba a la vista que estaba encantado de tener allí a tan ínclito visitante.

Cuando Ferox accedió a los *principia*, un soldado le llevó a la estancia que solía usarse de aula. Dentro estaban Cerialis, Rufino, Claudio Super y el tribuno Flaco, así como media docena de oficiales de alto rango a los que no conocía. Más sorprendente aún le resultó ver a quien ocupaba la silla del fondo.

—Me alegra que estés de vuelta —le susurró Crispino cuando Ferox tomó asiento en la silla de campaña que había a su lado.

—Y yo estoy sorprendido de verte, señor.

El joven aristócrata sonrió. Tenía el rostro sucio. La mugre se le había incrustado en las arrugas, lo que, sumado al cansancio, hacía que pareciera el doble de viejo, un hombre que ya debía tener el cabello cano.

—Sin ánimo de ofender, señor, tienes un aspecto horrible.

—Mejor que el de los caballos que me han traído hasta aquí, eso puedo asegurártelo. Se me han muerto dos de camino. —Había un orgullo en su voz que al centurión no le gustaba—. He llegado tan solo hace una hora. No esperaba compañía tan eminente.

—¿Entonces por qué tanta prisa?

—Pensé que te podría echar una mano.

—¡Silencio!

La voz era grave, y el orador no había gritado. Aun así se le oyó alto y claro en toda el aula. Lucio Neratio Marcelo, *legatus Augusti, vir clarissimus* y antiguo cónsul, no era un hombre corpulento. Era delgado de cara y de miembros, y Ferox supuso que apenas medía cinco pies de alto. En cualquier caso, dominaba la estancia. Le había sido confiado el puesto a principios de año, pero no había pisado Britania hasta el otoño. La impresión de letargo que se había apoderado de todos se desvaneció en cuanto el hombrecillo empezó a pasear de un lado a otro sin detenerse ni un instante, y sin dejar de hablar. Primero expuso la situación general del Imperio, de lo mucho que estaba haciendo el *princeps* por preservar la paz y la estabilidad en las provincias. El divinizado Nerva los había dejado demasiado pronto, pero su hijo aseguraría su legado mediante la fuerza, la justicia y la virtud. No habría ni caos ni guerra civil.

Luego pasó a Britania y a la mayoría de las tierras del norte. A Ferox le sorprendió oír partes enteras de sus propios informes repetidas, aunque en un lenguaje más elegante y retórico. Algunas de esas cosas tenían que ver con informes redactados el año anterior, la mayoría con textos más recientes, aunque los había de sorprendente actualidad.

—Seguro que creías que nadie hacía caso —susurró Crispino.

Marcelo hizo una pausa. Había llegado hasta los días siguientes a la expedición punitiva contra los selgovae, y empezó a hablar sobre la embajada enviada a Tincommio. Le hizo un gesto a Crispino, pidiéndole al tribuno que fuera tan amable de compartir el resultado de aquella. Con fingida renuencia el joven aristócrata dio un paso al frente y empezó a relatar su viaje al norte y el encuentro con el gran rey, comentando el acuerdo que se había alcanzado.

—Bien —declaró el legado provincial cuando hubo concluido—. Es evidente que se trata de un acuerdo sensato, apruebo tus decisiones. Estoy convencido de que el *princeps* lo ratificará en cuanto lo examine. Flavio Ferox —dijo—. En pie.

El centurión obedeció. Se sintió extraño y desaliñado. Supo que la rabia se estaba apoderando de él y que esta podía estallar ante la menor provocación. Había algo en la actitud del nuevo gobernador, la excesiva confianza en sí mismo, excesiva incluso para un ínclito senador, que le molestaba.

—Muchos de vosotros sabéis que el *regionarius* acompañó al tribuno en

esta misión. ¿Tienes algo que añadir a su declaración?

—No, señor.

Quería gritar que había empezado una guerra y que no deberían estar hablando, sino actuando. Pero no dijo nada.

Marcelo arqueó una ceja para mostrar su sorpresa.

—Muy bien, quizá cuando hayamos avanzado. Continúa, querido Crispino, dinos lo que ocurrió después de que salieseis de la fortaleza del rey.

Ferox escuchó. Tenía que admitir que el informe del tribuno estaba siendo preciso, incluyendo la escolta que se había puesto a su disposición y el asesinato de los mercaderes.

—El tejo es un árbol sagrado para los druidas —dijo, y, aunque aquel no fuera el modo en que Ferox lo habría explicado, resultaba adecuado para los presentes. El tribuno habló de cómo y por qué Ferox y Vindex se habían adelantado, y luego describió su viaje a Trimontium, y cómo fueron perseguidos y luego atacados por guerreros a caballo. La guarnición había perdido una serie de hombres en diversas emboscadas cuando recorrían el territorio en destacamentos. Una partida destacada para la recogida de madera estaba tardando en volver y no se habían recibido noticias de ellos.

—Están muertos —intervino Ferox—. Encontramos los cuerpos y las carretas chamuscadas.

—Me lo imaginaba —dijo Marcelo con un tono de leve pesar—. Continúa, Crispino, por favor.

El tribuno no tenía mucho más que decir. La guarnición de Trimontium estaba bien aprovisionada, y podría sobrevivir aislada un tiempo. En esos momentos el caudillo del asentamiento de la colina y otros hombres principales de entre los lugareños aseguraban su buena voluntad hacia los romanos.

—Es difícil estar seguro de lo que durará eso —concluyó.

—Durará siempre y cuando demostremos ser fuertes y buenos amigos.

Neratio Marcelo había hecho lo posible por permanecer quieto mientras escuchaba el informe, pero en cuanto este concluyó, volvió a pasear de un lado a otro. Habló del ataque al pretorio en Vindolanda, aunque obvió el intento de asesinato sufrido por Longino. Ferox se preguntaba si el legado provincial sabía quién era en realidad el viejo soldado. Tal y como contaba Marcelo la

historia, todo era parte de la gran conspiración liderada por los dos druidas, hombres que querían levantar a los nativos leales y las tribus aliadas contra Roma. Había soldados, u hombres vestidos de soldados, así como guerreros entre los atacantes, y sabían mucho acerca del fuerte. No se sabía si los britanos que servían con los tungros eran desertores o traidores o si habían sido asesinados por los atacantes, que habrían ocultado sus cuerpos.

—El objetivo era matar o secuestrar al prefecto y a su estimada esposa, la *clarissima* Sulpicia Lepidina —dijo Marcelo con amargura—. Esta profecía suya, que tiene que ver con sacrificar a un hombre y a una mujer distinguidos, ha hecho que lleven a cabo una incursión tan brutal como deleznable.

Aunque estuviera acostumbrado después de tanto tiempo, a Ferox le seguía sorprendiendo la tendencia que tenían los romanos acaudalados de recurrir a la retórica y de convertirlo todo en un discurso.

—Han fracasado —dijo Marcelo al tiempo que se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra—. El prefecto y su esposa están a salvo gracias al valor y a la rapidez de actuación de la guarnición y al oportuno aviso del tribuno Crispino, a quien asistió el *regionarius*. Por desgracia, una mujer inocente ha sido secuestrada. Sospechamos que por error. ¿Estoy en lo cierto, Flavio Ferox, de que no tenemos buenas noticias acerca de la desafortunada víctima?

—Encontramos a Fortunata, la esposa del liberto imperial Vegetio, señor.

Puede que a Ferox la mujer no le cayera del todo bien, ni siquiera le había ocupado el pensamiento, pero el hecho de que el secuestro fuera descartado como un asunto menor no hizo más que alimentar su rabia. Los esclavos muertos no parecían importarles demasiado.

Respiró profundamente. Uno de sus tutores en Lugdunum le había dicho que el Divino Augusto solía recitar el alfabeto en silencio cuando sentía que la ira crecía en su interior para evitar decir algo de lo que pudiera arrepentirse. Ferox intentó hacerlo, aunque no sirvió de mucho.

—Fortunata está muerta, señor.

Marcelo suspiró.

—Albergaba pocas esperanzas. Un odio homicida de tal naturaleza hace que la clemencia sea prácticamente imposible. Pobre mujer. —Negó con la cabeza. Su voz desprendía la tan practicada lástima de un orador—. Solo

podemos esperar que no sufriera.

—Fue una muerte horrible, señor —dijo Ferox haciendo lo posible por no alzar la voz—. Una muerte lenta y dolorosa.

Hubo murmullos entre los oficiales presentes. Esas no eran maneras, menos aún viniendo de un centurión, de dirigirse al legado de la provincia. Crispino le hizo un gesto para que se calmase.

—Pobre mujer —dijo Marcelo sin rastro de sentirse ni ofendido ni sorprendido.

—Le hicieron a ella lo que los hombres de Boudica les hacían a las aristócratas que capturaban. —Se oyó un resuello de horror entre los presentes: debía de ser alguien que conocía esas historias—. Gritaría cuando empezaron a cortarla —continuó, y dio un paso hacia el menudo senador—. Gritaría mientras le rebanaban los pezones. Solo habría dejado de gritar cuando le cosieron esos mismos trozos de carne a los labios. Después de eso, solo habría podido gemir mientras la llevaban a una estaca afilada. Si quieres, puedo hacerte un dibujo.

En ese momento los odió a todos, aquellos grandes hombres sentados ahí, seguros en sus puestos de poder, peor que la muchedumbre en el anfiteatro, porque al menos a los espectadores les preocupaba el destino de aquellos que morían ante sus ojos en la arena.

Marcelo tenía la piel muy morena, y unos ojos de un marrón tan intenso que casi parecían negros. Su cabello negro estaba fijado con aceite de modo que no tenía ni un pelo fuera de lugar. Miró al centurión cuando este se cernió sobre él, aunque en ningún momento dio señales de sentirse intimidado. En su lugar alargó la mano y le dio una palmada a Ferox en el brazo, como haría cualquier persona que quisiera calmar a un caballo.

—Esto demuestra la inhumana crueldad y la vileza de nuestros enemigos —dijo el legado dando un paso para sortear a Ferox y para que su público pudiera verle—. Es nuestro deber para con Trajano derrotar a sus enemigos. Es nuestro deber, como hombres piadosos que temen a los dioses y a las leyes de los cielos y de este mundo, barrer tanto mal de esta tierra.

»Los hombres suelen creer que los nuevos gobernadores son lentos y cautelosos. Hoy son las calendas de noviembre; mucha gente confiará en que la temporada de campaña haya concluido hasta la primavera. La mayoría de

los hombres pensará esto, y estarán equivocados.

El legado había dejado de pasear de un lado a otro, y se quedó inmóvil, con la muñeca izquierda aprisionada en la mano derecha.

Solo su cabeza se movía. Observaba a su público, primero miraba a un hombre y luego al siguiente. Ferox estaba detrás del gobernador, y pudo ver todos los rostros fijos en el hombre menudo.

—A juzgar por los informes que recibí antes de llegar, pensé que podría ser necesaria una demostración de fuerza antes de que acabe el año. Por lo tanto, hice circular órdenes para hacer acopio de víveres y transporte y para que se disponga un contingente para entrar en combate.

»Si en cualquier momento diera la sensación de que estos fanáticos van ganando, habrá otros que se unan a ellos. Debemos golpear con rapidez y con toda la fuerza que podamos reunir para demostrarles a las tribus y a nuestros aliados que sus druidas son unos mentirosos, y que su magia es un fraude. Mañana iremos a Coria a reunimos con el resto del ejército. Quiero a tantos hombres como puedan cabalgar o marchar y a tantos como puedan ser prescindibles en la guarnición para que nos acompañen. Se emitirán órdenes concretas dentro de una hora. Caballeros, hay mucho que hacer y que organizar, así que no os entretendré más. Gracias por vuestra atención. Preparémonos para barrer esta tierra y limpiarla de tanto mal.

Al disolverse la reunión, los oficiales salieron del aula y Neratio Marcelo señaló a Ferox. El gesto fue muy parecido al que pueda hacerse a un perro para que se quede. Crispino miró al legado, parecía confundido, pero el hombrecillo sacudió la mano para indicar que también él debía irse. Solo quedó en la estancia un oficial, un hombre mayor de cara redonda que no llenaba la coraza de bronce que llevaba, coraza que lucía una musculatura repujada que, evidentemente, el hombre no poseía. Tenía el cabello blanco, aunque tan solo le quedaba una leve franja de pelo que bordeaba la base de una cabeza calva como una cúpula.

—Deseo hablar contigo, centurión, y deseo que me hables con franqueza y que no escondas nada.

—Sí, señor —dijo Ferox al tiempo que adoptaba posición de firmes.

—Siéntate, hombre, siéntate. —El legado esperó a que obedeciera y ocupó una de las sillas de tijera de campaña—. Eso está mejor —continuó—. Esto

nos va a llevar un tiempo, así que ponte cómodo. Crispino me ha hablado de los regalos que alguien le ha estado enviando a Tincommio: el dinero, las armas. Sospecha que son los mismos que han animado al gran rey a prestarle su ayuda a ese... Caballo —dijo la palabra con desprecio— y al druida. Era mejor que no incluyera esos detalles cuando habló ante el resto de oficiales, pero a mí me ha dicho la verdad. También es evidente que quienes secuestraron a esa desgraciada mujer y la asesinaron, a ella y a los esclavos, y que querían matar a la esposa de mi primo, la dama Sulpicia, y a su marido, sabían mucho más de lo que debieran sobre esta guarnición. Si no los hubieras avisado, puede que hubiesen logrado sus objetivos.

El legado hizo una pausa y le miró a la cara. Ferox no creía que el hombre supiera que él y Sulpicia Lepidina eran algo más que un oficial y la esposa del comandante de la guarnición, pero el comentario sobre la conexión familiar le cogió por sorpresa. A pesar de su enorme tamaño, a pesar de que los senadores y el mismísimo *princeps* fueran originarios de muchos lugares del mundo, la aristocracia de Roma seguía viviendo en una aldea en la que todos se conocían entre ellos, y todos tenían lazos familiares.

Ferox no dijo nada, y después de un largo silencio Neratio Marcelo continuó.

—El ataque a su carruaje fue seguido por este, y todo lo que se decía en tu informe sobre el incidente, así como lo que no se decía, indica que nuestros enemigos conocen nuestros movimientos incluso antes de que los llevemos a cabo. La masacre de los hombres de la almenara lo confirma. Solo alguien de alto rango sabría lo suficiente como para darles tal cantidad de información. Eso significa que hay al menos un traidor. Puede que varios, y, por supuesto, otros que siguen sus órdenes. Mi sobrino ha hablado contigo de esto y dice que le has hecho partícipe de la mayor parte de lo que sabes y de algo de lo que piensas. —El legado debió de ver en él un destello de confusión—. El tribuno Crispino es mi sobrino —explicó, y Ferox volvió a pensar en la aldea.

»Hay quienes desean que nuestro *princeps* fracase. Yo no soy uno de ellos. Es un hombre decente, y el Imperio necesita, sobre todo, estabilidad. Sirvo al bien de Roma, y haré todo lo que esté en mi mano para servir a Roma y para servirle a él. Eso significa que debo evitar que este traidor, o traidores, sigan causando daño, y no puedo hacerlo sin tu ayuda. Debemos encontrar a ese

hombre y castigarle.

Ferox pensó en la ira de Domiciano desatada sobre los conspiradores que habían apoyado a Saturnino, del rostro rojo y moteado que le ordenó buscarlos. El alma se le encogió al recordar los juicios y las muertes que siguieron. Los hombres que había descubierto eran culpables: todos ellos habían quebrado su juramento, pero la crueldad de la venganza del emperador y el modo en que se cobró víctimas entre las familias y los amigos de los condenados le atormentaban. Hacía difícil confiar en otro romano que exigiera saber la verdad.

El legado provincial pareció percibir sus dudas y, una vez más, le dio una palmada en el brazo.

—Viste a la pobre chica y lo que le hicieron. Quienquiera que los haya ayudado merece sufrir.

El anciano tosió. Ferox prácticamente se había olvidado de que estaba allí, ya que no había dicho nada hasta el momento.

—No me he olvidado —dijo el legado con una amplia sonrisa—. Creo que no conoces a Quinto Ovidio. Es filósofo y poeta, pero no se lo tengas en cuenta: suele ser un hombre razonable la mayor parte del tiempo. También es un viejo amigo de alguien a quien conoces y a quien cuento entre mis conocidos. Un conocido al que aprecio mucho.

—Me pidió que te diera esto —dijo Ovidio alargando un brazo esquelético: sus dedos sostenían una pequeña bolsa de cuero—. También hay un mensaje, pero insistió en que primero vieras lo que hay dentro. Ni siquiera yo sé lo que es.

Había algo duro en la bolsa, pero hasta que Ferox no la abrió y no vació el contenido en la palma de su mano, no pudo averiguar de qué se trataba. Cuando lo vio, suspiró. Lo lamentó al instante, y, aun así, fue incapaz de contenerse, porque llevaba años sin ver el collar. Era una simple cuerda de cuero de la que pendía una piedra de un azul intenso salvo por una franja blanca. Lo había llevado un amigo, un amigo de juventud que había muerto en sus brazos, tosiendo sangre después de que un sármata le atravesara el cuerpo con una de sus largas lanzas.

—«El árbol alto que se inclina ante el viento pero que no se rompe —dijo Ovidio entonando una frase que parecía haber practicado— te envía saludos y

te pide que confíes en sus amigos al igual que él confía en ti». Te habría escrito, pero sus ojos no son lo que eran.

No era de extrañar; Caradoc tenía más de noventa años y ya parecía frágil cuando Ferox le había conocido, años atrás, en Roma. Había sido rey de las grandes tribus del sur, enemigo acérrimo de Roma y aliado y amigo de su abuelo. El rey guerrero al final había perdido y había sido traicionado. El Divino Claudio le perdonó y le permitió vivir un cautiverio confortable en Roma. Su nieto era ciudadano y soldado, igual que Ferox, y se habían convertido en amigos y compañeros durante los aciagos días del Danubio, cuando dacios y sármatas habían hecho trizas al ejército.

Ferox empezó a hablar. No podía negarse a esa petición, y no había nadie más que hubiese podido convencerle de hacerlo de buena gana.

—No es fácil negarle algo a Caradoc —le había dicho su abuelo varias veces.

Caradoc tenía el don de hacer que, en su presencia, todo el mundo se sintiera elogiado de atraer su atención. Ferox les contó todo al legado y a su amigo, desde sus primeras dudas sobre la emboscada, todo lo que había visto en la torre y todo lo ocurrido desde entonces. Habló durante mucho tiempo y sin interrupciones, salvo en una o dos ocasiones en que el legado le hizo preguntas cortas y directas para aclarar alguna cuestión. Ferox habló de Ganalio, de su historia de la muerte del soldado, de lo ocurrido cuando Vindex y él alcanzaron Vindolanda, de su pesar al creer que todo había acabado cuando se aseguró de que Sulpicia Lepidina estaba a salvo.

La mayor parte de la hora la dedicó a contar su historia, y, cuando acabó, el legado le pidió a su amigo que llamara al centinela que hacía guardia al otro lado de la puerta.

—Informa de que las órdenes tardarán en ser cursadas, aunque no mucho —le dijo al hombre, que luego le pidió a Ovidio que se pusiera en la puerta y que se asegurara de que nadie los molestara.

Neratio Marcelo empezó a pasear de un lado a otro. Recorrió el aula media docena de veces antes de darse la vuelta.

—¿Un tribuno?

—Sí, señor. O al menos alguien que finge serlo. Sospecho que los soldados que asesinaron a los hombres de la torre sí eran soldados. Puede que

desertores, pero, por lo visto, iban demasiado bien pertrechados para serlo. No cabe duda de que fueron sobornados, pero para cometer un crimen de esa magnitud debe de haber habido algo más. El hombre que daba las órdenes pudo convencerlos de que no serían arrestados ni ejecutados. De algún modo les debió de hacer creer que estaban en el bando vencedor y que serían recompensados, y que tenía los contactos suficientes para que confiaran en él.

El legado caminó hacia la pared y luego volvió.

—¿Quién? —preguntó antes de detenerse y mirar al centurión con sus penetrantes ojos negros.

—Las pruebas señalan a la Legio II Augusta, y, por tanto, a tu sobrino. —Ferox estaba convencido de que el legado ya había deducido eso—. Él siempre ha estado cerca cuando ha ocurrido algo, incluso cuando los tungros quedaron aislados el día que Tito Anio fue abatido.

—Es un hombre que siempre quiere estar en el bando vencedor. —Neratio Marcelo sonrió levemente al citar al centurión, y no descartó la sugerencia—. Lo difícil es saber si considera que el viento sopla contra nuestro *princeps*.

—Señor, ¿cambiaría algo si se probara que se trata de él?

—Ni por un momento —dijo el legado con la frialdad y dureza que desprendían sus ojos negros.

—Podría ser él. No puedo asegurar que sea él. Aún no. Pero cualquier explorador digno de ese nombre te dirá que no siempre es sensato seguir un rastro tan claro. El tribuno Flaco de la VIII Hispana también podría ser nuestro hombre, y lleva aún más tiempo en el norte.

—Tengo entendido que es un idiota.

—Entre los míos se dice que un idiota jamás se encontrará solo —dijo Ferox, y oyó reír a Ovidio al otro extremo de la estancia—. ¿Cuán inteligente tiene que ser un traidor? En particular si no está solo.

El legado se acercó a él y le puso una mano en cada hombro.

—Averígualo. Quienquiera que sea debo saberlo. Encuentra la verdad y tráemela. ¿Lo harás, Flavio Ferox, centurión de Roma y príncipe de los siluros?

—Le encontraré, señor —dijo Ferox con firmeza.

Sin duda, había hombres que se salían con la suya todos los días, y en asuntos peores, pero eso no ocurría en el pedazo de tierra que le había sido

encomendada.

—Bien. —Marcelo sonrió y se retiró—. Mientras tanto, tenemos que auxiliar a una guarnición y tenemos que dar caza a unos druidas. Necesito que los rebeldes se enfrenten a mí, y que lo hagan pronto; que no se escabullan por las colinas y que no me obliguen a perseguirlos a medida que el tiempo empeora y se me acaba la comida. ¿Cuál es el mejor modo de obligarlos a presentar batalla?

—Darles una oportunidad —dijo Ferox—. Cometer un error y dejar que huelan la victoria.

—Me alegra ver que la honestidad empieza a convertirse en un hábito cuando hablas conmigo. ¿Un error? Supongo que no se tratará de uno muy grande. —El gesto duro del legado se relajó un tanto—. Veo que pensamos del mismo modo. Bien, deja que te diga que el contingente que pretendo llevar al norte no es tan grande como podría ser. ¿Eso valdría?

—Puede ser, señor.

—Una respuesta prudente, aunque poco útil. Bueno, al igual que César, lo que haré será llevar menos tiendas y hacinar a los hombres en ellas. Haremos que los campamentos sean más pequeños de lo normal. Eso les hará pensar que somos aún menos.

—Puede ser, señor.

Neratio Marcelo hizo una mueca.

—¿No te dijo Caradoc que los siluros eran tercos?! —le gritó a Ovidio.

—Huir, señor —dijo Ferox, y vio que el legado fruncía el ceño—. ¿Qué perro se resiste a una persecución? Si llega el momento adecuado, ordena una retirada y te seguirán. Entonces podrás darte la vuelta y destrozarlos.

—Lo veremos. Por el momento voy a redactar una orden mediante la cual quedarás al mando de los exploradores. Serás mis ojos y mis oídos.

—Mi señor. —Otro recuerdo de Dacia, donde había desempeñado la misma labor.

Apretó con fuerza la piedra del colgante y oró para que aquel ejército disfrutara de mejor fortuna. En Dacia nadie le había creído cuando informó de que el enemigo se había reunido en masa y esperaba para desencadenar una emboscada. Confiaba en que Neratio Marcelo fuera tan perspicaz como parecía.

—Matemos a esos bastardos —dijo el legado con sorprendente vehemencia—. A los traidores, a los desgraciados que torturan a mujeres hasta matarlas. Me dicen que era bailarina. —Negó con la cabeza—. Una lamentable pérdida. —Cuando vio que el centurión le miraba, continuó—: Sulpicia me contó algo sobre la pobre muchacha. Ella se culpa. Sin embargo, creo que es mejor que le ocultes los detalles de lo ocurrido. Al menos no tengo que escribir una carta informando a mi esposa de la muerte de su sobrina. Ya es algo. Y no te culpes por lo ocurrido. Has salvado a Sulpicia Lepidina y merece la pena hacerlo. No hay recompensa lo bastante grande para lo que has hecho.

Ferox no estaba seguro, pero creyó ver un destello de divertimento en la mirada del legado.

—Bien, descansa y prepárate para no descansar mucho más hasta que acabemos con este asunto.

Ferox se puso en pie.

—Señor —dijo, y se despidió.

XXVI

Refrescó a lo largo de la noche, y a la mañana siguiente la hierba crujía bajo sus pies debido a la helada. La respiración de hombres y bestias se convertía en nubecillas mientras intentaban que sus miembros cobraran vida a base de pisotones en el suelo. Esa noche las estrellas eran un campo de pequeñas luces, más refulgentes que otras noches, dado que la luna no les estorbaba para brillar. Demasiados soldados se habían hacinado en Coria para caber en el fuerte, así que la mayoría de la columna durmió en los campos que rodeaban los edificios civiles. Neratio Marcelo había reunido a casi cuatro mil quinientos hombres, algo más de cinco mil si se incluía a los sirvientes. Su plan era avanzar con todos ellos, salvo cinco centenares, por la calzada del este a la mañana siguiente. El plan cambió al final del día cuando un contingente que marchaba desde Bremesio informó de que se habían visto edificios en llamas y pequeños grupos de guerreros britanos siguiéndolos. A cuatrocientos soldados adicionales, la mitad de ellos jinetes, se les ordenó que permanecieran en Coria y que estuvieran preparados para hacer frente a cualquier amenaza en la zona que pudiera poner en peligro las comunicaciones de la fuerza principal.

—El centurión al mando de la columna que avanza desde Bremesio cree que los guerreros suman varios centenares —le dijo el legado provincial a Ferox entrada la noche.

Ferox estaba cansado. Vindex y él habían pasado el día cabalgando, recorriendo el terreno, asegurándose de ser vistos en lo alto de las colinas por las tropas que avanzaban por la calzada. Los exploradores brigantes habían

fingido ser guerreros rebeldes y habían disfrutado con la misión, más aún cuando se les ordenó incendiar los edificios abandonados que encontrasen a su paso.

—Ese centurión es un tipo imaginativo —dijo Ferox. Había supuesto todo un esfuerzo convencer al legado para que dejara marchar a los exploradores que habían permanecido en Vindolanda bajo una especie de arresto, aunque al final se había salido con la suya. Entre ellos y el resto de guerreros que se habían unido a él a tiempo, habían sido en total veintitrés los jinetes que habían recorrido las colinas—. Quizá fuera buena idea ponerle a cargo de la intendencia.

La columna se puso en marcha una hora antes del amanecer. Ferox y la vanguardia de exploradores salió del campamento dos horas antes, aunque dejó que Vindex y sus hombres descansaran ordenándoles que se unieran a él al final de la jornada. El legado había puesto a su disposición ochenta hombres desgajados de sus unidades. Fue una agradable sorpresa encontrar a Victor y al tracio, hombres de su *burgus*, entre ellos. Una buena selección de efectivos; eran activos y avispados, y el resto de los hombres a su cargo parecían igualmente válidos. Por lo visto, Neratio Marcelo era un tipo inteligente al que le gustaba hacer planes con tiempo y estar preparado en la medida de lo posible. Ferox también esperaba que fuera un hombre afortunado, ya que sin suerte lo más probable era que marcharan hacia el desastre y que una ola de sangre y destrucción se extendiera por el norte.

Ya había piedras apiladas por el camino que avisaban del avance de una fuerza considerable. Además había otras, colocadas por los *textoverdi*, avisos de peligro algo más vagos, y la gente con la que se encontraba no era capaz de ocultar su recelo. Ferox ya había oído rumores de un acto de gran magia que se hizo aún mayor por el atroz sacrificio de la reina de los romanos y el asesinato de su rey. El hecho de que les dijera a los lugareños que ninguno de los dos había muerto no sirvió para nada, como tampoco sirvió que dijera que la víctima había nacido esclava y no tenía sangre real. Las gentes se limitaban a negar con la cabeza y a hablar de tiempos oscuros y de un invierno teñido de rojo sangre.

Durante la mayor parte del día Ferox permaneció con los destacamentos más alejados. Los hombres trabajaban en parejas, dispersos por el terreno a

ambos lados de la calzada. Mantenía consigo a una docena de jinetes, a media milla de distancia, y dispuso a grupos similares a ambos flancos. Al segundo día Vindex se unió a él con sus hombres y dispuso patrullas también en retaguardia.

La columna había avanzado a buen ritmo después de recorrer quince millas el primer día. Dos factores que facilitaron la marcha fueron el hecho de que el suelo estuviera duro por efecto de la helada y que el legado provincial hiciera gala de una inagotable energía: cabalgaba de un lado a otro de la columna, bromeaba y animaba y azuzaba a los hombres. Casi la mitad de los componentes del contingente eran legionarios, y eso no era habitual tan al norte. Marcelo había ordenado tanto a la II Augusta como a la XX Valeria Victrix que pusieran a su disposición una cohorte cada una, lideradas por sus mejores centuriones y reforzadas con los mejores hombres. Cada una de estas sumaba más de seiscientos cincuenta efectivos. La VIII Hispana contribuía con dos cohortes compuestas por hombres que habían pasado el último año en la frontera, aunque la enfermedad y otras pérdidas suponían que estas unidades sumaban seiscientos hombres entre las dos. Marcelo invitó a estos últimos a que le demostraran al resto de legionarios el aspecto que lucían los veteranos de verdad, y luego les dijo a los de la II Augusta que eran los favoritos del emperador, que había sido el Divino Augusto el que les había concedido ese nombre, y que debían honrar su reputación como mejor legión del mundo. Después les recordó a los de la Victrix que habían sido ellos los que habían derrotado a Boudica hacía tantos años, y dijo que confiaba en que obtuvieran aún más gloria en las próximas semanas.

Flavio Cerialis contaba con tres centurias de infantería, las mismas que había liderado durante la expedición punitiva, aunque, a pesar de las pérdidas sufridas, la avalancha de voluntarios dispuestos a vengar los ataques sobre su comandante y su esposa había servido para incrementar el número de hombres por unidad hasta los doscientos cincuenta, más de lo que constituía su número óptimo.

Sulpicia Lepidina y los niños había viajado en carroza con ellos hasta Coria. A Ferox esa idea no le había parecido bien, pero era probable que estuvieran más seguros allí que en cualquier otro lugar, al menos por el momento. No habían tenido oportunidad de hablar, pero la había visto varias

veces porque el legado consideraba que era importante que se la viera como prueba de lo fallido del ataque. Los bátavos lanzaban vítores cada vez que la veían, y, en varias ocasiones, Ferox solo supo que se encontraba cerca al oír el intenso rugido de las tropas.

La Cohors III Batavorum, unidad hermana, compartía su rabia y su deseo de venganza. Dijeran lo que dijeran los romanos, Cerialis formaba parte de su casa real, y ella era su esposa, o reina, y estaban dispuestos a morir por ambos. La cohorte aportaba otros trescientos hombres divididos en cinco centurias, y estos también aplaudían cada vez que veían a la dama y a su marido, y juraban hacer pagar a aquellos que los habían amenazado. Ese estado de ánimo se contagió. La Cohors I Tungrorum había suplicado ser incluida en la expedición aportando una centuria de setenta hombres, vinculada por el momento a Rufino y a sus hispanos, que sumaban ciento ochenta infantes. Los tungros conocían a la dama, los hispanos sabían de ella de oídas, y también lanzaban gritos de júbilo cuando la veían. Pronto, hasta la centuria de ochenta arqueros de una cohorte con base en el sur se unió al coro.

Ferox había pasado su vida adulta entre soldados de todos los rincones del Imperio. Podían ser brutales, implacables, crueles y capaces de robar lo que fuera que no estuviera clavado, y en ocasiones ni siquiera eso los detenía. A pesar de todo ello, tenían una vena sentimental y podían ser amables e incluso dulces cuando menos lo esperabas. Ayudaba que Sulpicia Lepidina fuera bella, el tipo de mujer con la que los soldados soñaban y que sabían que jamás podrían alcanzar. Era mejor aún cuando les sonreía, cuando reía al oír sus chanzas y cuando bromeaba con ellos. Ferox vio cómo el ejército al completo se enamoraba de la mujer, y se maravilló al comprobar que el afecto por ella se contagiaba. Había dejado Coria mucho antes que la columna principal, pero le contaron que ella había despedido al ejército montada a caballo, que los había visto pasar y que, fila a fila, los soldados la habían aclamado, ya fueran legionarios o auxiliares. Neratio Marcelo le besó la mano a modo de despedida entre aullidos de aprobación, y después le hizo una carantoña en la mejilla, ante lo cual brotó un ensordecedor aullido de aclamación. Cerialis brillaba merced al reflejo de la gloria. En las ocasiones en que Ferox se había cruzado con él, Cerialis no parecía abrumado por la pena de perder a su amante a manos de unos asesinos.

El ejército marchó con la moral alta, ansioso por acabar con un enemigo odioso en nombre de una bella mujer. Era una temática digna de los versos de los bardos, pero hasta el momento ni siquiera los exploradores de Ferox habían visto a uno solo de esos enemigos. Al segundo día empezó a soplar un desagradable viento del este que arrancaba el aliento de los hombres a medida que avanzaban por una ruta cada vez más complicada. No salieron tan pronto, dado que les llevó más de lo habitual recoger el campamento. Según las órdenes de Neratio Marcelo, doce hombres tenían que dormir en tiendas diseñadas para ocho, y se suponía que cuatro más debían hacer guardia o permanecer despiertos mientras el resto dormía. También había decretado que los espacios entre las filas de las tiendas de campaña tenían que ser más estrechos de lo habitual. Eso significaba que los terraplenes podían reducirse de tamaño y que, por lo tanto, el contingente parecía mucho más pequeño. Pero también suponía que fuera más difícil prepararse para la marcha al día siguiente. Apenas recorrieron diez millas el segundo día.

Al tercer día el viento del este trajo consigo una nube espesa que cubrió la totalidad del cielo. La lluvia llegó poco después del amanecer. Esta se convirtió en granizo y luego en nieve a medida que progresaba el día para volver a tornarse en granizo a media tarde. Las capas de los hombres estaban empapadas y se hacían cada vez más pesadas, lo que reducía la cadencia de la marcha. Neratio Marcelo disponía de casi nueve centenares de jinetes, trescientos cincuenta entre los hombres de Aelio Broco y su Ala Petriana y sus propios *singulares*; el resto provenía de los destacamentos de las diferentes cohortes, un contingente de legionarios montados y los exploradores. Luego estaban las seiscientas mulas y ponis de carga, y algunos bueyes para las carretas que acarreaban materiales esenciales que resultaban demasiado voluminosos como para cargar a lomos de un animal.

El ejército marchaba *expedite*, con lo mínimo en cuestión de bagaje, pero aun así eso significaba cientos de tiendas, provisiones de galletas, de panceta y de otros suministros pensados para nueve días después de los cuales tendrían que suministrarse de los bien provistos graneros que había en los fuertes que jalonaban el camino. Todos los jinetes llevaban sacos con forraje atados a la parte posterior de sus sillas de montar que hacían parecer a las monturas animales torpes y contrahechos. Un millar y medio de animales, ya

fueran montados o guiados, y el doble de esa cantidad de hombres a pie, incluyendo esclavos, no tardaron en convertir el camino en un lodazal que empeoraba a medida que las tropas pasaban por el mismo punto. La infantería marchaba en forma de cuadrado hueco, con el bagaje protegido por sus flancos, aunque esto solo servía para que el lodazal se extendiese por una zona más amplia a ambos lados del camino. Como siempre, los hombres que iban a la zaga se llevaban la peor parte: se veían retrasados por cualquier contratiempo entre las tropas más avanzadas y tenían que chapotear en un lodo cada vez más profundo que succionaba sus botas hasta el punto de tener que arrancarlas del suelo. El legado dejó que descansaran y acamparan algo más allá de Bremenium, y los hombres del fuerte les trajeron suficiente madera seca y yesca como para encender hogueras.

Al cuarto día se abrieron huecos en las nubes, y pudieron ver hipnóticos rayos de sol antes de que el siguiente aguacero barriera las colinas. Fue todo lluvia, salvo por una hora de nieve que llegó a torbellinos cuando mediaba el día. Los hombres se resbalaban al remontar y descender las colinas de un territorio montañoso. Cuando el legado se detenía a bromear con ellos, ya no reían con tantas ganas.

Fue durante la tormenta de nieve que Ferox, por primera vez, vio que unos guerreros los observaban. Sus hombres habían informado de su presencia por la mañana, y no dudaba de ellos, pero el tiempo hacía difícil ver en la distancia. Estaba sorprendido de que no hubieran aparecido hasta ahora, y supuso que los exploradores enemigos llevaban tiempo siguiéndolos, aunque con los hombres del Caballo era difícil saber qué esperar. Habían visto a varios votadinos, pero esos pequeños grupos de hombres armados y montados en ponis no mostraban recelo a la hora de acercarse y parlamentar. Eran lugareños que querían dejar claro ante los romanos que eran amigos, además de mantener al ejército a la vista para asegurarse de que actuaban de forma amistosa. Decían que Trimontium estaba siendo atacado pero que resistía, y que el Caballo les había prometido a sus seguidores una gran victoria en los días venideros, mayor de la que pudieran imaginar, y que esa victoria tan solo sería la primera. Los votadinos se encogían de hombros al reproducir sus palabras: por el momento se mostraban dubitativos y cautos, aunque no quedaba claro si creían o no que algo así bien podía ocurrir.

Ferox enviaba mensajes con regularidad a la caballería de vanguardia y a la columna principal y, una vez al día, generalmente a media mañana, el legado provincial cabalgaba a su encuentro para entrevistarse con él en persona. Neratio Marcelo tenía tres poderosos sementales, todos ellos grandes y negros, y cuando montaba nadie se percataba de su reducida estatura. Como siempre, sus preguntas eran directas, a pesar del florido lenguaje que utilizaba, y su frustración ante un progreso cada vez más lento era evidente.

La lluvia cesó cuando el ejército empezó a cavar para levantar el campamento para pasar la noche. Fue un alivio, aunque el tétrico fulgor rojo que reflejaban las nubes bajas que había en la distancia se sumó a la sensación de desaliento que ya se había apoderado de hombres fríos y empapados que intentaban cavar un foso y levantar un terraplén en un lugar pedregoso.

—Demasiados puntos de luz para ser tan solo un fuerte en llamas, señor — dijo Ferox cuando el legado le pidió su opinión—. Incluso para dos fuertes.

Más adelante había una pequeña guarnición destacada a unas doce millas al sur de Trimontium. Los puñados de lugareños que se había encontrado a lo largo de la mañana afirmaban que los fuertes romanos resistían, aunque ambos estuvieran siendo sometidos a mucha presión. A medida que el ejército avanzaba, más y más guerreros fueron apareciendo alrededor de la columna. Varias parejas de exploradores habían sido perseguidas. Dos más volvieron, ambos sobre el mismo caballo: uno de los hombres tenía una herida en el muslo provocada por una jabalina.

—Has dicho «tan solo». —Neratio Marcelo le sostuvo la mirada.

—Puede que hayan caído, puede que hayan incendiado algunos de los edificios y todas las granjas a millas a la redonda. Seguirían sin ser suficientes fuegos.

—¿Entonces de qué se trata? —espetó el legado ya con la paciencia al límite.

—Es un ejército, señor. Un ejército de tamaño considerable que no está muy lejos.

Neratio Marcelo respiró hondo. Estaba bebiendo de un cáliz de plata que le ofreció al centurión. Este negó con la cabeza.

—¿Será mañana entonces? —dijo el legado.

—Es probable, señor. Este es un lugar tan adecuado como cualquiera,

tanto para ellos como para nosotros.

—¿Los has visto? —Los ojos negros del legado no se apartaban de los del centurión.

—No —admitió—. Tan solo unos cuantos jinetes. Pero están ahí, señor, y están de camino.

Al final de la tarde Ferox había cabalgado hacia el noroeste para buscar él mismo a las fuerzas que, estaba convencido, pretendían rodearlos y atraparlos. Supuso que al menos la mitad de los hombres del Caballo los envolverían mientras el resto les impedía el paso. Tan solo era una suposición, pero era lo que él hubiera hecho de estar en el lugar del mago.

—¿Por qué estás tan seguro?

¿Cómo podía explicar las señales de aviso dejadas por los votadinos y las hogueras de humo que habían encendido estos para hacer que gruesas columnas grises alertaran del peligro y esperar que el empático legado lo comprendiera? A Ferox no le hacía falta ver a miles de guerreros para saber que estaban ahí.

—Necesitan luchar contra nosotros igual que nosotros necesitamos hacerlo contra ellos —dijo, y optó por un argumentario lógico con el que tenía más probabilidades de convencer al senador. A pesar de sus habilidades, Neratio Marcelo jamás había estado en batalla, y hasta ahora había servido en el ejército solo en rutinarias actividades de paz—. A estas alturas a sus hombres se les estará acabando la comida. La fe y la promesa de milagros los mantendrán ahí un tiempo, pero no indefinidamente. Al final las tripas vacías harán que los guerreros decidan volver a casa. Antes de que eso ocurra tiene que usar su magia para conseguir una victoria. Aquí es donde hará que ocurra. Todo lo que necesitas saber, señor, es que hay que darle la oportunidad.

—Es una apuesta arriesgada.

El legado empezó a pasear de un lado a otro de la pequeña tienda. Cualquier otro hombre habría necesitado agachar la cabeza bajo la lona. Se hizo el silencio durante un largo rato en el que debió recorrer el espacio una docena de veces. Su amigo Ovidio estaba sentado en una silla de tijera y le observaba. De vez en cuando se llevaba la mano a la nariz para secarse un goteo constante. El viejo filósofo había insistido en unirse a la expedición, y desprendía bastante buen humor a pesar de las incomodidades y el peligro.

—Una apuesta muy arriesgada —dijo Marcelo al fin.

—Creía que esa era la razón de venir hasta aquí, señor.

Ovidio rio.

—Sea, pues. —El gobernador se volvió hacia su amigo—. «*Iacta alea est*», como se suele decir. A él le fue bien.

—*Aneristho kubos* —le corrigió el filósofo—. Tengo entendido que César hablaba en griego.

—Seguro que eso lo cambia todo. Pues bien, tiraré los dados y veremos a ver cómo caen —dijo con una leve sonrisa y con el rostro tenso a la luz bailarina de la lámpara—. ¿Y qué dicen los siluros cuando juegan?

—No solemos tener buen concepto de la gente que juega, señor —dijo Ferox, intentando darles a sus palabras una firmeza que no sentía.

El romano era un pueblo emocional, dispuesto a llorar y a chillar ante el triunfo o la frustración. Tantos años entre ellos había logrado socavar la proverbial calma de su gente, que tanto se estimaba.

El rostro de Marcelo se endureció de repente.

—Solo admiramos al hombre que gana —dijo Ferox.

—Y veo que os importa poco la cortesía. —El legado le golpeó suavemente en el brazo—. Bueno, es cierto; dudo que César pensara de forma muy diferente. Descansa. Mañana vencemos.

A medianoche el cielo se despejó y la leve silueta de la luna recorrió el cielo. Hacía frío, lo que significaba un tormento para los hombres entumecidos que vigilaban la noche y que esperaban no ver nada. Un gran sol de color rojo sangre se asomó entre las colinas, pero la mañana solo trajo consigo un leve alivio del frío, y las tonalidades rojas y rosadas en el cielo tan solo indicaban que se acercaba una jornada peor. Antes del amanecer Ferox y sus exploradores avanzaron. Uno de los auxiliares, un oriental, a juzgar por su aspecto, empezó a cantar en bajo un himno al dios de la mañana mientras cabalgaban. Por primera vez el resto guardó silencio, y todos escucharon sus extrañas palabras en un idioma que no comprendían. Ferox pensó en Filo, que estaba en el campamento después de haber insistido en acompañar a su amo. Con la ayuda de otro esclavo, el muchacho se encargaba de cuidar de la tienda que compartía con otros dos centuriones bátavos.

No vieron a ningún guerrero durante la primera hora, y eso era extraño,

pero Ferox mantuvo a sus hombres cerca: hubiera sido peligroso avanzar demasiado y alejarse de la caballería que cabalgaba en vanguardia de la columna. El enemigo estaba allí, próximo, y Ferox sospechaba que quería que los romanos prosiguieran con su marcha. Había huellas que mostraban que jinetes y hombres a pie habían recorrido esas colinas antes de volver al norte.

El viento amainó; de lo contrario, los habrían oído antes, mucho antes de verlos. Había una buena cantidad de piedras amontonadas que alertaban de un gran peligro, y a Ferox no le cogió por sorpresa que Vindex volviera y le dijera:

—Tienes que ver esto.

Ferox siguió al brigante hacia la cima de una larga cadena de colinas. Obviaron la calzada que trepaba dando lugar a una serie de difíciles curvas. Una pareja de exploradores los esperaban en lo alto, impasibles, con las lanzas sobre los hombros. Ninguno de los hombres le prestó atención cuando llegó porque los dos estaban contemplando el espectáculo que tenían ante ellos. No podía culparlos. La calzada, una vez superada la cumbre, bajaba y seguía el valle antes de empezar a ascender de nuevo. Era demasiado ancha como para recibir el apelativo de «paso». En lo alto de las colinas que tenían enfrente, a unos tres cuartos de milla, esperaban los rebeldes. La mayoría estaban sentados o iban de un lado a otro sin propósito aparente. Estaban en grupos, algunos más densos, otros más dispersos. Ferox intentó estimar su número, y no tardó en alcanzar la cifra de algo más de diez mil. Vieron a más que acudían desde otros puntos para unírseles y supuso que habría más, muchos más que aún no veían.

—Son unos cuantos —dijo Vindex.

—Esta noche serán menos —repuso Ferox.

—¿Y cuántos de nosotros quedaremos?

Envió a un mensajero al contingente principal. Eligió a Víctor de entre la media docena de soldados que tenía consigo porque le conocía y porque confiaba en él.

El sol había desaparecido; el cielo volvía a ser un mar ininterrumpido de nubes sucias, por lo que el día se había ido oscureciendo en vez de clarear. En lo alto de la colina soplaba a rachas un viento helado. Tuvieron que colocarse de cara a él para mantener el equilibrio.

—Al menos no llueve —le dijo Ferox a Vindex mientras esperaban y observaban al enemigo.

—Aún no.

Los britanos no avanzaban. Su número no hacía más que crecer, y, pasado un tiempo, la línea se fue convirtiendo en una hilera de densas masas. Incluso si hubiesen atendido la llamada del Caballo a la guerra, Ferox estaba seguro que la mayoría de los hombres estaban allí para apoyar a sus familiares si al final se daba un combate. Tuvo que suprimir la tentación de avanzar para verlos más de cerca, pero recordó las órdenes del legado. Había cuatro o cinco centenares de jinetes a la vista en cada uno de los flancos, pero la mayoría iban a pie. Desde su posición podía ver algunos carros, lo que significaba que eran pocos los caudillos importantes que se habían unido a la causa. Eso suponiendo que no estuvieran esperando al otro lado de las colinas para aparecer triunfales en un momento dado justo antes de la batalla. Por lo poco que conocían al Caballo y a sus seguidores, resultaba evidente que el sujeto no era dado a la sutileza, aunque si se le habían unido jefes importantes, no sería el único al mando, y puede que algunos de los caudillos fueran veteranos y supieran lo que estaban haciendo. Luego estaba el gran druida, si es que se encontraba entre ellos, un hombre famoso por sus ardidés y su magia. Por el momento los britanos esperaban, y Ferox no quería hacer nada que pudiera provocarlos.

Había quienes no compartían su cautela. El decurión al mando de la primera *turma* que llegó hasta él era joven y parecía ansioso. Hizo falta una orden directa para que no cabalgase al encuentro del enemigo con la intención de retarle a un combate singular. Por suerte, el muchacho era del Ala Petriana, y Ferox conocía lo suficiente a Broco como para saber que al prefecto no le gustaban esas ansias de gloria.

Crispino y Flaco eran cuestión aparte. Cuando ambos tribunos remontaron la pendiente a la cabeza de la vanguardia, parecían niños a los que se les hubiera dicho que el maestro estaba enfermo y que tardaría una semana en volver.

—¡Los tenemos! —dijo Crispino casi a voz en grito mientras señalaba hacia la imponente masa que formaba el contingente enemigo.

—Sí, seguro que están preocupadísimos —dijo Vindex en voz baja.

Los ojos de Flaco revelaron un instante de rabia antes de que tomara la decisión de no prestar oídos a nada que pudiera decir alguien tan insignificante como un explorador tribal.

—Es casi como un anfiteatro —dijo—. Sencillamente perfecto.

En el pasado, Crispino y el otro tribuno se habían tratado con mera cortesía, pero la cercanía del combate pareció dar lugar a una oleada de afecto mutuo.

—El legado estará encantado.

Si esos dos necios esperaban que Marcelo avanzara y que atacara colina arriba, Ferox estaba a punto de hacer añicos sus esperanzas.

—Creo que deberíamos darles algo que hacer —anunció Crispino—. Tenemos un buen número de jinetes, así que podemos atacar y retirarnos como nos venga en gana.

Los dos tribunos habían llegado con las formaciones de apoyo a los exploradores. Había cuarenta jinetes legionarios y tres *turmae*, todas ellas del Ala Petriana.

Ferox deseaba que apareciera Broco.

—Tengo orden de no buscar un enfrentamiento, señor.

—Yo no te pido que hagas nada —dijo Crispino con una amplia sonrisa—. Tus hombres llevan más tiempo en el terreno que nosotros; es normal que estén cansados. Lo que propongo es que el noble Flaco y yo nos llevemos al resto para ver si podemos agujonear a alguno de sus jinetes. Podemos matar a unos cuantos, y eso demostrará, tanto a nuestros hombres como al resto del ejército, que no debemos temerle al enemigo. —Se volvió para observar un instante al enemigo—. La izquierda parece estar más cerca: es allí donde deberíamos golpear. ¿Qué dices tú, Flaco?

Ferox creyó ver al tribuno vacilar, luego dudar y luego resignarse antes de aceptar.

—Bien —dijo Crispino—. Entonces no perdamos el tiempo.

Vindex los observó mientras volvían para dar la orden a la caballería.

—Idiotas. ¿Qué hacemos nosotros?

—Reunir a todo el mundo. Puede que tengamos que salir de aquí a toda prisa.

Ferox pensó en los dos tribunos y en si tal acto de temeraria agresión

podría ahorrarle tener que averiguar cuál de los dos era el traidor. Cuando Flaco pasó a la cabeza de los jinetes legionarios, Ferox no pudo evitar observar sus filas con aversión. No era justo, porque, como mucho, solo habría un puñado entre ellos involucrados en los asesinatos. Más aún, todos ellos podían ser inocentes.

Crispino hizo que dos *turmae* adoptaran una formación de tres hombres de fondo y envió al resto en formación dispersa para comenzar las labores de hostigamiento. Había dos docenas de hombres en cada unidad. Flaco permaneció atrás, con los jinetes legionarios a modo de reserva. El despliegue era relativamente sensato, incluso si el plan era una estupidez. Además, no ganarían nada azuzando al enemigo de esa manera.

La caballería romana avanzó en buen orden, no demasiado deprisa para mantener la formación, y, cuando superaron la cima y quedaron a la vista de los britanos, algunos de los guerreros al otro extremo del valle parecieron cobrar vida. Sonaron las tubas, pero se oyeron lejanas merced al viento. Los hombres agitaron sus estandartes al aire. Los romanos siguieron adelante, al paso, y la distancia se redujo a menos de media milla.

—Hay que sentir admiración por esos valientes idiotas —dijo Vindex, y luego repitió el chiste en su propio idioma para sus exploradores.

—¿Por qué? —dijo uno de ellos.

Un lejano vítor y los jinetes bárbaros que había frente a los romanos empezaron a avanzar para enfrentarse a ellos. Dos grupos compactos de unos cincuenta o sesenta hombres cabalgaban al trote, y una cantidad similar galopaba en formación dispersa hacia el enemigo. Ferox no oyó la orden, pero la *turma* que iba en cabeza se dividió en dos líneas, las cuales se dirigieron al encuentro de los britanos que venían hacia ellos.

—Bonito, muy bonito —dijo uno de los soldados detrás de Ferox, y no pudo más que estar de acuerdo.

Los hombres que lideraban cada una de las líneas de jinetes de pronto giraron, cabalgaron en paralelo el tiempo suficiente como para arrojar sus jabalinas y luego volvieron con la línea de apoyo. Cada uno de los hombres hizo lo mismo, de modo que una lluvia constante de proyectiles impactó contra los enemigos que iban en cabeza y derribó a varios caballos y jinetes. Cuando el último hombre de cada fila hubo hecho su lanzamiento, el líder ya había

vuelto al punto de partida, y volvía a repetirse la operación. Cayeron más guerreros, y, hasta ese momento, las jabalinas que habían arrojado los bárbaros o bien no habían alcanzado ningún blanco o bien habían golpeado los escudos.

La siguiente vez que la *turma* avanzó, muchos britanos huyeron al galope para ponerse a resguardo, salvo por dos masas de guerreros que formaron sendas columnas irregulares y siguieron adelante.

—Mira —dijo Vindex señalando a la derecha del enemigo. Los jinetes de aquel flanco también comenzaban su avance.

Les llevaría un tiempo rodear a los romanos, pero la mera amenaza bastaría para convencer al tribuno de que debía retirarse antes de que fuera demasiado tarde.

Tronaron las tubas, diáfanas en el valle, y entonces las notas se volvieron intermitentes cuando Crispino lideró a las dos *turmae* de su formación primero al trote, luego al trote largo, directo a la masa de enemigos más cercana. Observar desde la distancia a la caballería combatiendo siempre le recordaba a Ferox a dos bandadas de pájaros girando, haciendo círculos, cayendo en picado. Cuando los auxiliares alcanzaron el galope, los britanos cargaron, pero los bárbaros pronto redujeron la marcha, y el grupo entero pareció vacilar. Crispino cabalgaba a la cabeza de sus hombres, a dos cuerpos de distancia; su penacho ondeaba al viento, su armadura bien pulida brillaba, y sostenía la espada en alto. Antes de alcanzar a los britanos, estos se dispersaron como ovejas asustadas. Uno de ellos, demasiado lento, cayó cuando el tribuno pasó a su lado y descargó un tajo que le atravesó el cuerpo. Otro recibió el impacto de una jabalina en la espalda, pero el resto logró huir.

El otro grupo de guerreros fue creciendo en tamaño a medida que más hombres se unían a ellos, incluidos algunos de los escaramuzadores que se retiraban. Giraron torpemente antes de dirigirse contra los hombres de Crispino. Los auxiliares ya no estaban en formación compacta, ya que el galope siempre dispersaba a las tropas, y el enemigo se aproximaba por su flanco izquierdo. Ferox vio al tribuno agitando la mano, y los hombres respondieron a la orden y le siguieron en su retirada. Los jinetes legionarios a las órdenes de Flaco estaban allí precisamente para cuando se diera esa situación; en cuanto los auxiliares pasaran junto a ellos, podrían cargar contra

el enemigo y ahuyentarlo. Eso le daría tiempo a Crispino para reagrupar a sus hombres, para que, cuando los legionarios perdieran la cohesión, pudieran a su vez refugiarse con ellos. Era el modo en que luchaba la caballería. No había vergüenza en dar media vuelta y correr siempre y cuando, a una orden, se detuvieran. Las normas decían que al menos la mitad de los hombres debían permanecer en reserva, y aunque Crispino no había hecho uso de tantos, estaría a salvo.

Flaco empezó a hacer virar a sus hombres hasta encararse con la amenaza. Crispino y los auxiliares galopaban de nuevo hacia ellos, dispersos pero exultantes. La caballería legionaria seguía virando cuando los britanos alzaron un terrible grito de guerra que se contagió a las distantes masas de guerreros que aullaban y hacían sonar sus cuernos.

La moral de hombres de Flaco se quebró. En un instante había un ordenado bloque de jinetes de tres filas de fondo y, al siguiente, una marea de hombres aterrados galopando en dirección opuesta al enemigo. El tribuno que cabalgaba en cabeza miró a su alrededor sorprendido y, al instante, los siguió. Crispino y los auxiliares oyeron los vítores del enemigo, cada vez más fuertes, y azuzaron a sus monturas para huir a toda prisa.

—*Stercus*—dijo Ferox—. Tú —miró a Vindex—, te quiero cerca de mí. El resto de vosotros, volved tan rápido como os sea posible e informad de lo ocurrido.

XXVII

Más que una retirada fue una estampida. Un desgraciado murió cuando su caballo trastabilló y le arrojó al suelo; otro, cuando su castrado pisó un espeso charco de barro y se quedó enganchado. Otros más fueron alcanzados por jabalinas que hirieron a sus monturas o que los derribaron de sus sillas. Ferox pudo ver a los dos tribunos próximos a la cabeza de la desbandada. Sus caras monturas eran más rápidas que el resto, así que no era extraño que les ganaran terreno a sus tropas. Los britanos los perseguían, una gran nube dispersa de individuos cabalgando a toda la velocidad que podían alcanzar sus ponis. Los animales de los bárbaros eran pequeños y tripudos debido a la hierba que pastaban, y podían caminar todo el día sin descanso, pero no eran rápidos. Antes de que pasara mucho tiempo, los romanos estaban a salvo de los proyectiles, y el espacio entre ellos y sus perseguidores se agrandaba por momentos.

Ferox había esperado seguir la retirada desde la colina buscando la oportunidad de observar a los dos tribunos y comprobar si detrás de la temeridad de aquella mañana se escondía algo más, pero ninguno de ellos llegó a abandonar el grupo principal en ningún momento. Vindex y él no tardaron en atraer la atención de los guerreros, y un puñado de ellos giraron hacia el brigante y el centurión.

—Será mejor que nos vayamos —dijo el brigante, pero Ferox no le estaba escuchando.

—¿Te resulta familiar? —preguntó señalando al fondo: allí un grupo ordenado de guerreros llegaban al trote.

Estaban, al menos, a media milla de distancia, así que se hizo sombra en los ojos e intentó aguzar la vista. El líder era un hombre gigante con un escudo rojo.

—¿Ganasco?

—Eso creo.

—Sería una lástima matarlo —dijo Vindex—. Me caía bien ese trozo de carne. —Barruntó un instante—. ¿Significa eso que estamos jodidos?

Ferox no respondió, pero si el gran rey había acudido con un buen número de sus guerreros, las probabilidades de éxito estaban del lado del enemigo.

—Vámonos —dijo—. Aquí ya no hacemos nada.

Había una milla de camino hasta el resto de la vanguardia montada. Los jinetes en desbandada recorrieron al galope el sinuoso páramo. La cabeza de la columna principal ya estaba a la vista, en medio de uno de los descansos que se concedían cada hora. A Ferox y a Vindex les llevó más tiempo volver y, para entonces, el legado provincial ya había dado la orden de comenzar la retirada. Era más fácil dar la orden que llevarla a cabo, ya que los comandantes de las diferentes unidades la recibieron con sorpresa. Una vez que confirmaron que eso era exactamente lo que se les había pedido que hicieran, fue fácil dar media vuelta, ya que cada uno de los destacamentos formaba un gran rectángulo, solo que ahora volvían por donde habían venido. Más difícil resultaba darles la vuelta a las carretas y a las hileras de ponis y mulas de carga, y, como siempre ocurría con el tren de bagaje, nada podía hacerse sin gritos y sin azuzar a los animales a base de palos.

Justo antes del mediodía el ejército comenzó su retirada. Ferox cabalgaba con el legado mientras este alentaba a los hombres. Los soldados ya no parecían tan motivados: lo estaban menos incluso que cuando el tiempo había sido inclemente. Avanzar era una cosa, ya que se tenía expectativa de hacer contacto con el enemigo y destrozarlo, lo que traía consigo la gloria, el descanso y, con suerte, mucha comida caliente. A ningún soldado le gustaba retirarse, y era peor cuando se extendía la sensación de que era innecesario.

—¿Así que han derrotado a la caballería? —le oyó protestar Ferox a un legionario de la VIII Hispana en cuanto supo que el gobernador no podría oírle—. ¿Y qué? Caballería, menuda mierda. —Uno de sus compañeros le dio un codazo para advertirle de que había un oficial escuchando, pero al hombre

no le preocupaba la presencia de un centurión al que no conocía—. Sigamos adelante. No tardaremos en hacer pedazos a ese druida. A ver lo valiente que es cuando vea su *mentula* en la punta de una espada.

—¡Espero que sea más grande que la tuya o no la encontraremos jamás! —gritó otro de los hombres.

—No están muy contentos —dijo Flaco. El tribuno había aparecido a su lado. Parecía acalorado, pero no había sufrido ningún daño.

—Los soldados nunca lo están, señor —dijo—. O al menos nunca están satisfechos si no se están quejando de algo.

—No les gusta huir.

El caballo del tribuno se encabritó, y eso le dio a este la excusa para apoyarse contra el cuello del animal para darle unas palmadas. Ferox pudo comprobar que estaba avergonzado por la desbandada de la mañana.

—No fue culpa mía —empezó a decir, y el centurión dejó que hablara a su ritmo. Después de todo, no tenía por qué explicarse ante un simple centurión—. Todo ocurrió muy rápido. Estábamos preparados para cargar en apoyo de Crispino, el tribuno y sus hombres volvían y entonces, de pronto, una voz gritó «¡Retirada! ¡Retirada!» y los hombres dieron media vuelta antes de que yo pudiera decir nada.

Los legionarios habían seguido marchando, y había un hueco ante ellos que iría ocupando la siguiente cohorte. Flaco seguía ocupándose de su caballo y evitando mirar directamente al centurión. Habló en voz baja.

—Puede que no esté en lo cierto, pero juraría que fue Crispino el que lo gritó. Creo que le entró el pánico.

Una llamada del legado obligó a Ferox a salir al trote, pero tenía la sensación de que el tribuno había dicho lo que quería decir. El hombre había hecho lo posible por parecer avergonzado, pero no pudo ocultar su deleite ante el fracaso de un superior.

Ferox los vio antes de alcanzar al gobernador: pequeños grupos de jinetes a la derecha. El valle era amplio en ese punto, y los guerreros se encontraban a casi una milla de distancia, con lo que fue capaz de distinguir a un grupo más grande que apareció un instante después y que iban a pie.

Marcelo le dedicó un leve gesto de asentimiento.

—Parece que tenías razón. Nos siguen como los perros olisquean un

rastros. No parece que nos teman, así que tenemos que seguir haciéndoles creer que les tenemos miedo.

Aún quedaban unas cinco horas de luz, si es que se podían dar por buenos los días otoñales de las tierras del norte. Los romanos siguieron adelante, recorriendo poco más de una milla en la hora siguiente. Al oeste hicieron su aparición grupos y grupos de guerreros que seguían manteniendo la distancia pero que no dejaban de concentrarse. No había muchos jinetes, y aún menos carros, algunos de los cuales se acercaron lo suficiente como para estar a tiro de arco.

—Diez o doce mil, esa es mi estimación. —Crispino cabalgaba con el Estado Mayor inmediato del legado. El joven tribuno le había dedicado un caluroso saludo a Ferox, pero no dijo nada de la retirada de la caballería.

Neratio Marcelo se mantenía en silencio mientras observaba las líneas enemigas que se preparaban para la batalla. Ferox empezaba a pensar que las estimaciones se habían quedado cortas, porque el contingente bárbaro parecía más nutrido que el que había visto por la mañana.

—¿Qué hay de la retaguardia?

La pregunta del legado le sorprendió, y echó un vistazo a su espalda. Hasta el momento tan solo había unos cuantos cientos de jinetes, aquellos que habían perseguido a los romanos por la mañana. Enfrentados a la totalidad del Ala Petriana, así como a sus apoyos, parecían menos osados. Los hombres de Broco se habían dividido en dos: un grupo cubría al otro mientras se retiraban. Sin embargo, los guerreros que iban a pie no podían estar muy lejos.

—Tan solo jinetes, por ahora, señor. Aún pasarán un par de horas hasta que el resto constituya una amenaza.

—Bien. En ese caso, centurión, dime: ¿qué haría un general juicioso?

A Crispino pareció sorprenderle que no le preguntara a él, dado que era el oficial de más rango, aunque no hizo amago de protesta.

La respuesta era sencilla, si el legado pretendía seguir las recomendaciones e instrucciones de todos los emperadores desde Augusto.

—Levantar el campamento —dijo Ferox—, descansar y prepararnos para luchar mañana, con el bagaje a salvo y el refugio de los terraplenes disponible por si las cosas salen mal.

—«No vayas a pescar con un anzuelo de oro». Eso es lo que les ordenaba

a sus generales el Divino Augusto. «Ya que te arriesgas a perder más de lo que puedes ganar». La prudencia es una virtud en un general, y lo que acabas de decir es lo más sensato. Pero, dime, centurión de Roma y príncipe de los siluros, ¿qué harías tú? ¿Qué haría Caradoc? ¿Harías una apuesta arriesgada ahora que es tanto lo que está en juego?

Ferox logró reprimir una sonrisa al oír la cita y le dio unos golpecitos al pomo de su espada.

—Yo ganaría, señor, y eso no se consigue siendo prudente.

—En realidad todo es muy sencillo al fin y al cabo, ¿verdad? Escucha a este hombre, Crispino. Puede que hayamos derrotado a su pueblo, pero eso no significa que no podamos aprender de ellos.

—Pero, señor, ¿no sería mejor levantar primero el campamento? ¿Qué pasa si las cosas salen mal?

—Si salen mal, entonces estaremos todos muertos y no habrá campamento que pueda salvarnos. —Marcelo le sonrió al tribuno—. No tenemos a dónde ir, y nadie vendrá en nuestro auxilio. Así que o ganamos o morimos. Si no recuerdo mal, Aníbal les dijo algo parecido a sus hombres cuando vieron Italia por primera vez desde los Alpes.

Había una pequeña colina ante ellos, así que enviaron al bagaje a lo alto. Ovidio recordaba vagamente la historia de un general que había levantado unas simples defensas con las carretas y el bagaje, así que los *lixae* a cargo de los animales recibieron la orden de hacer lo mismo. Formaron un círculo y lograron hacinar a los animales dentro, aunque la defensa no superaba los dos pies de altura.

—O bien recordaba mal o bien el historiador mintió —admitió Ovidio, que había sido puesto al mando del tosco campamento con tan solo los esclavos a su mando, ya que el resto de los soldados recibieron la orden de formar en sus respectivas unidades.

Ferox y Vindex pasaron cerca de Filo. El muchacho estaba pálido, frío y preso de la agitación. Blandía una vara a la que había sacado punta.

—Si no se clava eso a sí mismo, podremos decir que la jornada ha sido todo un éxito —dijo el brigante.

La línea principal formó delante de la colina, con la cohorte de la II Augusta, como unidad veterana, en el lugar de honor, a la derecha. Flavio

Cerialis y la Cohors VIII Batavorum se ubicaron a la izquierda de estos, luego la Cohors III Batavorum y los hombres de la XX Valeria Victrix. Formaron con tres filas de fondo, el mínimo permitido por las normas militares, de modo que la línea frontal de infantería, con los huecos perceptivos entre unidades, ocupaba una extensión de unos ochocientos cincuenta pasos. La segunda línea era menor, con las dos cohortes de la VIII hispana a la derecha y los tungros y várdulos combinados en un contingente a la izquierda, dispuestas estas unidades de modo que cubrían los huecos entre las cohortes que tenían delante. Cada una de estas contaba con seis filas de fondo, y los huecos entre ellas eran bastante más grandes que los de la primera línea. Neratio Marcelo ubicó a sus singulares en tercera línea, a modo de reserva, y repartió el resto de la caballería en dos: el Ala Petriana a la izquierda y el resto a la derecha. Disponía también de media docena de *scorpiones*, las dotaciones de los cuales los colocaron por parejas en los huecos entre las cohortes de la primera línea. Con ellos formaron los arqueros, cuya labor sería hacer el papel de escaramuzadores.

—No parece que seamos tantos, ¿no? —dijo Crispino en voz baja.

Los exploradores de Ferox ocuparon el flanco derecho, pero el legado le pidió al centurión que permaneciera con él por el momento, hasta que tuviese que hacerse cargo de sus hombres.

Entre los britanos había mucha menos organización, pero sus tropas se antojaban ahora mayores en número incluso que antes. No tenían mucha caballería; los hombres de Broco en el flanco izquierdo se enfrentaban a una cantidad pareja de efectivos montados. En el flanco derecho no había caballería, al menos por el momento. En su lugar se veían hombres a pie, grandes masas de diez guerreros o más de fondo sin apenas huecos entre ellos. No era una línea de batalla que pudiera maniobrar con facilidad, aunque tampoco es que les hicieran falta tales sutilezas.

—«Nombraría los campos de batalla en los que un puñado de romanos hicieron huir a grandes hordas enemigas, y las ciudades fortificadas por la naturaleza misma que tomaron al asalto, si no fuera porque tales excursos me apartarían del asunto a tratar». —Ferox se alegró de recordar la cita entera.

—¿Otra vez Salustio? —logró decir Crispino con una nerviosa sonrisa—. Fue condenado al exilio por corrupción, ya sabes.

—Se declaró inocente.

—¿Acaso no lo hacemos todos? —El tribuno estuvo a punto de decir algo más y luego cambió de opinión. Entonces le ofreció la mano al centurión—. Por si el puto viejo no tenía razón con eso de que el número no importa. Lo lamento, se me olvida que no te gustan los juramentos.

—Son un desperdicio de ira, señor. Y la ira es algo que merece la pena tener a mano en un día como este.

Ferox tenía la extraña sensación de estar viviendo en una oda. Al norte se veían aparecer más y más enemigos, aunque aún tardarían tiempo en llegar. Por el momento la proporción estaba en tres o cuatro a uno, puede que más, y eso sería suficiente para tenerlos a todos ocupados.

—Suerte, señor. Ahora todo lo que importa es lo que ocurra en las horas siguientes; será mejor que las vivamos bien.

Crispino tragó saliva. Tenía la cara pálida.

—Me gustaría poder pensar en un chiste —dijo, pero Marcelo hizo un gesto para indicarle a Ferox que ya podía unirse a sus hombres, así que el centurión se alejó al paso al encuentro de aquellos. No había por qué apresurarse. Su montura ya estaba bastante cansada.

—No tienes por qué venir —le dijo a Vindex cuando el brigante le siguió—. A ti y a tus hombres se os paga para reconocer el terreno, no para luchar en batallas.

—Tiene pinta de que no habrá mucho más que explorar hoy —dijo Vindex mientras se acariciaba el mentón con su barba de unos días—. El problema es que he desarrollado cierta aversión por esos desgraciados de allí, y mis chicos también. No dejo de pensar en el pobre muchacho al que enterraron.

—Sí —dijo Ferox. Y no eran solo el Hombre Cabra y su chico, también la pobre y necia Fortunata, la joven esclava que habían asesinado en su cama, y todos los demás—. Si alguna vez ha hecho falta acabar con alguien, es con ese Caballo y con su recua de seguidores.

Se oyó un gran aullido, proveniente de las líneas enemigas, y el tronar de los cuernos.

—Parece que se lo han tomado mal. —Vindex tuvo que alzar la voz.

El enemigo avanzó un centenar de pasos antes de vacilar, reducir la marcha y detenerse. Los carros y un puñado de jinetes se acercaron algo más

mientras los guerreros espetaban insultos a las líneas romanas. Los soldados, en cambio, permanecieron en silencio. Nunca era fácil hacer que los hombres cargaran contra un enemigo que esperaba, y Ferox había visto empezar muchas batallas de forma gradual, como aquella. Los grupos de britanos comenzaron a entonar cánticos al tiempo que sonaban sus instrumentos; los graves cuernos de vaca acompañaban el penetrante tronar de los *carnyxes*.

Flaco estaba al mando de la caballería romana del flanco derecho, y ordenó a los exploradores que formaran junto a la cohorte de la II Augusta. Ferox y la mitad de sus hombres, incluidos los brigantes, permanecieron como segunda línea a cincuenta pasos de la primera. A su derecha el decurión Masclo tenía a su disposición a dos *turmae* de la Cohors VIII, apoyadas por otra de la Cohors III Batavorum en reserva.

Los jinetes legionarios ocupaban la tercera línea.

Por el momento el enemigo se contentaba con desafiar a los romanos. Un puñado de jinetes se aproximaron al trote, a tiro de arco, pero por ahora el legado había ordenado a todos sus hombres, incluso a los arqueros, que esperaran. Quería que el enemigo ganara confianza. Quería que atacaran.

Frente a Ferox y a la caballería del flanco derecho había unos cuantos carros. Algunos de ellos también se adelantaron. Uno de ellos, con la cesta pintada de un verde intenso, se aproximó más rápido que los demás, directo a los romanos, antes de virar y pasar por delante de la masa de guerreros. El conductor era pequeño y, encorvado, guiaba un tiro compuesto por un caballo gris y otro negro, una combinación que, según los siluros, traía mala suerte. Confiaba en que su pueblo tuviera razón, ya que el guerrero que iba detrás era gigantesco y estaba completamente desnudo, salvo por la torques que lucía en el cuello. Tenía la piel cubierta de tatuajes y blandía en alto la cabeza de un ciervo con cornamenta. Era el Caballo, y a Ferox le hubiera gustado tener tiempo para dar la orden y que uno de los *scorpiones* atravesara al sujeto con un proyectil mientras se encontraba a tiro. El carro siguió adelante. Un chorro de lodo salió despedido cuando una de sus ruedas pasó por un charco. Ni las piezas de artillería ni los arqueros efectuaron disparo alguno, y el hechicero pasó de largo sin un rasguño. No tardó en estar fuera de alcance. Sus seguidores gritaron aún más, rompieron sus líneas y avanzaron en masa otros cien pasos antes de volver a detenerse.

Los romanos esperaban. Ferox pudo ver a los hombres de la II Augusta en formación, con los escudos apoyados en el suelo y sostenidos contra las piernas, con los *pila* en vertical y los regatones de estos en el suelo. Habían dejado sus capas con el bagaje y, a pesar de que llevaran pantalones, túnicas y jubones acolchados, tenían que estar pasando frío, ya que ninguna armadura, ni siquiera la coraza segmentada de los legionarios, servía para retener el calor. No conocía a esos hombres, ya que su cohorte no había tomado parte en la expedición punitiva, pero sus rostros le resultaban familiares, como le pasaba con muchos soldados a los que había conocido. Hoy eran rostros tensos, porque a nadie le gusta esperar, y todos sabían contar. Se preguntó cuántos de ellos habrían luchado antes en una batalla, y supuso que eran pocos, incluidos aquellos con la cara avejentada y surcada de arrugas merced a las inclemencias del tiempo y al sufrimiento. Uno de los hombres se había quitado el yelmo para ajustarse el sombrero de lana que llevaba debajo. Lucía una barba espesa de color castaño oscuro y con mechones grises. Un *optio* que iba de un lado a otro detrás de la formación le amonestó por no ir ataviado como debía. El soldado le dedicó una mirada y se la sostuvo el tiempo justo como para constituir una insubordinación, antes de calarse de nuevo el casco y volver a abrocharse las carrilleras.

Los britanos volvieron a detenerse a no más de doscientos pasos de distancia. Hubo gritos y barullo cuando sus caudillos intentaron poner cierto orden en la formación. Aquí y allá había grupos de guerreros dignos de tal nombre: era evidente por su actitud, su postura y por el hecho de que tenían las mejores armas. Aquellos hombres portaban escudos ovalados, una lanza y, por lo general, una o dos jabalinas, así como una espada. Unos cuantos llevaban casco y algunos incluso armadura. No obstante, la mayoría de los que ocupaban las primeras filas vestían de modo más humilde y blandían armas de todo tipo: desde lanzas a simples varas puntiagudas, hachas, martillos, cuchillos largos y tan solo un puñado de espadas. Eran el tipo de hombres que solían encontrarse en las últimas posiciones cuando la tribu entraba en batalla, y solo acudían porque así se lo pedían sus caudillos, pero no contaban para mucho. Hoy parecían diferentes: estaban intoxicados de pasión por su líder y de odio a Roma.

Ferox detuvo su caballo a unos pasos de distancia, delante de sus hombres,

para poder ver mejor. Miró hacia el norte y vio otro contingente.

—Son unos cuantos —dijo Vindex.

Los más cercanos estaban a más de una milla de distancia, pero había miles de guerreros avanzando hacia ellos. En cabeza acudían jinetes y más carros de los que Ferox había visto al comenzar la jornada. Calculó que en ese grupo había más guerreros de verdad, y se preguntó cuántos reyes habrían enviado a sus hombres. Guerreros como Ganasco quizá no lucharan si no tenían claro que los romanos estaban perdiendo, o puede que el gran rey y el resto llevaran todo ese tiempo engañando a los romanos, en cuyo caso, como hubiera dicho Vindex, estaban jodidos.

—Tenemos que ponernos a ello —dijo Vindex.

—Permanece con tus hombres —le dijo Ferox—. Por una vez necesito que sigas mis órdenes.

El rostro cadavérico del brigante se quebró con una sonrisa.

—Bueno, supongo que, dado que no me pagan por esto, quizá podamos obviar esa regla por una vez.

Se oyó un ruido agudo, como el chasquido de un látigo, solo que más intenso. De pronto el enemigo calló. Hacía años que Ferox no veía disparar a una pieza de artillería, y casi había olvidado la violenta potencia de sus proyectiles. Acto seguido se vio un hueco en la línea frontal enemiga. Había caído un guerrero. El proyectil le ensartó el escudo al cuerpo antes de atravesarle la cota de malla y el torso. El impacto le proyectó hacia atrás derribando a su vez a otros hombres a los que Ferox vio intentando incorporarse. Más *scorpiones* aguijonearon la primera línea. Los proyectiles surcaban los aires con absoluta precisión mientras sus dotaciones seleccionaban hombres a los que abatir de entre los grupos que tenían enfrente. Los legionarios lanzaron vítores cuando una de las saetas atravesó a un hombre con tal fuerza que le salió por la espalda empalando a un segundo britano. Los dos trastabillaron de un lado a otro mientras sus compañeros se apartaban como si fueran presa de algún sortilegio, hasta que el primer hombre se desplomó hacia delante llevándose consigo el asta en su caída.

Los arqueros dieron unos pasos al frente y empezaron a disparar. Cayeron más hombres, dado que la mayoría de los britanos tan solo portaban los pequeños escudos cuadrados que solían usar los selgovae y los votadinos. Las

defensas eran fáciles de blandir, pero, debido a la concentración de hombres, esquivar las flechas era imposible, y al ser los escudos pequeños no ofrecían protección suficiente. La línea frontal de cada uno de los grupos de bárbaros se estremeció cuando comenzaron a llover impactos, más aún cuando las saetas de la artillería hacían blanco en una de sus víctimas.

Oyeron un zumbido parecido al de un lejano enjambre de abejas: los bátavos entonaban su *barritus*. Los legionarios permanecían en silencio, y Ferox supo que al enemigo expectante los romanos se les antojarían impasibles hasta el punto de parecer inhumanos. Los britanos volvieron a aullar y a hacer sonar sus cuernos. Algunos hicieron amago de avanzar, pero otros los instigaron a que no lo hicieran. Entonces sus aullidos ganaron en intensidad, ahogando el cada vez más audible canto de los bátavos. Ferox vio al Caballo, en su carro, recorriendo de nuevo la línea frontal de sus hombres. Un *scorpio* escupió su proyectil, pero pasó por delante de los dos ponis y atravesó a un bárbaro de la primera fila. Las flechas fallaron y el hombre siguió adelante hasta que, a un gesto suyo, el auriga redujo la velocidad y el mago, desnudo, saltó al suelo. En cuanto pisó la hierba, una de las saetas de la artillería le acertó al auriga en la cabeza y le derribó, mientras que una segunda atravesó las tripas del poni negro. El animal se encabritó y relinchó. Una docena de flechas cayeron sobre ellos rematando al poni negro y matando al otro, pero sin llegar a herir al Caballo salvo por la flecha que se incrustó en la cabeza de ciervo. Ferox le vio escupirle a la flecha y, acto seguido, colocarse el aparatoso tocado con cornamenta en la testa. Aparecieron unos hombres que le entregaron una espada y un escudo que el hechicero alzó al tiempo que gritaba. Las palabras resultaron incomprensibles hasta que el ejército bárbaro al completo las coreó.

—¡Sangre de rey, sangre de reina!

Los britanos avanzaron. Una masa humana rodeó al hechicero hasta que este desapareció de la vista.

—¡Sangre! —gritaron miles de voces.

—¡Silencio en las filas. Preparados para avanzar! —gritó el centurión que había dado unos pasos por delante de los estandartes de la cohorte de la II Augusta. Su voz se oyó clara por encima del estruendo—. ¡Mantened la posición en la formación y seguid a los estandartes! ¡Adelante!

Las cuatro cohortes de la primera línea avanzaron. Siempre era mejor toparse con el enemigo en marcha. Ferox y la caballería recibieron la orden de mantenerse retrasados y de proteger el flanco de la infantería, aunque el centurión vio que Masclo enviaba a una de sus *turmae* a hostigar al enemigo, y eso era lo correcto.

—¡Buena suerte, muchachos! —dijo Neratio Marcelo con voz profunda y potente de avezado orador. Ferox no le había visto llegar, pero cabalgaba justo detrás de su primera línea animando a sus hombres al combate.

—¡Sangre! —gritaron los britanos. Y cargaron.

XXVIII

Un hombre a la carrera no tarda mucho tiempo en recorrer doscientos pasos. Los arqueros ya estaban retrocediendo a toda prisa para buscar refugio detrás de las cohortes, y Ferox confiaba en que las dotaciones de los *scorpiones* estuvieran poniendo la artillería a salvo. Ante él, el enemigo se mostraba más cauto: no parecían estar seguros de cargar contra los jinetes romanos o no. Avanzaban al paso, a la expectativa. El centurión no pudo ver entre ellos guerreros de verdad, tampoco a los fanáticos tatuados del Caballo. Los hombres de Maselo lanzaron una lluvia de jabalinas contra la masa de guerreros, y cuando estos empezaron a caer, los britanos se detuvieron.

A lo largo del resto del frente, el enemigo cargaba tan rápido como les permitían sus piernas. No llegaban en una línea sólida porque los más ansiosos, los más valientes y los más necios corrían más rápido que los demás. Grupos de hombres, principalmente los fanáticos y un puñado de verdaderos guerreros, dejaron atrás a la muchedumbre. Muchos cambiaron de dirección para seguir a los anteriores, con lo que, en vez de una gran ola, la masa britana se convirtió en una mano con los dedos extendidos que pretendiera clavarse en los romanos. Ferox había visto eso mismo varias veces, pero hoy la mezcla de la inexperiencia con un entusiasmo desmedido provocó que ocurriera mucho antes. Como siempre, los grupos más osados cargaban contra el corazón de la formación romana más cercana.

—*¡Pila!* —gritó un centurión a los hombres de la II Augusta, y la fila frontal alzó sus esbeltas jabalinas, listos para lanzar.

El espacio entre las líneas de batalla se había reducido considerablemente,

y el grupo de britanos más cercano no estaba a más de cincuenta pasos de distancia. Seguían cargando, e incluso los líderes se desgajaban de quienes los seguían, dado que cada hombre corría a su ritmo. Ferox ya no podía oír ningún cántico, tan solo un rugido en el que se mezclaba la ira con el terror. El espacio se redujo a treinta pasos, luego veinte, y los britanos que cargaban en cabeza no aminoraban la marcha, en todo caso ganaban velocidad. Eran los hombres del Caballo, la mitad de ellos desnudos, como su líder, y todos cubiertos de tatuajes.

En el centro el cántico de los bátavos se convirtió en un rugido, y Ferox pudo ver a ambas cohortes cargando y arrojando sus jabalinas mientras lo hacían. Los legionarios de la II Augusta seguían esperando; el britano más cercano estaba a diez pasos. Ferox temía que el veterano centurión estuviese tardando demasiado en dar la orden.

—¡Ahora!

El centurión de la II Augusta bajó el brazo, sus hombres corrieron tres pasos y la fila frontal arrojó sus *pila* acompañando el disparo con un gruñido de esfuerzo. La segunda fila esperó dos latidos y lanzó sus proyectiles, y luego la tercera siguió el ejemplo de las anteriores, arrojando los suyos sin apuntar, dado que no podían ver lo que ocurría más allá de sus compañeros.

Tres grandes oleadas, cada una de más de doscientos *pila*, silbaron al surcar el aire para impactar contra los britanos que cargaban. Fue como si los golpeará una galerna recién llegada del mar. Sus pequeños escudos no proporcionaban mucha protección, y muchos guerreros volaron de espaldas cuando los pesados proyectiles se ensartaron en sus cuerpos. Ferox vio a un guerrero que había logrado detener un *pilum* con el escudo. El britano trastabilló cuando la punta atravesó la madera, le perforó el brazo y aún llegó a sobresalir un palmo. Acto seguido, una segunda jabalina pesada le acertó en un lado de la cabeza, hundiéndosele en el cráneo y luego en el suelo cuando cayó.

La demencial carga de los britanos había provocado que se deshiciera su formación. Muchas jabalinas habían fallado y se habían clavado en la hierba, pero había docenas de hombres muertos, otros tullidos, otros heridos y todos aturridos. Los cánticos habían cesado. No se oía nada salvo gritos de dolor y gemidos de sufrimiento. La carga había quedado desbaratada, y los britanos

retrocedieron para reagruparse. En el centro las dos cohortes báltavas habían pasado de una lenta carrera a una carga en toda regla, chocando contra un enemigo conmocionado, empujando con los umbos de sus escudos y acuchillando a sus oponentes.

—¡Gladios!

Los legionarios de la II Augusta bajaron las manos derechas, aferraron la empuñadura de sus espadas cortas y liberaron sus hojas de las vainas.

—¡Seguidme! —El centurión echó a correr—. ¡A la carga!

La orden se convirtió en un aullido de ira y los legionarios le imitaron, gritándole al enemigo a medida que se acercaban a él.

Los britanos no huyeron. Otros, después de la confusión causada por la salva y, acto seguido, enfrentados a una riada de hombres cubiertos de metal y aullando, hubieran vacilado y hubieran intentado salvar la vida. Los más bravos de entre los britanos habían caído, ya que de la primera línea no quedaba nadie en pie, pero el resto o estaban demasiado aturcidos o eran demasiado tercos como para ceder terreno. Se arracimaron y, a toda prisa, formaron una línea desigual. Los guerreros se pusieron en guardia. Unos cuantos arrojaron jabalinas. Un legionario recibió un impacto en la cara y cayó con gran estruendo de armadura y equipo. Los romanos corrían hacia el enemigo, pero al percatarse de que los britanos mantenían la posición y los esperaban, los legionarios aminoraron la marcha. Solo un necio, o un borracho al que no le importara nada, cargaba a toda velocidad contra una línea de batalla, ya que este era el mejor modo de acabar en el suelo, y un caído no duraba mucho en este tipo de enfrentamiento. Los romanos hicieron contacto poco más que al paso; sin embargo, incluso eso produjo un estruendo parejo al del derrumbe de un edificio de piedra cuando escudo chocó contra escudo y hoja contra hoja.

Ambos bandos gritaron, ya sin orden, y sus gritos se mezclaron con resuellos de esfuerzo y dolor. Había cuerpos tendidos en el terreno que los romanos habían dejado atrás, la mayoría britanos, muchos de los cuales aún se movían. Uno de los *optiones*, ubicado en la retaguardia de la formación, empezó a rematarlos con la punta afilada de su bastón de mando, hasta que otro de los suboficiales le gritó que hiciera su labor y que se asegurase de que los hombres guardaban la formación.

Ferox no podía ver el combate con claridad, tan solo las espaldas de los soldados romanos, pero sí podía ver que ganaban terreno, paso a paso. La línea sufrió una sacudida cuando uno de los britanos abatió a un legionario de la primera fila y saltó a hacia el hueco. Los romanos que tenía alrededor lo golpearon hasta que cayó al suelo. El hueco se cerró cuando un legionario ocupó el lugar de su compañero, y la formación siguió adelante.

Masclo lideró a su segunda *turma* para seguir con las labores de hostigamiento, ya que a la primera se le habían agotado las jabalinas. Ante ellos los britanos se apiñaban y se encogían con la esperanza de convertirse en blancos más difíciles detrás de sus pequeños escudos. Algunos arrojaron jabalinas, pequeñas hachas e incluso piedras contra los veloces jinetes. Pero estos proyectiles o bien no hacían blanco o bien rebotaban en los escudos. Ni uno solo de los auxiliares fue derribado.

—Un poco más y cargamos, muchachos —les dijo Ferox a sus hombres.

—Entonces será mejor que te pongas el casco —dijo Vindex.

Y el centurión se percató de que llevaba puesto su viejo sombrero de fieltro. Alargó la mano hacia atrás y desató el yelmo.

—Vuelve con tus hombres —le dijo al explorador.

Surgió un vítor de la II Augusta cuando, al fin, los britanos huyeron y retrocedieron cincuenta pasos antes de detenerse. Algunos, heridos o demasiado lentos, fueron abatidos por los legionarios, varios de los cuales se dejaron llevar y persiguieron al enemigo en retirada.

Estaba ocurriendo lo mismo a lo largo de todo el frente. Los britanos habían aguantado la embestida durante más tiempo del que Ferox hubiera esperado, pero ahora retrocedían, y ambos bandos recobraron el aliento.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Formad! —les gritó a sus hombres el veterano centurión de la II Augusta.

Ferox podía ver el alto penacho transversal del yelmo del oficial mientras este iba de un lado a otro. El resto de centuriones corearon la orden, y, pasado un instante de confusión, los legionarios obedecieron. Los *optiones*, en retaguardia, ayudaban a rehacer la formación. Los heridos fueron retirados y enviados a un lugar seguro, salvo aquellos pocos que se negaban a dejar la primera línea de combate.

Un único y gran copo de nieve cayó sobre las crines del caballo de Ferox.

No se derritió, se quedó ahí, intensamente blanco sobre el pelaje áspero y negro. A este le siguieron otros, y un resplandor en las nubes trajo consigo la promesa de muchos más.

Masclo hizo una seña al *cornicen* para que tocara a repliegue, y los bátavos que hostigaban al enemigo volvieron a ocupar su lugar, en formación cerrada, junto a los hombres de Ferox. El decurión miró a su alrededor buscando a Flaco y, al no verle, se acercó al centurión al paso.

—Estamos a tus órdenes, señor —dijo—. ¿Cuándo carguen ellos? —dijo señalando con el mentón a la cohorte de legionarios.

—Esperaremos un poco más. —Ferox miró al norte. Era difícil de ver, pero, por lo que podía deducir, el enemigo que provenía de aquella dirección aún se encontraba lejos—. Hay tiempo, y si esperamos un poco, esos desgraciados tendrán más tiempo para preocuparse.

Masclo no parecía convencido, y estaba claro que se preguntaba qué sabría un infante de esas cosas, pero Ferox era su superior, y su hábito de la obediencia, muy fuerte.

—Los muchachos lo están haciendo bien —dijo, en vez de poner en duda la orden.

—Así es —concedió Ferox, y gesticuló hacia el centro.

Allí la infantería bátava volvía a la carga, sin molestarse, esta vez, por entonar su *barritus*; simplemente aullaron desafiantes al llevar sus hojas contra el enemigo.

—¿No debería alguno de nosotros ir en busca de Flaco? —preguntó el decurión con expresión marcial, aunque sin ocultar del todo la falta de confianza, implícita en la solicitud, que le inspiraba Ferox.

—¡Vamos, muchachos, demostremos a esos perros cómo luchan los soldados de verdad! —azuzó el veterano centurión de la II Augusta a sus hombres para, acto seguido, empezar a golpear el costado de su escudo con su gladio—. ¡Adelante, Capricornios!

Los legionarios le imitaron, batiendo sus armas de forma acompasada, y entonces avanzaron al paso. Ferox conocía bien su legión, pero no pudo evitar sentir orgullo cuando los hombres se aproximaron en buen orden al enemigo que aguardaba. A una parte de su alma, no solo a aquella que seguía siendo segura, le molestaba ese golpeteo de espada contra escudo, porque existía el

riesgo de dejar romo el filo y porque el ruido producía, por lo general, menos miedo que el orden silencioso.

Los britanos no se amedrentaron.

—¡Sangre! ¡Sangre!

El cántico manó diáfano, y Ferox vio al Caballo cerca de la primera línea de su grupo. Llevaba encima la inconfundible cabeza de ciervo y blandía una espada ensangrentada. Con él había varios de sus seguidores tatuados, los cuales parecían estar frescos mientras se abrían paso hacia la primera línea.

—¡Sangre!

Romanos y britanos se lanzaron a la carga al tiempo. Esta vez no había *pila*, y los guerreros tan solo arrojaron algunas jabalinas cuando la distancia se redujo. Ninguno de los bandos vaciló hasta que, en el último momento, ambas líneas aminoraron su carrera y las dos líneas chocaron. Los hombres gritaron, lanzaron tajos o estocadas, los escudos golpearon a los escudos, las hojas golpearon armaduras, carne y huesos.

—Nos toca. —Ferox le dio una palmada a Masclo en el hombro—. Directos a ellos: esperemos que su moral se venga abajo. Flaco nos seguirá si ganamos y nos cubrirá si no lo hacemos.

Confiaba en que fuera cierto, pero no había tiempo de asegurarse: cualquier retraso habría significado que los guerreros que tenían enfrente pudieran recuperar en parte la confianza en sí mismos.

Ferox desenvainó y alzó el escudo plano y redondo que había cogido prestado de uno de los hombres de Vindex.

—Muy bien, muchachos, vamos a ir a por esos desgraciados y no nos vamos a detener. ¡Al paso! ¡Adelante!

La yegua respondió al instante, y el centurión tuvo que impedir que saliera al trote mediante un leve tirón de las riendas. A la izquierda la II Augusta seguía combatiendo, y, por el momento, no estaba cediendo terreno. El ruido iba muriendo a medida que los hombres se agotaban.

—¡Al trote!

A Ferox le hubiera gustado disponer de un *cornicen* que repitiese cada orden, pero a los exploradores no les había sido asignado uno.

Los britanos, expectantes, estaban ya cerca, tan apretados entre ellos que parecían una pared. Debían de haber usado todos sus proyectiles contra los

escaramuzadores de Masclo, porque no arrojaron nada, ni contra Ferox ni contra los demás, cuando se acercaron. No estaban ni a treinta pasos de distancia. Los guerreros tampoco estaban aullando, y eso era un error, porque a los caballos no les gustaba el ruido, incluso cuando estaban entrenados para la batalla.

—¡A la carga! —aulló Ferox, y le satisfizo oír que sonaba una tuba en una de las *turmae* bátavas.

La nieve seguía cayendo. Los copos se le pegaban a la cara mientras su montura cabalgaba, libre ya de la presión del bocado. Los auxiliares rugieron, y, a su espalda, el centurión pudo oír el agudo grito de guerra de los carvetos cuando Vindex y sus hombres siguieron a los demás. Oyó el pesado tronar de las pezuñas sobre la tierra mullida mientras recorrían los últimos pasos. El enemigo seguía estando en silencio, agazapado, esperando. Era ahora cuando todo podía salir mal, porque ningún caballo cargaba contra lo que pudiera parecer un bloque sólido. Los caballos se detendrían a unos pasos de distancia y los jinetes se bambolearían en las sillas mientras intentaban espolear a los animales para que siguieran adelante.

Uno de los britanos se incorporó y abrió la boca como si pretendiera gritar, pero Ferox no oyó sonido alguno, y su montura siguió galopando. El guerrero dio media vuelta, intentando empujar a un lado a los hombres que tenía detrás, y, de pronto, la masa se quebró y los britanos se apresuraron a huir. Se abrió un hueco y la yegua penetró por él. Ferox lanzó un tajo y sintió vibrar la espada cuando esta tocó hueso y se incrustó en un cráneo. Estuvo a punto de perder el arma, pero la velocidad del animal le ayudó a liberarla. Un guerrero corrió hacia él e intentó propinarle una estocada en el pecho con su lanza; Ferox golpeó la punta a un lado y siguió adelante, galopando en medio de una muchedumbre de hombres en retirada. Se inclinó para dar una estocada y alcanzó a un britano en la nuca, lo vio caer y avanzó. Había jinetes romanos cerca, a ambos lados, propinando más tajos que estocadas.

Ferox descargó un golpe. El blanco se apartó en el último instante, de modo que la punta triangular de la hoja del centurión rasgó el ojo y la mejilla del guerrero. El britano se llevó la mano a la herida, chillando, hasta que Víctor le hundió una pesada lanza en la espalda. Masclo se abrió paso con su caballo entre la nada, y Ferox le observó cabalgar, junto a uno de los hombres

que huían, lanzar un tajo y cercenar la cabeza del britano de un solo movimiento. Un chorro rojo salió despedido al aire. Caballos y jinetes estaban salpicados de sangre, pero poca era propia.

No todos los britanos se mostraban indefensos. Dos hombres se abalanzaron sobre Ferox, uno por cada flanco. El centurión tiró con fuerza de las riendas e hizo que su yegua retrocediera. El animal se encabritó y levantó las patas delanteras, y uno de los atacantes perdió los dientes cuando la pezuña le golpeó en la cara. El centurión tajó hacia el brazo del otro guerrero. La mano de este aún empuñaba un hacha de leñador cuando cayó al suelo, separada del cuerpo. Ferox alzó la espada de nuevo y atacó al primero: no le alcanzó en la cabeza, pero la hoja le mordió el cuello. Con la siguiente estocada la sangre empezó a fluir y el hombre cayó desplomado.

Ferox siguió adelante; la muchedumbre estaba ahora más dispersa, y, sin embargo, debía de haber al menos diez britanos por cada uno de los romanos que cabalgaban entre ellos. Resultaba embriagador tener a tal cantidad de enemigos a tu merced, tantos entre los que elegir como siguiente víctima. Alejandro había liderado así a sus macedonios, y no era de extrañar que el rey no tardara en sentirse como un dios debido a la exaltación básica y animal que producía una matanza tal que no era comparable con nada. Los auxiliares mataban y mataban, y aún parecía haber más enemigos a medida que los soldados se iban cansando. Sus caballos, al galopar a más velocidad que los guerreros a pie, pronto rebasaron la masa de britanos. Ferox miró a su alrededor: no había más enemigos que abatir, los había dejado a todos atrás. Su montura empezó a reducir el galope, pero el centurión la azuzó hasta verse libre de peligro antes de detenerla y dar media vuelta.

Ferox intentó gritar, pero tuvo que toser antes de poder decir una palabra. Tenía la boca seca como el polvo, y su voz se quebró al dar la orden.

—¡Formad! ¡Formad conmigo!

Agitó la espada al aire. El brazo le pesaba como el plomo. Varios hombres acudieron a la llamada, con los ojos abiertos al máximo, incapaces de creer lo que acababan de conseguir. Vindex estaba entre ellos, la hoja de su espada larga estaba dentada. Masclo y sus bátavos tenían restos de sangre hasta en las pieles que cubrían sus cascos. El tracio también se encontraba allí, se miró al muslo, asombrado de estar herido pues no parecía recordar cómo había

ocurrido. Unos cuarenta hombres habían alcanzado el otro lado. Ferox no sabía cuántos romanos habrían caído, aunque pudo ver un par de caballos muertos entre la muchedumbre de enemigos que ahora iba de un lado a otro sin saber qué hacer. Habían dejado de correr. Más allá pudo ver a varias docenas más de jinetes, lo que significaba que algunos de sus hombres no habían logrado penetrar en la formación enemiga. Los jinetes legionarios estaban aún más atrás. Era difícil distinguirlos por culpa de la nieve.

Miró al centro, donde el combate había vuelto a detenerse. Resultaba extraño ver las espaldas de los britanos en vez de las de las cohortes romanas. La II Augusta no parecía haber ganado más terreno, aunque tampoco lo habían perdido. En su lugar, ambas formaciones habían luchado hasta el agotamiento y ahora se retiraban la una de la otra hasta colocarse a dos lanzas de distancia. Pudo ver los seis *signa* de la cohorte apiñados en el centro de la línea, pero no lograba distinguir a los legionarios. La masa de britanos tenía un fondo de quince, quizá veinte hombres, y si el Caballo seguía con ellos era seguro que estaría azuzando su histeria. Ferox se preguntaba si la II Augusta podría aguantar cuando observó, satisfecho, una nube de flechas describiendo un arco sobre la cohorte que cayó sobre la densa masa enemiga. Alguien había visto el peligro y había enviado a los arqueros a apoyar a los legionarios. En el centro los bátavos habían ganado algo de terreno, pero seguían siendo inferiores en número. Dado que los copos de nieve eran cada vez más gruesos, no pudo ver el flanco izquierdo. Solo podía esperar que la XX Valeria Victrix y la caballería estuvieran aguantando.

—Muy bien, muchachos, volvemos al lugar de partida —dijo mientras pasaba la hoja de la espada por las crines de la yegua para quitarle la sangre—. ¡Vamos! ¡Antes de que empiecen a contar! —Unos cuantos hombres sonrieron, ya que, ante ellos, había cientos de guerreros que volvían a agruparse, muchos de los cuales se estaban dando la vuelta para encararse a los romanos que ahora tenían en retaguardia.

Si Flaco enviaba ahora a sus legionarios, con ambas fuerzas cargando desde costados opuestos, era posible que los britanos, presas del pánico, huyeran.

—¡Señor! —dijo Masclo señalando más allá de los britanos.

Los jinetes legionarios estaban virando para encararse al norte. Por un

instante la nieve amainó, y Ferox vio a una de las cohortes de la VIII Hispana retirándose también del combate principal. Las reservas se estaban desplegando para enfrentarse a una nueva amenaza en el momento en que la batalla pendía de un hilo.

Con un aullido ahogado, los britanos que se enfrentaban a la II Augusta volvieron a avanzar, exigiéndoles un esfuerzo más a sus agotados miembros y a su precario estado de ánimo para intentarlo una vez más. Ferox confiaba en que los legionarios aguantaran porque ya no tenían a nadie detrás.

—¡Vamos, esa gente ha vivido ya demasiado! —les dijo Ferox a sus hombres al tiempo que apuntaba con la espada hacia los britanos que se reagrupaban.

Vindex rio. Había locura en sus ojos.

—¡A la carga!

No tenía sentido ganar velocidad de forma gradual. Los caballos y los hombres estaban cansados; solo se trataba de golpear al enemigo tan rápido como fuera posible. Sus hombres no lanzaban vítores: tenían que ahorrar fuerzas para el combate, pero le siguieron en una línea irregular de dos filas de fondo.

La yegua emprendió un trote largo, tropezó, recuperó el equilibrio y halló la fuerza para ir más rápido. Los britanos estaban cerca y, entre ellos, había cadáveres. La nieve cuajaba sobre estos últimos a mayor velocidad que en suelo húmedo. Los cuerpos parecían diminutas colinas blancas. Algunos britanos esperaban espaldas con espaldas, con las armas en guardia, pero Ferox los ignoró y penetró en los huecos que dejaban los hombres que huían de su camino. La retaguardia de un grupo de guerreros solía ser donde se refugiaban los cautos y los cobardes: eran pocos los audaces y aquellos con el sentido común suficiente como para saber que correr era lo más peligroso que podía hacerse. Ferox derribó a uno de los guerreros y cargó contra el siguiente solo para ver cómo el britano se tiraba al suelo de modo que no pudo alcanzarlo. Confiaba en que alguno de los que le seguían tuviera la lanza dispuesta para rematar al desgraciado, pero no había tiempo para elucubraciones, era mejor seguir adelante.

Los romanos penetraron en la dispersa masa de guerreros, propinando tajos y estocadas, avanzando por donde hubiera hueco o allí donde se abriera

uno. Herían y mataban, pero ya no cabalgaban con la misma inercia y sorpresa de la primera carga, y muchos de los britanos parecían dispuestos a luchar. Uno de los bátavos le acertó a un hombre en la garganta con su pesada lanza, otro retrocedió cuando su caballo le mordió a un guerrero en el rostro dejándole desfigurado y ensangrentado. Otro britano hundió una estaca puntiaguda en las tripas del animal, que relinchó al caer. El jinete salió despedido, golpeó el suelo con fuerza y fue despedazado en cuestión de instantes.

Ferox siguió adelante, y se abalanzó sobre un hombre con la intención de atravesarle el cráneo allá donde lucía el tatuaje de un caballo, pero otro, un verdadero guerrero, estaba a su izquierda, y, de dos golpes, logró astillar la defensa del centurión dejando su escudo debilitado y quebrado. Estaba a punto de volverse para enfrentarse a él cuando otro hombre tatuado, con los ojos enloquecidos, cargó contra él. Soltaba espuma por la boca, y Ferox tuvo que hacer uso de toda su fuerza para detener el furioso ataque del individuo, que blandía un hacha con ambas manos.

Vindex le salvó. El brigante apareció de repente, saltaron chispas y se oyó un brusco impacto metálico cuando su espada larga chocó contra la hoja del guerrero y ambas armas se detuvieron en el aire. Ferox detuvo otro ataque enloquecido del guerrero que blandía el hacha, y tuvo tiempo de describir un arco ascendente con su hoja para acertarle al sujeto en la garganta. La sangre manó de la herida, pero el hombre del tatuaje hizo uso de sus últimas fuerzas para alzar de nuevo el hacha y rasgar el hombro de la yegua.

Ferox giró la cabeza y vio a Vindex derribando al guerrero. Primero le hirió en el hombro para que las fuerzas abandonaran el brazo con el que blandía la espada, luego le golpeó una y otra vez en la cabeza. Cuando acabó, la hoja de su espada estaba aún más aserrada que antes y doblada en un ángulo imposible.

—¡Me debes una espada! —aulló el brigante, y hundió los talones en los flancos del caballo para obligar a la esbelta bestia a que avanzara para intentar abrirse paso ahora que su arma había quedado inservible. Ferox le siguió, atacando a cualquiera que pudiera suponer una amenaza para el explorador. La yegua sangraba profusamente, podía sentir cómo temblaba. Si no lograba llegar al otro lado, el animal se desplomaría, y entonces le sería

imposible salir de allí.

Vindex encontró su camino bloqueado. Detuvo la estocada de una lanza con su espada doblada y la apartó a un lado; en ese momento Ferox llegó hasta él y barrió hacia abajo arrancándole al guerrero la parte trasera del cráneo. La sangre y los sesos del britano le salpicaron. La masa se hacía cada vez más densa, pero entonces se oyó un grito y un puñado de jinetes romanos cargaron desde el frente. No había muchos, ya que solo la mitad tuvieron los arrestos de cargar, pero bastó para confundir a los britanos. Algunos de los bárbaros murieron porque estaban mirando en la dirección contraria, y la muchedumbre volvió a dispersarse de modo que Ferox, Vindex y el resto lograron salir al galope y alejarse del enemigo dirigiéndose, una vez más, a las líneas romanas. Al menos fueron diez los que no lo lograron, pero, de los restantes, la mitad sangraban o se llevaban la mano a unos huesos rotos. La yegua de Ferox se desplomó en cuanto estuvieron a salvo, pero el centurión logró saltar antes de que esta cayera de lado. Víctor apareció entonces, tirando de un caballo sin jinete que tema el costado empapado en la sangre de su anterior dueño. Ferox le dio las gracias al auxiliar y montó de un salto.

La cohorte de la II Augusta había cedido terreno. No eran más que una docena de pasos, pero entonces ambas líneas volvieron a separarse. Los hombres boqueaban intentando respirar. Ya no tenían fuerzas para gritar. Cada vez que los hombres se aproximaban y luchaban, gastaban parte de su fuerza y su tesón, y nadie sabía qué reserva tenía de la primera y del segundo hasta que ambas lo abandonaban. Cada vez que las líneas se separaban, llevaba más tiempo persuadir a nadie para que avanzara de nuevo. Y más difícil aún cuando los hombres presentían que estaban perdiendo y que el enemigo los obligaba a retroceder.

En el centro lo bátavos aguantaban a duras penas por sí solos, puede que incluso hubieran ganado algo de terreno, unos pasos. Ferox observó al grupo más alejado: debía de tratarse de la Cohors III, que progresaba lentamente, aunque sin el entusiasmo de las anteriores cargas. Los britanos se enfrentaron a ellos sin vacilar, no estaban dispuestos a ceder terreno. Tenían de su parte la superioridad numérica y la ardiente pasión del iluminado que había entre ellos, el mismo que les había prometido la victoria. Por su parte, los soldados contaban con años de entrenamiento y práctica, con mejor equipo y con el

orgullo que sentían por sus unidades y por sí mismos.

No había reservas. Las dos cohortes de la VIII Hispana habían virado y marchado varios cientos de pasos para formar una nueva línea encarada al norte. Várdulos y tungros habían recibido orden de reforzar a los bátavos. Ferox vio al último grupo de auxiliares marchar a paso ligero con un centurión en cabeza al que seguían hacia el combate. No podía ver a los singulares y no tenía ni idea de adónde habían ido, porque no formaban parte de la línea que miraba al norte. Flaco estaba con sus legionarios, y Ferox se preguntó qué estaba haciendo aquel hombre, pero entonces apareció también Crispino, y el centurión supuso que había sido el legado Marcelo quien había ordenado aquel nuevo despliegue.

Un par de soldados ayudaban a un oficial de la II Augusta a llegar a retaguardia. El hombre se los sacudió de encima, y Ferox reconoció al centurión veterano de la unidad, a pesar de que había perdido el casco. Tenía una venda sucia enrollada a la cabeza y heridas en ambos brazos, había perdido el escudo y su armadura estaba desgarrada y manchada. Pero el hombre podía caminar, y se dirigía de nuevo al combate hasta que se desplomó. Incluso así, intentó arrastrarse hacia sus hombres.

—Mantenlos ocupados todo el tiempo que puedas —le dijo Ferox a Masclo. Tenía la garganta reseca; a pesar de la nieve que caía a su alrededor, parecía que hiciera una eternidad desde la última vez que había bebido algo—. Ayúdale —le dijo a Vindex, que parecía dispuesto a seguirle—. Procurad contenerlos el tiempo que sea posible.

Trotó con su caballo hasta la II Augusta y saltó junto al centurión, que seguía arrastrándose por la hierba dejando una estela de sangre.

—Sacadle de aquí —les dijo a los soldados. Se volvió hacia otro de los legionarios, un joven, poco más que un niño—. ¿Quién está ahora al mando?

—No lo sé, señor —dijo el joven al ver el penacho transversal de Ferox—. Debe de ser uno de los *optiones*, porque los cuatro centuriones han caído.

—Te equivocas, chico —dijo Ferox sonriéndole al pálido muchacho—. Yo estoy al mando. Sígueme.

XXIX

No había ni rastro de la ordenada línea de tres hombres de fondo con que la cohorte había empezado la batalla. Muchos legionarios, Ferox calculó que cerca de doscientos, habían retrocedido. Había hombres dispersos, solos o en pequeños grupos a tiro de arco del lugar en el que había estado la línea en su momento. La mayoría de ellos estaban ensangrentados, muchos tenían heridas en las piernas, en los brazos derechos o en la cara, allá donde el escudo no ofrecía protección. Hacía tiempo que el puñado de *medid*, soldados entrenados para tratar las heridas de sus compañeros, no daban abasto con la cantidad de bajas. Hacían lo que podían para ayudar a quienquiera que lo necesitara en aquel valle nevado, en medio de la batalla. Muchos otros, ilesos y reticentes, usaban la excusa de ayudar a retirar a los heridos con tal de alejarse del frente.

Ferox vio a un par de legionarios apoyados en sus escudos; tenían la cabeza inclinada hacia el suelo para no verse obligados a cruzar miradas con nadie.

—¡Vosotros! —les gritó a unos pasos de distancia; su voz, de pronto, cobró la fuerza del campo de prácticas, la suficiente para hacerles levantar la cabeza—. ¿Cómo os llamáis?

—Longo, señor —repuso uno de ellos antes de poder pensar siquiera. Su compañero le miró desconcertado, pero supo que no podía negarse a decir su nombre.

—Terencio, señor.

Este último era más joven que el otro: probablemente no tuviera más de

veinte años, pero tenía los rasgos afilados de quien tiene pensado hacerse viejo y rico.

—Muy bien. Acompañadme. Manteneos detrás de mí, y si os pierdo de vista, me aseguraré de que os arranquen la piel a tiras antes de que acabe la semana. ¿Comprendido?

—Señor —dijeron con voces privadas de entusiasmo, pero el hábito de la disciplina era fuerte y el penacho de Ferox le identificaba como centurión, además de su voz, la voz de un cabrón que no se olvidaría de su promesa.

Todo el mundo sabía que la peor matanza ocurría cuando una unidad se quebraba y huía, y, a medida que un combate se alargaba y todos se iban agotando, también sabían que las fuerzas podían abandonarlos en cualquier momento. Así que los hombres solían reservarse. Nadie quería ser el primero en dar comienzo una desbandada y que luego le culparan de ello. Y nadie quería morir, así que se mantenían detrás de la primera línea hasta que pudieran seguir el liderazgo de los demás.

Terencio y Longo siguieron al centurión, que ignoraba a los heridos pero que les gritaba al resto que se unieran a él. Ferox cogió un escudo del suelo, lo sopesó para comprobar que el mango seguía enganchado a la defensa y que la madera era sólida y continuó. Había una docena de arqueros cerca, esperando, sin disparar.

—Nos estamos quedando sin flechas, señor —informó el *optio* que estaba con ellos—. Nos quedan cuatro o cinco a cada uno.

—Muy bien. Que la mitad dé a la otra mitad las flechas que les queden. El resto, que desenvainen y que me sigan. Tú quédate con ellos.

—Señor.

Esperaba más resentimiento de los arqueros al haberles ordenado que lucharan cuerpo a cuerpo en vez de hacer aquello por lo que se les pagaba y aquello para lo que habían sido entrenados, pero los rostros de los arqueros permanecieron impasibles.

Ferox corrió hacia primera línea. El frente de la cohorte estaba compuesto ahora por siete u ocho grupos de hombres cansados. Algunos de esos grupos habrían empezado siendo las centurias de la cohorte, pero ya no había formación. Los legionarios que estaban dispuestos a seguir luchando se arracimaban, porque eso les hacía sentir más seguros. La mayoría de los

grupos era de diez o doce hombres de fondo con grandes huecos entre ellos. Si los britanos hubieran estado frescos y ansiosos, podrían haber anegado esos huecos y desbordado a los restos de la cohorte, pero ellos también estaban exhaustos y su línea también estaba hecha trizas y no era más sólida que la romana.

Los seis *signa* que llevaba la cohorte estaban en el grupo mayor, en el centro de la línea, y Ferox se acercó a ellos, corriendo por el hueco para ponerse al frente.

—Desde aquí —dijo señalando con la espada para mostrar dónde quería que estuvieran los estandartes, entre un grupo y el siguiente—. Terencio, tú ahí para marcar la derecha. Longo, a su lado, luego tú y tú —dijo señalando a otros dos hombres—. El resto, en tres filas detrás de ellos. Cuando diga «adelante», me seguís, ¿entendido?

—Señor. —Terencio adoptó la posición de firmes dando un pisotón en el suelo, y golpeó el escudo con su espada—. Estaremos listos.

—Bien.

El centurión le dio la espalda al enemigo para encarar al resto de los legionarios y pidió a los dioses que, entre los britanos, no hubiera ninguno con un proyectil todavía y que, si lo había, no tuviera la energía para arrojarlo. Los bárbaros estaban a unas cuatro lanzas de distancia, pero todos parecían agotados, al menos por el momento. Algunos incluso estaban de rodillas, o doblados sobre sí mismos intentando recuperar el aliento. Había cuerpos y hombres malheridos por el suelo en el espacio que separaba a ambas formaciones. Uno era romano, y estaba a unos pasos de distancia.

—Agua, por favor, agua —suplicaba el herido.

Ferox le ignoró y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Capricornios! ¡Sois la II Augusta!

Algunos hombres alargaron el cuello para ver quién era, aunque los había demasiado cansados como para que les importara. Pudo observar que solo había un *signifer* portando uno de los *signa* con su habitual piel de oso en el casco. Los otros cinco los llevaban soldados ordinarios, lo que significaba que los portaestandartes habían caído. Ferox no vio a ningún centurión en el frente, y eso quería decir que lo que había oído era cierto. Vio a un soldado junto a los estandartes. El escudo del legionario estaba surcado por dos

grandes grietas, y la capa exterior de cuero mostraba desgarros y podía verse la madera. El soldado no tenía bastón de mando, su armadura segmentada estaba doblada y dentada a la altura de los hombros, pero una pluma roja se mantenía erguida en un costado de su yelmo de hierro, y un vacío mostraba el lugar en el que había estado una segunda. Era un *optio*.

—Soy Flavio Ferox, *princeps posterior* de la tercera cohorte, actualmente destacado en servicio, y voy a tomar el mando. ¡*Optio!*

—Señor.

El oficial se irguió ligeramente, pero ni siquiera intentó hacer un saludo formal.

—Agua. Por favor, por el amor de Diana, dadme agua —seguía implorando el soldado herido. Ferox siguió ignorándole.

—¿A eso llamas saludo, soldado? —Ferox estaba intentando atraer su atención, y se alegró al ver un leve destello de rabia antes de que el *optio* levantara el brazo derecho, con la espada aún en la mano. La hoja estaba ensangrentada.

—Señor. A tus órdenes...

Antes de que el *optio* dijera nada más, Ferox vio la alarma en su rostro y dio media vuelta. Dos guerreros corrían hacia él, con los ojos enloquecidos y enseñando los dientes, aunque no aullaran su grito de guerra. El primero blandía una lanza rota cuya asta ya no medía más de tres pies. Lanzó una estocada baja. Ferox giró el escudo hacia un lado para desviar la punta de lanza y dio una estocada directa a la garganta del bárbaro. Los ojos del moribundo se abrieron al máximo. Parecía más sorprendido que asustado cuando el centurión le retiró la hoja del cuerpo.

El segundo guerrero blandía espada y escudo, y avanzaba con más cautela. Entonces el romano herido alargó la mano y le agarró del tobillo. El britano se tambaleó, e intentó recuperar el equilibrio mientras miraba al suelo con rabia y alzaba la espada para acabar con aquel inconveniente. Ferox dio dos pasos al frente y ensartó el gladio en las tripas del britano.

—*Hoc habet* —dijo una voz tras él. Y hubo regocijo entre los legionarios al oír ese grito típico del anfiteatro.

Ferox dirigió el escudo hacia el enemigo y volvió la cabeza para mirar por encima del hombro.

—Vamos allá. Así es como se despacha a estos desgraciados. ¡Capricornios! ¡Seguidme!

Volvió a mirar al frente, respiró profundamente, saltó por encima del herido y cargó contra los britanos. Eso no era lo que tenía pensado. Habría querido que los diferentes grupos de hombres de la II Augusta, o al menos aquellos que estaban alrededor de los estandartes, se reagruparan y formaran algo parecido a una línea para poder luchar mejor, y también habría querido animarlos a un último esfuerzo.

Pero no había tiempo: confiaba en que haber derribado a dos bárbaros fuera acicate suficiente para que le siguieran a pesar de ser un extraño. Gritó al cargar y no miró a su espalda. Le seguirían o no, pero, si no lo hacían, entonces morirían igualmente.

Saltó por encima de un cadáver, esta vez el de un britano desnudo con las tripas abiertas y un reguero de sangre a su alrededor. No podía oír nada salvo sus propios gritos, pero incluso estos parecían provenir de otra persona. El enemigo aguardaba, y uno o dos de ellos hicieron amago de apartarse de su camino. Vio a un hombre alto con el pelo cubierto de cal abriéndose paso entre la muchedumbre que se dirigía hacia él, y reconoció al Caballo, que debía de haber perdido la cabeza de ciervo. Los bárbaros se agolparon en torno a él hasta que solo pudo ver su espada alzada. Fue suficiente. Pensó en Fortunata, en las otras víctimas masacradas por aquel hombre, y pensó en lo que podría haberle pasado a Sulpicia Lepidina. Un odio elemental le dio fuerzas. Lo único que quería era acabar con el hechicero antes de caer él. Ya no importaba que la II Augusta le siguiera o no.

—¡Perro! —Su aullido incoherente se transformó en una palabra, y, sin embargo, nadie corría a enfrentarse a él.

Alcanzó la línea enemiga, empujó con el escudo derribando la pequeña defensa del primer guerrero y le golpeó en la cara. El britano se tambaleó y el gladio le mordió las tripas. Ferox giró la hoja y la retiró al tiempo que el hombre caía entre gritos. Al instante siguiente bloqueó un tajo con el escudo y lanzó uno a su vez que le abrió la garganta a un fanático tatuado. Penetró en las filas bárbaras. Todos parecían lentos y torpes, mientras que Ferox se sentía ágil como un halcón. Volvió a empujar con el umbo, sintió que le rompía la mandíbula a uno de sus antagonistas y luego le hundió el pomo de la espada a

otro en la cara, porque no tuvo tiempo de preparar una estocada. Su víctima retrocedió. Ferox volvió a bajar la espada y atacó al hombre que aquel tenía detrás perforándole el ojo con la larga punta. De nuevo volvió a empujar con el escudo, se adentró en la masa, adelante, siempre adelante. Sintió un impacto en el hombro derecho y estuvo a punto de perder el equilibrio. Su brazo aún respondía y seguía en pie. Lanzó un tajo hacia atrás y le rebanó el cuello a otro guerrero. La hoja raspó la torques de bronce antes de hacer carne. Un chorro de sangre le cayó encima. Y siguió adelante, directo al Caballo, que ya se encontraba cerca. Algo le golpeó en un lado de la cabeza abollándole el casco y abriéndole una brecha en la frente cuando el hierro le mordió la piel.

Ferox se volvió; parpadeó mientras intentaba mantenerse consciente. Alzó el escudo para detener otro tajo de un fanático con la cabeza rapada que blandía un garrote de madera. Una espada se hundió en un costado del sujeto, debajo de la axila; escupió sangre y Terencio retiró su hoja y le propinó un tajo que acabó por derribar al guerrero. Uno de los arqueros venía tras él, con el pequeño escudo que llevaban, y, en vez de espada, blandiendo un hacha. A su alrededor empezaron a aparecer otros. El *optio* gritó al tiempo que daba una estocada baja dirigida a la entrepierna de un guerrero cuyo agudo chillido de dolor se mezcló con el grito victorioso del romano. A su lado un legionario recibió una punta de lanza en la cara y cayó.

Los britanos retrocedían, incluso ahora que el Caballo los animaba a matar. Ferox vio un hacha abrirse paso por la madera de su defensa. Saltaron las astillas, pero el arma se quedó atascada, y Terencio golpeó al guerrero una y otra vez en el cuello hasta que la cabeza de este quedó colgando de una mera tira de piel. Longo adelantó el pie con fuerza y empujó a un bárbaro con su escudo derribándole. El romano se inclinó hacia delante y lanzó una estocada. El grito de alarma de su amigo llegó demasiado tarde, y fue incapaz de esquivar una lanza casera que le atravesó la carrillera del yelmo y se le hundió en la boca por la mejilla.

El Caballo soltó la lanza y se aferró la muñeca de la mano con la que blandía la espada. Levantó la hoja al máximo, su piel pálida surcada de motivos de color azul. Parecía un demonio de cuento, con su pelo en punta y una salvaje mirada ardiente. Un legionario se abalanzó sobre él, resbaló con los intestinos de un moribundo y tuvo que bajar la guardia, y el hechicero

descargó un tajo. Se oyó un impacto metálico cuando la hoja atravesó el escudo de hierro y el soldado se desplomó.

Ferox apartó a Terencio de un manotazo. El hechicero era rápido; alzó la espada de nuevo y volvió a descargar, rebanando parte del marco de bronce de la parte superior del escudo y llegando a la madera. Ferox hizo lo posible por recuperar el equilibrio, vio que la pesada espada volvía a ascender para atacar de nuevo y lanzó una brutal estocada con el gladio. Sintió que el gladio mordía y deslizó la punta por el pecho del hechicero mientras empujaba tanto como le era posible. La espada larga volvió a caer, esta vez sin tanta fuerza, aunque con la suficiente como para dentar el escudo una vez más.

Los hombres del Caballo le sacaron de allí a rastras. Con un aullido, uno de sus seguidores tatuados dio un salto y se abalanzó sobre Ferox. El centurión sintió que se le escapaba el aire, que caía al suelo y que el pesado cuerpo del bárbaro le caía encima. Perdió la espada y el escudo. Tenía el rostro del britano a un palmo de la cara: sus facciones estaban retorcidas de odio. Las dos manos del sujeto se le enroscaron al cuello. Ferox intentó rodar, empujar al guerrero, pero pesaba demasiado, y los dedos de aquel empezaban a presionarle la tráquea. Se llevó la mano al *pugio*, lo empuñó y lo liberó de la vaina, pero respirar se volvía cada vez más complicado, las manos del guerrero apretaban con fuerza. Le apuñaló una, dos veces, pero solo a la tercera sintió que el agarre del bárbaro perdía fuerza. Ferox tomó aire y le apuñaló de nuevo.

Sonó una tuba, luego otras dos, y se oyeron gritos. Ferox intentó quitarse el cuerpo de encima. El *pugio* que empuñaba estaba pegajoso ahora que la sangre del britano empezaba a secarse. Tenía la cota de malla ensangrentada, pero al incorporarse comprobó que la II Augusta avanzaba y abatía al enemigo en desbandada. Había caballería romana cabalgando entre los britanos: las capas de los *singulares* del legado ondeaban a sus espaldas. Había ganado el extremo izquierdo, habían hecho huir a los jinetes enemigos después de un feroz combate y, acto seguido, se habían dirigido contra el flanco de la infantería. Los britanos aguantaron un tiempo porque eran muchos. Aunque fueron debilitándose poco a poco y, casi al tiempo, el resto de la primera línea romana avanzó con sus últimas fuerzas. Fue entonces cuando el ejército del Caballo se vino abajo.

A Ferox se le cerraban los ojos. Respiraba profundamente, pero le costaba tenerse en pie. Cerca de él, Terencio se arrodillaba junto a Longo y lloraba a su amigo moribundo. Por delante pasó un arquero que se bamboleaba: le faltaba un brazo por debajo del codo. La nieve se convirtió en un granizo que, por alguna razón, parecía más frío que aquella, y el centurión empezó a temblar. La mayor parte de la II Augusta se había detenido. El agotamiento se había apoderado de ellos, y por encima de sus cabezas Ferox pudo ver a la caballería entre el enemigo, matando a placer, pero había muchos miles de britanos aún después de la matanza y los jinetes no eran más que un puñado. Vio la esbelta figura del Caballo, a la que acarreaban varios guerreros. Estaban más allá del grueso de su ejército, y ningún jinete pareció reparar en ellos. Había un carro esperando, y una docena de jinetes. Uno de ellos tenía una larga melena blanca, y, aunque estuviera alejado, Ferox supo que se trataba del gran druida. Los hombres montaron al hechicero en el carro y se lo llevaron, protegido por los jinetes.

Ferox miró alrededor buscando un caballo: sabía que tenía que perseguir al hechicero y acabar con él ahora que tenía la oportunidad de hacerlo. Vio uno, el mismo que había montado antes de unirse a la cohorte. Estaba entre los cadáveres, pastando.

Ferox intentó correr, pero le fue imposible. Caminó unos pasos, pero fue incapaz de ir en línea recta. Le pesaban los ojos, querían cerrársele. Avanzó unos pocos pasos más hasta que solo hubo oscuridad. Y entonces se desplomó.

XXX

El rastro era difuso: a veces se desvanecía entre la gran cantidad de huellas de hombres del ejército derrotado que huían, pero el lugar al que se dirigían era evidente, y cada vez que perdían la pista, a Ferox no le costaba volver a encontrarla. Ya el primer día sospechaba lo que tenían en mente. Al día siguiente estaba seguro. Había permanecido inconsciente durante un breve espacio de tiempo, antes de despertarse con un insoportable dolor de cabeza. El *medicus ordinarius*, médico al cargo de los enfermeros, le dio algo de beber y Ferox durmió toda la noche, hasta que los hombres del legado le despertaron, antes del amanecer.

Neratio Marcelo estaba satisfecho con su victoria, pero era lo bastante sensato como para saber lo cerca que habían estado del desastre y como para redactar un informe explicando que todo había salido tal y como se había planeado. Los habían salvado el gran rey y el resto de jefes y caudillos que habían acudido a la llamada a las armas del Caballo, pero que no habían tomado parte en el combate. Todos esos contingentes habían aparecido por el norte, y no se habían unido al combate, sino que habían dejado al Caballo que luchara y ganara o perdiera por su cuenta. Incluso cuando aparecieron, se demoraron, y su actitud hizo que muchos guerreros se mostraran cautos. Tan solo los más fervientes, liderados por los fanáticos tatuados, habían seguido adelante a pesar de ello. Puede que fueran entre mil doscientos y mil quinientos los britanos que habían atacado a la improvisada línea romana, y la VIII Hispana y las demás unidades que formaron a toda prisa encarados al norte lograron contenerlos. Después empezaron a ganarles terreno hasta que el

pánico se apoderó del resto del ejército bárbaro y se produjo la desbandada. Los hombres de Tincommio observaron desde la distancia.

—Nuestra embajada a Tincommio ha dado jugoso fruto —le dijo Crispino a Ferox cuando emprendieron la marcha a la mañana siguiente de la batalla—. El gran rey ha hecho honor a su palabra.

Ferox no pudo evitar pensar que el gran rey había mantenido un pie en cada bando hasta el último momento. Había enviado a Ganasco y a varios cientos de guerreros a unirse al Caballo. Si los romanos hubiesen avanzado contra ese contingente en vez de retirarse cuando la caballería huyó, era poco probable que los germanos y el resto hubiesen luchado contra ellos, en particular si las bandas del Caballo los hubieran rodeado y atrapado. Lo mismo habría sido cierto, pero al revés, si las cosas hubiesen salido mal para los romanos. Los hombres de Tincommio se habían mostrado cautos, pero, independiente de lo que ocurriese, el gran rey habría acabado en el bando vencedor. Ferox sospechaba que el legado intuía esa verdad, pero estaba dispuesto a ignorarla, dado que todo había salido bien. De lo que no estaba tan seguro era que el tribuno lo comprendiera, ya que Crispino era un hombre difícil de calar.

Neratio Marcelo le ordenó a Ferox que diera caza al hechicero herido y que se lo llevara, ya fuera como prisionero o con su cabeza como trofeo.

—Sea como sea, quiero su cabeza en una estaca sobre las puertas de Vindolanda —les dijo—. Es el lugar más adecuado, aunque sería mejor ejecutarle allí. Pero tampoco importa demasiado si no puedes traerle con vida.

Le dedicó un asentimiento a Flavio Cerialis, que en ese momento se examinaba una desagradable herida. El prefecto hizo una mueca de dolor, pero sonrió al oír al legado.

—Los hombres lo agradecerían, señor. Y yo también.

Ferox se preguntó si el prefecto estaba pensando en su amante asesinada. Cerialis se pondría bien, siempre y cuando la herida no se infectara. El centurión intentó descartar una absurda fantasía en la cual el prefecto moría, dejando a su viuda libre para volver a casarse. Era una tontería y lo sabía, porque la hija de un senador quizá pudiera rebajarse a contraer matrimonio con un *eques*, pero nunca con un hombre de tan baja cuna y de menos recursos. Sulpicia Lepidina no estaba a su alcance, como no lo estaban ni los cielos ni

las estrellas, y, a decir verdad, tampoco le deseaba ningún mal a su marido. Cerialis había luchado bien, liderando a sus bátavos incluso después de haber recibido un tajo en el muslo y un fuerte impacto en el pecho.

Aelio Broco estaba entre los heridos, aunque lejos de todo peligro, y ninguno de los oficiales de alto rango había caído. Los centuriones habían sufrido más, como siempre ocurría, porque su lugar estaba en primera línea. Un cuarto de ellos había muerto, la mitad estaban heridos y el resto hacía lo posible por poner orden en las unidades. En total hubo que lamentar ciento cincuenta y dos muertos y el doble de heridos. Los britanos habían perdido a un millar, mientras que otro millar habría sufrido heridas graves que no les habían permitido ni arrastrarse ni ser llevados por sus compañeros. Aquellos morirían a merced de las partidas de soldados encargadas de tan desagradable labor.

Ferox se sintió satisfecho de dejar atrás el hedor del campo de batalla y el demencial graznido de los cuervos. Vindex fue con él: se negó a quedarse a pesar del terrible corte que tenía en la cabeza.

—Si te dejo solo te meterás en algún lío —insistió, y Ferox se sintió aliviado de contar con su compañía, ya que no hacía más que hablar, y eso mantenía ocupado a Crispino.

También iban con ellos Flaco y una escolta de cinco jinetes legionarios, el número acordado con Ganasco, quien, con otros diez guerreros, los acompañaría.

—Un profeta no puede sobrevivir al fracaso de un milagro —les aseguró el legado Marcelo—. No deberíais tener problemas, pero el hecho de que os vean con los hombres del rey garantizará vuestra seguridad.

Ferox no estaba tan seguro, pero esta vez se equivocaba, ya que no se toparon con partidas de fanáticos dispuestos a matar a cualquier romano que se encontraran. El paisaje rezumaba una quietud irreal, y, a pesar de las innumerables huellas de hombres que volvían a sus casas, no vieron a mucha gente. Bien era cierto que la lluvia caía continuamente y que era difícil ver muy lejos.

Ganasco estaba de muy buen humor; parecía encantado de volver a verle, e hizo chistes sobre lo afortunados que habían sido de que el ataque sobre la línea romana no lo hubieran encabezado sus germanos. Ferox no quiso discutir

al respecto, y se alegró de que la lluvia incesante atenuara los ánimos, de modo que, la mayor parte del tiempo, cabalgaban en silencio. No quería hablar; necesitaba pensar, porque no estaba seguro de cómo obedecer la última y secreta orden del legado.

—Uno de esos dos tribunos es un traidor —había dicho el legado, una vez más, con su amigo Ovidio como único testigo—. Sea quien sea, incluso si se trata de mi sobrino, quiero que te asegures de que no vuelve.

Muchas veces se adelantaba al resto, escudándose en el hecho de que debía retomar el rastro, e incluso Vindex le dejaba en paz. Ferox creía saber la respuesta a todos los enigmas, estaba casi seguro, pero la batalla le había drenado gran parte de su odio y de su ira, dejando como el filo de su deseo de venganza. Se sentía vacío y apático. Si hubiese estado de vuelta en Siracusa, sospechaba que habría acabado borracho, así que quizá fuera mejor tener algo que hacer, por desagradable que resultara la tarea.

—Llegaremos a las barcas pronto, ¿no es así? —Crispino se había adelantado para unirse a él.

—Dos horas, señor, pero dudo que tengamos que ir tan lejos. «Algunas hojas no caen, algunos árboles no mueren» —cantó en voz baja.

—Tengo demasiado frío y estoy demasiado empapado como para andar con acertijos, amigo mío —dijo el tribuno con el rostro pálido y un aspecto lamentable.

—Puede que hubiera sido mejor que no vinieras, señor.

Crispino sonrió.

—Tenía que estar aquí.

—Ya no queda mucho —dijo Ferox.

Bajo su capa, acarició la empuñadura de hueso de su gladio.

El camino seguía un trazado recto las últimas millas y, cuando llegaron al lugar, no le fue difícil ver lo que había ocurrido. Habían desuncido a los dos ponis del carro y habían incendiado el vehículo. Los restos estaban calcinados, negros, después de haber sido sometidos a un intenso fuego para el que debían de haber usado aceite con el objeto de hacer que prendieran el cuero y la madera bajo la intensa lluvia. Los ponis estaban muertos, con el cuello rebanado y dispuestos a ambos lados de la pira.

—El legado Marcelo tenía razón —dijo Crispino mientras acariciaba a su

caballo para que se calmara—. Un profeta no puede fallar.

El cadáver del Caballo se mecía levemente al ritmo de la brisa, suspendido de una de las ramas de un tejo. Ferox imaginó a Acco, el druida, supervisando la operación. Probablemente hubiera sido él mismo el que había ceñido la soga al cuello del hechicero. Luego habría observado mientras sus hombres tiraban de él y aseguraban la cuerda. El hechicero, desnudo, se habría revuelto, espasmódico, boqueando, ahogándose lentamente con su propio peso tirando de él. Le habían hecho cortes por todo el cuerpo, una y otra vez. Ferox vio una hoja rota de sílex en el suelo, lo que significaba que no habían usado cuchillos comunes. Tenía una gran cicatriz en las tripas, cosida, que había llegado a sanar un poco. Era la herida causada por el centurión durante la batalla. No tenía aspecto de ser fatal. El resto de cortes eran meticulosos y menos profundos, y la lluvia se había llevado la sangre, con lo que todo lo que quedaba eran cortes y cortes sobre la piel blanca. El proceso habría llevado mucho tiempo, y unos restos en torno a los labios del cadáver le hablaron a Ferox de que, además, se le había suministrado veneno. Una muerte triple: la muerte sagrada de una víctima que se entregaba a sí misma para aplacar la ira de los dioses.

Flaco soltó una nerviosa carcajada.

—A estos britanos no les gustan los fracasos.

Ferox no se molestó en contestar. Los romanos jamás llegarían a entenderlo.

Flaco desmontó de un salto.

—Vosotros —le ordenó a su escolta—. Ayudadme a bajar a este. Crispino, quizá quieras hacer los honores y cortarle la cabeza.

El tribuno pareció sorprenderse, aunque debió de percatarse de que así tendría algo de lo que alardear y con lo que asombrar a sus amigos cuando volviera a Roma, así que desmontó.

Ferox le hizo un gesto a Vindex para que también desmontara.

—¿Confías en mí? —le preguntó al brigante.

—No.

—En ese caso, haz lo que te diga. Ten la espada preparada. Cuando mire hacia otro lado y diga que espero a alguien, será la señal.

Crispino se había echado la capa a la espalda para empuñar la espada.

Desenvainó mientras otro legionario cabalgaba hasta el árbol y empezaba a cortar la cuerda. El cadáver se desplomó sobre el suelo mullido, y, por alguna razón, pareció estar aún más pálido.

—Un tipo pequeño, ¿no? —bromeó uno de los soldados.

Ferox desenvainó el gladio y, en un fluido movimiento, acercó la punta a una pulgada del cuello de Crispino.

—Suelta la espada —dijo.

—¿Te has vuelto loco, centurión?

Flaco estaba atónito.

—Flaco, señor, tengo que pedir que arrestes al noble Crispino por traición.

—¿Qué? —Los ojos de Crispino miraron de un lado a otro—. Esto es absurdo.

—Suelta la espada. —Ferox adelantó el gladio de modo que este tocó el cuello del tribuno—. Suéltala.

Crispino dejó caer el arma.

—¿Qué significa esto? —Flaco estaba confundido, pero le hizo un gesto a uno de los legionarios, y este se acercó a recoger la espada del tribuno.

—Actúo según las órdenes del legado Marcelo —dijo Ferox con la mirada fija en Crispino—. Y lamento decir que el tribuno ha confabulado con otros senadores para dañar la majestad de la república y de nuestro *princeps*, el glorioso Trajano.

Los legionarios habían dejado de observar y de escuchar. Ganasco frunció el ceño y luego se encogió de hombros mientras sus hombres permanecían en sus caballos mirando con ligera curiosidad a los romanos, que hablaban en un idioma que no comprendían.

—¡Tú! —le dijo Ferox a uno de los legionarios—. Coge algo de cuerda y átale al tribuno las manos a la espalda.

El soldado miró a Flaco, quien hizo un gesto con la mano para indicar que el soldado debía cumplir la orden.

—Eso está mejor —dijo el centurión, aunque el soldado no hubiera vuelto aún, ya que Crispino se llevó las manos a la espalda esperando, sumiso, a las cuerdas—. Ya puedo bajar el brazo.

Ferox se alejó y empezó a describir un círculo. Esperó hasta encontrarse

detrás de Crispino antes de hablar de nuevo. De los cinco legionarios, había dos acucillados junto al hechicero muerto esperando órdenes; otro estaba junto a Flaco; el cuarto había ido a coger la cuerda y el último, el que había cortado la soga del cadáver, observaba desde su caballo.

—El tribuno quería empezar una guerra —empezó a decir Ferox—, así que envió armas y dinero a los reyes de las diferentes tribus, hombres dispuestos a luchar contra Roma. —Señaló al cadáver con la espada—. Con un hechicero predicando odio y prometiendo la victoria, las tribus se envalentonaron. Él sabía perfectamente que las guarniciones eran débiles, con lo que, además de odiarnos, nos tenían por vulnerables. Y eso nunca es bueno.

Ferox esbozó una leve sonrisa.

—Echando la vista atrás, todo resulta muy sencillo. El tribuno tenía amigos. Es el hijo de un senador con muchos contactos, es un hombre con una carrera prometedora, alguien en quien fijarse y alguien a quien merece la pena hacer favores para ganarse su gratitud. Todo eso era así antes de que decidiera derribar a un emperador para poner a otro en su lugar. Mucha gente estaba ansiosa por ayudar al noble Crispino. Algunos ya se debían a él o a su familia.

Ferox había rodeado al tribuno y ahora se encontraba ante él. El legionario volvió con un trozo de cuerda de cáñamo, la misma que había sido utilizada para ahorcar al Caballo. Ató las manos del tribuno.

—Recuerdo una palabra dada —dijo Crispino en voz baja, con amargura—. Una promesa hecha voluntariamente a mi padre.

—Deberías, sí —dijo Ferox contemplándole con odio—, porque esa es la única razón de que sigas con vida. Esa palabra es una losa, pero tengo una más alta, una palabra sagrada que dan todos los soldados.

El *sacramentum* de obedecer y servir al *princeps* y al Senado y al pueblo de Roma se juraba cuando alguien se alistaba al ejército, ante los estandartes, y luego se renovaba cada vez que un nuevo emperador vestía la púrpura.

—Yo sirvo a Roma —aseguró el tribuno—. Siempre a Roma.

—¡Pero no a Trajano! —gritó Ferox, y alzó la espada antes de llevarse la otra mano a la muñeca para volver a bajarla—. Noble Crispino, no te mataré a no ser que me vea obligado a ello, pero les dejaré esa labor a otros. La palabra que le di a tu padre me obliga al menos a eso.

—No tienes pruebas —dijo Flaco, dubitativo—. Arrestar a un oficial de

rango no es asunto menor. —La protesta surgió después de dejar que uno de sus hombres le atara las manos al tribuno—. ¿Cómo puedo estar seguro de que tienes razón?

—No ha negado nada, ¿verdad? —Ferox se percató de que su tono de voz había sido brusco, demasiado brusco como para estar dirigiéndose a un superior—. Lo lamento, señor, pero la traición es un asunto sucio, y es difícil no dejarse llevar por la ira. En particular para mí, que me debo a este hombre. Pero deja que me explique. El pasado verano el noble Crispino se entrevistó con hombres del entorno del *procurator*, y juntos decidieron exigir un mayor tributo a los selgovae, así como solicitarlo antes de tiempo.

Por el rabillo del ojo Ferox vio que el tribuno cautivo fruncía el ceño. Volvió a rodearle y se colocó a su espalda sin dejar de hablar.

—Eso provocó una revuelta, tal y como esperaba que ocurriera. Se puso al mando de una pequeña columna y cometió errores. Fue demasiado lento a la hora de cortarle la retirada al enemigo, abandonó a los tungros en las alturas y sin apoyo... Solo la suerte y vuestra intervención evitaron una embarazosa derrota. Luego dice que quiere tratar con el rey del norte, y, sin embargo, los guerreros de Tincommio se unen al ejército rebelde. Si tú no hubieras actuado con rapidez y no hubieras llevado a la VIII a proteger el flanco norte, podríamos haber perdido la batalla.

—Eres demasiado generoso con tus loas, centurión —dijo Flaco, halagado.

—El legado no lo cree así, señor, dado que esas son sus palabras exactas. Si no fuera por una cosa, su júbilo sería completo.

Flaco no dijo nada, y su rostro se tornó severo. A su espalda había dos de sus soldados; señaló a uno de ellos.

—Desenvaina. Es evidente que el tribuno es un traidor, aunque comprendo que para el gobernador sea una vergüenza arrestarle y juzgarle en público.

—El legado estaba seguro de que lo comprenderías. Por eso has sido enviado con nosotros.

—¿Enviado a territorio enemigo el día después de la batalla? —dijo Flaco con desdén—. Me había resultado extraño hasta ahora. Pero si el noble Crispino cae en una emboscada y no vuelve...

Ferox asintió.

—¿Quién podría culparnos? ¿O al legado?

—Nunca te saldrás con la tuya —dijo Crispino, haciendo lo posible por hablar con firmeza—. No le escuches, Flaco. Mi padre exigirá saber lo ocurrido.

—¿Y qué ha ocurrido, soldado? —le preguntó Ferox al legionario que había desenvainado.

—Bárbaros, señor. Salieron del bosque. Fue terrible. —El hombre miró al tribuno de reojo y se acercó a él—. Señor, será más fácil para ambos y dolerá menos si te arrodillas.

—Un momento. Hay una cosa más que el legado desea saber. Aún puedes serle de utilidad al *princeps* y al Senado, noble Crispino.

—¿A qué *princeps*? Trajano no durará ni un año con la púrpura. Todos lo sabéis. —El tribuno no se arrodilló, sino que miró a Ferox fijamente—. No es buena idea estar en el bando perdedor. Los muertos no pueden mostrar gratitud ni devolver favores.

Ferox se acercó a él de una zancada, alzó la mano y abofeteó al tribuno.

—¿Quién te ayudó? —Miró a Flaco—. Sabemos que Vegetio exigió pronto los tributos a los selgovae para causar problemas. Luego hiciste que mataran a su mujer. ¿Eso lo sabía? ¿Y Cerialis? ¿Qué le prometiste a él por entregar a su esposa a ese perro para que hiciera su sacrificio?

Ferox volvió a abofetearle. El tribuno tropezó al recibir el manotazo y cayó de nalgas.

—Que te jodan, centurión.

Vindex soltó una carcajada. Nadie le había prestado atención hasta entonces, había ido paseando de un lado a otro hasta colocarse junto al legionario montado.

—Hasta que no obtenga mi respuesta, no. —Ferox le propinó una patada al tribuno en el pecho y este se desplomó de espaldas—. Dejaste que esos cerdos torturaran y mataran a una mujer. A la mujer equivocada. ¿Qué paso? ¿Fuiste tú el que se equivocó o fueron tus hombres? —Volvió a darle una patada, lo que provocó que el tribuno se doblara sobre sí mismo.

—Le ayudó alguien importante —continuó Ferox, ahora mirando a Flaco—. Un oficial de rango, de una de las legiones. El día de la emboscada traicionó a la dama Sulpicia informando a los rebeldes de su viaje. Pero

alguien también organizó a una partida para que se dirigiese a la torre y asesinara a nuestros propios hombres para que no pudieran encender la almenara y dar la alarma. Los hombres que lo hicieron eran legionarios, y llevaban el emblema de la Augusta, pero eso no era más que un señuelo para alejarnos del rastro principal. Lo mismo ocurrió durante la celebración del Samhain en Vindolanda.

Ferox volvió a patear a Crispino.

—¡Habla, perro!

Crispino gimió y Ferox le escupió.

—Me temo que los asesinos eran de la VIII.

Flaco se llevó la mano a la espada, pero no desenvainó.

—¿Sabías que violaron a esa pobre mujer antes de matarla? —Inventó ese detalle en el momento. Dado el estado del cuerpo de la pobre Fortunata, era imposible saberlo—. Todos esos soldados romanos se turnaron y luego se la entregaron a los rebeldes para que la torturaran.

Hubo un destello de sorpresa en los ojos del tribuno, pero aunque Flaco miró de reojo al soldado que había desenvainado, no dijo nada.

—Necesitaré tu ayuda para dar con ellos, Flaco. Y para dar con el oficial que los lideraba. Sospecho de uno de tus centuriones, aunque el hombre se vistió de tribuno para confundirnos. ¿Me ayudarás?

Flaco reposó la mano en su espada, pero pareció relajarse un poco.

—Por supuesto, centurión, aunque con tan pocas pruebas no será fácil.

—Cierto, pero tenemos un testigo. —Ferox se volvió para mirar al norte, a las colinas que había más allá del cruce del río—. Llega tarde, pero no tardará. El superviviente del ataque a la torre. No. No se le ve aún. —El centurión se volvió y sonrió—. No vio al oficial bien del todo, pero sí sostiene que podría reconocer a algunos de los soldados. Los encontraremos, estoy convencido.

Ferox se acercó a Flaco.

—Creo que puedes ordenarle a tu hombre que le mate —dijo con calma—. No creo que vaya a hablar.

—Hazlo —le dijo Flaco al soldado—. Que sea limpio.

Ferox vio al hombre aproximarse a Crispino, que hizo lo posible por alejarse rodando. Flaco esbozó una mueca desdeñosa y negó con la cabeza.

—Un noble —dijo con tono sarcástico.

Entonces Ferox alzó la espada y la ensartó en la garganta del tribuno. Flaco abrió los ojos al máximo, y la sangre empezó a brotarle de la herida cuando el centurión retiró la espada. Acto seguido Ferox dio un paso largo al frente y le atravesó el ojo al legionario que había detrás del oficial.

Vindex gruñó al apuñalar al legionario montado, metiendo la hoja de su cuchillo entre las placas de la armadura. Los dos hombres que había junto al hechicero se pusieron en pie de un salto y se llevaron las manos a la espada. Ferox se dirigió entonces al soldado que estaba de pie junto a Crispino, pero este le ignoró e intentó ajusticiar al tribuno. El joven aristócrata se apartó rodando y, con las piernas, intentó envolver los tobillos del legionario para hacerle caer. El legionario dio un salto para evitarlo y se volvió hacia Ferox.

Las hojas chocaron y el centurión sintió vibrar el brazo con el impacto. Ambos hombres dieron un paso atrás, y el soldado trastabilló al pisar al tribuno, pero antes de que Ferox pudiera seguirle, los otros dos corrieron hacia él por el costado. Vindex estaba luchando con el último, lo que le dejaba a Ferox enfrentado a dos de ellos. Cedió terreno buscando espacio.

Una lanza silbó por el aire, tan cercana que la sintió pasar a su lado. La punta se clavó en las tripas del soldado que le atacaba por la derecha después de atravesar la cota de malla. Cayó de espaldas. El otro intentaba zafarse de las piernas del tribuno, y alzó la espada para librarse del inconveniente que suponía. Ferox se adelantó gritando y lanzó un tajo contra la cabeza del legionario. Oyó el choque del metal contra el casco de bronce, vio al hombre tambalearse y le propinó un tajo descendente que le acertó justo debajo de la rodilla con la fuerza suficiente como para cercenarle la extremidad. El legionario cayó. Intentaba mantener la espada en alto para protegerse. Ferox le dio una patada en el brazo y el legionario soltó el arma. El centurión se inclinó, apuntó con cuidado y hundió la punta de su espada en el ojo izquierdo del soldado.

—Perro —dijo en voz baja.

Se oyó un gruñido cuando Vindex acabó con su oponente. Ferox se volvió y vio a Ganasco, montado en su caballo, a unos pasos de distancia. El germano sonreía.

—Buen tiro —le dijo Ferox.

—Solo si le estaba apuntando a él —dijo el gigante entre estruendosas carcajadas.

No parecía interesado en ningún tipo de explicación. Sus hombres simplemente observaban.

—Gracias —dijo Ferox—. Hacía falta matar a esos hombres.

El germano se encogió de hombros, y luego se aproximó con su caballo para recuperar la lanza.

—¿Y los caballos? —dijo—. Ya no los necesitan.

—Puedes llevarte tres.

Ganasco se inclinó y le ofreció la mano.

—Nos vamos.

Ferox se la estrechó, y sintió que su mano se aplastaba en la del germano.

—Gracias. Envíale nuestros saludos al gran rey.

El germano gritó algo y un par de hombres se hicieron cargo de los caballos. Ferox les vio coger el semental de Flaco, pero no se lo impidió. Aunque fuera un animal caro, no hacía ningún daño que desapareciese junto con su dueño.

Vindex ayudó a Crispino a ponerse de pie y le cortó las cuerdas.

—Supongo que estamos todos en el mismo bando —dijo el tribuno. Estaba ensangrentado, y empezaban a salirle moratones, pero su rabia amainó cuando vio la expresión de Ferox—. ¿Has sabido todo este tiempo que era él? —preguntó.

—Necesitaba asegurarme. Tú no podías estar en la torre y cazando con Cerialis al mismo tiempo el día de la emboscada, eso contaba a tu favor. Cuando no hizo preguntas y permitió que te arrestara y te condenara a muerte, pensé que tema mucho que ocultar. La amenaza del testigo hizo que se pusiera nervioso.

—¿Y si tan solo era un necio?

—Estaba dispuesto a arriesgarme, señor.

—¿Dispuesto a arriesgarte?

Crispino se frotó las maltrechas muñecas y con la lengua se lamió el corte de los labios. Escupió sangre al suelo.

—También es cierto que podría haberos matado a los dos para asegurarme. —Ferox se dio un golpe en los pantalones con la espada—. Si

quieres, aún puedo hacerlo.

—Gracias, centurión. No será necesario. ¿Y tu palabra a mi padre?

—Me obliga aún. A no ser que entre en conflicto con la que le di al *princeps*.

—¿Por qué no informaste de tu plan? —dijo el tribuno mientras observaba los cuerpos a su alrededor—. Me imaginaba que pasaba algo. Por eso solté esa verborrea sobre Trajano y sobre el hecho de que no duraría ni un año. Podría haberte ayudado más si hubiera sabido lo que pasaba.

—No estaba seguro de poder confiar en ti, señor. Hubiera sido difícil que fingieras sorpresa. De este modo ha sido más natural, y has estado muy convincente. —Ferox se frotó los nudillos—. Sabes encajar un puñetazo.

Crispino negó con la cabeza sin saber qué decir.

—¿Quieres que enterremos a estos? —Vindex no parecía entusiasmado con la idea.

—Déjalos —dijo Ferox al tiempo que despedía con un gesto a Ganasco y a sus guerreros, que ya se alejaban—. Ahora que no tenemos escolta, será mejor que nos apresuremos. Cojamos su cabeza y vayámonos. ¿Quieres hacerlo tú, señor?

Crispino cogió su espada y se acercó al pálido cuerpo del hechicero. Dobló el brazo con el que blandía la espada, miró al cadáver un instante y vaciló.

—No sé muy bien cómo hacerlo.

Ferox aferró el cuerpo por la cabellera cubierta de cal y tiró de él hasta dejarlo sentado. El cuerpo ya no estaba rígido, pero era pesado. Sabía que la batalla había dejado roma su espada, y hubiera deseado contar con un hacha. Hicieron falta tres tajos y todas sus fuerzas para concluir el trabajo, y todos se vieron salpicados de sangre a pesar de toda la que había perdido durante su lenta muerte.

—Toma. Un buen filo y un brazo fuerte —dijo Ferox—. Esas dos cosas suelen solucionar la mayor parte de los problemas.

—No todos —repuso Crispino—. No los que importan de verdad.

Vindex se acercó con un saco, dejó caer la cabeza dentro y le hizo un nudo.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Ferox—. Esto es, con tu permiso, señor.

—Por supuesto, centurión.

Montaron. Vindex se hizo con las riendas de los tres caballos sin jinete.

Crispino se volvió sobre su silla y observó el árbol y los cuerpos de los romanos que rodeaban el cadáver del hechicero.

—Me alegra que todo haya acabado al fin.

Ferox pensó en el sacrificio, en la triple muerte, en el poder que ese sacrificio a los dioses le confería al gran druida. Si el Caballo había sido derrotado y estaba muerto, el druida Acco seguía libre, más fortalecido que nunca y, en el norte, había un rey inteligente y ambicioso. También había más traidores en el ejército: al menos uno de ellos era de alto rango y era el que le había dado a Flaco sus órdenes. La posición de Trajano no era firme, y, por lo que Ferox había oído, el emperador no tenía intención de dejar la frontera y de dirigirse a Roma.

—¿Acabado, señor? Esto es solo el principio.

NOTA HISTÓRICA

«Claudia Severa, a su Lepidina, saludos. El 11 de septiembre, hermana, con motivo de la celebración de mi cumpleaños, te hago llegar esta cálida invitación para asegurarme de que te unes a nosotros para que mi día sea tanto más agradable con tu llegada, si estás presente [?]. Saluda a tu Cerialis de mi parte. Mi Aelio y mi hijo también le [?] envían saludos. [Segunda mano] Te esperaré, hermana. Adiós, hermana, a quien más quiero, que prosperes, salve. [Primera mano] A Sulpicia Lepidina, esposa de Cerialis, de Severa».

Tablillas de Vindolanda, II, 291.

Este texto, encontrado en las excavaciones del fuerte de Vindolanda, fue la chispa que me inspiró para esta historia. Fue redactada en torno al cambio de siglo, entre el siglo I y el siglo II, y es probable que la segunda mano que escribe sea la de la propia Claudia Severa, lo que añade un toque personal a la invitación. Esto convierte la tablilla en el primer fragmento existente de escritura de una mujer en la historia de Gran Bretaña. El texto original, escrito en tinta sobre una fina tablilla de madera, puede ser contemplado hoy en día en el Museo Británico.

Hablaremos más sobre Vindolanda y sobre los textos encontrados dentro de un momento, pero fue este atisbo de algo tan mundano como una fiesta de cumpleaños en la frontera de los confines del Imperio romano lo que hizo

querer crear una historia en torno a ella y devolver a la vida ese lugar y esa época. *Vindolanda* es una novela, y gran parte del relato es inventado porque sabemos muy poco de lo que estaba ocurriendo en Britania en ese momento. Sin embargo, dado que he pasado mi vida adulta estudiando el mundo romano y, en particular, el ejército romano, he hecho lo posible por plantear la historia dentro del marco más preciso posible.

Ferox y Vindex son personajes ficticios, aunque una lápida posterior documenta la presencia de un soldado brigante en el ejército romano que era hijo de un hombre llamado Vindex, y, en mi imaginación, este es nuestro hombre. Muchos de los demás personajes también son ficticios, o personas de las que apenas se sabe nada salvo sus nombres. Sulpicia Lepidina, Claudia Severa y Flavio Cerialis aparecen en otros textos, pero, aun así, la bruma sobre ellos es tan solo un poco menos espesa. He hecho lo posible por no escribir nada que contradiga lo que se sabe de ellos, pero como personajes son, en gran medida, ficticios. Lo mismo es cierto del resto de los nombres sacados de los textos hallados en Vindolanda.

En cuanto al telón de fondo histórico, se puede consultar más en mi página web —www.adriangoldsworthy.com—, que también aporta sugerencias de lectura. No obstante, merece la pena comentar algunos puntos.

ANTES DEL MURO DE ADRIANO

El relato tiene lugar al principio del reinado de Trajano, cuyo sucesor, Adriano, viajó a Britania y ordenó la construcción del Muro de Adriano en el año 122 d. C. Nuestras fuentes dicen poco sobre los principales acontecimientos ocurridos en Britania bajo Trajano, aunque sí se habla de un conflicto de entidad, que pudo ser la razón por la que se construyera el Muro. El fuerte de Vindolanda (la actual Chesterholm) está ubicado a unas millas al sur y puede verse desde el Muro, y es evidente que fue incorporado al entramado de guarniciones que le prestaban apoyo. Gran parte de esta historia tiene lugar en lo que más tarde habría de convertirse en el territorio del Muro.

Vindolanda se desarrolla en el año 98 d. C., el primer año del reinado de Trajano. Entonces la provincia de Britania tenía poco más de cincuenta años.

Aunque Julio César desembarcó en la isla en el 55 a. C. y en el 54 a. C., no dejó una presencia romana permanente, y no fue hasta el año 43 d. C. que el emperador Claudio envió a una fuerza de invasión al otro lado del canal de la Mancha. En el año 60 d. C. la rebelión de Boudica devastó el sur de Britania, pero después de su derrota no hay noticia de resistencia digna de tal nombre en las Tierras Bajas de la isla. Esto no fue así en el norte de Britania, donde las guarniciones albergaron un gran número de tropas a lo largo de los tres siglos y medio de ocupación romana.

En el año 98 d. C. pocos hubieran podido imaginar que los romanos permanecerían allí tanto tiempo. Su presencia en el norte era más reciente, ya que fue a lo largo de los años 70 y 80 de nuestra era que la zona fue conquistada. Durante este período los ejércitos romanos se adentraron en el lejano norte, la zona que más tarde sería conocida como Escocia, mientras que, por primera vez, un escuadrón naval circunnavegaba Britania confirmando que se trataba de una isla. Una legión completa —una de las cuatro estacionadas en la provincia, y una de las veintiocho existentes— levantó una base en Inchtuthil, en Perthshire, la mayor parte en un entramado de guarniciones en las estribaciones de las Tierras Altas. Más o menos al mismo tiempo se construyó un sistema de torres de vigilancia a lo largo de una calzada militar en la cordillera de Gask.

Toda esta actividad, que en gran medida solo se conoce gracias a los restos arqueológicos, deja clara la intención romana de ocupar esta región de forma más o menos permanente, aunque a finales de la década de los 80 las prioridades cambiaron. El emperador Domiciano se enfrentó a serios problemas en el Danubio, retiró a la Legio II Adiutrix de Britania y no envió un reemplazo. Es probable que un buen número de auxiliares fueran retirados al mismo tiempo, de modo que la guarnición provincial se redujo al menos en un cuarto de sus efectivos. Inchtuthil y muchas otras bases fueron abandonadas, y lo mismo ocurrió poco después con los puestos restantes y con la línea de Gask. No se mantuvo ninguna base al norte de la línea Forth-Clyde, y, pronto, el puesto avanzado más al norte acabó siendo Trimontium o Newstead.

Se mantuvieron varios fuertes, y se construyeron otros, en lo que un día se convertiría en la línea del Muro de Adriano. Un par de años después de nuestra historia, se construyó una calzada digna de tal nombre que enlazaba

Carlisle y Corbridge, así como más fuertes y pequeños puestos avanzados. Hoy en día a la calzada se la conoce por su nombre medieval, Stanegate o «camino de piedra», y los arqueólogos siguen debatiendo su composición y propósito. En torno al año 106 d. C. Newstead fue abandonada con motivo de un nuevo retroceso. Nuestras fuentes literarias no hacen mención a esto, así que tan solo podemos conjeturar, mediante los restos arqueológicos, lo que estaba ocurriendo.

Un novelista dispone de más libertad, y una vez más he hecho lo posible por recrear esos años para este propósito de un modo que no entre en conflicto con los hechos. Al menos confío en que nuestra historia sea algo que pudiera haber ocurrido. Algo hizo que los romanos acantonaran un gran número de tropas en esta zona a finales del siglo I d. C., y luego provocó que aumentara el número de efectivos a lo largo de Stanegate unos pocos años después. Todos los fuertes mencionados en el relato existieron y estaban ocupados en el año 98 d. C. (dar una fecha exacta no es siempre posible mediante una excavación, por lo que puede que el fuerte de Magna o Carvoran sea uno o dos años posterior, pero no es imposible que estuviera allí en el 98 d. C.). Siracusa es una invención, pero responde al típico fuerte fronterizo que el ejército romano construía en función de las necesidades. Yo lo veo como el predecesor de los yacimientos excavados en Haltwhistle Burn y Throp, contruidos a lo largo de Stanegate, aunque estos eran estructuras de piedra y mayores que el ficticio Siracusa. A finales del siglo I la mayoría de las estructuras construidas por el ejército en Britania eran de tierra y madera. Algunos de los fuertes fueron reconstruidos en piedra, y en el siglo II esta práctica se fue volviendo cada vez más común.

VINDOLANDA Y SUS TABLILLAS

Vindolanda es uno de los yacimientos más singulares de Gran Bretaña. El primer fuerte fue levantado en los años 70 del siglo I. El fuerte del período descrito era el tercero en ser construido en el lugar, y he alargado las fechas un año o así para que existiera en el 98 d. C. Los restos que pueden verse hoy en día son los de fuerte de piedra posterior y los del asentamiento civil o *vicus*

(una versión más organizada de las *canabae*) que había extramuros. Un cierto desdén a la hora de dismantelar fuertes anteriores cuando se construían los nuevos, así como la naturaleza húmeda del lugar, dieron lugar a las poco comunes condiciones que han permitido la preservación de madera, cuero, prendas y otros materiales que, por regla general, se han perdido. En Vindolanda se han encontrado más de 5.500 piezas de calzado, más que en cualquier lugar del Imperio romano. Para más información sobre el yacimiento y sobre la Fundación Vindolanda, merece la pena visitar su página web: <http://www.vindolanda.com>.

Aunque resulten menos impresionantes como objetos, aún más notables son las tablillas de madera que se usaban para escribir, cientos de las cuales han conservado parte del texto. El papiro se conocía y se usaba en la Britania romana, pero era caro, y gran parte de la correspondencia diaria, así como los registros, se escribían en tinta sobre láminas de madera. Algunas estaban cubiertas por una fina capa de cera, de modo que el texto podía ser borrado en parte y la tablilla usada de nuevo, pero estas suelen ser imposibles de descifrar, ya que se superponen varios textos diferentes. Las más útiles fueron las simples tablillas de madera, cubiertas por una fina capa de cera para evitar que la tinta se corriese y que, además, solo eran utilizadas una vez. Aun así, es poca la tinta que ha llegado hasta nosotros, y es necesario un cuidadoso análisis de los trazos hechos por las puntas de los estiletes para captar el contorno de las letras. Descifrar los textos para luego reconstruirlos y comprenderlos es una labor ardua. Se pueden encontrar más información y muchos de los textos en la página: <http://vindolanda.csad.ox.ac.uk>

El contenido de la mayor parte de los textos es mundano: cartas privadas, cuentas, informes diarios de las unidades acantonadas allí, listas de hombres a los se les encargan diversas tareas, etc. Un número importante de las tablillas están relacionadas con Flavio Cerialis y el entorno doméstico. Su nombre indica que o bien él o bien su padre obtuvieron la ciudadanía en tiempos de la revuelta báltava, en el 70 d. C., probablemente por lealtad. En un texto, el decurión Maselo se refiere a él como «su rey». Los investigadores se inclinan a pensar que no es más que un toque de adulación por parte de un subordinado, pero también es posible que perteneciera a la familia real báltava. Ni él ni su esposa, Sulpicia Lepidina, están documentados más allá de esas tablillas. Los

investigadores creen que los miembros de la familia de Sulpicia se convirtieron en ciudadanos romanos mediante el favor del efímero emperador Sulpicio Galba, que reinó varios meses después del suicidio de Nerón. Es posible, aunque también es cierto que podría haber descendido de una familia cuya ciudadanía era más antigua. No hay pruebas de que fuera la hija de un senador, pero, de nuevo, no es imposible. Más o menos una generación después está documentada una mujer de esa clase social como esposa de un prefecto de auxiliares al mando de la guarnición de High Rochester.

Los comandantes de unidades auxiliares solían servir con ellos durante tres o más años, y Cerialis y Sulpicia Lepidina parecen haber permanecido en Vindolanda al menos durante ese tiempo. Los textos nos dan una idea de la comida que les servían a sus invitados —el ave y los huevos eran algo común—, y de la afición del marido por la caza. También nos hablan de la vida social de un comandante de guarnición; en una carta Claudia Severa habla de pasar por Vindolanda a hacer una visita, pero que necesita el permiso de su marido para hacerlo y que, probablemente, le haga falta ayuda para organizar el transporte y, probablemente, una escolta. En otros escritos Sulpicia Lepidina aparece apoyando una petición de asistencia solicitada a su marido; resulta evidente que la esposa de un oficial se comportaba igual que lo hacían otras mujeres de su estatus en provincias más asentadas, no solo llevando la casa, sino intercambiando favores de un modo muy romano.

Existen referencias a niños en las casas de los comandantes, y Cerialis parece haber tenido al menos tres. Sin embargo, ninguna de las cartas define específicamente a Sulpicia Lepidina como su madre, así que pude describirlos como hijos de un matrimonio anterior aunque esto no deja de ser ficción. El calzado asociado al pretorio de este período es de una calidad tal que es seguro que pertenecía a la familia del prefecto. Eso indica que había dos niños y una niña; el calzado del niño más mayor está desgastado de forma extraña, lo que podría indicar una discapacidad física, si bien es cierto que esa discapacidad no le impedía andar. Entre el calzado que probablemente perteneciera a Sulpicia Lepidina hay una zapatilla que no desentonaría en un escaparate hoy en día. En gran medida, el calzado de Vindolanda es cerrado, en vez de las sandalias generalmente asociadas a los romanos. A juzgar por hallazgos similares en otros lugares, el tipo de calzado cambiaba a lo largo y

ancho del Imperio cada par de décadas. También queda claro que la mayoría de la gente tenía más de un par, algo extraño hasta la llegada de la Edad Moderna.

TRIBUS Y DRUIDAS

La Britania de la Edad del Hierro estaba poblada por muchas tribus y grupos diferentes, muchos de los cuales solo están mencionados en las fuentes romanas. Es probable que los observadores griegos y romanos no comprendieran muchos de los aspectos identitarios de la población indígena, pero no tenemos nada más en que basarnos. Todos los grupos mencionados en el libro habitaban las áreas descritas, y, hasta donde sabemos, todos compartían una versión de la misma lengua. Hoy en día algunos arqueólogos se muestran reticentes a usar términos como «celta» o a presuponer que ese grupo lingüístico compartiera una cultura común; por tanto, los rasgos descritos en la Galia y en otros lugares también eran probables en Britania. Esta visión puede resultar demasiado dogmática, y como novelista me he basado en información de otras regiones y en culturas de otras tierras y períodos para esbozar una descripción de las tribus. He hecho lo posible por asegurarme de que nada de lo expuesto contradice lo que sí sabemos.

A juzgar por los datos climatológicos, en el 98 d. C. el clima en el norte de Britania era algo más suave de lo que lo es hoy en día, más cercano al que pueda darse en el sudeste de Inglaterra. Esto puede haber cambiado a lo largo del siglo II, cuando el clima se volvió algo más frío. Hay pruebas de cultivos extensivos y actividad pastoril. Varias secciones del Muro de Adriano fueron levantadas en tierras de labor. La población era considerable y el territorio estaba lejos de ser un páramo hostil. Aunque la mayor parte de los habitantes vivían en pequeños asentamientos, muchas veces las cabañas estaban aisladas, y las grandes aldeas y los castras eran bastante menos frecuentes. A pesar de los intentos de algunos investigadores de mostrar una Edad del Hierro relativamente pacífica en Britania, los datos muestran sociedades en las que la guerra, generalmente a modo de incursiones de saqueo, constituía una amenaza continua. Esto último es cierto en la mayor parte del mundo antiguo. El

Imperio romano impuso en gran parte del mundo un nivel de paz más alto del que jamás se había disfrutado. La famosa Pax Romana fue real, pero se mantenía por la fuerza, y en algunas zonas, en particular cerca de las fronteras, no era ni de lejos continua, sino que se daban frecuentes brotes de guerra y violencia.

La arqueología no tiene los medios suficientes como para trazar cambios políticos entre los pueblos de la Edad del Hierro. Tanto Tincommio como su creciente imperio son ficticios. No hay pruebas, hasta el momento, de que surgiera un líder tan poderoso en esta región, tampoco de la reutilización de un fuerte abandonado romano del modo en que se describe en el relato. Sin embargo, su vida hasta el momento y en las historias que sigan a esta está basada en líderes carismáticos similares que hicieron su aparición en otras épocas y en otras tierras a lo largo del Imperio. Al finalizar el siglo I d. C., cualquier observador en el norte de Britania hubiera concluido que los romanos se retiraban. En tales circunstancias siempre hay fuerzas que emergen rápidamente para llenar el vacío de poder.

Los druidas han suscitado mucho interés a lo largo de los siglos, en gran medida de modo romántico. Julio César los describe como importantes personalidades en la Galia de sus días, que actuaban al margen y por encima de las tribus. No los describe como antirromanos o como capaces de controlar a las tribus. Bajo Augusto y el resto de los emperadores, el culto druídico en la Galia primero fue restringido y luego suprimido, aunque pervivió en secreto. En Britania los romanos atacaron el centro del culto en el año 60 d. C. mediante la invasión de la isla de Mona (o Anglesey) y la destrucción de los bosques sagrados que allí había. Esto parece haber acabado con la estructura formal del culto druídico. A pesar de esto, hubo personas denominadas druidas que aparecieron en la Galia y en Britania en siglos posteriores, pero no gozaban del renombre de los sacerdotes aristocráticos de años precedentes.

La conquista y la ocupación por un poder imperial siempre ha causado un trastorno en la sociedad y las creencias de las gentes indígenas, y es tentador pensar en la aparición periódica de druidas con visiones apocalípticas similares a los movimientos religiosos de tiempos más recientes. Entre los más famosos están las diversas Danzas de los Espíritus que se extendieron por América del Norte a finales del siglo XIX, aunque hay otros ejemplos de

místicos que aparecieron entre los xhosa de Suráfrica, o lo que fue conocido popularmente como el movimiento Hauhau entre los maoríes. Muy a menudo tales líderes proclamaban una mezcla de creencias importadas y locales. En esto me baso para dar cuerpo a este relato, y he descrito a los seguidores del Caballo como gentes que usan una amalgama de palabras mágicas e invocaciones, de dioses grecorromanos, viejas creencias y antiguos dioses.

Los siluros vivían en lo que hoy es el sur de Gales. Tácito los describió como de tez más oscura y de apariencia diferente a los demás britanos. Entraron en conflicto con Roma por primera vez en los años 40 d. C., y apoyaron con pasión a Caradoc, el líder del sudeste que siguió luchando contra el invasor años después de que su tierra fuera ocupada. A los siluros se los conocía como saqueadores de sus vecinos, y hacían uso de las colinas y los valles de su tierra de origen para esconderse, preparar emboscadas y ataques por sorpresa durante su larga lucha contra los romanos. Al Imperio le llevó al menos veinticinco años derrotarlos, y, durante un tiempo, hubo numerosas guarniciones romanas en la zona. Ferox y su abuelo son ficticios, pero era habitual tomar rehenes de los líderes derrotados para educarlos dentro del Imperio. Muchos se convertían en ciudadanos romanos y servían en el ejército, así que no hay nada inverosímil sobre Ferox y su carrera.

EL EJÉRCITO ROMANO

Esta es una temática amplísima, pero merece la pena dar unas pinceladas para los neófitos en la materia. En el año 98 d. C. el ejército romano estaba compuesto por veintiocho legiones —a estas pronto se sumarían otras dos reclutadas por Trajano—, cada una con una fuerza nominal de 5.000 hombres. Cada una de ellas estaba dividida en diez cohortes de infantería pesada y un pequeño contingente de unos 120 jinetes. Los legionarios eran ciudadanos romanos. Este estatus legal no estaba basado en consideraciones étnicas, y, en ese momento, había más de cuatro millones de ciudadanos romanos dispersos por el Imperio. Podemos pensar en San Pablo, un judío de Tarso, en Asia Menor, pero un ciudadano romano que gozaba de las ventajas legales que confería la ciudadanía.

Como apoyo a las legiones estaban los auxiliares, que no eran ciudadanos pero que recibían la ciudadanía al final de su servicio militar. Estos estaban organizados en cohortes independientes de infantería y en cohortes de tamaño similar compuestas de caballería. También había cohortes mixtas (*cohortes equitatae*) como los bátavos, que disponían tanto de infantería como de caballería en proporción de cuatro a uno. Tanto legionarios como auxiliares servían por un período de veinticinco años. La mayoría eran voluntarios, aunque el reclutamiento forzoso también se daba, y es probable que fuera más común en algunas unidades auxiliares.

Sabemos bastante sobre el ejército romano, sobre su equipamiento, organización, estructura de mando, tácticas, formaciones y rutina, aunque también debe decirse que hay muchas sombras en lo que sabemos. Como historiador, mi obligación es hacer hincapié en lo que no sabemos, pero un novelista no puede hacer eso, y debe inventar para rellenar los huecos. Algunos aspectos de la descripción del ejército romano en este libro pueden sorprender a los lectores, pero eso será porque parte de las pruebas que lo sustentan no se conocen bien fuera de los círculos académicos. He inventado lo menos posible, y siempre he hecho lo que he podido por basarme en lo que sí sabemos. Como introducción al ejército romano, me atrevo a ser algo vanidoso y a recomendar mi propia obra *The Complete Roman Army*, publicada por Thames and Hudson. También quiero decir que cualquiera de los libros escritos por el fallecido Peter Connolly merecen la pena. Una vez más, para recomendaciones más específicas, remito al lector a mi página web.



ADRIAN GOLDSWORTHY (Inglaterra, 1969) Se doctoró en Historia en la universidad de Oxford en 1994, y se ha convertido en un adorado historiador de la Antigua Roma. Es, además, uno de los mayores expertos en Historia militar del mundo antiguo. Ha sido catedrático en varias universidades y ha trabajado como asesor en prestigiosos documentales de History Channel. Su obra se centra en el ensayo histórico, y con *Vindolanda* se adentra por primera vez en la novela histórica de la Roma imperial. Sus obras han sido traducidas a una veintena de idiomas, incluido el español.